EL GRAN LIBRO DEL REY ARTURO

Y LOS CABALLEROS DE LA MESA REDONDA

JOHN MATTHEWS

Edición coleccionista de una de las leyendas más influyentes. La primera autoridad del mundo en materia artúrica reimagina la historia del rey Arturo y sus caballeros, una de las leyendas más queridas e influyentes, para un nuevo siglo en esta bella edición para coleccionistas, acompañada de magníficas ilustraciones a todo color y dibujos de la mano de John Howe, el mundialmente aclamado artista de Tolkien. Las historias del rey Arturo y Merlín, Lancelot y Ginebra, Galahad, Gawain, Tristán y el resto de los caballeros de la Mesa Redonda, así como de la búsqueda del Santo Grial, no han dejado de apreciarse a lo largo de los siglos y son la inspiración de muchas novelas de fantasía modernas, películas y series. Estas leyendas comenzaron cuando un misterioso héroe celta llamado Arturo entró en el escenario de la historia en algún momento del siglo VI, lo que generó una gran cantidad de relatos orales que unos 900 años más tarde Thomas Malory recogería en su obra clásica *Le Morte d'Arthur* (*La muerte de Arturo*). *El gran libro del rey Arturo* nos trae esas leyendas a la época moderna, recurriendo por primera vez a una prosa accesible para lectores contemporáneos. Además de las historias incluidas en La muerte de Arturo, John Matthews incluye numerosos relatos de Arturo y sus caballeros que o bien Malory desconocía o bien estaban escritos en otros idiomas, como la historia de Avenable, la muchacha que se hizo pasar por hombre y se convirtió en un caballero famoso; Morien, cuyas aventuras son tan fantásticas y emocionantes como cualquiera de las que encontramos en la obra de Malory; y una versión de la vida de Gawain, el caballero favorito de la Mesa Redonda, desde su extraño nacimiento e infancia en la pobreza hasta su ascensión al cargo más importante de todos: emperador de Roma. Además, aquí encontramos también algunos de los relatos más tempranos sobre Arturo, derivados de la tradición céltica. El héroe épico aparece representado en historias tan poderosas como «Las aventuras del Niño Águila» y «La llegada de Merlín», basada en el texto medieval temprano La vida de Merlín, en la que se nos cuenta una versión totalmente nueva de la historia del gran hechicero.

John Matthews

El gran libro del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda

ePub r1.0
Titivillus 24.06.2025

Título original: *The Great Book Of King Arthur And His Knights*
John Matthews, 2024
Traducción: Víctor Ruiz Aldana
Ilustraciones: John Howe

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El gran libro del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda

Dedicatoria

Agradecimientos

Prólogo

Introducción

Libro primero: El libro de Merlín
1: La llegada de Merlín
2: La historia de Avenable
3: Merlín y los dragones

Libro segundo: El libro de la mesa redonda
4: Los votos del rey Arturo y sus caballeros
5: El caballero del loro
6: Cómo sir Lancelot se ganó el nombre
7: El relato de Palomides y la bestia aulladora
8: La aventura del bello desconocido
9: El relato de sir Lanval
10: Las aventuras de Meriadoc, Príncipe de Cambria
11: El relato de Guingamor y Gaheris
I
II
12: Las aventuras del niño águila
13: La historia de Caradoc del brazo fuerte
14: Las aventuras de Melora y Orlando
15: La visita de la dama de la corva gris
16: El relato de Tyolet
17: La historia de Jaufré y la gran lamentación
18: El relato de sir Marrok y el lobo
19: El relato de sir Torec y la diadema de oro

Libro tercero: El libro de sir Gawain
20: El ascenso de sir Gawain
21: Sir Gawain y el perro de las orejas recortadas
22: Las aventuras en Tarn Wathelyn
I
II
23: El relato de Gorlagros y Gawain
24: Sir Gawain y el Carle de Carlisle
25: El caballero de la espada encantada
26: La mula sin brida
27: El casamiento de sir Gwain y la dama Ragnall

Libro cuarto: El libro del Grial
28: La elucidación del Grial y la historia de sir Perceval
29: El relato de Morien
30: Las aventuras de Sone de Nansay

Libro quinto: El final de la mesa redonda
31: La muerte del rey Arturo
32: El viaje a Ávalon

Notas y fuentes
Libro primero: El libro de Merlín
1: La llegada de Merlín
2: La historia de Avenable
3: Merlín y los dragones
Libro segundo: El libro de la mesa redonda
4: Los votos del rey Arturo y sus caballeros
5: El Caballero del Loro
6: Cómo sir Lancelot se ganó el nombre
7: El relato de Palomides y la Bestia Aulladora
8: Las aventuras del bello desconocido
9: El relato de sir Lanval
10: Las aventuras de Meriadoc, príncipe de Cambria
11: El relato de Guingamor y Gaheris
12: Las aventuras del Niño Águila
13: La historia de Caradoc Brazo Fuerte
14: Las aventuras de Melora y Orlando
15: La visita de la dama de la corva gris
16: La historia de Tyolet

17: La historia de Jaufré y la Gran Lamentación
18: El relato de sir Marrok y el lobo
19: El relato de sir Torec y la diadema de oro
Libro tercero: El libro de sir Gawain
20: El ascenso de sir Gawain
21: Sir Gawain y el perro de las orejas recortadas
22: Las aventuras en Tarn Wathelyn
23: El relato de Gorlagros y Gawain
24: Sir Gawain y el Carle de Carlisle
25: El caballero de la espada encantada
26: La mula sin brida
27: El casamiento de sir Gawain y la dama Ragnall
Libro cuarto: El libro del Grial
28: La elucidación del Grial y la historia de sir Perceval
29: El relato de Morien
30: Las aventuras de Sone de Nansay
Libro quinto: El final de la mesa redonda
31/32: La muerte del rey Arturo y La travesía hacia Ávalon

Ilustraciones

Bibliografía

Sobre el autor

Notas

DEDICATORIA

El escudo de armas de sir Thomas Malory

En memoria de sir Thomas Malory, caballero, nacido en 1415 en Warwickshire; muerto en 1471 en Londres.

A John Ronald Reuel Tolkien (1892-1973)

El mayor cronista de los Días Antiguos.

EL GRAN LIBRO DEL REY ARTURO Y SUS CABALLEROS DE LA MESA REDONDA

✢ ✣ ✢

Una nueva Muerte de Arturo

Compilado y escrito por
JOHN MATTHEWS

Prólogo de
NEIL GAIMAN

Ilustrado por
JOHN HOWE

EL GRAN LIBRO DEL REY ARTURO
Y SUS
CABALLEROS DE LA MESA REDONDA

La espada en la piedra

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, me gustaría darle las gracias a mi esposa, Caitlín Matthews, por compartir conmigo el largo viaje que ha supuesto la escritura de este libro, y cuyo apoyo constante y maravillosos conocimientos han hecho que cada página brille con más fuerza de lo que habrían brillado sin su ayuda. A mis otros dos lectores, Dwina Gibb y David Elkington, cuyos comentarios me han ayudado a dar forma a los contenidos de cada historia. Asimismo, en memoria de otros dos grandes arturianos, por todo lo que me enseñaron sobre cómo dar forma a estos relatos fantásticos: John James (1923-1993) y Peter Vansittart (1920-2008), quienes me gustaría pensar que habrían disfrutado de este libro. A Neil, otro de los grandes cuentacuentos de nuestro tiempo, gracias por el magnífico prólogo. A mi agente, Peter Buckman, por sus rigurosos comentarios al principio. Y por último, pero no por ello menos importante, a John Howe, cuyas extraordinarias ilustraciones embellecen este volumen. Hace mucho que admiro su trabajo, y nunca podré agradecerle lo suficiente que accediera a centrarse en este texto cuando ya tenía otros muchos proyectos entre manos.

John Matthews
Oxford, 2002

PRÓLOGO

Mi primer contacto con Arturo fue gracias a un pesado libro de tapa dura con dibujos coloridos. La ilustración del primer capítulo con el dragón rojo combatiendo contra el blanco en la base de la torre de Vortigern se me quedó grabada en la memoria. Tenía seis años. El libro pertenecía a la familia Harris, y yo solía ir a su casa a leer sus libros. Allí fue donde leí por primera vez los libros de *Narnia*, y donde, en las estanterías del señor Harris, me encontré por primera vez con Drácula. Allí era donde estaban los libros de verdad. Leía las historias de aquel volumen con asombro e inquietud, fascinado por los relatos y deleitándome con la exuberancia de las ilustraciones.

El rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda de Roger Lancelyn Green fue mi segunda toma de contacto, y la tercera fue el día en que me llevaron al cine a ver lo que con aquella edad me pareció una tremenda decepción: la película *Camelot*. Las personas en pantalla parecían tener la impresión de que los relatos del rey Arturo y sus caballeros eran algo así como una historia de amor, algo que a mi yo de siete años le parecía un error garrafal. Yo quería ver dragones blancos y rojos enzarzados en una batalla, espadas destelleantes, gigantes abatidos y misteriosos caballeros en armaduras coloridas que no despegaban los labios, no canciones, besos y un final triste.

Con trece años, me suscribí al Book Club tras ver un anuncio en la contraportada de la revista dominical de un diario para que me enviaran sin coste alguno los dos volúmenes completos del *Oxford English Dictionary* (con lupa). Lo necesitaba, según había descubierto, para poder leer la novela de fantasía de William Morris *La Fuente del Fin del Mundo*, porque se usaban numerosas palabras

arcaicas que no era capaz de encontrar en ningún diccionario común. Tuve que pedir también un libro del Book Club para poder quedarme con los diccionarios, así que me decidí por una hermosa edición de *La muerte de Arturo* llena de ilustraciones medievales. Recuerdo el día feliz en que me llegó el libro, de abrirlo y adentrarme en el mundo de Malory. Leer a Malory me resultó más sencillo que leer a William Morris. Me enamoré al instante de Merlín, el hijo de un demonio. Y, bueno, quizá me obsesioné un poco con la fantasía artúrica. Ya me había leído las obras de T. H. White (en varias ediciones confusamente distintas; por aquel entonces aún no comprendía que los relatos contradictorios, y las versiones diferentes de las historias que ya has leído, forman parte de la misma esencia de la materia artúrica) y disfruté de los relatos, a pesar de que siempre deseé que las cosas le hubieran ido de otra manera al pobre Arturo, a quien había llegado a apreciar mucho como el joven Verruga, y a quien solo deseaba que le pasaran cosas buenas.

Me preguntaba por el cuándo y por el porqué. Los maravillosos anacronismos no hacían sino sumar a la diversión, como en el *Julio César* de Shakespeare con sus relojes, libros y jubones. Los relatos artúricos se anotaron y recopilaron en una época en que todo existía en un glorioso presente y, por tanto, esa edad mítica de grandes aventuras y caballería tenía lugar en la propia edad de la caballería de Malory. Algunos de los relatos, creía yo, eran viejas historias, recordadas, contadas y recontadas, algunas compuestas en ese preciso momento, inspiradas por las antiguas. Los dos tipos me maravillaban por igual.

Me deleitaba con todo lo artúrico, aunque siempre escaseara, y durante mi adolescencia y juventud, me alegraba con cada avistamiento artúrico, por extraño que fuera. Allí estaba, lo que yo tanto amaba, en *Los caballeros de la mesa cuadrada* de Monty Python, porque sí, era una comedia, pero una comedia que entendía la fantasía artúrica y la utilizaba como un espejo en el que reflejar las bromas; estaba en *Excalibur*, la película de John Boorman, a

pesar de que parecían interesarle menos los personajes como personas y lograba triunfar por el espectáculo, o eso me pareció cuando la vi.

No recuerdo cuál fue el primer libro de John y Caitlín Matthews que compré, aunque sí recuerdo que lo adquirí en una tienda de magia cerca del Museo Británico, y que la temática era (como no podía ser de otra manera tratándose de John y Caitlín) las tradiciones mágicas célticas. (Ni Wikipedia ni Google me ayudaron cuando intenté descubrir qué libro podía ser: la pareja ha escrito una infinidad, tanto juntos como por separado). Lo que más recuerdo fue lo útil que me resultó. Corría el año 1988 y yo me estaba documentando sobre las tradiciones mágicas para *Los libros de la magia*, un cómic en cuatro partes que acabaría escribiendo para DC Comics, y empezaba a desanimarme un poco. Había llenado una estantería con libros sobre magia para documentarme y me habían parecido aburridos, poco convincentes, y a menudo me transmitían una cierta vergüenza, como si los autores no hubieran sido capaces de quitarse de encima la sensación de que aquello que estaban escribiendo era fundamentalmente ridículo. Creía con bastante firmeza que podía inventarme sistemas mágicos mejores y más convincentes que los que se me estaban ofreciendo. El libro de John y Caitlín era justo lo contrario. Era sensato, convincente, estaba bien documentado y bien escrito, y nunca me pareció nada menos que interesante. Fue una de las inspiraciones para la tercera parte de *Los libros de la magia*, el que ilustró el asombroso Charles Vess.

John, Caitlín y yo compartíamos intereses: en los relatos artúricos y celtas, en las tradiciones mágicas de las Islas Británicas (que nunca son tan antiguas como crees, a menos que lo sean), en la obra del brillante novelista británico John James. (Sus novelas *Votan*, sobre un comerciante griego de nombre Photinus cuyas hazañas inspiraron las leyendas de Odín, y *Not For All The Gold In Ireland*, en la que Photinus crea sin darse cuenta muchas de las mejores historias de la mitología celta, son dos de las mejores obras

que he leído). La primera vez que vi a John y Caitlín en persona, en 2013, fue para charlar sobre la restauración que estaban haciendo de la última novela inédita de James, *The Fourth Gwenevere*, y los planes que tenían de llevarla a imprenta.

John Matthews es un experto de lo artúrico. Sabe de lo que habla. Ha escrito ficción y realidad, para niños y para adultos. En este libro, ha reunido para nosotros una nueva *Muerte de Arturo*. Ha coleccionado algunas de las historias que Malory no contó, y las ha recopilado para mostrarnos una nueva serie de relatos sobre Merlín, Arturo y sus caballeros. Y así ha creado algo nuevo e inusual, como si eso nos permitiera atravesar un espejo y adentrarnos en un mundo en que estas son las famosas historias artúricas, las que siempre se han contado y recordado.

Como los mejores relatos artúricos, las aquí reunidas hablan de caballería, de jinetes a lomos de caballos, de combates de espadas, de magia y de héroes nobles y hermosas mujeres. Pero tiene todo una frescura que me encanta.

Lo que más disfruto de estos relatos es que en ningún caso parecen las sobras, las historias que no eran lo bastante buenas como para pasar el corte final, la lista B. Hablamos de unos relatos, en su mayoría desconocidos para mí, con la frescura y la vida de las mejores versiones de Malory. Aquí podemos encontrar a un joven rey Arturo disfrazado como el Caballero del Loro, o a un joven Lancelot embarcado en una misión por hallar su propia identidad en la que encontramos suficiente magia, hazañas épicas, torneos letales y entusiastas devaneos sexuales que harían palidecer a *Juego de Tronos*. (Y estas historias también nos recuerdan lo mucho que le debe la famosa saga de George R. R. Martin a *La muerte de Arturo*. Los relatos artúricos están en el mismo ADN de Poniente, tanto como la guerra de las Rosas).

La voz de John Matthews como autor está bien elegida. Consigue que las historias parezcan antiguas, porque lo son, pero con una actitud contemporánea y alegre, sin sacrificar jamás la claridad a costa de arcaísmos fingidos ni expresiones modernas. No

necesitarás los dos volúmenes completos del *Oxford English Dictionary* para leer este libro. Se mueve entre el ahora y el entonces, casi tanto como las historias.

Son antiguas, pero seguimos conectando con ellas.

Porque, casi seiscientos años después de Malory, parece que estos relatos existan aún en un presente glorioso, como si pudiéramos ir a pie a la corte del rey Arturo y encontrarnos en Camelot una apacible mañana de primavera, cuando las lindes del bosque están en flor y una gran aventura nos aguarda.

Neil Gaiman

Enero de 2022

INTRODUCCIÓN
Los relatos olvidados de Arturo y sus caballeros

Hacia finales del siglo XV, un hombre llamado sir Thomas Malory terminó un libro desde su celda. Esta gran obra es lo que hoy conocemos como *Le Morte d'Arthur* («La muerte de Arturo»). No era el título que él quería, pero el impresor, William Caxton, no solo se encargó de editar el libro, sino también de bautizarlo con el nombre con el que aún se lo conoce hoy día. Fue un éxito inmediato y sigue siendo la fuente de referencia sobre la materia artúrica.

En el año 2000, como celebración del nuevo milenio, edité el texto para una nueva edición con unas magníficas ilustraciones de la artista Anna-Marie Fergusson. Recientemente, casi veinte años después, preparé otra edición, publicada por Chaosium Inc., en 2022, la primera en incluir notas al margen para ayudar a los lectores poco familiarizados con la obra o el contexto de Malory a orientarse por las densas páginas de su magnífica obra.

La fuente principal de Malory fue una extensísima recopilación escrita en francés medieval, en el siglo XIII, y conocida como el *Ciclo de la Vulgata* (o, en su edición más reciente, *Ciclo de Lanzarote-Grial*). Esta obra, recopilada a su vez por un grupo de monjes cistercienses, estaba formada por historias rescatadas de muchas fuentes distintas. Era de una ambición y una longitud ciclópeas, y alcanza, en su edición moderna, los ocho volúmenes. Malory editó esta obra de múltiples volúmenes hasta menos de la mitad de su longitud original, cortando amplios fragmentos de explicaciones teológicas y centrándose en lo que probablemente fueran sus historias favoritas. Caxton editó aún más la obra de Malory,

transformando lo que pretendía ser una recopilación de relatos de caballerías en lo que muchos consideran la primera novela inglesa.

No obstante, ni siquiera en esas más de 500 páginas pudo Malory incluirlo todo, ni tampoco tuvo acceso a los cuentos escritos en otras lenguas: español, italiano, alemán e incluso hebreo, que multiplicaba varias veces los contenidos de las leyendas artúricas. Mientras trabajaba en la edición del año 2000, y más recientemente en la versión revisada y actualizada, me di cuenta de lo mucho que Malory no había incluido. Allí no estaban la «Historia de Caradoc Brazo Fuerte», ni «Jaufré», ni el «Caballero del Loro».

Después de haber encargado recientemente algunas traducciones nuevas, completas o parciales, de varios textos para mis propios fines de documentación, comencé a preguntarme si no podría haber una «nueva» *Muerte de Arturo*. Podría incluir muchas de las historias excluidas del libro de Malory, como las que he mencionado antes, escritas, igual que las suyas, para el lector contemporáneo, con vínculos entre los relatos que le otorgaran a la obra un comienzo, un nudo y un desenlace; igual que hizo Thomas Malory con su libro.

Cuando esa idea cobró forma, no fui capaz de quitármela de la cabeza, y el resultado es el libro que tienes entre las manos. Una de las primeras cosas que pensé fue que necesitaba una «voz» para estas historias, y me vino a la mente ese clérigo y narrador anónimo que presenta las historias como homenaje a ese gran escritor que tanto admira.

Al hacerlo, pensaba en el prefacio que Caxton incluyó en el libro que imprimió, en el que afirmaba que «muchos nobles y diversos gentilhombres de este reino de Inglaterra acudieron a mí y me preguntaron, mucho y a menudo, por qué [no había] hecho e impreso la noble historia del Sangreal [el Grial], y del cristiano más reconocido y digno, el rey Arturo, que debemos recordar nosotros los ingleses por encima del resto de los reyes cristianos».

Caxton, inspirado por esos comentarios, se dispuso a producir el libro que, por encima de todos los demás, cimentaría la fama del

rey Arturo. No solo es Malory uno de los mejores estilistas en prosa de la lengua inglesa, sino que además cuenta una historia soberbia con ritmo y gracia. Su consumado oído para el diálogo, su infalible capacidad de eliminar lo prolijo y lo aburrido de sus fuentes, hacen que este libro sea tan emocionante leerlo hoy como hace seiscientos años.

La selección de las historias que conforman este nuevo volumen incluye la totalidad de los relatos artúricos, desde los célticos hasta los tardomedievales. Aparecen historias como *Lanzelet*, incluida aquí como «Cómo sir Lancelot se ganó el nombre», que ofrece un retrato muy distinto del gran caballero, hasta «La historia de Perceval», que se centra en la búsqueda del Grial y aporta otros significados profundamente diferentes de la historia a como la encontramos en Malory. También he incluido aquí varias historias del ciclo poco cohesionado de poemas y romances relativos a la figura de sir Gawain. Después de ser reconocido como una de las figuras fundamentales en la hermandad de la Mesa Redonda, Gawain experimentó una degradación firme y constante, hasta que, cuando llegamos a las versiones de Malory, es poco más que un asesino y un mujeriego. Las versiones tempranas de su leyenda, representadas aquí en «Gorlagros y Gawain», «Gawain y el Carle de Carlisle» y «El ascenso de Gawain», nos cuentan una historia muy distinta, en la cual Gawain es el héroe por excelencia y se embarca en algunas aventuras verdaderamente asombrosas.

Y luego tenemos los relatos célticos, que tienen una atmósfera bastante diferente. Aquí, esta rama temprana de la literatura artúrica viene representada por historias tan épicas como «El relato de sir Lanval», así como por la que debe de ser la más inusual, y ciertamente la más extraña, del libro: «La historia del perro de las orejas recortadas», un texto medieval irlandés que merece mucho más reconocimiento. Está llena de fantasía, lo que demuestra que, en ese momento, la imaginación céltica no estaba ni mucho menos muerta. Pero tal vez la más intrigante de todas sea el cuento medieval irlandés llamado «La visita de la dama de la corva gris»,

hasta el momento inédito en inglés, que casa la magia y el tono de la mitología celta con la orgullosa tradición caballeresca de los poemas épicos artúricos. Estoy especialmente satisfecho de haberlo podido incluir aquí.

Las versiones expuestas aquí no son traducciones en ninguno de los sentidos rectos de la palabra, sino más bien versiones de las historias originales escritas en prosa moderna. Igual que Malory «editó» el *Ciclo de la Vulgata* y otras obras para volcarlas en *La muerte de Arturo*, que luego editaría aún más su impresor, William Caxton, me he propuesto hacer una recopilación similar de las historias que o bien Malory desconocía, o bien decidió dejar fuera.

Al trabajar con estas historias, he descubierto que hay varios temas comunes: la caballería, por descontado, el amor romántico, la valentía de los caballeros andantes que se miden contra todo tipo de adversidades. Pero, sin duda, el tema más potente y poderoso son los encuentros continuos entre Arturo y sus caballeros con seres del otro mundo, lo que nos sugiere que existe una suerte de contienda, una brecha entre los mundos que permite la invasión de esa alteridad. Nos encontramos una y otra vez con escenarios que reflejan precisamente eso. Parece que siempre que el rey o alguno de sus caballeros abandonan la seguridad de las murallas de Camelot, o Caerleon o Carlisle, el otro mundo los está esperando, a menudo justo a la vuelta de la esquina. Si, por el contrario, no se aventuran más allá de los muros, los seres del otro mundo son igual de capaces de entrar por la fuerza y ofrecer juegos, búsquedas o desafíos que ningún miembro de la mítica hermandad puede arriesgarse a rechazar so pena de manchar su reputación de hombres valientes e intrépidos. La historia de «La elucidación del Grial» (p. 343) que se cuenta aquí nos ofrece una razón muy comprensible de esto, y he añadido mis propias referencias internas a las distintas historias para mantener este tema en la mente del lector.

Es a través de esas narraciones que aprendemos no solo sobre los ricos y variados detalles de la vida y espiritualidad medievales, sino

también de los sueños que atormentaban las mentes de sus creadores; hombres y mujeres que estaban sin duda mucho más cerca del mundo de la realidad sutil que la mayoría de nosotros hoy día. Es esa vida interior que sigue habitando la tradición artúrica y permite que siga provocándonos una poderosa fascinación actualmente.

J. R. R. Tolkien, tal vez el mayor mitógrafo de nuestra era, ponía objeciones a las leyendas y literatura artúricas aduciendo que eran «incoherentes», debido a la amplia selección de historias que habían tomado prestadas las unas de las otras y a la honda reserva de materiales anteriores. Esto es indudable, hasta cierto punto, cuando hablamos de Malory. Tenía tantísimo material en el que inspirarse que no fue nada fácil darle una estructura coherente a su libro. Sin embargo, y a pesar de algunas incoherencias en las que, por ejemplo, personajes muertos en un libro reaparecían más adelante en otro, Malory consiguió, de hecho, que su obra contara una historia con principio, nudo y desenlace. Sigue habiendo encendidas discusiones sobre si lo que intentó fue escribir un libro completo (y de ahí el título original de la obra, «El libro completo del rey Arturo y sus caballeros de la Mesa Redonda») o una recopilación de historias independientes. Creo que, siendo justos, hay argumentos para ambas posiciones en *La muerte de Arturo*. Al compilar esta obra, he sido consciente desde el comienzo de que hay incoherencias con algunos personajes y acontecimientos en los relatos que aquí versiono; pero he tratado de evitarlo eliminando determinadas partes de las obras originales, tal como hizo Malory, para poder alcanzar una narración coherente, dentro de lo razonable. Esto ha provocado inevitablemente algunas pérdidas, que he indicado en las notas al final del libro, donde resumo con pocas palabras las secciones omitidas en beneficio de aquellos lectores que prefieren saber lo que falta. En la mayoría de los casos, la razón de la omisión suele ser la longitud. Algunas de las obras, como «Sone de Nansay» y «Sir Torec», son de una longitud considerable, así que para incluirlas habría tenido que ampliar esta

obra en varios volúmenes; de ahí que las haya abreviado excluyendo partes que se desviaran del hilo conductor de las historias.

A lo largo del proceso, también he tenido en mente la pregunta sobreentendida planteada por Tolkien que proponía Leonard Neidorf en su magnífico artículo sobre el propio poema artúrico de Tolkien, *La caída de Arturo*. «Si el autor realiza una serie de selecciones correctas a partir de los materiales disponibles, modificándolos cuando sea necesario, ¿sería posible armonizar las tradiciones y producir una narración coherente?»[1]. Considero que la respuesta a esta cuestión es un contundente «sí», y he hecho todo lo que estaba en mis manos para crear aquí ese tipo de narración. Con todo, es inevitable que en algunos puntos haya ideas o creencias que parezcan contradecirse, pero creo que cuando entramos en el mundo artúrico, estamos entrando en otro lugar, donde no siempre se aplican los marcos de referencia comunes. El mundo de Arturo es un mundo de hadas, donde, con relativa frecuencia, puede ocurrir cualquier cosa. Teniendo esto en mente, creo que la epopeya que sigue es lo más parecido a lo que el propio Malory, de haber tenido más tiempo y acceso a una biblioteca mayor de literatura artúrica, habría podido lograr. No se me ocurriría afirmar que estoy a la altura de un maestro de la prosa indiscutible como él, pero he intentado alcanzar un lenguaje simplificado y directo como el que Malory utilizó en su incomparable obra.

La unidad de la recopilación nos viene dada por la presencia del recopilador ficticio y narrador de los relatos, quien frecuentemente interrumpe la narración con comentarios personales. Malory también hace lo propio de cuando en cuando, refiriéndose a menudo al «libro francés», probablemente el *Lanzarote-Grial*, que, de hecho, cuenta la historia de Arturo, Merlín y Lancelot y el resto en una recopilación única, extensísima. Como la mayoría de los compiladores de estos relatos, los recopiladores recurren a una técnica conocida como «entrelazamiento», donde una historia

empieza y se interrumpe con otra que más tarde también se verá interrumpida, a menudo entre tres y cuatro veces, antes de regresar al relato original. Yo he procurado, en la medida de lo posible, evitar esto, puesto que puede resultarle complicado al lector moderno. En su lugar, he permitido que el recopilador de estos relatos añada comentarios y haga referencias ocasionales a otras historias, algunos incluidos por el mismo Malory, otros, por sus vínculos entre ellos, inspirados por el conocimiento que tiene el autor de otros relatos. Otro de los mecanismos de la edición de Caxton consistía en añadir a cada libro lo que podríamos bautizar como «finales y comienzos»: es decir, *Explicit Liber Primus* (Fin del libro primero), *Incipit Liber Secundus* (Comienzo del libro segundo). He adoptado ese mecanismo para reforzar los vínculos entre el libro de Malory y el mío.

Al llevar a cabo mis propias versiones de estas historias, he procurado encontrar un estilo que reflejara el original sin que llegara a parecer demasiado anticuado. El ritmo de las obras, a menudo escritas como poesía, suele ser hipnótico. He intentado capturarlo en la medida de lo posible sin sacrificar fluidez en la narración.

La mayoría de las historias originales incluyen personajes sin nombre: «una dama», «una damisela», «un caballero» o «un señor» serían las formas más habituales. Dado que los personajes suelen parecerse por su estilo o comportamiento, les he dado nombres extraídos de otras fuentes artúricas para que fueran reconocibles.

Para completar la visión de esta «nueva» *Muerte de Arturo*, he tenido la inmensa suerte de contar con la colaboración de mi amigo John Howe, famoso por sus ilustraciones y diseños para los libros y películas de *El Señor de los Anillos*, para que ilustrara esta colección épica. Los resultados son mucho más asombrosos de lo que podría haber llegado a imaginar jamás. Decir que le hacen justicia a mis palabras sería quedarse corto, y siempre estaré en deuda con John por haber asumido este cometido.

Hacia el final de mi trabajo con este libro, me topé con una cita

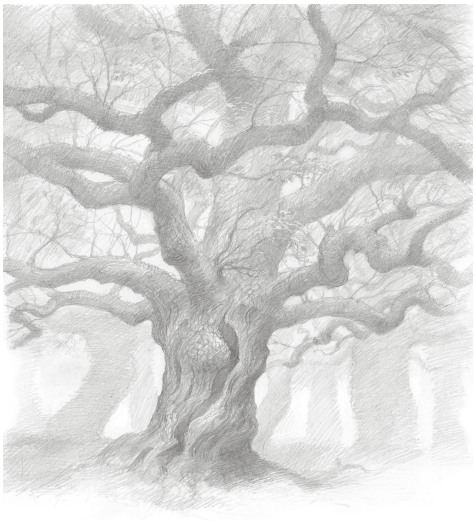
del poeta inglés John Masefield (1878-1967), cuya poesía artúrica descubrí hace muchos años y he apreciado desde entonces. En una antología de poesía artúrica de Masefield (*Arthurian Poets: John Masefield*, editada por David Llewellyn Dodds [Boydell & Brewer, 1995]), encontré el pasaje siguiente:

¿Acaso no ha llegado el momento de rehacer y reimprimir la épica [de Arturo]…? ¿Acaso no es el momento perfecto para una versión autorizada a partir de poemas y cuentos antiguos que Malory apenas utilizara o desconociera…? Es nuestra literatura épica inglesa; deberíamos aprovecharla mucho más (p. 8).

Eso es lo que he intentado hacer. Espero que los miles y miles de personas que aprecian el trabajo original de Malory no consideren mis añadidos de una calidad muy inferior a la de él; aunque no puedo afirmar que sea el maestro del estilo que, sin ningún género de duda, fue él.

John Matthews
Oxford, 2002

LIBRO PRIMERO
EL LIBRO DE MERLÍN



El árbol poderoso

1: LA LLEGADA DE MERLÍN

Y aquí, desde el comienzo, será narrada mi historia del rey Arturo. Un libro que contará las historias que el maestro Thomas Malory, por diversas razones, no pudo incluir en su magna obra, conocida en el mundo entero como *La muerte de Arturo*. Por tanto, habrá un nuevo libro del rey Arturo y sus caballeros, y que viva en la memoria de los hombres y mujeres de mente noble y gentil hasta que llegue el momento de enrollar el mapa del tiempo.

✣ ✠ ✣

En aquellos tiempos, el rey Arturo gobernaba toda Britania desde la áurea ciudad de Camelot. Organizaba muchos y magníficos festines alrededor de la Mesa Redonda, a la que se sentaban ciento cincuenta de los mejores caballeros, como habrás oído. Sir Lancelot, sir Palomides y sir Gawain, el sobrino del rey, y sus hermanos Gareth, Gaheris y Agravain estaban todos allí, así como muchos

otros, incluidos los caballeros de la reina y los héroes del Grial.

Pero Merlín fue el primero: mucho antes de la llegada de Arturo. Hay quien dice que fue el hijo de un demonio; otros, que nació, sin intervención humana, en el Gran Bosque que se extendía desde Camelot, al sur, hasta la barrera del muro romano en el norte. Se rumoreaba que incluso los dioses antiguos lo temían. Pero, sea cierto o no, hubo una vez en que la isla de Britania era conocida como la Isla de Merlín, alrededor de la cual levantó un muro de latón, y fue también él quien alzó las piedras colgantes de la llanura de Salisbury para construir la tumba de un rey. Él fue quien nombró a Arturo rey de toda Britania en aquellos tiempos inmemoriales; y fue él quien causó la forja de la espada Excalibur e hizo que cayera en manos del joven rey. Y fue Merlín quien llevó la piedra en la que se colocó la espada a un lugar de su elección, donde el rey y la tierra se unían. Y después de eso construyó la áurea Camelot, en una sola noche, según dicen.

Comencemos por tanto con la historia del nacimiento de Merlín, quien se convirtió en el gran consejero del rey Arturo, y obró muchas cosas extrañas y maravillosas en aquella época remota. La historia de su llegada, y de los acontecimientos que condujeron a la aparición del mismísimo Arturo, no se cuentan con demasiada frecuencia. Por tanto, comenzaré por ahí.

✣ ✠ ✣

NADIE PUEDE HABLAR con certeza de los orígenes de Merlín. Pero sí se narra una historia, una que parece que el maestro Thomas decidió no incluir en su gran obra, en la que se nos cuenta cómo una cierta princesa de Dyfed resultó estar encinta, aunque se creía que no había yacido con varón alguno. Al cuestionárselo, ella contó cómo el más hermoso de los seres se le había aparecido en su alcoba durante muchas noches y le había hecho el amor con la delicadeza de la lluvia de verano sobre la tierra. Cada mañana, el

ser desaparecía hacia un lugar que ella desconocía. Tampoco sabía de dónde venía, solo que era bondadoso, y que parecía brillar como una vela en la oscuridad.

Muchos de los que oyeron la historia se apresuraron a llamarla fulana, mientras que aquellos con una disposición menos dura creían que el ser que había acudido a ella era un demonio, pues era bien sabido que los demonios siempre se mostraban hermosos a pesar de que su verdadera naturaleza fuera nauseabunda. Pero pronto el niño que había en sus entrañas clamó por salir al mundo, y, cuando nació, la partera palideció y vio que el infante, un niño, estaba cubierto por una densa capa de pelo gris. Sin perder un instante, el padre y la madre de la princesa ordenaron llevar a la criatura al sacerdote para que la bautizaran, creyendo, sin duda, que se desvanecería en una nube de humo sulfúrico. Pero cuando el sacerdote vertió agua bendita sobre la cabeza de la criatura, la peluda capa cayó y se disolvió, y se oyó un graznido de alegría. En ese mismo momento, pasó volando un tipo de halcón conocido en inglés como *merlín*, un esmerejón, que la princesa interpretó como una señal, y nombró a la criatura en honor al pájaro.

Aquellos que cuentan esta historia también dicen que cuando tenía diez años, al muchacho lo acusaron de ser antinatural, y que él y su madre (que por aquel entonces ya se había retirado a un convento) debían presentarse ante un magistrado. Al hacerlo, Merlín sorprendió a todos los presentes por ser mucho más conocedor de la disoluta vida privada del juez de lo que cualquier otro hombre podría saber por medios ordinarios, y hablaba con tanta firmeza y tanta claridad al negar que su padre fuera más que un hombre, que al final lo dejaron libre, así como a su madre. Después de aquello, la gente evitaba al muchacho, creyéndolo o bien un demonio o bien una criatura del mundo feérico, opción esta por la que yo más me inclino. Pero se cuenta algo que desmiente esta historia (a menos que la princesa diera a luz a dos criaturas en lugar de a una), y es que Merlín, por lo visto, tenía una hermana gemela, quien en un primer momento no mostró ninguna de las

habilidades antinaturales del hermano, pero que con el tiempo llegó a ser conocida como profeta por derecho propio. Su nombre era Ganeida, y a pesar de que conozco muy poco sobre esas cuestiones, mi corazón me dicta que ni Merlín ni ella eran seres mortales, sino producto del mismo aire.

Sea como fuere, a medida que Merlín avanzaba hacia la edad adulta, tan bondadoso y generoso era su carácter, tan aguda su sabiduría, que con el tiempo la mayoría de la gente se olvidó de sus orígenes, y cuando el padre de su madre, quien era un rey de Dyfed, falleció por causas naturales, Merlín fue aceptado como el heredero del reino y se convirtió en su gobernante, y a pesar de que muchos observaban que había algo inusual en su sabiduría, nadie se atrevió a cuestionar su derecho al trono. Fue en esa época cuando se desposó con Güendolena, hermana de Rodarch, señor de Cumbria. Pocos hablan ahora de esta alianza, salvo por un registro que he encontrado, por mano del maestro Geoffrey de Monmouth, quien también escribió sobre las gestas de Arturo en su famosa *Historia Regum Britanniae*. Allí, a Merlín se lo conocía como hombre sabio, poeta y legislador, a quien los hombres inferiores acudían en busca de conocimiento. Pero como rey también era un guerrero, capaz de dirigir a un ejército de hombres hacia la batalla.

Llegó un tiempo en que el príncipe Peredur, líder del norte de Gales, y Gwenddoleu, rey de Escocia, estaban en guerra. Merlín se unió a las filas de los galeses, igual que su amigo Rodarch de Cumbria, quien se había desposado con Ganeida cuando Merlín tomó por esposa a la hermana del rey. Los acompañaban los tres hermanos menores de Peredur, a quienes Merlín apreciaba de corazón, y los cinco combatieron codo con codo, hasta que un día los escoceses y los galeses se unieron a la batalla con gran ferocidad y los tres jóvenes príncipes cayeron bajo las espadas de sus enemigos.

Al verlo, Merlín se lamentó a pleno pulmón, levantando la voz por encima del estruendo de la batalla:

¡Cómo puede el aciago destino

arrancar tan cruelmente de mí
a mis queridos compañeros!
Jóvenes valientes,
vuestro coraje se ha llevado
los años de vuestras vidas.
Un momento atrás,
combatíais a mi lado;
ahora yacéis en la tierra,
¡cubiertos de sangre fresca!
¡Quién afrontará ahora
la batalla a mi lado!

A su alrededor, la contienda proseguía. Muchos eran los hombres que caían muertos por ambos bandos. Pero los galeses presionaban y al final del día dominaron el campo de batalla. Merlín ordenó que enterraran a los príncipes, pero no había nada que pudiera consolarlo por la pérdida. Se pasó días llorando, lanzándose tierra y rasgándose la ropa. Nada podía reconciliarlo con la muerte de los jóvenes.

Al final, su mente cedió a su dolor, enloqueció y huyó al gran bosque de Caledonia, al norte del campo de batalla. Todos los días descansaba bajo un árbol concreto en una arboleda de manzanos, arrancando fruta de las ramas y devorándola con entusiasmo. Allí hizo amistad con un lobo solitario con el que hablaba a menudo, creyendo que lo entendía. Pero cuando llegó el invierno y los árboles se quedaron sin fruta y apenas podía conseguir nada de la naturaleza, Merlín bramó:

Dioses de la tierra,
¿dónde está la fruta que antes comía?
Aquí, en la naturaleza,
el bosque se ha quedado sin hojas;
ya no hay refugio para mí,
puesto que los vientos se han llevado las hojas.
Si busco raíces,
puercos hambrientos y jabalíes codiciosos
se apresuran a robármelas.
Lobo, mi viejo compañero,
tan débil estás ya
que apenas puedes cruzar el campo.

¡Lo único que te queda
es llenar el aire con tus aullidos!

Los gritos de Merlín llegaron a los oídos de un cantante errante que, al oír la extraña voz y sus disparatadas palabras, se vio atraído hacia un alto, donde los árboles se fundían oscuros con el horizonte. Allí encontró a Merlín, tumbado en la hierba, desnudo y consumido, quejándose en voz alta a una persona invisible:

¿Cómo es que cada estación
es distinta a las demás?
¿Por qué la primavera
nos da hojas y flores,
el verano da cultivos
y el otoño fruta madura?
Luego llega el invierno
y lo destruye todo.
¡Ojalá no hubiera invierno,
regresara la primavera,
los pájaros trinaran de nuevo
y los manantiales brotaran!

El cantante, al observar aquello, se decidió por un movimiento arrojado. Se descolgó el arpa de donde la tenía sobre la espalda y tocó unas cuantas notas sutiles. Por un momento, Merlín recuperó la lucidez, pero al alzar la cabeza y ver al cantante cerca, la locura volvió a apoderarse de él y se adentró aún más en los bosques.

El cantante, tras haber intentado seguirlo, renunció a su objetivo y regresó al camino. Poco después llegó a la corte del rey Rodarch, quien había luchado junto a Merlín y sido testigo de su descenso hacia la locura, y quien era el esposo de la hermana de Merlín. Ganeida, tras enterarse de la aflicción de su hermano, junto con la esposa de aquel, Güendolena, había enviado hombres a buscarlo, pero ninguno le había visto ni un solo pelo.

Cuando el cantante describió su encuentro con el lunático desnudo, una luz de esperanza iluminó de nuevo los ojos de aquellos que tanto lo añoraban, y Rodarch ordenó a sus soldados que acompañaran al cantante y trajeran de vuelta al loco a casa. El

sabio cantante, consciente de que la presencia de hombres armados no haría sino espantar a su presa a las profundidades del bosque, les pidió que lo dejaran ir solo. Pues, según les dijo:

—Puede que la música lo calme, y mis palabras consigan que recuerde a su familia.

Rodarch lo consultó con Güendolena y Ganeida, quienes dieron presto su consentimiento. El cantante volvió sobre sus pasos hasta la parte del bosque donde había oído por primera vez la voz salvaje de Merlín. Allí, se descolgó de nuevo el arpa y entonó una canción que había compuesto de antemano.

Güendolena llora desconsolada.
Antaño no había mujer en Britania
más hermosa que ella.
Ni diosa tan blanca como ella,
ni endrino, rosa o lirio.
La alegría de la primavera la dominaba
y las estrellas le llenaban los ojos.
Ahora yace enferma de dolor,
clamando por su esposo perdido,
apagada como una estrella caída.

Ay también de Ganeida,
que llora a su lado,
afligida por la pérdida de un hermano.
Esposa y hermana lloran juntas;
sus lágrimas, un río de duelo.

Al principio no hubo más que silencio, hasta que la figura triste y consumida de Merlín apareció y escuchó. Y al hacerlo volvió a recuperar la cordura, y la locura arrastró su sombra lejos de su mente. Saludó al cantante con normalidad, y le pidió que volviera a entonar aquella canción doliente. Cuando la hubo oído, con lágrimas en los ojos, Merlín suplicó que lo llevaran a la corte de Rodarch, donde vería a su esposa y a su hermana.

Pero la felicidad de Merlín duró poco, pues la locura regresó cuando vio a las gentes que abarrotaban las calles de la ciudad, y trató de huir corriendo al bosque. El rey Rodarch había apostado guardias para que vigilaran la vuelta del cantante, y cuando se

enteró de la aflicción del hombre salvaje, ordenó que lo capturaran y lo llevaran con él, y que le tocaran música para tranquilizarlo. Pero cuando Rodarch dio orden de que encadenaran al loco por su propio bien, la luz se desvaneció de los ojos de Merlín al notar los grilletes en las manos, y no habló más.

En ese momento, la reina Ganeida entró y se quedó mirando al hombre salvaje con una mirada condescendiente. Mientras la abrazaba y besaba, Rodarch se percató de una hoja entrelazada en los cabellos de ella y, con una sonrisa, se la quitó. Al verlo, Merlín se echó a reír, meciéndose adelante y atrás en sus cadenas.

Sorprendido, Rodarch le pidió que revelara la razón de su alegría. Pero Merlín permaneció en silencio, mientras el rey, presa de la curiosidad, comenzó a ofrecerle recompensas para que se explicara. Merlín, irritado ante la propuesta, respondió al fin que solo le daría la respuesta si lo liberaban y permitían que regresara al bosque.

—Los regalos corrompen a aquellos que los reciben —dijo—. Yo valoro más la paz del bosque de Caledonia.

Rodarch vaciló, pero en ese momento entró Güendolena, la esposa de Merlín, y le suplicó que liberara a su esposo. Cuando le quitaron los grilletes, Merlín sonrió y dijo:

—Me he reído cuando le habéis quitado a la reina esa hoja del pelo, Majestad, porque sé cómo ha llegado ahí. ¡No ha mucho que yacía en un claro frondoso con su amante!

El rostro de Rodarch se ensombreció y se volvió hacia su esposa preso de cólera. Pero ella, ocultando su culpa tras una sonrisa, tildó las palabras de Merlín como los desvaríos de un loco.

—¿Cómo podéis creer a quien no distingue la verdad de las mentiras? —preguntó—. Puedo demostrar sin dificultad que lo que dice es falso.

Luego hizo venir a un joven y le pidió a Merlín que predijera cómo iba a morir. Merlín respondió:

—Morirá al caer de un lugar alto.

Ganeida despachó al joven y le ordenó que se cambiara de ropa

y se cortara el pelo. Luego, cuando volvió a presentarse ante ellos, le preguntó cuál sería la causa de su muerte. De nuevo, el loco rio y dijo:

—Morirá en un árbol.

La reina no perdía detalle de Merlín, consciente de cómo funcionaba la sabiduría en sus adentros.

—Ya lo veis —dijo—. Si mi pobre hermano puede predecir dos muertes distintas a la misma persona, ¿cómo podéis creeros una acusación así contra mí? Observad un poco más y entenderéis a qué me refiero.

En ese momento, despachó de nuevo al joven y le ordenó que se vistiera con ropa de mujer. Cuando regresó, le pidió a Merlín por tercera vez que predijera la causa de la muerte de la «muchacha».

—Muchacha o no —contestó Merlín—, este morirá en un río.

Ahora le llegó el turno de reír a Rodarch, pues comprendió que Merlín había predicho tres causas de muerte diferentes a la misma persona, lo que demostraba que, en efecto, había perdido el juicio.

—Liberadlo y que regrese al bosque —anunció—. Tal vez así recupere la cordura.

Sin perder un instante, Merlín se apresuró a alejarse de la corte, henchido de alegría al saberse libre. Güendolena se aproximó a él en las puertas de palacio y le suplicó que no se marchara. Pero Merlín no atendía a razones, y le ordenó de malas maneras que se apartara de su camino. En eso, Güendolena se arrodilló ante él, clamando que no volviera a marcharse. Ganeida, quien los había seguido desde la corte, dijo:

—Mira cómo se arrodilla tu afligida esposa ante ti, hermano. ¿Tanto abusarás de ella como para que deba esperar toda la vida a que regreses? ¿Debería marcharse al bosque contigo o quedarse aquí? —Luego, sabiendo que una larga ausencia y la locura de Merlín darían por rotos los votos de su matrimonio a los ojos del mundo, le preguntó—: ¿Debería tu esposa volver a desposarse si no regresas?

Merlín, con los ojos fuera de las órbitas, miró fijamente a las

mujeres.

—¡Que vuelva a desposarse si así lo desea! —gritó—. Pero advertid al hombre que la pretenda que no se me acerque. Que cambie de camino.

Luego vaciló, y pareció que los nubarrones de sus ojos se disipaban. Echó la vista al cielo y dijo:

—Cuando llegue el día del enlace, allí estaré. Y llevaré conmigo preciosas dádivas.

Dicho esto, partió de nuevo hacia la floresta que tanto amaba.

Güendolena lloró cuando vio a Merlín marcharse, y Ganeida también lloró su partida, pues aunque temía que conociera su aventura secreta, seguía amándolo y lamentaba la pérdida de su sabiduría.

✣ ✣ ✣

Los meses se convirtieron en años, y el joven a quien Merlín había augurado la triple profecía se hizo adulto. Un día, estando de caza, sorprendió a un venado, que pasó corriendo por delante de él hacia la cima de una colina. La pendiente era inusualmente escarpada, y cerca de la cumbre, su caballo tropezó y el joven salió disparado de la silla. Se despeñó por la empinada escarpadura y el pie se le quedó atorado en la rama de un árbol que sobresalía de la ladera. Quedó colgando con la cabeza debajo del agua del río que discurría junto a la colina. Y así fue como cayó y se ahogó colgado de un árbol, lo que confirmaba por completo la profecía de Merlín.

Mientras tanto, el profeta seguía viviendo en la espesura, y amaba el bosque mucho más de lo que había amado jamás la vida en ciudades y cortes. Una noche, sentado bajo los árboles, con la mirada puesta en la luna cornuda y bañándose en la gloria de los relucientes astros, pensó en Güendolena y se preguntó si aún seguía recordándolo o habría encontrado la paz en los brazos de otro hombre. Mientras contemplaba las estrellas, vio señales que

indicaban que estaba a punto de volver a desposarse. Y pensó en las palabras que había pronunciado antes de partir, y que le había prometido que le llevaría regalos, y eso decidió hacer.

Al día siguiente, se despertó y recorrió el bosque, reuniendo a una gran manada de venados y cabríos, corzas y cabras, que guio en una larga hilera. Él mismo cabalgaba al frente de aquella inusual columna a lomos de un gran venado. Partió hacia el palacio donde Güendolena se desposaría, tal como las estrellas habían predicho. Al llegar a las puertas, gritó su nombre.

Cuando se presentó, Güendolena se maravilló ante la imagen de Merlín y la gran manada de criaturas que había traído consigo. Su prometido, cuyo nombre la historia no recuerda, estaba de pie en una alta ventana. Cuando divisó al hombre salvaje andrajoso y desaliñado montado a lomos del venado, soltó una estridente carcajada. Merlín alzó la cabeza y lo vio, y una repentina furia le hinchó el corazón. Con una fuerza terrible, agarró las astas del gran venado que montaba y las arrancó de cuajo. Hecho esto, las arrojó hacia la ventana para que alcanzaran y machacaran la cabeza del prometido, y le arrancó la vida y envió su espíritu hacia los vientos.

ILUSTRACIÓN 1: *«Él mismo cabalgaba al frente de aquella inusual columna a lomos de un gran venado».*

Después se produjo un gran alboroto. Merlín hundió los talones en el costado del venado y se marchó a toda velocidad, perseguido por los soldados. Tal era la velocidad del venado que Merlín habría encontrado sin duda refugio en los bosques de no haber tenido que cruzar un río. Pero allí el venado tropezó y Merlín cayó al agua y se dio un golpe en la cabeza, y los sentidos lo abandonaron por un tiempo. De esta forma, sus perseguidores lo alcanzaron y lo llevaron de vuelta a la corte para dejarlo bajo los cuidados de su hermana, pues su esposa ya no deseaba verlo más después de la muerte del hombre con el que pretendía desposarse.

En efecto, no hablaron ni se vieron más, y, poco después, Güendolena falleció.

De nuevo, Merlín comenzaba a desvanecerse bajo el yugo de la cautividad. Se volvió arisco y malhumorado, y se negaba a comer y a hablar con nadie. Rodarch, al verlo, sintió una cierta lástima por

él, y ordenó que lo llevaran a las calles, bajo vigilancia, y le permitieran ver a las gentes que abarrotaban el mercado. El rey tenía la esperanza de que aquello le recordara a Merlín cuál fue antaño su lugar en el mundo y que recuperara parte de la cordura.

En el mercado, los habitantes se daban codazos y señalaban al lunático de los cabellos y barba enmarañados y la ropa harapienta, pero él respondía con su ignorancia, mirando siempre hacia el oeste, donde esperaba el Gran Bosque. En eso, atisbó a un hombre mendigando junto a las puertas y dejó escapar una sonora carcajada ante aquella imagen. Unos instantes más tarde, vio a un joven cargando con un par de zapatos nuevos. De nuevo, Merlín rio como loco, y los guardias decidieron llevarlo de vuelta a la corte, ya que eso demostraba que aún no había recuperado la cordura. Durante todo el trayecto, forcejeaba y bramaba que le permitieran regresar a su hogar en la floresta.

Cuando oyó la historia sobre las carcajadas de Merlín, y sin duda recordando la última vez que Merlín había reído así, Rodarch quiso conocer los motivos. Le prometió al profeta que, si se lo decía, volvería a dejarlo marchar, y Merlín sonrió.

—He visto a un hombre mendigando junto al camino cuando todo este tiempo ha estado sentado encima de un tesoro enterrado. Y luego he visto a un muchacho comprando parches para sus zapatos, pero lo cierto es que no volverá a necesitarlos. A estas alturas ya se ha ahogado, y aún flota en el río.

Rodarch envió hombres a comprobar la verdad de aquellas visiones, y, en efecto, encontraron una bolsa de oro enterrada bajo el lugar donde se había sentado el mendigo, mientras que el cuerpo del joven fue hallado en el río.

Cuando el rey recibió esa confirmación, Merlín exigió que le permitieran regresar al bosque. Ganeida le suplicó que esperara a que pasaran las heladas del invierno, pues el tiempo empezaba a ser frío y temía por la vida de su hermano en la gélida espesura. Pero Merlín negó con la cabeza. Su mirada parecía clara cuando dijo:

—No temo el frío, hermana. Las inclemencias del invierno no me

preocupan.

En ese momento, pareció dirigirse a Ganeida como antaño.

—Es bien posible que me sea difícil encontrar comida durante los meses oscuros, conque si deseas que esté a salvo, te pido que mandes construir una casa para mí en el Gran Bosque. Que tenga setenta puertas y setenta ventanas para que pueda observar las trayectorias de las estrellas y leer los secretos del viento y la lluvia. Allí percibiré los registros del futuro, y si te place enviar allí escribas, les contaré lo que veo para que puedan tomar nota de esas cosas. Ven tan a menudo como quieras, querida hermana, y hablaremos de estos asuntos.

Con esas palabras, regresó al bosque.

Ganeida estaba decidida a cumplir con los deseos de su hermano, y ordenó que se construyera la casa. Era un magnífico edificio, sin duda, lo bastante alto como para ver el horizonte por todos los lados, y con un tejado que podía abrirse para tener una vista clara de la cúpula celestial. Más tarde, sería conocida a lo largo y ancho del mundo como el observatorio de Merlín, pues desde allí podía contemplar todo lo que ocurría en el mundo y leer los misterios de las estrellas. Ganeida visitaba a su hermano a menudo, y hablaban largo y tendido sobre los acontecimientos futuros. Estando Ganeida con él, Merlín predijo la muerte de Rodarch, a lo que seguiría una nueva guerra entre Escocia y Cumbria. También ese tiempo habló de la llegada de un gran rey, quien gobernaría las tierras con honor, fuerza y sabiduría. Se dice incluso, en los libros antiguos, que compuso una canción que hablaba de los últimos días de Arturo, y de otros hechos que aún estaban por venir. No todas las palabras han sobrevivido, pero he buscado aquellas que sí nos han llegado, y a continuación dejo constancia.

¡Cuán necios son los britanos!
La afluencia los conducirá al exceso.
Lucharán entre ellos
y participarán en contiendas.
El hijo oscuro del rey

esparcirá el conflicto por doquier.
No puede esperar a hacerse con la corona.

Con el tiempo, todo esto llegó a ocurrir, pues el hijo oscuro del rey, Mordred, trató en efecto de derrocar a su padre, tal como nos cuenta el maestro Thomas.

✣ ✣ ✣

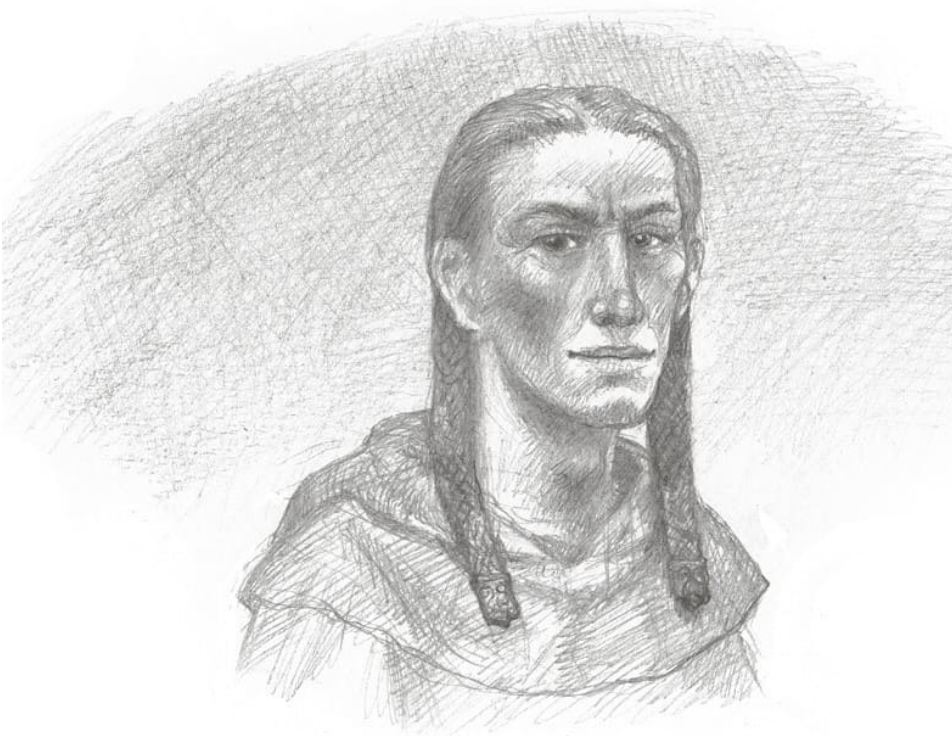
UN DÍA, MIENTRAS Ganeida se preparaba para regresar del bosque a la corte, Merlín le pidió que buscara al bardo Taliesín y le preguntara si sería tan amable de visitar el observatorio.

—Pues mucho tenemos por discutir, y he oído que hace poco que regresó de Bretaña, donde ha aprendido de las enseñanzas de Gildas el Sabio.

Cuando Ganeida volvió a la corte, descubrió que Rodarch ya había muerto, tal como había predicho Merlín, y lo lloró con gran pesar, honrando su grandeza y bondad. Pero, como había prometido, envió un mensaje a Taliesín, cuyo nacimiento estaba envuelto en misterios y quien, a pesar de ser aún joven, era reconocido como el mayor bardo de toda Britania, en el que le pedía que visitara a su hermano.

Al recibir el mensaje, y conociendo la gran sabiduría que poseía Merlín, el bardo se adentró en el bosque y logró encontrar el camino hasta el observatorio. Allí, los dos profetas pasaron varias semanas juntos, charlando de cuestiones diversas como, por ejemplo, qué era el clima y cómo se formaban las nubes. Y Taliesín le describió la forma de la tierra de Britania y nombró sus islas y ríos, montañas y valles, y de todo tomó registro Merlín. Taliesín había aprendido mucho de Gildas el Sabio, de quien se dice que fue un monje cristiano, mientras que hay otras voces que lo relacionan con una fe más antigua; no puedo confirmar si es cierto o no, solo que Taliesín hablaba de él con gran simpatía y lo llamaba maestro, y había muy pocas personas que considerara como tales, salvo quizá

al propio Merlín.



Taliesín

A cambio, Merlín le habló de la creación del mundo y de cómo estaba formado por círculos dentro de círculos, y de las estrellas y los planetas cuya influencia podía notarse en todas las acciones de la humanidad. Le habló de los cuatro elementos, que se unían en armonía, y de cómo el aire estaba hecho para capturar el sonido, y de la creación del mar. También le contó parte de lo que había visto sobre el gran rey que pronto llegaría al mundo. Taliesín tomó registro de estas cuestiones, pues sabía que Merlín solo decía la

verdad.

Mientras estaban juntos, un hombre pasó por allí y los informó de que había brotado milagrosamente un nuevo manantial de la tierra cercana, y que ya entonces estaba formando un lago de agua, y varios arroyos que discurrían por el bosque. Les dijo también que corrían rumores de que el manantial poseía poderes sanadores, y, al oírlo, Merlín y Taliesín decidieron visitar el lugar. Cuando llegaron, Merlín contempló el agua y se le saltaron las lágrimas. Ahuecó las manos y bebió, y de súbito la locura que lo había atormentado durante tantos años desapareció, y su mirada recobró al fin la claridad. Sano y cordial, parecía un hombre de menor edad.

Merlín echó la vista a los cielos y exclamó:

—¡He recuperado los sentidos! No estaba en mis cabales y era casi un espectro de mí mismo. Comprendía el vuelo de los pájaros y la lengua de los animales, y todo eso me placía más que la palabra o hazaña de cualquier hombre. Ahora soy libre de proseguir con el trabajo que se me encomendó.

Taliesín estaba maravillado, y dio las gracias por el restablecimiento de su amigo.

Pronto, corrió la voz sobre el manantial milagroso, y muchas fueron las personas que acudieron a hablar con Merlín y a ser testigos de su curación. Muchos opinaban que debía retomar su reinado y conducirlos hacia la victoria contra sus enemigos, pero Merlín lo rechazó, arguyendo que ya había pasado el momento de ese tipo de cuestiones. Declaró que tenía otras tareas que llevar a cabo.

—Pues un gran rey se acerca, y necesitará de toda mi sabiduría, y unirá las tierras y dejará a su paso un rastro de milagros.

Y así fue como ocurrió, como sabrá todo aquel que haya leído las palabras del maestro Thomas. Pues a pesar de que Merlín ya hubiera vivido una larga vida, desde el momento en que bebió de la fuente parecía rejuvenecido. Pronto, caminaría de nuevo por el mundo, y dejaría a Ganeida en el observatorio para que comenzara su propia vida de profecías. Ya que, según dicen, como gemela suya

que era, poseía la misma fuente de sabiduría que él. Pero no hablemos todavía de esto; centrémonos en el relato de lo que ocurrió justo después de que Merlín abandonara el bosque, pero antes de que presentara sus primeras grandes profecías al mundo.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA LLEGADA DE MERLÍN.

IMPLICIT LA HISTORIA DE AVENABLE.

2: LA HISTORIA DE AVENABLE

Pocos hablan ya de los días en que Merlín deambuló por el mundo antes de la época de Arturo. Pero hay una historia que sigue recordándose sobre la vez en que volvió a oírse la risa de Merlín, cuando un hombre salvaje acechaba en las sombrías profundidades del bosque.

AÑOS ANTES DEL reinado de Arturo, el emperador de Roma se llamaba Constantino. Hay quien dice que nació en esta misma isla, pero no encuentro registros al respecto en los libros antiguos. En esa época, el emperador tenía a su servicio a un lord llamado Cador, duque de Almayne. Este noble lord fue desheredado y expulsado de sus tierras por un poderoso lord vecino llamado

Frollo, el favorito del emperador. Pero Cador tenía una hija, Avenable, que era tan vivaz como hermosa, y al ver la vileza con que trataban a su padre, ideó un plan para ayudarlo. Se disfrazó de escudero y partió hacia Roma. Bajo el nombre de Grisandole, demostró su valentía numerosas veces, hasta el punto de llamar la atención del mismísimo emperador, quien la puso a su servicio y, después de un año, la nombró caballero, junto con otros jóvenes escuderos, durante las Fiestas de San Juan.

Un gran festival acompañó las celebraciones, y los flamantes caballeros formaron listas y comenzaron a justar entre ellos. Grisandole se desenvolvió bien y derrotó a todos los que cabalgaron contra ella, y terminó por obtener el premio. El emperador acabó tan impresionado con la gesta que ascendió a Grisandole para que fuera su administrador.

Poco después, el emperador tuvo un sueño. En él, vislumbraba una gran puerca, la más grande que había visto jamás, atravesando su palacio, derribándolo todo a su paso. Huía de doce leones jóvenes que, al atraparla, copulaban con ella, uno detrás de otro. Al despertarse, entre gritos y sudor, el emperador recordó que la puerca llevaba una diadema de oro a modo de corona en la cabeza.

El emperador, muy disgustado por el sueño, se levantó y se fue a misa y luego a comer. Aún inquieto por la visión, se sentó a la mesa tan enfrascado en sus pensamientos que estuvo casi dos horas sin despegar los labios, y todos los presentes se vieron obligados a estar sentados también en silencio, y a no comer.

Fue en ese momento cuando Merlín llegó a un bosque cercano a Roma. Conocía la naturaleza del sueño del emperador, y su significado, y deseaba poner las cosas en orden. Mediante una magia antigua y poderosa, adoptó la forma de un venado con una pata blanca, y con esa forma corrió por las calles de la ciudad hasta llegar al palacio del emperador y entrar en el mismo salón donde el emperador estaba sentado.

Se armó un gran alboroto. El pueblo persiguió al venado hasta el palacio, y allí esperaron, pues no se atrevían a entrar. En el salón, la

loza se despedazaba y la comida y la bebida acabaron por el suelo. El venado se detuvo frente al emperador y se inclinó, apoyando su poderosa cabeza en el suelo. Luego, según cuenta la historia, habló.

—Abandonad vuestras cábalas, emperador, pues no os harán ningún bien —dijo el venado—. Jamás comprenderéis vuestro sueño hasta que capturéis al Hombre Salvaje que habita en los bosques fuera de la ciudad. Solo él puede deciros su significado.

Cuando terminó de hablar, el venado saltó por una de las ventanas, enviando pedazos de cristal por todas partes, mientras que el resto de los postigos y las puertas del salón se cerraban de golpe. Para cuando pudieron abrirlas, el venado se había desvanecido, dejando tras de sí un rastro de guardias y ciudadanos desconcertados.

El emperador estaba tan fuera de sí que bramó que quienquiera que llevara ante él al venado o al Hombre Salvaje se desposaría con su hija y, si era de noble alcurnia, recibiría la mitad del reino y el resto tras su muerte. De inmediato, numerosos nobles y caballeros hicieron traer sus monturas y armas y se embarcaron en aquella extraña búsqueda.

En aquella época eran muchas las inusuales criaturas que habitaban el bosque, incluidas muchas tribus de hombres salvajes, quienes, a pesar de parecer humanos, vestían con hojas y vivían juntos en casas construidas con ramas de árbol. Nadie sabía si eran paganos o cristianos, ni cómo organizaban sus vidas, pero eran fieros y orgullosos, y pocos se atrevían a encontrarse con ellos.

Grisandole marchó con aquellos que pretendían ganarse el favor del emperador hallando a ese Hombre Salvaje en concreto. Muchos se retiraron a los pocos días al no oír palabra ni encontrar rastro del venado o del Hombre Salvaje, mas Grisandole prosiguió su búsqueda, avanzando ahora adelante, ahora atrás, a lo largo y ancho de la floresta.

A la postre, cuando se detuvo a descansar bajo un gran roble, el venado apareció frente a ella y habló:

—Avenable, malgastas tu tiempo buscando, pues no tendrás

éxito a menos que hagas lo que yo diga.

—¿Qué debo hacer? —preguntó la muchacha, pensando cómo era posible que el venado conociera su verdadero nombre.

—Yo te lo diré —respondió el venado—. Consigue carne fresca y sal, leche y miel, y pan recién horneado. Trae contigo a cuatro hombres fuertes, y a un joven que dé vueltas al asador. Acampad en el corazón del bosque, en la parte más agreste, y montad una mesa con un mantel de lino. Asad la carne y preparad la mesa con la leche, el pan y la miel, y ocultaos entre los arbustos hasta que llegue el Hombre Salvaje, pues te prometo que lo hará.

Dicho esto, el venado huyó dando saltos a gran velocidad, y Grisandole se quedó pensando si no sería aquello más que una trampa maligna que le estuvieran tendiendo. Sin embargo, decidió seguir el consejo de la criatura, y partió hacia la aldea más próxima, donde obtuvo todo lo que le había pedido y contrató los servicios de cuatro hombres para que cargaran con la comida, y el de un muchacho que girara el asador.

Se dirigieron al bosque y encontraron un claro entre los árboles donde levantaron el campamento, encendieron un fuego y colocaron la carne para asarla. Pronto, el aroma de la comida llegó a todos los rincones del bosque, y Grisandole y sus compañeros se ocultaron entre los arbustos.

No tuvieron que esperar mucho, ya que pronto divisaron a un hombre de aspecto salvaje, ataviado con hojas, con una melena y una barba largas y enmarañadas. Al aproximarse, iba atizando los troncos de los árboles a ambos lados con un gran bastón, y el bosque retumbaba con el ruido de sus golpes. Cuando el muchacho del asador lo vio, sintió tanto miedo que huyó corriendo, casi fuera de sus cabales, y los hombres que Grisandole había contratado parecían querer seguirlo; pero ella les habló con firmeza, y les aseguró que no había nada que temer.

El Hombre Salvaje, mientras tanto, al ver el fuego y la mesa llena de buena comida, comenzó a olfatear y resoplar, y al fin se acercó sigilosamente, y arrancó la carne con las manos y la

despedazó con furia, mojándola en la leche y la miel y babeando como un perro rabioso.

Cuando hubo comido hasta hartarse y estaba a punto de reventar, el Hombre Salvaje se tumbó junto al fuego y se quedó dormido. En eso, Grisandole y sus cuatro compañeros salieron de los arbustos y lo ataron. Él se despertó de súbito y comenzó a bramar y gritar, pero los demás ignoraron el ruido, lo subieron a un caballo y lo sujetaron. Luego, uno de los hombres se sentó detrás de él en la silla y partieron de vuelta hacia Roma.

Mientras cabalgaban, el Hombre Salvaje observó a Grisandole y se echó a reír. Cuando se le interrogó, en un primer momento se mantuvo en silencio, pero al final respondió:

—Criatura formada por la naturaleza, ahora cambiada a otra forma, guarda silencio ahora, pues no diré nada más hasta que esté frente al emperador en persona.

Grisandole ocultó sus miedos ante aquellas palabras, aunque se percató de que sus compañeros se miraban los unos a los otros. Cuando llegaron a las puertas de Roma y entraron, corrió la voz sobre su llegada y los ciudadanos abarrotaron las calles para ver al Hombre Salvaje, que gruñía y rechinaba los dientes con una actitud en verdad temible. La muchedumbre fue creciendo a medida que Grisandole y su pequeña compañía se aproximaban al palacio del emperador. Él, al oír el alboroto, salió para comprobar qué estaba ocurriendo.

—Señor —dijo Grisandole—. Aquí tenéis al Hombre Salvaje al que queríais interrogar. Os lo entrego y deseo que os sea de utilidad, pues a mí no me ha dado más que problemas.

El emperador prometió recompensar a su fiel caballero e hizo venir a un herrero a que engrillara al Hombre Salvaje. Pero él, enderezándose y hablando con voz calmada, dijo que no había ninguna necesidad, ya que no haría ademán de escapar. Y, mientras hablaba, hasta las sogas que lo sujetaban cayeron al suelo.

Así fue como todo el mundo comprendió que no estaban ante una criatura común.

—¿Quién eres? —demandó el emperador.

—Os lo diré —contestó el Hombre Salvaje, quien parecía menos salvaje a cada instante que pasaba.

(Aquí oirás otra versión más del nacimiento de Merlín, pero dejo en tus manos que decidas cuál quieres creer).

—Un día, cuando mi madre regresaba a casa, se adentró en el bosque encantado de Brocelianda. Allí se perdió y se vio obligada a pasar la noche bajo los árboles, y hasta allí acudió un hombre salvaje y yació con ella, y me engendraron, pues ella no era rival para la fuerza de él. Al día siguiente, mi madre volvió a casa y, poco después, descubrió que estaba encinta. Cargó conmigo durante todo el embarazo, dio a luz e hizo que me bautizaran. Pero en cuanto pude la abandoné y regresé a los bosques, puesto que ese era el modo de vida de mi padre y yo no tenía otra opción.

—Bien —dijo el emperador, frotándose la barbilla—. No te pondré los grilletes siempre que prometas ayudarme y no marcharte sin mi permiso.

El Hombre Salvaje dio su palabra.

Acto seguido, Grisandole habló y contó cómo lo habían capturado.

—Dijo que no hablaría abiertamente hasta que estuviera ante vos.

—¿Es eso cierto? —preguntó el emperador.

El Hombre Salvaje asintió.

—Pues habla.

Pero el Hombre Salvaje negó con la cabeza.

—No hasta que hagáis llamar a vuestros lores y nobles. Pues tengo mucho que decir y ellos también querrán oírlo.

Ceñudo, el emperador mandó avisar a sus consejeros privados y a sus lores y nobles. Tardaron tres días con sus tres noches en reunirse. Mientras tanto, el Hombre Salvaje se puso cómodo, comió y bebió bien, y se lavó y se vistió con ropa limpia, de modo que cada día que pasaba parecía más un hombre común. Y cuando al fin se reunió la corte, el emperador le ordenó que hablara. Pero el

Hombre Salvaje volvió a negarse, hasta que la emperatriz, una mujer hermosa donde las haya que estaba acompañada por doce doncellas, también estuvo presente. Todos contemplaban al Hombre Salvaje con curiosidad.

El hombre salvaje

Él, a su vez, observó a la emperatriz, a sus damas y a Grisandole, girando la cabeza de una a otra con una actitud divertida. Luego, comenzó a reír.

—Esta carcajada está fuera de lugar —dijo el emperador—. ¡Habla!

En ese momento, el Hombre Salvaje dejó de reír y se puso en pie.

—Como buen emperador que sois, dadme vuestra palabra de

que no sufriré daño alguno, diga lo que diga, y de que, cuando termine, podré marcharme por voluntad propia.

—Te concederé lo que pides —respondió el emperador, antes de observar al Hombre Salvaje durante un largo rato—. Busco el significado de un sueño que me ha atormentado a lo largo de muchas noches.

El Hombre Salvaje permaneció en silencio unos instantes, antes de arquear las cejas en dirección a la pareja real.

—Me habláis del sueño en que veis a una gran puerca, coronada con una corona de oro; y mientras la observáis, doce leones yacen con ella, uno tras otro. ¿Me equivoco?

El emperador asintió, mientras la emperatriz parecía removerse en su trono, con los ojos puestos en las doce doncellas que la servían.

El Hombre Salvaje levantó una mano y el salón se sumió en el silencio.

—Oíd el significado de vuestro sueño, emperador. La puerca que visteis representa a la emperatriz, vuestra esposa aquí presente, y los doce leones que yacen con ella representan a sus doce doncellas, quienes no son mujeres en absoluto, sino hombres disfrazados que yacen con ella cuando vos estáis lejos.

Se generó un gran murmullo entre los presentes, y la emperatriz palideció y pareció estar a punto de desvanecerse, mientras las doce «doncellas» se encorvaban de miedo y parecían ansiosas por abandonar el salón. El emperador permaneció en silencio un rato, antes de volverse hacia Grisandole y, con voz queda, decirle:

—Llegaré al fondo de la verdad. Despojad a estas mujeres de sus vestimentas para que todos puedan ver lo que ocultan.

Grisandole dio un paso al frente e hizo un gesto a los guardias para que rodearan a las «mujeres». No tardaron en arrancarles los ropajes, y todo el mundo comprendió al instante que, en efecto, eran hombres, aunque se hubieran dejado crecer el pelo y se hubieran aplicado un ungüento que impedía que les creciera la barba.

El emperador estaba tan enfurecido que estuvo un tiempo sin poder hablar. El único sonido eran los gimoteos de la emperatriz y los gruñidos de los doce hombres. A la postre, el emperador preguntó a los consejeros y nobles reunidos cuál debía ser la sentencia impuesta contra aquellos que habían cometido una afrenta tan terrible. Se declaró unánimemente que los criminales debían todos morir en la hoguera.

Luego el emperador se puso en pie y ordenó que así se hiciera, y rápido. La emperatriz y sus amantes fueron acompañados al patio, gritando y clamando su inocencia. Pero se preparó una gran hoguera y los trece murieron calcinados en aquel lugar, y así fue como pagaron por sus crímenes.

Y mientras el humo de sus ardientes muertes se alzaba en el aire, el emperador se giró hacia el Hombre Salvaje y le dio las gracias por su sabiduría.

—Aunque no sé cómo has llegado a tener ese conocimiento, me alegra, aunque también me avergüence. —Tras unos instantes, añadió—: He oído que también te reíste de Grisandole. ¿A qué se debía?

El Hombre Salvaje se detuvo y miró a Grisandole, quien supo de inmediato que los hombres que había contratado debían de haber hablado de esto.

—Incluso mientras reía de las mujeres falsas —dijo el Hombre Salvaje—, sabía que este bravo caballero no es tampoco un hombre, sino una mujer, de noble cuna, además, y tan valiente y fiel como cualesquiera de los hombres presentes.

En ese momento se hizo un gran silencio. Luego, el emperador se volvió hacia Grisandole y dijo:

—¿Es eso cierto? Habla ahora, pues no estoy de humor para que se me desobedezca.

En silencio, Grisandole asintió.

Algunas personas clamaron de pronto que Grisandole también debía arder en la hoguera, pero el emperador los mandó callar.

—Te ordeno que te marches, te despojes de esas ropas de

hombre y te vistas como corresponde a una mujer. Y luego seguiremos hablando.

Al cabo de un rato, Grisandole regresó y todo el mundo se quedó boquiabierto al ver a aquella hermosa y dulce doncella. Se enteraron de que su verdadero nombre era Avenable, y que su padre era el duque Cador, quien había sido expulsado por Frollo. El emperador valoró todo aquello, y luego se giró hacia el Hombre Salvaje.

—¿Qué debería hacer ahora? —preguntó—. Pues he prometido la mano de mi hija a quien te trajera hasta aquí. Pero ¡no puedo casarla con otra doncella!

Al oírlo, el Hombre Salvaje sonrió y respondió:

—Este es mi consejo. El padre y la madre de Avenable, así como su hermano, un joven bueno y valiente llamado Patrick, se han visto exiliados sin más razón que la codicia de vuestro duque y ahora viven en la Provenza, en un pueblo llamado Montpellier. Convendría que los hicierais venir y les devolvierais a su posición anterior, pues son fieles a vos y os han servido bien en el pasado, y lo volverán a hacer. Y en cuanto a vuestra promesa, la solución es simple. Necesitáis una nueva emperatriz; ¿por qué no tomáis a la doncella Avenable como esposa? Me atrevo a decir que ella no tendrá objeción.

El emperador miró a Avenable y vio por el color de sus mejillas que, en efecto, no la contrariaba la idea. Él se volvió de nuevo hacia el Hombre Salvaje, que añadió:

—Y si buscáis esposo para vuestra hija, no miréis más allá del hermano de Avenable. Pero eso lo dejo a vuestro buen juicio.

En eso, el emperador, observando al Hombre Salvaje con una mirada larga e inquisitiva, preguntó:

—¿Quién eres tú que sabes tanto sobre los asuntos de mi imperio?

—Eso no os lo diré, pues no necesitáis saberlo —respondió el Hombre Salvaje.

Cuando terminó de hablar, se preparó para marcharse, no sin

antes hacerle un gesto de cabeza a Avenable y al emperador, y de inclinarse luego hacia el resto de los presentes. Nadie trató de detenerlo cuando salió de palacio. Sin embargo, en la entrada, se detuvo y levantó una mano hacia el dintel de la puerta. Al hacerlo, aparecieron unas letras profundas grabadas en la piedra. Te diré que he hablado con uno que pisó donde Merlín pisó, y que trae testimonio de la inscripción, que reza:

SABED QUE EL HOMBRE SALVAJE QUE INTERPRETÓ EL SUEÑO DEL EMPERADOR SE LLAMA MERLÍN,
Y QUE EL VENADO QUE ENTRÓ EN PALACIO Y HABLÓ CON LA DONCELLA EN EL BOSQUE TAMBIÉN ERA MERLÍN.

Con eso, el Hombre Salvaje se marchó, y nadie supo dónde.

El emperador hizo tal como Merlín le había aconsejado y se desposó con Avenable, que antes había sido Grisandole. Devolvió a su padre sus tierras y lo recompensó generosamente por el sufrimiento que había conocido. Y, por último, casó a su hija con el hijo del duque. Después de eso, el emperador gobernó con sabiduría durante un largo tiempo, igual que su hija y su esposo, que lo sucedieron. Pero a Merlín no se lo volvió a ver por esas tierras, ya que había regresado a Britania, donde ahora gobernaba el usurpador Vortigern, y donde el Hombre Salvaje pronto profetizaría muchas cosas que aún estaban por llegar.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA HISTORIA DE AVENABLE.

IMPLICIT EL RELATO DE MERLÍN Y LOS DRAGONES.

3: MERLÍN Y LOS DRAGONES

Antes de que Ambrosio, y Uther Pendragon después de él, gobernara estas tierras (y Arturo después de ellos), Vortigern el Usurpador se coronó rey supremo tras ordenar que envenenaran al legítimo rey, Constante. Vortigern el Zorro, lo llamaba mucha gente, aunque siempre a sus espaldas, a causa de su pelo rojo y sus formas ladinas y reservadas. Otros lo llamaban tirano, y pronto los lores de Britania se volvieron contra él y comenzaron a murmurar en voz alta su indignación.

CUANDO AQUELLO LLEGÓ a oídos de Vortigern, temió por su reinado y envió mensajeros a los líderes de la raza sajona, quienes en esa época saqueaban a lo largo de la costa de Britania. Quiso

aliarse con dos poderosos señores en concreto, los hermanos Hengest y Horsa, ofreciéndoles tierras si traían a sus ejércitos para luchar a su lado.

Conscientes de la riqueza y fertilidad de las tierras britanas, los sajones accedieron, y pronto sus embarcaciones con forma de dragón se aproximaron a las costas y navegaron por los ríos en dirección a las grandes ciudades del país. Vortigern les dio la bienvenida y les entregó regalos de oro para asegurar la alianza.

Hengest era un señor astuto y había traído con él a su hija Rowena, y Vortigern no pudo ocultar su lujuria al verla. Se desposaron poco después, y así fue como los sajones entraron a formar parte de la familia de Vortigern.

Desde ese momento, los forasteros comenzaron a ejercer un poder cada vez mayor sobre el territorio, cabalgando por todas partes, robando y saqueando y haciendo lo que les placía. Por eso los murmullos contra Vortigern cobraron fuerza, hasta que ya se oían por toda Britania, y los señores comenzaron a formar un ejército para expulsar a los sajones y destronar a Vortigern.

Cuando lo descubrió, Vortigern, que era un hombre supersticioso, leyó las señales en las estrellas y vio que su vida corría peligro. Convocó a sus consejeros y druidas y les exigió que encontraran una solución. Tras muchas reuniones, le aconsejaron retirarse de la ciudad de Lud (o Londres, como la llaman ahora), donde había levantado un lujoso palacio, y marcharse hacia Gales, donde debería buscar un lugar de difícil acceso y construir una nueva fortaleza de firmes murallas que pudieran soportar un asedio. Desde esa posición de poder, podría enviar hombres a que dieran caza a todos aquellos que osaran acercarse, y así mantener a raya a sus enemigos hasta ganarse de nuevo el favor de la gente.

Vortigern

Vortigern atendió a los consejos, a pesar de que su ira contra los señores de Britania fuera grande. Y, mientras tanto, Rowena, la hija de Hengest, le susurraba al oído y le llenaba la cabeza con el sueño de recuperar su poder y desencadenar una venganza carmesí contra todos aquellos que le habían dado la espalda.

Y así fue como Vortigern, tras reunir a aquellos leales a él, abandonó su ciudad y magnífico palacio y huyó a las tierras duras y agrestes de Gales. Hubo varios señores menores que se enfrentaron a él, pero el ejército de Vortigern seguía siendo lo bastante numeroso y fuerte como para vencerlos, y no tardó en levantar un amplio campamento en un valle resguardado a los pies del lugar

conocido como monte Erith, donde antaño hubo una fortaleza de los romanos. Allí, Vortigern decidió construir su posición de poder, desde donde podría vigilar las tierras en todas direcciones y valorar el momento adecuado de aventurarse más allá y enfrentarse a sus enemigos.

Vortigern congregó a sus artesanos, carpinteros, mamposteros y peones, quienes comenzaron a reunir materiales para construir la fortaleza. Se talaron árboles del oscuro bosque de Arroy; se tallaron piedras de las canteras de Pembroke y las llevaron hasta la colina, mientras que otros hombres empezaron a llenar cubas de cal para afianzar las piedras. Mas todas las noches los materiales se desvanecían como si jamás hubieran existido. No se oía sonido alguno, ni tampoco los soldados que estaban de guardia veían nada, pero, por las mañanas, las piedras, la madera y el resto de los suministros habían desaparecido como si la misma tierra se los hubiera tragado.

Presa de la furia, Vortigern convocó a sus consejeros y druidas y les exigió saber cuál era la causa. Durante horas, los supuestos sabios mascullaron y farfullaron entre ellos, hasta que finalmente uno asumió la tarea de hablar con el rey.

—Mi señor —dijo—, no conocemos la razón de estos acontecimientos, aunque creemos que la causa tal vez sea la mala orientación de las estrellas, pero sí sabemos cómo podéis prevenir que vuelva a ocurrir.

—Habla —exigió Vortigern.

—Debéis buscar a un niño que haya nacido sin padre humano. Traedlo aquí y matadlo con premura. Luego, esparcid su sangre por el suelo. Así tendrá la fuerza necesaria para soportar el peso de vuestra torre.

—¿Y cómo es eso posible? —demandó Vortigern—. ¿No es un acto contra natura?

Un druida llamado Maugant dio un paso al frente.

—He oído hablar de tales cosas. El romano Apuleyo, en su tratado *De deo Socratis*, escribe que entre la luna y la Tierra viven

tribus de criaturas conocidas como *incubos*. Se dice que tienen la apariencia de ángeles, aunque de hecho son demonios. Yacen con mujeres y engendran extrañas criaturas en ellas. Por eso, estos infantes nacen sin padre humano.

Vortigern agachó la cabeza y se enfrascó en sus pensamientos durante un rato. Luego, se enderezó e hizo llamar al capitán de su guardia personal.

—Sal al exterior y registra la zona. Encuéntrame un muchacho que haya nacido sin padre. No vuelvas con las manos vacías.

Y así fue como los soldados de Vortigern emprendieron la marcha, con sus rojos mantos ardiendo como llamas contra el paisaje esmeralda. Buscaron durante días y noches, recibiendo solo miradas de desconcierto y el gesto contra el mal como respuesta a sus preguntas.

Varios días más tarde, llegaron a un pueblo que más tarde se conocería como Caer Myrddin, y allí, mientras abrevaban a sus caballos y comían algo, vieron a un grupo de muchachos jugando a un juego. Poco después, hubo una disputa entre dos de los jóvenes, uno de los cuales era claramente de noble cuna, mientras que el otro era un muchacho con un aspecto extraño y una mata de pelo negro.

—¡Cómo te atreves a hablarme así! —gritaba el joven de buena cuna—. Por mis venas corre sangre real; ¿quién sabe lo que corre por las tuyas? ¿Agua o barro, quizá? ¡Ni siquiera tienes padre!

Los soldados se pusieron en pie de súbito y rodearon a los muchachos. Dos posaron las manos sobre el joven de aspecto extraño y lo retuvieron, mientras el capitán interrogaba al que había levantado la voz.

Pronto supieron que el muchacho era el hijo de una mujer rica que había ingresado en un convento de la zona tras el nacimiento del chico. El capitán reunió de inmediato al alcalde del pueblo y le exigió que trajeran ante él a la mujer.

Así se hizo, y la mujer, ataviada con el hábito de monja, apareció frente a ellos con la cabeza gacha. Cuando vio al

muchacho, retenido por dos soldados, comenzó a temblar. De malas maneras, el capitán le exigió que les contara su historia, y aquí de nuevo oímos una historia que ya conocemos. Tampoco debería sorprendernos descubrir que la mujer era una princesa de Dyfed, ni que su hijo se llamara Merlín, pues ella era sin duda la misma persona cuyo relato ya hemos oído y que no repetiré aquí[2]. Lo único que diré es que las historias que he oído y leído hablan de una barba blanca. Y, sin embargo, allí había un muchacho de no más de doce veranos. No puedo más que conjeturar la explicación de aquello, aunque el maestro Thomas habla de cómo Merlín se apareció ante Arturo como un muchacho cuando el rey se encontró con la bestia llamada Glatisant[3], así que tal vez podamos ver ese cambio en él como algo meramente aparente.

Cuando se enteraron de las extrañas circunstancias que rodeaban el nacimiento del niño, los soldados supieron que habían encontrado a la persona que buscaban, y a pesar de que su madre les suplicó que no le hicieran daño, lo ataron y lo montaron en un caballo.

Merlín permanecía en silencio. Solo cuando los soldados se preparaban para partir, dijo:

—No temáis por mí, madre. No sufriré daño alguno.

El joven Merlín

Los soldados emprendieron la marcha de inmediato para regresar cuanto antes al campamento de Vortigern. Durante el trayecto, el muchacho no les dirigió ni una sola palabra, y los hombres lo miraban de reojo, algunos haciendo el gesto de los cuernos contra el mal.

Y así fue como llegaron de nuevo al valle bajo el monte Erith y llevaron al muchacho ante la presencia del rey. Colocaron una silla para Vortigern, quien se sentó y contempló al muchacho con una cierta curiosidad. Merlín, sin embargo, no dio señal de estar asustado, sino que le devolvió la mirada hasta que el rey agachó la cabeza, antes de volverse hacia el lugar donde esperaban sus consejeros.

—¿Es este el que visteis?

—Eso parece, mi señor —respondió el anciano druida, Maugant.

Vortigern se giró hacia el capitán de su guardia.

—Decidme qué habéis descubierto.

El capitán repitió la historia de la pelea entre los muchachos y lo que les había contado la madre de Merlín.

—Muy bien —dijo Vortigern—. Proceded.

Al oírlo, el capitán desenvainó su espada, pero en ese momento Merlín alzó la voz.

—Majestad. Puesto que me habéis traído hasta aquí, ¿no me diréis al menos el motivo?

Vortigern lo observó con una aparente reticencia.

—Mis hombres sabios me han aconsejado que tu sangre debe bañar la tierra de esta colina para que podamos levantar mi resistente torre.

Merlín se volvió hacia el lugar en que esperaban los consejeros del rey, apiñados como corderos.

—¿Y con qué derecho afirmáis algo así? —preguntó.

—Por el derecho de nuestra sabiduría y la verdad que leemos en las estrellas —contestó Maugant.

—¿Os dice vuestra sabiduría la razón por la que los cimientos no aguantan?

Maugant negó con la cabeza y sus compañeros observaron con miedo en los ojos al muchacho de gesto tranquilo que tenían ante ellos.

Merlín se volvió hacia Vortigern.

—Tal vez antes de que vertáis mi sangre deberíais conocer la verdadera razón que impide que el edificio aguante.

—¿Y acaso tú lo sabes?

Merlín se giró hacia los consejeros de Vortigern.

—Le habéis dicho a vuestro señor que mi sangre es lo único que puede hacer que la construcción se mantenga firme. Y os equivocáis. Lo que está provocando que desaparezcan las piedras y los maderos es lo que hay bajo la colina.

Se volvió hacia Vortigern.

—Ordenad a vuestros hombres que caven hondo en la tierra. Allí

encontrarán un depósito de agua.

Vortigern miró hacia donde se habían reunido sus artesanos, quienes observaban con incertidumbre al muchacho que había frente al rey y que no mostraba ni un solo signo de miedo.

—Proceded —ordenó Vortigern.

A regañadientes, los constructores se pusieron manos a la obra, resquebrajaron el suelo y cavaron hasta que el agua comenzó a filtrarse por la tierra recién removida. No tardó en formarse una poza, que creció hasta que ya no pudieron cavar más.

Vortigern los contemplaba, así como sus consejeros. El muchacho Merlín permanecía inmóvil, solo y en silencio, y nadie se le acercó.

Cuando el agua llenó por completo el agujero, Merlín se dirigió de nuevo a Maugant.

—¿Sabéis lo que hay bajo la poza?

—Nada más que tierra, me atrevería a decir —respondió el druida, aunque en sus ojos hubiera una sombra de duda.

—Os equivocáis de nuevo —dijo Merlín—. Bajo el agua hay un cofre de piedra. Lo que contiene es la verdadera causa de los acontecimientos de los que habéis sido testigos.

Se giró otra vez hacia Vortigern.

—Ordenad a vuestros hombres que vacíen la poza y lo comprobaréis.

Vortigern asintió de nuevo y sus artesanos se pusieron a trabajar, cavando agujeros en la ladera de la colina y colocando caños para que el agua comenzara a brotar hacia el exterior.

Pronto, el fondo de la poza quedó al descubierto. Y allí había, en efecto, un cofre de piedra, de la longitud de cinco hombres por un lado y de tres por el otro. Alguien había grabado encima unos símbolos extraños que pocos de los presentes eran capaces de entender. Solo Maugant mostró su temor al empezar a temblarle el cuerpo, pues sin duda podía leer lo que allí había escrito.

De nuevo, Merlín se enfrentó a los consejeros del rey.

—¿Sabéis lo que yace dentro del cofre de piedra? —preguntó.

Ninguno de los supuestos sabios respondió. Agacharon la cabeza y movían nerviosamente los pies.

—Dentro del cofre hay dos sierpes —continuó Merlín—. Una es roja, y la otra, blanca. Han dormido y despertado muchas veces desde que las depositaron aquí. A menudo, cuando se despiertan, luchan entre ellas, pues son enemigas ancestrales. Esta vez, el dragón rojo representa a los britanos, mientras que el blanco representa a los sajones que habéis invitado a estas tierras, lord Vortigern. Su lucha provoca que las piedras y los maderos de la torre acaben absorbidos por la tierra.

Vortigern se removía inquieto en su silla, pero asintió y varios de sus hombres más fornidos se aproximaron y, con grandes esfuerzos y muchas miradas temerosas, levantaron la tapa del recipiente de piedra.

En un primer momento, dentro no había más que oscuridad, pero luego la oscuridad comenzó a moverse y a revolverse, y desde el interior se desenroscaron las dos sierpes que Merlín había predicho. Contentas ante aquella libertad, volaron hacia los cielos con alientos ardientes. Las sombras de sus alas cubrieron de noche la Tierra.

Vortigern y sus consejeros, soldados y artesanos palidecieron y se cubrieron las cabezas como si esperaran que lloviera fuego sobre ellos. Pero las sierpes se abalanzaron la una sobre la otra entre siseos, gritos y unas ráfagas de llamas tales que todos los presentes se olvidaron de sus miedos y contemplaron boquiabiertos y ojipláticos el combate.

Durante un largo tiempo, ninguna de las dos bestias tenía ventaja sobre la otra, y seguían atravesando el cielo con gritos de ira. Sin embargo, al cabo de un rato, la sierpe blanca empezó a alejar a la roja, infligiéndole muchas y muy profundas heridas con garras y llamas. Luego, de repente, la sierpe roja recurrió a sus fuegos más internos y contraatacó, alzándose más y más alto en el aire y cayendo sobre la espalda de la blanca, mordiéndole el cuello. Entrelazadas, las sierpes cayeron al suelo y lo agrietaron con la

fuerza de sus grandes cuerpos. Una nube de humo las cubrió y luego se disipó. Cuando el aire se aclaró, los presentes se atrevieron a aproximarse. De inmediato, la sierpe roja se irguió y, con un gran alarido victorioso, se lanzó a los cielos. Rodeó una vez la colina, antes de volar hacia el norte, y no se la volvió a ver. Detrás de ella, en la ladera de la colina, el cadáver de la sierpe blanca yacía inmóvil, con el cuello desgarrado por la roja y su ardiente sangre carbonizando el suelo bajo ella hasta que (según cuentan) no volvió a crecer nada más allí.

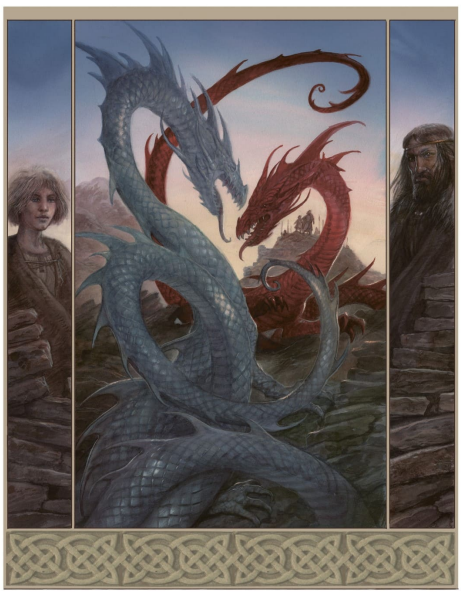


ILUSTRACIÓN 2: *«... pero luego la oscuridad comenzó a moverse y a revolverse, y desde el interior se desenroscaron las dos sierpes que Merlín había predicho».*

Se hizo el silencio.

Vortigern seguía sentado en su silla, inmóvil, con los ojos reflejando aún la luz de la batalla. Sus consejeros, incluido Maugant, ya habían dado media vuelta y descendían rápidamente de la colina.

Merlín estaba solo, con la mirada clavada en el rey.

—Ya habéis visto lo que ocurrirá —dijo—. La sierpe roja vencerá

y destruirá a la blanca; los britanos superarán a los sajones y recuperarán sus tierras.

Mientras hablaba, lo rodeaba una luz que hasta entonces no había estado ahí, y donde antes veían a un niño, ahora veían a un hombre poderoso a quien nadie se atrevía a acercarse.

—Levantad vuestra torre, Vortigern. Pero no os salvará.

Y fue entonces cuando Merlín habló al fin y ofreció muchas de sus mayores profecías. Se dice que lloraba mientras hablaba, pensando en los tiempos oscuros que se avecinaban. He oído que el maestro Geoffrey de Monmouth recopiló más tarde estas profecías y que las dejó por escrito en un libro, pero no lo he visto, así que no puedo incluirlas. Lo que sí he oído es que el joven habló de muchas cosas, hasta del mismísimo fin de los tiempos, y que previó no solo la muerte de Vortigern, sino también la llegada del Gran Rey. Fueron muchos los que ni siquiera pudieron escuchar sus palabras y que se taparon los oídos y huyeron de allí corriendo. El mismo Vortigern se puso lívido, pues sabía que su tiempo se acababa, y que jamás volvería a reinar sobre las tierras de Britania.

Y así fue, pues los hijos del usurpado rey Constante, Ambrosio y Uther, llevaron sus ejércitos a Britania y combatieron a los sajones hasta derrotar a Hengest y los suyos, y hasta expulsar a los invasores de aquellas tierras. Y finalmente los hermanos llegaron a la colina donde se alzaba la firme torre por encima del valle, ya que Vortigern había ordenado construirla a pesar de las palabras de Merlín. Allí, los hermanos ordenaron que se prendiera fuego a su alrededor hasta consumirla, y con ella el tirano, junto con su esposa sajona, tal como había predicho el joven.

Y así fue como Merlín demostró por primera vez lo que estaba a punto de hacer y acercó el momento del nacimiento de Arturo. Sobre esa historia, de cómo Uther Pendragon llegó a ser rey y deseó a la señora Igraine de Cornualles, y de cómo Merlín permitió que yacieran juntos y engendraran al futuro rey, ya nos habla el maestro Thomas, así que no la repetiré aquí, pues ha llegado el momento de centrarnos en las historias de la Mesa Redonda que no se incluyen

en su gran obra. Aquí conoceremos un poco más a Lancelot y Gawain y a muchos otros caballeros cuyos nombres aún recordamos, aunque el maestro Thomas no hablara de ellos.

Por tanto, terminado el Libro Primero, no hablaré más de Merlín, sino que me centraré en las historias de la Mesa Redonda y de los grandes caballeros que formaron parte de aquella poderosa hermandad.

——— ✠ ———

EXPLICIT LIBER PRIMUS.

INCIPIT LIBER SECUNDUS.

LIBRO SEGUNDO
EL LIBRO DE LA MESA REDONDA

La mesa redonda

4: LOS VOTOS DEL REY ARTURO Y SUS CABALLEROS

En los tiempos que siguieron a las guerras con los once reyes, sobre los que escribió el maestro Thomas, hubo un período de paz en Britania. Fue entonces cuando el rey Arturo fundó la hermandad de la Mesa Redonda en la áurea ciudad de Camelot. Todos los que allí acudieron encontraron ayuda, y los caballeros podían poner a prueba su valía contra los numerosos peligros y desafíos que existían en aquellos tiempos. El maestro Thomas escribe poco sobre la creación de la Mesa, salvo para decir que Merlín la hizo «redonda, como el mundo» y que era similar a dos mesas anteriores, creadas para sostener el Santo Grial. El maestro Wace en su *Crónica* [4] solo dice que la creó un cierto carpintero de Cornualles bajo las órdenes de Arturo. La única certeza es que la hermandad de caballeros que llegaron en busca de honor y aventuras

encontró abundancia de esas cosas en aquel maravilloso lugar.

✣ ✣ ✣

HAY UN CUENTO que no aparece en la gran obra del maestro Thomas, que hace referencia a poco después de que se formara la hermandad, y que puso a prueba la fuerza tanto del rey como de sus lores. Todo comenzó cuando el rey Arturo dio audiencia en la ciudad de Carlisle, cerca del bosque de Inglewood, por donde deambulaban muchas criaturas extrañas. Por la mañana, un cazador acudió al rey y le habló de un temible jabalí que acechaba en el bosque.

—Jamás había visto nada igual. He roto muchas más lanzas y flechas en su pellejo de las que puedo recordar, y ha matado a varios de mis sabuesos. Su tamaño y su fuerza son formidables: grande como un toro, negro como un oso, alto como un caballo. Sus colmillos arrancan árboles enteros y deja un rastro tras de sí como el de un ejército en marcha.

—Si dices la verdad —respondió Arturo—, me gustaría ver a ese monstruo con mis propios ojos.

El gran jabalí

El rey dio órdenes de que nadie fuera tras el jabalí salvo él y tres caballeros que elegiría de entre sus mejores hombres. Los elegidos fueron sir Gawain, sir Kay y un caballero veterano llamado sir Baldwin de Britania. Junto con el cazador en jefe y el maestro de sabuesos de Arturo, se pusieron en marcha para seguir a la bestia hasta su guarida.

En primer lugar, soltaron a los perros rastreadores, y luego a los sabuesos, y el bosque no tardó en llenarse con la música de la caza. Con todo, cuando al fin arrinconaron al gran jabalí, se volvió contra los sabuesos y los desgarró con sus terribles colmillos; los mató a todos.

Cuando Arturo y sus caballeros llegaron, el cazador los estaba esperando.

—Allí aguarda la bestia —dijo con gesto grave, señalando un bosquecillo de árboles espesos y arbustos enmarañados—. Pero os aconsejo que lo dejéis en paz, pues juro que os destruirá si os

aventuráis a acercaros a él.

Dicho esto, el cazador se dio la vuelta para enterrar a los sabuesos que habían muerto de una forma tan salvaje, antes de dirigirse a casa, puesto que ya no tenía más trabajo que hacer allí. Pero Arturo miró hacia el lugar en que podía oírse al jabalí gruñendo y hozando en su guarida, y dijo:

—Caballeros, estamos ante un gran desafío, como aquello para lo que se fundó nuestra hermandad. Aprovechemos la ocasión para prestar juramentos individuales que jamás debemos romper. El mío será que abatiré a esta bestia por mi cuenta y la prepararé para el festín. Ahora, ¡os ordeno que hagáis vuestros propios juramentos!

Gawain, siempre dispuesto a aceptar un reto, dijo de inmediato:

—Prometo montar guardia en Tarn Wathelyn durante toda la noche, pues es un lugar muy temido por las apariciones que se han visto allí[5].

Kay bramó:

—Yo cabalgaré a lo largo y ancho de este bosque desde ahora hasta mañana a esta misma hora, y mataré a cualquiera que se interponga en mi camino o me desafíe a un combate.

Los tres observaron a Baldwin, quien soltó una carcajada e hizo este gran alarde:

—Prometo que nunca, a partir de este momento, sentiré celos de mi esposa, ni recelo de ninguna muchacha hermosa; y jamás le negaré la comida a quien me la pida, ni me apartaré jamás de un camino por miedo a la muerte.

Después de hacer esos juramentos, los cuatro hombres se separaron y emprendieron su propio camino: Arturo se volvió hacia la guarida del jabalí, Gawain, hacia el Tarn, y Kay, hacia el bosque. Baldwin, sin embargo, regresó a Carlisle y se fue a dormir.

✣ ✣ ✣

HABLEMOS PRIMERO DEL REY, pues ese es su derecho. Envió a sus

propios sabuesos hacia el matorral que rodeaba la guarida del jabalí, pero la temible bestia no tardó en espantarlos, y Arturo se vio obligado a retirarlos. Luego oyó a la bestia correr hacia él, hozando árboles y piedras por el camino. El rey saltó sobre su caballo, agarró la lanza y se preparó para enfrentarse a la criatura. Nadie sabía cómo debía de ser su carga, pues nadie había sobrevivido a la bestia.

Cuando la criatura entró en su campo de visión, el rey Arturo se estremeció. Tenía los ojos rojos y el pelo hirsuto como un matorral en movimiento. Cargó con las fauces abiertas de par en par. Restos de espuma le saltaban de las mandíbulas. Sus colmillos debían de medir al menos tres pies, y su pellejo era tan grueso y duro que cuando Arturo usó la lanza para defenderse, la madera se astilló y la bestia se abalanzó sobre él.

El rey cayó de su caballo, que murió en el acto como consecuencia del impacto, y el mismo Arturo sufrió una herida que sentiría durante el resto de su vida. Se esforzó por incorporarse, apoyado en el costado de su montura muerta, y, tras pronunciar una plegaria a santa Margarita, desenvainó la espada y levantó el escudo.

Cuando el jabalí lo atacó por segunda vez, el escudo se hizo añicos al instante y el rey cayó de nuevo al suelo. La bestia olía a un horno o a una cocina caliente, y su aliento hedía tanto que a punto estuvo de perder el conocimiento. Arturo se apoyó contra un árbol y trató de recuperar las fuerzas. Esta vez, cuando el jabalí se aproximó, Arturo pudo esquivarlo echándose a un lado y golpeó a la criatura con tanto vigor que esta se tambaleó. Sin perder un instante por aprovechar la ventaja, el rey corrió hacia ella y volvió a atacarla. La punta de la espada se le hundió en el cuello y la bestia se desplomó. Entonces el rey la despachó con un poderoso golpe, antes de cortarle la enorme cabeza, clavarla en una pica y disponerse a destripar el cuerpo con la habilidad de un cazador profesional.

No descansaría hasta que no hubiera terminado, pero cuando

hubo completado su sanguinolento trabajo, y las tiras de carne colgaban a secar de las ramas de un majestuoso roble, se arrodilló brevemente y dio las gracias por su salvación. Luego, agotado y herido, y sin nadie que lo atendiera, el rey Arturo se sumió en un profundo sueño.

✣ ✠ ✣

Centrémonos ahora en sir Kay. A medida que avanzaba el día, cabalgaba él por los senderos angostos del bosque hasta que oyó el sonido de dos caballos aproximándose. Se echó a un lado para esperar a cobijo de los árboles hasta que vio a los jinetes. Al frente iba una muchacha que lloraba desconsolada, seguida de un caballero de aspecto sombrío que la iba empujando. Cuando llegó a su altura, Kay la oyó gritar que alguien la liberara de aquel villano caballero. En eso, salió al camino y le gritó al hombre que liberara a la muchacha o que diera media vuelta y luchara por ella.

El caballero refrenó a su caballo y tiró hacia sí de la montura de la muchacha. Con la dura mirada clavada en sir Kay, respondió bruscamente:

—Me satisfará aceptar vuestro desafío, si creéis que estáis preparado para ello.

—Estoy preparado, sin duda —contestó Kay—. Pero decidme primero vuestro nombre y por qué retenéis a esta dama.

Al oírlo, la muchacha se echó a llorar de nuevo, pero su captor la ignoró.

—Soy sir Menealfe de la Montaña —respondió el caballero—. Gané a esta dama en un torneo en Liddle Mort, al norte de Carlisle. Su familia está muerta, y ella no tiene a nadie que la ayude. Por tanto, es mía por derecho de combate.

—En ese caso, preparaos para volver a perderla… ¡contra mí! —gritó Kay, y los dos prepararon el escudo y, con las lanzas en ristre, cargaron.

Menealfe era el más fuerte de los dos, como demostró al tirar a Kay limpiamente de la silla. El caballero caído estaba tan sorprendido y desconcertado ante su derrota que ni siquiera fue capaz de levantarse de inmediato. Menealfe, tomándose aquello como una señal de rendición, lo declaró su prisionero.

Kay, cuando recuperó el aliento para hablar, dijo:

—Señor, cerca de aquí espera mi llegada sir Gawain, mi hermano caballero. Si nos reunimos con él, seguro que pagará por mi rescate.

Menealfe agachó la mirada hasta su oponente caído y esbozó una sonrisa sombría.

—Será un placer. En marcha.

Cabalgaron durante el crepúsculo la corta distancia que los separaba del límite de Tarn Wathelyn, donde encontraron a sir Gawain montando guardia. En cuanto los oyó, los desafió.

—¡No he podido cumplir con mi juramento! —gritó sir Kay—. Y, como resultado, soy el prisionero de este caballero. ¿Haríais el favor de pagar por mi rescate?

—Por supuesto —respondió sir Gawain—. ¿Qué debo dar a cambio?

—¿Haríais una justa con este caballero?

—¿Por qué no? —contestó Gawain—. Si él está dispuesto…

—Lo estoy, y con mucho gusto —dijo Menealf, con la mirada brillante mientras valoraba a su nuevo oponente.

Los dos caballeros se prepararon para el enfrentamiento.

Ambos eran fuertes y poderosos, pero Gawain era el más ducho en la justa, y su primera lanza tiró a su oponente al suelo. Kay lo celebró, mofándose de su captor caído, pero Gawain ayudó al hombre y le levantó el casco para que el aire le tocara el rostro.

Menealfe le habló con suavidad.

—Señor, habéis pagado por el rescate de este caballero, que no estaba dispuesto a dejar las cosas como estaban. Si me permitís que descanse un rato, me alegraría justar de nuevo contra vos por esta dama, que es mi premio por derecho.

Gawain observó a la apesadumbrada dama, que había permanecido en silencio a lo largo de la conversación. Cuando vio lo hermosa que era, dijo:

—Será un placer justar por ella.

Cuando Menealfe hubo descansado, los dos asieron lanzas nuevas, montaron en sus caballos y volvieron a cargar el uno contra el otro. De nuevo, sir Gawain salió victorioso, y sir Menealfe acabó en el suelo con una herida en la cabeza.

—¡Ja! —gritó sir Kay—. Ahora lo habéis perdido todo, por vuestra fanfarronería.

—La buena fortuna no es eterna —dijo Gawain con reprobación, ayudando al hombre caído a levantarse.

—Si estuviéramos solos —le espetó Menealfe a sir Kay—, haría que os comierais esas palabras.

—¡Pero no estamos solos! —exclamó sir Kay alegremente—. Y lo habéis perdido todo.

—Dios os perdone por hablar así a un hombre que ha luchado bien y caído —lo reprobó Gawain, antes de volverse hacia Menealfe y proseguir—: Ruego por que no os toméis a mal las palabras de sir Kay. Mañana, cabalgad con esta muchacha hasta la corte del rey Arturo, en Carlisle. Decid que vais de parte de sir Gawain, y que la reina decida la disposición de este asunto.

Sir Menealfe juró sobre la empuñadura de su espada que haría tal como Gawain le había pedido, y que protegería a la muchacha durante el trayecto hasta Carlisle. Luego, al caer la noche, los tres caballeros y la muchacha encendieron una hoguera y se acomodaron para dormir a la sombra del bosque. Nadie habló mucho, pues en su corazón Kay se avergonzaba de las palabras que le había dirigido a su oponente caído, así como de su fracaso al no haber cumplido con su juramento, mientras que Gawain digería el enfado que sentía hacia su hermano caballero. El relato no nos dice qué pensaban sir Menealfe o la dama, pero sin duda la muchacha debía de sentirse muy aliviada ante la promesa de un rescate por parte del rey o la reina.

✣ ✠ ✣

APENAS HABÍA RAYADO el alba cuando oyeron los toques de un cuerno de caza. Ambos caballeros de la Mesa Redonda reconocieron la llamada particular del rey, y se dispusieron de inmediato a buscarlo. Llegaron al lugar de donde pendían tiras de la carne del jabalí de un árbol y donde yacía la temible cabeza hundida en la pica en la que la habían clavado. Allí hallaron al rey, entumecido y dolorido por las heridas y la noche que había pasado al raso en el bosque, y aún sin un caballo que montar. Le entregaron la montura de la muchacha y a ella la colocaron detrás de sir Menealfe, y el grupo al completo partió para Carlisle.

Mientras cabalgaban, el rey pidió que le contaran las aventuras de sus dos caballeros.

—Yo monté guardia, tal como os prometí —comenzó sir Kay, entusiasmado por hablar de su aventura a pesar de su final—. Pero este caballero me venció y luego sir Gawain me resarció, y también a esta muchacha, y tomó a sir Menealfe como prisionero.

En eso, la muchacha empezó a elogiar a sir Gawain.

Arturo miró con satisfacción a su sobrino.

—¿Y cuál es el precio por el rescate? —preguntó.

—Lo cierto es que lo desconozco —respondió Menealfe—. Este valiente caballero me envía con la reina. Ella es quien debe valorar el precio de mi vida.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Arturo—. ¿Es que jamás fracasáis en vuestras empresas, sir Gawain? Tengo la impresión de que siempre salís victorioso.

Y, en efecto, he leído en otro libro que sir Gawain era conocido por no haber fracasado jamás en cualesquiera aventuras en las que se embarcaba, salvo en una, de la que hablaremos más adelante.

✣ ✠ ✣

Cuando llegaron a Carlisle, sir Menealfe se presentó ante la reina, le contó todo lo que había sucedido y defendió su causa. Ginebra, alabando a sir Gawain, sentenció que el caballero debería jurar lealtad a Arturo y unirse a la hermandad de la Mesa Redonda, y que la muchacha pasaría a ser una de sus doncellas hasta que estuviera lista para desposarse, pues no tenía familia con la que volver.

Mientras tanto, sir Kay hablaba con el rey.

—Mi señor, parece que los tres hemos cumplido con nuestros juramentos, pero aún no sabemos nada de sir Baldwin. Su juramento parecía más formidable, pero todavía está por demostrar.

—Yo también deseo saber si es posible cumplir un juramento tan formidable, sin duda —respondió Arturo.

—En ese caso, y si me lo permitís —dijo sir Kay con malicia—, encontraré la forma de poner a prueba al menos una parte del juramento de Baldwin.

—Muy bien —dijo Arturo—. Pero solo con la condición de que no le hagáis ningún daño, ni que lo dejéis en evidencia.

Y Kay se lo prometió, y se marchó a buscar a otros cinco caballeros, todos bien conocidos por él, y les dijo que Baldwin había jurado no apartarse jamás de ningún camino por miedo a perder la vida.

—Cabalguemos juntos, uno al lado del otro, para que no pueda pasar. Sé dónde podemos encontrarlo.

Los seis caballeros cabalgaron en fila, el uno al lado del otro, hasta la carretera que conducía al castillo de sir Baldwin. Llovía a cántaros, así que cubrieron sus armaduras con las capas para mantenerlas secas y ocultar su identidad. De esta forma, cabalgaron hasta que vieron a Baldwin dirigiéndose a ellos en la dirección contraria, armado y dispuesto como el hombre preparado para la batalla.

Kay alzó la voz.

—Quedaos o huid, pues si queréis pasar por aquí deberéis luchar

contra todos nosotros.

—Aunque fuerais el doble de caballeros, no conseguiríais que huyera —respondió sir Baldwin—. Apartaos, pues voy de camino a hablar con el rey y nada me detendrá.

—Podéis tomar cualquier otra ruta que deseéis —contestó Kay— y nadie se enterará. Mas no pasaréis por aquí a menos que luchéis contra todos nosotros.

Acto seguido, los seis caballeros se echaron atrás las capas y se mostraron armados y preparados.

—Muy bien —dijo Baldwin, levantando el escudo y eligiendo una de las lanzas que descansaban en su silla—. Pero no digáis que no os he advertido. ¡Pues mi intención es continuar por este camino hagáis lo que hagáis!

En ese momento, cargó contra ellos y derribó primero a sir Kay, y luego, con la misma rapidez, moviéndose y girando bruscamente hacia aquí y allá, derribó a los otros cinco sin ni siquiera partir su lanza. Luego, desmontó, se acercó a sir Kay y dijo:

—¿Con esto os basta?

—Id donde queráis —respondió Kay, aturdido.

Y así Baldwin continuó cabalgando hasta llegar a Carlisle y presentarse ante Arturo.

—¿Habéis visto u oído algo inadecuado en el bosque? —preguntó el rey.

Baldwin se mostró pensativo, antes de sacudir la cabeza.

—Señor, no he oído más que el viento en los árboles y el trino de los pájaros mientras cabalgaba.

El rey Arturo observó al caballero, pero no dijo nada. Todos se marcharon a misa, y para cuando hubo terminado, Kay y sus compañeros ya habían regresado a la corte. Arturo se llevó al senescal a un aparte y le preguntó cómo les había ido.

—Señor —dijo Kay, con el rostro rojo como el crepúsculo—. Sir Baldwin es en efecto un poderoso caballero. No ha habido nada que lo hiciera desviarse de su camino. Yo y otros cinco tenemos magulladuras que lo demuestran.

Arturo sonrió al oírlo, pero decidió poner a prueba a Baldwin por su cuenta. Hizo llamar a uno de sus juglares y le dijo:

—Ve al castillo de sir Baldwin y alójate allí durante cuarenta días. Comprueba si le prohíben la entrada a algún hombre o si se le niega la carne a quien la pida.

Y así fue como, mientras el caballero acompañaba a Arturo, el juglar partió lo más rápido que pudo hacia el castillo de Baldwin, y allí encontró las puertas abiertas. Ya había numerosos invitados sentados a la mesa aquella noche, y el juglar se fijó en que a ninguno se le negaba nada. También era libre de deambular por donde quisiera, entre las gentes de alta y baja cuna, y de tomar comida y vino de cualquier mesa. Por último, se dirigió a la gran mesa en la que la dama de Baldwin y sus invitados más nobles se sentaban, y allí también le dieron la bienvenida. Después de informarles de que venía de las tierras del sur, entretuvo a todos los presentes con historias de lugares lejanos, y fue recompensado con ricas viandas, vino y un alojamiento cómodo, en el que permaneció otra semana, hasta que Baldwin regresó, acompañado del rey Arturo y la reina Ginebra para que cenaran con él.

Fue tal la espléndida procesión de platos y buenos vinos que iba saliendo de las cocinas que incluso Arturo sintió la necesidad de expresar que jamás había disfrutado de un banquete como aquel.

—Verá, señor —respondió Baldwin—. Dios tiene un buen arado, y nos envía lo necesario. ¿Por qué deberíamos escatimar en gastos?

—Vuestra generosidad es magnífica —dijo Arturo, y anunció que se quedaría en el castillo otro día con su noche. Acto seguido, le pidió a sir Baldwin que fuera a buscar venado fresco para la mesa. Pero en el momento en que se puso en marcha, Arturo convocó a su propio cazador y le pidió que partiera y espantara a las presas de la zona, para que Baldwin se viera obligado a capturar cualquier cosa y pasara gran parte de la noche fuera. Cuando se hubo marchado la partida de caza, el rey aguardó a que comenzara a caer la noche, y cuando no hubo ni rastro de sir Baldwin, mandó llamar a uno de sus caballeros para que lo ayudara. Entonces se dirigió a la puerta

de la alcoba donde dormía la señora de la casa con sus doncellas.

El rey llamó con firmeza.

—¡Abrid! —gritó.

—Es tarde. ¿Por qué debería abrir? —preguntó la dama, sin reconocer la voz de Arturo.

—Porque así lo ordeno. Vengo a proponeros un juego secreto.

—Seguro que vos tenéis a vuestra propia dama aquí —replicó la esposa de Baldwin—. Igual que yo tengo ya a mi señor para que me quiera.

—Abrid —repitió Arturo—. Os doy mi palabra de que no sufriréis daño alguno.

Tras unos instantes, una de las doncellas de la dama abrió la puerta, y el rey entró y se sentó al borde del lecho donde yacía la dama, mientras el caballero esperaba junto a la puerta.

—Mi señora —dijo el rey Arturo—, mi compañero debe pasar la noche tumbado a vuestro lado. Mas no os alarméis —añadió rápidamente, al ver que la dama comenzaba a ruborizarse—, pues esto no es más que una apuesta para zanjar una discusión.

Se volvió hacia el caballero y le espetó:

—Venid y desvestíos. Meteos en la cama con esta dama, pero que ni se os ocurra tocarla, so pena de muerte. ¡Ni siquiera os revolváis ni os giréis hacia ella!

El caballero obedeció con premura, y cuando estuvo bajo las sábanas, el rey Arturo pidió luz y un tablero de ajedrez, y a una de las damas de la doncella que jugara con él… Y de este modo pasaron la noche entera, hasta que rayó el alba, y ninguno pegó ojo. Luego oyeron el ruido que indicaba que la partida de caza había regresado.

Al rato, Baldwin entró en la alcoba, donde vio al rey sentado junto al lecho de su esposa y al caballero yaciendo a su lado.

—Entrad, buen señor —dijo Arturo—. ¿Cómo se ha dado la caza?

—Bien, mi señor, gracias —respondió Baldwin con tranquilidad.

—Veo que observáis a este caballero —dijo el rey—. Anoche lo

perdí de vista y al final lo hallé aquí. Decidí esperar a que regresarais para preguntaros qué acciones querríais tomar contra él.

—Ninguna, por supuesto —respondió Baldwin, sonriéndole a su esposa—. A menos que ella lo deseara, o se lo ordenaran, ningún hombre entraría en esta habitación. Además, llevamos juntos muchos inviernos, y jamás me ha hecho ningún daño. Por tanto, estoy convencido de que no ha habido malas intenciones.

—Entonces, ¿no os enfurece lo que veis? —demandó Arturo.

—Lo más mínimo —respondió Baldwin, y miró con calma al rey —. ¿Me permitís que os cuente una historia, mi señor, para que entendáis mejor por qué esto no me produce dolor alguno?

—Adelante —dijo Arturo, y Baldwin se sentó al borde de la cama y comenzó a hablar.

—Durante la juventud de vuestro padre, cuando el rey Constante aún gobernaba Britania, el rey reunió una hueste para combatir a los sarracenos en España. Tuve el honor de combatir en esa guerra como joven caballero, y recuerdo bien cómo derrotamos al sultán y a sus hombres. Tuve la fortuna de llamar la atención del rey, quien me recompensó entregándome el mando de un grupo de hombres, y el señorío de un castillo en aquellas tierras.

»Sucedió que solo había tres sirvientas que se ocuparan de nuestras necesidades y, como suele ocurrir, una era más hermosa que las demás, razón por la que estas se encelaron y decidieron matarla. Eso hicieron, y las arrastraron ante mí, temerosas por sus vidas. Les pedí que me dieran un motivo por el que no debería condenarlas a muerte allí mismo, y las dos se arrodillaron y suplicaron por sus vidas, prometiendo que harían más trabajo del que habían hecho antes tanto ellas como su compañera.

»—Y —dijeron—, ni a vos ni a vuestros hombres volverá a faltaros de nada, ni de día ni de noche.

»Bueno, pues cumplieron su promesa, encargándose de sus deberes durante el día y calentándonos las camas de noche, hasta el día en que una de las dos, que era más hermosa que la otra, se enceló de su compañera, y una noche le rajó la garganta.

»Varios de mis iguales acudieron a mí y me preguntaron si no deberían ejecutar de inmediato a la mujer. Pero yo les aconsejé que la trajeran ante mí y que comprobáramos qué tenía que decir. Y eso hicieron, y, como antes, prometió que haría todo el trabajo que podía llegar a hacer una mujer y que nos satisfaría por la noche en función de nuestras necesidades.

»Y así fue. Por el día trabajaba para nosotros y por la noche nos ofrecía su cuerpo. Ahí fue donde aprendí que si a las mujeres bondadosas se las deja actuar libremente, tal vez cometan actos viles, pero si se les da la oportunidad de entregarse a los demás, sin amenazas y de buena voluntad, llevarán una vida mejor. Por tanto, juré que jamás sentiría celos ni sospechas por nada que ocurriera por causa de una mujer hermosa, pues están tan llenas de bondad como de maldad, como todos los hombres. Y eso fue lo que encontré en mi esposa, pues siempre me ha sido fiel.

—Habláis bien —dijo el rey Arturo—. Por eso os contaré lo que ha sucedido aquí.

Y así relató todo lo que había tenido lugar la noche anterior, y de cómo había permanecido allí a lo largo de las horas de oscuridad y podía por tanto responder por el honor de la esposa de Baldwin. Luego, añadió:

—Señor, habéis cumplido con creces todos vuestros juramentos. Pero me gustaría conocer mejor vuestros razonamientos. ¿Por qué no teméis por vuestra vida y recibís con los brazos abiertos a cualquiera que se presenta en vuestra puerta? Hasta donde yo sé, vuestras puertas siempre están abiertas.

—Os lo contaré de buen grado —respondió Baldwin—. En el castillo en el que se produjo la aventura que os acabo de narrar, ocurrió que estuvimos bajo asedio. Un día, decidimos hacer una incursión para tomar prisioneros por los que pedir un rescate. El problema fue que uno de nuestros compañeros temía tanto que lo alcanzara la muerte que se rezagó y se escondió en un barril. Mientras los demás estábamos fuera combatiendo, el proyectil de una catapulta atravesó el cielo como un relámpago e hizo añicos el

barril. Cuando regresamos, encontramos su cabeza completamente separada del cuerpo. Ahí fue cuando aprendí que no podemos evitar la muerte, y que lo mejor es aceptarla cuando llegue el momento.

—Unas palabras sensatas sin duda —dijo Arturo, pensativo—. Pero, decidme, ¿por qué no rechazáis jamás a quien se presenta en vuestra puerta pidiendo comida y refugio?

—Eso se explica rápido —dijo Baldwin—. Durante el asedio que os acabo de comentar, escaseaban los suministros, y temíamos que pudiéramos llegar a morir de hambre. Poco después, llegó un mensajero del enemigo y exigió que lo entregáramos todo y nos rindiéramos a su amo. Lo estuve reflexionando, y le pedí al administrador que preparara lo mejor que nos quedaba de comer, el mejor vino, pan, carne y pescado que habíamos conservado aquellos últimos días. El mensajero del sultán no perdió detalle de aquí, y, cuando se marchó, le ofrecimos una espléndida botella de vino y otros presentes.

»Cuando el mensajero se hubo marchado, todos los hombres del castillo se quejaron por haberle entregado nuestros últimos suministros. Estaban furiosos, desesperados, pero yo sabía lo que ocurriría, y no me equivocaba. El mensajero regresó con su amo y le pidió que detuviera el asedio: “Pues a pesar del tiempo que llevamos presionando a estos infieles, están más frescos que nunca y celebran como si fuera día de banquete”. Y porque, en realidad, los sarracenos habían ocultado el hecho de que a ellos también les estuvieran escaseando los suministros, convocaron un consejo y decidieron levantar el asedio. Al día siguiente, se habían marchado.

Baldwin terminó su recital y sonrió al rey.

—Así que ya veis que jamás me he negado a dar todo lo que tengo porque sé que siempre habrá suficiente. Y nunca se ha demostrado que me equivocara.

Entonces el rey Arturo abrazó al anciano caballero y dijo:

—Ciertamente, no hay falsedad en vos. Habéis honrado todo lo que habíais jurado. Que quede escrito que sois el más valioso de todos mis caballeros de la Mesa Redonda.

Y así se hizo. Y el rey Arturo le dijo a sir Baldwin, volviéndose hacia su esposa:

—Si sois sabio, tal como os considero, amaréis siempre a esta hermosísima dama. Pues yace en su interior un amor profundo, y ante sus ojos, así como ante los míos, habéis cumplido con todos vuestros votos de caballero.

Más tarde, le dijo a sir Kay que jamás debía volver a recurrir a las mentiras para probar la falsedad de otro caballero. Decidió dejarlo correr por el amor que sentía por su hermano adoptivo; pero incluso después de eso Kay siguió intentando que sus gestas destacaran por encima de las de los demás.

No dudo que muchos de los que lean este relato sacudirán la cabeza ante la posibilidad de que vuelva a existir un hombre como sir Baldwin, o que se comporte tal como nos cuentan que él se comportaba. Y sobre su dama, tal vez levanten las manos, incrédulos de que pueda existir una persona tan generosa de espíritu y de una naturaleza tan gentil. A ellos solo puedo decirles que he escrito la historia tal y como se cuenta, y que en aquellos tiempos los hombres y las mujeres no pensaban igual que nosotros hoy día. Y en cuanto al rey y sus caballeros, diré que se esforzaron constantemente a partir de ese momento por cumplir sus juramentos, y que vivieron vidas con honor y verdad. Y en lo que respecta al rey Arturo, como veremos, él también soñaba con la vida del caballero andante.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA HISTORIA DE LOS VOTOS.

INCIPIT LA HISTORIA DEL LORO.

5: EL CABALLERO DEL LORO

He oído voces que afirman que, a pesar de haber luchado bien y con valor contra los reyes que se opusieron a su reinado, el rey Arturo raramente se embarcaba en aventuras propias, más allá de haber fundado la hermandad de la Mesa Redonda. Por esta razón, algunos lo han apodado el *roi fainéant*, un rey débil. Pero nada más lejos de la realidad, pues ya has oído en la historia del rey Arturo y sus caballeros que era una persona ávida de aventuras. Otro cuento que el maestro Thomas no incluyó en su gran obra muestra la verdad sobre esta cuestión. Aquí veremos cómo el rey Arturo se embarcó en su primera gran aventura. Te animo a que la leas y dejes a un lado cualesquiera pensamientos que pudieras haber albergado sobre la debilidad del rey.

La coronación del rey Arturo tuvo lugar el día de Pentecostés, y hubo mucho regocijo y celebraciones en la áurea ciudad de Camelot. En el punto álgido de las fiestas, una damisela apareció y saludó al joven rey con estas palabras:

—Mi señor, mi señora, la dama Ourale, me envía a pediros ayuda. Un terrible caballero sin nombre saquea sus tierras todos los días. Ya ha matado a cerca de sesenta de sus mejores hombres. Por eso vengo a pediros si pudierais enviar a algún valeroso caballero a socorrerla.

El rey Arturo respondió de inmediato que reflexionaría sobre la petición, y que mientras tanto se la trataría como a una invitada de honor. La acompañaron a la casa de un rico lord y la cuidaron con el mayor de los respetos hasta que finalizaron las celebraciones por la coronación, momento en que la damisela volvió a presentarse ante el joven rey y le recordó su cometido.

—Mi señora —dijo Arturo—, no he olvidado vuestra petición. En efecto, mi intención es embarcarme en esta aventura yo solo, pues la vuestra es la primera petición que recibo desde que soy rey, y no sería capaz de pedirle a nadie más que se encargara de ella.

A pesar de que sus señores protestaron arguyendo que debería ser uno de ellos quien acudiera en su lugar, el rey Arturo no permitió que aquello le afectase, y aquel mismo día se preparó para partir, después de nombrar al rey Lot de las Orcadas como regente y ordenar a su corte que lo obedeciera.

Armado con lanza y espada, pero protegido por una armadura y un escudo sencillos, el joven rey se puso en marcha acompañado de la damisela, cuyo nombre era Sybille. No habían avanzado demasiado cuando se adentraron en el bosque de Cameliard, y, mientras cabalgaban, charlando animadamente, oyeron a una mujer pidiendo ayuda a gritos. En ese momento, vieron a una dama bien vestida cabalgando al galope hacia ellos, perseguida por un caballero con la espada desenvainada. Cuando llegó a su altura, la dama le imploró al rey Arturo que la ayudara a defenderse del

caballero, quien ya había matado a su compañero. Arturo, con la lanza en ristre, exhortó al hombre para que se detuviera y se enfrentara a él.

—¡Pues no recibirás honor alguno por perseguir a una mujer!

El caballero se detuvo y atravesó al joven Arturo con una mirada altanera. Y aunque no despegó los labios, envainó la espada y se retiró a una distancia prudencial para preparar su propia lanza. Los dos cargaron uno contra el otro y al tocarse se produjo un gran estruendo. El rey Arturo recibió la lanza de su oponente con el escudo, que se partió en dos; su propia lanzada golpeó al hombre con tamaña fuerza que salió despedido de la silla y cayó aturdido al suelo. Al recuperarse, vio al rey Arturo sobre él con la espada desenvainada, y suplicó piedad.

—Os perdonaré la vida con una condición —dijo el rey—: que os pongáis al servicio de la dama a la que dabais caza.

Al oírlo, el caballero se encendió.

—Antes muerto que estar a su servicio —bramó.

—¿Y por qué razón decís eso? —demandó Arturo.

El caballero, tras incorporarse, contestó:

—Ya veis lo hermosa que es, pero en realidad su belleza es como una espada desnuda contra mi cuello. La he amado durante largo tiempo, pero ella ama a otro hombre, y por esa razón deseaba matarla, pues si no puede ser para mí, tampoco será del otro.

El rey se quedó atónito al oír esas palabras y le preguntó al caballero su nombre.

—Me llamo sir Alistans, conocido como el Caballero de los Baldíos.

—Bueno, señor —dijo Arturo—. Debéis poneros a merced de esta dama o, de lo contrario, me veré obligado a mataros.

—No confío en la merced de ninguna dama —replicó el caballero—. Las mujeres son muros contra los que nos quebramos —suspiró—. ¡Y esta por encima de todas las demás! Mas en nombre de la caballería y el honor, haré lo que me decís.

En eso, la dama habló y expresó que no tenía ningún deseo de

que aquel hombre se entregara a ella.

—Haced lo que os plazca con él —le dijo al rey Arturo—. Matadlo o encarceladlo.

Arturo obligó a sir Alistans a jurar por su honor que regresaría a la áurea Camelot y se presentaría ante el rey Lot, a quien le diría que había sido enviado por el joven caballero que hacía poco tiempo que había partido con la dama Sibylle. Cuando se hubo marchado, el rey le preguntó a la elegante dama, cuyo nombre era Laudina, hacia dónde deseaba dirigirse y si necesitaba compañía en el camino.

—Señor —dijo ella—, preferiría guiaros hasta un lugar que está a mano. Es la corte más exquisita del mundo, y muchos de los mejores caballeros y damas habitan allí. Hasta hace poco, era el lugar más feliz de la Tierra, donde todos los años los caballeros justaban juntos de buen ánimo por el premio de un afamado loro que es capaz de hablar sobre muchas cuestiones. Mas, por desgracia, recientemente un extraño caballero ha demostrado ser más fuerte que el resto, y se ha proclamado señor del lugar solo por la fuerza de las armas. Ahora nos obliga a servirle y a rendir homenaje a su dama, que es la mujer más detestable que os podáis imaginar. Todos los meses debemos reunirnos en Clausel Field y jurar lealtad a este caballero y declarar que su dama es la más hermosa.

—Es terrible —exclamó el rey Arturo—. Seguro que se puede hacer algo al respecto.

—Sí, en efecto —respondió rápidamente la dama—. Si me acompañáis y os convertís en mi caballero, podríais afirmar que soy más hermosa que su compañera. Así provocaréis que exija vuestra sumisión, y podríais disputársela.

Arturo se volvió hacia la damisela Sibylle, que lo había traído hasta allí.

—¿Me permitís que me desvíe del camino un tiempo para ayudar a esta dama?

Sibylle levantó los hombros.

—No es a mí a quien servís, sino a mi señora Ourale. Si deseáis desviaros, os aseguro que no os lo impediré.

Los tres reorientaron sus monturas hacia la corte de la dama Laudina, a poca distancia de allí. Al aproximarse, divisaron tiendas montadas en los prados que se extendían frente al castillo, y numerosos caballeros y damas entreteniéndose, cantando, danzando y haciendo ruido. Cuando vieron al grupo que se acercaba, detuvieron sus juegos y comenzaron a gritarle a Arturo que era un necio por ir hasta allí y que más le valdría marcharse de inmediato. Arturo sufrió sus burlas en silencio durante un rato, hasta que al final los reprobó con toda la seriedad de la juventud.

En ese momento, vieron al caballero de quien Laudina les había hablado. Iba totalmente armado y acompañado de su compañera, cuyo repugnante aspecto no ocultaban ni sus lujosas vestimentas. Encabezaba la comitiva un enano, espoleando a un palafrén en cuyo lomo descansaba una jaula dorada que contenía el loro del que ya has oído hablar. Esta criatura, según me han contado, provenía de una tierra remota, y había aprendido a hablar milagrosamente con la ayuda de la persona que la había capturado.

En cuanto el caballero vio a Arturo, ordenó a gritos que despejaran el camino, y luego, sin ninguna palabra de aviso, cargó directamente hacia el joven rey con toda su fuerza.

La batalla fue larga y furiosa, y durante un buen rato ningún hombre le sacaba ventaja al otro. Luego, su oponente le propinó un golpe al rey Arturo que le partió el yelmo, y le infligió una herida en el rostro cuya cicatriz lo acompañaría siempre. El dolor y la ira que aquello le provocó fueron tales que Arturo contraatacó aún con más fiereza, a pesar de estar medio cegado por la sangre de la herida. Finalmente, le asestó un golpe que seccionó por completo el brazo de la espada de su adversario.

El caballero cayó al suelo, gritando y suplicando piedad. El rey Arturo se acercó a él y le exigió conocer su nombre.

—Me llamo Armide, pero se me conoce como el León Inmisericorde por todos los caballeros que he vencido.

—¿Y cómo habéis tratado a vuestros enemigos? —demandó el rey.

—De los que murieron, les arrebaté las tierras y posesiones, a sus mujeres y niños. De los que vivieron, les arrebaté la mitad de sus bienes y los obligué a acudir a mí cada vez para jurarme lealtad.

—¿Y cuánto tiempo lleváis cometiendo estos actos?

—Hace quince años que soy supremo. Hasta hoy no había conocido caballero que pudiera derrotarme.

—Habéis actuado contra las leyes de la caballería —sentenció Arturo con gravedad—, mas no os ajusticiaré. —Pensó durante un momento—. Esto es lo que debéis hacer. En primer lugar, devolved todo lo que le habéis arrebatado a las gentes que habéis sometido, y compensad todos los agravios que hayáis cometido contra ellas. Luego, os quedaréis aquí, en este lugar, y costearéis un monasterio para expiar vuestros pecados. Allí, cada mes, hasta que el rey Arturo de Britania os convoque a su corte, recibiréis a todos aquellos a los que habéis obligado a rendiros pleitesía. Cuando el rey Arturo os convoque, deberéis viajar hasta la áurea Camelot en un carro, tal como corresponde a los caballeros que son villanos o no disponen de caballo. Todos los que hasta ahora os han servido libremente os acompañarán, y buscarán el perdón del rey. ¿Comprendéis todo lo que os digo?

Gruñendo por el dolor que le provocaban las heridas, Armide accedió a todo lo que el rey Arturo le había pedido. Solo entonces los cirujanos se apresuraron a atenderlo, y se produjo un gran alborozo en ambos bandos, a excepción de la repugnante damisela, quien se retiró en silencio, henchida de odio hacia el joven caballero que había vencido a su amante. Y en cuanto a la dama Laudina, se alegró sobremanera con el resultado y le dio las gracias al caballero.

En ese momento, el loro, que había estado observando los acontecimientos, comenzó a llamar a gritos al enano para que lo acercara.

—¡Oye! Ese debe de ser el mejor caballero del mundo —chirrió

el loro—. Me gustaría ver de cerca al que me ha ganado tan justamente.

Cuando el enano lo obedeció y aproximó la jaula, el sabio y sorprendente pájaro contempló al rey Arturo y articuló estas palabras:

—¡Ahora veo que este es el hombre de quien Merlín hablaba cuando dijo que un día el hijo de un dragón subyugaría a un león sin piedad!

Acto seguido, el pájaro comenzó a narrar y cantar las hazañas de Merlín, hasta que el rey pidió silencio.

—¿Qué eres? —preguntó Arturo.

—Soy lo que veis —respondió el loro alegremente, antes de añadir—: Si me lleváis con vos, guiaré vuestro camino y os mostraré muchas aventuras.

El pájaro se enderezó en su percha y comenzó a cantar:

Tres bestias hallaréis en vuestro camino.
Mas no actuaréis, pues ese no es vuestro sino.
Dos damas os abrazarán entero,
y allí conoceréis el amor y el duelo.
El puente de hierro debéis andar,
antes de hallar descanso y gobernar.

El rey Arturo escuchó atónito la tonada, como todos los presentes, antes de tomar posesión del pájaro, pues tal era su derecho como vencedor del combate contra el León Inmisericorde. Lo acompañaban el enano que lo cuidaba y el caballo sobre el que descansaba la jaula. Entonces el rey Arturo se preparó para despedirse de la dama Laudina y su gente. Antes de partir, le suplicaron que les dijera el nombre por el que lo conocían, y el rey, tras pensar unos instantes, respondió:

—Podéis llamarme el Caballero del Loro. Pues es lo que soy ahora mismo.

El rey y la damisela Sibylle emprendieron la marcha, acompañados ahora por el enano que guiaba al caballo sobre el que cabalgaba el loro en su jaula. Mientras avanzaban, Arturo miraba de

soslayo con frecuencia a la damisela, cuya belleza no le había pasado por alto. El loro, al percatarse de eso, decidió comentar que harían una bonita pareja; él tan bello y fuerte, ella tan hermosa y de tan buena cuna. Al oírlo, la dama Sibylle se volvió maravillada hacia el loro y dijo:

—¿Cómo conocéis mi linaje?

—Mi señora —respondió el loro—, ¿no recordáis cuando erais una niña? Yo estaba con vos, aunque por aquel entonces no tenía mucho que decir.

La damisela estaba claramente desconcertada, pero el loro se dirigió al rey Arturo.

—Señor, ¿os gustaría conocer el linaje de la dama con la que cabalgáis?

—Por descontado —respondió el rey.

—Su nombre es Sibylle, y es la hija del noble conde de Valsin.

La damisela expresó en ese momento su admiración, mientras que al rey Arturo le complació oír lo que el sabio pájaro había dicho, pues lo cierto era que se sentía atraído hacia la damisela, y saber que era de noble cuna la hacía todavía más atractiva. La reducida compañía cabalgó placenteramente hasta las vísperas, cuando empezó a hacer frío. El loro le demandó al enano que cubriera su jaula, y se quedó en silencio mientras los demás continuaban su camino. Pronto, divisaron un majestuoso castillo y buscaron allí refugio durante la noche, algo que les concedió su señor sin pensárselo dos veces.

Por la mañana, el rey Arturo se despertó con la voz del loro, que cantaba que en ese día el joven caballero recibiría un gran honor. Tras desayunar con el señor del castillo, la compañía reemprendió la marcha, y apenas se habían alejado de allí cuando oyeron una gran conmoción ante ellos y vieron gente corriendo en todas direcciones. En eso, apareció un caballero bramando y agitando su espada, y con un grito Sibylle lo identificó como el mismísimo caballero al que confiaba que se enfrentara el rey Arturo en nombre de su señora.

El loro

Cuando el caballero se precipitó hacia ellos, se dieron cuenta de que superaba el tamaño de los mortales y que montaba un caballo de la altura de un elefante pequeño. Al verlo, la damisela y el enano huyeron, dejando atrás al loro. En ese momento, el pájaro comenzó a chirriar para que el rey Arturo abriera la jaula y lo liberara. Pero Arturo se limitó a reír y le recordó al pájaro la canción que poco antes le había entonado sobre el honor. Luego, se preparó para defenderse del ciclópeo caballero.

Como cabría esperar, aquello fue una batalla poderosa, pues el gigante caballero era un enemigo temible, y el rey Arturo aún era joven e inexperto. Pero luchó con valentía y habilidad, y tenía la juventud de su lado, así que empezó a obligar a la enorme criatura a retroceder y a infligirle varias heridas graves. El rey no comprendía cómo era posible que, siempre que golpeaba la armadura del caballero, ya fuera en el peto, el yelmo o la greba, chorreaba sangre como si el origen fuera una herida mucho más profunda. Finalmente, le propinó una serie de espadazos que

provocaron que el gigantesco ser cayera de rodillas, y luego, con toda la fuerza de su cuerpo, el rey Arturo le seccionó el brazo derecho, que aún sostenía la espada.

Entonces el caballero dejó escapar un gran rugido y comenzó a tambalearse adelante y atrás, bramando y derramando sangre en todas direcciones como si de una fuente se tratara. El rey Arturo se percató de que allí donde caía la sangre, la tierra humeaba como si estuviera ardiendo.

Arturo contemplaba atónito los últimos estertores del gigante, durante los cuales derribó árboles y excavó largas zanjas en la tierra. Pero, a la postre, se quedó inmóvil, y el rey se aproximó a examinar el cuerpo. Lo que halló fue tan maravilloso como terrible, pues cuando trató de arrancarle el yelmo al caballero caído, descubrió que era una sola pieza con el cuerpo, y en efecto todo estaba hecho de carne y hueso, armadura, casco e incluso las armas que portaba. Y la piel estaba caliente al tacto, aunque ya comenzaba a enfriarse, y la tenía dura y seca como la de una serpiente.

En ese momento, Arturo supo que no había combatido contra un hombre mortal, sino contra alguna suerte de demonio, y se asombró enormemente del lugar del que debía de haber surgido una criatura así. Oyó al loro cantando cerca, elogiándolo por su gran hazaña al derrotar a la inhumana criatura.

Tras un breve reposo, el rey Arturo decidió partir tras la damisela Sibylle y el enano. De camino, se topó con cuatro caballeros a los que ella había enviado para comprobar si Arturo aún vivía y ofrecerle toda la ayuda posible. Se maravillaron al descubrir que todavía vivía y le pidieron que los llevara hasta el cuerpo del descomunal caballero. Se regocijaron sobremanera al comprobar que al fin había sido derrotado, y elogiaron al Caballero del Loro por su proeza. Luego partieron hacia el castillo donde Sibylle los esperaba, y enviaron a uno de ellos a que se adelantara para comunicar las buenas noticias.

Cuando ya podía divisar la ciudad, vieron que una gran

procesión se anticipaba a recibirlos. Todo el mundo quería darle las gracias al Caballero del Loro por haberlos liberado. La damisela Sibylle también avanzó a recibirlos. Prometió que su señora se reuniría con ellos durante la cena, y le suplicó perdón al rey Arturo por haber huido del ataque del temible caballero. Después entraron y a Arturo le curaron las heridas, le pusieron ropa limpia y lo trataron como bien merece un héroe.

Mientras tanto, el loro no dejaba de quejarse agriamente sobre el enano, que lo había abandonado en el bosque y había huido. Tan fuerte chillaba y graznaba el pájaro que Arturo quiso calmarlo, y finalmente consiguió reconciliarlos.

Luego se marcharon a cenar, donde se les unió la dama Ourale. La magia no le era desconocida, así que ya había visto el rostro del rey Arturo en un espejo secreto que poseía, y albergaba ya un gran amor por él, aunque en ese momento no dijo ni una palabra al respecto. La compañía cenó bien entre aquellos que no dejaban de alabar al Caballero del Loro. Ourale le preguntó si disponía ya de una dama, y al oír que no, expresó una gran sorpresa ante el hecho de que un héroe tan insigne no se hubiera desposado. El loro, oyendo todo esto y viendo hacia dónde soplaba el viento, se arrancó a entonar una canción romántica, y tanto el rey como la dama dejaron de hablar y escucharon.

Después de eso, llevaron vino y todos se retiraron a la cama. Al Caballero del Loro le habían reservado un lugar en el salón, y el pájaro lo entretuvo hasta que cayó dormido contándole la historia de una dama a la que habían encarcelado por error.

Por la mañana, después de desayunar, partieron a examinar el cadáver del caballero y, de igual forma que el rey Arturo, todos se maravillaron al descubrir que hombre y armadura eran una sola pieza. Entonces Ourale ordenó a su senescal que despellejara a la criatura, que claramente no era humana, pero que debía de parecerse a las otras de su especie que se mencionan en el *Mappa Mundi*[6], donde aparecen criaturas igual de improbables que habitan en remotos rincones del mundo.

Mientras la compañía regresaba al castillo, se encontraron con una pálida doncella, que cabalgaba al galope hacia ellos. Lloraba desconsoladamente y se frotaba las manos, y cuando estuvieron lo bastante cerca de ella, oyeron que llamaba a gritos al Caballero del Loro. Arturo se adelantó y le preguntó qué sucedía, pero cuando ella lo vio, cayó desmayada del caballo. Arturo, tras bajar de un salto, le levantó la cabeza y la sostuvo hasta que recuperó el sentido. Entonces volvió a preguntarle qué podía hacer por ella.

—Señor —dijo—, me llamo Rossignol y vengo en nombre de mi señora, Flora de Mont, hija del difunto rey Belnain de Île Forêt. Murió hace poco en un torneo y sus tierras le fueron entregadas a su mariscal, que lo había servido bien en vida. Ahora este hombre, cuyo nombre es sir Galardon, se ha vuelto codicioso. Después de ganarse a los barones, se ha propuesto desposarse con mi señora, quien no alberga amor alguno por él. Ha encarcelado tanto a mi señora como a su madre, la reina, en el castillo, que ahora defienden mientras él lo sitia. Señor, he cabalgado lejos y superado grandes peligros para encontraros. ¿Regresaréis conmigo y liberaréis a esas nobles damas?

—Haré todo lo que esté en mi poder para ayudaros —respondió el rey Arturo, y se preparó para regresar a la ciudad antes de partir hacia esa nueva aventura.

Todo el mundo estaba listo para vitorearle cuando pasaba por su lado, salvo Ourale, a quien le enfurecía enormemente la disposición de él por partir con otra damisela. Ocultando sus pensamientos, cabalgó en silencio de vuelta a la ciudad. Sin embargo, una vez allí, anunció que habría un torneo en ocho días, y que el ganador recibiría un beso suyo y su promesa de amistad durante al menos un año. Le suplicó al Caballero del Loro que participara y presionó tanto a la damisela de Île Forêt que acabó por dar su consentimiento, aunque muy a su pesar. El rey Arturo no podía negarse sin enfrentarse a perder el honor, y así quedaron las cosas mientras las preparaciones seguían adelante para levantar las lizas y los pabellones y enviar mensajeros a todos los caballeros de

aquellas tierras.

✣ ✣ ✣

En los dias que siguieron, el rey Arturo —o, como lo llamaremos a partir de ahora, el Caballero del Loro— y Ourale pasaban una gran parte del tiempo en compañía del otro. La víspera del día en que debía comenzar el torneo, la dama convocó al joven caballero a una magnífica alcoba que no había visto nunca. Disponía de un gran lecho sobre el que habían dispuesto la espléndida talla de un halcón. Se sentaron en la cama y charlaron sobre muchas cosas, y todo ese tiempo la dama contempló al Caballero del Loro con un gran deseo, hasta que al final él la estrechó entre sus brazos. Es probable, de hecho, que hubieran yacido en la cama y hecho el amor si la dama no hubiera oído a una de sus sirvientas aproximarse y se hubiera separado rápidamente del abrazo del rey. Luego se volvió hacia él y le preguntó quién era la dueña de su corazón.

—Creo que ya lo sabéis —dijo él.

Aquella respuesta no satisfizo a Ourale. En su lugar, señaló la talla del halcón y le pidió que leyera lo que había escrito en la base.

—Reza —contestó el caballero—: Quien se siente aquí con una dama, deberá proporcionarle todo lo que le pida.

—Exacto —dijo la dama—. ¿Haréis todo lo que os pida?

—Sí, si está en mis manos —respondió el caballero, ruborizado.

—Entonces os pido que, si de verdad me apreciáis, cuando combatáis mañana en el torneo, os desenvolváis de la peor manera posible.

El caballero la observaba atónito.

—Diréis de la mejor manera posible, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso —respondió la dama Ourale—. ¿Haréis lo que os pido?

Su rostro palideció, y el joven caballero agachó la cabeza.

—Puesto que os he dado mi palabra, cumpliré con lo prometido. Pero preferiría mucho más demostrar que soy el mejor caballero que el peor a la vista.

Arturo abandonó la alcoba de inmediato y regresó al salón. Allí fingió estar alegre y satisfecho, aunque en sus adentros no sintiera más que ira y confusión. El loro, al percatarse de su estado, entonó una cancioncilla sobre el amor que convirtió la ira en honor. Y, cuando la oyó, el caballero sonrió y aquella noche durmió a pierna suelta, a pesar de sus temores por el resultado del torneo.

✣ ✠ ✣

Al día siguiente, los juegos comenzaron con grandes hechos de armas y el poderoso astillamiento de las lanzas. Todo el mundo observaba al Caballero del Loro para ver cómo desenvolvía, y todos se sorprendían al ver la facilidad con que lo derrotaban una contienda tras otra; a veces parecía estar a punto de caer del caballo antes de que lo tocaran. Al final del día, todos los presentes especulaban cómo era posible que hubiera matado al monstruoso caballero, y asumieron que debía de haber recurrido a la magia. Pero, si tenía poderes mágicos de su parte, ¿cómo lo habían derrotado con tanta facilidad en el torneo?

El vencedor de aquel primer día fue un tal conde Doldays del Castillo del Amor, a quien oyeron brindar porque pronto recibiría un beso de Ourale. El Caballero del Loro, al oírlo, exclamó a viva voz que al día siguiente demostraría que se equivocaba. Los presentes lo recibieron entre carcajadas, creyéndolo el caballero más mediocre que habían visto jamás.

Mientras tanto, la misma Ourale, que había oído aquella discusión, se unió a ellos. Reprendió al conde Doldays por hablar con tanta dureza del héroe que había derrotado al monstruoso caballero donde él no había sido capaz. Luego se giró hacia el Caballero del Loro y le preguntó que a quién serviría al día

siguiente en las lizas.

—A vos, mi señora —respondió, con una elegante reverencia.

En eso, el loro, que había estado escuchándolo todo, comenzó a proferir grandes gritos, asegurando que el caballero se desenvolvería mucho mejor en el torneo al día siguiente, dado que sería libre de demostrar su valía. La gente contemplaba maravillada al pájaro, y le preguntó por el significado de sus palabras.

—¿Por qué? —dijo el pájaro—. Difícilmente podía desenvolverse bien mi caballero puesto que estaba en prisión.

—¿Qué quieres decir? —demandó Ourale, con la mirada clavada en el pájaro—. Ha pasado claramente el día entre nosotros.

—No es cierto —dijo el loro.

—Dinos entonces dónde está esa prisión.

—Aquí —replicó el pájaro.

—¿Y cómo es eso posible? —dijo Ourale, que ya empezaba a perder la paciencia—. Ha estado cabalgando por el campo todo el día.

—Y, sin embargo, estaba en la peor prisión jamás imaginada, pues le ha arrebatado el coraje y lo ha hecho quedar como un necio.

—¿Quién lo ha colocado en esa prisión que dices? —preguntó Ourale, observando con detenimiento al pájaro.

El loro le devolvió la mirada, sin parpadear.

—Ahora mismo no puedo decirlo —contestó.

De regreso al castillo, Ourale se retiró a sus aposentos con una gran agitación. Sabía que el Caballero del Loro había demostrado ser más que capaz, y jamás podría recompensarlo por la deshonra que había soportado en las lizas aquel día a petición de ella. Tampoco se imaginaba cómo podía compensar la promesa que le había obligado a pronunciar. Finalmente, fue a buscar al caballero y con una gran humildad se ofreció a sí misma como recompensa por todo lo que había sufrido.

El caballero, enfurecido por los desprecios que había soportado aquel día, la miró y se preguntó cómo era posible que le hubiera llegado a parecer hermosa. Sin mediar palabra, dio media vuelta y

salió de la habitación.

La dama se echó a llorar desconsoladamente. Se imaginó lo que su pueblo diría si aquella cuestión saliese a la luz, algo que bien podría ocurrir, si supiera la dureza con que había tratado al gallardo héroe que los había salvado a todos del vil caballero.

✣ ✠ ✣

AL DIA SIGUIENTE, el Caballero del Loro cabalgó por doquier como un remolino. Allí por donde pasaba dejaba tras de sí montones de hombres desmontados y sangrantes, hasta el punto de que nadie se atrevía a enfrentarse a él, y hacían todo lo posible por evitarlo.

El loro, que había pedido que lo llevaran a las lizas y situaran su jaula cerca de Ourale, se dirigía así a ella:

—Ahora que mi amo ha salido de su prisión, muestra su verdadera valía.

Ourale observaba cómo el Caballero del Loro procedía a dar caza a todos los presentes en el campo. Al final, el único contendiente en pie era el conde Doldays, pues el Caballero del Loro se había asegurado de evitarlo hasta el último momento. Entonces se colocaron el uno frente al otro, y todos los demás se retiraron de la liza para darles espacio. Cargaron a la vez con las lanzas en ristre. El conde estaba consumido por la ira por la pérdida de honor que habían sufrido sus hombres a manos del caballero desconocido. Le propinó una lanzada que atravesó el costado del Caballero del Loro y le provocó una gran herida allí. Él, a su vez, golpeó al conde con tamaña fuerza que lo desmontó y le infligió graves heridas. Mientras yacía en el suelo, el Caballero del Loro, a pesar de sus heridas, se aproximó a él con la espada en alto.

El conde suplicó piedad y el caballero se la concedió, con la condición de que se pusiera a merced de Ourale, a quien hacía poco que se había jactado de haber conquistado, el resto de su vida. El conde asintió de inmediato, contento de poder evitar un destino

peor.

Y así fue como terminó el torneo, con el Caballero del Loro como vencedor indiscutible. Todos aquellos que lo habían despreciado y se habían mofado de él el día anterior ahora lo elogiaban y honraban, de tal modo que parecía que los acontecimientos de ayer jamás se hubieran producido. El héroe se dirigió hacia Ourale y allí, ante todos los presentes, la besó y la abrazó. Y bien fuera por la angustia que él había visto en los ojos de ella, o por cortesía, evitó hablar de la promesa que le había obligado a hacer.

La compañía al completo regresó de buen ánimo a la corte, y al conde Doldays y al Caballero del Loro se los llevaron para que atendieran sus heridas.

Aquella noche, tras el banquete organizado como celebración por el final de los juegos, Ourale y el Caballero del Loro se retiraron a sus alcobas correspondientes. Pero no pasó mucho tiempo antes de que el caballero, a pesar de sus heridas, se alzara y fuera a buscar a la dama, pues más allá de todo lo que le hubiera hecho, él se seguía sintiendo atraído por ella. Y ella no lo recibió con sosiego, pues aquello era lo que verdaderamente deseaba su corazón. La vergüenza cayó de su cuerpo como una capa, y pasaron la noche buscando el amor y divirtiéndose mucho en compañía del otro. Y así fue también durante las noches siguientes.

✣ ✠ ✣

A LO LARGO DE la semana siguiente, el rey disfrazado estuvo en cama y esperó a que sanaran sus heridas. La dama Ourale, gracias a sus habilidades medicinales y al conocimiento de algunas magias, lo ayudó a recuperarse más rápido de lo que habría sido habitual. Tampoco cabe ninguna duda de que también fue su amor lo que ayudó al joven rey a sanar. Más tarde, amaneció el día en que la damisela Rossignol, que servía a Flora de Mont, se presentó ante

ellos y le recordó al Caballero del Loro su promesa de ayudar a su señora. Avergonzado por el recordatorio, le suplicó a Ourale que le permitiera marcharse, y aunque ella se mostraba reticente a dejarlo partir, vio que no podría evitarlo y le dio su bendición.

El caballero se preparó para partir de inmediato, y la dama Ourale, sus damiselas y numerosos cortesanos lo acompañaron. Cuando llegó el momento de que dieran media vuelta, Ourale se llevó al caballero a un aparte y le preguntó, con voz queda, si volvería a verlo.

—Si Dios quiere, regresaré pronto con vos —respondió.

Y, dicho esto, emprendieron la marcha, y el Caballero del Loro, acompañado del enano que portaba al pájaro en su jaula de oro y la damisela Rossignol, se embarcaron en la siguiente parte de su aventura.

✣ ✠ ✣

DESPUÉS DE HABER cabalgado durante varios días, llegaron al castillo de uno de los caballeros al servicio de la dama Flora de Mont. Este hombre, cuyo nombre era Andois, se había mostrado neutral en la disputa entre la dama y su mariscal, y cuando el Caballero del Loro y sus compañeros se presentaron, los recibió con los brazos abiertos. Sentado más tarde con él en un espléndido jardín, el caballero le preguntó por qué no había servido a su dama en un momento de tanta necesidad.

—Os lo diré —respondió Andois—. Cuando era joven, serví a la esposa del padre de Flora de Mont, el rey Belnain, en una guerra contra otros dos lores. Demostraron ser más fuertes que él, y el rey perdía la guerra. Al final, reuní una fuerza formada por mis propios hombres y mercenarios extranjeros. Con su ayuda, expulsamos a los dos lores de las tierras de mi señor y lo colocamos de nuevo en el trono. Él, a cambio, les entregó tierras y dinero a los extranjeros, pero ni mis hombres ni yo recibimos ninguna recompensa. Cuando

le pregunté el motivo, dijo que yo era su vasallo y que por tanto era mi deber, y que si yo ya hubiera sido menos rico, ¡habría recibido un mejor servicio por mi parte mucho antes! Confieso que aquello me enfureció lo que no está escrito, y apenas volvimos a vernos o a hablar más. Cuando Belain murió al fin y decidió dejar a su hija bajo los cuidados del mariscal, juré que jamás la ayudaría, pero sigue siendo la señora a quien debo lealtad, y por eso tampoco ayudaré jamás al mariscal contra ella.

Al oírlo, el Caballero del Loro apeló a su honor para prestar ayuda a la dama que era su soberana por derecho. Le habló con tanta elocuencia que al final Andois accedió a ofrecer toda la ayuda que estuviera en sus manos.

A la mañana siguiente, el Caballero del Loro y sus compañeros se levantaron temprano y partieron hacia el castillo de la dama Flora de Mont. El único camino atravesaba un sendero angosto fuertemente protegido por los mejores caballeros del mariscal. Los habían advertido de la llegada del Caballero del Loro, pues su fama había alcanzado aquellas tierras antes que él. Cuando el caballero disfrazado se detuvo en la entrada del paso, uno de los guardianes lo desafío de inmediato.

—Señor —dijo el Caballero del Loro—. He recorrido un largo camino para llegar hasta aquí, y mi intención es seguir adelante. Apartaos o aceptad mi desafío.

—¿Quién sois? —demandó el guardián del paso.

—Me llaman el Caballero del Loro.

El guardián lo observó con compasión, creyéndolo loco, pues no había visto al loro en la jaula, y no creía que alguien tan joven pudiera ser el caballero de cuya fuerza y coraje había oído tanto hablar.

—Reíos si queréis —le espetó el caballero—. Pero os aseguro que pasaré.

Dicho esto, colocó la lanza en ristre y se cubrió con el escudo, antes de cargar contra el guardián. Los dos se toparon en medio del camino, y el Caballero del Loro venció con facilidad a su oponente.

El guardián del paso se levantó del suelo donde la lanza del caballero lo había derribado, y con una humildad y un respeto nuevos, reconoció su valía. Entonces le ofreció refugio, tanto al caballero como a la damisela Rossignol, junto con el enano y el loro. El caballero aceptó de buena gana, y sus compañeros pasaron una agradable noche en la morada del guardián derrotado.

A la mañana siguiente, se despertaron temprano y continuaron su camino. A medida que se aproximaban al castillo donde la dama Flora y su madre estaban encarceladas, Rossignol comenzó a llorar. Cuando el caballero le preguntó el motivo, ella señaló la colina cercana donde ondeaba un pendón escarlata.

—Allí aguarda el caballero más poderoso del mundo. Es el campeón del mariscal, y a buen seguro que os matará.

—Bueno —respondió el caballero—; lo que tenga que ser, será.

Desvió a su montura hacia la colina y vio aproximarse a una alta figura que, habiéndolo divisado a lo lejos, y habiéndose percatado de su identidad, no había esperado ni un instante más para espolear a su caballo a galope tendido contra el joven rey. Se enfrentaron con determinación, y se produjo un furioso combate que, después de que ambos hombres se derribaran mutuamente, continuó en el suelo con espadas.

Después de haber estado un buen rato combatiendo, el caballero retrocedió y, resollando, dijo:

—Señor, jamás había conocido a un oponente mejor. Continuemos este combate frente al castillo de aquellos que he venido a rescatar, para que puedan ver tanto al defensor como al agresor.

—De acuerdo —respondió el otro caballero—. Pues en vos veo también al mejor luchador que he conocido jamás.

Y así fue como los dos se trasladaron al prado que había junto a las murallas del castillo, y allí, a la vista de la dama Flora de Mont, reemprendieron la batalla, hasta que el Caballero del Loro le propinó un golpe a su adversario que partió el yelmo en dos, y el hombre se desplomó, inconsciente. Cuando recuperó el sentido y

vio al Caballero del Loro esperándolo, suplicó clemencia sin perder un instante y el caballero se la concedió, con la condición de que prometiera servir a la dama del castillo.

En ese momento, la dama Flora en persona, acompañada por sus doncellas, se aproximó. Le dio las gracias al Caballero del Loro y lo elogió por su coraje y fuerza. Entraron juntos en el castillo, donde los entretuvieron maravillosamente. El loro comenzó a entonar canciones sobre su nuevo amor que recordaban sus grandes hazañas. Cantaba con tanta dulzura que pronto lo rodearon las damiselas de la dama, quienes no se perdían ni una sola palabra y aplaudieron al loro por sus sorprendentes habilidades.

En esa escena de regocijo, apareció la madre de la dama Flora, la reina de Île Forêt, una dama de rostro compungido cuya presencia ordenaba respeto y silencio. Saludó al Caballero del Loro y le preguntó que de qué país provenía.

—De Britania, mi señora —respondió.

—Entonces debéis conocer al rey Arturo, ¿verdad?

—En efecto, lo conozco bien —respondió el rey disfrazado con una sonrisa.

—Vuestra fama os precede —dijo la reina—. Os estaremos eternamente agradecidos por vuestro coraje.

—Os doy las gracias, mi señora —respondió el caballero—. ¿Me diréis ahora dónde puedo encontrar al mariscal que se ha atrevido a reteneros a vos y a vuestra hija contra vuestra voluntad?

—Aún es demasiado pronto —dijo la reina con delicadeza—. Primero debéis descansar. Conozco parte de lo que habéis logrado hasta ahora.

—Señora, no he venido aquí a descansar —replicó el caballero.

—Muy bien —respondió la reina con un suspiro, recordando a otros jóvenes caballeros igual de entusiastas que aquel—. Quedaos aquí esta noche y os prometo que mañana se os indicará el camino.

El rey disfrazado descansó allí aquella noche, y fue bien atendido y alimentado. Pero cuando aún no había amanecido, la reina acudió a la alcoba donde él dormía y lo despertó.

—Señor —dijo—, acaba de llegar aquel que os conducirá a un peligro aún mayor.

El Caballero del Loro se alzó, se vistió rápidamente y siguió a la reina al prado que se extendía frente al castillo. Cuando estaba a punto de salir, el loro se despertó en su jaula y le gritó:

—Id con cuidado, majestad, pues os aguardan muchos peligros.

Aquello le alegró el corazón al joven rey, pues aún ansiaba vivir aventuras, aunque no le pasó desapercibido que el loro se había dirigido a él por su verdadero título.

El caballo del caballero ya lo esperaba, recién cepillado y con suministros de comida y vino colgando de la silla. Después de que los escuderos lo ayudaran a armarse, la dama Flora de Mont en persona se encargó de entregarle el yelmo. Allí había atado una bufanda de seda bordada con sus propias manos.

—Llevad esto en mi nombre —le dijo con voz queda.

La reina lo guio hasta un árbol cercano bajo el cual aguardaba la criatura más extraña que había visto jamás. Debía de tener el tamaño de un toro pequeño, pero con un cuerpo esbelto como el de un dragón y la cabeza pequeña de un ciervo de la que sobresalían dos cuernos blancos. Su pelaje era rojizo y relucía bajo la luz de la luna. Cuando vio al caballero, agachó la cabeza. La reina, con lágrimas en los ojos, dijo:

—Esta bestia os conducirá a vuestro destino. Aparece cada tres meses; pero llevábamos un año sin verla. Esto me dice que vuestra llegada es de suma importancia. —Con un suspiro, añadió—: Id con cuidado, mi señor caballero. Regresad con nosotros sano y salvo.

El Caballero del Loro observó a la criatura y esta le devolvió la mirada, como si le estuviera diciendo que hablaría si pudiera. Luego, dio media vuelta y él la siguió sin perder más tiempo.

Recorrieron un largo camino a través de bosques, campos y valles, hasta alcanzar un castillo que antaño había sido espléndido y poderoso, pero que ahora yacía en ruinas debido a los estragos del mariscal. Allí, la bestia le comunicó con gestos que necesitaba descansar y desapareció entre las ruinas. El Caballero del Loro ató

el caballo a un árbol alto y frondoso, y se sentó debajo a reposar. Al cabo de un rato, percibió el más agradable de los perfumes, y, al ponerse en pie, vio aproximarse a un anciano vestido de blanco.

—Saludos, rey de Britania —dijo.

El caballero le devolvió el saludo y le preguntó que cómo era posible que conociera su verdadera identidad.

—No temáis —respondió el anciano—. Soy aquel por cuyo deseo os habéis embarcado en esta gran aventura. Soy la bestia que os ha estado guiando a lo largo del día.

—¿Cómo es posible? —preguntó el caballero, desconcertado.

—Soy el mismo rey Belnain cuyas esposa e hija conocisteis hace poco. A pesar de haber muerto, se me ha permitido seguir caminando por la tierra durante un tiempo en la forma que habéis visto, hasta el momento en que el mariscal al que confié mis tierras rinda cuentas por sus viles actos.

El caballero, maravillado, preguntó:

—¿Y en qué lugar habitáis cuando no adoptáis ni una forma ni otra?

—No os lo puedo decir —respondió el rey Belnain—. Solo os diré que es el más hermoso de los lugares, y que permaneceré allí hasta que se cumpla la profecía que hizo Merlín. Después, marcharé a un lugar de una gloria aún mayor, el que le promete Dios a todo aquel que le sirve.

Entonces el anciano rey se quedó en silencio y observó al Caballero del Loro durante un largo rato. Poco después, continuó:

—Os pido que permanezcáis aquí esta noche y descanséis bajo este árbol. Tomad una flor de él y colocáosla en el pecho. Y os diré por qué. Esta misma noche, veréis una gran compañía de caballeros y damas acudir a este lugar, y organizarán el más espléndido de los torneos. Muchos de los caballeros se acercarán a vos y os preguntarán: «¿Dónde está el Caballero del Loro? ¿No os uniréis a nuestros juegos?». Bajo ningún concepto debéis hacerlo, pues moriríais con la misma seguridad que el sol saldrá mañana por el horizonte. Procurad permanecer bajo el árbol, pues mientras el

aroma de sus flores os rodee, no sufriréis daño alguno.

El anciano rey se despidió de él y se preparó para partir.

—No volveréis a verme, si no me equivoco, pero os deseo lo mejor. No me falléis.

Dicho esto, desapareció, fundiéndose como la bruma. El rey disfrazado se preparó para la larga noche que lo esperaba. Primero, se ocupó de su caballo, y luego arrancó una flor del árbol e inspiró su embriagador aroma. Tan sereno y tranquilizador era su efecto que no necesitó comida ni bebida, ni tampoco dormir. Estaba alerta a cualquier sonido, fuera como fuera, y pronto oyó ruidos de cascos amortiguados, que anunciaban la llegada de una gran compañía. Encabezaban la marcha los sirvientes y sargentos, que levantaron pabellones y lizas en el prado que se extendía frente al castillo en ruinas. Luego llegaron los caballeros con sus damas, escuderos y damiselas en grandes cantidades, y el torneo comenzó tal como el anciano rey había predicho. Tuvieron lugar numerosos encuentros de fuerza, y el rey Arturo tuvo que contenerse para no participar, sobre todo cuando hombres de un lado de la melé principal se acercaron a él y le suplicaron que luchara en su bando. Fue entonces cuando deseó olvidarse de la advertencia del anciano e incluso levantarse y prepararse para el combate. Antes de que pudiera hacerlo, oyó una campana tañer en algún punto más allá de las ruinas, y, en ese momento, la compañía al completo, tiendas, sirvientes, escuderos, caballeros y damiselas, se desvaneció como si jamás hubieran estado allí.

El alba rayó poco después, pero no había ni rastro de la extraña bestia ni del anciano. El caballero montó en su caballo y continuó su camino, intentando poner en claro los acontecimientos de la noche y preguntándose cómo, sin guía, sería capaz de orientarse. No tardó en llegar a una encrucijada, donde se alzaba un gran pedrusco. Al aproximarse, el caballero vio que había letras grabadas en un lado. Se detuvo y las leyó en voz alta:

TRES DESGRACIAS HAY EN EL MUNDO

LA PRIMERA CONCIERNE A AQUEL QUE CONOCE EL BIEN, PERO DECIDE NO SABER NADA MÁS AL RESPECTO.

LA SEGUNDA CONCIERNE A AQUEL QUE CONOCE EL BIEN, PERO NO SIGUE SUS MODOS.

LA TERCERA CONCIERNE A AQUEL QUE CONOCE EL BIEN, PERO CASTIGA A LOS DEMÁS POR NO HACERLO.

Maravillado, el caballero rodeó el pedrusco y leyó otro mensaje. Rezaba:

AQUEL QUE BUSQUE UNA MARAVILLOSA AVENTURA

QUE TOME EL CAMINO DE LA DERECHA

El Caballero del Loro optó por tomar el camino de la derecha, tal como indicaba el mensaje. Lo siguió durante todo el día, hasta que oyó una voz que lo llamaba.

—Ay, amigo mío, marchaos de aquí, pues no puedo salvaros.

Miró alrededor y vio a una dama desaliñada dirigiéndose a él desde la cima de una colina. Tenía el rostro surcado de lágrimas y los ropajes, rasgados. De inmediato, el caballero le preguntó qué había ocurrido.

—¡Ay de mí! —gritó—. Una temible serpiente se ha llevado a mi esposo, sir Sador del Castel Sauvage. Temo por su vida, y por la vuestra si no corréis.

—¿Dónde está la criatura? —preguntó el caballero.

La dama señaló en silencio al lago que se divisaba entre los árboles, y el caballero se puso en marcha hacia allí. Al llegar, vio a la serpiente, una criatura larga y con escamas verdes y amarillas, de tal forma que su cuerpo destellaba bajo el sol, y observó al caballero con sus fieros ojos, pero no lo atacó de inmediato, pues aún tenía a sir Sador en sus fauces, y la armadura era lo único que impedía que lo aplastara. El Caballero del Loro espoleó a su montura en dirección a la vil sierpe. Su lanza le atravesó el pecho y el corazón al mismo tiempo y la criatura soltó al caballero, que cayó

al suelo revolviéndose. Tan poderosos eran sus estertores que la cola le propinó un terrible golpe al Caballero del Loro, que salió despedido hacia el lago junto con su caballo. Aunque gravemente herido y en peligro de ahogarse, fue el agua lo que lo salvó, ya que eliminó parte del veneno que lo cubría después del encuentro con la serpiente.

El caballero salió tambaleándose del agua, y encontró a su caballo deambulando aturdido no lejos de allí. Montó con dificultad y cabalgó hacia la que consideraba que era la dirección correcta. Apenas había avanzado cuando el veneno que restaba lo venció y cayó inconsciente al suelo.

Mientras tanto, sir Sador, liberado ya de las fauces de la serpiente, había recuperado el sentido y encontrado el camino de vuelta con su esposa, quien no cabía en sí de alegría. Buscaron al Caballero del Loro, y al no poder encontrarlo ni a él ni a la serpiente, que se había hundido en las aguas del lago, concluyeron que el valeroso caballero debía de haber perecido.

Se dirigieron a su hogar en el Castle Sauvage, y se estaban preparando para ir a dormir cuando oyeron a un pescador charlando con su esposa bajo la ventana.

—¡Creo que aún vive! —oyeron decir al hombre—. ¡Gloria al Señor! Mira la armadura que lleva. ¡Cómo brilla!

—Pues sí —respondió su esposa—. ¡Gracias a Dios que pasábamos por allí!

Al oírlos, sir Sador se asomó a la ventana y los llamó.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¿De qué estáis hablando?

El hombre, con tono temeroso, contestó:

—¡De nada, mi señor!

—¡Villano! —gritó Sador—. ¡No te creo!

Envió a sus hombres a investigar y encontraron al pescador y a su esposa inclinados sobre una silueta que yacía en el fondo de su barca. Apenas estaba consciente y parecía paralizado e incapaz de hablar. Los hombres lo llevaron con cuidado al castillo del caballero y lo colocaron en una cama, donde atendieron sus heridas y lo

taparon con sábanas calientes. Cuando le quitaron la armadura, encontraron una extraña flor clavada en la camisa de la que emanaba un potente y agradable aroma. Sir Sador, consciente de que aquel era el mismo hombre a quien le debía la vida, se alegró de verlo, y estuvo velándolo toda la noche.

El Caballero del Loro estuvo varias horas sin moverse ni hablar, pero, poco antes de la medianoche, abrió los ojos y preguntó que dónde se encontraba. Sador se lo contó y le explicó cómo lo habían encontrado. Le dio agua para que bebiera y, al poco tiempo, pidió comida. Desde ese momento, el progreso fue veloz, y en tres días ya estaba tan lozano y fuerte como antes del encuentro con la bestia.

El caballero le contó la historia completa de sus aventuras a su anfitrión y anfitriona, quienes, al saber que se dirigía al castillo del mariscal, pudieron hablarle de los peligros que afrontaría.

—El lugar se encuentra a tres días de camino desde aquí —dijo sir Sador—. Lo llaman el Castillo Peligroso, y no sin razón. Está ubicado en una colina empinada, rodeado de agua. Solo hay una entrada, al otro lado de un puente tan estrecho que solo permite que pase un hombre a pie. En el centro del puente hay una gran rueda accionada por magia. No conozco a nadie que haya ido hasta allí y regresado, pues todos han acabado aplastados por la rueda. Sin embargo… —Hizo una pausa y observó al Caballero del Loro—. Aunque yo sirva al mariscal, me habéis salvado la vida, y yo os ayudaré a salvar la vuestra. Sabed que cuando lleguéis a la rueda, veréis dos pilares de mármol, del color de la sangre, a cada lado. En cada uno de ellos, veréis escrito un mensaje: «Aquel que quiera cruzar, debe acercarse a mí». Bajo ningún concepto debéis obedecer. Si lo hacéis, moriréis. En vez de eso, observad el pilar y veréis una pequeña hendidura y, en su interior, todo tipo de ruedas y engranajes que giran. Rompedlos con vuestra espada y haréis que la rueda deje de girar. De esta forma tendréis al menos una posibilidad de sobrevivir, aunque no sabría deciros todos los peligros que todavía deberéis afrontar.

Con este consejo en mente, el Caballero del Loro se preparó para

partir. Sir Sador lo acompañó parte del camino, antes de dar media vuelta y desearle buena suerte. El sendero era escarpado y pedregoso, pero el rey disfrazado avanzó a buena velocidad aquel día, y gran parte del siguiente. Se encontró en un país de landas agrestes, y mientras cabalgaba por allí, se vio atacado por una mujer salvaje, desnuda, que saltó de entre los matorrales al lomo del caballo, detrás de él. Lo rodeó con sus largos y poderosos brazos y comenzó a aplastarlo. Sus manos eran como garras, y amenazó con arrancarle la piel del rostro y los ojos de las cuencas. De no haber llevado la armadura, de seguro que su abrazo habría acabado con su vida. Por suerte, su caballo, sorprendido por el peso adicional que notaba en el lomo, se encabritó y lanzó a la mujer salvaje al suelo. El Caballero del Loro desenvainó presto la espada y la golpeó en la cabeza, y se marchó antes de que la mujer recuperara el sentido.

A la mañana siguiente, divisó al fin el Castillo Peligroso. Era, si es que eso es posible, aún más amenazador de lo que le habían hecho creer. El foro era profundo y oscuro, lleno de agua negra que fluía con rapidez. El puente no solo era estrecho, sino también afilado, pues estaba hecho de acero bien pulido, que temblaba cuando ponías un pie encima. Y en cuanto a la rueda… Las palabras de sir Sador no lo habían preparado para lo más terrible de todo. Estaba también hecha de metal, afilada como una espada, y giraba y se revolvía a tal velocidad que era difícil distinguirla. Al otro lado, en el extremo del puente, se alzaba una torre tan intimidante como el resto del castillo.

El caballero contempló la tarea que tenía ante sus ojos y el corazón se le contrajo. Mas sabía que solo afrontando aquel peligro podría completar su tarea. Por eso se preparó lo mejor que pudo, y después de atar a su caballo a un pedrusco en el extremo del puente, comenzó a atravesarlo despacio.

El puente empezó a sacudirse de inmediato, hasta el punto de que el caballero se vio obligado a tirarse al suelo y avanzar a gatas. Sus calzas y sus guantes de malla le protegían de los bordes

afilados, pero los temblores de aquel angosto pasaje eran tan terroríficos como cualquier otra cosa que hubiera podido soportar hasta el momento.

Al fin alcanzó la rueda y vio, tal como sir Sador le había dicho, tanto las escrituras en el pilar como la pequeña hendidura a través de la cual divisó la maquinaria. Desenvainó la espada y se incorporó, antes de abrazarse al pilar e introducir la espada en el agujero.

De inmediato, se oyó un potente chirrido y la rueda se detuvo. El Caballero del Loro envainó la espada —que, a pesar de su acero templado, estaba maltrecha y mellada— y se dispuso a recorrer lo que le faltaba de puente, que ahora había dejado de sacudirse casi por completo.

Tras entrar en la torre, se encontró ante la presencia de dos poderosos caballeros, que desenvainaron sus espadas y se prepararon para atacarlo. Exhausto, el Caballero del Loro levantó su arma, pero probó a hablar con ellos:

—¿Acaso todo caballero que cruce con éxito el puente debe morir de todos modos?

Los dos hombres se miraron mutuamente, hasta que, de repente, uno de ellos bajó la espada y dijo:

—Hemos matado a muchos y magníficos caballeros. Yo, por mi parte, estoy absolutamente harto de esto. Puesto que apenas tenéis posibilidades contra los enemigos que os aguardan dentro, nosotros no os supondremos ningún desafío.

El segundo caballero, tras unos instantes de vacilación, apartó también la espada y le indicó al Caballero del Loro que siguiera adelante.

El rey disfrazado les dio las gracias y, tras atravesar la torre, entró por fin en el Castillo Peligroso. A esas alturas, el sol ya se había puesto, y dentro del castillo no había más que penumbra. Cuando el Caballero del Loro accedió al gran salón, vio a varias damiselas entrar desde una cámara lateral. Todas y cada una de ellas vestían igual, de púrpura y rojo, y todas portaban una

antorcha, así que cuando terminaron de colocarse las cincuenta que al final entraron, el salón parecía tan iluminado como un día de sol.

Acto seguido apareció el mariscal, protegido por una armadura roja. Al ver al Caballero del Loro, profirió un rugido de furia y atacó con toda su fuerza. El rey disfrazado se preparó para defenderse, y comenzó una batalla que se extendió por todo el castillo y duró hasta bien entrada la medianoche, aunque durante todo ese tiempo no hubo hombre que sacara ventaja al otro ni le infligiera heridas de gravedad.

Entonces el mariscal se enfureció aún más, y agitó la espada con tanta fuerza que atravesó el yelmo del caballero y le llegó a la cabeza. Si su malla no hubiera estado fabricada con el mejor de los aceros, habría recibido una herida de muerte. Así las cosas, cuando se notó la sangre caliente en los ojos, la ira lo dominó hasta tal punto que le propinó al mariscal un único golpe en la cabeza que le partió en dos el yelmo y le llegó hasta la mandíbula, y cayó muerto en ese mismo instante.

Por un momento, el salón se sumió en el silencio, hasta que las damiselas que esperaban y habían contemplado el combate colocaron sus antorchas en soportes de plata alrededor del salón y se acercaron a darle las gracias al Caballero del Loro con profusión, abrazándolo y besándolo hasta que se sintió más aturdido por sus agradecimientos que por las heridas.

Cuatro de las damiselas subieron a la torre y tañeron una campana que no sonaba desde la muerte del rey Belnain, para que todos los que la oyeran supieran que el mariscal había muerto y que eran libres. Yo creo que incluso alcanzó al fantasma del rey, y se le permitió descansar al fin. Las campanas de todas partes comenzaron a sonar, uniéndose al carrillón de alegría, y para cuando rayó el alba, muchos caballeros y damas se habían reunido ante el Castillo Peligroso para darle las gracias al Caballero del Loro por su coraje y caballería, y para rendirle homenaje.

Allí, el caballero se dirigió a ellos y los invitó a que lo acompañaran a ver a la reina y a su hija, la dama Flora, y allí

celebrarían y jurarían lealtad a quien era todavía su señora. Todos se alegraron al oírlo, y cuando el Caballero del Loro hubo descansado y lavado sus heridas, y se hubo vestido con ropa limpia, partieron todos a una, con los ánimos encendidos, hasta el lugar en que los esperaban la reina y su hija. Allí se encontraron con una gran fuerza de caballeros liderados por lord Andois, quien había cumplido con su palabra y llevado a sus hombres para ponerse al servicio de la reina.

Y así fue como comenzó un tiempo de celebración y regocijo para todas las gentes de aquellas tierras. Y nadie se alegró tanto de ver al Caballero del Loro como el mismo pájaro. Había esperado pacientemente el regreso de su amo y mantenido a la corte entretenida con canciones y cuentos de honor. Cuando el pájaro lo vio acercarse, cayó desplomado al fondo de la jaula, como muerto. El caballero cabalgó hasta él y exclamó:

—¡Oye, señor loro! ¡No me dejes todavía!

El pájaro se incorporó y comenzó a cantar con la misma alegría de siempre, para deleite de los presentes. Luego el rey Arturo reveló su verdadera identidad, y todos se maravillaron enormemente y con gran alegría juraron servirlo durante el resto de sus días.

El rey Arturo, que había sido el Caballero del Loro, se quedó allí un tiempo, recuperando todas sus fuerzas. Después, tomó un barco desde un puerto cercano y regresó sin perder un instante a sus propias tierras bordeando la costa. Durante el camino vivió aún más aventuras, aunque no las contaré aquí. Pero, finalmente, atracó en el país que pertenecía a Ourale. No faltaba mucho de nuevo para el Pentecostés, ya que había pasado casi un año entero desde que partió hacia esta gran aventura. Envió un mensajero a Armide, el León Inmisericorde, para recordarle que debía presentarse ante el rey Arturo, que reuniría a la corte por Pentecostés en Carlisle.

Estuvo unos días con Ourale, y la historia cuenta que encontraron mucho regocijo en los brazos del otro, igual que antes. He oído que el loro cantó con la misma dulzura de siempre, canciones de amor, sin duda, pues aquel era un tiempo de amor. A

la postre, el rey Arturo regresó a la áurea Camelot, donde lo recibieron todos sus congéneres, que no habían oído nada de sus hazañas y habían empezado a creerlo muerto. El rey Lot había demostrado ser un regente bueno y leal en ausencia de Arturo, y recibió la recompensa que merecía. Y a medida que se acercaba el momento de su partida, el rey y Ourale hablaron al fin de su futuro. Ocurrió, creo, aunque la historia no nos lo diga, que el rey, aún joven y recién coronado, no deseaba ningún vínculo duradero con dama alguna en ese tiempo. Y a pesar de que Ourale lloró larga y desconsoladamente, regresó a su hogar sola; no he encontrado tampoco registros de que volvieran a verse en esta vida. La mente del rey Arturo estaba ya lo bastante ocupada con pensamientos sobre el reino del que hacía poco que era soberano.

Amaneció el día de Pentecostés y hubo celebraciones a lo largo de toda la jornada. Sir Armide llegó y fue recibido por el rey Arturo en el gran salón. Cuando descubrió que se había enfrentado al rey, el caballero agachó la cabeza humilde, pero Arturo lo hizo levantar y lo nombró caballero de la Mesa Redonda, donde sirvió con lealtad hasta el fin de sus días. Por la noche, durante el banquete, el loro se sentó en mitad del salón y entonó canciones y relató las aventuras del rey. Todos se quedaron perplejos y se deleitaron al descubrir que el caballero era su propio señor, y todos elogiaron al rey Arturo por su coraje y caballería.

Por último, el loro se incorporó en su jaula dorada y cantó estas palabras:

Tres bestias hallasteis en vuestro camino,
mas no actuasteis, pues no era vuestro sino.
Dos damas os abrazaron entero:
conocisteis el amor, por poco el duelo.
Cruzasteis el puente forjado,
y el reino y descanso habéis encontrado.

El rey Arturo, al oírlo, sonrió, recordando que el loro había entonado esa canción al principio de sus aventuras, y que aquella visión que le había ofrecido con libertad se había cumplido. Y el rey

levantó la copa hacia el astuto pájaro y bebió por su sabiduría.

✣ ✣ ✣

EL LORO PERMANECIÓ en la corte hasta su muerte, a una edad avanzada, cuando todos lo lloraron, y no menos el rey Arturo, que recordaba los tiempos en que había sido el Caballero del Loro muchos años después de las aventuras que he contado aquí. Y en cuanto a la historia del loro, y cómo llegó a albergar tanta sabiduría, he oído que, según cuentan, fue el mismísimo Merlín quien lo descubrió en el bosque, años atrás, y que fue gracias a su magia que el pájaro pudo hablar y cantar y desafiar a todos con su ingenio y conocimientos. Y en otro relato que he leído, se dice que cuando el pájaro regresó con el rey Arturo a la áurea Camelot, reconoció al gran consejero del rey y hablaron de muchas cosas, incluidos los tristes tiempos de la vida del joven rey que aún tardarían en llegar, y que Merlín ya conocía.

Así que no digamos que el rey Arturo no vivió aventuras por su cuenta, pues ya has visto en este relato lo bien que se desenvolvió en las pruebas que se le presentaron, y que el Caballero del Loro era tan valiente como cualquier otro hombre en aquellos tiempos remotos. A continuación, pasaremos a una historia sobre sir Lancelot, de quien muchos opinan que fue el más grande de los caballeros de la hermandad de la Mesa Redonda.

——— ✣ ———

EXPLICIT EL RELATO SOBRE LA PRIMERA AVENTURA DEL REY ARTURO.

INCIPIT LA HISTORIA DE SIR LANCELOT.

6: CÓMO SIR LANCELOT SE GANÓ EL NOMBRE

Son pocas las personas que no han oído jamás el nombre de sir Lancelot. Muchos lo conocen como el más grande caballero de la Mesa Redonda. Otros recuerdan los días oscuros en que sus detractores lo acusaron de ser el amante de la reina Ginebra y trajeron la vergüenza a su casa. Pero pocos hablan de sus orígenes o de su llegada a la corte de Arturo. Ni siquiera el maestro Thomas lo tuvo en cuenta. Sin embargo, es bien conocido que Lancelot tuvo que buscar su verdadero nombre superando grandes dificultades y terrores. Y eso es lo que contaré ahora, dejando de lado las aventuras de otros caballeros y centrándome en la historia del mejor de todos ellos.

En los tiempos en que Arturo no era más que un muchacho, un príncipe fuerte y orgulloso llamado Ban gobernaba el reino de Benwick, que se encontraba dentro de las fronteras de la Galia. Lejos quedaba su juventud, y había combatido en numerosas guerras y recibido muchas cicatrices en el proceso. Poseía una voluntad de hierro, y no toleraba oposición alguna por parte de sus lores, que lo detestaban por su justicia, a menudo inflexible. El pueblo, por el contrario, y aunque lo temiera, también lo respetaba, pues lo trataba como a cualquier otro hombre e impartía la misma justicia a personas de alta y baja cuna por igual.

Este lord tenía una esposa, llamada Clarine, que era dulce cuando su esposo era fiero. Siempre que estaba en sus manos, hacía el bien con las gentes de Benwick, y por eso era muy amada. En efecto, se decía que por mucho que numerosos lores desearan la muerte de Ban, habían detenido su mano durante años por la dama, a quien servían con tanta fe que preferían perdonar a su esposo antes que provocarle a ella dolor.

A medida que Ban envejecía, fue acudiendo cada vez menos a la guerra, y comenzó a centrarse en su vida doméstica. Y así fue como su esposa le dio un hijo, en una etapa tardía de sus vidas, a quien bautizaron como Lancelot. Se profetizaron grandes cosas para él, y su madre decidió criarlo por su cuenta en lugar de ponerlo en brazos de una nodriza, como era costumbre en aquella época. Muchas mujeres nobles lo acunaban en su regazo, y su padre estaba tan orgulloso de él como un hombre puede estarlo de su hijo.

Llegó el momento en que los lores de Benwick ya no pudieron aguantar más la severidad de su señor, y unos cuantos se unieron contra él. Reunieron un gran ejército y al enterarse de que Ban residía en un castillo junto al mar, lo asediaron y masacraron a las gentes de las aldeas cercanas.

Tal fue la furia que le creció al rey Ban en sus adentros que apenas pudieron convencerlo para que no se lanzara él solo contra los asediadores. Solo las súplicas de su esposa fueron capaces de

impedirlo, y en vez de eso optó por ocupar su lugar en las murallas que había junto al portón, donde el combate era más encarnizado. Y allí, a su debido tiempo, cayó herido de muerte. Casi demasiado débil como para ponerse en pie, se arrastró hasta su alcoba y le rogó a su esposa que lo ayudara a llegar a un manantial concreto que nacía cerca del castillo, a medio camino entre las murallas y un lago de aguas negras y calmadas. Los rumores decían que el manantial estaba encantado, y que además poseía propiedades curativas. Hacia allí partieron el rey herido y su esposa; ella, acunando en sus brazos al hijo, que aún no había cumplido un año. Allí, poco después, murió el rey, pues ni siquiera el agua blanca del manantial pudo salvarlo.

Entonces la reina, llorando y temiendo mucho por su vida y por la de su diminuta criatura, posó al infante un instante bajo la sombra de un árbol. Acto seguido, se fue por agua para lavar el rostro y las heridas del lord muerto. Al volverse, apareció una bruma repentina proveniente del lago, de la que surgió un hada. Cuando vio a la criatura bajo el árbol, la tomó sin vacilar entre sus brazos y regresó con ella a las aguas del lago.

Al descubrir que su criatura había desaparecido, la reina se sintió desconsolada. Sus lastimeros gritos atrajeron la atención de la fuerza atacante, y la hicieron prisionera.

En cuanto a la naturaleza del ser que se llevó a la criatura de Ban y Clarine, solo he oído que era de la raza de las ondinas, que habitan bajo las aguas de lagos o mares, mientras que otros creen que provenía del reino de las hadas. La historia cuenta que era una reina por derecho propio, y que más de cien mujeres del otro mundo la servían. Y en relación con la tierra que gobernaba, era sin duda un lugar hermoso, y aunque yaciera bajo las aguas, aquellos que habitaban allí la consideraban un espacio abierto que se extendía plácidamente a la luz del sol. En aquel lugar también tenían la sensación de que siempre fuera mayo, con flores en los manzanos y pájaros trinando desde todas las ramas. Tal vez sea por eso por lo que, más tarde, Lancelot prefiriese esa época del año más

que ninguna otra.

La reina de las hadas

Alrededor de esa tierra se alzaba un espléndido cercado de cristal, y en el centro había un gran montículo, también de cristal, con colinas lisas como el vidrio. En la cima descansaba un castillo de gran esplendor y belleza, con muros de oro adornados con las más magníficas de las tallas. Nadie que viviera dentro del castillo envejecía un solo día, ni tampoco sentían envidia ni ira por los demás, sino que vivían juntos en armonía. Tal era la alegría de aquella tierra, que si alguien pasaba allí aunque solo fueran unos instantes no volvería a sentir jamás tristeza, sino una eterna felicidad.

En aquel fantástico lugar, el hijo de Ban y Clarine creció rápidamente hasta la edad adulta, ignorando el miedo o la tristeza, ajeno a las maneras de los hombres. Lo cuidaron sobre todo las mujeres de aquel lugar, que lo consideraron un pupilo apto y le enseñaron modales, el arte del canto y de la música, así como de las letras. Para muchos era su favorito, y había algunos que oyeron afirmar que si todos los humanos fueran como él, habría menos problemas en el mundo de más allá. (Para ellos, nuestro mundo es

un lugar exterior, mientras que para nosotros el suyo se oculta en los lugares más recónditos).

✣ ✣ ✣

CUANDO EL JOVEN cumplió doce años, la reina lo puso al cuidado de los hombres de aquel lugar, aunque hubiera muy pocos; solo aquellos que servían a las mujeres día y noche. Enseñaron al joven a cazar y disparar con arco y flecha, a seguir a su presa a pie con una manada de los extraños sabuesos de cuerpos blancos y orejas rojizas que vivían en aquel lugar. También aprendió a combatir con espada y rodela, a luchar cuerpo a cuerpo y a arrojar lanzas. Cuando cumplió quince, ya era capaz de correr a la velocidad de un gamo y recorrer largas distancias sin agotarse. Sin embargo, conocía muy poco o nada sobre montar a caballo o portar armadura, pues nadie en aquel grupo había visto un caballo o vestido cota de malla. Tampoco conocía su propio nombre, pues los demás tenían por costumbre referirse a él como «hermoso joven» o «muchacho». Aquello lo fastidiaba sobremanera, aunque no lo dijera. En efecto, a medida que crecía, los rumores del mundo exterior comenzaban a interesarle más y más, y se preguntaba por sus orígenes, pues sabía con seguridad que no era como el resto de los habitantes de aquel lugar.

Al cumplir los quince, se presentó ante la reina y le pidió que lo dejara partir.

—¿No eres feliz aquí? —preguntó.

—Aprenderé mucho más del mundo exterior y allí me pondré a prueba. Ni siquiera conozco mi propio nombre, ya que aquí nadie me lo ha dicho.

—Y ellos tampoco te lo dirán —respondió la reina—. Ni yo.

—¿Quién os ha prohibido que me lo digáis? —demandó el joven.

—Nadie —contestó—. Con todo, no hablaré de eso en este

momento.

—Más razón para que me marche. Tal vez en el mundo exterior pueda conocer mi verdadera identidad y demostrar que merezco vuestra confianza.

—Para eso deberás encontrar y vencer al caballero más poderoso del mundo —respondió la reina.

—¡Decidme su nombre! —gritó el muchacho—. Dejad que lo busque.

—Su nombre es Iwere de Beforet. Su castillo se alza lejos, al oeste, al otro lado del mar en las tierras de los hombres. Me ha hecho grandes agravios en el pasado, y si pudieras vengarte de él por mí, me producirías en efecto mucha alegría. Pero temo que no seas rival para él, pues jamás he visto un luchador más fuerte en el mundo de los hombres, y tú aún no te has puesto a prueba.

—A pesar de eso, intentaré esta prueba, si me lo permitís. Dadme el consejo que creáis más oportuno.

—No tengo ningún consejo que darte —dijo la reina—. Pero sí regalos.

Dicho esto, se puso en pie y se dirigió a otra cámara, de la que extrajo una armadura blanca de un cofre para después enseñarle a ponérsela. Luego, le entregó una poderosa espada, con una empuñadura de oro, y un escudo en el que habían grabado un águila dorada. Y para llevar sobre la armadura le dio una lujosa sobreveste cosida con hilo de oro y de la que colgaban diminutas campanas doradas. Por último, lo guio hasta el lugar en que descansaba un majestuoso caballo de guerra removiendo la tierra. Aquella fue la mayor maravilla de todas, pues el joven apenas había visto jamás una bestia de aquel tipo. Tenía una espléndida brida dorada con todo tipo de joyas, y una silla de cuero blanco labrada con coloridas decoraciones.

—Estos son mis regalos para ti —dijo la reina—. Llévatelos y parte con mi bendición.

El muchacho (a quien llamaremos Lancelot, aunque ese nombre le fuera aún velado) se despidió de la dama y de las gentes del

castillo de cristal, que se adelantaron para verlo marcharse. Se embarcó en uno de los majestuosos navíos del lugar, que no tardó en dejar atrás aquella mística tierra y, al cabo de un tiempo, lo llevó al mundo de los hombres. Allí se despidió del hada que lo había acompañado, y ella a su vez le pidió que tratara con respeto a todas las personas con las que se cruzara, que fuera siempre constante y honesto, y que hiciera todo lo que estuviera en sus manos. Y entonces se marchó, y, sin mirar atrás, el muchacho montó en su flamante corcel y partió hacia el este.

Voy a contarte algo de lo más inusual. Dado que no había aprendido en condiciones a montar, Lancelot no tenía idea de cómo controlar las riendas, así que se limitó a enrollarlas alrededor de la silla y dejar que el animal avanzara por su cuenta y riesgo. Al principio, se desvió a la búsqueda de algo de hierba para pacer, pero luego llegó a una carretera y el hábito, o la suerte, hizo que la siguiera tal como estaba acostumbrado.

Y así pasó el día, y el muchacho estaba de buen ánimo. No sentía fatiga alguna, puesto que no veía el momento de emprender cualesquiera aventuras que lo esperaran más adelante. Aquella noche durmió al raso, y por la mañana continuó cabalgando hasta que divisó un castillo. El caballo se dirigió hacia allí, pues tal era su costumbre, y llevó al muchacho hacia el lugar en que un enano esperaba a lomos de un caballo blanco. Fulminando al joven con la mirada, el enano le ordenó que se detuviera. Dado que el muchacho no tenía forma de refrenar a la montura, este continuó su camino. Cuando pasó por delante, el enano lo azotó con su látigo, lo que le provocó un corte en la mano. Al no recibir respuesta, el enano echó a cabalgar detrás de él, azotando con crueldad al caballo del muchacho, pero aquello solo causó que galopara aún más rápido, y en unos pocos instantes tanto el enano como el castillo se perdieron en la distancia.

El muchacho, desconcertado, siguió su camino —que, en el fondo, era el camino que deseaba seguir su montura—, hasta llegar a un lugar donde un arroyo discurría por una zona pantanosa. Allí

se encontró con un hombre apuesto y ricamente ataviado, que cabalgaba hacia él en un magnífico corcel y llevaba un halcón sobre la muñeca. Al ver la inexperiencia con que cabalgaba, el desconocido exclamó con alegría:

—Señor, ¡os agradecería que cabalgarais con más cuidado y no me derribarais!

Cuando llegó a su altura, alargó la mano y tomó las riendas, y así pudo detener la montura del muchacho.

—Perdonad que os lo pregunte —dijo el extraño—, pero ¿cómo es posible que cabalguéis de una forma tan extraña? ¿Os han impuesto algún tipo de penitencia? ¿O alguna dama os ha pedido que cabalguéis hacia dondequiera que os lleve vuestro caballo? Disculpad mi curiosidad, pero a pesar de que vestís como un caballero, os comportáis como un chiquillo. Mi nombre, por cierto, es Joffrey de Liez. ¿A quién tengo el placer de dirigirme?

Todo esto se lo dijo de una forma tan encantadora que el muchacho no fue capaz de ofenderse. En efecto, se alegraba de tener a alguien con quien hablar que parecía tener profundos conocimientos sobre los caballos ¡y que no lo azotaba con un látigo!

Impaciente por charlar, dijo:

—Señor, comprenderéis que apenas sé nada sobre caballos y sobre cómo montarlos. Acabo de marchar de una tierra donde estas cosas son algo desconocido. Es una tierra gobernada por mujeres, donde las hazañas y los pasatiempos caballerescos no tienen lugar, así que solo he leído al respecto en libros. Pero estoy entusiasmado por aprender este tipo de cosas, y de ahí que haya partido en busca de aventuras. Además, espero descubrir algo sobre mi nombre y mis orígenes, pues ambos me han sido velados.

Joffrey de Liez rio.

—Jamás había oído una historia así. Veo que sois de buena cuna, pero parece que os irían bien un par de consejos…, ¡al menos sobre cómo montar! Permitidme que os ofrezca la hospitalidad de mi hogar, que no está lejos de aquí. Si no os importa volver a gozar de la compañía de las mujeres, hay muchas damas hermosas en mi

castillo. Y allí también está mi madre, que siempre se alegra de conocer gente nueva e interesante.

—A mí también me alegraría —respondió el joven—. Os doy las gracias.

—Agradecédmelo cabalgando con más cuidado —se burló Joffrey—. Apretad la silla con las rodillas, sujetad las riendas igual que yo y vigilad por donde pisáis.

Los dos se pusieron en marcha, y a fuerza de observar a su nuevo amigo, e imitarlo hasta en el más mínimo detalle, el muchacho no tardó en cabalgar casi tan bien como si hiciera más de dos días que hubiera empezado a montar.

No pasó demasiado tiempo hasta que llegaron al castillo de Joffrey, donde los recibieron su madre y sus damas, quienes montaron un gran alboroto por aquel apuesto joven. La anciana, llena de curiosidad por la nueva amistad de su hijo, le formuló muchas preguntas, y le acabó sonsacando la historia de su vida, todo lo que recordaba desde su infancia hasta el presente. Pero no le dijo nada sobre la misión que le había encomendado la Reina del Lago.

Cuando ya lo sabía todo sobre él, y creyendo que podría beneficiarse de algunos desafíos caballerescos, la dama envió mensajeros a lo largo y ancho del país, y también a los países vecinos, convocando a caballeros que quisieran participar en un *bohourt*, un torneo de prueba pensado para que los jóvenes que aspiraban a ser nombrados caballeros pudieran demostrar sus habilidades. Muchos respondieron a la llamada de aquella convocatoria, y así fue como Lancelot pudo ser testigo de una demostración de equitación y armas que jamás se habría podido imaginar.

El tercer día le llevaron su propia montura y, con la armadura y las armas que le había proporcionado la Reina del Lago, cabalgó tan bien que se convirtió en el centro de atención de la comitiva. Aunque a su equitación aún le faltara delicadeza, nadie podría haber dicho que su manejo de la espada y la lanza fueran otra cosa

que un milagro. Todo el mundo se refería a él como el «Caballero Blanco», puesto que ese era el color de su armadura y su escudo, y no tenía ningún otro nombre.

Cuando el *bohourt* finalizó, el joven Lancelot recibió varios trofeos. Estaba entusiasmado por ponerse en marcha, puesto que ya se sentía capaz de afrontar cualquier aventura que se le pudiera presentar. Se despidió de sus anfitriones y cabalgó hasta alcanzar el sombrío bosque de Moreis. Allí, viajó durante casi todo el día, hasta que oyó el clamor de una batalla proveniente de un claro fuera del camino. Tras desviarse, se encontró con dos caballeros, que saltaba a la vista que llevaban horas combatiendo y estaban exhaustos, pero ninguno de los dos era capaz de superar al otro. Al verlos, Lancelot exclamó:

—Señores, cejad en vuestros esfuerzos o tomaré partido por uno de los dos y combatiré contra el otro.

Los dos hombres bajaron las espadas y expresaron su alivio ante la interrupción del muchacho, pues en verdad ninguno de los dos quería seguir luchando, y de hecho admitieron no tener ninguna causa para ello; el problema había sido que, una vez enzarzados, les había costado detenerse. Ambos eran jóvenes nuevos en el mundo de la caballería. Sus nombres eran Kuraus del Corazón Valiente y Orphilet el Hermoso, y cuando el crepúsculo comenzó a caer, fue Kuraus quien propuso un lugar donde tal vez encontrarían reposo y alojamiento para la noche.

—Aunque debo advertiros de que no es un lugar fácil —añadió —. Su señor se llama Galagandries, y el castillo, Moreis. Su esposa está muerta, pero tiene una hermosa hija a quien guarda como si de un gran trofeo se tratara. Se dice que exige que todo aquel que entre en su hogar se comporte con un impecable respeto, sobre todo en lo que a su hija se refiere. Todo aquel que se aparte de eso, aunque solo sea un ápice, corre el peligro de sufrir un terrible final. Galagandries es un hombre orgulloso y belicoso, y pocos tienen algo bueno que decir de él. Sin embargo, no hay mejor lugar donde alojarnos a menos que deseemos volver a dormir al raso.

—A mí me parece un buen lugar —dijo Lancelot—. Quién sabe qué aventuras pueden aguardarnos allí.

Los tres caballeros se desviaron hacia el castillo, donde fueron recibidos con honores y una gran muestra de hospitalidad. Galagandries había estado de caza y gozado de buena fortuna, así que lo encontraron con los ánimos elevados. Saludó a los tres jóvenes con calidez y les dijo que el que se comportara de la forma más galante posible se sentaría junto a él y su hija durante la cena.

De mutuo acuerdo, los dos caballeros presionaron a Lancelot para que acompañara a su anfitrión. Y, en efecto, resultó ser una buena elección; los años que había pasado en compañía de la Reina del Lago habían formado bien al joven en las artes del discurso y el comportamiento galantes. Conversaba sobre cualquier tema con facilidad, y con su agradable naturaleza se ganaba la simpatía de todo aquel que lo conocía. La hija de su anfitrión recibió a los tres hombres con sonrisas y buenas palabras, pero no tardó en invitar a Lancelot a sentarse a su lado cuando trajeron la cena al salón.

A eso le siguió un maravilloso ágape, con tantos platos que necesitaría días para mencionarlos todos si esa fuera mi intención. Baste decir que al final del día los tres caballeros se retiraron a descansar en camas confortables, elogiando a su anfitrión y preguntándose cómo era posible que tuviera una reputación tan vil.

Agotados por el día entero de combate y la distancia que habían recorrido, los tres caballeros no tardaron en caer dormidos. Fue entonces cuando la hija de su anfitrión, acompañada de dos doncellas que portaban altos candelabros, entró en la alcoba donde dormían los jóvenes. Iba vestida con la más delicada de las sedas y llevaba una corona de flores como una novia; pues la verdad era que sentía un profundo amor por los tres caballeros, y deseaba observarlos mientras dormían. En silencio, indicó a sus doncellas que colocaran las velas a ambos lados de las camas donde yacían los caballeros, y luego les señaló que se retiraran con un gesto de cabeza. Cuando se hubieron marchado, ella se sentó en el borde de la cama de Orphilet, la más cercana, y se dijo para sus adentros:

—¡Qué rápido se han sumido en el silencio estos guerreros! Pensaba que seguirían despiertos hablando del amor y de grandes hazañas, ¡pero parece que lo único que saben hacer es dormir! Tal vez mi padre tenga razón cuando afirma que el amor no es más que una trampa, un calor ardiente que calcina el mundo como un desierto. Está decidido a que no me despose jamás, pero yo seré como tantas otras mujeres, y sufriré las heridas del amor si fuera necesario.

Orphilet se removió y se despertó, y al ver a la dama inclinada sobre él, se incorporó y la saludó con cortesía. La doncella respondió entusiasta:

—Deseo escapar de este lugar, donde se me obliga a vivir solo en compañía de otras mujeres. —Se quitó un anillo del dedo y se lo ofreció—. ¡Aceptad esto como compromiso y sacadme de aquí!

Orphilet miró por encima del hombro de ella en dirección a la puerta, temeroso de que Galagandries entrara en cualquier momento. Con toda la gallardía que pudo reunir, respondió:

—Si ese es vuestro deseo, haré todo lo posible por ayudaros. Sin embargo, os pido que os guardéis el anillo, pues ahora mismo no puedo hacer nada. Regresaré en cuanto finalice mi misión actual. Por vos arriesgaré la vida, pero por ahora os pido que esperéis y guardéis silencio.

—¡No me sirve! —gritó la muchacha—. He oído hablar sobre las maneras de los hombres, y sé que en cuanto os marchéis no volveré a veros jamás. ¿Cómo podéis mirarme y rechazar lo que os pido? ¿Acaso no soy hermosa? ¿No os deleito? ¿Qué clase de caballero sois que rehusáis así los deseos de una dama?

Orphilet respondió:

—Temo más por mi honor de caballero que por cualquier otra cosa. Incluso aunque pudiera acceder a vuestros deseos, con casi total seguridad debería matar también a vuestro padre. ¿Acaso querríais que me comportara de una forma tan deshonrosa?

—He oído decir —replicó la dama— que nadie que hubiera deseado alcanzar la verdadera hombría lo ha conseguido sin alguna

que otra indiscreción con una mujer.

—Si eso es cierto, y no digo que lo sea —contestó Orphilet con gesto mohíno—, no tengo ningún deseo de morir por un acto así.

Enfurecida, la dama se levantó y se dirigió hacia el lecho en que dormitaba Kuraus del Corazón Valiente, el caballero contra el que había combatido Orphilet ese mismo día. Había decidido que si el primero de los tres hombres no quería tener nada que ver con ella, embelesaría al segundo hasta el punto de que no pudiera negarse. Sentada a su lado, igual que había hecho con Orphilet, susurró:

—Señor, os considero un hombre justo y honorable, a diferencia de vuestro compañero. Estoy convencida de que no rehusaréis los deseos de una dama. Mi padre cree que no puede vivir sin mí, y que no hay hombre que pueda ser un esposo digno para mí. Pero yo no me lo creo. Si me consideráis hermosa, sacadme de este lugar. Pues prefiero elegir a un hombre de honor antes que esperar a que lo elijan por mí.

Kuraus, quien en realidad estaba despierto y había escuchado la conversación entre Orphilet y la dama, respondió:

—Mi señora, lo que me pedís va contra todas las leyes de la caballería que he jurado defender. Si no honro a vuestro padre, sería culpable de un grave crimen. Os pido que me olvidéis lo antes posible, mas que no os quepa duda de que siempre me arrepentiré de haberos dicho que no.

Dicho esto, se cubrió la cabeza con las sábanas y se negó incluso a volver a mirar a la dama.

Ella, encolerizada y al borde del llanto por saberse rechazada dos veces, se volvió hacia el lecho donde descansaba Lancelot. Él, tras haber oído todo lo que había ocurrido entre la dama y los dos caballeros, temblaba de emoción ante la idea de que finalmente se dirigiera a él. En efecto, en cuanto oyó el frufrú de sus faldas, saltó de la cama y exclamó:

—Mi señora, ¡no hay necesidad de que me convenzáis! ¡Os serviré de buen grado mientras viva!

Acto seguido, la tomó en brazos y la besó, y los dos se dejaron

caer sobre la cama, y a pesar de la presencia de los otros dos caballeros, compartieron allí todas las alegrías del amor.

Los despertó al alba su anfitrión golpeando con violencia la puerta. Entró atropelladamente en la habitación y vio de inmediato lo que había sucedido. Llevaba dos largos cuchillos, uno en cada mano, así como dos pequeñas rodelas.

—¡Jamás un hombre me había tratado con tanta maldad! —bramó—. ¡Os he ofrecido mi hospitalidad y así me habéis traicionado! ¿Cuál de vosotros, miserable ingrato, ha poseído a mi hija? ¡¿O acaso habéis sido los tres?!

Lancelot se puso en pie y se situó entre el señor y su hija. Galagandries lo atravesó con la mirada y levantó los cuchillos.

—Que así sea. Os creía el mejor de los tres, pero parece que me equivocaba. Os desafío a que os defendáis. Tomad este escudo y este cuchillo y colocaos en la pared del fondo. Yo me retiraré al extremo opuesto y nos lanzaremos los puñales. Quienquiera que gane, conservará su honor; al perdedor, ¡así lo maldigan!

Lancelot accedió, y tras aceptar la rodela y uno de los cuchillos, se dirigió a la pared indicada. Galagandries apuntó y lo arrojó. El cuchillo rasgó la manga de la camisa de Lancelot y se hundió en el muro, trazando una línea de sangre de su brazo.

Tras un instante de vacilación, y en lugar de lanzar el cuchillo, el joven se precipitó hacia el desconcertado lord y le clavó el puñal en el pecho, matándolo en el acto.

Orphilet y Kuraus se asombraron ante aquel acto, que consideraban impropio de un caballero, aunque en secreto creyeran que había sido un movimiento sensato. La dama no vertió lágrimas por su padre, e hizo todo lo posible por que ni Lancelot ni sus compañeros fueran injustamente castigados por la muerte de Galagandries. Después de decirles que no se movieran de allí, fue a buscar a los vasallos de su padre que sabía a ciencia cierta que confiaban en ella. A ellos les contó la historia completa, alabando a Lancelot por su valentía al defenderla y recordándoles a todos los caballeros que su padre había asesinado dominado por sus ataques

de ira celosa. Ellos, como un solo hombre, decidieron seguir a la dama, que era ahora la señora de Moreis, y no ofrecer resistencia ni castigo a los tres caballeros. Acudieron a la alcoba donde habían tenido lugar los hechos y juraron lealtad a Lancelot, quien a su vez prometió honrar a su dama como si fuera suya.

Y así fue como el destino le repartió una mano ganadora al joven, que pronto se instaló como el nuevo señor de Moreis. La nueva corrió hasta todas aquellas personas que habían servido al antiguo lord, y no tardó en reunirse una gran compañía. Galagandries recibió el entierro pertinente, aunque pocos lo lloraron. La gente juró lealtad a su nuevo señor, y él a su vez entregó numerosos presentes de las riquezas que habían hallado ocultas en las cámaras bajo el castillo. Seleccionó entre los nobles a uno para que gobernara por él, pues no tenía intención de permanecer allí cuando aún debía encontrar su nombre y vengar el honor de la Reina del Lago contra Iweret.

Al verlo, y por el aprecio creciente que le tenía, Orphilet comenzó a hablarle del rey Arturo, elogiándolo por su nobleza y ensalzando las virtudes de su corte en la áurea Camelot.

—Un caballero tan recio como vos no debería perder la oportunidad de ir allí —dijo—. El rey es el mejor monarca que ha gobernado estas tierras, y la reina preferiría hacer dos obras buenas que una mala. Sus damas son las más hermosas que he visto jamás. Debéis ir allí, pues estoy seguro de que se os honrará y encontraréis nuevas aventuras.

Lancelot sacudió la cabeza.

—Aún soy inexperto. ¿Qué diré cuando los demás caballeros de los que me hablas relaten sus aventuras? Debo contar con algunas hazañas propias antes de estar preparado para acudir a esa corte.

Y así fue como Kuraus trató de persuadirlo de que se dirigiera a sus tierras, en Gaunes, donde le prometió que lo recibirían con los brazos abiertos. Pero, de nuevo, el joven rechazó la propuesta, alegando que debía obedecer a su corazón y dirigirse allí donde estuviera destinado a ir.

—Mientras siga sin nombre, ¿cómo voy a asistir a un noble rey o a alojarme en un espléndido hogar?

Y así los tres se separaron, pues Orphilet y Kuraus deseaban regresar a sus lugares de origen. Lancelot los obsequió con regalos y se despidió de ellos con muchas palabras de amistad. Orphilet volvió a la áurea Camelot y habló de sus aventuras recientes, y del extraordinario joven que había superado la aventura de Moreis. Esa fue la primera vez que se mencionó allí a Lancelot, aunque por entonces no fuera más que un «muchacho sin nombre». Pero al oír sobre sus aventuras, el rey Arturo dijo que confiaba en que el joven encontraría alguna vez el camino hasta allí.

✣ ✠ ✣

MIENTRAS TANTO y a pesar de que Lancelot siguiera en Moreis, viviendo bien y disfrutando de los favores de la dama por la que había luchado, con cada día que pasaba anhelaba más retomar la búsqueda de su nombre y del vil caballero que había deshonrado a la Reina del Lago. Y por eso, un día, se embutió la armadura, ensilló el caballo y se marchó sin decirle a nadie adónde se dirigía. No tardó en poner distancia entre él y Moreis, hasta llegar a un lugar en que el sendero se dividía en tres. Como tantas otras personas debían de haber hecho antes que él, y sin duda volverían a hacer, eligió el camino del medio y cabalgó veloz hasta que divisó un castillo en el centro del claro de una densa floresta.

La historia cuenta que la tradición de aquel lugar era que cualquier caballero que se acercara debía portar una rama de olivo que indicara una voluntad pacífica o se quitaría el casco y lo llevaría frente a él como otro indicio más de que no buscaba batalla. El joven desconocía por completo eso al dirigirse hacia el castillo. En cuanto lo atisbaron, dieron la alarma, y un verdadero torrente de caballeros armados surgió del interior y atacó al insospechado joven. Maravillado de primeras, y enfurecido después,

desenvainó la espada y comenzó a atacar a diestro y siniestro, matando a muchos hombres y abriendo una brecha entre sus filas a medida que se aproximaba más y más a las puertas del castillo.

En la fortaleza vivía una doncella de gran belleza y linaje, llamada Ade de Bingen. Cuando oyó el clamor de la batalla que estaba teniendo lugar frente a las murallas, hizo que le llevaran su caballo y cabalgó para ser testigo del combate. Al ver la valentía con que se defendía el joven caballero, y los muchos de sus hombres que caían bajo la espada de aquel, se dirigió directamente hacia él. Se abrió un camino ante ella y sus hombres se apartaron a uno y otro lado. Cuando llegó al lugar en que Lancelot esperaba a lomos de su caballo, resollando y con la espada enrojecida con la sangre fresca, exclamó:

—Señor, no os conozco, pero aprecio vuestra gallardía. Si accedéis a rendiros ante mí, os prometo que no sufriréis daño alguno.

Lancelot contempló a los caballeros que lo rodeaban y, acto seguido, a la encantadora dama que se había dirigido a él con simpatía. Despacio, envainó la espada y aceptó la oferta con un gesto de cabeza.

Y así fue como llegó al castillo de Limors, que estaba en manos del tío de la muchacha, un hombre orgulloso y violento llamado Linier, quien dedicaba gran parte de su tiempo a la caza. Él fue quien declaró que cualquiera que se acercara sin muestras de paz debería ser ajusticiado de inmediato. Quiso la suerte, o el destino, que ese día estuviera lejos de su hogar, lo que permitió que Ade intercediera por el muchacho y pudiera así entrar indemne al castillo, donde fue bien recibido y atendido. Pero a la dama le preocupaba que cuando su tío regresara, su ira fuera tal que el valiente joven acabara condenado a muerte.

Por tanto, cuando el orgulloso Linier volvió a la mañana siguiente, Ade se lanzó de inmediato a sus pies y le suplicó que le perdonara la vida al joven héroe que había demostrado tanta destreza como para que ni siquiera cien hombres pudieran haberlo

sometido. En un primer momento, Linier estaba que no cabía en sí de furia, pero Ade describió la valentía con que el joven se había defendido, y cómo se había rendido a ella sin vacilación.

—Tío, debéis dejarlo libre, pues jamás había visto a un joven tan valiente y noble. Matarlo implicaría mancillar vuestro nombre por siempre. Y, si lo dejáis vivir, quién sabe qué servicio podría prestaros en el futuro.

—En cuanto a sus servicios, me las apaño bastante bien sin ellos —gruñó Linier—. Pero que no te quepa duda de que me aseguraré de que no vuelva a hacerle ningún bien ni mal a nadie más en el futuro, y que quede claro que cualquiera que lo considere un amigo sufrirá por ello.

Nadie dijo nada mientras Linier fulminaba a Lancelot con la mirada, pues sabían lo desenfrenadas e indeseables que eran sus pasiones. Demandó que llevaran al joven ante él y exigió saber quién era y de dónde provenía.

—Hasta hace poco vivía en una tierra gobernada por mujeres —respondió el muchacho—. Pero aún hoy sigo desconociendo mi nombre.

Al oír esto, Linier pensó que el muchacho se mofaba de él. Lo dominó una furia aún mayor y ordenó que encerraran al prisionero en una tierra donde no brillaran ni el sol ni la luna, y que lo dejaran languidecer allí. Le llevaban un plato de pan y agua todos los días, pero, por lo demás, lo habían abandonado a su suerte. Sufría enormemente, pero jamás perdió la esperanza y siempre estaba de buen ánimo a pesar de las circunstancias. Recibía la ayuda de la dama Ade, que visitaba con frecuencia su solitaria celda en secreto y le llevaba ropa de cama, comida y vino, que introducía con la connivencia de sus guardias, que en el fondo consideraban que lo estaban maltratando, pero por miedo a su maestro no eran capaces de liberarlo.

Un día, cuando Lancelot recibió una visita de Ade, le pidió que le contara por qué su tío había instaurado una costumbre tan bárbara como aquella por la que lo habían encarcelado.

La dama miró con tristeza al muchacho.

—Mi tío es, como bien sabéis, un hombre orgulloso y arrogante. Aunque valora en gran medida su vida, gusta de desafiar a todo caballero que se acerque al castillo. Ha hecho que se sepa a lo largo y ancho de estas tierras que aquí aguardan aventuras a todo aquel que se atreva a venir. Esto atrae a muchos caballeros andantes jóvenes, que no saben lo que les espera. Mi tío ha organizado pruebas mucho peores: primero, deben combatir contra un gigantón que porta una maza tan pesada que harían falta dos hombres de tamaño normal para levantarla. Luego, si tienen éxito —algo harto inusual—, deben enfrentarse a dos leones salvajes metidos en un profundo foso. Solo entonces, si la fortuna les sonríe, los aspirantes se enfrentan a mi tío. Él no es precisamente un mal luchador, y dado que los que han superado las otras pruebas están con toda probabilidad exhaustos y heridos, apenas tiene dificultades para vencerlos. Muchos han caído a manos suyas.

—Esta costumbre es una vileza —dijo Lancelot. Se quedó en silencio unos instantes, antes de preguntar—: Mi señora, habéis sido más que generosa conmigo. ¿Os podría pedir un favor más?

—Intentaré hacer todo lo que me pidáis —respondió Ade—. Me entristece enormemente veros en este lugar.

—Pues, si podéis, conseguid que pueda presentarme a las pruebas que me acabáis de describir. Preferiría morir espada en mano que perecer en esta inmunda celda.

Ade fue con su tío, sin saber cómo reaccionaría.

—Señor —dijo—, me gustaría hablaros del joven caballero que habéis encarcelado recientemente. He oído que elogia sobremanera vuestra fuerza y coraje, y que anhela enfrentarse a las aventuras de este lugar. Tío, si alguna vez he hecho algo que os haya contentado, os pido que atendáis a sus deseos. Asumo toda responsabilidad, y si lo liberáis y ponéis bajo mi cuidado, me encargaré de que en dos semanas esté listo para combatir.

Linier miraba a su sobrina en silencio. Luego, contestó:

—Parece que este muchacho te ha impresionado sobremanera.

Muy bien, puesto que hoy estoy de humor para favorecerte, haré lo que me pides. —Sonrió, aunque sin un ápice de alegría, y añadió—: Así podré deshacerme de él definitivamente y tendré la satisfacción de ver cómo se humilla ante mí.

—Dios juzgará —respondió Ade, y echó a correr hacia la prisión para ordenar que liberaran al caballero.

Sin perder un instante, hizo que le prepararan un baño y le llevaran ropa limpia y buena comida y bebida, de la que solo reservaban para los huéspedes más distinguidos.

Y así fue como Lancelot recuperó en un abrir y cerrar de ojos sus fuerzas, y, a medida que se acercaba el tiempo señalado para la competición, comenzó a ejercitarse y practicar con espada y lanza. Linier, mientras tanto, envió mensajeros a todos los señores nobles que conocía para informarle de que tendría lugar un gran festival para celebrar su victoria sobre un caballero sin nombre que era lo bastante necio como para que todo lo que hiciera no fueran más que bufonadas. En su corazón, estaba convencido de que no había forma de que el joven superara las pruebas que le tenía preparadas, y que él, Linier, pronto brindaría por su victoria contra el forastero.

✣ ✠ ✣

EL DÍA SEÑALADO, una gran multitud se reunió en el castillo de Limors. El guerrero gigantesco llegó, y era posible ver cómo Linier observaba a los dos leones que deambulaban por el foso. Había ordenado que les retiraran la comida durante tres días, y a esas alturas el hambre los había enloquecido.

No tardó en estar todo listo, y Lancelot fue guiado hasta el recinto donde debía enfrentarse al caballero gigante. No se le permitieron más armas que su espada, y un escudo que la dama Ade en persona había encargado que le fabricaran. Y, con todo, combatió contra su poderoso oponente sin miedo, evaluando sus posibilidades y danzando alrededor del gigantón mientras este

avanzaba con dificultad con la enorme maza en alto y un escudo igual de grande ante él. Es indudable que, de haber acertado un golpe, habría sido el final de Lancelot, pero el joven consiguió evitarlo y, casi de inmediato y con un único y violento espadazo, ¡le cortó el brazo al gigante, con maza y todo!

Bramando como un loco, el gigante intentó abalanzarse sobre su oponente con la intención de aplastarlo. Mas, de nuevo, Lancelot danzaba a su alrededor, y le propinó un golpe en sus partes vitales que hizo que el gigante cayera de rodillas. Con otro espadazo le cercenó la cabeza, y Lancelot obtuvo la victoria sin un solo rasguño.

Pudo oírse a Linier apretando los dientes, e inmediatamente ordenó que llevaran a Lancelot al foso de los leones y lo lanzaran con las salvajes bestias. Enloquecidas por el hambre, lo atacaron al instante, y consiguieron infligirle una profunda herida antes de que Lancelot tuviera tiempo de alzar la espada. Ignorando la lesión, se defendió, y le partió en dos el cráneo a la primera bestia. La segunda lo atacó, empujándolo hacia el muro del foso. Se las apañó para acertarle a la bestia en la pata, lo que provocó que reculara, antes de seguirla y darle un espadazo mortal en el corazón.

En eso, Linier demostró su indignidad, pues pidió que le trajeran de inmediato su armadura y que sacaran a Lancelot del foso de los leones y lo armaran y prepararan sin darle ni un solo respiro. Se presentó en la liza pálido y débil, casi como si no fuera capaz de montar a caballo. Los presentes vieron la sangre de las heridas que le caía por debajo de la armadura y se compadecieron de él.

No así su oponente. Linier estaba decidido a vencerlo por todos los medios posibles, justos o no. Cabalgó su corcel negro hacia la liza y preparó la lanza. Lancelot se obligó a mantener el equilibrio y urgió a su montura a que avanzara. Se encontraron con un gran estruendo y ambas lanzadas acabaron hechas astillas. Linier, sin embargo, salió despedido del lomo de su caballo por la fuerza del golpe, y se arrastró por el suelo maldiciendo a su equino como el ser indigno que era, en lugar de reconocer la superioridad de su oponente. Lancelot bajó del caballo y esperó a que Linier se pusiera

en pie. Entonces los dos se precipitaron sobre el otro con gran furia, provocando chispas en los aceros y destrozando los escudos. Linier combatió con recelo y control, mientras que Lancelot respondió enloquecidamente, consciente de que sus fuerzas pronto le fallarían, y de que, si quería ganar, debía ser rápido.

No pasó demasiado tiempo antes de que el anciano caballero rompiera la guardia de Lancelot y le propinara un golpe que volvió a herirlo en el mismo lugar en el que las garras del león ya lo habían dañado. El joven se tambaleó, pero no tardó en recuperarse. Sabía que todo estaría perdido a menos que contraatacara. Reuniendo todas sus flacas fuerzas, se abalanzó sobre su sorprendido oponente, quien creía que ya lo había herido de muerte, y le dio un espadazo en la cabeza que le bajó hasta la barbilla. Tal fue la fuerza del golpe que a Lancelot también le brotó sangre de las orejas y la boca, y cayó inconsciente junto al cuerpo de su enemigo.

Un gran lamento surgió de entre las gentes de Linier, y varios hombres acudieron a llevarse su cadáver hacia el castillo. Nadie prestó atención a Lancelot, salvo la dama Ade, que se dirigió hacia allí con los caballeros que ya tenían una buena disposición hacia él y lo llevaron dentro. Muchos lo creyeron muerto, pero la dama percibió un sutil aliento, y ordenó que encendieran un fuego y le quitaran al joven la armadura. Luego ella misma atendió sus terribles heridas, y le dio elixires para que recuperara sus fuerzas, y así fue como regresó del borde de la muerte y se sumió en un sueño sanador.

Cuando corrió la noticia de que el héroe aún vivía, muchos acudieron a verlo y a hablar con la dama Ade para rogarle que lo salvara si podía. Pues ahora que Linier estaba muerto y la vil costumbre de Limors se había roto, eran muchas las personas que creían que el joven debía vivir y que querían honrarlo ofreciéndole tanto las tierras como los títulos del lord fallecido, así como la mano de su sobrina, algo que, en verdad, la dama deseaba sobremanera.

✣ ✠ ✣

Lancelot comenzó a recuperarse lentamente, aunque hicieron falta varias semanas para que tuviera las fuerzas necesarias para hablar. Y aprovechó para preguntar dónde estaba y qué había ocurrido, pues no recordaba nada. La dama se lo contó todo y lo elogió sobremanera por las hazañas que había llevado a cabo.

—Pues a pesar de que Linier fuera mi tío, y un caballero valiente y poderoso, se comportaba como un cobarde, y merecía morir a manos vuestras. —Sonrió entonces—. No hablemos más de todo esto hasta que no hayáis sanado.

Y así fue como el joven caballero durmió, y soñó, y se fue recuperando poco a poco, gracias en su mayor parte a los cuidados de la dama Ade. La fama de sus grandes hazañas se extendió más allá de los límites de aquel lugar hasta alcanzar los oídos del rey Arturo en su corte de la áurea Camelot.

—¿Quién es ese valiente hombre? —se preguntaba el rey—. ¿Nadie ha oído hablar de él?

—Creo —dijo sir Orphilet— que es el mismo héroe del que ya os he hablado. He oído que porta un escudo con un águila, que recuerdo bien de cuando lo vi. Tal vez recordéis, majestad, cómo se enfrentó a Galagandries de Moreis, pero luego declaró que no acudiría a vuestra corte hasta que no se hubiera puesto a prueba.

—Algo que ya ha cumplido —dijo Arturo—. Debería reunirse ya con nosotros.

La reina Ginebra añadió su propio deseo de conocer a aquel valeroso hombre, y el rey pidió a algún voluntario para que viajara hasta Limors y trajera al joven. Sir Gawain se ofreció al instante y lo despidieron como merecía.

✣ ✠ ✣

MIENTRAS TANTO, LA dama Ade estaba decidida a persuadir al joven caballero para que la acompañara al castillo de su padre, que no estaba lejos de Limors, y, mediante una minuciosa organización, consiguió que cabalgaran hasta allí solos.

Partieron una mañana soleada y alegre, y Lancelot canturreaba mientras cabalgaba. No tenía preocupación alguna, más allá del deseo de toparse con algún otro caballero para poner a prueba contra él sus recién recuperadas fuerzas.

Y ocurrió que, en efecto, se toparon con dicho caballero, y no era otro que sir Gawain. Cuando Lancelot lo vio acercarse, puso su lanza en ristre y levantó el escudo. Gawain, que tenía buena vista, divisó el escudo con el águila dorada y recordó que aquella era la insignia del caballero que buscaba. Clavó su lanza en el suelo y colocó el escudo a su lado, antes de quitarse el casco y avanzar a rostro descubierto para encontrarse con el desconocido.

Lancelot pensó que aquello era una gran afrenta, pero saludó a Gawain con su habitual cortesía.

—¿Qué nuevas traéis, señor caballero? —preguntó Lancelot.

—Buenas nuevas, sin duda, ahora que os he encontrado —respondió Gawain—. Creo que sois el caballero que recientemente derrotó a Linier de Limors, ¿me equivoco?

—Ese soy yo —dijo Lancelot a la defensiva, preguntándose si Gawain sería uno de los seguidores de Linier.

Gawain le hizo una reverencia al joven.

—Soy uno de los caballeros de la Mesa Redonda, y os ruego que vengáis conmigo a la corte del rey Arturo. Las nuevas sobre vuestras hazañas se os han adelantado, y todos están deseosos de conoceros. La reina en persona ha preguntado por vos, así que os pido que vengáis conmigo.

—Me sorprende que me pidáis algo así cuando solo me conocéis por las palabras de otras personas —le espetó Lancelot—. Ojalá no me hubierais saludado hoy, pues puedo ir a la corte del rey Arturo cuando me plazca. No necesito mensajeros que me lleven hasta allí.

Gawain, que siempre era el más cortés de los caballeros, aunque a veces fuera algo temperamental, torció el gesto.

—Señor, os he saludado de buena fe, y en nombre de mi rey. No es mi intención obligaros a venir, ni mucho menos. Aunque os pido de nuevo que me acompañéis.

—Y yo os pido que os olvidéis del asunto y dejéis que mi dama y yo sigamos cabalgando en paz —respondió bruscamente Lancelot—. O de lo contrario tomad vuestras armas y demostradme si sabéis usarlas.

Gawain comenzaba a enfurecerse.

—Señor —dijo con sequedad—, he dejado mis armas atrás como señal de paz. Si preferís que regrese a por ellas, os insto a que os preparéis, pues como me llamo sir Gawain de las Orcadas que no volveré a pediros ningún otro favor.

Al oírlo, a Lancelot se le iluminó el rostro.

—Me alegro de conoceros, sir Gawain. Vuestro nombre me es bien conocido, y hace mucho que deseo poner a prueba mi fuerza contra la vuestra.

—Pues os concederé ese deseo —gritó sir Gawain, y, tras volver grupas, cabalgó de vuelta hasta el lugar en que había dejado la lanza y el escudo.

Una vez se hubo colocado el yelmo y bajado la visera, se dirigió a galope tendido hacia el joven caballero, que lo recibió con entusiasmo. Se toparon con una estruendosa colisión que les destrozó las lanzas y provocó que los dos cayeran al suelo por la fuerza del choque. Sin perder un instante, comenzaron a combatir a pie con las espadas, y ninguno de los dos tenía ventaja sobre el otro.

Mientras combatían, un paje que portaba la insignia de la áurea Camelot se acercó al galope y gritó sin aliento que se detuvieran, diciendo:

—Señores, os conmino a que detengáis este combate si el honor lo permite. Pues traigo noticias de un gran torneo que se celebrará de aquí a quince días. El rey Lot de Lothian y Gurnemans de Gohort liderarán sendas comitivas, y ambos necesitan bravos caballeros que

combatan junto a ellos. El rey Arturo también acudirá con numerosos caballeros de la Mesa Redonda. Os aseguro que será un acontecimiento famoso, y que todo caballero que se precie debería asistir por respeto a su honor.

Gawain bajó la espada y miró a Lancelot.

—Yo, por mi parte, me alegraría de poner fin a este conflicto innecesario. Es mejor que ambos asistamos a ese torneo que malgastar aquí nuestra sangre sin propósito alguno.

Dicho esto, le ofreció una mano. Lancelot tuvo la decencia de mostrarse alicaído, pero apartó también la espada y le estrechó la mano a Gawain.

—Me complacerá asistir al torneo. Pero primero debo completar mi viaje con esta dama. Mi señor Gawain, me alegro de haberos conocido, y espero que podamos continuar con nuestro duelo pronto. Os pido que saludéis a su majestad el rey Arturo y a la reina y les digáis que me reuniré con ellos lo antes posible.

Con eso, sir Gawain se despidió de Lancelot y Ade y regresó a la áurea Camelot, donde habló bien del joven caballero. Todos se maravillaron sobremanera al oír de sus habilidades con la espada y la lanza, y de sus maneras extrañas y bruscas.

Mientras tanto, el joven héroe reemprendió el camino con la dama Ade hasta que llegaron a su hogar, donde fueron recibidos con los brazos abiertos. El padre de la dama saludó a Lancelot como a un hijo, y no escatimaron en comodidades. No se habló más que del próximo torneo y, a medida que se acercaba la fecha, la dama Ade se esforzó al máximo por que Lancelot estuviera lo más preparado posible, asegurándose de que no le faltaran armas, armaduras ni montura. Le entregó el mejor caballo de los establos de su padre y le ofreció a su propio hermano, Tybalt, como escudero.

Llegó el día en que debían partir. El torneo tendría lugar en la ciudad de Dyoflê. En un entorno de gran esplendor y riqueza. La dama acompañó a Lancelot, junto con un abundante séquito del hogar de su padre. Cuando llegaron a la ciudad, descubrieron que

Gurnemans se había alojado dentro de las murallas, mientras que el rey Lot había levantado sus tiendas fuera, igual que el rey Arturo, que ocupaba el lugar de una pequeña colina con vistas a la ciudad.

Tybalt, un joven con recursos, no tardó en conseguir alojamiento para su grupo dentro de las murallas y cerca de las puertas. Luego, tras haberse asegurado de que tanto la dama como el joven caballero se habían acomodado, se marchó a recabar nuevas sobre el torneo.

En los campos que rodeaban la ciudad resonaba el estrépito de las espadas sobre espadas y escudos contra escudos. Había caballeros por doquier practicando para las justas, rompiendo lanzas los unos con los otros, combatiendo con espadas y dagas. Lancelot no deseaba esperar ni un instante, así que se preparó para dirigirse de inmediato a las lizas. Había encargado un estandarte de brocado verde, un material que también había aprovechado para la cubierta de su montura, y una sobrevesta para llevar encima de la armadura. Luego, equipado con un escudo del mismo tono verde, se marchó por su cuenta.

Sucedió que su camino lo acercó al lugar en que el rey Arturo y su compañía habían levantado el campamento. Sir Kay, tan orgulloso y presuntuoso como siempre, estaba ojo avizor y vio al caballero vestido de verde aproximarse.

—Majestad —le dijo al rey—, veo a un necio que busca desafiarnos. Dadme permiso para combatir contra él y, cuando lo haya vencido, permitidme que me quede con su buen caballo, que es una bestia demasiado vivaz para alguien como él.

El rey Arturo dio su consentimiento, y Kay montó y se adelantó para enfrentarse al caballero de verde. Este, al oír los gritos de aquel que lo perseguía, volvió grupas y lo esperó como una roca. Y fue contra esa roca con la que el orgulloso Kay se fue a pique. Recibió un golpe que provocó que saliera despedido de su caballo y aterrizara en una porción de suelo cenagoso, donde se hundió al instante hasta la altura de la cintura debido al peso de la armadura. Aquellos que fueron testigos del acontecimiento, y que conocían el

carácter fanfarrón de Kay, se rieron de su desconcierto.

Uno de los caballeros, un hombre popular llamado Owain, se compadeció de su compañero de armas y decidió castigar al desconocido. Cabalgó de la misma forma que Kay, y se encontró con el mismo destino: salió despedido de la grupa de su caballo y aterrizó en el lodo. Tybalt, atraído por el ruido, se encargó de decomisar las dos monturas.

El rey Arturo, que había visto todo lo ocurrido desde la cima de la colina, destacó que el forastero se había desenvuelto bien contra los otros dos. Tanto el rey como sus caballeros se maravillaron ante la habilidad de aquel desconocido.

Poco después, Gawain se reunió con ellos y, al conocer el destino de sus camaradas, declaró que aquel debía de ser el mismo guerrero a quien había salido a buscar:

—Pues hace muchos años que no me encuentro con un hombre tan fuerte.

✣ ✣ ✣

AMANECIÓ EL PRIMER día del torneo, con bandas de caballeros reunidos en compañías, algunos siguiendo el liderazgo de sus señores, otros buscando amigos y formando sus propios grupos. Luego se lanzaron a combatir entre ellos por los distintos trofeos en aquella gran melé.

Los caballeros giraban a un lado y a otro en un remolino de fuerzas cambiantes, con el sol reflejándose en sus armas y los gritos de los caballeros y sus seguidores resonando en el límpido aire. El caballero de verde los superó a todos, y por eso muchos hablaban de él con fascinación. Gawain trató de encontrarlo entre la muchedumbre, y allí por donde pasaba solo oía que el forastero de verde había derrotado a todos los caballeros con que se había topado.

Gawain no le habló a nadie de sus sospechas.

Lancelot, mientras tanto, regresó a su alojamiento y le dijo a Tybalt:

—Dado que nadie sabe quién soy, seguiré ocultando mi identidad.

Le ordenó al escudero que encontrara suficiente brocado blanco como para confeccionar un estandarte y una cobertura nuevos para su caballo, y que debería llevar también un escudo blanco sencillo.

Amaneció el segundo día del torneo y, en esta ocasión, y así como el caballero de verde se había desenvuelto tan bien que la gente esperaba su llegada, esta vez el caballero blanco se desenvolvió aún mejor. Allí donde el combate era más encarnizado aparecía él, derrotando caballero tras caballero, desmontando y superándolos con una facilidad consumada. Hacia el final del día, se alió con un lord conocido como el conde Richard, que no había tenido suerte en la melé hasta ese momento. Con el caballero blanco a su lado, su fortuna no tardó en cambiar, y aquel día capturó a numerosos caballeros y ganó mucho botín.

La situación no cambió tampoco el tercer día. Esta vez, Lancelot eligió el color rojo, y ese día todo el mundo huyó del caballero rojo. De nuevo, optó por aliarse con el conde Richard, y, de nuevo, fue toda una suerte para el noble. Finalmente, las fuerzas del conde Richard y las del rey Lot aunaron esfuerzos y, como antes, el caballero rojo arrasó con todos ellos. A la postre, el forastero y el rey de las Orcadas se encontraron cara a cara, y Lancelot venció a su oponente y lo capturó sin dificultad.

Cuando el rey Arturo se enteró, acudió en ayuda de su aliado, quien también era el padre de Gawain. Pero ni siquiera los caballeros de la Mesa Redonda, quienes como es bien sabido se contaban entre los mejores y los más valerosos del país, pudieron contra el desconocido. Daba la impresión de que a medida que avanzaba el día y más caballeros se unían a la refriega, más aumentaban sus fuerzas. Hirió o incapacitó a tantos que se acabó por poner fin al torneo, aunque la intención fuera que durara otros siete días.

Todo el mundo quería ver al valiente caballero que había dejado una marca tan significativa en los juegos. A aquellas alturas, la mayoría de los presentes ya había deducido que el caballero verde, blanco y rojo eran la misma persona, y todos deseaban conocer su verdadera identidad. Se había instalado en la tienda del conde Richard, y recibía a todos aquellos que quisieran presentarle sus respetos, hablando poco y sin decir nada de sus orígenes. Allí acudía sir Gawain, impaciente por recibir noticias sobre su padre, a quien Lancelot había enviado con la dama Ade hasta que recibieran un rescate, como era costumbre en aquella época. Los dos caballeros se saludaron con calidez, y, de nuevo, sir Gawain le pidió al forastero que lo acompañara a ver al rey Arturo, que no estaba lejos. El joven caballero volvió a declarar que sus pasos estaban en otra parte, y que, aunque en algún momento estaría en efecto encantado de encontrarse con el gran rey, por ahora debía marcharse a otro lugar.

Lo cierto era que había descubierto una nueva aventura gracias al conde Richard y no veía el momento de partir. Gawain se despidió de él con estas palabras:

—Continuaré buscando nuevas sobre vuestras hazañas y espero que un día volvamos a vernos. Mientras tanto, os doy mis bendiciones y os deseo lo mejor en vuestras empresas.

Los dos se separaron en los mejores términos, y Lancelot se preparó para embarcarse en su nueva aventura, acompañado de la dama Ade y su hermano, el leal Tybalt. Su destino era el Chastel de la Mort, cuyo maestro era un tal Mabuz, un miserable desalmado y cobarde que tenía ciertos conocimientos de magia. Había conjurado un hechizo sobre el castillo que provocaba que cualquiera que entrara allí, aunque fuera el más valeroso de los caballeros, se convertía de golpe en un cobarde. En la época de que hablo, más de cien hombres habían acabado encarcelados en el Chastel de la Mort, y se dice que cuando Mabuz se enfurecía, por la razón que fuera, ordenaba que le llevaran uno de los prisioneros y lo ejecutaran sumariamente ante él. Pues así era él.

Pero ahora debo revelarte algunos datos sobre este cruel e injusto malnacido. Pues según cuenta la historia, no era otro que el mismísimo hijo de la Reina del Lago, la que había arrancado a Lancelot de los brazos de su madre y lo había criado ocultándole su verdadero linaje. Las razones eran sutiles. Algunos afirman que anhelaba tener un hijo leal y honesto, pues ya antes de que naciera sabía que su propio vástago sería un cobarde y un villano. Por este motivo, mandó construir el Chastel de la Mort para él e hizo que conjuraran el hechizo que he descrito para que su hijo jamás tuviera que enfrentarse a un oponente más fuerte que él.

Alrededor del castillo se extendía una campiña fértil y hermosa, que por derecho habría correspondido disfrutar a Mabuz. Mas jamás la visitaba, por culpa de un caballero llamado Iweret, cuyas tierras colindaban con las suyas. Este Iweret era un hombre orgulloso que sin duda habría ajusticiado a Mabuz si sus caminos llegaran a cruzarse, pues Iweret tenía por costumbre saquear las tierras de su vecino siempre que le venía en gana.

La Reina del Lago había diseñado por tanto un plan: criar a un héroe y enviarlo a matar a Iweret. Aquel era el vergonzoso secreto que no compartió con Lancelot, y ahora, ya fuera por casualidad o destino, el joven caballero había acabado en el Chastel de la Mort, después de que sir Richard le hablara de la vil costumbre del lugar.

Con Ade y Tybalt siguiéndolo a una distancia prudencial, cabalgó hasta las puertas del castillo y cruzó el estrecho puente que sorteaba un veloz arroyo. Pero en cuanto puso un pie en las sombras de las puertas, toda su valentía desapareció y no sintió más que pavor. Cuando vio a Mabuz esperándolo, armado por completo y montado en una fiera montura, no hizo ademán de defenderse, cayó humillado al suelo, donde Mabuz lo golpeó varias veces mientras él permanecía indefenso. Luego, el vil caballero le quitó el yelmo a Lancelot y lo arrastró del pelo hacia el castillo, antes de meterlo en una celda.

Ade y su hermano, que habían presenciado todo lo ocurrido, estaban horrorizados por el giro de los acontecimientos. Tybalt

condenó al instante al joven caballero y lo tachó de cobarde, y a pesar de que en un primer momento la dama Ade lo defendió, no tardó en convencerse de que el antiguo héroe había perdido su coraje.

—¡Ay, y yo que lo creía un hombre bueno y noble! —gritó—. ¡Ya no puedo confiar en él ni permitir que se me vea en su compañía! Un cobarde así no protegería ni mi honor ni mi persona.

Tan disgustada estaba, que le faltó poco para desmayarse; su hermano tomó las riendas del caballo de ella y se la llevó hacia un destino que desconozco. Tampoco volveré a hablar de estas personas sin fe.

✣ ✠ ✣

En vez de eso, centrémonos en Lancelot, que esperaba en la mazmorra del Chastel de la Mort sumido en una profunda tristeza y penuria. Tan enfurecido estaba por haber sido incapaz de defenderse, y por el miedo que era en ese momento una compañía constante, que apenas probó bocado de la comida que le llevaban los carceleros. El resto de los prisioneros, a los que no trataban tan mal, se sentaban a diario a comer en una larga mesa de la mazmorra. Pero Lancelot no se sumaba a ellos, puesto que prefería tomar un mendrugo de pan y sentarse de cara a la pared, sin mirar a sus compañeros. Lo agotaba la falta de comida y dejó de cuidarse por completo, así que no tardó en acabar mugriento y hediondo.

Ocurrió que en ese momento los hombres de Iweret llevaron a cabo uno de sus saqueos periódicos en las tierras de Mabuz, quemando varias aldeas y expoliando la zona. Mabuz en persona lo observaba desde las murallas, con el corazón en un puño pero demasiado temeroso como para dar un paso al frente y defender su propiedad por si Iweret le tendía una emboscada.

En eso, al cobarde caballero le vino una idea a la cabeza.

—Si envío a uno de mis prisioneros en una misión de

reconocimiento, no me arriesgaré a sufrir pérdidas ni a correr peligro —pensó—. Buscaré al más cobarde y miserable de los hombres de mi mazmorra, pues una vez fuera se convertirá en el más valeroso. Y si no vuelvo a verlo, no habré perdido nada.

Mabuz se dirigió a una ventana secreta que le permitía observar a los prisioneros. Vio a Lancelot esconderse siempre que alguien entraba en la mazmorra, y cómo había dejado de cuidarse y de comer la comida que le ofrecían. Aquello lo designó como el sujeto ideal para la tarea de enfrentarse a Iweret. Por eso Mabuz pidió que trajeran al joven caballero ante él, y así fue, y llegó acobardado, temblando y tratando de esconderse detrás de los guardias. Mabuz le contó lo que se requería de él, pero el joven sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Si salgo ahí fuera, podrían matarme —gritó—. ¡Os suplico que no me enviéis allí!

Ignorando sus ruegos, Mabuz hizo que lavaran al aterrorizado caballero y le dieran ropa limpia, y que le pusieran la armadura como si fuera una criatura o un hombre enfermo. Luego, lo llevaron al exterior, chillando y gimoteando que lo liberaran, arrastrándose por el suelo con el caballo atado a un árbol cercano.

En un primer momento, Lancelot temblaba y ocultaba su rostro al mundo, pero al cabo de un rato, y gracias al aire fresco, se le comenzó a despejar la mente, se puso en pie y miró alrededor con perplejidad, pues no recordaba nada de lo que le había ocurrido después de acercarse al Chastel de la Mort.

Entonces Mabuz lo llamó desde la muralla que había sobre las puertas.

—Os recuerdo que sois un hombre valiente y noble, y que debéis cumplir una misión por mí. De lo contrario, mataré a todos los prisioneros de la mazmorra. ¿Lo comprendéis?

A medida que Lancelot fue recordando las circunstancias de su cautiverio, alzó la vista con fiereza hacia su reciente captor.

—Haré lo que me pedís —exclamó—. Pero no intentéis engañarme, pues tened por seguro que encontraré la forma de llegar

hasta vos, ¡incluso detrás de esas cobardes murallas!

Dicho esto, echó a cabalgar hacia las tierras de Iweret. No tardó en adelantar a los saqueadores y despachó a varios de ellos. El resto huyó, dejando al joven caballero como amo de la zona. En ese momento, comenzó a preguntarse cómo podría vengarse de Mabuz y liberar a aquellos que retenía contra su voluntad. Sus pasos lo llevaron a un pequeño monasterio a poca distancia de allí. Lo llamaban la Abadía de las Penas, pero, a pesar de su nombre, Lancelot fue recibido con una cálida bienvenida por parte del abad, un sacerdote sabio y generoso, que lo informó de que la abadía estaba bajo dominio de Iweret.

—Aquí —le explicó el monje— nos ofrece un diezmo de todo lo que obtiene mediante sus habilidades caballerescas. Si mata a un hombre, lo enterramos aquí, y se cantan misas por el descanso de su alma. Si mi señor obtiene tesoros de un caballero que haya tomado como prisionero, nos paga una parte. Por eso nos hemos ido enriqueciendo, pues mi señor ha ajusticiado a muchos caballeros valerosos que han pasado por aquí. Si sois sabio, a menos que queráis uniros al resto, seguiréis vuestro camino mañana, con la bendición del Señor.

Pero Lancelot solo deseaba conocer la naturaleza de su adversario, y a regañadientes, cuando supo que no podría evitarlo, el monje se lo contó todo.

—Lord Iweret es un príncipe poderoso. Ha heredado tres reinos y adquirido más mediante la conquista. Tiene una hija, Yblis, de quien se dice que posee una gran belleza y es muy buscada. Su padre ha hecho saber que cualquier hombre que desee cortejarla debe combatir primero contra él bajo un tilo concreto que crece en el Gran Bosque. Medra bajo una fuente que lord Iweret ha convertido en una fuente con una cubierta abovedada. El manantial brota de la boca de un león de piedra hacia una pileta. El árbol está verde durante todo el año, y de él penden un platillo de bronce y un martillo. Quien quiera retar a mi señor debe golpear el platillo tres veces. Antes de que el tercer golpe haya dejado de resonar, Iweret

aparecerá allí, completamente pertrechado y listo para defender la fuente con su vida. No os ocultaré que muchos hombres han acudido allí y probado de triunfar en esta aventura, y ninguno ha sobrevivido. Iweret ha matado a muchos solo en este último año, y todos yacen ahora bajo la tierra de nuestro humilde camposanto. Os aconsejo de nuevo —insistió el abad— que evitéis ese lugar si podéis.

—No haré lo que me decís —respondió Lancelot con delicadeza —. Aunque os agradezco vuestra generosa advertencia, mis pasos deben conducirme allí por la mañana.

Pues había recordado que Iweret era el nombre del mayor enemigo de su madre adoptiva, la persona que durante tanto tiempo había buscado, y por eso su determinación no hizo sino cobrar aún más fuerza.

—Así sea —contestó el abad—. Venid ahora, descansad y refrescaos mientras podáis.

Lancelot pasó la noche en la Abadía de las Penas y a la mañana siguiente partió hacia la fuente. Mientras cabalgaba, se dio cuenta de que estaba entrando en un lugar encantado. El aire estaba calmado y por todas partes crecían hermosos árboles y plantas exóticas, muchos de los cuales no había visto en la vida. Recordó que el bosque se llamaba Beforet, que significa «bosque hermoso», y ahora comprendía por qué.

A medida que se adentraba, comenzó a preguntarse si no habría regresado a la tierra bajo el lago. Había muchas razones para considerar aquel lugar como algo extraordinario, aunque Lancelot no lo supiera. No solo crecía allí una gran variedad de plantas, sino que muchas de ellas tenían propiedades curativas, conocidas solo por un puñado de personas. Se decía que cualquiera que entraba allí sentía al instante más vigor y empezaba a recuperarse si sufría alguna dolencia; mientras que si la persona ya estaba en forma y gozaba de buena salud, se volvía aún más poderosa. Aquello era lo que le proporcionaba a Iweret su gran fuerza, y, a medida que se aproximaba al hogar de su adversario, también afectó a Lancelot.

Comenzó a divisar una gran variedad de vida animal; osos, venados y zorros, jabalíes e incluso un león, aves de toda índole que no había visto jamás, ni siquiera en el reino del lago. Empezó a preguntarse en qué clase de paraíso se había adentrado y si realmente su amo podía ser tan vil como decían. También pensó en la hija de Iweret, pues el abad le había hablado más sobre ella; que no solo era hermosa, sino también sabia, y que vivía como una princesa, con tantas doncellas como deseara para que la atendieran.

Sobre el castillo de Iweret se ha escrito tanto que hasta yo lo he leído, así que me sorprende que el maestro Thomas no escribiera nada al respecto en su libro. Era alto y hermoso, y estaba ricamente decorado tanto por fuera como por dentro. Los suelos tenían incrustaciones de mármol y los muros y techos estaban decorados con piedras semipreciosas. Iweret dormía en un lecho con pilares de oro rojo y un dosel de brocado verde. Las sábanas eran todas de seda y las almohadas suaves como el plumón. El señor del lugar iba vestido con sedas y brocados de muchas tierras remotas, hasta el punto de que podía eclipsar hasta al rey Arturo con sus galas.

Finalmente, Lancelot llegó al tilo, dirigido hasta allí por el amable abad. Ató el caballo a una rama y, tras agarrar el martillo que colgaba bajo el árbol, golpeó el platillo para que resonara por todo el bosque y llegara al castillo. Luego se dirigió al lugar del que brotaba la fuente y, después de quitarse el yelmo y apartar la cota de malla, se lavó la cara y las manos con el agua fría.

Ahora te contaré algo extraño y maravilloso. La noche anterior, Yblis había soñado que un extraño caballero se presentaría bajo el tilo y, en su sueño, ella se enamoraba de él y él de ella, y se divertían juntos. Cuando se despertó, se declaró a sí misma que, si era real, se desposaría con él. Y por eso cuando oyó el tañido del platillo, pidió que ensillaran su caballo y, antes de que su padre partiera hacia allí para enfrentarse al desafío, alcanzó el árbol y vio a Lancelot con la cabeza descubierta. Le resbalaban por el rostro algunas gotas del agua de la fuente que, con los reflejos del sol, parecían emitir luz desde dentro.

Cuando se percató de que aquel era en efecto el caballero de sus sueños, el corazón le dio un vuelco, y se bajó del caballo y lo saludó con palabras gentiles. Él, sorprendido por su belleza y generosidad, y a pesar de que no la hubiera visto hasta ese momento, sintió como si la conociera de toda la vida, y el amor entró en su corazón.

—Jamás había visto a una dama hacia la que me sintiera tan poderosamente atraído —dijo—. No os ofendáis si os digo que sois la criatura más hermosa que he visto nunca, y que haría cualquier servicio que me pidierais, siempre que recibierais de buen grado mi proposición.

Yblis sonrió y le ofreció una mano al caballero.

—Pienso como vos —dijo, y le contó su sueño—. Solo os pido una cosa: que no combatáis hoy contra mi padre.

Lancelot torció el gesto.

—Si vuestro padre se llamara Iweret, no daré media vuelta —respondió—. Por mi honor y la palabra que le di a otra persona, pedid cualquier otra cosa y la haré de buena voluntad.

—No podéis luchar contra mi padre —repitió Yblis—, ya que está bien protegido. Tampoco puedo soportar que os mate ante mis ojos. Os lo ruego, ¡hacedlo por mí!

—Disculpadme, pero no puedo —respondió Lancelot con firmeza—. Si debo vencer, habéis de permitirme que lo haga justamente, como corresponde a los buenos caballeros. Si diera media vuelta ahora mismo, llegaría el día en que tendría que enfrentarme a alguien igual de fuerte que yo o más. ¿Querríais que me comportara como un cobarde, igual que Mabuz?

Antes de que Yblis pudiera responder, Lancelot golpeó de nuevo el platillo, ofendido porque Iweret aún no hubiera aparecido.

La dama Yblis estuvo a punto de perder el conocimiento por el disgusto.

—Ni siquiera las hierbas mágicas que crecen en el valle pueden curar esta dolencia —pensó—. Y tampoco tomaré un bando que perjudique a mi propio padre.

En ese momento, Iweret apareció montando un enorme caballo

alazán y ataviado con la armadura más espléndida que puedas llegar a imaginar. Enfurecido por los repetidos tañidos del platillo, su saludo fue fiero.

—¿Quién golpea el platillo con tanta insistencia?

—Aquí me tenéis —respondió Lancelot.

—¿Qué hacéis aquí?

—Estoy decidido a luchar contra vos.

—Que no os quepa duda de eso.

—Nada me satisfaría más.

—¿Qué esperas ganar, más allá de la muerte?

—Vuestro reino y vuestra hija.

—Que así sea.

Los dos caballeros pusieron las lanzas en ristre y cargaron uno contra el otro. Los fustes se astillaron y ambos jinetes acabaron doblados sobre las grupas de sus respectivos caballos. Iweret temió por su vida, pues jamás se había encontrado con un oponente al que no pudiera desmontar. Y cuando desenvainaron las espadas y se dispusieron a golpear y darle tajos al otro, Lancelot no tardó en propinarle un espadazo que sacudió tanto a su oponente que cayó al suelo.

Lancelot desmontó y esperó a que Iweret se levantara. Mientras se esforzaba por ponerse en pie, el desconcertado guerrero exclamó:

—Hasta ahora solo había combatido contra críos; ¡este caballero es un hombre!

Retomaron el combate y le dieron problemas al otro, propinando golpe tras golpe sobre los yelmos y las armaduras, hasta que la sangre comenzó a correrles por el cuerpo y a humedecer la tierra.

Lucharon durante una hora o más, hasta que Lancelot al fin le infligió a su oponente una herida que acabó con su vida. Entonces el héroe se sentó junto a la fuente y esperó a recuperar el aliento. Acto seguido, se acercó a la dama Yblis y la levantó, pues se había postrado presa del dolor en el lugar donde había muerto su padre. Lancelot le lavó el rostro con agua y le habló con dulzura.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó ella, temblando.

—Siento la muerte de vuestro padre —respondió—. Pero así funciona el mundo. Espero que esto no cambie vuestros sentimientos hacia mí. Pagad conmigo toda vuestra ira, pero os suplico que no me rechacéis.

—No sería capaz —contestó Yblis con delicadeza—. Lloro a mi padre, pero mi amor por vos es aún mayor. —Se levantó y miró alrededor—. Deberíamos marcharnos de aquí lo antes posible, pues temo que los hombres de mi padre no vean con buenos ojos a aquel que le ha dado muerte.

Lancelot vaciló, pero no podía contradecir a su nuevo amor, y ambos montaron en sus monturas y se alejaron de allí a través del bosque. Allí se encontraron con el abad de la Abadía de las Penas, que acudía a llevarse el cuerpo del último combatiente. Esbozó un semblante incrédulo cuando vio a Lancelot y a Yblis, pero la dama le contó lo que había ocurrido y le pidió que se dirigiera al castillo de su padre y ordenara que se encargaran de sus tierras y propiedades —pues ahora le pertenecían— hasta que regresara.

Lancelot e Yblis cabalgaron a través del bosque hasta alcanzar un claro soleado. Allí, bajaron del caballo y se tumbaron bajo la sombra de unos frondosos árboles. Y allí se entregaron a las mareas de la pasión y disfrutaron de la compañía del otro como cualquier otro hombre y mujer desde los tiempos de Adán y Eva. Y al respecto digo que el maestro Thomas se equivoca al afirmar que Lancelot solo amó una vez en su vida, aunque ese amor fuera prohibido, y que por Elaine, la madre de Galahad, sintió un gran amor, pero por ninguna dama, ni siquiera por Yblis, sintió un amor igual al que le profesó a la reina Ginebra.

Los dos permanecieron felizmente bajo los árboles durante un tiempo, hasta que oyeron a un jinete aproximarse a ellos, y poco después a una doncella, sentada sobre una mula blanca. Iba vestida con los más elegantes ropajes, y cuando el joven la vio, la reconoció como una de las doncellas de su madre adoptiva. La saludó por el nombre, y ella le devolvió el saludo en nombre de la Reina del Lago.

—Me alegro de haberos encontrado —dijo—, pues es bien sabido que habéis cumplido con éxito lo que os encomendó mi señora. Por tanto, se me ha ordenado que os diga vuestro nombre: que os llamáis Lancelot, y que sois el hijo del rey Ban de Benwick y de su reina, la dama Clarine.

Entonces, ante los rostros maravillados de Lancelot e Yblis, se dispuso a contarle que Benwick era su hogar por derecho, aunque en ese momento estuviera en manos de otras personas, y cómo la Reina del Lago había tenido una visión en la que él pronto se convertiría en el caballero más poderoso del mundo, y mataría a Iweret, lo que dejaría libre a su verdadero hijo, Mabuz. Incluso, mientras hablaban, le dijo que el caballero cobarde estaba liberando a todos sus prisioneros, tal como había prometido.

—Por tanto, todo ha seguido el curso marcado por el destino —dijo la dama—. Os traigo un presente de la Reina del Lago.

Y, dicho esto, dejó sobre las manos de Lancelot una caja tallada con astucia. El joven héroe no cabía en sí de alegría, pues ahora tenía un nombre y sabía algo sobre su historia y el destino que lo había llevado hasta allí. De buen grado se volvió hacia la dama Yblis, quien también mostró alegría ante aquellas noticias, y juntos se dispusieron a examinar la caja.

Dentro hallaron una tienda de la naturaleza más extraordinaria jamás vista. Cuando estaba plegada, cabía sin dificultades en la caja o bien podía llevarse en la palma de la mano; sin embargo, una vez montada, era tan grande como su propietario deseara. Que no te quepa duda de que Lancelot e Yblis la levantaron sin perder un instante y entraron. ¡No existía un objeto igual de maravilloso! Cada pared estaba hecha de una sustancia distinta: la primera era de brocado, la segunda, de una inusual tela remojada tres veces llamada *triblat*, la tercera, de un tejido de Arabia conocido como *barragán*, confeccionado a partir de lana y pelo de camello, y la cuarta, de piel de pescado, tejida por las mujeres de unas tierras bárbaras en el lejano norte. Pero eso no es todo, pues debo decirte que el mástil de la tienda estaba hecho de esmeralda, y que a su

alrededor habían escrito tres consignas. Eran, según he oído, como sigue. La primera rezaba: «El amor puede con todo». La segunda: «El amor es una locura que no muere nunca». Y la tercera: «Amor sin medida».

La razón de que hubieran grabado esas palabras en torno al mástil de la tienda era asegurarse de que solo pudieran entrar en ella aquellos que fueran totalmente fieles. Dentro de la tienda había un espejo que mostraba el verdadero semblante del otro a los amantes. Cuando Lancelot e Yblis entraron, se miraron allí y la dama solo vio a su señor, y él a nadie más que a ella. Pero también he oído decir en otros libros que cuando Lancelot vio por primera vez a la reina, el reflejo del espejo no volvió a mostrar a nadie más que a ella, pero no se nos cuenta nada más al respecto.

✣ ✣ ✣

YASÍ FUE COMO Lancelot descubrió su verdadero nombre y triunfó en la aventura de la fuente, cumpliendo por tanto el deseo de su madre adoptiva al liberar al cobarde de su hijo de la sombra de Iweret. Y a pesar de que se cuenta que el amor de Lancelot por Yblis fue duradero, hay otras fuentes que narran una historia distinta, como sabrá todo aquel que haya leído el libro del maestro Thomas. Pues Lancelot no tardó en marchar a la corte del rey Arturo, tal como había prometido, y se convirtió en uno de los mejores caballeros de la Mesa Redonda, y siguió siendo gran amigo de sir Gawain hasta que llegaron tiempos oscuros para todos en la áurea Camelot. Pero también desarrolló un gran amor por la reina y les rompió el corazón tanto a ella como a su señor. Con el tiempo, recuperó sus propias tierras, que habían sido de su padre, y se trajo a su anciana madre a casa para que muriera en su hogar. Pero hasta la fecha, los hombres siguen hablando de Lancelot du Lac, el hijo del lago, en lugar de Lancelot, hijo de Ban de Benwick. Sobre su fama no necesitamos hablar más aquí, solo de pasada en las

historias que siguen. En su lugar, nos centraremos ahora en la historia de otro valeroso caballero, cuyo nombre era Palomides, y cuya búsqueda lo llevó a seguir a la criatura más extraña de todas.

——— ✠ ———

EXPLICIT CÓMO SIR LANCELOT SE GANÓ EL NOMBRE.

IMPLICIT EL RELATO DE LA BESTIA AULLADORA.

7: EL RELATO DE PALOMIDES Y LA BESTIA AULLADORA

✢

Aquellos que hayan leído el magnífico libro del maestro Thomas conocerán la historia de sir Palomides; de cómo él y sus hermanos, sir Safer y sir Segwarides, fueron los únicos sarracenos que se sentaron a la Mesa Redonda, y cómo los tres lograron grandes hazañas, tanto por su propio honor como por la hermandad. En concreto, la historia que la mayoría recuerda es cómo sir Palomides persiguió a la Bestia Aulladora, que algunos llaman la Bestia Clamorosa, y otros la Bestia Ladradora, a cuenta del gañido como de doce pares de perros que surgía de su vientre.

✢ ✢ ✢

AUNQUE NO SIN cierta inquietud —pues ¿quién se atrevería a cuestionar la habilidad del maestro Thomas?—, me he percatado de que él no cuenta por qué sir Palomides decidió perseguir a la bestia, ni cómo terminó su búsqueda. Estas omisiones se deben sin lugar a duda a la falta de páginas en los grandes libros que sir Thomas estudió. Además, también podría deberse a que, conocedor de la historia sobre el origen de la bestia, considerara que se trataba de un relato demasiado sombrío para incorporarlo en su magna versión. Debo confesar que también yo he dudado sobre si introducirlo aquí o no, mas mi deseo por reconocer las cualidades de sir Palomides, y la rareza y fascinación del relato, han superado a mis reparos. Por tanto, he incluido el inicio y el final de la historia, puesto que sir Thomas dejó ya por escrito todo lo demás sobre el caballero sarraceno. Y si los libros franceses no lo mencionan, hay otros que sí, sobre todo en la lengua de Italia, donde se cuenta mucho que en otras tierras se ignora.

✣ ✣ ✣

LA HISTORIA COMIENZA en el antiguo reino de Babilonia, y concierne a un noble llamado Esclabor, cuya esposa provenía de Irlanda. Se llamaba Etain, uno de los nombres de las vetustas hadas de aquella tierra, y sucedió que un día, cuando no tenía más de quince veranos, estaba jugando a la orilla del mar. Ese día, llegó un barco sarraceno que saqueó la costa de Irlanda. Murieron muchas buenas personas en aquellos ataques, pero, a medida que corría la voz, los hombres de Irlanda se levantaron en armas y contraatacaron a los invasores, matando a muchos de ellos, y se apresuraron a volver a su barco y zarpar de inmediato. Entre el botín que habían obtenido se encontraba la joven doncella Etain, a quien decidieron vender en el mercado de esclavos por su piel clara y su gran belleza. Pero cuando volvieron a Babilonia, el señor

Esclabor vio a la bella doncella de Irlanda y se enamoró al instante de ella. No le costó comprar su libertad a los saqueadores, y, después de eso, se ofreció a devolverla a su hogar. Pero, en verdad, la doncella se había enamorado del gentil sarraceno, y no tardaron en desposarse.

Con el tiempo, la dama dio a luz a tres hijos: Safer, Segwarides y, el más joven y último, Palomides. La familia era feliz con sus vidas y sus tres hijos crecieron hasta convertirse en muchachos amables y bondadosos por derecho propio, aunque Palomides siempre fue de naturaleza soñadora, y pasaba largos días leyendo las historias de los grandes héroes de antaño.

En esa época, el sultán de Babilonia le debía lealtad al emperador Lucio de Roma, y todos los años nombraba a un noble para que llevara ofrendas y riquezas a la Ciudad Eterna y permaneciera allí un año como rehén en representación de la buena voluntad de Babilonia hacia Roma.

Ese año le llegó el turno a Esclabor, quien sintió una profunda tristeza porque, tal como le dijo a la dama Etain, no sabía si regresaría alguna vez. Etain, que sabía algo de magia por derecho natural como hija de Irlanda, le dijo a su esposo que no debía ir solo, y que tanto ella como sus hijos debían acompañarlo a Roma.

—Pues allí tal vez nos espere una aventura aún mayor.

Y así fue como la familia se puso en marcha, acompañados por una fuerza formada por los soldados del sultán para proteger la ofrenda de oro y plata para el emperador.

Esa vez, no hacía mucho que el emperador había recibido una visita de Merlín, quien le había llamado la atención sobre la dama Avenable, a quien había hecho su emperatriz[7]. Ella y la dama Etain no tardarían en hacerse amigas, y en esa época Esclabor también pudo pasar tiempo en compañía del emperador, y sus hijos jugaron entre las fuentes y los jardines de la gran ciudad.

✣ ✠ ✣

FUE EN ESE TIEMPO… cuando llegó a Roma la historia del joven rey llamado Arturo, de cómo había reclamado su linaje al extraer la espada de la piedra. También se hablaba de otras maravillas, e incluso en el corazón del imperio, se comentaban los hechos de la Mesa Redonda de la áurea Camelot, hasta el punto de que el emperador comenzó a fijarse en Britania, tal como relata sir Thomas en su libro.

Pero en esa época la guerra entre Britania y el imperio aún estaba lejos, mientras las historias fantásticas que se contaban en el palacio del emperador hacían pensar a muchos sobre la valía de aquella tierra remota de Britania y de su rey.

En ese momento, el emperador tenía un león como mascota, que había criado desde que no era más que un cachorro y por el que sentía un gran aprecio. Pero a medida que se convertía en una poderosa bestia, muchos de los cortesanos del emperador le aconsejaron que mantuviera a la criatura a una distancia prudencial, o que se deshiciera de ella por completo, por si pudiera llegar a atacarlo. El emperador hizo caso omiso de aquel consejo, hasta que llegó el día en que, mientras jugaba con la bestia en el jardín de palacio, el león se volvió contra su dueño y lo habría partido en dos de no ser por Esclabor, que casualmente paseaba por allí. Al oír los gritos de ayuda del emperador, el babilonio desenvainó la espada y se abalanzó sobre el león, le tiró hacia atrás de la cabeza y le hundió la hoja en la garganta. Y así el emperador huyó con poco más que unos cuantos rasguños, y tal fue su gratitud hacia Esclabor que le concedió de inmediato el honor de otorgarle un alto cargo en su corte.

Aquello, como era de esperar, convirtió a Esclabor en una persona muy impopular entre los cortesanos que constantemente buscaban que el emperador les concediera privilegios. Varios de estos hombres decidieron matar al babilonio, y en un día concreto, cuando estaba preparándose para marchar al bosque, pusieron en marcha su plan y le tendieron una emboscada. Pero, en el último momento, la dama Etain, tras haber tenido una visión en la que aquellos que buscaban la muerte de su esposo se preparaban para emboscarlo, lo retuvo con muchas preguntas sutiles que pospusieron su partida. Mientras tanto, el sobrino del emperador, Graciano, atravesó solo el bosque a caballo y, al ser confundido con Esclabor, fue asesinado en su lugar.

Al recibir las noticias, el emperador se puso fuera de sí, y comenzó a buscar a los responsables con la intención de ejecutarlos. En un primer momento, no pudo hallar a nadie que confesara la confabulación contra Esclabor, y fue entonces cuando la dama Etain

dio un paso al frente y le contó lo que había visto en su visión.

Pudo comunicarle los nombres de todos los que habían conspirado contra su esposo, y el emperador se preparó para arrestar a esos hombres. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, la dama Etain habló de nuevo:

—Señor, si tomáis ese camino, os granjearéis muchos otros detractores. En vez de eso, os aconsejaría que os reconciliarais con esos hombres y que nos enviaseis a mi esposo, a mí y a nuestra familia lejos de Roma, donde ya no puedan ser una amenaza. Permitidnos ir en cambio a las tierras de Britania, a visitar al joven rey Arturo, de quien tanto se ha hablado recientemente. Allí tal vez podamos empezar de cero y terminar con esta rivalidad entre vuestros cortesanos y mi esposo.

En un primer momento, el emperador se mostró poco dispuesto a aceptar el consejo, pero, consciente de la sabiduría de la dama Etain, decidió hacer lo que le había sugerido. Y así fue como Esclabor, su esposa y sus hijos se embarcaron en un barco con destino a Britania, portando con ellos muchos y muy magníficos regalos del emperador, tanto para ellos como para el rey Arturo.

✣ ✠ ✣

CUENTA LA HISTORIA que el viaje fue largo y peligroso, pero que finalmente Esclabor y su familia arribaron a Britania. Sin saber nada de aquellas tierras, siguieron los consejos de la dama Etain, cuyo conocimiento los condujo al reino de Gales, en Northumbria. Allí los recibió y atendió el rey Pellinor, de quien mucho hay escrito en el libro del maestro Thomas, y quien se convirtió en uno de los primeros en sentarse a la Mesa Redonda.

Según se dice, Pellinor cargaba sobre los hombros un sino, transmitido de generación en generación en su familia. La tradición era que debía perseguir a una extraña bestia que vagaba por el mundo, y ya llevaba muchos años haciéndolo. Pero por muy rápido

que la siguiera, la bestia siempre le sacaba ventaja, y no se había acercado a ella más que el día en que comenzó su búsqueda. Tan antigua era la tradición que nadie recordaba su origen, pero mientras viviera, nadie podría eximirlo de ella.

En esa época, sucedió que el rey había regresado a su hogar por un tiempo, y se alegró de poder recibir a los viajeros. No tardó en tomarle cariño a Esclabor y a su familia, sobre todo a Palomides, cuyo entusiasmo por aprender todo tipo de cosas le generaba una gran alegría al rey. El muchacho preguntaba especialmente acerca de la bestia que Pellinor perseguía, y el fiero y anciano rey se la describía a menudo.

Ocurrió que el errante Merlín visitó Gales en esos días, y cuando el grupo se sentó a comer, él los acompañó. Al percatarse de la frecuencia con que el rey Pellinor observaba a Palomides, se lo llevó aparte.

—¿Por qué miráis con tanta frecuencia al muchacho? —preguntó Merlín.

—No lo sé —respondió Pellinor—. Siento que estamos emparentados, aunque provenga de una tierra lejana.

—No estáis emparentados —dijo Merlín—. Pero os digo ahora que, con el tiempo, llegará a perseguir a la bestia que vos habéis buscado todos estos largos años.

—¿Cómo es posible? —demandó Pellinor—. Sabéis que es mi destino seguir a la bestia mientras viva.

—Porque no tenéis hijos —contestó Merlín—. Cuando vuestra vida termine, no habrá nadie que asuma la búsqueda.

—Entonces debo cumplir con mi cometido —dijo el rey Pellinor.

—Ya podéis olvidaros —dijo Merlín—. Aunque sigáis a la bestia hasta el último día de vuestra vida, jamás la alcanzaréis.

—Eso dependerá de la voluntad del Señor —respondió Pellinor con fiereza—. Pues no cejaré en mi empeño mientras respire.

Merlín dejó al rey y se fue en busca de Esclabor para decirle que debería viajar hasta la áurea Camelot, y que sus hijos un día se sentarían a la Mesa Redonda. También lo instó a que le pidiera al

rey Pellinor que nombrara a Palomides caballero.

El rey se alegró de poder complacerlos, y no ocultó que Merlín había predicho que el muchacho un día continuaría la búsqueda de la bestia. En eso, la dama Etain quiso hablar con Merlín, y le preguntó por qué debía su hijo menor perseguir a una criatura que nadie podía atrapar, cuando bien podría obtener honor y fama en la corte del rey Arturo.

—El honor y la fama serán suyos —respondió Merlín—. Y mucho más que eso. Pero, con todo, deberá perseguir a la bestia cuando el rey Pellinor ya no viva.

La dama Etain, que conocía los secretos de Merlín, agachó la cabeza.

—¿No me diréis al menos la naturaleza de esa bestia? —preguntó ella.

Consciente de la herencia mágica de ella, Merlín respondió:

—Os contaré la historia de la bestia, aunque es un relato sombrío y son pocos los que viven que puedan recordarla.

Entonces le contó cómo, muchos años atrás, un rey llamado Ypomens tenía un hijo y una hija, y cómo la hija demostró un amor antinatural por su hermano. Cuando ella se le declaró, el muchacho huyó horrorizado, y, disgustada por el rechazo, la niña se marchó corriendo al bosque, con la intención de quitarse la vida. Pero allí se encontró con un hermoso joven que la persuadió para que yaciera con él y la enseñó a odiar a su hermano. Tan profunda era la inquina que sentía por aquel a quien antes había amado, que fue a hablar con su padre y dio falso testimonio, afirmando que había sido su hermano quien se había acercado a ella con sugerencias viles. El rey, repugnado por aquello, ordenó que mataran a su hijo y que su hija decidiera la forma de la muerte de su hermano. Llena de ira contra él, declaró que lo lanzaran a una manada de perros que llevaban siete días sin comer.

Y así se hizo, pero antes de sufrir aquella terrible muerte, el joven príncipe anunció que su hermana daría a luz a un monstruo, engendrado en ella por el aparentemente apuesto joven del bosque.

El libro no dice cuál era la naturaleza de aquel ser; algunos creen que era un demonio del averno, y otros que provenía del mundo de las hadas, pero sea cual sea la verdad, cuando llegó el momento adecuado, la hija del rey dio a luz a la criatura que desde entonces conocemos como Glatisant, la Bestia Aulladora.

El maestro Thomas la describía así:

«La Bestia Aulladora… tenía por forma una cabeza como de serpiente, y el cuerpo como de leopardo, los cuartos traseros de un león y las patas de un ciervo; y en su cuerpo se oía un ruido como de perros aullando, y ese ruido lo hacía la bestia allá donde iba…» **[8]**.

Poco después de nacer, la bestia huyó al bosque, y en cuanto el rey Ypomens tuvo constancia de ello, y de cómo uno de los sirvientes de su hija había muerto solo de verla, le repugnó tanto que ordenó que estrangularan a su hija y lanzaran su cuerpo al bosque para que la devoraran las criaturas que allí habitaban.

—Y en cuanto a la bestia —concluyó Merlín—, se corrió la voz sobre su existencia por todo el país, y hasta allí acudían caballeros para buscarla, creyendo que su captura les otorgaría honor. Pero os digo algo, mi señora, y es que ninguno de ellos será capaz de culminar esta búsqueda más que vuestro hijo Palomides.

—¿Y por qué debería él encargarse de una tarea tan terrible? —demandó la dama Etain.

—Desconozco por qué debería ser vuestro hijo y no otro —respondió Merlín—. Solo sé que es así.

—Habéis profetizado algo maligno —dijo Etain.

—Dejadme que os diga, mi señora, que vuestros tres hijos florecerán en la Mesa Redonda y serán considerados algunos de los más importantes de la hermandad.

Después de decir esas palabras, Merlín se marchó sin previo aviso, aunque nadie supo adónde.

Al día siguiente, el señor Esclabor y su esposa se despidieron del rey Pellinor y viajaron hacia la áurea Camelot. Allí, tras haber oído hablar de ellos, el rey Arturo dio la bienvenida a la familia, y le

ofreció a Esclabor de inmediato un lugar en la Mesa Redonda.

—Lo rechazo, mi señor —respondió el babilonio—. Necesitáis caballeros jóvenes, no ancianos. Pero os recomiendo a mis hijos, quienes sin duda brillarán en vuestra compañía.

El rey Arturo contestó que los recibiría de buen grado, siempre que accedieran a ser bautizados durante la celebración del Pentecostés. Esclabor aceptó, pues la dama Etain había recibido el bautismo antes de que se la llevaran de su hogar, y sus hijos habían crecido con el conocimiento de ambas creencias.

Al día siguiente, tuvo lugar la fiesta de Pentecostés, y allí acudieron Esclabor y sus hijos mayores para que los bautizaran. Pero no había ni rastro de Palomides. El rey Arturo se disgustó con aquello y envió a sus hombres a que encontraran al joven. En ese momento, apareció Merlín entre ellos y demandó saber por qué Arturo debía posponer la ceremonia solo porque desconocieran dónde estaba Palomides.

—¿Dónde está? —preguntó el rey Arturo.

—No lo encontraréis en estos momentos —respondió Merlín—. Ya ha comenzado la búsqueda que le llevará muchos años y, a cambio, le proporcionará un gran honor.

—¿Y qué búsqueda es esa? —dijo Arturo.

Pero Merlín permaneció en silencio, y así fue como el señor Esclabor, Safer y Segwarides fueron bautizados, y los dos jóvenes fueron nombrados caballeros de la Mesa Redonda. No obstante, no volvieron a oír hablar de Palomides hasta pasado un buen tiempo.

Poco después de eso, el rey Arturo en persona se encontró con la Bestia Aulladora mientras cazaba, tal como nos cuenta el maestro Thomas, y ese mismo día se encontró al rey Pellinor, que ya perseguía entonces a la bestia. Merlín apareció disfrazado y le contó al rey la naturaleza de la bestia[9], a la que nombró Glatisant, por el sonido de los perros que gañían dentro, o, como dicen los franceses, *glatissant*, y después de eso Merlín se adentró en el bosque y halló a Palomides sentado bajo un árbol.

—¿Quién sois vos? —preguntó Merlín.

Palomides lo miró malhumorado, y se negó a darle su nombre o propósito.

—Sé que sois el hijo menor del señor Esclabor, pues ya nos hemos visto antes —dijo Merlín.

En ese momento recuperó su forma y Palomides lo recordó del castillo del rey Pellinor. Se puso en pie de un salto, fuera de sí, y exigió saber por qué había ido a buscarlo hasta allí.

—Solo quiero preguntaros qué haréis ahora que habéis rechazado el bautismo y dejado a vuestra familia atrás.

Palomides declaró:

—Se me arrancó de mi tierra sin mi consentimiento, y ahora se me arranca de este reino. Se me ha nombrado caballero, aunque aún no me haya puesto a prueba, y yo no lo pedí. ¡Y ahora quieren bautizarme para que sea como todos los demás! No soy una criatura que puedan arrastrar de un lugar a otro a placer de los demás. Por tanto, he venido a este bosque a reflexionar qué debo hacer a continuación.

A eso, Merlín dijo:

—Palomides, os diré lo que debéis hacer ahora. Tenéis un largo viaje por delante. Comenzará en la tierra de vuestra madre, en Irlanda, donde conoceréis a una mujer de gran belleza cuyo amor desearéis. Pero ella está destinada a estar con otro hombre, y durante muchos años él y vos seréis camaradas y rivales por su amor. Y durante una gran parte de ese tiempo perseguiréis a la bestia llamada Glatisant, a la que busca actualmente el rey Pellinor. Solo el tiempo dirá si completáis o no vuestra búsqueda, pero mientras os implicáis en ella, obtendréis mucho honor y conoceréis a muchas personas que tratarán de destruiros. Pero casi siempre las derrotaréis, pues este es vuestro sino.

Al oír las palabras de Merlín, Palomides se alegró en cierta manera, pues a pesar de que el viaje sonara difícil, quería descubrir más cosas de esos asuntos, igual que había hecho de niño. Y los que hayan leído sus aventuras en el gran libro del maestro Thomas sabrán que la mujer que llegaría a amar fue la reina Isolda de

Irlanda, cuyo gran amor fue sir Tristán, que solo estaba por debajo de sir Lancelot en fuerza entre aquellos que se sentaban a la Mesa Redonda. Pero esa historia se ha contado frecuentemente y, por tanto, no escribiré sobre ella aquí, sino que me centraré en el final de la búsqueda de Palomides, que llegaría muchos años más tarde, hacia la época en que se desmembraría la Mesa Redonda y llegaría el fin del reinado de Arturo.

En esos días, la fama de Palomides era tan grande como la de cualquier otro de la hermandad, a la que se unió un tiempo después que sus hermanos por las grandes hazañas que había superado. Sin embargo, había quienes dudaban de él y se opusieron a él por haber rechazado el bautismo. Muchos hablaban mal de él por su papel en las oscuras telarañas del amor entre Tristán e Isolda, y por su larga y amarga lucha contra el rey Mark de Cornualles. Uno en concreto, sir Dinadan, se mofaba de Palomides en público, declarando que había pasado demasiado tiempo persiguiendo a la reina irlandesa, en lugar de seguir a la Bestia Aulladora, pues había pasado mucho tiempo desde que Merlín predijera que la seguiría tras la muerte del rey Pellinor. Enfurecido por aquello, Palomides se marchó de la corte, decidido a entregarse a la búsqueda de la bestia.

✣ ✠ ✣

SABIENDO QUE a Glatisant se la solía ver en las lindes del Gran Bosque, hacia allí se dirigió Palomides, adentrándose más que nunca en las sombrías redes del bosque. Allí se encontró en una arboleda resguardada donde brotaba un manantial del suelo. Ahí Palomides descansó, y le dio a su caballo de beber, y encontró reposo a la sombra de los árboles. Allí, más tarde, oyó el sonido que tan bien conocía: el del gañido de doce pares de perros. De inmediato, se ocultó entre los árboles, manteniendo cerca a su montura para poder tranquilizarla. Entonces vio a la Bestia Aulladora acudir al manantial a beber, igual que el rey Arturo

tantos años atrás. Solo mientras bebía remitía el sonido de gañidos que surgía de sus adentros.

Recordando los tiempos en que se había apresurado a intentar capturar y matar a la bestia, y cómo esta siempre se había escapado, Palomides permaneció en silencio y la observó mientras bebía. Cuando hubo satisfecho sus necesidades, los gañidos de su interior siguieron callados un tiempo.

Y Palomides continuó observando.

Se fijó en que la bestia miraba siempre hacia el oeste, donde el sol había empezado a ponerse, y cómo partía en esa dirección. Moviéndose en silencio, Palomides montó en su caballo y siguió a la criatura hasta que, cuando el sol se puso, Glatisant se tumbó y se durmió. Palomides se quedó cerca, pero todavía no quiso acercarse a la bestia, y muy pronto el sonido de los gañidos comenzó a surgir del vientre de la criatura, y se despertó y volvió a ponerse en marcha.

Toda esa noche, y durante muchos días después, Palomides siguió a la Bestia Aulladora allá donde iba. Observó que siempre viajaba en dirección al sol, y que descansaba al alba, al mediodía y en el crepúsculo, bebiendo cuando podía, aunque parecía que no comía ni dormía.

Palomides comenzó a cansarse, y también su caballo, hasta que al fin, un día que había cabalgado esforzadamente tras la bestia, su montura cayó muerta bajo él.

Palomides conoció entonces una profunda desesperación, pues creía que ahora apenas tenía posibilidades de atrapar a la bestia, ni tampoco se le ocurría dónde podía conseguir una montura nueva. Así que abandonó su lanza y su escudo junto al caballo muerto y siguió a la bestia a pie.

Pronto, el peso de la armadura y el calor del día comenzaron a afectarlo, pero él continuó avanzando a pesar de todo. A la postre, se encontró en un angosto camino que discurría entre altos bancos hasta el lugar donde un manantial brotaba de entre las rocas. Allí, la Bestia Aulladora se había detenido a beber, y cuando Palomides

miró a su alrededor, vio que no había otra salida más que el sendero en el que se encontraba.

Con un grito, desenvainó la espada y echó a correr hacia la bestia, que, al oírlo, dio media vuelta, acorralada. Alzada sobre las patas traseras, estiró su largo cuello y le arrancó la espada de las manos a Palomides. Luego, avanzó hacia el caballero, siseando y escupiendo como una serpiente, mientras los perros gañían en sus adentros.

Palomides sacó su puñal y saltó hacia la bestia, presionándola hasta pisar su mismísima sombra. Y fue entonces cuando hundió el puñal en su vientre y le provocó allí una terrible herida. La bestia chilló y cayó de lado, y de su interior emergieron los doce pares de perros que habían habitado allí desde su nacimiento.

Palomides temió por su vida, creyendo que lo harían pedazos, pero los perros solo se interesaron por el agua del manantial y, al abalanzarse sobre ella y beber, fueron debilitándose y adelgazándose, hasta que al fin, sin el cuerpo de la bestia para mantenerlos, la vida los abandonó y fueron cayendo muertos, uno tras otro, a su lado.

Un gran agotamiento asoló en ese momento a Palomides, y no deseó otra cosa más que dormir. Cuando miró a la Bestia Aulladora, vio que estaba muerta, pero tenía los ojos abiertos, y daba la sensación de que estuviera observándolo de tal forma que sintió pavor. Por tanto, antes de dormir, ató una cuerda alrededor del cuello de la criatura y el otro extremo a un árbol, y entonces se acomodó y se sumió en un sueño profundo que duró tres días con sus tres noches.

Cuando se despertó, miró hacia el lugar en que yacía la Bestia Aulladora, pero ya no la vio. En cambio, donde antes había descansado, vio a una anciana con un cuerpo fino y frágil como un helecho y las muñecas sujetas con una soga que la ataba a un árbol. Palomides se maravilló ante aquella imagen, y también sintió miedo, pues se percató de que sus ojos eran los mismos que los de la Bestia Aulladora. Pero la anciana le habló:

—No temáis, sir Palomides, pues soy la que antes llamaban Glatisant, y durante muchos años he esperado vuestra llegada con la esperanza de que me liberarais. Ahora solo os pido una cosa: que me llevéis a un lugar donde pueda hallar descanso y ser bautizada al fin, ya que hasta ahora no había podido adoptar una forma mortal y no había tenido la oportunidad de reconciliarme con Dios.

ILUSTRACIÓN 3: *«Entonces vio a la Bestia Aulladora acudir al manantial a beber, igual que el rey Arturo tantos años atrás».*

Y así fue como Palomides levantó a la anciana, que en verdad pesaba muy poco, y se la cargó al hombro, y desanduvo el trayecto por el bosque, ahora que sus pasos eran más ligeros que nunca. Allí se encontró con un hombre que se apoyaba en un cayado, y la leyenda dice que no era otro que Blaise, a quien muchos consideran el maestro de Merlín, y uno de los hombres más sabios de aquella época.

Mientras el caballero vacilaba, el anciano le dijo:

—Palomides, he venido a buscaros y a llevaros a un lugar

seguro, y también a ayudar a esta dama que portáis.

Lo guio por el bosque hasta que llegaron a una cabaña, oculta entre los árboles, y allí el caballero posó a la anciana, que estaba demasiado débil para moverse, y Blaise la bautizó y le dio la extremaunción, pues, a pesar de su edad y antigua sabiduría, era un sacerdote de la nueva fe, así como de un camino más vetusto.

Poco después, la anciana exhaló su último aliento y Palomides y Blaise la enterraron en una tumba a la sombra de árboles milenarios. Después, dado que llevaba tanto tiempo lejos de la corte, Blaise le contó a Palomides cómo iban las cosas en el reino de Arturo, y cómo el amor que Lancelot sentía hacia la reina había causado una guerra. También le habló de la enemistad que había crecido entre Lancelot y Gawain, después de que aquel hubiera matado por error a sir Gareth, el hermano de Gawain.

—Debo regresar de inmediato a la áurea Camelot —dijo Palomides—, pues el rey me necesita.

—¿Hay algo más que pueda hacer por vos? —preguntó Blaise.

Ya le había encontrado al caballero una nueva montura, pero su sabiduría le decía que el caballero aún necesitaba algo más. Palomides vaciló.

—Solo hay una cosa que desearía, si fuera posible. Desearía ver a mi madre e informarla de que he cumplido al fin con mi búsqueda.

Blaise asintió y pronunció unas antiguas palabras que atrajeron hacia sí a la dama Etain, quien, debido a su sangre feérica, había vivido mucho más que la mayoría y podía oír las palabras que pronunciaba el anciano. Ella y Palomides se regocijaron por su reunión, y Etain escuchó toda la historia sobre la bestia y cómo se había resuelto finalmente.

Luego Palomides se despidió de Blaise y de la dama Etain y partió hacia la áurea Camelot, donde lucharía junto al rey Arturo en la batalla de Camlann, y allí dio su vida como tantos otros caballeros de la Mesa Redonda.

Y así termina la historia, que al fin se cuenta al completo. Y que

se sepa que Palomides fue recordado por los miembros de la hermandad que vivieron tras aquellos tiempos sombríos, y que desde entonces se le conoció como el caballero de la Bestia Aulladora.

Ahora pasaremos a la historia de aquel que llamaban el bello desconocido, o, tal como se escribe en la lengua latina, *Libeaus Desconus*.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA HISTORIA DE LA BESTIA AULLADORA.

IMPLICIT LIBEAUS DESCONUS.

8: LA AVENTURA DEL BELLO DESCONOCIDO

Aquellos que conozcan bien la obra magna del maestro Thomas recordarán sin duda la historia de sir Gareth de las Orcadas, cuarto hijo del rey Lot y la reina Morgause, quien llegó a la áurea Camelot como un total desconocido y se embarcó en aventuras que lo hicieron famoso. Más tarde fue nombrado caballero por nada menos que el mismísimo Lancelot. Sin embargo, aquí contaré un relato sobre otro, cuyo nombre estaba oculto al principio de su primera gran aventura. Es posible que quien lea estas líneas vea aquí la sombra de otra historia. Este tipo de cosas ocurren a menudo con las colecciones de relatos que he estudiado para escribir este libro. Historias como esta nos llevan al corazón del Gran Bosque, que otros denominan «el Bosque de la Aventura». La verdadera identidad del héroe anónimo será de gran interés para todos aquellos que deseen

conocer la historia completa de la Mesa Redonda.

✣ ✣ ✣

En el mes de agosto, el rey Arturo reunió a la corte en Caerleon. La mayoría de sus mejores caballeros estaban presentes, demasiados como para enumerarlos a todos. Por la noche, se sentaron a cenar, ¡y que no te quepa duda de que sirvieron la mejor carne y la más espléndida bebida que existía en aquellas tierras! Mientras comían, un joven entró en el salón montado a caballo y se aproximó a la tarima donde se sentaban el rey Arturo, la reina y varios de sus caballeros.

—Señor, os doy la bienvenida —dijo el rey Arturo—. Desmontad y uníos a nosotros.

—Os doy las gracias, noble señor —respondió el muchacho—. Pero antes necesito pediros un favor, y dado que esto es la corte de Arturo, sé que no se me negará, sea cual sea e independientemente de las consecuencias.

—Siempre que no ofenda a nadie, os lo concederé —respondió Arturo.

Se acercaron unos escuderos a sostener la montura del joven y a ayudarlo a desarmarse. Los presentes admiraron su espléndida armadura y sus armas, así como el escudo que portaba, en el que aparecía un león de armiño sobre un campo azul. Le buscaron sitio en la mesa y le sirvieron comida y bebida frescas, y agua con que lavarse las manos.

Una vez se hubo sentado, el rey Arturo envió a su mayordomo, sir Bedivere, a preguntarle al muchacho cuál era su nombre y linaje. Cuando Bedivere regresó, informó de que el joven desconocía si tenía un nombre, pero que su madre siempre lo había llamado «bello hijo», y que de sus padres solo la conocía a ella. Del nombre o rango de su padre no sabía nada. Cuando sir Lancelot lo oyó, miró con simpatía al muchacho, recordando la vez que tuvo que buscar

su propio nombre y título [10].

El rey Arturo miró al lugar en que se sentaba el joven y dijo:

—Dado que no tenéis nombre y debemos llamaros de alguna forma, yo mismo os pondré uno. Seréis el *Libeaus Desconus*. (Es decir, el «bello desconocido»).

Mientras hablaban, entraron dos personas más en el salón. Al frente iba una doncella tan hermosa como una flor de verano, a lomos de un caballo del color de las nubes. Detrás de ella, espoleando al caballo, venía un enano, quien a pesar de su reducida estatura tenía un semblante de gran nobleza y belleza. Tras refrenar a su montura ante el rey, la doncella habló:

—Rey Arturo, vengo a pediros ayuda para mi señora, la dama de Sinadoun. Está cautiva contra su voluntad en la ciudad de ese nombre, que antaño fue hermosa y hoy está desolada. La única forma de rescatarla es que un único caballero, que debe ser el mejor y más valeroso de vuestra hermandad, supere la aventura del beso temible.

Todo esto lo dijo en un torrente de palabras, y cuando la doncella se quedó callada, la corte entera se sumió también en el silencio. El rey Arturo miró a su alrededor, buscando entre los rostros de los caballeros a aquel a quien podría enviar a esa aventura, aunque ninguno de ellos supiera lo que podía esperarle. Antes de que tuviera tiempo de nombrar a uno, el joven al que poco antes había bautizado como el bello desconocido se puso en pie.

—Señor —exclamó—, reclamo el favor que se me ha prometido: que se me permita emprender esta tarea.

El rey Arturo frunció el ceño.

—Es una tarea demasiado ardua para alguien tan joven e inexperto.

—Señor, me habéis dado vuestra palabra de que me concederíais cualquier favor que pidiera salvo que trajera la desgracia sobre otra persona. No pido más que honréis vuestra palabra.

—Muy bien —dijo el rey—. Pero, primero, acercaos para que pueda nombraros caballero de la Mesa Redonda, pues solo así

podréis embarcaros en esta aventura.

Cuando el bello desconocido se acercó al rey, la doncella, que hasta entonces había permanecido en silencio, gritó:

—¡Rey Arturo! He pedido el mejor de los caballeros de vuestra hermandad, no el peor. Veo que he acudido hasta aquí en vano, ¡y que debo regresar con mi dama y decirle que no recibiremos ayuda alguna del rey Arturo!

Y antes de que pudiera responder, volvió grupas y salió al galope del salón, con el enano al trote detrás de ella.

—Bueno —dijo el rey al bello desconocido—, ¿deseáis aún seguir por este camino?

—Sin duda, mi señor —respondió el joven.

—En ese caso, declaro ante todos los presentes que, a partir de este día, sois un caballero de la Mesa Redonda.

✣ ✣ ✣

YASÍ FUE COMO el bello desconocido fue nombrado caballero, y antes de partir tras la doncella, sir Gawain se le acercó y se ofreció a armarlo, pues había algo en aquel joven que admiraba, al ver en él parte de su coraje. En efecto, casi parecía que conociera al muchacho, aunque no se le ocurría cómo podía ser eso posible. Además de la armadura y las armas, Gawain le confió también a uno de sus escuderos, un muchacho avispado llamado Robert.

Armado y bien equipado, el bello desconocido partió presto de Caerleon en busca de la doncella y el enano. No tardó en divisarlos en el camino y se apresuró a adelantarlos. El recibimiento de la doncella fue poco alentador.

—¿Sois vos, chico? —preguntó—. Idos a casa antes de que os hagáis daño. Necesito a un caballero real para ayudar a mi dama, ¡no a un muchacho barbilampiño al que acaban de nombrar caballero!

—Mi señora —respondió el bello desconocido—, la tarea me la

ha encomendado mi señor, el rey Arturo. Debo seguiros y probar a resolver esta aventura.

Ante su sorpresa, el enano, cuyo nombre era Tidogolain, fue quien habló a continuación:

—Mi señora, creo que deberíais dejar que el muchacho probara suerte. Después de todo, incluso un caballero recién nombrado es mejor que ninguno.

A pesar de sus palabras, la doncella continuó despreciando al bello desconocido, aunque no había nada que pudiera hacer para impedir que cabalgara junto a ella. Así que viajaron juntos hasta que llegaron a un lugar conocido a lo largo y ancho del mundo como el Vado Peligroso. Tenía una reputación terrible y la mayoría de las personas lo evitaban. Pero el camino de la doncella pasaba por allí, y el bello desconocido debía seguirla.

Cuando se aproximaron al vado, vieron una tosca cabaña al otro lado del agua, y un escudo apoyado en ella, con una mitad de oro y la otra de plata. En la entrada había un caballero alto sentado, jugando al ajedrez con dos jóvenes. Su nombre era Blioberis, y era tan orgulloso y vil como fuerte. Cuando atisbaron al bello desconocido aproximarse con la doncella y el enano, el caballero se puso en pie y los dos jóvenes comenzaron a armarlo. El escudero Robert trajo las armas que Gawain le había entregado al bello desconocido, e hizo lo propio para preparar a su señor para la batalla.

Al verlo, la doncella se volvió hacia su indeseable compañero.

—Sería mejor que ya os hubierais marchado a casa —dijo—. Ese es un caballero de lo más fiero y terrible, y sin duda os matará.

Pero el bello desconocido ignoró sus palabras y cabalgó hasta el borde del agua.

—Señor —le gritó al otro caballero—, ¿nos dejaréis pasar? Vengo en una misión en nombre del rey Arturo para ayudar a la señora de esta doncella.

—Llevo siete años custodiando este vado —resopló Blioberis—. No estoy dispuesto a renunciar a él por un zagal.

—Pues entonces no sois más que un canalla —replicó el bello desconocido, y le pidió a Robert una lanza.

Los dos hombres cargaron uno contra el otro y se toparon con un gran estruendo en mitad del vado. El agua salpicó alto y los dos acabaron en el suelo, pero mientras que el bello desconocido había salido ileso, su lanza se había hundido directamente en su objetivo, y le había abierto una herida profunda a Blioberis en el costado. Los dos caballeros desenvainaron las espadas y siguieron combatiendo un rato, pero Blioberis no tardó en debilitarse por la pérdida de sangre, y al fin se arrodilló y suplicó clemencia.

El bello desconocido accedió a perdonarle la vida, pero le hizo prometer que en cuanto pudiera montar, acudiría directamente a la corte de Arturo y se pondría a merced del rey.

Blioberis accedió, y mientras Robert ayudaba a su señor a desarmarse, se oyó al enano decir, a nadie en particular, que el joven caballero se había desenvuelto bien, y que era una gran suerte que estuviera con ellos.

La doncella se limitó a levantar los hombros y sugerir de nuevo al joven caballero que debería volver a casa. Y, de nuevo, y con la misma firmeza, él se negó.

Así que continuaron cabalgando, dejando al herido Blioberis bajo los cuidados de sus ayudantes. Sin embargo, cuando estaba a punto de perder de vista al bello desconocido, el orgulloso caballero comenzó a pensar en cómo podría vengarse por la deshonra que había sufrido. Sus pensamientos se fueron hacia los tres compañeros con quienes había pasado el tiempo recientemente, y que esperaba de vuelta en el vado en cualquier momento. Esos tres eran Elin el Hermoso, señor de Graie, el Caballero Fuerte de Saie y William de Salebrant.

Aquella noche, regresaron de sus propios viajes y encontraron a Blioberis herido en su cabaña, y le preguntaron qué había sucedido. Blioberis les contó la historia con pelos y señales y les suplicó que persiguieran al caballero desconocido y le vengaran.

—Matadlo o capturadlo, lo mismo da —dijo con un gesto

sombrío—. Solo así podré liberarme de la promesa que le hice. No deseo postrarme ante el rey Arturo.

✣ ✣ ✣

ESA NOCHE, EL bello desconocido, la doncella, el enano y sus sirvientes acamparon en un prado, y allí el joven caballero descubrió que la joven a su cargo, orgullosa e indiferente, se llamaba Helie. Más allá de eso, apenas hablaron, y poco después se prepararon para dormir. Más tarde, cuando la luna proyectaba su fría luz sobre la Tierra, el bello desconocido se despertó de repente al oír una voz desde las profundidades del bosque que pedía ayuda a gritos.

Helie y los demás también se despertaron, y el joven caballero les preguntó si habían oído la voz. La doncella restó importancia a los gritos de inmediato:

—Si pensabais responder a esa llamada, os aconsejo que la ignoréis. Ya habrá suficientes aventuras en el camino que nos espera.

El bello desconocido contestó con cortesía:

—Y, sin embargo, es mi deber como caballero de la Mesa Redonda responder a un grito de ayuda.

—Id, pues, si queréis —respondió Helie—, a mí me importa bien poco lo que hagáis. Me habéis seguido hasta aquí contra mi voluntad y ahora me abandonáis a pesar de mi consejo.

El bello desconocido le pidió a Robert que ensillara su caballo y le acercara la armadura. Luego, una vez estuvo adecuadamente pertrechado, partió a través del bosque en la dirección de la que parecían provenir los gritos. La doncella, que no quería quedarse sola en el bosque, decidió acompañarlo, no sin advertir al joven caballero de que aquella necedad les saldría cara.

No tardaron en llegar a un claro, donde vieron a dos repugnantes gigantes acampados junto a un fuego en el que estaban

cocinando un jabalí. Uno de los dos giraba el asador y observaba a su compañero, que estaba arrodillado junto al cuerpo de una mujer. Estaban discutiendo con sus horrendas y bárbaras voces sobre quién debería disfrutar primero de ella, mientras la mujer yacía medio muerta, aterrorizada, sus gritos apenas ya un quejido mientras veía cómo sus terribles captores se preparaban para forzarla.

La doncella Helie le susurró al bello desconocido que se apresuraran a marcharse de aquel lugar impío lo antes posible.

—Conozco a esas terribles criaturas —dijo—. Llevan varios meses arrasando toda la región. Su apetito no conoce límites.

El bello desconocido ni siquiera la escuchaba. Tras analizar la situación de un vistazo, espoleó a su montura hacia el claro y ensartó al gigante que había más cerca de la mujer con una única lanzada, antes de echarlo al fuego. El segundo gigante se había levantado y empezó a sacudir un enorme mazo y a rugir desafiante, pero antes de que pudiera golpear, el joven caballero volvió a ensartar su lanza y luego, tras desenvainar la espada, le partió la cabeza en dos de un solo espadazo.

El problema se resolvió en un instante, y Tidogolain aplaudió con gozo.

—¿Lo veis, mi señora? —gritó—. Mirad qué bien se desenvuelve el joven caballero. Creo que tal vez os habéis equivocado con él.

Desconcertada, Helie anheló entonces el perdón del caballero, quien lo aceptó con un gesto mudo de cabeza y centró su atención en la mujer que había rescatado de los gigantes. Ella, llorando de alivio, le dio las gracias profusamente y les dijo que su nombre era Clarie y que era la hermana de sir Sagramore, un formidable caballero de la Mesa Redonda. Estaba sentada en el jardín de su padre aquella mañana cuando los gigantes entraron por la fuerza y la raptaron.

Mientras tanto, Robert había estado explorando y había hallado una cueva cercana que antes había sido la guarida de los gigantes. Dentro había todo tipo de bienes y viandas que habían robado de la zona colindante, incluidos comida y vino, e incluso manteles. Con la

ayuda de Tidogolain, el escudero no tardó en preparar un magnífico banquete, y que no te quepa duda de que la compañía cenó bien aquella noche.

Pero ese no fue el final de sus aventuras aquel día. Mientras se preparaban para echarse a dormir de nuevo, y al tiempo que Robert cortaba hierba fresca para las monturas, vio aproximarse hacia ellos a tres caballeros armados que, por su semblante, parecían de todo menos amistosos. Se apresuró a regresar con su señor y se lo contó, y el bello desconocido se puso en pie de un salto, sin armadura, y desenvainó la espada, preparado para defender a las dos mujeres y a sus sirvientes.

Podría haber caído bajo las lanzas de los tres caballeros en un abrir y cerrar de ojos, pues eran en efecto los amigos del vencido Blioberis, pero Helie dio un paso al frente y los instó a que se detuvieran. Les recordó sus votos caballerescos y les suplicó que le dieran al bello desconocido tiempo para armarse.

Los tres caballeros desdeñaron sus súplicas e insistieron en que habían venido a matar al caballero que había dejado en ridículo a su hermano, Blioberis, y que no había nada que pudiera zanjar la disputa salvo su muerte.

Helie ayudó a Robert a ceñirle la armadura al bello desconocido y, en ese momento, volvió a recordarle que había jurado salvar la vida de su señora. El bello desconocido prometió que nadie impediría que llevara a cabo su tarea, antes de volverse para enfrentarse a sus nuevos adversarios.

El primero que cargó contra él fue William de Salebrant, quien debió de arrepentirse al punto, ya que la lanza del bello desconocido le atravesó el escudo y la cota de malla y lo mató allí mismo, a lomos de su caballo.

Con un grito, el señor Elin de Graie atacó. El bello desconocido lo tiró del caballo y lo dejó desmadejado en el suelo, lamentándose por un brazo roto.

El tercero y último era el señor de Saie, de lejos el más fuerte de todos. Cuando se topó con el bello desconocido, sus escudos se

partieron y las lanzas se astillaron, y los dos acabaron en el suelo. Continuaron combatiendo con espadas, hasta que a la postre el bello desconocido venció a su oponente, le quitó el yelmo y colocó la punta de la espada contra su cuello. El señor de Saie suplicó piedad, y el bello desconocido se la concedió, no sin antes pedirle que se pusiera a merced de Arturo y le contara todo lo ocurrido.

Y eso acordaron, y al día siguiente, tras enterrar al caballero muerto, los otros dos partieron hacia la áurea Camelot con la hermana de sir Sagramore bajo su cuidado.

✣ ✠ ✣

Cuando el bello desconocido hubo descansado por completo, él, Helie, Robert y Tidogolain partieron hacia la ciudad de Sinadoun, donde estaba cautiva la señora de Helie. El bosque se extendía a su alrededor, aunque el sendero era ancho. La compañía continuó su camino hasta que este los condujo por fin al mar. Era el mes de junio, cuando el hinojo cuelga verde de las paredes de numerosos salones, y cuando los días de verano son largos y se oye el trino de los ruiseñores. Allí, en un lugar que se convertía en una isla cuando subía la marea, se alzaba la ciudad de la Isla Dorada. Parecía que se hubiera construido con la ayuda de la magia, pues sus muros eran de mármol blanco y su tejado de plata adornada con mosaicos, y tenía un centenar de torres de mármol rojo alrededor.

El bello desconocido estaba a punto de dirigirse hacia aquella magnífica construcción cuando Helie habló:

—Este es un lugar terrible. Dentro vive una damisela de gran belleza conocida como la Doncella de las Manos Blancas. Está educada en las siete artes liberales, conoce el misterio de las estrellas y el funcionamiento de los encantamientos. Lleva cinco años asediada por un caballero llamado Malgier el Gris. Todo pretendiente que ha intentado acercarse a ella ha terminado muerto.

—Veamos entonces si acaso podemos superar esta nueva aventura —musitó el bello desconocido.

Helie sacudió la cabeza, disgustada.

—Recordad que habéis venido a rescatar a mi señora, la dama de Sinadoun. No la ayudaréis si caéis bajo la fuerza de este caballero. Y hay algo más que deberíais saber. Cada vez que muere uno de los pretendientes, las gentes de la ciudad le ordenan que defienda el puente siete años más. Malgier lleva muchos años apostado allí. Eso no se consigue sin un gran poder y habilidad.

Pero no había nada que pudiera disuadir al bello desconocido. Ya había virado hacia la ciudad y se negaba a dar media vuelta.

A medida que se acercaban, vieron un puente que se extendía hasta la entrada de la ciudad por encima de una ensenada donde el mar entraba y retrocedía con la marea. A un lado del extremo más cercano se alzaba una tienda rodeada por una empalizada de afiladas estacas. Una decoración espantosa adornaba las puntas: cabezas humanas, hasta ciento cuarenta y tres, lo único que quedaba de los caballeros asesinados por Malgier el Gris. Lo vieron a lo lejos, ya pertrechado, preparándose para recibirlos. Su escudo mostraba el emblema de dos manos blancas, y así demostraba lo convencido que estaba de que acabaría consiguiendo la mano de la dama de la Isla Dorada.

Mientras los dos caballeros se preparaban para la batalla, los muros de la ciudad se llenaron de ciudadanos. Todo el mundo había acudido a ser testigo de la caída de Malgier o del bello desconocido. En la torre roja más alta, la Dama de las Manos Blancas también los observaba.

Los contrincantes cargaron hacia el otro con tamaña fuerza que, al toparse, ambos salieron despedidos de sus monturas y cayeron al suelo, aturdidos. Sin embargo, no tardaron en recuperarse, y con las espadas desenvainadas se precipitaron contra el otro con gran vigor. El combate se fue desarrollando por aquí y por allá hasta que el bello desconocido le propinó a Malgier un espadazo que lanzó el yelmo por los aires, a lo que le siguió un golpe que le partió la

cabeza en dos.

Se produjo entonces un silencio intenso, antes de que los muros de la ciudad prorrumpieran en vítores y, al abrirse las puertas, las gentes se apresuraran a levantar alegremente al joven caballero sobre los hombros y llevarlo dentro. La Dama de las Manos Blancas esperó, sonriendo, pues en verdad odiaba a Malgier y deseaba fervientemente su muerte. Al bello desconocido ella le pareció lo más hermoso que había visto jamás; su belleza lo dejó sin aliento y sin habla. A ella también le gustó el aspecto de él, y le dio las gracias con insistencia, antes de prometerle riquezas, tierras… ¡y a ella! También le prometió que la tradición de la batalla del puente terminaría de inmediato. El bello desconocido habló con ella con educación, más que superado por aquel giro de los acontecimientos.

Sin embargo, apenas tuvo tiempo de pensar, pues no tardó en organizarse un gran festín de celebración. Helie y Robert, junto con Tidogolain, el enano, se alojaron en la ciudad, mientras que al bello desconocido le ofrecieron una de las alcobas más encantadoras y ropa limpia.

El festín comenzó antes de lo que esperaba. Sentaron al joven héroe a la cabeza de la mesa, con la Dama las Manos Blancas a un lado y Helie al otro. A medida que avanzaba la noche, Helie consiguió hablar en privado con el bello desconocido, y le informó de que la Dama de las Manos Blancas había hecho llamar a todos sus lores para informarles de que tenía la intención de desposarse con su joven salvador.

—¿Y si me niego? —preguntó, desconcertado por aquella noticia inesperada.

—Pues sin duda os matarán u os encarcelarán. Y en ese caso —añadió— os resultará harto complicado llevar a cabo vuestra verdadera tarea: ayudarme a rescatar a mi señora.

—¿Y qué debería hacer? —preguntó el bello desconocido.

—Solo tenéis una opción —respondió Helie con voz queda—. Debéis marcharos en secreto. Tengo alojamiento en la ciudad, como sabéis. Robert os preparará un caballo y os esperaré antes de que

raye el alba. Yo, junto con Tidogolain, os esperaré cerca de la capilla que hay justo al otro lado de la puerta. Decidle a quien os pregunte que vais a dar las gracias por vuestra victoria.

Una decoración espantosa

El bello desconocido accedió a aquella sugerencia, y cuando la celebración finalizó, a Helie la escoltaron hasta su alojamiento, en tanto que al bello desconocido lo acompañaron a su alcoba, donde le habían preparado un lecho de gran comodidad y esplendor.

Allí, ya tumbado en la cama, pensando en los acontecimientos de los últimos días y preguntándose cuánto más tendría que esperar antes de poder marcharse sin que lo vieran, el bello desconocido se percató de que la puerta de su alcoba se había abierto y de que la Dama de las Manos Blancas había entrado. Con los ojos entornados, vio a la tenue luz que tenía el pelo suelto y que no llevaba más que una capa encima del vestido. Distinguió de reojo sus esbeltas piernas blancas sus diminutos pies desnudos.

Se acercó a él en silencio y se quedó mirándolo.

—¿Dormís? —susurró.

—No, mi señora —respondió él, abriendo los ojos.

Con una sonrisa, la de las Manos Blancas se sentó en el borde de la cama. Charlaron un rato, y ella apoyó la cabeza en la almohada junto a la de él. Con delicadeza, el bello desconocido alargó los brazos y acercó los labios a los suyos, pero en ese momento la de las Manos Blancas se apartó de súbito.

—¡No habrá juegos de amor entre nosotros hasta que estemos casados! —gritó.

Con esas palabras, se marchó de la habitación sin perder un instante, dejando al bello desconocido enfadado y abatido. A esas alturas ya estaba algo más que enamorado de la dama, y tenerla tan cerca solo para que lo rechazara era más de lo que podía soportar. Agradeció entonces que hubiera decidido huir del lugar, cuando antes en secreto no había sentido más que remordimientos.

✣ ✣ ✣

A LA MAÑANA SIGUIENTE, todo se desarrolló tal como habían planeado. El bello desconocido se levantó y se escabulló del castillo, antes de reunirse con Robert, Helie y Tidogolain, el enano, como habían acordado. No tardaron en dejar atrás la Isla Dorada, y Helie cantaba de alegría, pues pronto alcanzarían la desolada ciudad de Sinadoun. Solo los esperaba un obstáculo más, y era el que Helie más temía, pues a esas alturas ya sabía que el bello desconocido jamás rehuiría enfrentarse a un peligro.

Cuando menos de un día después divisaron las murallas de otra ciudad, ella ya estaba preparada para la pregunta. Y, sin embargo, le sorprendió, pues tras un tramo sumidos en un silencio inusual, él le preguntó si era un buen lugar donde alojarse.

—En absoluto —respondió Helie—. El señor de esta ciudad se llama Lampart. Se enfrenta a todo aquel que acude a él y, si vence, que por lo que sé es lo habitual, el perdedor acaba expulsado de la

ciudad por sus gentes, que le lanzan basura de una forma harto deshonrosa.

Por primera vez tras haber escapado de la Isla Dorada, al bello desconocido se le iluminó el rostro.

—No debería permitirse que continuara una costumbre tan vil. Vayamos hacia allí de inmediato.

Por descontado, no había nada que Helie pudiera decir para disuadirlo. Cabalgaron sin problemas hasta la ciudad, y una vez dentro de sus muros, la gente comenzó a abuchearlos y a señalarlos; algunos incluso acopiaron mugre de las calles, preparándose para lo que, en sus cabezas, era un resultado inevitable.

Encontraron a Lampart sentado al sol en su gran salón. De pelo cano y poderoso, estaba inmerso en una partida de ajedrez, y, cuando los compañeros entraron, le hizo un jaque mate triunfal a su oponente.

Se puso en pie para recibir al bello desconocido y su compañía, y los saludó con cortesía.

—Os doy la bienvenida, mi buen caballero; mi señora, bienvenida. Si buscáis alojamiento aquí esta noche, me complacerá ofrecéroslo. Pero primero debéis justar contra mí. Si vencéis, no ocurrirá nada malo. Si perdéis, deberéis partir de inmediato y no recibiréis buena escolta por parte de la ciudad.

—Acepto —dijo el bello desconocido, y avisó a Robert para que lo armara.

La justa tuvo lugar dentro de un gran salón donde se habían levantado lizas y dispuesto una magnífica alfombra sobre el suelo. Los dos combatientes se armaron con cuidado; Robert asistía a su señor, mientras Lampart, sentado en un trono que habían situado encima de la imagen de un leopardo gris cosido en la alfombra, iba ataviado con la armadura cuyo esplendor distaba mucho del maltrecho arnés del joven caballero.

Una vez preparados, los dos montaron y cabalgaron hacia el otro con las lanzas en ristre. En la primera carga, ambas lanzas se astillaron, y a pesar de que los dos hombres se mecieron en las

sillas, ninguno de los dos tenía ventaja sobre el otro. La segunda carga fue igual, pero en el tercer encuentro, el bello desconocido desmontó a su oponente limpiamente, y este cayó al suelo con un estruendo. Lampart se puso en pie y, tras quitarse el yelmo, le ofreció alojamiento a la compañía.

Ante la sorpresa del bello desconocido, Helie dio un paso al frente y lo saludó con calidez:

—Señor —le dijo—, este caballero es el senescal de mi señora, el mejor caballero de nuestras tierras. Al haberlo derrotado, habéis demostrado, si es que acaso era necesario, que estáis más que capacitado para intentar su rescate.

Acto seguido, se volvió de nuevo hacia Lampart y le contó sus aventuras, admitiendo que en un primer momento había hablado con dureza del bello desconocido.

—Desde entonces, no ha dejado de demostrar que es un campeón fuerte y respetable. Y creo que por sus venas corre sangre noble, aunque haya decidido ocultar su verdadero nombre y rango.

✣ ✣ ✣

AQUELLA NOCHE, EL grupo disfrutó de grandes entretenimientos, y por la mañana se prepararon para partir hacia Sinadoun. Lampart insistió en proporcionarle al bello desconocido armas nuevas, y en acompañarlos hasta que se perdieran de vista las murallas. Mientras cabalgaban, habló en voz baja con Helie, mientras el bello desconocido avanzaba en silencio, temiendo en secreto por su capacidad para superar los peligros que lo aguardaban. Hasta ahora no había sentido tal miedo, pero a medida que se acercaba el final de su viaje, comenzó a dudar de su propia valía, y tuvo que esforzarse por ocultar sus deseos de dar media vuelta.

No lo ayudó la aparición de la ciudad, pues, cuando al fin llegaron a un lugar desde donde podían divisarla, parecía en ruinas, con torres derruidas y muros agrietados, medio oculta entre las

ramas entrelazadas de la floresta. Allí, Helie y Lampart se prepararon para echarse a un lado y refugiarse hasta que finalizara la batalla. En primer lugar, ayudaron a armar al bello desconocido con su flamante armadura, y durante todo ese tiempo Helie lloraba sin ocultarlo, e incluso el senescal tenía lágrimas en los ojos.

—Debéis ir solo —dijo Helie—. En el corazón de la ciudad hallaréis un salón aún en pie. Está hecho de mármol blanco, y tiene un diseño antiguo y muchas ventanas. En cada una de ellas veréis un juglar, todos con un instrumento distinto. Saludadlos con estas palabras: «¡Que Dios os maldiga!». Según respondan, se decidirá lo que ocurrirá a continuación. Si sobrevivís hasta ese momento, podréis entrar en el salón. Esperad entonces lo que pueda suceder. Mas id con cuidado y no entréis en ninguna de las cámaras laterales.

Si en ese momento pensó cómo era posible que Helie conociera aquellas cosas, el bello desconocido no dijo nada. Prometió seguir sus instrucciones y, tras despedirse de sus compañeros, echó a cabalgar solo. A medida que se acercaba a la ciudad, vio dos ríos que discurrían por delante de sus muros resquebrajados. Uno de ellos lo cruzaba un puente intacto, pero conducía a una puerta rota. El lugar entero parecía vacío y desolado, con un nombre bien merecido, aunque antaño debió de ser un sitio espléndido más allá de lo imaginable.

Después de detenerse ante las puertas derruidas de Sinadoun, el bello desconocido se santiguó y continuó por muros derrumbados y pavimentos agrietados. Al cabo de un rato, vio lo que debía de ser el salón, cuyas parades blancas relucían bajo el sol. Allí, tal como Helie le había dicho, había decenas de juglares, vestidos con un perturbador surtido de ropa de retales, cada uno con un instrumento distinto. Entre ellos distinguió arpas, rotas, gaitas, zanfoñas, violines, chirimías, laúdes, cuernos, panderetas y tambores, cornamusas, salterios, flautas y trompetas.

Cuando el bello desconocido se acercó, los cantantes comenzaron a proclamar:

—¡Dios bendiga al caballero del rey Arturo, enviado hasta aquí para ayudar a la señora de este lugar!

Aquello desconcertó y preocupó al caballero, pero recordó las instrucciones que Helie le había dado y, tras desenvainar la espada, bramó:

—¡Que Dios os maldiga!

Y, dicho eso, entró velozmente en el salón. Uno de los juglares saltó de inmediato tras él y cerró la puerta a sus espaldas. Dentro, el salón estaba iluminado por muchas velas, y en el centro descansaba una mesa de siete patas. El bello desconocido refrenó su montura y se sentó a esperar. Luego, un caballero con un escudo verde apareció de una sala lateral y lo atacó. Dos o tres golpes de su espada bastaron para espantar al tipo, y el entusiasmo hizo que el bello desconocido lo persiguiera hasta la misma puerta de la cámara de donde había emergido. En el último momento, el joven caballero se detuvo, recordando las palabras de Helie, y en eso vio dos grandes hojas afiladas descender hacia él en un veloz movimiento de frío acero. Reculó a tiempo, y la puerta de la cámara se cerró de un portazo. Tras retirarse de nuevo hacia el salón, le rogó a Dios que lo protegiera justo cuando una ráfaga de aire viciado extinguió todas las luces, y el lugar se sumió en una impenetrable oscuridad.

Al cabo de unos instantes, algunas velas se encendieron de nuevo, al parecer por voluntad propia, y mientras el bello desconocido se preparaba, un segundo caballero apareció por otra de las puertas. Este iba vestido todo con una armadura negra, y cabalgaba un caballo de cuya frente emergía un cuerno. ¡Por la nariz expulsaba humo y llamas como si de un dragón se tratara!

Los dos campeones se toparon con un fuerte estruendo y cayeron al suelo. Tras desenvainar las espadas, siguieron combatiendo; no había habido una batalla así desde que Tristán se enfrentó a Morhault. Pero, a la postre, el bello desconocido, herido y exhausto por aquel largo combate, le sacó ventaja a su contrincante y le propinó un golpe con toda la fuerza de su brazo, y la cabeza del caballero negro, aún con el yelmo, salió rodando por el suelo,

echando chispas a cada movimiento. Cuando el cuerpo cayó al suelo, una columna de humo negro y sulfuroso se elevó en el aire, y el cuerpo se pudrió al instante.

En ese momento, los juglares reaparecieron, apagaron todas las velas y se marcharon, cerrando tras de sí puertas y ventanas, de tal modo que el salón se quedó a oscuras, y hasta los mismos muros parecían sacudirse.

Presa del terror, el bello desconocido se tambaleó por el salón hasta que notó el borde de la mesa bajo las manos. Se aferró a ella como si de una tabla de madera en mitad de un mar inmisericorde se tratara. Entonces pensó en la Dama de las Manos Blancas y se arrepintió de su precipitada marcha.

Poco a poco, sus sentidos se acostumbraron a la penumbra. Descubrió que era capaz de ver, aunque solo un poco. Distinguió la silueta de un enorme armario empotrado contra la pared que había detrás de la mesa, y, mientras miraba, la puerta comenzó a abrirse despacio.

Una extraña luz roja emergió del interior, y bajo su resplandor divisó algo terrible. Una serpiente, con el cuerpo grueso como una bota de vino, emergió y avanzó hacia él. Su temible y aterradora cabeza lo sobrepasaba en altura, y su lengua goteaba veneno. Pero lo peor de todo era que se trataba del rostro de una hermosa mujer.

El bello desconocido no había sentido jamás tanto pavor. ¡Estaba sin duda ante un monstruo salido del mismísimo infierno! Sin embargo, y a pesar del horror, el joven caballero agarró su espada y se preparó para enfrentarse a ella, pero al levantar el escudo, la serpiente se detuvo y agachó la cabeza hasta casi tocar el suelo. El bello desconocido vaciló y, en ese momento, la sierpe retomó sus movimientos zigzagueantes hacia él. De nuevo, él alzó la espada y ella, de nuevo, se detuvo y agachó la cabeza.

Desconcertado, el bello desconocido clavó la mirada en la criatura, y en ese momento le vio los ojos. Eran fieros e hipnóticos, pero en aquel rostro hermoso como la mañana también parecían humanos.

Mientras esperaba indeciso, la criatura se aproximó de repente y, antes de que él pudiera hacer algo para evitarlo, alargó la cabeza y le tocó la boca con los labios.

El bello desconocido reculó, presa del horror, con el sabor pegajoso y vil de la serpiente en los labios. La criatura ya se estaba retirando. La puerta del armario se cerró tras ella y el salón se sumió en un silencio aún más intenso que antes. Perplejo y temeroso, el bello desconocido aguardó en la oscuridad.

Luego, en mitad del silencio, una voz habló con claridad.

—Hijo de mi señor sir Gawain, ningún otro caballero podría haber conseguido lo que vos habéis hecho. Nadie podría haber soportado el beso terrible, salvo quizás vuestro padre. Solo vos podéis liberar a la dama del peligro que la asola. El rey Arturo os bautizó como el bello desconocido, mas ahora os digo que vuestro verdadero nombre es Guinglain. Sois el hijo de Gawain y Blanchemal el Hada. Ella fue la que os armó y la que os envió con el rey Arturo, y quien os hechizó para que olvidarais quién erais. ¡Habéis hecho bien! Ahora, descansad.

La voz cesó y el bello desconocido, Guinglain en realidad, se dejó caer en una de las sillas junto a la mesa y se sumió en un profundo sueño, con la cabeza apoyada en sus brazos cruzados.

✣ ✠ ✣

CUANDO EL JOVEN caballero se despertó, había avanzado el día, y allí, sentada a la mesa junto a él, vio a la dama más hermosa que había visto jamás, quizás a excepción de la de las Manos Blancas. Llevaba un vestido del color de las hadas y el pelo, que le caía por encima de los hombros y los pechos, era tan brillante como el oro más reluciente. Guinglain reconoció su rostro al instante, pues hasta hace poco había adornado el cuerpo de la vil serpiente. Retrocedió y echó la mano a la espada.

—No me tengáis miedo, sir Guinglain. Ya no estoy maldita, ya

no soy medio serpiente. De hecho, soy la persona que veníais a rescatar. Mi nombre es Esmerée la Rubia, hija del rey Guingras y señora de Sinadoun.

—Me alegra veros tan bien —dijo Guinglain, desperezándose y sintiendo cómo iba perdiendo el miedo.

—Gracias a vos. He esperado mucho tiempo vuestra llegada. Solo habían pasado tres meses desde la muerte de mi padre cuando un poderoso hechicero llamado Mabonagrain entró en estas tierras. Hizo que la gente se volviera loca y destruyera la ciudad antes de huir al bosque. Luego, cuando me negué a casarme con él, el hechicero me maldijo con el cuerpo de la serpiente que visteis anoche. Solo podía salvarme alguien lo bastante valiente como para soportar el beso. Y no solo superasteis la prueba, sino que también acabasteis con el hechicero, pues era el caballero negro con quien combatisteis en este mismo salón. —Sonrió y añadió—: Y también me habéis ganado a mí, pues podéis desposaros conmigo.

Guinglain se quedó mirándola, maravillado. Recordaba aún el tacto frío y repugnante de los labios de la serpiente. Los de la dama Esmerée eran rojos y apetecibles como no había visto otros iguales.

A la postre, se obligó a apartar la mirada.

—Regresemos con el rey Arturo. Solo él puede decirme con quién debo desposarme, pues es mi primo.

Pero, en realidad, no dejaba de pensar en la Dama de las Manos Blancas mientras hablaba, y en ese momento el efecto de la larga batalla contra los caballeros demoníacos lo sobrepasó y se desplomó en el suelo.

Helie, seguida por Lampart y los demás, llegó poco después, y al principio sintieron un gran regocijo: Helie y Esmerée de volver a verse, Lampart de descubrir a su señora de vuelta a la normalidad, y Robert y Tidogolain de ver a su señor y a su señora felices. Pero cuando se dieron cuenta de que Guinglain estaba como muerto, su gozo se convirtió en pesadumbre. Con cuidado, le quitaron la armadura al joven caballero y descubrieron de inmediato que estaba gravemente herido en muchos sitios. Las dos mujeres

hicieron traer agua y hierbas para lavar y curar las heridas, y luego pidieron que otros lo llevaran a una cámara y lo posaran sobre un gran lecho, donde se sumió en un profundo sueño.

✣ ✣ ✣

GRACIAS A LOS cuidados de Esmerée y Helie, Guinglain fue recuperando poco a poco la fuerza, y en ese tiempo fueron deshaciéndose gradualmente los desmanes del hechicero. En primer lugar, regresó la gente, que ya no vagaba como loca por la agreste foresta que rodeaba la ciudad; luego llegaron los obispos y el clero, quienes bendijeron las murallas con agua bendita para que la ilusión con que las habían encantado se desvaneciera, y quedó al descubierto que en verdad no estaban ni mucho menos derruidas. Luego comenzaron las celebraciones por la restauración tanto de Esmerée la Rubia como de la ciudad de Sinadoun.

Durante todo ese tiempo, Guinglain estuvo reposando, recuperándose de sus muchas heridas, reflexionando sobre sus aventuras y recordando la vida que había conocido antes de partir hacia la corte de Arturo. Y al final, allí acudió Lampart con otros nobles y el obispo del lugar, para solicitarle formalmente que tomara a su señora por esposa.

Con la misma formalidad respondió Guinglain que no podía desposarse con dama alguna sin el permiso del rey Arturo, y sugirió que fuera Esmerée quien viajara a la corte del rey para darle las gracias por haber enviado a su caballero a rescatarla. Aceptaron y, en cuestión de días, la dama partió con un espléndido séquito, dejando a Guinglain todavía descansando bajo el atento cuidado de sus médicos.

Tumbado en la cama del gran palacio, Guinglain no tenía pensamientos más que para la de las Manos Blancas, y por la noche soñaba con ella entrando en su alcoba con el pelo suelto, solo con un camisón, como en realidad ocurrió en el castillo de ella. Decidió

entonces regresar a la Isla Dorada y pedirle perdón por su repentina partida, y explicarle sus motivos.

Tras levantarse de la cama entre las protestas de los médicos, Guinglain partió y no tardó en alcanzar a Esmerée y su compañía. Allí se excusó por no cabalgar con ellos arguyendo que tenía unos asuntos urgentes que zanjar. Y si a Esmerée le entristeció aquello, o la desconcertó, no lo dijo, pero le dio permiso para marcharse.

✣ ✠ ✣

GUINGLAIN CABALGÓ A galope tendido hasta la Isla Dorada. Cuando se aproximaba a la ciudad, se encontró con una partida de caza y el corazón le dio un vuelco al distinguir a la de las Manos Blancas entre los jinetes. Con gran osadía cabalgó hacia ella y le confesó su amor con la voz entrecortada. La de las Manos Blancas lo miró con frialdad y le exigió que le dijera quién era.

Guinglain dejó escapar un grito ahogado.

—¡Soy Guinglain, al que conocíais como el bello desconocido! ¿No me recordáis?

La de las Manos Blancas no demudó el gesto.

—¡Sí, me acuerdo de vos! Sois el que se escabulló cuando nadie vigilaba, sin duda para lanzarse en brazos de otra dama. Tened clara una cosa: jamás permitiré que volváis a robarme el corazón de la misma forma.

—Pues pereceré en vuestra tierra —dijo Guinglain—. No hay otro lugar tan bendito para mí como aquel que gobernáis.

Observó entonces a la partida de coloridos ropajes marcharse y no dejar atrás más que polvo. Asolado por una profunda tristeza, se dirigió hacia la ciudad y buscó alojamiento en una posada que le ofrecía unas buenas vistas sobre el castillo donde sabía que estaría la de las Manos Blancas.

✣ ✠ ✣

PASARON LAS SEMANAS, y poco a poco Guinglain fue deshaciéndose de todos sus bienes para pagar la habitación. Al fin, perdió incluso sus magníficas armas y su armadura, y después de eso se dejó caer en el lecho, demasiado débil y apesadumbrado como para levantarse.

Poco después de eso, acudió a la posada una doncella con ropa limpia y una invitación de la de las Manos Blancas. Temblando de alegría, Guinglain se lavó y se vistió, y se apresuró a seguir a la doncella. Lo llevó a un hermoso jardín lleno con el trino de los pájaros, donde la de las Manos Blancas lo esperaba. Le pidió que se sentara a su lado y lo tomó de las manos.

—Señor, ¿cómo os encontráis?

—No lo he pasado bien —respondió Guinglain con sinceridad—. Estas últimas semanas no me han tratado bien. Pero ya estoy mejor solo de veros.

—¿Qué prueba podéis darme de que si permito de nuevo que ocupéis el lugar que ocupasteis entre mis afectos no volveréis a huir?

Guinglain agachó la cabeza, avergonzado.

—Mi señora, lo cierto es que tuve que marcharme para cumplir con la promesa que le hice tanto a mi rey como a la dama que suplicó ayuda. Temía que no me permitierais marcharme. Ahora sé que me equivoqué, y os pido perdón.

La de las Manos Blancas lo miró y, en su corazón, supo que lo amaba tanto como él la amaba a ella. Solo el recuerdo de su partida secreta impedía que lo abrazara. En vez de eso, respondió con firmeza:

—Sir Guinglain, debo pensar en estas cosas. Mientras tanto, podéis alojaros en mi castillo.

El corazón le dio un brinco al oír esas palabras, pero mantuvo la mirada agachada y se limitó a agradecer su generosidad a la de las Manos Blancas.

Poco después fueron a cenar y, tras terminarse la opípara

comida que les habían servido, acompañaron a Guinglain a la misma habitación profusamente decorada de la otra vez. Allí, la de las Manos Blancas le deseó las buenas noches con estas palabras:

—Mi alcoba está justo enfrente de la vuestra, mi señor caballero, ¡y dormiré con la puerta abierta para asegurarme de que no volvéis a huir! ¡Y que ni se os ocurra entrar a menos que se os invite!

Guinglain se tumbó presa de la confusión. No dejaba de repetir en su cabeza las palabras que había pronunciado la de las Manos Blancas. ¿A qué se refería? Su mirada parecía indicar que aquella noche debía acudir a su alcoba, aunque sus palabras dijeran lo contrario. Se levantó varias veces y se acercó a la puerta de su propia alcoba, mirando hacia el lado opuesto, donde sabía que dormía la de las Manos Blancas. Todas las veces regresaba a su habitación y seguía dando vueltas y más vueltas.

Al final, el deseo de descubrir lo que sentía en realidad la dama por él fue demasiado insoportable, así que salió de su alcoba y se dirigió hacia la de ella. De repente, tuvo la sensación de estar encima de un estrecho puente que cruzaba sobre un rugiente arroyo de aguas negras. Allí, desconcertado y asustado, el puente comenzó a sacudirse, y un instante después se vio agarrado al borde por encima de las aguas picadas. En ese momento, profirió un grito que lo despertó tanto a él como a los demás, ¡y se encontró colgando de la percha de un halcón en el salón del castillo!

Avergonzado, regresó a su alcoba y trató de conciliar el sueño una vez más. Y, de nuevo, se vio incapaz, y al cabo de un rato volvió a levantarse y se dirigió hacia la habitación de la de las Manos Blancas. Esta vez, al cruzar el umbral, fue como si las paredes empezaran a sacudirse y estuvieran a punto de caérsele encima. Dio un salto atrás y gritó, ¡y se despertó en la cama con una almohada encima del rostro!

Abatido del todo, Guinglain volvió a tumbarse, con el corazón aún dividido. Entonces, un sonido lo alertó en el momento en que una doncella entró en su alcoba con una vela. Se acercó a su lecho y, con una sonrisa, le indicó que la siguiera. En un primer momento

pensó que se trataría de otro sueño, pero ella lo urgió a ponerse en pie, y luego lo guio hasta la alcoba de la Dama de las Manos Blancas. Lo condujo hasta la cama y luego se retiró para dejarlos a solas. Con delicadeza, la de las Manos Blancas le posó una mano encima y tiró de él para que se metiera bajo las sábanas. Allí los dos se divirtieron y colmaron el amor que sentían por el otro.

Más tarde, tumbados el uno al lado del otro, Guinglain se rio al recordar sus dos aventuras anteriores, y cuando la de las Manos Blancas le pidió saber por qué reía, él le contó sus sueños. Y entonces fue ella quien sonrió. Le dijo que no eran sueños, sino obras de su propia magia, algo en lo que, junto con otras muchas artes, su padre había decidido educarla. Luego le confesó que siempre había sabido que Guinglain vendría, que la abandonaría y más tarde regresaría. En efecto, aquella aventura al completo era obra suya. Fue ella quien envió a Helie a la corte de Arturo a pedir ayuda. Fue su voz la que le anunció su verdadero nombre tras sobrevivir al beso de la serpiente.

—Como veis, amor mío, llevo esperándoos todo este tiempo.

—Ahora que estoy aquí, no volveré a dejaros jamás —dijo Guinglain.

—No olvidéis nunca esas palabras —replicó la de las Manos Blancas con seriedad—. Pues si me olvidáis, que no os quepa duda de que me perderéis.

—Eso no ocurrirá jamás —insistió Guinglain, y los dos volvieron a entregarse al amor.

Al día siguiente, la Dama de las Manos Blancas convocó a todos sus barones y les declaró su felicidad. En ese mismo instante, Esmerée la Rubia se acercaba ya a la áurea Camelot. En el camino se habían topado con cuatro caballeros: Blioberis, el señor de Saie, el Orgulloso Caballero del Claro y William de Salebrant, todos derrotados por Guinglain. Esmerée declaró que estaba prometida con el bello desconocido.

Poco después llegaron a la corte, donde Arturo los recibió con los brazos abiertos y escuchó las aventuras del bello desconocido.

Allí Esmerée le pidió formalmente la mano de Guinglain en matrimonio, y Arturo le prometió que consideraría su solicitud, no sin preguntarse en voz alta cómo podrían localizar al joven caballero. Uno de los de la hermandad de la Mesa Redonda sugirió un gran torneo, que de buen seguro atraería a caballeros de todo el país, incluido, sin duda, el bello desconocido. Arturo accedió, y se fijó como fecha el mismo día del mes siguiente, en el llano que había bajo el Castillo de las Doncellas. Tristán lideraría un lado de las lizas, y el rey de Montesclaire, el otro.

✣ ✠ ✣

El mes pasó rápido, y lejos, en la Isla Dorada, Guinglain oyó hablar del gran torneo. Anhelaba asistir, contarle a Arturo todo lo que había ocurrido. Sin embargo, cuando se lo comunicó a la de las Manos Blancas y le suplicó que lo dejara ir, ella no quiso ni oír hablar al respecto.

—He visto en las estrellas que si os marcháis de este lugar, jamás regresaréis conmigo.

—¡Os juro que eso jamás ocurrirá! —gritó Guinglain con pasión.

—Y, sin embargo, no os iréis con mi bendición, ¡pues claramente no me amáis lo suficiente como para dejar pasar ese pequeño placer! La decisión es vuestra y solo vuestra.

Guinglain, sin dejar de negar acaloradamente aquellas acusaciones, declaró su intención de asistir al torneo, y que no tardaría en regresar. Aquella noche se quedó dormido junto a la Dama de las Manos Blancas, pero por la mañana se despertó en el bosque, con el caballo y sus armas a su lado, y Robert el escudero durmiendo cerca. Enfurecido por que su dama dudara de su lealtad, Guinglain partió de inmediato hacia el Castillo de las Doncellas, donde arribó tres días más tarde. Sin embargo, a medida que ponía tierra entre él y la Isla Dorada, sus recuerdos sobre la de las Manos Blancas se difuminaban, y para cuando llegó a las tierras del torneo,

ya se había olvidado casi por completo de ella.

Una gran compañía de caballeros se había reunido ya allí, incluidos aquellos a los que Guinglain había derrotado durante sus primeras correrías. Decidió luchar con Tristán en el bando de los caballeros córnicos, y aunque mantuviera su identidad en secreto, portaba el mismo escudo que había llevado el día que pisó por primera vez la corte de Arturo: un león de armiño sobre un campo azul.

El día del torneo comenzó con Guinglain distinguiéndose con tamaña fuerza que al final los presentes no hablaban más que de su pericia, y el rey de Irlanda lo invitó a cenar en su tienda. Al día siguiente, se desenvolvió aún mejor, derrotando caballero tras caballero, hasta que todos coincidieron en que debía nombrarse como vencedor absoluto del torneo.

Arturo lo invitó a unirse al séquito real en la ruta que conducía a la áurea Camelot. De camino, Guinglain reveló su verdadera identidad y Arturo lo recibió como el hijo de sir Gawain.

Tras llegar a Camelot, encontraron a Esmerée la Rubia esperándolos. Saludó a Guinglain con gozo y Arturo propuso que se desposaran lo antes posible, a lo que Guinglain dio su consentimiento, pues se había olvidado casi por completo de la de las Manos Blancas.

A la mañana siguiente, una compañía grande y espléndida partió hacia las tierras de Esmerée. Arturo accedió a asistir en persona al casamiento, y cabalgó con ellos. Por aquel entonces, sir Gawain había regresado de una aventura propia, y lo recibieron con el descubrimiento de que tenía un hijo. Ahora comprendía por qué el joven le había resultado tan familiar. Guinglain y él hablaron largo y tendido, y aunque ya no era capaz de recordar cómo había llegado a conocer su origen, Guinglain le contó que era el hijo del hada Blanchemal.

Gawain tuvo la gracia de mirarlo entonces de reojo, pues había conocido a muchas hadas en sus aventuras y había engendrado a más de un hijo como resultado. Pero lo que más le importaba eran

la gloria y el honor que su hijo había alcanzado en su hazaña, por no mencionar a su bella esposa. No dijo nada sobre esas cuestiones, sino que se limitó a abrazar con afecto a su vástago.

La boda se celebró con grandes fastos y Guinglain fue más tarde coronado rey de Sinadoun. Se dice que vivió una vida larga y feliz con Esmerée, y que se lo recuerda bien tanto por ser un buen señor como por ser un verdadero caballero de la Mesa Redonda. Con todo, jamás regresó a la Isla Dorada, ni tampoco volvió a ver a la Dama de las Manos Blancas. Tal y como ella había predicho, la olvidó por completo. Desconozco si era obra de algún conjuro, y por tanto no lo mencionaré. En vez de eso, pasemos ahora al relato de sir Lanval, cuyas aventuras son magníficas y dignas de ser escuchadas.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DE GUINGLAIN.

INCIPIT LA HISTORIA DE SIR LANVAL.

9: EL RELATO DE SIR LANVAL

Hubo un tiempo en que las tierras de Britania estaban siendo saqueadas por los pictos y los escoceses. El rey Arturo decidió establecer su base en Carlisle, desde donde lideró a un ejército para expulsar a los atacantes. Tal fue el éxito de esas acciones, quw el día de Pentecostés, Arturo recompensó a todos aquellos que lo habían ayudado con tierras y nobles esposas. Sin embargo, pasó por alto a un caballero, a pesar de su coraje y cortesía. Este caballero, cuyo nombre era Lanval, no era demasiado querido. Muchos envidiaban su calmada gentileza, y por esa razón no hablaban bien de él a Arturo. El rey también se olvidó de él hasta que, a pesar del hecho de que formara parte de la corte real, sir Lanval poseyó poco más que su caballo y sus armas.

ENTONCES UN DÍA de pleno verano, cuando el cielo brillaba azul y el aire parecía vino, Lanval fue a dar un paseo con la esperanza de encontrar alguna aventura por el camino. Su rumbo lo llevó a atravesar los bosques que había bajo Carlisle y a seguir el curso de un reluciente arroyo, hasta llegar a un amplio prado. Allí se detuvo, y dado que el día era caluroso, desensilló a su caballo y dejó que la bestia se revolcara por la hierba y bebiera del riachuelo. Luego, tras doblar la capa y colocársela bajo la cabeza, se tumbó al sol y reflexionó sobre sus problemas.

Tan desconsolado estaba, que apenas se percató de las dos muchachas que recorrían el margen del río en dirección a él. Lanval se incorporó de un salto y las saludó con educación. Una, según vio, llevaba un cuenco de oro, y la otra una toalla encima del brazo.

—Sir Lanval —dijo una de las doncellas—, nuestra señora, que está cerca, nos envía a buscaros y llevaros con ella. Veréis que su tienda no está lejos.

Al echar la vista al otro lado del prado, Lanval divisó en efecto una magnífica tienda levantada a la sombra de los árboles, algo de lo que no se había dado cuenta poco antes. Permitió que las doncellas lo acompañaran hasta allí. Lo invitaron a entrar en el fresco interior de la tienda y se retiraron discretamente.

Dentro había un gran lecho, cuya colcha ya valía más que el precio de un castillo. Allí yacía una dama de una belleza tan impresionante que casi provocó que el corazón de Lanval dejara de latir. Echada bajo un manto de armiño blanco, con los bordes de púrpura alejandrino, su rostro y su cuello, un brazo y parte de un blanquísimo costado quedaban al descubierto. Cuando Lanval entró, se movió y se incorporó.

—Sir Lanval, he hecho un largo viaje desde mis tierras para encontraros. Os he observado desde la distancia, y en este tiempo no he sentido más que amor por vos. He visto, también, cómo vuestro rey os desprecia, y pienso cambiarlo. Pero, sobre todo, me gustaría proporcionaros todo el placer que deseéis.

Lanval contempló a la dama y la chispa del amor despertó en su interior.

—Mi señora —respondió—, si os complace amarme, ¡sabed que mi placer es mucho mayor por el simple hecho de saberlo! —Y, entonces, aún con más entusiasmo, añadió—: ¡A partir de este momento, renunciaré a todo los demás por el amor que siento por vos!

Al oír eso, la dama extendió los brazos y él se dirigió hacia ella con un profundo gozo. Más tarde, mientras yacían juntos en el gran lecho, la dama le dijo:

—Querido, debo pediros que no reveléis nuestra pasión a nadie. Que sea nuestro secreto y todo irá bien. Si alguna vez lo olvidáis y habláis abiertamente de nuestro amor, me perderéis.

Lanval le dio su palabra, y los dos siguieron disfrutando del otro alegremente durante lo que restaba del día. Cuando llegó el momento de cenar, se pusieron en pie y las dos doncellas le llevaron a Lanval ropa limpia, muy superior a los viejos ropajes que había tenido hasta entonces. También le entregaron una bolsa de dinero, y le dijeron que su caballo, del que habían cuidado bien, tenía una silla y un arnés nuevos. Luego les acercaron vino en cálices de oro y comida en platos del mismo material.

Cuando hubieron terminado de comer, la dama se volvió hacia Lanval y le dijo:

—Mi amor, ha llegado el momento de que nos despidamos. Este será nuestro acuerdo. Siempre que me necesitéis, acudiré a vos, no importa donde esté. Mientras tanto, vos tendréis todo lo que necesitéis, ya sean bienes, dinero u otras riquezas; todo lo que os sea menester para consideraros un hombre pudiente. Nadie excepto vos me verá u oirá mi voz. No debéis compartir nuestro secreto con nadie más.

Y aunque aquello le pareció algo extraño y pasajero, Lanval accedió. En su corazón sabía que la dama era de la raza de las hadas y que jamás deben cuestionarse sus formas. Regresó a Carlisle como un hombre feliz, y allí se encontró con que sus sirvientes iban

vestidos con ropa nueva, y que todos sus bienes y fortuna habían sido totalmente restaurados.

A partir de entonces, la vida de Lanval cambió. Hacía regalos. Vestía y alimentaba a los pobres. Pagaba el rescate de los prisioneros. No había nadie, amigo o desconocido, que no le debiera algo a su generosidad. Y, siempre que lo deseaba, su dama aparecía a su lado, lista para reconfortarlo y amarlo.

✣ ✠ ✣

ESE MISMO AÑO, cerca del día de San Juan, varios de los caballeros de la Mesa Redonda se habían reunido en el jardín que había bajo las ventanas de la alcoba de la reina. Allí estaban sir Gawain, y su primo Yvain, así como casi otros veinte. Gawain dijo:

—Amigos míos, no nos portamos bien con nuestro compañero Lanval. ¿Hay alguien aquí que no se haya beneficiado de su generosidad? Y, sin embargo, no lo hemos incluido hoy aquí en esta reunión. Vayamos a buscarlo.

Los otros caballeros coincidieron y enviaron a varios de los suyos a buscar a Lanval y traerlo hasta allí. Ocurrió entonces que la reina Ginebra estaba sentada junto a la ventana charlando con dos de sus doncellas, y al ver al grupo reunido abajo, convocó a más de sus sirvientas para que la acompañaran al jardín, donde podrían pasar tiempo con los caballeros y divertirse. Los caballeros se regocijaron y les dieron la bienvenida a las mujeres, todos menos Lanval, que había ido con ellos de buena voluntad, pero al ver a los caballeros caminando del brazo de las damas de su elección, no sintió más que el deseo de ver a su propio amor.

La reina, al ver que Lanval se había apartado a un lado y estaba solo, se acercó a él y le rogó que se sentara con ella. Cuando se acomodaron, ella se inclinó hacia él y le dijo:

—Me alegro sobremanera de estar con vos, sir Lanval, y de tener la oportunidad de hablar con vos. Llevo tiempo observándoos, y, si os soy sincera, jamás había visto a un hombre más apuesto y encantador. —Después de que Lanval balbuciera su agradecimiento, la reina se acercó aún más a él—. Si lo deseáis, podríamos pasar más tiempo juntos, a solas, claro. Os daré todo mi amor si os complace.

Al oír esas palabras, Lanval se apartó alarmado.

—Mi señora —dijo—, por muy consciente que sea del honor que suponen vuestras palabras, debo decir que no me complacen lo más mínimo. Llevo años sirviendo al rey fielmente. No romperé esa lealtad ahora.

En ese momento, la reina Ginebra se enfadó.

—¡Juro a Dios que os deben de gustar más los hombres que las mujeres! —gritó—. Ahora que lo pienso, no os he visto jamás en compañía de vuestra dama.

Lanval se puso en pie, airado.

—Os aseguro que os equivocáis. Además, amo y soy amado por una dama cuya sirvienta más desgraciada es más valiosa que vos, ¡tanto en belleza como en sabiduría y honestidad!

En eso, la reina echó a correr hacia su alcoba entre lágrimas. Se metió en la cama y juró que no se levantaría hasta que el rey oyera su queja y se encargara de hacer justicia.

Mientras tanto, el rey había regresado de un plácido día de caza en los bosques. Entró en la alcoba de la reina y, al verlo, Ginebra se arrodilló a sus pies, llorando y exigiendo justicia por el desaire de Lanval.

—Lo he visto en el jardín, y lo he notado muy solitario cuando todos los demás caballeros estaban acompañados por otras damas. Pero cuando me he acercado a él, me ha exigido mi amor. Al rechazarlo, ¡me ha espetado que él ya tenía un amor que era mucho más hermosa que yo y que incluso su doncella valía más que yo!

Aquello enfureció al rey, y declaró que haría que trajeran a Lanval ante él de inmediato, y que si no podía responder por sus palabras, lo colgarían o ardería en la hoguera.

Lanval, mientras tanto, había regresado a casa y sufría una gran congoja. Sabía con casi total certeza que había perdido las atenciones de su dama al hablar de ella con la reina. Se sentó en su alcoba y la llamó repetidas veces, pero fue en vano. Cuando llegaron los hombres del rey para llevárselo preso, no hizo ademán de resistirse, y, de hecho, incluso le habría satisfecho que lo ejecutaran.

Se postró ante el rey en un estado deplorable, sometido y mudo. Arturo exigió conocer las razones de la deshonrosa proposición que le había hecho a la reina.

—Habéis sido mi buen vasallo muchos años. Y así me devolvéis el favor. ¡Responded! ¿¡Por qué hacéis esto!?

Lanval apenas habló, y se limitó a jurar que no le había pedido a la reina que traicionara a su esposo, y que al hablar de su propio amor, lo había perdido para siempre. Arturo, ceñudo, lo escuchaba

en silencio. Luego dijo que no tomaría acciones, sino que esperaría el regreso de la corte en unas pocas semanas y les pediría a todos un juicio que fuera imparcial. Mientras, le exigió alguna garantía de que Lanval no huiría, y bajo esa condición podría seguir en libertad.

En un primer instante, nadie parecía dispuesto a responder por él, pero a la postre Gawain se ofreció a asumir la fianza, y varios caballeros hicieron lo propio, pues en verdad, aunque no apreciaran a Lanval, muchos se habían beneficiado de su reciente generosidad y estaban más que un poco avergonzados por como lo habían tratado. El rey aceptó sus garantías contra todas las tierras y feudos que le habían retenido. Lanval regresó entonces a sus aposentos, donde permaneció hundido y esperando a que llegara el día de su juicio. Gawain y el resto acudían a diario a visitarlo, temiendo que pudiera llegar a hacerse daño, pero él apenas les dirigía la palabra.

Pasaron las semanas y los señores llegaron a Carlisle, donde Arturo demandó que juzgaran a Lanval. Muchos se mostraron reticentes, pues sabían que era un hombre bueno y leal, pero Arturo insistió y los presionó para que emitieran un veredicto. Al fin, tras mucho deliberarlo, se decidió que, puesto que la reina era la única testigo de lo que Lanval había dicho, él debía tener al menos la oportunidad de probar su inocencia.

—Que traiga a la dama de la que habla con tanto arrojo. Si viene, emitiremos una sentencia acorde. Si no, ordenaremos su destierro.

Lanval sacudió la cabeza y dijo que no recibiría ayuda en ese sentido. Los lores se prepararon por tanto para emitir su veredicto. En ese momento aparecieron dos doncellas de una belleza imponente, ricamente ataviadas, montadas en sendas yeguas blancas.

—¿Es alguna de esas vuestro amor? —demandó el rey Arturo, pero Lanval negó con la cabeza.

Las dos doncellas cabalgaron hasta la tarima donde estaba sentado el rey y desmontaron.

—Mi señor —dijo una de ellas—, os suplicamos que preparéis la

mejor alcoba que tengáis para nuestra señora, pues desea pasar aquí la noche.

—¿Acaso conozco a vuestra señora? —preguntó Arturo, pero las doncellas no despegaron los labios, y se limitaron a asentir.

Lleno de dudas, Arturo sin embargo ordenó a dos caballeros que las acompañaran a los mejores aposentos del castillo. Luego, se volvió de nuevo hacia los lores y les exigió airado que alcanzaran un veredicto. Cuando continuaron hablando entre ellos, aparecieron dos doncellas aún más hermosas que las primeras, ricamente vestidas y montadas en dos mulas blancas. Se acercaron al rey y, de nuevo, solicitaron alojamiento para su señora, quien no tardaría en llegar.

Sir Yvain, al ver su belleza y opulencia, se dirigió a Lanval y exclamó:

—Sin duda estáis salvo. ¡Una de ellas debe de ser vuestro amor!

Lanval se volvió exhausto hacia el lugar en que aguardaban las dos doncellas recién llegadas con las cabezas gachas. Sacudió la cabeza y respondió que ni las conocía ni amaba a ninguna de ellas.

Al oír eso, Arturo exigió que sus lores llegaran a un veredicto de inmediato, pues la reina llevaba todo el día esperando y, como él, comenzaba a enfurecerse. Sin embargo, justo cuando estaban a punto de zanjar el asunto, una mujer llegó cabalgando por las calles en un palafrén blanco. Sobre su muñeca descansaba un fiero y glorioso gavilán, y tras ella trotaba el perro de caza más espléndido jamás visto. Era como si brillara el sol en un cielo encapotado. No había nadie que la considerara menos que la mujer más hermosa que habían visto en su vida. Tenía la piel blanca como la más blanca de las nubes, los labios rojos, y el cabello de oro oscuro. Su silueta y conducta eran la envidia de todas las mujeres de la ciudad, pero el brillo de sus ojos y la gentileza de su semblante se ganaron el corazón de todos los presentes.

Varios caballeros se apresuraron a acercarse a Lanval y exclamaron:

—No cabe duda de que la mujer que os salvará viene ya hacia

aquí. Tiene el cabello como el oro, los labios rojos y es, por mucho, la criatura más hermosa que hemos visto jamás.

Lanval, cuando lo oyó, palideció primero, y luego se ruborizó. Corrió hacia una ventana desde la que se podía ver la calle, y cuando distinguió a la dama, dejó escapar un grito.

—¡Es mi amada! Mi destino está sellado, pues no me perdonaré por haber roto mi promesa, estoy prácticamente muerto.

La dama cabalgó hacia el salón, igual que sus doncellas, y se dirigió hacia el lugar en que se sentaba Arturo. Y así se dirigió a él:

—Señor, he amado y he sido amada por uno de vuestros vasallos. Lanval es su nombre, y es un valioso caballero. Vengo a defenderlo, pues no deseo que sufra daño alguno. Debéis saber que vuestra reina se equivocaba, y que él jamás ha demandado su amor. Aunque solo ella puede demostrar si eso es cierto o no, defenderé a mi amor y espero que mi presencia aquí ayude a declararlo inocente.

Los lores se miraron los unos a los otros y, de forma unánime, decidieron declarar a Lanval inocente. Todos coincidieron en que no podía haber una mujer más hermosa en todo el reino, y que si la honestidad de Lanval podía demostrarse así, bien podían creer también todo lo que dijera. La reina se puso roja como una rosa, pues su vergüenza había quedado al descubierto. El rey Arturo le dio la espalda y dejó que ella regresara a sus aposentos sola.

Cuando oyó el veredicto, la dama volvió grupas y abandonó el salón al galope sin mediar palabra, y ni siquiera se inmutó cuando el rey Arturo le pidió que se quedara. Sin embargo, al aproximarse a las puertas de la ciudad, pasó junto a unos escalones. Allí la esperaba Lanval, quien saltó a la grupa del caballo y la besó en los labios. Todos los que fueron testigos de aquello se maravillaron en gran manera, pues se había sentado detrás de una mujer en un palafrén, en lugar de en la poderosa montura que correspondería a un caballero.

El caballo blanco se los llevó de allí, y desde entonces nadie ha vuelto a ver a Lanval o a su dama. Hay quien dice que se marcharon

a la isla de Ávalon, que era el hogar verdadero de la dama, y todos coincidieron en que provenía del reino de las hadas. Y en cuanto a la reina Ginebra, el rey Arturo la perdonó con el tiempo, pues sabía que se sentía sola a pesar de ser muy amada. No puedo contar nada más, pues es lo único que he oído. Existen otros cuentos de rivalidad y hazañas, y a continuación relataré uno de ellos.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DE SIR LANVAL.

INCIPIT LA HISTORIA DEL PRÍNCIPE DE CAMBRIA.

10: LAS AVENTURAS DE MERIADOC, PRÍNCIPE DE CAMBRIA

Se dice que, antes de la época del rey Arturo, Britania estaba dividida en tres partes: Cambria, lo que ahora conocemos como Gales, Albany o Escocia, y Logres, el verdadero nombre del reino de Arturo. Durante el reinado de Uther Pendragon, el padre de Arturo, Cambria estaba gobernada por dos hermanos. El mayor se llamaba Caradoc, y gobernaba la mayor parte del territorio; el pequeño, cuyo nombre era Griffin, poseía una porción menor, pero servía a su hermano bien y con lealtad.

UN DÍA, el rey Caradoc se propuso conquistar Irlanda, y lo

consiguió, mediante la fuerza de las armas y un poderoso ejército. Más tarde, tomó a la hija del rey irlandés como esposa y, con el tiempo, le acabó dando dos hijos gemelos, un niño y una niña. Sin embargo, algo no iba bien, pues, a medida que pasaba el tiempo, el rey comenzó a debilitarse y a perder el vigor de su cuerpo. A pesar de ser aún un hombre joven, empezó a envejecer, y en cuestión de unos pocos años, se vio obligado a entregarle el liderazgo del reino a su hermano menor, aunque él siguiera siendo el rey solo de nombre.

Griffin sirvió fielmente durante varios años, pero poco a poco su mente comenzó a albergar pensamientos de gobernar solo. Hombres viles, preocupados solo por su propia ambición desmesurada, se le acercaban y le susurraban al oído que su hermano era un viejo senil que debía ser apartado.

—Es una lástima —decían— que este gran reino esté gobernado por un vejestorio débil y necio cuando vos estáis en la flor de la vida. Ya gobernáis, aunque no sea en nombre. ¿Por qué no convertirlo en realidad? Deshaceos de vuestro hermano para siempre.

Griffin trataba de ignorarlos, pero cuando se enteró de las intenciones de Caradoc de desposar a su hijo con una princesa de Albany, su convencimiento siguió flaqueando, pues aquello lo alejaría aún más de la corona. Luego, aquellos que habían hablado con él volvieron a acercársele, y le recordaron que el hijo del rey ya era todo un hombre y que mostraba grandes habilidades y fuerza. Sin duda, Griffin debía de ser consciente de que, con el tiempo, se lo arrebatarían todo, ya fuera mediante el casamiento de su sobrina con un rey extranjero o con la sucesión del hijo de Caradoc al trono. Fue entonces cuando pergeñaron un plan para asesinar al viejo rey mientras estuviera de caza. Solo buscaron la aprobación de Griffin para actuar; lo adularon y le hablaron de las posibles pugnas internas que no harían sino partir en dos el reino, y al fin Griffin cedió, aceptó el malvado plan que le habían sugerido y prometió a los asesinos posiciones altas cuando hubieran cumplido con su

orden.

Ocurrió que justo la noche anterior al día en que el rey debía salir a cazar, soñó con Griffin tumbado en el bosque, afilando dos flechas, que luego entregaba a dos hombres. Ellos, a su vez, aguardaban hasta que el rey pasaba por delante y le disparaban sin previo aviso.

Caradoc se despertó con un grito y las manos apretadas contra la parte del pecho donde le habían alcanzado las flechas. La reina, que se había despertado a su lado, lo consoló primero, y luego le habló de sus propios miedos:

—Estoy convencida de que vuestro hermano planea mataros. Por favor, no vayáis a cazar hoy.

Pero el rey Caradoc se negaba a creer que su hermano fuera capaz de conspirar contra él, y consideró que el sueño no tenía la menor importancia. Con la primera luz del día, partió con un grupo de nobles a cazar. Allí, en efecto, tal como Griffin había planeado, el envejecido rey se vio apartado del resto de la partida, pues era incapaz de seguirles el ritmo; y allí los dos hombres que habían sobornado para que llevaran a cabo aquel vil acto saltaron sobre él y lo arrastraron a las profundidades del bosque, donde lo atravesaron con una lanza de caza que dejaron clavada en su cuerpo para que pareciera un accidente de montería.

No pasó mucho tiempo hasta que se percataron de la ausencia del rey, y menos aún hasta que descubrieron el cadáver. Entre muchas lágrimas y tristeza, trasladaron el cuerpo al castillo y allí, con un gran pesar, lo sepultaron. Intentaron descubrir las causas de su muerte, pero no había pruebas que indicaran quién había perpetrado tal atrocidad. Griffin, que se había ausentado por cuestiones administrativas para que no hubiera posibilidad alguna de que lo consideraran sospechoso, recibió la noticia sobre la muerte de su querido hermano y lloró amargamente. La reina de Cambria, con una gran pena en el corazón y consciente de que su esposo había sido víctima de un asesinato, cayó enferma y murió al mes del fallecimiento de su señor.

Griffin se dispuso entonces a asumir el poder por completo, y su primera acción fue iniciar una investigación sobre la muerte de su hermano. Alarmados, los dos asesinos fueron a verlo y le recordaron que había prometido pagarles bien y concederles un alto cargo. La respuesta de Griffin fue ordenar que los colgaran sin juicio ni apelaciones, después de haber ordenado que les arrancaran la lengua para que no pudieran hablar de su participación en aquel asunto.

Toda Cambria quedó conmocionada por aquel acto salvaje, y muchos comenzaron a sospechar de la colaboración de Griffin en aquel crimen. Algunos de los nobles más importantes del reino se reunieron para discutir el asunto y decidieron que debían asegurarse de la protección de los hijos del rey Caradoc, pues Griffin bien podría decidir eliminarlos de la línea sucesoria. Dos señores en concreto, Sadoc y Dunewall, que eran muy respetados, se posicionaron contra Griffin y sugirieron que los herederos reales debían partir hacia Cornualles y la princesa desposarse con Moroveus, el duque de aquellas tierras, que no tenía esposa y era leal a la familia de Caradoc.

Con ese fin, los dos lores acudieron a Griffin y demandaron la custodia de los herederos reales, so pretexto de evitar cualquier posibilidad de que señores sin escrúpulos pudieran aprovecharse de ellos y prepararlos para reclamar el trono. Griffin, aunque enfurecido por dentro, ocultó su ira y solicitó tiempo para considerar aquella petición. Luego, cuando los lores se hubieron marchado, envió un mensajero al hombre al que habían asignado la tarea de cuidar de los huérfanos, y ordenó que los llevaran ante él de inmediato.

Ese hombre se llamaba Ivor, y era el capitán de la caza real. Había sido el mismísimo rey quien le había confiado a los herederos reales, cuyos nombres eran Meriadoc y Orwen, y la esposa de Ivor, Morwen, los había amamantado desde el día de su nacimiento debido a la pobre salud de la reina. Eran dos personas honorables que no sospechaban en absoluto que hubiera algo fuera de lugar, y

escoltaron a los gemelos hasta Griffin lo antes posible. Este, previendo las intenciones de los nobles, ya había planeado ordenar que los mataran, y enviar a sus hombres más leales a llevar a cabo la tarea.

El objetivo de los asesinos era llevarse a los niños a las profundidades del bosque de Arglud, donde los colgarían de un viejo árbol que se usaba desde hacía mucho tiempo para ese propósito. Sin embargo, cuando llegó el momento, los conmovió tanto la dulzura y gentileza de los gemelos que no fueron capaces de matarlos. Por eso, se las ingeniaron para que la cuerda con que los colgaron fuera tan delgada que se rompiera casi al instante, lo que permitiría que los niños cayeran al suelo ilesos. De ese modo, los hombres podrían jurarle a Griffin que habían cumplido con su cometido, pero los herederos reales seguirían con vida.

Ivor, mientras tanto, había descubierto el destino previsto para sus hijos adoptivos gracias a un sirviente que había oído a escondidas las órdenes que Griffin les había dado a sus hombres. Con lágrimas en los ojos, le había contado a su mujer lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡Debemos encontrar la forma de salvarlos! —gritó ella, y la pareja partió de inmediato hacia el bosque, portando con ellos el arco y el cuerno de caza de Ivor, su espada y a su fiel perro, Dolfin.

Habían llegado antes que los asesinos al bosque y, consciente de que no era rival para ellos armado solo con un arco, Ivor urdió un plan. Disparó y mató a un gran venado y, tras descuartizarlo, repartió las piezas de carne cruda alrededor del árbol al que en teoría acudirían los hombres de Griffin. Pronto, tal como había previsto que ocurriría, numerosos lobos comenzaron a reunirse allí, atraídos por el aroma de la carne. Cuando los asesinos llegaron al fin, se asustaron un poco al principio, pero mientras Ivor y su esposa los observaban ocultos entre unos matorrales, los otros comenzaron a regresar.

El guardabosques estaba preparado para abalanzarse sobre ellos y sacrificarse, pero oyó a los hombres discutir cómo se organizarían

para no tener que matar a los niños, así que contuvo su mano. Los lobos acudían ya en manada, y sus aullidos alertaron a los hombres, quienes ahora miraban temerosos a su alrededor. Uno atrajo la atención de los demás hacia el árbol en que pretendían colgar a los críos. Su gigantesco tronco tenía una hendidura en un lado, y dentro había espacio suficiente para varios hombres. Se apresuraron a arrastrarse hacia el interior, llevándose con ellos a los aterrorizados niños, y se prepararon para defenderse de los lobos.

Ivor, tras tensar el arco, disparó a varias de las criaturas desde su escondrijo, y el resto saltaron sobre los cadáveres de sus compañeros y comenzaron a desgarrarlos. Aprovechando la oportunidad, Ivor reptó hacia el árbol y empezó a acumular maleza seca contra el tronco. Luego, golpeó el pedernal sobre la yesca y le prendió fuego. Cuando los hombres comenzaron a gritar de terror, Ivor sopló el cuerno y espantó a los lobos, pues temían que hubiera una batida.

Fue entonces cuando el astuto cazador gritó a los hombres del árbol que salieran, o de lo contrario morirían quemados.

Los potenciales asesinos clamaron piedad, e Ivor les ordenó que sacaran primero a los niños. Hecho esto, recuperó una espada que habían dejado fuera, y a medida que los hombres emergían de uno en uno por la estrecha abertura, los fue matando, y dejó que las bestias salvajes se alimentaran de sus cuerpos. Luego, junto con su esposa, huyó a las profundidades del bosque.

Se dirigieron a un lugar secreto que Ivor había descubierto tiempo atrás. Era una cueva magnífica, oculta en lo más profundo de las rocas conocidas como el «Acantilado de las Águilas», debido al hecho de que cuatro de esas espléndidas aves anidaban siempre allí. En efecto, había una serie de cavernas talladas como estancias en la roca viva. Se creía que antaño había pertenecido a un temible cíclope, y había permanecido ignota hasta que el cazador se había topado con ella de casualidad. Allí se ocultaron durante los cinco años siguientes Ivor, su esposa y los dos niños. Ivor cazaba a diario para colmar sus necesidades, mientras Morwen se ocupaba de las

criaturas. No les faltaba de nada, y permanecieron ocultos a la maldad de Griffin, quien los creía muertos y pensaba que los asesinos se habían dado a la fuga.

✣ ✣ ✣

Los dos niños crecieron deprisa en la espesura, aprendiendo lo que necesitaban de sus sabios y habilidosos padres adoptivos. Con el tiempo se olvidaron de todo lo que había ocurrido en el bosque, de cómo habían estado a punto de morir y cómo Ivor y Morwen los habían salvado. En sus jóvenes mentes, aquellos eran sus verdaderos padres. Tampoco les resultaba extraño que vivieran en cuevas en mitad del bosque, pues no habían conocido otra cosa.

Luego, un día estaban paseando por el bosque buscando presas y leña cuando se toparon con dos caballeros. Se trataba de sir Kay, el senescal del rey Arturo, y sir Urien, quien además de ser uno de los caballeros de la Mesa Redonda era también rey de Escocia. Fue precisamente por su deseo de regresar a su hogar que habían pasado por allí; Kay lo acompañaría la mitad del camino como escolta. La esposa de Ivor, junto con la muchacha Orwen, se habían separado de Ivor y Meriadoc mientras buscaban leña seca, y fue con ellas dos con quienes se cruzaron los dos caballeros. Pasaron de largo después de saludarlas, y sir Kay no tardó en despedirse de Urien para marchar de vuelta a la corte del rey Arturo. Urien cabalgaba solo, pero pronto descubrió que no era capaz de olvidarse del rostro de la muchacha que había visto en el bosque.

Tanto lo atormentaba aquel encuentro fortuito que volvió grupas y cabalgó de vuelta hacia el lugar en que la había visto por primera vez. La casualidad dictó que la encontrara allí de nuevo, pues apenas había andado un breve tramo, y, sin previo aviso, Urien tiró de ella hasta la silla y se marchó con ella a cuestas, ignorando sus gritos y los de su madre adoptiva, que se desplomó junto al camino.

Sir Kay, por su lado, se había encontrado con Ivor y Meriadoc,

cargados con el botín de la caza. Kay, al ver a aquel alto y apuesto muchacho vestido con harapos, urdió un malicioso plan para llevárselo con él. Necesitaba un nuevo escudero, y en su arrogancia creía que tenía permiso para tomar a todo aquel que se le antojara. Por eso, cargó directamente contra Ivor con la lanza en ristre, profiriendo violentos gritos de batalla a viva voz. El cazador, aterrorizado por los gritos de aquel caballero vestido de malla, dejó caer la presa y corrió hacia los árboles, dejando que sir Kay atrapara a Meriadoc y lo dejara inconsciente, antes de cabalgar de vuelta a la áurea Camelot de buen ánimo con el muchacho colgando de la silla.

✣ ✠ ✣

Con un profundo pesar, Ivor regresó a la cueva solo, donde se encontró con Morwen, quien se hallaba en un estado de conmoción y miseria similar. Se consolaron mutuamente, llorando la pérdida y preguntándose qué podrían hacer para recuperar a sus hijos desaparecidos, pues después de tanto tiempo juntos ya consideraban a Orwen y a Meriadoc como a sus propios retoños.

—No descansaré hasta que encontremos a nuestra hija —dijo Morwen—. Recuerdo que al hombre que se la llevó su compañero lo llamó Urien, y hablaba de ir a visitarlo a Escocia. Propongo partir a buscar en aquellas tierras.

—Eres muy valiente, amor mío —dijo Ivor—. Yo entonces buscaré a Meriadoc. Estoy convencido de que el caballero que me espantó era sir Kay, el senescal. He estado en la corte del rey Arturo y lo he visto allí varias veces. Me dirigiré a la corte real y buscaré información sobre nuestro hijo desaparecido.

Entre muchas lágrimas y bendiciones, la pareja se despidió y cada uno tomó direcciones distintas. Morwen se encaminó hacia Escocia, y tras un largo y dificultoso viaje, arribó al hogar del rey Urien, solo para descubrir que ese mismo día había tomado a

Orwen como esposa, quien, la verdad sea dicha, se había enamorado tan profundamente de su captor como él de ella. Morwen se encontraba entre la multitud que suplicaba limosna fuera de la gran catedral donde la pareja se había desposado, y vio a Orwen aproximarse con un espléndido vestido y una diadema de oro en el pelo.

Con lágrimas en los ojos, Morwen observó a su hija adoptiva pasearse entre los nobles de la corte de Urien, hasta que quiso la casualidad que la muchacha la distinguiera de lejos. De inmediato, puso los ojos como platos y palideció de la sorpresa. Se desmayó sobre los brazos de un noble que había tras ella.

Urien se apresuró a ayudarla con una cierta alarma, y en cuanto Orwen se recuperó, le preguntó si se encontraba bien.

—He visto entre la multitud un rostro que reconozco —respondió Orwen, incorporándose—. El rostro de una persona cuya vida es tan querida para mí como la mía propia. Era mi querida madre adoptiva, quien me salvó de la muerte y me crio como a una hija.

Tras mirar en todas direcciones, llamó a voces a Morwen, y cuando la anciana emergió de la muchedumbre, la muchacha se lanzó a sus brazos.

—Ahora, mi señor —le dijo a Urien—, si me amáis, cuidaréis de esta mujer y la honraréis igual que haríais conmigo.

Y eso hizo el rey, ordenando que vistieran a Morwen con la mejor de las sedas y que le dieran todo lo que necesitara para su comodidad.

✣ ✠ ✣

Ivor, mientras tanto, había llegado a la corte del rey Arturo, y entró con arrojo en el salón mientras el rey cenaba. Muchos se sorprendieron de su aparición, e incluso les recordó a la llegada del temible Caballero Verde, pues el cazador estaba por encima de la

altura media, alto y poderoso, y tenía una barba gruesa y poblada. Iba vestido con un traje hecho de juncos tejidos, lo que le otorgaba un aspecto extravagante. Llevaba una espada larga colgada del cinturón, y un arco y flechas a la espalda. Cargaba con un gran ciervo sobre los hombros, al que había disparado de camino hacia allí. Entonces lo lanzó a los pies de sir Kay, tras haberlo reconocido entre la multitud. Luego, antes de que nadie pudiera hablar, una silueta se separó del grupo de caballeros de la mesa y se abalanzó sobre Ivor. Era Meriadoc, a quien el cazador ni siquiera había reconocido debido al lujo con que vestía, y por llevar el pelo recién arreglado. Pues a pesar de haber crecido de una forma tan salvaje, apenas había tardado en acostumbrarse a los lujos de la corte tras sus años viviendo en el Acantilado de las Águilas.

Los dos se saludaron con lágrimas en los ojos y abrazos, y luego contaron la historia al completo. El rey censuró a Kay por su violenta acción al haber llevado a Meriadoc lejos de sus padres adoptivos, y como recompensa el senescal se ofreció a incorporar a Ivor a su servicio como cazador. Todos estuvieron de acuerdo, aunque Ivor solo podía pensar en su esposa, en cómo le habría ido y si habría tenido éxito en la búsqueda de Orwen.

Al cabo de un mes, sir Kay recordó su promesa de visitar a Urien y partió hacia Escocia, llevando con él a una comitiva de sirvientes, entre los cuales se encontraba su cazador favorito, Ivor. Meriadoc también los acompañó, pues sir Kay prácticamente lo trataba como a un hijo, aunque seguía siendo su escudero. Tras llegar a la corte de Urien, tuvo lugar un gran reencuentro entre Ivor y Morwen, Meriadoc y Orwen. Entre tanto regocijo, todos decidieron quedarse en la corte de Urien juntos.

✣ ✠ ✣

AHORA MERIADOC y su hermana, tras conocer las circunstancias de sus vidas tempranas y su verdadero origen, comenzaron a debatir

cómo podrían vengarse del rey Griffin, tanto por el papel que había desempeñado en la muerte de su padre como por haber usurpado lo que les correspondía por derecho. Conscientes de que era uno de los reyes que gobernaban sobre sus tierras en nombre del rey Arturo, sabían que para atacar a Griffin abiertamente era imprescindible el apoyo del rey. Por tanto, viajaron hasta la áurea Camelot y desarrollaron ante el rey el relato completo de la muerte de Caradoc y el comportamiento consecuente de su tío. Arturo, enfurecido por aquella historia, convocó a Griffin a que se presentara ante él, y le dijo que se preparara para defenderse de acusaciones de fratricidio y otras maldades.

La respuesta de Griffin fue prepararse para la guerra. Tras oír los rumores de que sus sobrinos habían escapado y enterarse de su nuevo estatus, ya había fortificado varios de sus castillos, y ahora se había retirado al refugio en la montaña de Snowdon, donde antaño se ocultó el maligno rey Vortigern hasta la llegada de Merlín [11]. Después de bloquear todos los caminos y senderos hasta no dejar más que un angosto pasaje entre los altos acantilados por donde solo cabría una única columna de hombres, Griffin envió una respuesta desafiante a Arturo. Aquello airó tanto al rey que se alió con Urien y marcharon juntos para enfrentarse a Griffin.

Al encontrar todos los caminos bloqueados o fuertemente defendidos, Arturo dirigió un ataque por el estrecho pasaje, que estaba protegido por el mismísimo Griffin en persona y un puñado de hombres. Arturo trató de abrirse paso a lo largo de una semana, pero siempre los rechazaban. A muchos les recordó al paso de las Termópilas, que en los tiempos de los héroes griegos se defendió de una forma similar con tan solo un puñado de guerreros. Mientras tanto, Sadoc y Dunewall, los dos señores que habían ayudado a salvar a los hijos de Caradoc, conocedores de la disposición de las tierras como cualquier otro hombre, reunieron a una pequeña fuerza de caballeros para atacar a Griffin por detrás. Este, al enterarse, se vio obligado a abandonar el angosto paso y retirarse al refugio de la montaña que había preparado precisamente para esa

contingencia.

Hasta allí lo persiguió el rey Arturo y sitió el castillo, que estaba tan afianzado en una fortaleza de roca que al cabo de una semana el rey cayó en la cuenta de que no conseguirían derrotarlo con un asalto simple. Fue entonces cuando comenzaron a levantar trincheras y trajeron poderosas máquinas de asedio con las que derribar las murallas.

Griffin, que no era un cobarde, consideró la situación y decidió no ceder ante nada. Semana tras semana, mes tras mes, enviaba incursiones contra el campamento del rey Arturo, a menudo liderando él mismo los asaltos, y ganándose el respeto a regañadientes de sus enemigos. Sin embargo, al final fue el hambre lo que pudo con él, ya que, poco a poco, los suministros de la fortaleza fueron menguando.

A la postre, Griffin se entregó y se puso a merced del rey Arturo, quien reunió a un tribunal y dejó la cuestión no solo en manos de sus propios jueces, sino también del concilio que antaño sirvió al rey Caradoc. Allí Griffin no halló piedad alguna, y fue ejecutado por sus crímenes a su debido tiempo.

✣ ✠ ✣

El reino de Cambria estaba ahora en manos de Meriadoc. Él, joven e inexperto, declaró que tenía intención de demostrar su valía embarcándose en una búsqueda caballeresca de aventuras. Fue entonces cuando le confió el reino al esposo de su hermana, el rey Urien de Escocia, y regresó con el rey Arturo a la corte de Carlisle.

Allí, mientras el rey descansaba del largo y arduo asedio contra Griffin, un cierto caballero, conocido como el Caballero Negro del Bosque Negro, apareció y exigió que se reconociera su derecho sobre dicho bosque. La respuesta de Arturo fue que su padre, Uther Pendragon, había llenado el bosque con jabalíes negros, cuyos descendientes deambulaban allí todavía hoy, y que aquello le

concedía el derecho sobre las tierras. A eso el Caballero Negro respondió que su mismo nombre representaba el derecho que le correspondía, pero declaró que, siempre que se reconociera su titularidad, estaría encantado de permitir al rey Arturo que cazara allí siempre que quisiera. El rey replicó que el derecho de caza ya era suyo en primer lugar, y que no veía necesidad alguna de pedir permiso para cazar en su propio bosque.

Por ello, la cuestión seguía sin resolver, con un lado primero y después el otro reivindicando derechos contradictorios. Al final, el rey Arturo dejó el asunto en manos de la judicatura y esperó su veredicto. El Caballero Negro, creyendo que el concilio siempre se inclinaría a favor del rey, interrumpió sus deliberaciones y exigió que la cuestión se resolviera mediante la fuerza de las armas y el cuerpo; su propia persona contra cuarenta de los caballeros del rey.

—Enviad a un hombre a diario durante cuarenta días —dijo el poderoso hombre—. Si sobrevivo, se reconocerá el Bosque Negro como mío por derecho propio.

Aunque a regañadientes, el rey Arturo apreció sus valientes palabras, así que accedió. Sin embargo, en los días que siguieron, comenzó a arrepentirse de su decisión, pues uno tras otro todos sus caballeros regresaron apaleados y sangrando de su encuentro con el Caballero Negro. Al fin, el rey hizo llamar a sir Kay y le dijo:

—Me avergüenza la derrota de mis mejores hombres a manos de este advenedizo caballero. Apenas faltan tres días para llegar a cuarenta, y debemos hacer todo lo posible por salvar nuestro honor. Por tanto, hoy quiero que vayáis vos a superar esta aventura. Sé que sois una persona astuta y con recursos, y tengo la esperanza de que tendréis éxito allí donde otros han fracasado. Si no triunfáis, mañana será el turno de mi sobrino, sir Gawain; y después de él, el último día, yo mismo me avanzaré y haré todo lo que pueda para defender mi honor y el de la hermandad de la Mesa Redonda.

Kay accedió, honrado de ser elegido para una tarea así. Comenzó a prepararse para el combate, asegurando a todos que no podía permitirse caer derrotado ante el Caballero Negro. Meriadoc,

a quien sir Kay había nombrado caballero el año anterior, se lo llevó aparte y le suplicó que lo dejara ocupar su lugar.

—Es evidente que este asunto apenas os servirá para aumentar vuestro renombre, y en caso de que fracasarais, aunque evidentemente dudo de que ese fuera el caso, ¡vuestra vergüenza sería grande!

Kay se negó de primeras, pero tras valorar la sabiduría que había tras las palabras de Meriadoc, su convencimiento flaqueó. A la postre accedió, no sin darle mucha importancia al asunto, como era su costumbre, y subrayándole al joven su disposición a apartarse por ningún otro motivo que darle la oportunidad de demostrar su valía.

Meriadoc partió de inmediato hacia el Bosque Negro, y al llegar al vado que dividía las tierras de Arturo de aquellas que reclamaba el Caballero Negro, dio un toque de cuerno. El Caballero Negro apareció de súbito y, sin ningún tipo de espera, cargó a galope tendido contra Meriadoc, a quien alcanzó mientras cruzaba el agua. Meriadoc, con la lanza en ristre, bloqueó la lanzada de su oponente directamente con el escudo, y dirigió la punta de su lanza hacia la garganta del Caballero Negro. Este, a su vez, desvió el ataque y lo paró con el centro de su escudo. Meriadoc soltó la lanza sin perder un instante y, tras desenvainar la espada, alargó el brazo y agarró a su oponente del casco, antes de tirar de él con toda la fuerza de su cuerpo y sacarlo de la silla, preparado para hundirle el acero en el cuello. El Caballero Negro profirió un gritó y suplicó piedad, y Meriadoc se la concedió.

—Decidme quién sois —rogó el Caballero Negro—. Jamás había sentido una fuerza como la que poseéis, y sin duda proviene de un gran linaje.

—No veo razón para hablar de mis ancestros —replicó Meriadoc —. Os basta saber que represento al rey Arturo y que os he vencido. Por tanto, os pregunto: ¿entregaréis la administración del Bosque Negro a mi señor?

El Caballero Negro desenvainó su espada y le presentó la

empuñadura a Meriadoc.

—Mi señor —dijo—, renuncio por completo a cualquier reivindicación sobre este lugar, y os respeto por vuestro coraje y fuerza. ¿Acaso no me diréis de quién sois hijo y cuál es vuestro linaje?

Tras un instante de vacilación, Meriadoc le contó todo lo que has oído aquí, desde su nacimiento hasta esta misma aventura, pasando por su infancia y la traición de Griffin. Al final, el Caballero Negro agachó la cabeza y declaró que aquella historia no era menos de lo que esperaba. Luego, juró lealtad eterna a Meriadoc, y le prometió que lo acompañaría allá donde deseara, y lo seguiría como fiel compañero durante el tiempo que se le permitiera. Meriadoc aceptó con gravedad aquella proposición, y los dos caballeros regresaron juntos al campamento del rey Arturo.

Allí, Meriadoc fue recibido con una gran sorpresa, pues les maravillaba que un caballero inexperto pudiera superar a alguien que había derrotado a nada menos que treinta y siete de los suyos. Arturo recibió al joven con afecto y le ofreció cualquier recompensa que se le ocurriera pedir.

Fue entonces cuando Meriadoc dejó a todos boquiabiertos al pedir que le devolvieran las tierras que le correspondían al Caballero Negro, en las cuales se basaba la disputa entera, y a pesar del evidente disgusto del rey Arturo, no podía hacer otra cosa que aceptarlo. Con el tiempo, Arturo accedió, y al Caballero Negro se le restauraron por completo sus tierras.

Escucha ahora lo que sucedió a continuación. Cuando corrió la voz sobre la aventura de Meriadoc, un segundo caballero, que se hacía llamar el Caballero Rojo del Bosque Rojo, apareció y le presentó una demanda similar al rey. Meriadoc lo venció, igual que había hecho con el Caballero Negro, y recibió su lealtad. Poco después, ejecutó las mismas hazañas como respuesta al desafío del Caballero Blanco del Bosque Blanco. En todos los casos, los caballeros se arrodillaban ante él y le juraban lealtad eterna. Con los tres vasallos jurados a su lado, Meriadoc partió entusiasmado en

busca de aventuras.

✣ ✠ ✣

EL PRIMER DESTINO fueron las tierras del emperador de los alamanes, en el lugar que hoy conocemos como Galia. En esa época, el emperador estaba en guerra con Gundebald, rey de la Tierra de No Retorno, quien le había arrebatado a su hija. El emperador había enviado mensajeros a todas partes, invitando a caballeros y héroes a que combatieran contra su enemigo, y fue en respuesta a esas convocatorias que Meriadoc, junto con los Caballeros Negro, Rojo y Blanco, llegó a Alamania. En muy poco tiempo, Meriadoc había demostrado su valía hasta tal punto que había sido ascendido a un puesto de una gran autoridad, dirigiendo a los mercenarios y caballeros andantes que, como él, habían respondido a la llamada del emperador, mientras que sus compañeros también recibieron cargos importantes dentro del ejército.

No tardó en llegar un mensajero con noticias sobre un ataque reciente de Gundebald, quien había desembarcado con un numeroso ejército en la costa de las tierras del emperador. Meriadoc, a la cabeza de una fuerza considerable, dirigió el contraataque. Tras desplegar con habilidad las fuerzas bajo el mando de sus tres compañeros, Meriadoc derrotó al enemigo de una forma tan aplastante que apenas huyeron un puñado de soldados, y se recuperó todo lo que habían saqueado.

Mientras perseguía a lo que restaba del ejército de Gundebald, que estaba bajo el mando de un general llamado Saguntius, Meriadoc se encontró en las profundidades de un bosque agreste que, según le transmitieron rápido sus hombres, se decía que estaba encantado. A pesar de eso, Meriadoc y sus soldados cabalgaron entre los árboles, avanzando hasta que la noche comenzó a caer, y entonces ordenó que se detuvieran. Apostó guardias y se acomodó a la sombra de un roble. Les había indicado a los guardias que

despertaran al campamento con la primera luz del alba, pero parecía que apenas había empezado la vigilancia cuando el sol comenzó a rayar. Frotándose los ojos con somnolencia, despertaron a Meriadoc, quien se sorprendió de que hubiera pasado tan poco tiempo desde que se había acomodado para dormir. Con todo, levantó al resto del campamento y la compañía emprendió de nuevo la marcha, y no tardaron en llegar a una llanura donde Meriadoc recordaba haber cazado con el emperador. No obstante, y ante su sorpresa, un majestuoso castillo se alzaba donde, tres semanas antes, había estado cazando a través de senderos boscosos.

—Investiguemos un poco acerca de este lugar —propuso Meriadoc.

Cuando se acercaron, un séquito de sirvientes emergió del castillo y se dirigió a ellos para saludarlos, antes de invitarlos a entrar y descansar un tiempo. Tras un instante de vacilación, Meriadoc decidió aceptar la invitación, y él y sus hombres entraron en el magnífico edificio, que estaba ricamente decorado con el mármol y el pórfido más lujosos, y de cuyos muros colgaban estandartes de seda y elaborados tapices.

Los guiaron, por una magnífica escalera, hasta una cámara decorada con mucho gusto y lujo. Allí, en un trono de mármol, estaba sentada una dama de extraordinaria belleza y nobleza. Cuando vio a Meriadoc, se puso en pie y ordenó a todos sus sirvientes que hicieran lo propio.

—Bienvenido, Meriadoc —dijo—. Hace mucho que espero este momento.

Desconcertado, Meriadoc respondió:

—Me sorprende que conozcáis incluso mi nombre. Pero lo que me maravilla aún más es este palacio, pues juro que no estaba aquí cuando pasé hace apenas unas semanas.

—Que no os sorprenda —respondió la dama—. Hace mucho que os conozco, aunque no os hayáis dado cuenta. Y en cuanto a este lugar, no es lo que parece. Ha existido desde tiempos remotos. Y tampoco se encuentra donde creéis, pues esto no es más que una

ilusión.

No dijo nada más, salvo pedirles a Meriadoc y a sus hombres que se pusieran cómodos y cenaran con ella. Los sirvientes llevaron muchos platos, abundantes e inusuales, y los mejores vinos y dulces que habían probado jamás. Pero nadie habló durante el ágape; tanto los sirvientes como los huéspedes permanecieron en absoluto silencio.

Al cabo de un rato, Meriadoc no pudo soportarlo más y, tras hacerle señas al senescal que vigilaba el banquete, le preguntó por el nombre de aquel lugar y de su señora. El senescal se limitó a esbozar una mueca. Meriadoc, desconcertado, repitió la pregunta, y esta vez el hombre lo observó con los ojos fuera de las órbitas, y después de llevarse las manos a la cabeza, agitó los dedos y abrió la boca hasta tal punto que casi parecía un demonio a punto de devorar a su presa. Meriadoc retrocedió, y estuvo a punto de levantarse de su asiento. En ese momento, la dama se dirigió airada al sirviente, reprobándolo y exigiendo que dejara de comportarse como un necio. Pero a esas alturas tanto Meriadoc como sus hombres se sentían tan inquietos por el comportamiento antinatural de sus anfitriones que se levantaron todos al unísono y salieron del salón, oyendo los gritos de su anfitriona perderse en la distancia.

Encontraron a sus caballeros esperándolos aún donde los habían dejado, y marcharon aprisa de aquel lugar. Parecía que hubieran partido poco después del mediodía, pero la noche les cayó encima casi de inmediato, y con ella los caballos parecían poseídos de un miedo incluso mayor que el que ellos mismos sentían, y se volvieron incontrolables.

Encabritándose e inclinándose, las monturas cargaron a través del bosque, chocando las unas con las otras, relinchando y arremetiendo contra sus congéneres. Totalmente enloquecidas, corrieron durante el resto de la noche hasta que al final se agotaron y o bien se desplomaron o se quedaron de pie con temblores en las cuatro extremidades.

Cuando el sol al fin se alzó, Meriadoc y sus hombres se

encontraron junto a un animado arroyo. Habían perdido a más de la mitad de los suyos, llevados hacia quién sabe dónde por sus enloquecidos caballos. Tras llorar la pérdida de sus compañeros, se prepararon para seguir adelante.

—Creo que hemos pasado un tiempo en el otro mundo —dijo Meriadoc a sus compañeros—. Ni siquiera ahora podemos estar seguros de haber salido de aquel lugar extraño. Procedamos con cautela.

Sin apenas saber adónde se dirigían, la pequeña compañía siguió adelante. Al mediodía, una terrible tormenta sopló desde ninguna parte, acompañada de cortinas de lluvia, fieros rayos de luz y el poderoso estruendo de los truenos. Exhaustos y al borde de la locura por el ruido y el agua helada que los azotaba desde los cielos, buscaron cobijo bajo los árboles y Meriadoc preguntó si alguien entre ellos reconocía el terreno y sabía si existía algún lugar donde descansar hasta que la tormenta amainara.

Un hombre habló de un castillo que conocía y que, por la disposición del terreno, creía que se encontraba a poca distancia.

—Pero es un lugar mortífero —añadió—. Pues he oído que nadie que entre sale de allí sin vergüenza. Opino que deberíamos pasar de largo.

No dijo nada más hasta que otro hombre, Waldomer, el cuñado del emperador, lo presionó para que les mostrara el camino. Finalmente, el hombre levantó los hombros y respondió que los guiaría.

—Pero yo no entraré en ese lugar —dijo—. Si lo hacéis, os aseguro que os arrepentiréis antes de marcharos.

Siguieron al caballero soportando los flagelos de la lluvia, hasta que las murallas de un castillo se alzaron ante ellos entre la penumbra. Waldomer, con el permiso de Meriadoc, condujo a un grupo a investigar el lugar, dado que Meriadoc no estaba dispuesto a poner en riesgo a la compañía en otro lugar desconocido hasta que supieran a ciencia cierta que era seguro.

Waldomer y sus hombres atravesaron las puertas del castillo,

abiertas de par en par, y se dirigieron hacia el interior. Hallaron el lugar totalmente desierto, aunque en el gran salón ardía un gran fuego, y había cálidas alfombras en el suelo. En los establos había también forraje para sus monturas, y, al verlo, Waldomer ordenó a sus hombres que se cuidaran de sus caballos y luego se retiraran al salón.

—Todo está preparado para nosotros —dijo—. Y dado que parece ser que ya nos esperaban, sería una necedad rechazar una hospitalidad tan excelente.

Y así fue como los caballeros estabularon y alimentaron a sus caballos, antes de reunirse alrededor del fuego del gran salón. Con todo, cuando apenas llevaban allí un rato, un pavor repentino e inexplicable los poseyó. Se sentaron con la mirada clavada en el suelo, reacios incluso a mover una mano o los ojos, como si la muerte en persona los estuviera persiguiendo y pudiera atacar en cualquier momento.

✣ ✣ ✣

MERIADOS, MIENTRAS TANTO, esperaba bajo los árboles goteantes. La tormenta había ido cobrando fuerza, y los hombres que se habían quedado con él comenzaban a quejarse. Finalmente, al no recibir noticias del castillo, Meriadoc, decidió que debían seguir a sus camaradas. Pero el caballero que en primer momento los había guiado hasta allí se negaba a acompañarlos, y se retiró hacia la oscuridad del bosque.

Meriadoc condujo a las tropas restantes hacia el castillo, donde encontraron a Waldomer y a sus hombres sentados, inmóviles como estatuas, mirando al suelo.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —demandó Meriadoc.

Waldomer dio un respingo.

—Mi señor —dijo—, nos produce demasiado miedo mirarnos a la cara.

—Pues entonces os ordeno que os levantéis todos —respondió Meriadoc con firmeza—. Es solo el miedo lo que os retiene. Alzaos y preparad las mesas. Yo buscaré comida y bebida.

Como liberados del miedo, los hombres comenzaron a obedecer tímidamente. Meriadoc partió por su cuenta a través de los salones vacíos y resonantes en busca de provisiones. Tras dejar atrás varias habitaciones, entró en una cámara donde vio a una muchacha sentada sola. La mesa que tenía delante estaba llena de pan y vino, y, al verlo, a Meriadoc lo dominaron hasta tal punto el hambre y la sed que tomó un montón de pan y varios pellejos de vino y se marchó de la habitación sin despegar los labios. En ese momento, se topó con una alta figura, quien, al ver la comida y la bebida que cargaba en los brazos, exigió airadamente saber quién era y qué pretendía al asaltar la mesa de la doncella. Meriadoc no respondió, sino que se limitó a seguir andando, momento en que el hombre alto le propinó un golpe en la sien que lo hizo desplomarse, y la espada que llevaba en la mano salió despedida y se deslizó por el suelo.

Tras ponerse en pie entre tambaleos, y aferrado aún a la mayor parte del pan y el vino, Meriadoc huyó de su adversario, y solo se detuvo cuando le faltó el aliento.

Para entonces se encontró en una parte extraña del castillo, sin tener la menor idea de cómo regresar al salón donde lo esperaban sus hombres. Además, había perdido la espada, y no tenía forma de defenderse. En ese instante, el sirviente alto apareció con la espada del caballero. Después de reprenderlo por haber robado la comida y la bebida, y por haber huido de un hombre desarmado, le lanzó a Meriadoc la espada a los pies y se retiró.

Meriadoc, avergonzado, guardó la espada, pero aún con la intención de conseguir comida, siguió su olfato hasta llegar a la cocina. Allí vio a un hombre fornido con la cabeza afeitada y un cuerpo sumamente grueso que dormitaba frente a un fuego sobre el que había dispuesto un asador y ensartado varias grullas. En cuanto Meriadoc entró, el hombre se despertó y, con un grito de furia,

agarró el asador y lo atacó, golpeándolo en la cabeza y los hombros hasta que Meriadoc cayó gruñendo al suelo.

Airado y dolorido por aquel ataque indiscriminado, Meriadoc se puso en pie, agarró a su oponente por la cintura y lo tumbó. Luego, tras ver un pozo abierto en el suelo a poca distancia, arrastró al hombre corpulento y lo arrojó hacia las profundidades del agua.

Hecho esto, Meriadoc reunió toda la comida con que podía cargar y encontró el camino de vuelta, no sin dificultades, hasta donde sus hombres aún aguardaban, muy unidos, mirándose por encima de los hombros.

La comida y la bebida les levantaron los ánimos de forma considerable, y se lanzaron sobre ellas de buena gana. Sin embargo, apenas habían dado unos bocados cuando un hombretón, cargando con lo que parecía una biga entera, entró atropelladamente en el salón, rugiendo que habían robado la comida de su señor. Antes de que nadie pudiera reaccionar, ya había derribado a más de una docena de los hombres de Meriadoc. Este, furioso por los continuos ataques, desenvainó la espada y, profiriendo su grito de guerra, persiguió a la enorme criatura desde el salón y a través del laberinto de túneles y corredores que parecían conducir a todas y a ninguna parte de aquel extraño lugar.

Al final, llegaron a una gran habitación llena de hombres armados. De inmediato, todos se volvieron hacia él y lo atacaron. Apenas tenía posibilidades contra tantos hombres, y no tardaron en acorralarlo contra la pared. Pero tal fue la fuerza y el coraje que demostró que, al cabo de un rato, los atacantes recularon unos pocos pies y le concedieron el derecho de rendirse y marcharse a voluntad.

Exhausto, Meriadoc regresó despacio a través del laberinto de pasillos hasta alcanzar de nuevo el gran salón. Allí no encontró a nadie más que a aquellos de sus hombres que el gigante había derribado. El resto había huido o se los habían llevado.

Meriadoc, descorazonado, fue a buscar su caballo y los de sus compañeros. Sin embargo, los establos estaban vacíos, y sin saber

ya qué hacer, Meriadoc se marchó solo del castillo a pie y tomó el camino que llevaba de vuelta al bosque. Sabía de corazón que aquellos acontecimientos formaban parte de un viaje que lo había llevado al otro mundo, y que la hermosa mujer que había mostrado una disposición tan buena hacia él era casi con total certeza de sangre feérica. No había otra forma de explicar los cambios en el tiempo, ni el desconcertante estupor que había dominado a sus hombres. Mas no le dio más vueltas a esas cuestiones, pues sabía que su vida esperaba fuera de aquel mundo de peligrosas ilusiones.

✣ ✠ ✣

MERIADOS PASO EL resto del día siguiendo el camino con pesadumbre, y entonces, justo cuando el sol empezó a ponerse, se encontró con el hombre de su propia mesnada que se había negado a entrar en el castillo y había tratado de disuadirlos. Meriadoc se alegró de verlo y suplicó perdón por ignorar su sensato consejo. Los dos cabalgaron juntos hasta que vieron un gran grupo de hombres armados más adelante en el camino. Tras pasar a su lado con cautela, Meriadoc reconoció a Waldomer entre ellos, ¡y cayó en la cuenta con gozo de que se trataba de sus propios hombres! Los saludos que a continuación se produjeron fueron sin duda grandes, pues los caballeros se alegraban de ver a su comandante, y el sentimiento era mutuo.

Ya reunidos, la compañía continuó a través del bosque hasta que los detuvo el ruido de una batalla: gritos y el chocar de las armaduras y los aceros. Sin perder un instante, Meriadoc envió exploradores a que descubrieran qué estaba ocurriendo. Avanzando al cobijo de los árboles, estos hombres terminaron por encontrarse con una batalla grande y terrible. Tal era la carnicería que parecían correr ríos de sangre por la llanura que se extendía ante ellos, y los muertos yacían apilados. Divisaron a un muchacho agazapado entre los arbustos, observando, y uno de los exploradores le exigió saber

quiénes eran los combatientes.

—Es el ejército del emperador —respondió el joven, señalando —. El otro pertenece al hermano del rey Gundebald, Guntrannus.

—¿Cómo es posible? —preguntó el explorador—. Hasta donde sabíamos, esa batalla estaba teniendo lugar a muchas leguas de aquí.

El muchacho, ojiplático, contestó:

—He oído que el líder de las fuerzas del emperador desapareció en este mismo bosque, y cuando el resto de los soldados fueron a buscarlo, se toparon con el ejército del enemigo. Ahora parece que van perdiendo. Solo quedan esos tres poderosos caballeros conteniendo al enemigo.

Mirando hacia donde señalaba el joven, y donde el combate era más cruento, el explorador distinguió a tres caballeros, uno con una armadura roja, otro, blanca, y el tercero, negra.

Supieron de inmediato que aquellos eran los compañeros de Meriadoc y, tras regresar a toda prisa al lugar donde esperaba su líder, los exploradores le comunicaron todo lo que habían visto. Meriadoc casi se echa a llorar cuando se enteró del destino de sus tropas. Luego, reagrupó a lo que quedaba de su ahora pequeño contingente, les dirigió palabras de ánimo y les recordó su honor, su fuerza y las necesidades de sus atribulados camaradas. Entonces, después de dividir las fuerzas en dos, una bajo su mando y otra bajo el de Waldomer, guio una carga contra los enemigos por ambos flancos.

Estos, creyendo que una fuerza mucho mayor iba a por ellos, se vieron obligados a enfrentarse a los atacantes, y en ese momento el exhausto ejército del emperador, junto con otros que habían huido al bosque temiendo por sus vidas, dio media vuelta y combatió con un vigor renovado. En unos pocos instantes, las tornas de la batalla se cambiaron y Meriadoc, reunido con sus tres amigos, expulsó al enemigo del campo de batalla tras matar a la mayoría, incluido el mismísimo rey Guntrannus.

En las semanas que siguieron, el ejército victorioso del

emperador, liderado por Meriadoc, recorrió las tierras del enemigo con fuego y espada. Ciudades enteras cayeron ante ellos, ya fuera por la fuerza o por una sumisión voluntaria. Al final de ese tiempo, Meriadoc pudo enviar un mensaje al emperador para informarlo de que la mayor parte de las tierras del rey Gundebald eran ahora suyas, y que él, Meriadoc, solo buscaba un momento glorioso final para demostrar su valía.

La respuesta del emperador no se hizo esperar. Si Meriadoc podía rescatar a su hija de las manos de Gundebald, Meriadoc heredaría el reino del emperador y recibiría la mano de su hija en matrimonio.

✣ ✠ ✣

EL EMPERADOR DESCONOCÍA que su hija ya había oído hablar de la extraordinaria pericia de Meriadoc y había pensado en enviarle un mensaje propio, en el que le prometía toda la ayuda que estuviera en sus manos, y una cálida bienvenida si conseguía rescatarla. Sin embargo, le aconsejaba que llevara solo un puñado de seguidores, pues creía que así le iría mucho mejor. Con esa sugerencia en mente, Meriadoc seleccionó solo a sus tres amigos, los caballeros Negro, Rojo y Blanco, para que lo acompañaran, y en consecuencia partieron juntos hacia el corazón del reino de Gundebald, donde se alzaba su ciudad más poderosa.

Quiso la fortuna que, al no estar familiarizados con los caminos, se perdieran en un bosque y deambularan por allí durante cinco días sin ver señal alguna de vida humana. Comenzaron a estar hambrientos, pues ya habían agotado sus suministros, y se alegraron sobremanera de encontrarse con un rebaño de vacas que regresaban a casa más adelante. Meriadoc envió de inmediato al Caballero Negro a investigar, pues donde había vacas también debía haber una aldea o una granja.

El Caballero Negro volvió pronto con la noticia de que, en

efecto, había encontrado el camino hacia una ciudad, fuertemente fortificada y defendida. No tardaron en descubrir que aquella era, de hecho, la ciudadela de Gundebald; no les faltaba más que hallar un punto de acceso.

Meriadoc optó por un enfoque audaz, y los cuatro caballeros siguieron al rebaño de vacas por una estrecha puerta y hasta la entrada principal de la ciudad, donde los desafió el guarda, quien entreabrió la puertecilla trasera y les exigió que se identificaran.

—Somos caballeros de Britania —respondió Meriadoc—. Estamos al servicio del rey Arturo, y hace poco que conocimos que vuestro rey necesita soldados en su guerra contra el emperador. Venimos a ofrecer nuestros servicios.

—Pues sois más que bienvenidos —dijo el guarda—. El rey ha dado órdenes de que no dejemos entrar a nadie más. Él mismo se ha visto obligado a enfrentarse a los caballeros que envían a diario para rescatar a la hija del emperador. Id y buscad alojamiento en la ciudad, y aguardad el retorno del rey.

—Primero —dijo Meriadoc—, puesto que el rey no se encuentra en la ciudad, me gustaría hablar con el senescal del castillo. Id e informadlo de que hay cuatro caballeros a las puertas que esperan para entrar.

—Me niego a hacer eso —respondió el guarda, que empezaba a sospechar.

Mientras hablaba, comenzó a cerrar la puerta trasera. Meriadoc, consciente de que el guarda estaba solo, abrió la puerta de una patada. El golpe fue tan poderoso que tumbó al hombre, y Meriadoc lo retuvo y lo lanzó al río que discurría por debajo de la entrada. Acto seguido, abrió la puerta y dejó entrar a sus compañeros.

Por lo visto, la hija del emperador estaba encerrada en una torre que sostenía la muralla junto a la misma puerta por la que habían accedido Meriadoc y sus hombres. Y quiso la fortuna que ella en ese momento se encontrara en una de las ventanas con sus dos damas de honor, contemplando con pesadumbre el mundo que se extendía más allá de su prisión. Tras ser testigo de lo sucedido en la puerta,

dedujo que solo Meriadoc podía ser lo bastante arrojado como para intentar acceder así, y envió de inmediato a una de sus doncellas de confianza para que acompañara a los cuatro caballeros hasta ella.

Cuando estuvieron ante la princesa, los cuatro se sintieron abrumados por su belleza. Ella les sonrió a todos, pero la mirada más afectuosa se la dirigió a Meriadoc.

—Sed muy bienvenidos —dijo—. Ahora quizás podré escapar al fin de este lugar.

Empezó entonces a contarles cómo podrían organizar su huida, señalando que el rey Gundebald la había tratado con honor, más como a una hija que como a una prisionera, y que, dentro de los confines del castillo, era libre de ir y venir a voluntad. De ahí que fuera capaz de encontrar habitaciones para sus cuatro futuros rescatadores, y procedió a darle instrucciones a Meriadoc sobre la mejor forma de asegurar su liberación.

—El pueblo entero odia a Gundebald —le dijo a Meriadoc—. Por esta razón, encontraréis a muchos aquí que os apoyarán llegado el momento. Esto es lo que debéis hacer. Primero, presentaos ante el rey cuando regrese y decidle que venís a ofrecerle vuestros servicios. Tiene por costumbre aceptar a nuevos caballeros en sus filas solo después de haber puesto a prueba su destreza en combate singular. Es excepcionalmente fuerte, y muy orgulloso, y espera venceros con facilidad, y después de eso os admitirá en su compañía.

—Estoy convencido de que puedo vencerlo en un combate justo —respondió Meriadoc.

—Es posible —dijo la hija del emperador—. Pero hay condiciones para que el combate no sea ni mucho menos justo, a menos que estéis preparado.

—Contadme todo lo que sepáis —dijo Meriadoc.

—Escuchadme, pues.

Procedió la hija del emperador a contarle que Gundebald decidiría combatir en un lugar conocido como la «Tierra de No Retorno». Se trataba de un yermo extraño y terrible, una isla en

mitad de la tierra, sobre la que no crecía nada y donde el mismísimo suelo consistía en bancos cambiantes de barro. Cualquiera que entrara allí desprevenido acabaría engullido de inmediato. En el centro de aquel vil sitio había un gran foso de alquitrán, que rodeaba la única zona de tierra firme. Gundebald había ordenado levantar cuatro pasajes que conectaban la tierra firme con los campos de alrededor en cuatro direcciones. Se apoyaban en gigantescos maderos que se hundían en aquella sustancia inquieta, lo que permitía que un único jinete cruzara los bancos de barro y los fosos de alquitrán hasta alcanzar la tierra firme del centro. Allí Gundebald había hecho construir un espléndido palacio. Cuatro torres protegían los accesos al lugar, cada una bien defendida.

—Así es como Gundebald ha conseguido vencer a tantos caballeros valerosos —dijo la hija del emperador—. Solo aquellos lo bastante afortunados como para haber sido derrotados en el camino han sobrevivido, siempre que no hayan muerto en el acto. El resto cae al foso de alquitrán y allí acaban consumidos. Lo otro que debéis saber es que Gundebald posee un formidable caballo de una fuerza excepcional. Sin duda os vencería sin mi ayuda, pues tengo en mi posesión una montura de iguales características; de hecho, ¡fue Gundebald quien me la regaló para que me sintiera mejor! —Se estremeció y continuó—: Os entregaré este caballo, y armas y armaduras nuevas. Sois mi única esperanza. Si fracasáis, mi destino será permanecer aquí para siempre.

—Haré todo lo que esté en mi mano —le prometió Meriadoc.

✣ ✠ ✣

Y ASÍ FUE COMO Meriadoc se encontró con Gundebald sobre uno de los pasajes que cruzaban el mar de lodo en movimiento, protegido por una armadura nueva y reluciente y cabalgando el magnífico caballo árabe que la hija del emperador le había

proporcionado. Pues tras su regreso, y tal como la hija del emperador le había prometido, a Gundebald le había complacido dar la bienvenida a los cuatro caballeros del rey Arturo a su campamento, pero también, como era costumbre, los había desafiado a todos a un combate singular. Si el rey sospechaba algo, no dio señal alguna de ello, y accedió a enfrentarse en primer lugar a Meriadoc. Confiaba tanto en su fuerza y en el entorno del duelo, y más como chanza que como algo serio, que también prometió que si Meriadoc conseguía vencerlo, no solo se aseguraría la santidad como persona, sino que también, como duelista, y en caso de que Gundebald falleciera, se convertiría en heredero de las tierras y los títulos del rey.

El castillo del foso

No fue hasta que amaneció el día de la batalla y vio la montura que cabalgaba Meriadoc cuando el rey Gundebald cayó en la cuenta de que lo habían engañado. Palideció ante aquella imagen, pues hacía mucho que le habían profetizado que acabaría vencido por un

hombre cabalgando dicho caballo. Luego el color pasó del blanco al rojo, y gritó enfurecido que lo habían traicionado y espoleó a su montura para encontrarse con Meriadoc en mitad del puente.

Mira cómo puede cambiar el destino las cosas en un abrir y cerrar de ojos, pues igual que la diosa gira la rueda, así los hombres se alzan y caen. La batalla terminó pronto cuando Meriadoc le propinó tal lanzada a Gundebald que tanto el rey como su caballo giraron y cayeron del puente. Ambos fueron engullidos en cuestión de un instante por el hediondo alquitrán, y allí perecieron. Luego, Meriadoc se dirigió hacia el palacio de la isla, donde le dieron la bienvenida y, según los términos del propio acuerdo de Gundebald, recibió la sumisión de los seguidores del rey muerto.

Corrió rápido la noticia de la muerte de Gundebald, y no tardó en conocerse tampoco la identidad de su ejecutor. Aquello fue causa de gran regocijo, pues, tal como había dicho la hija del emperador, Gundebald era una persona muy odiada en su propia tierra, y muchos se alegraron ante la idea de tener a un señor tan famoso y honorable.

Meriadoc convocó un concilio con todos los señores que debían lealtad al rey muerto y les explicó que había actuado en nombre del emperador, y que debían prepararse para someterse a su nuevo señor. Muchos respondieron que no aceptarían a nadie más que a Meriadoc como señor, y dice mucho de la valía del héroe que tratara de disuadirlos, hasta que a la postre prometieron que, siempre que el emperador cumpliera con su palabra y casara a su hija con Meriadoc, aceptarían su dominio sobre ellos.

✣ ✠ ✣

DURANTE LA AUSENCIA de Meriadoc, la situación en el reino del emperador había cambiado drásticamente. Había estallado una guerra en otro frente, contra el rey de la Galia, y tanto había presionado aquel poderoso gobernante al emperador que este se

había visto obligado a ceder, no solo muchas de sus tierras, sino también la mano de su hija, la misma doncella que Meriadoc había liberado recientemente y con quien estaba prometido.

Eso sí: el emperador se había cuidado de que no corriera la voz, y Meriadoc desconocía el estado actual de las cosas. Regresó como un héroe, llevando consigo una enorme fuerza de caballeros que antes había estado al servicio del rey Gundebald y que ahora había jurado servir a Meriadoc hasta la muerte. El emperador lo nombró de inmediato regente del imperio; sin embargo, mientras sonreía y colmaba de recompensas al héroe de tantas batallas, también pergeñaba en secreto su muerte, para poder cumplir con su parte del trato que había cerrado con el rey de la Galia.

Para acelerar el plan, en primer lugar había puesto a su hija en una torre, donde habían preparado unos aposentos acordes con su posición. Luego había ordenado que la vigilaran, y tras darle a Meriadoc acceso libre a la torre, no tardó en recibir informes de los dos susurrándose y besándose, abrazándose y disfrutando juntos.

Al oírlo, el emperador sonrió y comenzó a conspirar contra su fiel vasallo. Primero, convocó a todos los nobles de su tierra, junto con aquellos que habían viajado con Meriadoc desde los dominios del rey Gundebald. Luego, con el héroe en persona sentado entre ellos, se les dirigió así:

—Mis señores, os he convocado hoy aquí para discutir un asunto serio que os concierne a todos. Me refiero a la cuestión de este Meriadoc, a quien todos conocéis bien. Pero ¿quién es este caballero mercenario que acepté tener a mi servicio? ¿Qué ha conseguido? Pues poco, me atrevería a decir. ¿Acaso no se lo he proporcionado todo yo? ¿Acaso el oro que usó para proveer a su ejército no había salido de mis arcas de guerra? ¿Y no triunfó solo porque mis soldados le cubrían las espaldas? Y en cuanto a mi hija, incluso en ese caso pudo rescatarla gracias a la connivencia y apoyo de ella.

Un murmullo recorrió a los presentes, mientras los hombres se miraban mutuamente y se cuestionaban lo que habían oído. Meriadoc estaba inmóvil, como paralizado. El emperador continuó:

—A pesar de estas cosas, estaba dispuesto a recompensar a este hombre con todas las riquezas y tierras a mi disposición, si no hubiera llegado a tiempo a mis oídos un asunto muy grave. No contento con esperar la mano de mi hija, tal como se le había prometido, la ha forzado, y, por la hinchazón del vientre, diría que también la ha preñado. Y os pregunto a vosotros, mis lores, si ese es un comportamiento adecuado por parte de un vasallo leal hacia su señor. Considero que no. ¿Qué debería hacer, entonces? Os pido que valoréis esta cuestión y me respondáis con vuestra sabiduría.

En ese momento, Meriadoc ya no pudo contenerse más. Se puso en pie de un salto y se dirigió atropelladamente al centro de la estancia, listo para desafiar al emperador. Y entonces se desató un pandemonio. Guardas armados, apostados allí para ese propósito por el mismísimo emperador, entraron e hicieron a Meriadoc prisionero. Al mismo tiempo, en otras partes de la ciudad, los leales seguidores de Meriadoc se vieron acorralados y o bien ejecutados o confinados. El concilio se deshizo en medio de la confusión, sin que nadie tuviera claro que Meriadoc debía ser declarado inocente o culpable.

Cuando las nuevas sobre aquello llegaron a oídos de la hija del emperador, sintió una gran angustia y sus doncellas tuvieron que retenerla para que no se hiciera daño. Poco a poco, a medida que se iba tranquilizando, comenzó a pensar que Meriadoc encontraría sin duda la forma de enderezar la situación. Con todo, a los pocos días del arresto de Meriadoc, el rey de la Galia llegó con una enorme columna de carromatos y hombres, esperando desposarse con la hija del emperador.

Al enterarse de que ella estaba en efecto encinta, y que el padre era Meriadoc, repudió el acuerdo que poco atrás había firmado con el emperador y juró no descansar hasta satisfacer aquel insulto sobre su honor. Luego se retiró y comenzó de nuevo a asolar el imperio.

El emperador, tras haber visto cómo se torcían sus planes, se vio obligado a convocar a todos los soldados y caballeros que aún

quedaban a su servicio y a prepararse para la guerra. Esta vez lideraría él mismo a su ejército, aunque entonces ya se arrepentía de haber convertido a Meriadoc en su enemigo y de haberlo arrestado.

Meriadoc se enteró de la nueva guerra y se preparó para huir. Apenas lo vigilaban un puñado de guardias, ahora que todos los hombres disponibles debían combatir junto al emperador, y con eso en mente pergeñó cuidadosamente un plan. Después de esperar a que el ejército imperial partiera y la ciudad se sumiera en un inquieto silencio, Meriadoc hizo trizas sus ropas y, tras atarlas hasta obtener una soga, se colgó de la ventana de la torre donde estaba encerrado y se dirigió a la casa de un caballero que sabía que estaba de su parte. Allí fue recibido con calidez, y antes de que se percataran de su huida, ya le habían proporcionado comida y bebida, y equipado con armadura, armas y un caballo, y se había marchado de la ciudad.

Una vez estuvo lejos de las murallas, Meriadoc galopó veloz tras los pasos del ejército. No tardó en alcanzar el lugar en que las dos fuerzas, las del emperador y las del rey de la Galia, se habían encontrado. Y allí se unió en secreto a las tropas del rey. Ya dentro de la refriega, y cabalgando y combatiendo como veinte hombres, Meriadoc se fue abriendo paso entre las huestes del emperador. En rápida sucesión derrotó al líder de las tropas imperiales, y luego al sobrino del emperador, quien era también su heredero.

El emperador, al ver esto, se puso en pie en los estribos y gritó que se vengaría del caballero que había matado a sus mejores hombres ante sus ojos. Tras agarrar una lanza, corrió como loco hacia Meriadoc, quien se volvió para enfrentarse a su adversario y, después de soltar las riendas, sujetó su propia lanza con ambas manos y cabalgó con toda su fuerza contra el emperador. Tal fue el golpe que le propinó que la lanza atravesó escudo y armadura por igual, y perforó por completo el cuerpo del emperador. Al tiempo que caía moribundo al suelo, Meriadoc exclamó:

—¡Así os pago lo que me ofrecisteis!

Luego regresó sin perder un instante a las filas del rey de la Galia, esforzándose por perderse entre ellos. Pero el rey, que había observado todo lo ocurrido, no tardó en hacer llamar al caballero que había realizado aquellas extraordinarias hazañas de fuerza y coraje, y que se había deshecho por su cuenta de su enemigo más fiero.

Cuando Meriadoc se presentó ante él, el rey lo reconoció por las descripciones que estaban en los labios de todos los hombres. Sonrió y dijo:

—Sin duda sois el hombre más digno que he conocido jamás. Bien habéis servido al emperador por el trato injusto que recibisteis. Conozco vuestra historia y prometo que no solo se os restaurará vuestra prevista esposa, sino que también se os entregarán la mayoría de las tierras del antiguo emperador, siempre que prometáis gobernar en mi nombre.

Meriadoc agradeció el ofrecimiento, y él y la hija del emperador no tardaron en desposarse, y después de eso vivieron sus vidas en gran armonía. El rey de la Galia, que se había convertido en el nuevo tuvieron, le entregó a Meriadoc vastas propiedades. Con el tiempo, Meriadoc y su esposa engendraron un hijo, y de él acabaron llegando muchos otros valerosos caballeros y reyes. Meriadoc regresó finalmente a Britania y allí, como uno de los mejores vasallos del rey Arturo, tuvo un largo y sabio gobierno sobre el reino de su padre, en Cambria.

Y así termina este relato, y ahora pasaremos a la historia de Guingamor y Gaheris, quienes se encontraron con muchas y muy extrañas aventuras en el lugar que muchos llaman el reino de las hadas.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA HISTORIA DE MERIADOC.

INCIPIT LA HISTORIA DE GUINGAMOR Y GAHERIS.

11: EL RELATO DE GUINGAMOR Y GAHERIS

I

Se cuentan muchas historias sobre la raza de las hadas que habitó en estas mismas tierras en tiempos del rey Arturo. Eran unos seres misteriosos y poderosos, y se dice que una vez existió un acuerdo entre las dos razas, pero muchos años más tarde ocurrió algo que le puso fin[12]. De esta historia hablaremos más adelante, pero hay otra que el maestro Thomas no incluyó en su magna obra, y es la que te contaré ahora. En su corazón yace un gran misterio, que sin duda hará pensar a cualquiera que la lea sobre su significado. Pues yo no diré nada más al respecto, sino que me limitaré a narrarla tal como a mí me la contó hace mucho alguien que sabía más de estos asuntos que yo.

✢ ✠ ✢

EN BRETAÑA, MUCHOS años antes de la época del rey Arturo, existía un poderoso rey llamado Höel, que gobernaba unas vastas tierras. Tenía un sobrino llamado Guingamor, por quien sentía un gran afecto, y que era muy popular entre las gentes de aquel reino. Dado que el rey no podía tener hijos, decidió nombrar al joven su heredero.

Un día, el rey se dirigió al bosque a entretenerse cazando. Guingamor se quedó en casa, pues le acababan de practicar una sangría y aún estaba débil, y una vez se hubo marchado el rey, se retiró a sus aposentos a descansar. Más tarde regresó al castillo, donde se encontró con el senescal y los dos hombres decidieron jugar a las damas.

Ocurrió entonces que la reina pasó por allí de camino a la capilla. Se detuvo un rato a observar cómo jugaban los hombres, y un haz de luz le iluminó el rostro a Guingamor, lo que provocó que la reina lo viera con nuevos ojos. En ese momento, comenzó a enamorarse de él, y tras regresar de inmediato a su alcoba, envió a una de sus doncellas a buscar a Guingamor. Después de excusarse del tablero de ajedrez, acompañó a la doncella sin perder más tiempo.

Cuando llegó a sus aposentos, la reina le indicó que se sentara con ella. Luego, con gran gravedad, le dijo:

—Guingamor, sois joven, valiente y apuesto. Por eso apenas debería sorprender que alguien pueda enamorarse de vos. He oído que eso es justamente lo que le ha ocurrido a una persona. Es una dama cortés y hermosa, y no conozco a nadie más digno que ella en todo el reino. Os ama de todo corazón, y no me cabe duda de que querría ser vuestra amante.

—Mi señora —respondió Guingamor, perplejo—, no conozco a esa persona, y creo que me costaría querer tanto a alguien a quien ni he visto y con quien no he hablado. Además —añadió—, en estos momentos no deseo comenzar ninguna aventura.

Disgustada por la respuesta, la reina contestó:

—Mi amor, no me rechacéis. Os amo desde lo más profundo de mi corazón, ¡y os amaré siempre!

Guingamor, desconcertado, dijo:

—Mi señora, sé que debo quereros, pero como esposa de mi señor y tío, nada más.

—No hablo de ese tipo de amor —replicó la reina—; seré vuestra amante si lo deseáis. Sois apuesto y yo aún soy joven. Podríamos ser felices juntos.

En eso, Guingamor se ruborizó y sintió una tremenda vergüenza.

—Mi señora, eso es imposible —respondió, e hizo ademán de salir de la habitación.

La reina, desesperada, lo rodeó con los brazos y trató de besarle. Luego, cuando Guingamor se apartó, la reina le agarró el borde de la capa, así que él se vio obligado a dar un tirón. Los cierres que la sostenían se rompieron, y Guingamor dejó la prenda en manos de la reina.

Sin perder un instante, regresó al lugar en el que el senescal aún estaba sentado frente al tablero de ajedrez, y allí intentó ocultar su distracción y continuar la partida. La reina, mientras tanto, sintió miedo por haber revelado sus sentimientos más profundos. Consciente de que aún tenía la capa de Guingamor, le ordenó a su sirvienta que se la llevara. Tan concentrado estaba él en mantener en orden sus ideas que apenas se dio cuenta cuando la muchacha se acercó y se la pasó por encima de los hombros.

Poco después, el rey regresó exhausto después de un día entero cazando. A lo largo de la cena, los caballeros que lo habían acompañado charlaron y se vanagloriaron de su éxito en la caza, mientras la reina le lanzaba miradas de soslayo a Guingamor. Luego, durante una conversación anodina, empezó a hablar del gran jabalí blanco que deambulaba por la floresta cercana.

—Qué lástima que ninguno de los presentes, por mucho que os jactéis de vuestra pericia, haya tenido el coraje de abatir a esa temible bestia.

No dejaba de mirar a Guingamor mientras hablaba. El rey

frunció el ceño.

—Querida, sabéis que no me gusta oír mencionar a esa criatura. He perdido demasiados caballeros por culpa de esa terrible bestia.

Después de eso, la celebración no tardó en dispersarse y todo el mundo se retiró a su alcoba. Pero Guingamor no podía olvidar lo que había dicho la reina. En vez de marcharse a dormir, llamó a la puerta de los aposentos del rey. Tras ser invitado a entrar, se arrodilló a los pies de su tío y le suplicó que le concediera un favor.

—Sabéis que no hay nada en este mundo que no esté dispuesto a daros —respondió el rey con una sonrisa.

—En ese caso, tío, os pido que me proporcionéis un sabueso, una perra de caza y vuestro mejor caballo, y me permitáis dar caza al jabalí blanco.

Abatido y consternado, el rey deseó profundamente que Guingamor no le hubiera solicitado eso, y le suplicó a su sobrino que reconsiderara la idea.

—Sois mi heredero. Si os ocurriese algo, el reino podría verse sin señor.

—Majestad, no hay nada que pueda hacerme cambiar de opinión —insistió Guingamor—. Si no me dejáis hacer lo que os pido, partiré de todos modos.

En ese momento, la reina entró en los aposentos y, cuando oyó lo que había solicitado Guingamor, añadió sus propias palabras a las de él, suplicándole al rey que le concediera ese deseo por el bien de su honor. De esa forma, tenía la esperanza de deshacerse del muchacho y, por tanto, de sus temores sobre lo que el caballero pudiera llegar a airear acerca de las declaraciones de amor de ella.

A regañadientes, el rey dio su consentimiento y Guingamor se apresuró a pasar una noche en vela en sus aposentos. Por la mañana, se levantó al rayar el alba y pidió que le llevaran el caballo de caza del rey, su sabueso y su perra de caza, y obedecieron con diligencia. Se reunió un grupo de cazadores con dos manadas de perros. El rey en persona, como el resto de los caballeros y sus damas, así como la mayoría de la población de la ciudad, se

presentaron para verlo partir. Muchos lloraron abiertamente, pues creían que no volverían a verlo.

Fue relativamente fácil seguir el rastro del jabalí hasta su guarida, y Guingamor envió al sabueso para que espantara a la bestia y la guiara en dirección a la partida. Apareció con pasos atronadores entre la maleza, y cargó directamente contra él, con un brillo rojizo en los ojos y espuma volando de sus descomunales colmillos. Guingamor hizo girar al caballo y el jabalí pasó de largo, precipitándose hacia las profundidades del bosque. Entonces sopló el cuerno y liberó a una de las manadas, reuniendo también a los demás pero sin darles aún la señal de perseguir a la bestia.

La persecución fue larga y agotadora, y pronto el resto de la partida se rezagó. Pero Guingamor siguió adelante. La primera manada de sabuesos estaba exhausta y comenzó también a quedarse atrás, momento en que Guingamor soltó a la segunda manada, y luego a la perra, y se dispuso a soplar el cuerno como mejor supo para guiar y animar a los sabuesos.

Al cabo de un rato, entraron en una parte más densa del bosque, y durante un tiempo Guingamor dejó de oír los ladridos de los perros. Temió haberlos perdido y comenzó a pensar en lo que diría el rey si regresaba con las manos vacías. Poco después alcanzó una alta colina y cabalgó hasta la cima, desde donde podía observar el entorno a varias leguas de distancia.

Era un día claro y el sol brillaba sobre los árboles, tiñéndolos de verde y dorado. Los pájaros trinaban en todas direcciones, aunque Guingamor no tenía oído para ellos. Sin embargo, sentado sobre su caballo y concentrado en distinguir el más mínimo movimiento en el bosque, oyó los aullidos de la perra y luego distinguió al jabalí, perseguido de cerca por la perra, que apareció y pasó cerca de él buscando terrenos más elevados.

Guingamor espoleó a su caballo con entusiasmo para que descendiera la colina y echó a correr a galope tendido tras su presa. Se regocijo de quizás triunfar al fin donde ninguna otra persona había podido, y se imaginó lo que el rey, y la reina, dirían cuando

regresara con la cabeza del jabalí clavada en su lanza.

Por muy rápido que galopara, no parecía capaz de alcanzar a las dos bestias. El terreno iba ganando altura progresivamente, y no tardó en caer en la cuenta de que había abandonado la floresta y entraba en una zona del reino que desconocía. Después, frente a él, vio un magnífico castillo que se alzaba en un prado salpicado de flores. Sus muros eran de mármol verde y sus torres parecían todas de plata, relucientes bajo el sol. Una ancha entrada se abría en la muralla y, tras refrenar a su montura, Guingamor se detuvo y la observó maravillado, pues las puertas eran de marfil con incrustaciones de oro, y parecían no tener cierres ni sujeciones de ningún tipo.

Dado que no había ni rastro de la perra ni del jabalí blanco, Guingamor decidió entrar en aquel lugar, convencido de que allí encontraría a alguna suerte de guardián que tal vez los hubiera visto. Además, le llamaba la curiosidad aquel castillo, pues jamás había oído hablar de él, a pesar de su belleza y esplendor.

Cabalgó con arrojo hacia el interior sin dejar de mirar en torno a él, pero no detectó ningún movimiento. Desmontó y entró en el palacio más bello que había visto jamás. Las mesas estaban llenas de platos y cálices de oro macizo como preparados para un festín, pero no había ni un alma a la vista.

Guingamor no dejaba de darle vueltas a la situación, así que salió del salón y volvió a montar en su caballo. En el prado, aguzó el oído pero no pudo oír ni a la perra ni al jabalí. Comenzó a arrepentirse del impulso de haber entrado en el castillo y, sin mirar atrás, cabalgó hasta adentrarse de nuevo en el bosque. Allí creyó oír los ladridos de la perra, y espoleó a su montura en esa dirección, soplando el cuerno con toda la fuerza posible.

El sendero conducía de nuevo a un espacio abierto, y allí halló una fuente que se alzaba bajo un único y majestuoso árbol, alimentada por un río cercano. La fuente estaba tallada de una forma hermosa y elegante, y la grava que la rodeaba parecía estar hecha de plata y oro. Pero no había nada más hermoso a sus ojos

que la doncella que se bañaba en el agua. Sus extremidades eran largas y sedosas, sus pechos, pequeños, y sus cabellos parecían una nube dorada.

La dama de la fuente

Mientras detenía el caballo, contemplando sin tapujos su belleza desnuda, Guingamor se percató de que su ropa descansaba junto al agua. Por puro impulso, la lanzó hacia la alta horcadura del árbol, creyendo que tal vez podría capturar al jabalí y regresar a tiempo de encontrar todavía allí a la dama de la fuente, pues estaba convencido de que no se marcharía sin su ropa.

ILUSTRACIÓN 4: *«Guingamor hizo girar al caballo y el jabalí pasó de largo, precipitándose hacia las profundidades del bosque».*

Sin embargo, la doncella lo había visto y lo llamó a voces, dirigiéndose a él por el nombre.

—Guingamor, dejad mi ropa. Seguro que no deseáis que se sepa que le habéis robado el vestido a una doncella en las profundidades del bosque. Venid y hablad conmigo. Habéis cabalgado mucho hoy sin éxito. Quedaos aquí un rato y todo se solucionará, os lo prometo.

Avergonzado, Guingamor le devolvió a la dama sus ropas. Luego se excusó, arguyendo que debía continuar con la búsqueda del jabalí y la perra. La doncella sonrió y le ofreció una mano.

—Os prometo que podríais buscarlos durante toda la eternidad y no los encontraríais sin mi ayuda. Me llamo Brangepart. Si os quedáis aquí conmigo durante tres días, tendréis tanto el jabalí como vuestra perra al final de ese tiempo. Luego podréis marcharos a casa. Os lo prometo.

Guingamor, suspicaz, aunque creyendo que la dama de la fuente

decía la verdad, desmontó y esperó a que se vistiera. Luego la ayudó a subirse al caballo, de modo que estuviera sentada delante de él, y partieron tal como ella le había indicado.

El caballero no tardó en darse cuenta de que se estaban aproximando al castillo que había visitado recientemente. Mientras avanzaban, con la doncella Brangepart entre sus brazos, el corazón empezó a latirle con fuerza y las manos, a sudar. Al final, no pudo alargar más el silencio.

—Mi señora —dijo—. Debéis saber que siento un profundo amor por vos. ¿Hay alguna posibilidad de que sintáis lo mismo por mí? Si es así, os prometo que jamás miraré a ninguna otra mujer.

La dama de la fuente sonrió y respondió que, en efecto, albergaba esos sentimientos hacia él. Allí y entonces se besaron y abrazaron con pasión.

Pronto entraron en el castillo, que ya no estaba en silencio ni vacío. Ahora era un hervidero de actividad, de sirvientes corriendo aquí y allá, preparando comida y bebida para la pareja, mientras los trovadores afinaban sus instrumentos en las galerías, caballeros y escuderos los recibían y los pajes se apresuraban a estabular al caballo de Guingamor y a ofrecerle agua para lavarse y ropa limpia de la más alta calidad.

Cenaron bien, y a Guingamor le ofrecieron descansar en un gran lecho donde, más tarde, acudió también Brangepart. Pasaron juntos tres días y tres noches, disfrutando de los juegos del amor. El tercer día, Guingamor declaró a regañadientes que debía regresar con su tío.

—Os pido que me entreguéis a la perra y la cabeza del jabalí blanco, tal como prometisteis, mi señora. En cuanto haya vuelto a casa y mostrado mi trofeo, regresaré aquí.

La doncella lo miró con extrañeza.

—Os daré todo esto, como os prometí. Pero hay algo que debéis saber. Aunque solo hayáis pasado aquí tres días, en el mundo del que venís se han sucedido cien años. Todos aquellos que conocisteis hace mucho que murieron, y me atrevería a afirmar que nadie que

encontréis recordará vuestro nombre.

—Mi señora, mi amor, ¡no puedo creer que lo que me decís sea cierto! —grito Guingamor con una profunda angustia.

—Y, sin embargo, lo es —respondió ella.

—Debo marcharme y comprobarlo con mis propios ojos. ¿Me dais permiso para irme si os prometo que regresaré en cuanto esté satisfecho de que lo que me decís es la verdad?

—Muy bien —dijo la dama—. Pero os advierto: una vez salgáis de las fronteras de esta tierra, por la fuente donde nos vimos por primera vez, no debéis comer ni beber nada, por muy hambriento o sediento que estéis. Si lo hacéis, no podréis volver aquí jamás.

Guingamor le dio su palabra, y la dama pidió que le llevaran su montura, ya ensillada. Con ella vino también la perra, que él sujetó por la correa, y el cadáver del jabalí, cuya cabeza arrancó y clavó en la punta de la lanza. Luego partió con Brangepart cabalgando a su lado hasta que llegaron al río, donde un bote los esperaba. Allí se despidió de la dama y cruzó las veloces aguas hasta el otro lado.

Encontró el bosque mucho más denso y enredado de como lo recordaba, y muchas otras cosas también parecían haber cambiado. Donde antes había una trocha, ahora una vía bien construida cruzaba la tierra. Guingamor deambuló durante la mayor parte de la mañana hasta dar con un claro donde un carbonero estaba trabajando. Guingamor le pidió nuevas del rey, y tras cavilarlo, el hombre respondió que había oído hablar en las «viejas historias» de ese monarca, pero que hacía mucho que había muerto, cerca de cien años. Guingamor le preguntó si había oído algo sobre el sobrino de aquel viejo rey, y el carbonero, tras cavilar todavía más, dijo que sí había oído algo sobre un sobrino, pero que había entrado en el bosque a cazar un día y no había vuelto nunca más.

—Yo soy ese sobrino —dijo Guingamor, pálido y tembloroso. Le contó la historia completa al hombre y le mostró la cabeza del jabalí—. Os pido que os llevéis este trofeo y se lo mostréis a todo aquel que veáis, y le contéis mi historia. Pues ahora debo regresar al lugar del que vengo.

Guingamor volvió grupas y desanduvo el camino por el bosque. Era ya pasado el mediodía, y cuando el sol de la tarde brillaba en lo alto del cielo, comenzó a experimentar una terrible sed y hambre, tanto que creía que acabaría perdiendo la cabeza. Luego, junto al camino, vio un manzano cargado de fruta y, sin recordar la advertencia de la dama de la fuente, arrancó tres manzanas y se las comió con ansia.

En cuanto terminó, empezó a sentir el peso de los años. Su cuerpo y sus extremidades comenzaron a flaquearle y ya no tuvo la fuerza suficiente para sostenerse sobre el caballo. Cayó junto al camino y ya no pudo levantar ni siquiera un dedo para incorporarse.

Allí lo encontró el carbonero, después de haberlo seguido por la curiosidad que le había provocado su extraña historia. Halló a Guingamor tan envejecido y frágil que no parecía capaz de sobrevivir a aquel día. Luego vio a dos doncellas cabalgando hacia él quienes, al llegar a su lado, desmontaron y empezaron a reprocharle al caballero que no hubiera seguido las órdenes de su señora. No obstante, con ternura y delicadeza lo ayudaron a montar de nuevo en su caballo y, sujetándolo por ambos lados, se dirigieron al río. El carbonero los vio cruzar en el bote que había llevado hasta allí antes al caballero, y poco después los perdió de vista.

El campesino regresó a casa, le mostró la cabeza de jabalí a todo el mundo y les contó la historia del caballero, ante la cual se maravillaron sobremanera. A la postre, llevaron la cabeza a la corte del rey Arturo, quien, tras oír el extraño relato de Guingamor, insistió en que la cabeza de jabalí debía conservarse todo el tiempo posible, y que aquella historia debía ponerse sobre papel para que no se olvidara nunca.

Pero este no es el final de la historia que quiero contar aquí.

II

En una calurosa noche años después de aquello, el rey Arturo yacía insomne en su lecho. El cielo estaba encapotado, y un trueno resonó en el horizonte y un relámpago partió en dos el firmamento. El rey convocó a dos de sus chambelanes y les pidió que le llevaran una capa de seda, unas botas ligeras y unos pantalones. Luego, hizo encender antorchas y se dirigió a una estancia con vistas al mar, desde donde quería contemplar el juego del viento y las olas, y desde donde, según lo necesitara, podía descender a través de una puerta, y después de un sendero, hasta la orilla del mar.

El rey se sentó un rato a observar la tormenta, y poco después vio cómo amainaba, dejando el horizonte limpio. Y allí observó, cerca del horizonte, una luz como de estrella que parecía aumentar de tamaño cuanto más la miraba.

—¿Qué ves allí? —le demandó a uno de sus sirvientes.

—Mi señor, parece una extraña luz.

Mientras la contemplaban, la luz fue ganando brillo, hasta proyectar un fulgor sobre la superficie del mar, y vieron una barcaza recién pintada, cubierta por un espléndido palio oscuro de seda. No parecía haber un alma viva, pero lo más sorprendente era que un gran cisne, cuyo cuello estaba rodeado por un collar de oro al que habían fijado cadenas, arrastraba la embarcación.

Cuando la barcaza llegó a la altura del lugar desde donde observaban el rey y sus sirvientes, el cisne se detuvo, y comenzó a chillar y a golpear el agua con las alas. Arturo, desconcertado, salió por la puertecilla y tomó el sendero que bajaba hasta la orilla donde descansaba la barcaza. Luego subió a bordo y descubrió que la embarcación estaba adornada con magníficos tapices, y que dos velas ardían a ambos extremos de la cubierta. Eran esas las que proyectaban una luz más brillante que la de cualquier farol. En medio de la barca había un refugio, y el rey entró. Allí halló el cuerpo de un caballero bajo una mortaja de la más espléndida de las sedas brocadas y el borde de armiño. Del pecho del difunto sobresalía el asta de una gran lanza.

Con delicadeza, el rey apartó la mortaja e inspeccionó el cuerpo. ¡Jamás había visto una persona tan fuerte y hermosa! Sus ropajes eran más lujosos que los del rey, y en el cinturón llevaba una bolsa ricamente bordada con hilo de oro. El rey la abrió, y dentro descubrió una carta que rezaba:

Majestad. El cuerpo que yace aquí solicita, antes de que le llegue la muerte, que permitáis que descanse sin ser perturbado en vuestro salón hasta que llegue el momento en que alguien sea capaz de arrancar la punta de lanza de su carne. Aquel que la extraiga podrá vengarse con éxito del autor del golpe, o bien sufrir un destino tan terrible como el de Gaheris en el huerto, que golpee al villano en el mismo lugar con la punta de la lanza. De conseguirlo, sabréis todo lo que debéis saber sobre este cuerpo. Si la lanza no se extrae antes de que acabe el año, enterrad entonces el cuerpo con los honores que creáis convenientes. Mientras tanto, sabed que el cuerpo está bien embalsamado y se conservará todo el que tiempo que sea necesario.

Cuando Arturo terminó de leerla, volvió a guardarla en la bolsa y tiró hacia arriba de la mortaja. Acto seguido, ordenó a sus sirvientes que se llevaran el cuerpo y lo depositaran en el centro del castillo, en una capilla lateral.

—Que se sepa lo que ha ocurrido aquí esta noche —anunció.

Mientras se cumplía con sus órdenes, el rey regresó a la ventana y volvió a echar la vista al mar. Allí vio al cisne bramar con alegría y batir de nuevo el agua con las alas. Luego dio media vuelta y se llevó la barcaza, y las dos velas, que no habían dejado de quemar, se extinguieron de súbito, y con ellas la luz del mar, y todo se sumió otra vez en la oscuridad. Mientras el rey se maravillaba ante aquella imagen, oyó cómo el cisne alzaba la voz, esta vez en un lamento, hasta que se disipó al fin de sus oídos. Luego el rey regresó a su lecho y allí yació durante un largo rato, pensando en todo lo que había visto, hasta que a la postre lo venció el sueño.

Por la mañana, el primero en levantarse fue sir Gawain. Despertó a varios de sus hermanos de armas y fueron a celebrar misa en la capilla. Al entrar, se sorprendieron al ver el cuerpo del caballero frente al altar. En un primer momento, pensaron que

debía de estar dormido, hasta que vieron la punta de lanza en su pecho y se maravillaron todavía más.

—¿Quién será? —demandó Gawain—. ¿Alguien lo conoce?

Los caballeros observaron de cerca el rostro del caballero, pero nadie lo reconoció.

Pronto corrió la voz por la ciudad, y la gente comenzó a abarrotar la sala para ver al caballero muerto. Gawain, mientras tanto, fue a despertar al rey, pero no dijo nada del cuerpo de la capilla, y Arturo decidió convocar al consejo para tratar el asunto. En el salón, apartó la mortaja y exclamó sobre la extraña belleza del cadáver y la delicadeza de sus ropajes. Luego extrajo la carta. Todo el mundo se apiñó para oír lo que decía.

—Señores míos —dijo el rey Arturo—, este hombre que tenemos ante nosotros confiaba firmemente en que uno de los caballeros de la Mesa Redonda lo vengaría.

A continuación, leyó la carta en voz alta para que todos le oyeran. Tor, hijo de Ares, dijo:

—Qué gran misterio. ¿Cómo podemos saber quién lo mató o cómo, si no se dice nada al respecto en la carta?

—Eso —añadió Gawain—, ¿cómo sabremos por dónde empezar a buscar?

—En cuanto a eso, debemos esperar para descubrirlo —respondió el rey Arturo.

—¿Y cómo es que el autor conoce a mi hermano Gaheris —demandó Gawain—, y sobre ese hecho vergonzoso que le ocurrió?

—Eso debería decírnoslo él —contestó el rey Arturo.

Entonces ordenó que construyeran un ataúd adecuado para el cuerpo, para celebrar luego una capilla ardiente ante el altar, para que todo el mundo lo viera, hasta que llegara el momento de que alguien tuviera la voluntad de emprender esa aventura.

Gawain, mientras tanto, se fue a buscar a Gaheris, que no había estado presente en el gran salón y no sabía nada de la llegada de la barcaza con el caballero muerto.

Cuando Gawain le habló de la carta y sus contenidos, Gaheris se

mostró de primeras reticente a hablar, aunque se quedó lívido. Al final, cedió a la insistencia de su hermano y le contó que, hacía unas pocas semanas, había partido en busca de aventuras, y cómo había cabalgado durante tres días sin cruzarse con nadie, hasta llegar a una zona de magníficos prados por la que discurría un ancho río. Tras seguirlo durante un tiempo, llegó a divisar una ciudad de gran belleza, con muros de mármol verde y caliza blanca, llena de esculturas con formas de bestias.

Estaba famélico en ese momento, así que se apresuró a entrar en la ciudad, donde creía que hallaría refugio. Pero las calles estaban extrañamente desiertas, y Gaheris pudo cabalgar hasta el castillo que dominaba el corazón de la ciudad sin ver una sola alma. Entró en el espléndido edificio a través de unas puertas de marfil, y vio que también estaba desierto. Tras avanzar otro trecho, atravesó un magnífico y elegante salón, y más allá dio con una cámara en la que había cuatro camas, ricamente adornadas con oro y marfil y cubiertas por costosas sábanas. Se sentó en una de ellas a quitarse el yelmo, pues el calor del día era un fastidio.

A continuación, se encontró en una estancia aún más grande, en la que había dos camas todavía más lujosas que las anteriores. Más allá halló otra alcoba, decorada con oro, y con una cama de una riqueza sin parangón. Aquella habitación tenía una ventana con vistas a un huerto de manzanos, cada uno de ellos cargado de fruta. En el centro había un prado verde donde alguien había montado dos pabellones de seda, y entonces Gaheris vio a un enano de una fealdad inaudita pasar de uno a otro, portando con él un cuenco de plata y una toalla.

Preguntándose qué debía de ser aquel lugar y por qué no había nadie más, salvo el enano y quienquiera que hubiera dentro de las tiendas, Gaheris saltó por la ventana y cruzó el prado hasta el pabellón más grande. Asomando la cabeza por la entrada, vio a una hermosa mujer sentada en una silla de plata. Estaba mojando pan en un cuenco de plata que sostenía el enano disforme, que contenía leche y almendras. Con eso trataba de alimentar a un hombre que

yacía en un lecho con una venda manchada de sangre alrededor del cuerpo.

Gaheris los saludó de buen ánimo, lo que tomó por sorpresa al hombre herido, quien lo fulminó con la mirada y gritó:

—¡Fuera de aquí!

Se esforzó por incorporarse y tiró de las manos del enano el cuenco de leche, que se vertió en el suelo. El esfuerzo hizo que la herida se le volviera a abrir, y se dejó caer con un gruñido.

Gaheris pidió perdón, pues no tenía la noción de que su presencia pudiera generar tanta inquietud, pero aquello solo pareció enfurecer aún más al hombre, aunque apenas podía hacer más que gruñir y agarrarse con ambas manos la herida abierta. Luego le llegó el turno de hablar al repugnante enano.

—No temáis, maestro. Este insulto quedará debidamente vengado cuando llegue el pequeño caballero.

La doncella no despegó los labios en ningún momento, sino que se limitó a observar a Gaheris como si ya lo conociese. Luego entró en la tienda un diminuto caballero sobre un caballo pequeño. No debía de medir más de dos pies, pero no era un enano, pues estaba perfectamente proporcionado y llevaba una armadura hecha a medida. Sin mediar palabra, desenvainó la espada y golpeó a Gaheris con fuerza en los muslos, bramando que le cortaría la cabeza por el «insulto» a su maestro.

El caballero herido encontró las fuerzas para hablar y declaró que Gaheris no podía marchar sin castigo, pues había demostrado una gran arrogancia al entrar donde no se lo quería.

Gaheris, tras salir del pabellón, halló su caballo, su escudo y su yelmo listos para usar. Una vez montado, y contemplando desde las alturas al pequeño caballero, anunció su intención de partir de inmediato y en paz, pero el diminuto hombre no atendía a razones.

—¡No hasta que hayáis justado conmigo, necio arrogante! —gritó.

Desconcertado por aquella ferocidad, Gaheris puso su lanza en ristre y cargó contra su oponente. La lanza se astilló en cuanto

acertó en el centro del arzón del pequeño caballero, y él cayó del caballo a causa de lo que no parecía más que un toquecito de la lanza del otro.

Mientras yacía en el suelo aturdido, el pequeño caballero desmontó y plantó el pie en el cuello de Gaheris. El peso de su diminuto pie parecía estar a punto de arrebatarle la vida, y cuando el menudo ser le exigió su rendición, Gaheris extendió las manos y masculló su capitulación.

—Ahora aprenderéis las costumbres de este lugar —anunció el pequeño caballero con los brazos en jarras—. A todo aquel que venzo, que son muchos, le doy tres opciones. La primera es convertirse en tejedor, confeccionar y coser costosas sábanas y paños, aprender a hacer cortinas brocadas para las camas de mi maestro. La segunda es volver a combatir contra mí; si salís victorioso, marcharéis de aquí sin mayor problema. La tercera es perder la cabeza. Tenéis un año para pensároslo. Al final de ese tiempo, debéis regresar aquí y darme vuestra respuesta. De lo contrario, perderéis para siempre vuestro honor. ¿Lo comprendéis?

Gaheris no pudo más que asentir.

—Bien —dijo el pequeño caballero con satisfacción—. Habéis sido lo bastante atrevido como para poner un pie en este huerto tal como lo hicisteis; ahora, podéis marcharos por donde habéis venido, ¡por la ventana!

Gaheris trepó de nuevo hacia la ventana y se sorprendió al encontrar la habitación llena de doncellas haciendo encajes, lazos y bolsas de cuero, cuyas manos volaban entre las tramas. Al unísono, comenzaron a reírse de él y a proferirle insultos. Él se apresuró a dirigirse a la habitación siguiente, la de las dos camas, que ahora estaba llena de escuderos y damiselas ocupados en sus quehaceres. Todos se mofaron de él, gritando:

—¡Pusilánime! ¡Cobarde! ¡El pequeño caballero os ha dado una buena paliza! ¡De poco os han servido el tamaño y la fuerza!

Con el rostro carmesí, Gaheris se apresuró hacia la tercera habitación, donde halló a varios caballeros jugando al ajedrez y a

las tablas reales. Aquellos también le lanzaron insultos, comparando su gran tamaño con el del pequeño caballero y burlándose de él por haber sido derrotado con tanta facilidad.

Tras hacer una pausa en su relato de aquellos acontecimientos, Gaheris admitió a su hermano que jamás había sentido tanta vergüenza. Pero aquello no era nada comparado con lo que lo aguardaba, pues en el salón del castillo, ahora lleno de caballeros, damas y sirvientes, volvió a llamar la atención, y todo el mundo gritó que aquel era el miserable que ni siquiera podía defenderse contra el más pequeño de los hombres.

Ocultando su pesar lo mejor que pudo, Gaheris escapó al patio, donde encontró a su caballo esperándolo. Después de montar deprisa, atravesó al galope las puertas sin cruzarse con nadie. Por eso, creyó haber escapado de allí sin más vilipendios, pero las calles de la ciudad estaban ahora abarrotadas de personas que también parecían haber oído sobre sus infortunios. Le arrojaron piedras, vísceras y tripas de pescado, sin dejar de gritar «¡Contemplad al caballero cobarde!», hasta que Gaheris pensó que ya no podría soportarlo más.

Finalmente, dejó atrás las murallas de la ciudad y puso tanta distancia como le fue posible. No dejó de maravillarse en ningún momento con la fuerza del pequeño caballero y la belleza de la ciudad y el castillo, que parecían tan bellos a pesar de la vileza de sus habitantes. Cabalgó por campos y bosques, evitando caminos y senderos donde pudiera cruzarse con personas que conocieran su vergüenza. Cabalgó a lo largo de otros dos días, apenas deteniéndose a descansar y en ningún momento a comer. Luego, cuando el paisaje le resultó más familiar, se topó por casualidad con un grupo de caballeros de la corte de Arturo. Todos lo saludaron de buen ánimo, y aquello lo reconfortó, y siguió cabalgando hasta llegar a la áurea Camelot.

—Ahora conocéis mi vergüenza, hermano —le dijo a Gawain.

Tras oír aquella triste historia al completo, Gawain respondió:

—Creo que deberíamos ir juntos a ver el cadáver que llegó aquí

anoche. Dado que la carta que se encontró en la barcaza os mencionaba, creo que podría estar relacionado. Es un misterio que se debe resolver de inmediato, hermano, antes de que se pudra y crezca en vuestro interior.

Gaheris protestó que no se le ocurría cuál podía ser la conexión, pero acompañó a Gawain al salón y allí, junto con los caballeros que había presentes, observó el cuerpo. Al cabo de un rato, exclamó:

—¡No conozco a este hombre! —Y luego añadió airado—: ¡Que esta punta de lanza no salga de ahí jamás!

Sin embargo, mientras hablaba, rozó con la mano el asta rota de la lanza, y de golpe saltó del cuerpo y cayó al suelo con un golpe seco.

Los caballeros contemplaron maravillados la escena, y sir Gawain dijo:

—Hermano, parece que os habéis precipitado en este asunto. Por lo visto, sí hay algún tipo de conexión entre estas cosas.

Todos se asombraron enormemente y examinaron la punta de la lanza, que relucía igual que el día que la habían forjado y no tenía mancha ni partes oscurecidas por la sangre del caballero muerto. Al final se la entregaron a Gaheris, quien afirmó con pesar que honraría las palabras de la carta, que lo conminaban a vengar la muerte del caballero tanto si era su deseo como si no.

—Aunque desconozco cómo encontraré a aquel que lo mató, pues no sé nada más de él.

Luego regresó a su alcoba y pidió que le llevaran una de sus propias lanzas, y que le añadieran al asta el arma del cadáver del caballero. Pero en su corazón no podía evitar pensar en la otra promesa que había hecho: la de enfrentarse al pequeño caballero. Pues le resultaba evidente que en aquella aventura obraban intensos encantamientos, y no se le ocurría cómo podría triunfar contra un poder sobrenatural de aquella índole sin más recursos que su propia fuerza.

Unos días más tarde, el rey Arturo organizó un gran ágape para

celebrar la Pascua, y en esa ocasión le sugirió a Gaheris que se sentara a su lado. A lo largo de la noche el caballero habló poco y no rio en ningún momento. Kay el senescal se percató de aquello, y le preguntó al rey Arturo si le concedería un favor. Cuando Arturo dio su consentimiento, el senescal dijo que quería oír por qué Gaheris se mostraba tan solemne y apesadumbrado, y que el rey debería pedirle que le contara los motivos a toda la corte. En un primer instante, Arturo se negó, pero Kay le recordó la costumbre de conceder siempre un favor antes de un festín. A regañadientes, y no sin palabras severas hacia su hermano adoptivo, el rey se volvió hacia Gaheris y le ordenó que diera las razones de su mohíno gesto. Gaheris, ruborizado y enfadado, obedeció y contó la historia al completo tal como se la había transmitido a Gawain. Luego, añadió:

—Ahora que conocéis mi vergüenza, y dado que mi honor me obliga a llevar a cabo la petición del caballero muerto para vengarlo, no permaneceré aquí ni un instante más.

El rey Arturo le dio permiso para marcharse y, sin más dilación, Gaheris salió del salón, hizo que le llevaran su caballo y sus armas y abandonó la corte.

✣ ✠ ✣

SU VIAJE FUE largo y lo llevó lejos de casa, y por mucho que preguntara a lo largo y ancho del mundo sobre el caballero muerto y la barcaza arrastrada por un cisne, nadie supo decirle nada. Y así pasó un año, hasta que a la postre se acercaba ya el día señalado de su vuelta a la misteriosa ciudad. Gaheris se dirigió hacia aquel lugar, y cuando ya estuvo cerca, se encontró con el odioso pequeño caballero en el camino.

—Vaya —se burló el hombrecillo—, iba de camino a la corte del rey Arturo para recordaros vuestra promesa.

—No necesito que me recordéis nada —respondió Gaheris con gesto sombrío.

Luego, ambos cabalgaron en silencio hasta alcanzar los prados y la ciudad de mármol verde. Allí, como redención a su promesa, Gaheris eligió luchar de nuevo contra el pequeño caballero. Y esa vez, nadie sabe si por habilidad, o por fortuna o magia, salió victorioso, y mató al hombrecillo sin reparos en un duelo justo.

El señor del castillo, a quien Gaheris había visto la última vez herido en el pabellón de seda, estaba fuera de sí por la muerte del diminuto campeón, y declaró que él mismo se enfrentaría a Gaheris, y por eso hizo que le llevaran su armadura y sus armas.

Cuando los dos se encontraron, Gaheris eligió la lanza que llevaba la punta arrancada del cadáver del caballero, y con el primer golpe, y a pesar de caer de la montura, hundió la lanza profunda en el pecho de su oponente. Gaheris desenvainó entonces su espada y se dispuso a terminar lo que había empezado. Mas el señor ya estaba frío, y su espíritu había abandonado el cuerpo. Y en ese momento todas las gentes del castillo empezaron a partir, y casi pareció que se fundían con el mismísimo aire.

Mientras Gaheris contemplaba el cuerpo de su oponente, una doncella apareció vestida con ropajes de seda bordados con flores de plata. Era la misma que había visto en el pabellón, cuidando del hombre herido que ahora yacía muerto a sus pies. Gaheris esperaba verla llorar cuando esta vio el cuerpo, pero en vez de eso permaneció en silencio. Cuando se percató de la punta de lanza hundida en el corazón del señor, le dijo a Gaheris:

—Señor, decidme la verdad. ¿Dónde habéis encontrado esta punta de lanza?

Gaheris le contó todo lo que sabía sobre el caballero muerto y la barcaza.

Con un suspiro, la doncella le puso una mano en el brazo.

—Hoy habéis hecho mucho más de lo que sois capaz de comprender. Aquel caballero era mi verdadero amor, un hombre de un valor y un honor incalculables, y rey por derecho propio. Este vil señor a quien habéis ajusticiado fue la causa de su muerte. Ahora lo habéis vengado de verdad.

Gaheris contempló al hombre muerto con más detenimiento, y vio que la punta de lanza había entrado en su cuerpo por el mismo lugar exacto que al caballero de la barcaza, y se maravilló sobremanera. Hizo ademán de extraerla, pero la doncella se lo impidió.

—¡Que se quede donde está! Mientras siga ahí, no habrá más venganza.

—Que así sea —coincidió Gaheris.

Aceptó escoltar a la doncella hasta la corte del rey Arturo para que pudiera ver el cuerpo de su amante fallecido y encargarse de la inhumación. Dejaron atrás el malvado castillo, y en la ciudad no vieron ni una sola alma más.

Pasaron ese día cabalgando juntos, y por la noche se vieron a la orilla del mar. Allí, a poca distancia de la costa, había una isla sobre la que se alzaba un bello castillo, con muchas ventanas iluminadas.

—Allí seguro que nos reciben de buen grado —dijo la doncella, y avisó a un barquero que se acercó para llevarlos hasta la isla.

Allí les dieron la bienvenida y los acompañaron hasta un gran salón. Gaheris jamás había sido testigo de una congregación tan magnífica. Había más caballeros, damas y escuderos de los que había visto nunca, ni siquiera en la corte del rey Arturo. Ni tampoco había recibido jamás una bienvenida tan generosa. Todo el mundo lo trataba con el mayor de los honores, y le proporcionaron ropa limpia, agua con que lavarse y, por último, un asiento en una mesa donde habían dispuesto comidas y vinos de la más alta calidad.

Gaheris estaba a esas alturas exhausto de todo lo que había soportado aquel día. Apenas oyó hablar a la gente que lo rodeaba, aunque sí recordaba que habían discutido la tristeza que sentían por su señor, el rey Brangamor, y de la alegría de su señora, la reina Brangepart, quien se regocijaba de que su hijo hubiera sido vengado.

En algún momento, Gaheris cayó dormido. Descansó profundamente, sin soñar nada, y se despertó fresco en una gran cama que se mecía suavemente a un lado y a otro. Descubrió que la

razón era el movimiento de la barcaza en que habían colocado la cama, y, tras ponerse en pie deprisa, descubrió que lo que tiraba de ella era un cisne. Supo de inmediato que aquella debía de ser la misma barcaza que había transportado al caballero muerto a la áurea Camelot. Buscó en vano a la doncella que lo había llevado hasta el castillo de la isla, pero parecía estar solo. El agotamiento se apoderó de él y, tras tumbarse, volvió a sumirse en un profundo sueño.

Pronto la barcaza se aproximó a los acantilados donde se encontraban los aposentos del rey. Corrió la voz sobre la llegada de aquella extraña embarcación, tirada por un cisne, y además era la víspera de Todos los Santos, así que el rey Arturo se apresuró a comprobar qué tipo de maravilla vería allí. Descendió hacia la orilla por el sendero con varios caballeros y señores, y luego subieron a bordo de la barcaza. En la cubierta conocieron a una doncella, cuya capa tenía rosas de plata cosidas. Saludó al rey y dijo:

—Mi señor, detrás de estas cortinas hay un lecho en el que duerme un noble caballero. Os suplico que lo dejéis dormir un poco más.

El rey respondió mirando detrás de las cortinas, y dijo:

—Ya dormirá todo lo que necesite más tarde. Ahora necesito hablar con él.

Entonces el rey Arturo despertó al hombre dormido, a quien había reconocido de inmediato como sir Gaheris, y le dio la bienvenida y lo abrazó, y todos se dirigieron hacia el gran salón de la áurea Camelot, donde el caballero muerto seguía yaciendo como dormido en la capilla lateral. Cuando la doncella lo vio, suspiró y se echó a llorar.

—¡Ay, mi fiel amor! —gritó—. Erais el mejor de los hombres, y os he llorado todo este tiempo. Pero me alegro de que os hayan vengado.

Luego se volvió hacia el rey y dijo:

—Señor, no me quedaré mucho tiempo, pero dejadme que os cuente la historia de este noble señor. Aquí yace el rey Brangamor,

el hijo del caballero Guingamor y la dama Brangepart, a quien yo amé. Estoy convencida de que habéis oído la historia sobre cómo dio caza a un jabalí blanco y luego desapareció de este mundo. Sabed que entonces fue a la tierra que gobierna la dama de la fuente, y que allí vivieron juntos hasta que llegó el momento de su muerte. Dado que el hijo que engendró la dama era en parte mortal y, por tanto, debía morir en este mundo, era imprescindible que regresara. Por eso llegó en la embarcación tirada por el cisne, con la carta que dio pie a todos estos misterios. No podía descansar hasta que no se vengara su muerte. Ahora este valiente caballero lo ha conseguido, y la parte que no pertenece a este mundo puede regresar al lugar en que nació, a su reina, a su madre, quien vive en un palacio y aún lo llora, como toda su gente. Es justo que regrese con ellos y a la isla que gobernaba, que es una donde no podría habitar ningún hombre mortal.

Al oírlo, Gaheris sintió cómo se le helaba la sangre, pues sabía que había caminado por un reino feérico y comido su comida, algo que según muchos significaba la muerte. Pero como si ella le pudiera leer el pensamiento, la doncella le puso una mano en el brazo y le dijo que no tenía nada que temer.

—La comida y la bebida que os servimos eran de este mundo y no os harán daño alguno, pues nos alegró que pudierais vengar a nuestro rey.

El rey Arturo dijo:

—Que todo sea tal como deseáis, mi señora.

Dio instrucciones para que llevaran de vuelta el cuerpo y su espléndida mortaja hasta la barcaza. Allí, la damisela se despidió de Gaheris y le dio las gracias de nuevo. El cisne batió las alas y se dirigió hacia el lugar por donde había aparecido la primera vez. Lo último que oyeron los presentes fueron las notas de su triunfante canto.

El rey Arturo ordenó que se anotaran aquellos acontecimientos y se añadieran a la historia de Guingamor y la dama de la fuente, para que pudieran leerse más adelante y reflexionar sobre ellos

según conviniera, tal como espero haber hecho yo aquí. Y si el rey Brangamor volvió a la vida en aquel otro lugar, o fue enterrado en la dulce tierra, nadie sabría confirmarlo, pues son cuestiones que escapan al conocimiento de los hombres.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA HISTORIA DE GUINGAMOR Y GAHERIS.

IMPLICIT LA AVENTURA DEL NIÑO ÁGUILA.

12: LAS AVENTURAS DEL NIÑO ÁGUILA

En los días que siguieron al ascenso al trono del padre del rey Arturo, un noble rey llamado Richard gobernaba las zonas costeras del radiante y espléndido reino de Sorcha. Este rey tenía un hijo al que llamaron Richard el Joven, que creció hasta convertirse en una persona tan justa, bondadosa y noble como su padre. Le proporcionaron la mejor educación posible, y le enseñaron todo lo que debía saber sobre las tierras que un día gobernaría. Pero de todo lo que aprendió, lo que más le gustaba era cazar. Siempre que podía, se echaba a las lindes del bosque a pasar el día persiguiendo felizmente a sus presas o charlando con los ermitaños con los que se cruzaba. Por eso la mayoría de las personas de aquel reino lo conocían como el «caballero de la caza».

Ocurrió entonces que la reina de Sorcha concibió a un segundo hijo, al que llamaron John. Igual que su hermano mayor, recibió todo tipo de buena educación y conocimientos, pero, por encima de todo, lo que más disfrutaba eran las artes de la guerra, y acabó teniendo tal dominio de las armas que lo apodaron el «caballero de la pericia».

Richard el Joven no tardó en llegar a la edad adulta, momento en que su padre declaró que había llegado la hora de que se desposara, y le preguntó si amaba a alguna mujer noble.

—Solo hay una —respondió Richard—. La hija del rey de Escitia, a quien conocí en mis viajes en busca de aventuras. Es la más hermosa de todas las que he conocido, además de sabia.

Y así fue como el rey de Sorcha escribió al rey de Escitia y pidió que permitieran que su hijo cortejara a la princesa, dejando claro en el escrito que, si rechazaban la solicitud, le declararía la guerra a Escitia y la destruiría hasta los cimientos.

Cuando el rey de Escitia lo leyó, convocó a sus consejeros y les preguntó por su veredicto. Tras valorar la situación un tiempo, respondieron que parecía razonable que el príncipe cortejara a la princesa, pues si se negaban entrarían en guerra, y el ejército de Sorcha era mucho más poderoso que el suyo.

El rey de Escitia envió una carta con su consentimiento y Richard el Joven viajó hasta Escitia para cortejar a la princesa. Felizmente, ella respondió a sus atenciones con gozo, y no tardó en organizarse un gran banquete de bodas, y el casamiento de los jóvenes se celebró en ambos reinos.

Durante un tiempo reinó la paz, hasta que el rey Richard de Sorcha enfermó y murió. Luego, a instancias de todos los nobles de aquellas tierras, Richard el Joven fue coronado con mucho regocijo. Cuando convocó su primer consejo, declaró que al reino solo le faltaba una cosa: la presencia de su campeón y más poderoso defensor, John; su hermano estaba, como siempre, en tierras remotas en busca de aventuras.

Enviaron mensajeros a buscarlo y, tras encontrarlo y contarle la historia sobre la muerte de su padre y la coronación de su hermano, le suplicaron al caballero de la pericia que regresara a su hogar. Y eso hizo de buena voluntad y fue recibido con los brazos abiertos. El nuevo rey le preguntó a su hermano si había algo que necesitara, y este se lamentó de no tener aún esposa.

—¿Hay alguna mujer en el mundo con quién querríais desposaros? —le preguntó el rey Richard el Joven, a semejanza de su padre.

—He oído —respondió el príncipe John— que el rey de Persia tiene una hermosa hija casadera. El matrimonio con ella sería muy beneficioso para nuestro reino y me haría muy feliz.

Y así fue como el rey Richard el Joven envió mensajeros y embajadores a buscarle un matrimonio a su hermano con la hija del rey de Persia. Sin embargo, no recibieron más que una negativa firme, y, al enterarse, el rey Richard se enfureció y avisó a sus comandantes de que prepararan el ejército de Sorcha para la guerra.

Cuando arribaron a las costas de Persia, procedieron a someter el territorio a una fiera guerra, quemando y saqueando donde se les antojaba, sin apenas encontrar resistencia. Mientras tanto, los nobles de Persia se reunieron y le hicieron llegar su descontento al rey por haberle negado la mano de su hija al hermano del rey de Sorcha.

—La razón es simple —respondió el rey—. Le prometí algo a mi hija que no puedo incumplir: que podría elegir al marido que ella deseara.

—Pues convoquémosla ante nosotros para que responda a esa injustificada demanda —dijeron los nobles.

Cuando la princesa se presentó ante ellos, dijo:

—Hace mucho, tuve un sueño en el que se me decía que debía elegir a mi propio esposo, y que si no se me permitía, nuestro reino sufriría graves problemas. Ahora que sé lo que nos sucede, creo que ha llegado el momento de que decida. Y elegiré al príncipe de Sorcha para terminar para siempre con esta disputa.

Así se acordó, y los nobles de Persia acudieron al rey de Sorcha y le informaron de que estaban preparados para aceptar el matrimonio. La guerra finalizó con gran regocijo, y la joven pareja se desposó, y a ninguno de ellos le disgustaba el aspecto o el carácter del otro.

Pero entonces el príncipe John comenzó a albergar pensamientos siniestros, y pergeñó un plan para derrocar a su hermano y hacerse con la corona. Ocurrió que cuando se encontró con el rey en su jardín privado, el príncipe desenvainó su espada y apuñaló a su hermano tres veces en la espalda, y este cayó muerto. Luego el príncipe convocó a sus seguidores y se preparó para acabar con todo aquel que se le opusiera.

Por lo visto, varios cortesanos y mujeres nobles habían sido testigos del terrible acto, y pronto corrió la voz, así que fueron muchos los que se opusieron al príncipe. Pero él, en un arrebato de ira y orgullo, convocó a los señores y les dijo que si se enfrentaban a él, los ajusticiaría sin vacilar, junto con sus familias, y dejaría que

sus cuerpos se pudrieran al sol.

Al oírlo, los cortesanos sintieron un profundo pavor y accedieron a coronar al príncipe como rey de Sorcha, aunque en sus corazones albergaran reticencias. Solo después de eso se les permitió que sepultaran al rey Richard, a quien enterraron con gran pompa y mucha tristeza.

Mientras tanto, un cierto caballero, famoso por sus consejos, acudió al nuevo rey con elogios y halagos, y así le habló:

—Señor, grande es vuestra noble pericia y fuerza, y largo y noble será vuestro reinado. Pero hay algo que podría ensombrecerlo. La reina, la esposa de vuestro añorado hermano ya fallecido, está embarazada. Si da a luz a un niño, sin duda crecerá hasta odiaros y planeará vengar la muerte de su padre. Por tanto, os sugiero que encerréis a la reina hasta que dé a luz. Luego, si tiene un varón, debéis matarlo. Y si por casualidad tuviera una niña, expulsad para siempre a la madre y a la criatura de Sorcha.

—Sabias palabras —dijo el rey John, y ordenó que apresaran a la reina y la encerraran en una torre con una sola ventana desde la que se veía el mar.

Y así fue como la reina esperó allí hasta dar a luz, temerosa por su vida y la de la criatura que aún no había nacido. El malvado consejero la visitaba cada pocos días, y le llevaba comida y bebida y le preguntaba por su salud. Cuando al fin llegó el momento del alumbramiento y soportó los dolores del parto, dio a luz a una criatura preciosa, que, tal como había temido, fue un niño.

Luego la reina se desahogó con muchos gritos y gemidos, suplicando a los cielos que su hijo sobreviviera. Mientras lloraba, un águila bajó volando y, antes de que pudiera hacer nada para impedirlo, agarró a la criatura con las garfas y se marchó.

Entonces la reina lloró aún más y se rasgó las vestiduras, y durante un tiempo fue inconsolable. Sin embargo, más tarde cayó en la cuenta de que era mejor perder así a su hijo que ver cómo lo mataban ante sus ojos. Por eso, se secó las lágrimas, se vistió con sus mejores ropajes y se preparó para la visita del consejero del rey.

✣ ✣ ✣

MIENTRAS TANTO, el rey John empezaba a preguntarse cómo era posible que todavía no tuviera noticias de su consejero acerca del nacimiento del hijo de la reina. Su mente estaba tan nublada por el odio que comenzó a dudar también de si aquel hombre no habría estado engañándolo desde el principio y que siguiera siendo en secreto leal al viejo rey. Tal vez se hubiera llevado a la criatura y la hubiera dejado a buen recaudo. Por ese motivo, se dirigió a la casa del consejero e insistió en que lo acompañara a la torre donde habían recluido a la reina.

Cuando llegaron, encontraron a la reina trabajando tranquilamente con sus bordados, y ni rastro de los terrores que la habían dominado poco antes. Entonces las sospechas del rey John no hicieron más que acrecentarse, e insistió en que vinieran mujeres a comprobar que en efecto la reina ya no estaba encinta. Le aseguraron que ese era el caso, y la ira del rey se encendió todavía más. Ordenó que apresaran al maligno consejero y lo interrogaran, y al no conseguir más información de esa forma en lo que concernía al nacimiento, ordenó que lo colgaran.

Y así fue como aquel vil hombre recibió su justo merecido. Pero ahora el rey centró su atención en la reina e hizo que la interrogaran atentamente sobre el nacimiento de la criatura. Como no soltaba prenda, el rey decidió que ella también debía morir. Solo la intervención de sus principales consejeros pudo impedirlo.

—No lo hagáis, pues no conseguiréis más que atormentaros y que el pueblo os odie —dijeron—. En vez de eso, enviad a la reina a un lugar donde no volváis a verla jamás.

Así se acordó, y el rey John hizo saber también que quienquiera que ayudara a la reina, o le proporcionara comida en los cinco días siguientes, perdería todas sus tierras.

Fue entonces cuando la reina, tras darle varias vueltas, decidió comprar ropa humilde y disfrazarse, ensuciándose el rostro y las

manos hasta parecer una mujer pobre. Hecho esto, tomó el largo camino de vuelta hacia el país de su padre, y durante un tiempo vivió ignorada por las gentes de Sorcha y su rey.

✣ ✣ ✣

SUCEDIÓ QUE EL mismo día que el águila se llevó a la criatura de la reina, el rey Arturo celebraba un gran consejo. Era por todos sabido que el rey tenía por costumbre no sentarse a comer hasta que hubiera sido testigo de algún hecho maravilloso, y en esta ocasión le correspondió al Caballero Negro, hijo del rey de Francia, partir a buscar dicha maravilla. Cuando había pasado ya la mayor parte del día sin que aquel regresara, el rey Arturo partió a buscar al caballero. Tras llegar al Pilar de la Virtud, que se alza en el centro de la Llanura de las Maravillas, el rey halló al Caballero Negro allí, esperando el inicio de alguna aventura. El rey se sentó a su lado, con la espalda contra la piedra, y juntos miraron en todas direcciones.

Sin embargo, la aventura comenzó en los cielos. Ambos vieron una gran águila que se lanzó en picado hacia la piedra y dejó caer algo que aterrizó al borde de la túnica del rey. Tanto el rey Arturo como el Caballero Negro se sorprendieron al ver que se trataba de una criatura, que claramente acababa de nacer, y que aún vivía a pesar de haber sido transportada por el águila.

El rey Arturo miró al niño y le ordenó al Caballero Negro que lo llevara a casa y encontrara a una madre noble que lo amparara, y que se asegurara de que no le faltara de nada.

—Decidle a todo el mundo que deben tratarlo como si fuera mi propio hijo, y que se llamará

Macaoimh-an-Iolair,

que según la historia significa «Niño Águila» en la lengua de Irlanda.

El rey Arturo y el Caballero Negro regresaron a casa, y este se

fue a buscar a la hija de Carraig-an-Scuir de Lochlann, quien recientemente había dado a luz a una criatura que había nacido muerta, y le pidió que atendiera y cuidara del hijo del rey. Ella aceptó de buena gana y cuidó del Niño Águila hasta que cumplió doce veranos. Durante ese tiempo, se convirtió en un muchacho con destreza para las armas y la caza, y en un habilidoso jinete. Y todo el mundo lo quería por su rostro apuesto y sincero y su carácter gentil. Y en ningún momento dejó de creer que era el hijo del rey Arturo.

Un día, el hijo del Caballero Negro y el hijo del Caballero Blanco estaban jugando al antiguo juego del *hurling* en el prado que había más allá de las murallas de la áurea Camelot. Dio la casualidad de que el Niño Águila dormitaba cerca, a la sombra de un árbol, y el ruido del juego lo despertó. Sin perder un instante, se dispuso a ayudar a su hermanastro, el hijo del Caballero Negro, y juntos ganaron el partido, pero el hijo del Caballero Blanco se quejó con amargura de que él habría vencido de no haber sido por la injusta ayuda que le había ofrecido el Niño Águila a su oponente.

—No le corresponde al hijo de un caballero y al nieto de un rey quejarse de algo así —dijo el Niño Águila—. Pero incluso aunque tú y todos tus compañeros os enfrentaréis a mí, yo seguiré ganando el partido.

El juego comenzó de inmediato, y tal como se había jactado, el Niño Águila lo ganó, lo que provocó una oscura ira en el corazón del hijo del Caballero Blanco. Gritó a viva voz que era algo perverso que te ganara el hijo de un pájaro, una criatura con plumas, sin padres conocidos.

—Soy el hijo del rey Arturo —gritó el Niño Águila, molesto.

—Eso es mentira —respondió el otro—. No se sabe nada ni de tu madre ni de tu padre.

El Niño Águila se puso rojo de ira y temblaba con agitación, pues hasta ese momento no había sabido nada de sus verdaderos orígenes. Tal fue el enojo y la desesperación que sentía, que atacó al hijo del Caballero Blanco, y al poco el joven yacía casi muerto en el

suelo.

En ese momento, el hijo del Caballero Negro agarró al Niño Águila y lo obligó a presentarse ante el rey Arturo. Allí, el joven se arrodilló y le suplicó al rey que le contara la verdad sobre sus orígenes.

Con una gran pesadumbre, el rey Arturo se lo confesó todo. Antes de terminar, el Niño Águila se levantó de un salto y gritó que no descansaría un solo día o noche hasta que descubriera quiénes fueron sus padres reales. Luego le rogó al rey que le proporcionara armas y lo nombrara caballero, para que tuviera más posibilidades de salir airoso en su empresa.

En contra de su voluntad, el rey Arturo accedió, aunque el Niño Águila eran aún demasiado joven para portar armas, y a la mañana siguiente el joven partió, para desazón de todos los que lo conocían y amaban.

✣ ✣ ✣

EL NIÑO ÁGUILA estuvo cabalgando todo ese día hasta alcanzar un valle, donde acampó y encendió un fuego. Al día siguiente, se puso en marcha de nuevo, y cuando cayó la noche se encontró con un jinete que venía en su dirección. Se percató de que era una muchacha, joven y hermosa además, montada a lomos de un palafrén gris. Se saludaron y el Niño Águila le preguntó por su nombre y si estaba prometida. La joven respondió que se hacía llamar la Doncella del Palafrén Gris, pues huía de un marido que la había tratado mal y no quería revelar su verdadero nombre.

—En efecto, busco la corte del rey Arturo, pues he oído decir que ofrece auxilio a todas las mujeres que han sido maltratadas.

—Da la casualidad de que yo soy caballero de la corte del rey Arturo —respondió el Niño Águila.

—En ese caso, os suplico que me escoltéis hasta allí —gritó la muchacha.

—No es tan fácil como parece —respondió él—. He cabalgado ya un gran trecho con este caballo, y temo que no sea capaz de llevarme de vuelta a la áurea Camelot sin descansar.

—Podemos hacer turnos para cabalgar en vuestro caballo y en el mío —dijo la muchacha—. De ese modo llegaremos allí antes de que acabe el día.

Casi a regañadientes, el Niño Águila dio su consentimiento, y emprendieron el camino hacia la áurea Camelot, donde recibieron una calurosa bienvenida. La joven contó cómo había escapado del bellaco de su esposo, con quien jamás se habría casado si él no hubiera llevado consigo una flauta mágica que tenía el poder de dormir a quien la oyera. De ese modo, el villano, conocido como el Caballero de la Música, la había hechizado y la había obligado a casarse con él.

—Tengo el convencimiento de que vendrá hasta aquí para llevarme, independientemente de lo que hagáis vos o vuestros hombres.

Con todo, el rey Arturo aceptó a la muchacha y la trasladó hasta una cámara en las profundidades del castillo, y ordenó que estuviera bien defendida. El resto de su compañía se dispuso a proteger las murallas y puertas de la áurea Camelot, y mandó también que trancaran ventanas y puertas para que nadie pudiera entrar sin ser visto y capturado.

Pero esa noche, mientras todo el mundo custodiaba a la Doncella del Palafrén Gris, el Caballero de la Música llegó y, tras preparar su flauta de plata, tocó una música que sumió a todos los habitantes del castillo en un profundo sueño. Y así fue como, mientras dormían, él entró y se llevó a la muchacha.

Cuando se despertaron por la mañana, sintieron todos una gran ira y consternación, y sobre todo el Niño Águila, quien declaró sus intenciones de buscar al Caballero de la Música y liberar de su yugo a la muchacha de una vez por todas. Y se negó a que nadie lo acompañara.

—Si fracaso en mi cometido, podéis enviar a vuestra hueste de

guerreros después de mí, pero, de lo contrario, esta misión me corresponde a mí.

—Muy bien —respondió el rey Arturo—. Pero creo que la muchacha ha mencionado que ha cruzado el mar hasta estas costas durante su viaje. Por tanto, os pido que os llevéis este navío mágico que me entregó como un presente la reina de las tierras bajo las olas, pues tiene la capacidad de llevaros allá donde deseéis ir. Subid a bordo y decid que queréis que os lleve al hogar del Caballero de la Música, y así será.

El Niño Águila le dio las gracias al rey y subió a bordo de la embarcación mágica, que estaba amarrada bajo las murallas de la áurea Camelot. Le pidió que lo llevara al país del Caballero de la Música, y la nave, por voluntad propia, zarpó y surcó los mares hasta alcanzar una isla. Allí atracó en la costa y el Niño Águila la ocultó. Luego, partió a explorar la isla y no tardó en encontrarse frente a los muros de un castillo.

En un primer momento, no podía hallar la formar de entrar, pero entonces tomó una de sus lanzas de caza y la usó para saltar por encima de la alta muralla. Una vez dentro, encontró un jardín, y sentada en ese jardín, a una muchacha de una belleza que le derritió el corazón. Descubrió que se llamaba Niamh Cabello Claro y que su padre era rey por derecho propio. La habían secuestrado los piratas de la Llanura Blanca, cuyos nombres eran Grug, Grag y Gragan.

—Son una gente terrible —dijo Niamh—. Casi gigantes, y de una naturaleza del todo maligna. Cuando me trajeron aquí, empezaron a pelearse por ver quién se quedaba conmigo. Lucharon con tanta furia que yo ya pensaba que acabarían matándose. Pero al final ninguno pudo sacarle ventaja a los demás. Por eso les lancé un *geis* [13] para que ninguno de ellos pudiera quedarse conmigo hasta que encontraran a otras dos mujeres idénticas a mí, y que así hubiera una para cada uno de ellos. Eso los ha tenido ocupados durante casi un año. Todos los días parten a buscar mujeres que se parezcan a mí, y regresan de noche tras haber fracasado siempre.

Pero temo sobremanera que un día tengan éxito en su búsqueda y me obliguen a quedarme con uno de ellos.

—En ese caso, esperaré su llegada —respondió el Niño Águila—. Pues así podré liberaros y terminar con su reinado de terror.

Y a pesar de las protestas de Niamh Cabello Claro, quien creía que así solo conocería la muerte, él se sentó allí a esperar que cayera la noche.

Al final del día, llegaron tres gigantes horrendos de mirar. Cuando vieron al Niño Águila, se rieron a viva voz y comenzaron a hablar sobre comerse su carne.

—No os resultará nada fácil —replicó el Niño Águila, y desenvainó su espada.

Entonces se produjo una batalla poderosa y terrible que duró toda la noche y hasta que rayó el alba. Pero a la postre el Niño Águila derrotó a los tres viles hermanos, y aunque estaba herido, se preparó para partir de nuevo en busca de la Doncella del Palafrén Gris. Mas Niamh la del Cabello Claro le habló con delicadeza y le entregó una bebida que le dio fuerzas y le curó las heridas. Luego le rogó que se quedara con ella un rato más y le contara su historia.

A medida que la noche los arropaba, el Niño Águila se lo contó todo y ella, a su vez, le habló de su vida, y mientras hablaban, los sentimientos que tenían el uno por el otro se intensificaron, hasta que al final se juraron amor eterno. Y ocurrió entonces que Niamh conocía al Caballero de la Música, que era, de hecho, amigo de los tres piratas muertos.

—Es un oponente formidable —dijo—. Poderoso tanto en magia como en astucia.

—Y, sin embargo, lo venceré —respondió el Niño Águila.

Al día siguiente, él y Niamh Cabello Claro partieron de nuevo en el barco mágico. Los llevó a otras islas, y en cada una de ellas hallaron aventuras y peligros. Mas el Niño Águila superó todos los retos, como el más resistente de los caballeros. Durante el trayecto, se enfrentó a un caballero conocido como el Campeón de la Isla, quien después de que el Niño Águila lo derrotara, decidió unirse al

joven y ayudarlo a derrocar al Caballero de la Música. Tras embarcarse de nuevo y dejar a Niamh al cuidado de la esposa del campeón, llegaron al fin a una isla desolada donde se alzaba la Fortaleza de la Roca Negra, hogar del malvado caballero.

—Esto no será sencillo —dijo el Campeón de la Isla—. Solo hay un angosto sendero hasta la cima de la isla, y allí los muros del castillo se unen con la tierra sin abertura alguna. Solo hay un acceso, y está tan alto que solo puede llegarse si otra persona te lanza por los aires. El Caballero de la Música tiene una forma de entrar, pero solo mediante su magia.

—Ya lo veremos —respondió el Niño Águila.

Entonces tomó el estrecho sendero en silencio y rodeó el castillo hasta que se convenció de todo lo que le había dicho el Campeón de la Isla. Luego se alejó corriendo todo lo que pudo de las murallas, tomó su mejor lanza y la usó para catapultarse hasta alcanzar la puerta del castillo.

Tan seguro de sí mismo estaba el Caballero de la Música que la puerta ni siquiera estaba trancada, y el Niño Águila pudo colarse sin ser visto. No tardó en hallar el lugar en que descansaba el vil caballero, que dormía con la cabeza apoyada en el pecho de la Doncella del Palafrén Gris. A su lado descansaba la flauta de plata, que el Niño Águila escondió antes de desenvainar la espada.

La muchacha abrió los ojos y lo vio, pero no dijo nada mientras el Niño Águila avanzaba hacia ellos. Con un único golpe, le cortó la cabeza al Caballero de la Música, la llevó hasta la puerta y se la lanzó al Campeón de la Isla. Luego ayudó al caballero a trepar hasta la puerta y los tres celebraron juntos la muerte del Caballero de la Música.

Al día siguiente partieron de aquel sombrío lugar y pusieron rumbo de nuevo a la áurea Camelot, donde, como ya debes de suponer, se convirtieron en el centro de un gran regocijo. El Niño Águila contó todas sus aventuras con pelos y señales y dejó a la Doncella del Palafrén Gris en manos del rey Arturo.

✣ ✣ ✣

SIN EMBARGO el Niño Águila no era capaz de pegar ojo, pues todavía no había descubierto nada respecto a sus orígenes. Por eso, acompañado del Campeón de la Isla, con quien había forjado una rápida amistad, y tras dejar a las mujeres al cuidado de la corte, volvieron a marcharse. Vivieron juntos numerosas aventuras, pero la historia no nos las cuenta. Sí nos dice que tras un largo tiempo vagando, se encontraron en un país que parecía infestado de enemigos y del todo desolado.

Allí les ocurrió algo de lo más maravilloso. Mientras seguían su camino, se toparon con una mujer sentada en el margen, llorando con amargura sobre el cuerpo de un caballero muerto.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el Niño Águila.

—Cosas tristes y terribles —contestó la mujer—. Un hombre vil que era el hermano de mi esposo, el rey, se las arregló para asesinarlo y a mí me encerró, y anunció que mataría a la criatura que yo tuviera si era niño, o que la exiliaría de ser una niña. En verdad, di a luz a un precioso niño, pero antes de que pudiera matarlo, me lo arrebató un águila, y no sé nada de su destino. El malvado rey hizo que me exiliaran y yo me dirigí a las tierras de mi padre disfrazada. Pero, de algún modo, el vil rey John descubrió que había dado a luz a un niño y creyó que yo lo había escondido. Ahora ha estallado una guerra espantosa y cada día mueren hombres buenos en batalla. Este caballero que yace muerto a mis pies es mi hermano. Ha caído hoy combatiendo contra el rey John.

El Niño Águila escuchó en silencio, y luego respondió:

—Mi compañero y yo somos caballeros andantes en busca de aventuras. De buen grado pondremos a vuestro servicio nuestras espadas.

—No hay ayuda lo bastante grande para nosotros —respondió la dama, y le indicó dónde podía reunirse con el ejército escitio.

Allí los recibieron con los brazos abiertos, pues ya habían caído

muchos guerreros y el rey agradecía a cualquiera que luchara de su lado.

En secreto, el Niño Águila habló con el Campeón de la Isla.

—Doy gracias a Dios por haber descubierto al fin mis orígenes. Pues estoy convencido de que soy el niño que se llevó el águila, y que me puso en manos del rey Arturo. No se lo contéis a nadie por el momento; veamos si podemos compensar los males que ha sufrido mi familia.

Al día siguiente, los ejércitos de Escitia y Sorcha se encontraron en el campo de batalla, y allí donde el combate era más encarnizado veías sin falta al Niño Águila y al Campeón de la Isla. Finalmente, llegaron al centro de la multitud, donde combatía el rey John, y allí, al divisar una brecha entre los guerreros que lo rodeaban, el Niño Águila tomó su lanza, se la arrojó al rey John y le atravesó el corazón. Entonces cambiaron las tornas de la batalla, y en cuestión de horas los escitios salieron vencedores de la guerra.

Entre mucho regocijo, el Niño Águila fue declarado un héroe y el rey de Escitia le pidió que contara la historia sobre sus orígenes. Allí el Niño Águila habló de su vida hasta ese día, y cómo era en efecto el hijo de la hija del rey y del buen rey Richard el Joven, que había sido asesinado con tanta vileza. Y si el regocijo había sido grande antes, ahora era el doble, y sobre todo por parte de la reina, pues tras tantas penurias no cabía en sí de haberse reunido al fin con su hijo. Y aquel al que hasta entonces solo habían conocido como el Niño Águila tomó el nombre de Richard, como su padre y su abuelo. Y se convirtió en el tercer príncipe con ese nombre que gobernaba Sorcha.

Y así fue como el Niño Águila regresó a casa triunfante y asumió el lugar que le correspondía como rey. Después hizo traer a Niamh Cabello Claro y se desposó con ella y la hizo su reina, y tuvieron un reinado largo y feliz después de eso, según cuenta la historia. Y en cuanto a la Doncella del Palafrén Gris, cuyo verdadero nombre era Gráinne, se desposó con un bravo caballero de la Mesa Redonda y el rey Arturo les entregó tierras y un castillo donde vivir.

Y aquí acaba esta extraña historia, y ahora pasaré a relatar otra distinta: la de Caradoc Brazo Fuerte, quien sufrió un terrible calvario en nombre del amor, aunque todo llegara a buen término.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DEL NIÑO ÁGUILA.

INCIPIT LA HISTORIA DE CARADOC.

13: LA HISTORIA DE CARADOC DEL BRAZO FUERTE

Cierto día, cuando el rey Arturo daba audiencia en la áurea Camelot, se presentó ante él un caballero joven y poderoso llamado Caradoc, que era también rey por derecho propio. Se dice que era familia del rey Arturo, pero no he sido capaz de descubrir en qué sentido. El joven señor buscaba esposa y, como era costumbre en aquellos tiempos, quería que su hermano monarca le encontrara una. Y eso hizo Arturo poco después: lo emparejó con la hermosa Ysave de Carahes. Las nupcias fueron un acontecimiento espléndido, al que acudieron hombres y mujeres nobles de todo el reino. Entre ellos había un hombre con una profunda capacidad para la magia, cuyo nombre era Eliavres. Al ver a Ysave, se enamoró perdidamente de ella y la ansiaba hasta tal punto que pergeñó un oscuro plan para que sus deseos

se hicieran realidad.

✣ ✠ ✣

DURANTE LA NOCHE de bodas, la pareja creía que yacían juntos, pero en verdad Eliavres los había hechizado con tales encantamientos y confusión que no eran capaces de ver la realidad: y es que el rey Caradoc yacía con una galga, mientras que el hechicero disfrutaba de los placeres del amor con Ysave, quien creía que estaba con Caradoc. Lo mismo ocurrió la segunda noche, cuando Caradoc pensó que estaba disfrutando de su esposa, aunque de hecho pasó la noche con una cerda. Y, la tercera noche, ¡era una yegua lo que rodeaba con los brazos y de cuyos favores gozaba! Eliavres, mientras tanto, pasaba las noches con Ysave, y durante esa tercera noche engendraron un hijo.

Poco después, se disolvió la corte y Caradoc y su nueva reina regresaron a sus tierras, donde, a su debido tiempo, Ysave dio a luz a un precioso niño. El rey Caradoc estaba satisfecho, y bautizó al niño con su nombre.

La criatura creció hasta convertirse en un muchacho alto, fuerte y apuesto, y no tardó en superar a sus tutores en todas las artes. Cuando no tenía más que doce años, le preguntó a su padre si podía visitar la corte del rey Arturo y aprender lo que pudiese sobre el mundo de la caballería. El rey Caradoc accedió de buena gana, pues el orgullo que sentía por su hijo no tenía límites. Y así fue como Caradoc partió, acompañado por algunos de los caballeros de su padre y varios de sus jóvenes amigos. Juntos, subieron a bordo de un navío, arribaron a Britania y se dirigieron a Carduil, que era donde el rey Arturo recibía audiencia en aquel momento.

El rey se alegró mucho de ver al noble joven, y le prestó todas las atenciones, llevándolo a cazar e instruyéndolo personalmente en las artes de la caza con perros y la cetrería, además de hablarle mucho sobre las artes de la guerra y la caballería, de la forma

adecuada de comportarse en torno a las mujeres y de actividades tan nobles como el ajedrez o las damas.

De ese modo, Caradoc permaneció en la corte real y aprendió todo lo que pudo. Se lo veía a menudo en compañía del rey y la reina, y se hizo buen amigo de sir Gawain y sir Yvain, así como de otros muchos caballeros y damas que residían allí. A la edad de quince años, era tan fuerte y respetado como cualquier otro de los caballeros más ancianos, y aunque aún no se hubiera puesto a prueba, sentía en su corazón que estaba preparado para su primera aventura, llegara cuando llegara.

El rey Arturo adoraba la caza por encima de todo, y puesto que el reino estaba en paz, permaneció en Carduil un tiempo, disfrutando de la abundancia de presas que podían hallarse en los bosques y prados que rodeaban la ciudad. Luego, amaneció el día en que decidió que había pasado demasiado tiempo desde la última vez que se había puesto la corona y organizado una gran audiencia. Y así fue como ordenó que se preparara todo lo necesario para celebrar la fiesta de Pentecostés, y a la vez declaró que deseaba nombrar caballero al joven Caradoc. Todos coincidieron en que era una gran idea, y se pusieron en marcha los planes para la gran celebración, con un torneo, un banquete y un regocijo general.

Fue aquella una corte que se recordaría durante muchos años. Caballeros y nobles de todos los rincones acudieron a celebrar con el rey Arturo y sus caballeros. Y no nombraron caballero solo a Caradoc, sino también a otros cincuenta jóvenes, y el rey se aseguró de que les proporcionaran unos ropajes espléndidos. La reina Ginebra bordó personalmente las camisas de todos los caballeros novatos, y cuando llegó el día previsto, el rey en persona se encargó de darle el espaldarazo a su sobrino, mientras sir Gawain le abrochaba la espuela derecha y sir Yvain, la izquierda.

Cuando finalizó la ceremonia, todos se dirigieron hacia la catedral a oír misa, y después hacia el gran salón, donde se había preparado el banquete. Pero justo cuando sir Kay, el senescal, estaba a punto de tocar la trompeta que anunciaba el inicio de la

cena, el rey Arturo le recordó que tenía por costumbre, en esas ocasiones, que nadie comiera hasta que hubieran visto u oído algún hecho maravilloso.

En ese momento, un extraño caballero llegó cabalgando a la corte y entró allí con una gran prisa. Era un hombre alto y musculado, con una gran mata de pelo rojo. Se arrodilló ante el rey y le pidió un favor.

—Si está en mis manos, te lo concederé —respondió Arturo—. Decidme qué deseáis.

—Mi señor —dijo el caballero—. Solo os pido una cosa, y es un golpe en el cuello a cambio de otro.

—Es una petición inusual —replicó Arturo.

—Señor, lo único que pido es que me permitáis entregarle mi espada a uno de vuestros caballeros. Si es capaz de cortarme la cabeza, que así sea; mas si sobrevivo, tendré el derecho de devolverle el golpe de aquí a un año, en vuestra presencia.

—¡Por san Juan! —exclamó sir Kay, el senescal—. Solo un necio aceptaría una oferta así.

—He sido yo quien ha pedido este favor —dijo el caballero pelirrojo—. Si os negáis, pronto todo el mundo sabrá que la palabra del rey Arturo no vale nada.

Dicho esto, desenvainó la espalda y sostuvo la hoja ante la mirada de todos los presentes. En ese momento, Caradoc, que estaba cerca, se precipitó hacia allí e hizo ademán de agarrar el arma.

—¿Sois el mejor de estos caballeros? —demandó el oponente.

—No, solo el más necio de todos —respondió Caradoc.

Acto seguido, tomó la espada y el caballero apoyó la cabeza en la mesa, estirando el cuello para el golpe.

Tras vacilar un instante, Caradoc le dio el espadazo. El golpe fue tan poderoso que atravesó el cuello del caballero y la hoja se hundió en la mesa. La cabeza del oponente salió volando del cuerpo, pero, ante el horror de los presentes, él la siguió y, tras recuperarla, se la volvió a colocar sobre los hombros. Y luego habló,

con calma, como si nada hubiera ocurrido.

—Ahora que he recibido el golpe, estoy satisfecho. Pero recordad: volveré de aquí a un año a devolver el favor. —Se giró hacia Caradoc—. ¡No os olvidéis!

Y, dicho esto, se marchó del salón antes de que nadie pudiera detenerlo. Los demás se giraron con gesto condescendiente hacia Caradoc, quien estaba bastante alegre, aunque algo pálido.

—No temáis, tío —le dijo a Arturo—. Mi destino está ahora en manos de Dios.

El rey Arturo ordenó a todos los presentes que asistieran a la corte el año siguiente, ese mismo día, y eso le prometieron. Luego se dispusieron a cenar, aunque pocos tenían ánimos para festejar o celebrar ese día.

✣ ✣ ✣

PASÓ UN AÑO, durante el que Caradoc se embarcó en busca de aventuras, como corresponde a cualquier flamante caballero. Grandes fueron sus hazañas, y su nombre se pronunció en muchos lugares. Pero a medida que se aproximaba el día de Pentecostés, cuando la corte volvería a reunirse, todo el mundo comenzó a pensar en el terrible destino que aguardaba al joven héroe, y hasta allí acudieron personas de todo el reino para ser testigos de los acontecimientos, no solo las que habían estado presentes el año anterior, sino también otras, cuya curiosidad por ver qué sucedería las llevó hasta Carduil. Tras oír, como todos, lo que había ocurrido el año anterior, el rey Caradoc y la reina Ysave decidieron no asistir, pues temían demasiado ser testigos de lo que creían que sería la muerte de su hijo.

Llegó el día de Pentecostés, y todo estaba preparado ya para el ágape. Asistieron a misa y, luego, al salón a cenar. Poco después entró aquel que había sobrevivido al golpe de Caradoc, y le pidió al joven caballero que diera un paso al frente. Caradoc dio un salto

adelante sin vacilar, pero el rey alzó la voz.

—Esperad, señor caballero. Si os olvidáis de la cabeza de mi sobrino, os ofreceré un generoso rescate.

—¿Qué me ofrecéis? —demandó el caballero, pensativo, apoyado en la espada.

—Todo el oro y la plata que veis en esta corte —respondió el rey.

—No es suficiente —dijo el caballero, y levantó la espada.

—¡Esperad! Todos los tesoros de mis arcas serán vuestros si le perdonáis la vida.

—No es suficiente. Prefiero su cabeza —replicó el otro.

Luego la reina Ginebra dio un paso al frente con todas sus doncellas.

—Señor —dijo—, os suplico que perdonéis la vida del muchacho. Os ofrezco, si os parece bien, que elijáis a una de estas damas, las más bellas del reino.

—Sin duda son hermosas —contestó el caballero con educación —. Pero no las necesito. —Entonces, al percatarse de la agitación de la reina y de muchas de las doncellas, añadió—: Si no queréis mirar, os sugiero que regreséis a vuestras alcobas.

Luego, se volvió de nuevo hacia Caradoc, quien gritó a viva voz:

—¡Haced lo que debáis, señor caballero! No pospongamos esto más tiempo.

Y apoyó la cabeza sobre la mesa, igual que había hecho el otro un año atrás. El caballero alzó la espada y la dejó caer, pero solo golpeó el cuello de Caradoc con la parte llana de la hoja. Luego, cuando el joven se levantó, dijo:

—Venid conmigo. Sería una lástima que os matara. —Entonces miró al rey—. Con vuestro permiso, majestad, deseo hablar con el muchacho en privado.

El rey asintió, desconcertado, y los dos hombres se fueron a un aparte. Allí, el caballero le habló con voz queda a Caradoc:

—Os diré por qué os he perdonado la vida. Soy vuestro padre, y vos sois mi hijo.

—Eso no es posible —respondió Caradoc con fiereza—. Defenderé el honor de mi madre hasta mi último aliento. Ella no ha sido ni será jamás vuestra amante.

Mas el caballero —quien era, en efecto, Eliavres— lo mandó callar. Le contó entonces todo lo que había ocurrido tantos años antes, cómo había engañado al rey Caradoc y yacido con Ysave, y engendrado en ella al joven muchacho.

Caradoc escuchaba con una ira y una incredulidad que no hacían sino aumentar. Cuando el caballero se quedó en silencio al fin, gritó:

—No me creo nada de esto. ¡Eso no ha ocurrido jamás! Si se lo repetís a alguien más, ¡os buscaré y acabaré con vuestra vida!

El caballero no dijo nada más, sino que se limitó a dar media vuelta y abandonar la corte con la misma velocidad y misterio con que había llegado.

Luego se produjo un gran regocijo, y muchos se adelantaron a elogiar la valentía de Caradoc, y a dar gracias por que le hubieran perdonado la vida. Nadie se dio cuenta de lo retraído y callado que se había vuelto, y en cuanto pudo se excusó y, por primera vez en muchos años, partió hacia su hogar, en Vannes.

Allí, en la ciudad de Nantes, halló al rey Caradoc y la reina Ysave. Cuando oyeron que el muchacho había llegado, el rey se dispuso a darle la bienvenida y lo abrazó con afecto.

—Bienvenido a casa, hijo mío —dijo.

—Sabed que he oído que no soy vuestro hijo —respondió Caradoc.

—¿¡Cómo!? —gritó el rey—. ¿Qué necedad es esa?

Luego Caradoc se lo llevó aparte y le repitió todo lo que Eliavres le había contado.

—No os digo estas cosas para haceros daño —añadió—. Pues de todos los hombres a vos os honro como padre, sea cual sea la verdad.

En ese momento, llegó la reina y se acercó a abrazar a su hijo, pero Caradoc la apartó de un empujón y le espetó con frialdad:

—Ya no soporto veros. Le habéis hecho mucho daño a mi señor padre.

—¿De qué habláis? —lloró Ysave.

Entonces el rey se volvió hacia ella y le ordenó que se marchara de su vista.

—Me habéis hecho un gran mal, tanto que yo tampoco soy capaz de veros más.

Dicho esto, ambos hombres le dieron la espalda y esperaron, sin despegar los labios, hasta que ella abandonó la estancia.

Que no te quepa duda del desasosiego de la reina, pues ella no sabía nada de lo que Caradoc le había contado a su esposo, no más de lo que sabía que había sucedido en el momento de su boda.

Cuando se hubo ido, el rey le preguntó abiertamente a Caradoc qué debía hacer con ella.

—Pues sus terribles actos os han perjudicado tanto como a mí.

—No le deseo daño alguno —respondió Caradoc—. Pues ella es, en verdad, mi madre, y tal vez no supiera nada de lo ocurrido. Si me hacéis caso, ordenaréis construir una firme torre y la encerraréis solo en compañía de mujeres. De esa forma, Eliavres no podrá volver a verla, y nadie podrá presumir de que él tuvo lo que por derecho os correspondía a vos.

Y eso hizo el rey, y no tardaron en levantar la torre y en encerrar dentro a Ysave. Su única compañía eran mujeres, tal como Caradoc había sugerido, y nadie hablaba con ella ni la veía, salvo aquellas que la asistían. Y si las gentes de Vannes se preguntaban por aquel extraño acto por parte de su rey, no llegaron a conocer la verdad, pues él permaneció en silencio, reservado, mientras que el joven Caradoc, en cuanto se completó la torre y encerraron allí a su madre, partió de inmediato hacia la corte de Arturo.

✣ ✠ ✣

CARADPC LLEGÓ a la áurea Camelot en el mes de mayo, cuando las

rosas estaban en plena floración. Faltaba poco para que la corte real volviera a reunirse, y Caradoc se quedó allí mientras acudían lores y damas de todos los rincones del reino.

Entre los nobles que asistieron aquella vez se encontraba un joven señor de Cornualles llamado Cador, que había traído consigo a su hermana Guinier, una doncella hermosísima y tan gentil y leal como bella. Su padre, el rey de Cornualles, había fallecido aquel verano, y su hijo iba a jurar vasallaje al rey Arturo. Sin embargo, de camino, se habían topado con una aventura que tendría consecuencias de largo alcance.

Ahora debes saber que antes de que muriera el viejo rey, un caballero llamado Allardin du Lac había intentado conseguir la mano de Guinier en matrimonio. Ella, no obstante, lo había rechazado, ¡y tanto su hermano como su padre respetaron su derecho a elegir al hombre que quisiera! Ahí quedó el asunto, y luego el rey murió y Cador y su hermana partieron hacia la corte de Arturo. Con todo, mientras cabalgaban, Allardin los persiguió y los adelantó.

Cador apenas llevaba armas, pero cuando vio al otro caballero acercarse, se volvió para enfrentarse a él y defender a Guinier. Por desgracia para ambos, Allardin tiró a Cador de su caballo con la primera lanzada, y el joven señor yacía en el suelo con una pierna rota. Allardin se aproximó a él y le dijo:

—Si vuestro padre y vos hubierais bendecido mi petición en su momento, esto no habría ocurrido. Ahora me llevaré lo que pedí, ¡pero no para mí! Quiero que sepáis que entregaré a vuestra hermana a mis hombres para que se diviertan. ¡Pensad en ello mientras estáis ahí tirado!

La prisión de la torre

Luego agarró las riendas del caballo de Guinier y se marchó con ella.

¡Imagínate cómo gritaba la doncella ante aquel cruel revés del destino! Pero cuando Allardin aún espoleaba a su montura para llevársela, apareció por allí otro jinete. Se trataba de Caradoc, de camino a la corte del rey Arturo tras haber realizado un recado. Cuando divisó al hombre herido tirado en el suelo y oyó los lastimeros gritos de la doncella, echó a cabalgar tras Allardin, conminándolo a que se detuviera.

Él, cuando vio al caballero armado acercarse, se volvió y desenvainó la espada.

—Dejadnos en paz, señor —bramó—. ¡Esto no es de vuestra incumbencia!

—Yo creo que sí lo es, cuando oigo a una dama gritar con tanta angustia. Soltadla o probad vuestra destreza contra mí.

Entre reniegos, Allardin agitó la espada y cortó la lanza de

Caradoc cerca del punto en que la sostenía. Caradoc respondió golpeándolo en la cabeza con la base de la lanza, y lo tiró del caballo. Luego Caradoc desmontó y comenzó la batalla.

¡Y fue una batalla para el recuerdo! Los dos caballeros estaban igualados y durante un largo rato no hubo ninguno que le sacara ventaja al otro. Es imposible saber cuánto tiempo habría continuado si la espada de Allardin no se hubiera roto. En ese momento, cedió terreno y se rindió, poniéndose a merced de Caradoc. Este, resollando por la larga lucha, ordenó al caballero que se rindiera a la dama que había intentado secuestrar. Y Allardin obedeció, pero Guinier lo rechazó.

—No puedo aceptar vuestra rendición, como tampoco me veo capaz de perdonaros. Debo saber cómo está mi hermano. Si ha muerto por las heridas que le infligisteis, ¡lo pagaréis!

—Mi señora —respondió Allardin—. Estoy más que dispuesto a hacer lo que pedís. Regresemos al lugar donde combatimos.

Los tres cabalgaron de vuelta al punto en que Cador había caído del caballo. Y allí seguía tumbado, respirando a duras penas. Los dos caballeros, que estaban débiles y agotados por la batalla, lo levantaron hasta posarlo sobre el caballo de Caradoc, y luego el joven caballero se montó y aguantó al hombre herido sobre la silla, delante de él.

—Debemos encontrar refugio —dijo Caradoc—. Y pronto, o me temo que este buen hombre no consiga volver a ver la luz del día.

Cabalgaron despacio, hasta que divisaron, a un lado del camino, una tienda grande y espléndida. Dentro oían las voces de varios lores y damas cantando juntos. Caradoc y Guinier la observaban perplejos, y se preguntaron en voz alta quién debía de ser el señor de aquella magnífica tienda. Entonces Allardin confesó que era suya, y que en su interior se encontraba su gente.

Luego añadió:

—¿Veis que frente a la entrada de la tienda hay dos estatuas de oro? Permitidme que os hable de ellas. Son autómatas, y se mueven y hacen muchas cosas maravillosas. La de la derecha abre la puerta

de la tienda, y la de la izquierda vuelve a cerrarla. Pero son capaces de mucho más. La estatua de la derecha toca el arpa de la forma más hermosa imaginable, y si una mujer entra en la tienda y afirma ser virgen cuando no lo es, el arpa se desafina y se le rompe una cuerda. La de la izquierda sostiene una lanza, y si entra aquí alguna persona falsa o grosera, ¡se encontrará con que le arrojará la pica!

Luego Allardin desmontó con mucho dolor del caballo y llamó a los que había en el interior. Cuando salieron, se reunieron y ayudaron a bajar al herido Cador y lo llevaron al interior. Luego se aproximó una doncella hermosísima, a quien Allardin presentó como su hermana. Le pidió que cuidara del caballero malherido, ¡y de Caradoc y de sí mismo! También le pidió que protegiera a Guinier como si fuera su propia hermana.

La Doncella del Pabellón (pues no le conozco otro nombre) accedió de inmediato. Que no te quepa duda de que aquellas cuatro personas recibieron los mejores cuidados posibles. Y así fue como comenzaron a sanar de sus heridas, y en las semanas que se sucedieron, los tres caballeros se hicieron grandes amigos, y Allardin le suplicó perdón a Guinier, y esta se lo concedió. Y ella, la bella hermana de Cador, empezó a enamorarse de Caradoc, mientras que la Doncella del Pabellón miraba con anhelo a Cador.

Las semanas pasaron, hasta que los tres caballeros estuvieron lo bastante recuperados como para volver a montar, y Caradoc declaró que tenía intención de regresar a la corte del rey Arturo, pues estaba convencido de que a esas alturas ya lo habrían echado de menos, y añoraba estar en el lugar que consideraba su hogar. Cador también deseaba continuar con su viaje, y Allardin anunció que los acompañaría. El grupo al completo se echó de buen ánimo al camino que conducía a la áurea Camelot, donde se había reunido de nuevo la corte.

Mientras se aproximaban a la ciudad, comenzaron a encontrarse con otros en el camino, y les informaron de que estaba a punto de celebrarse allí un gran torneo. Lo organizaban dos reyes, Cadoalant de Irlanda y Ris de Valen, y se rumoreaba que el objetivo era

impresionar a una cierta dama. Los tres caballeros deseaban participar, y dio la casualidad de que el primero en competir fue Allardin. Se puso su mejor armadura y, montado en su corcel favorito, cabalgó en dirección a las lizas. De camino, pasó por delante de una torre desde donde una doncella observaba a la multitud. Al ver al intrépido caballero, se asomó y lo llamó. Allardin refrenó el caballo y la saludó con delicadeza.

—Mi señor —dijo ella—. Perdonadme por hablarlos con tanto descaro, pero mi corazón me dice que sois el mejor de todos los que he visto pasar por aquí. Mi nombre es Guigenor y soy la hija de sir Guiromelant y la dama Clarissant, hermana de sir Gawain. Quieren mi mano tanto el rey Cadoalant como el rey Ris, y este torneo al que sin duda os dirigís tiene por objetivo demostrar cuál de los dos es mejor hombre, y, por tanto, cuál debería ser mi esposo. Pero, señor, yo los odio a los dos, y no me casaría jamás con ninguno de ellos. Si sois tan bondadoso como para ver con buenos ojos mi situación, os consideraré por siempre mi caballero.

Cuando Allardin oyó aquellas palabras y miró a la dama Guigenor, le conmovió el corazón tanto su miseria como su belleza, y juró defender su honor en el torneo. Tras lo cual ella le lanzó una manga para que la llevara como favor en los próximos combates. Y entonces Allardin continuó cabalgando, con el corazón cargado de expectación.

✣ ✠ ✣

No es necesario demasiado tiempo para hablar del torneo y de las grandes hazañas que allí se llevaron a cabo. Baste decir que se presentaron muchos caballeros valerosos y arrojados, incluidos algunos de los mejores del rey Arturo y la hermandad de la Mesa Redonda. Los caballeros que luchaban en nombre de los dos reyes destacaban particularmente en su pericia, pero ninguno más que Allardin y Cador, quien no tardó en unirse a su compañero y luchó

con la misma valentía que cualquier otro hombre. Y no dudes de que la doncella de la torre, Guigenor, no perdió detalle de todos y cada uno de los movimientos de Allardin, y cuando vio el excelente guerrero que era, el corazón se le enterneció aún más. ¡Era igual de valiente que atractivo! Otra doncella, Ydain, sobrina de sir Yvain y prima de Caradoc, no pudo evitar fijarse en la valiente demostración de Cador, y preguntó entre sus compañeros para saber quién era. Cuando oyó que se trataba del hijo del rey de Cornualles, se alegró sin duda y le envió un favor para que lo llevara en su honor.

¡Aquel día se vieron extraordinarias exhibiciones de coraje! Hubo caballeros que acabaron desmontados, lanzas y espadas rotas, armaduras dentadas y escudos astillados. Muchos hombres gallardos enviaron prisioneros a la dama de su elección, y entre ellos Cador le mandó al campeón Guigambresil a la dama Ydain, cuyo favor llevaba encima, y cuyos brillantes ojos y hermoso semblante lo habían conquistado por completo.

Poco después, Caradoc se unió a la refriega, demostrando sus grandes habilidades y poder, y venciendo a todo aquel que se interponía en su camino. Ese día, tanto sir Gawain como sir Yvain decidieron combatir, y los dos se cruzaron con Caradoc. ¡Y los venció! Jamás habían visto a un combatiente tan poderoso en aquellas tierras. ¡Por todas partes hablaban de él con fascinación! Era sin duda el caballero más destacado que había entrado en las lizas. Gracias a él, el rey Ris y sus hombres, en cuyo bando combatía Caradoc, empezaron a vencer ese día, a pesar de los esfuerzos de Cador y Allardin, que competían contra él por el rey Cadoalant.

Al final, los tres héroes vencieron aquel día y recibieron los mayores honores en el torneo. Cuando llegó el momento de que revelaran sus nombres —pues era costumbre que combatieran disfrazados, o con un escudo sin marca alguna—, se produjo un gran regocijo. Sobre todo por parte de Gawain, que se alegró de saludar a su primo Caradoc. Incluso los dos reyes accedieron a

estrecharse las manos y jurarse amistad mutua, sobre todo después de ver que la dama Guigenor, por la cual se habían enfrentado, había decidido entregarle su corazón a Allardin.

A la postre, entre el regocijo general, Guigenor se desposó con el caballero, mientras que la bella Ydain decidió casarse con Cador, y él había perdido totalmente el corazón por ella. Y en cuanto a Caradoc, estaba más que satisfecho, ya que él tenía a su propio amor, Guinier, a su lado. Incluso la Doncella del Pabellón, la hermana de Allardin, era feliz. Pues aunque se hubiera sentido atraída hacia Cador cuando lo estaba cuidando para que se recuperara, le había echado el ojo a otro joven caballero, sir Perceval de Gales, quien un día saldría en busca del Grial, y quien se había desenvuelto tan bien en el torneo que todo el mundo decía que pronto estaría entre los mejores caballeros de la Mesa Redonda. Y así se celebraron tres nupcias, y el torneo finalizó entre un gran alborozo. Caradoc, Cador y Allardin regresaron a casa con el rey Arturo, quien demandó que permanecieran en la corte de momento y honraran su mesa con su presencia.

✣ ✣ ✣

AHORA DEBEMOS VOLVER con la madre de Caradoc, la dama Ysave, quien durante todo este tiempo había permanecido encerrada en la torre que el rey Caradoc había ordenado construir. Allí la halló el hechicero, Eliavres, culpable desde el principio de todos los males. Se acostumbró a visitarla a menudo, aprovechando sus conocimientos de la magia para penetrar las puertas trancadas y las altas ventanas de la torre. En un primer momento, la dama no estaba ni mucho menos contenta de verlo, pues fue por culpa de su magia que ella terminó encarcelada de aquella forma tan ignominiosa, y su oscuro plan le había costado el amor de su esposo y su hijo. Pero con el tiempo se la acabó ganando, recordándole cómo se habían comportado con ella su esposo y su hijo, y

demostrándole su amor por ella en unos términos que ya no podía seguir rechazando.

Las cosas podrían haber seguido así durante mucho tiempo de no ser por un error que cometió el hechicero. Para poder contentar a la dama que tanto amaba, llevó músicos fantasmagóricos a la torre a que tocaran para ella. Pero también se los podía oír desde el exterior, y pronto los seguidores del rey no pudieron seguir callados. Enviaron mensajeros al rey Caradoc, quien apenas visitaba Nantes en aquellos días, y lo informaron de los sonidos de celebración que surgían de la torre por la noche.

El rey suspiró pesadamente y envió hombres a apresar a Eliavres, pues sabía que era la única causa posible de aquella música encantada. Los soldados del rey Caradoc buscaron en vano, pues gracias a su magia Eliavres era capaz de hacerse invisible y de entrar en la torre sin ser visto. Al final, el rey desesperó y avisó a su hijo.

Cuando Caradoc recibió las noticias, sintió un profundo pesar. Pidió permiso al rey Arturo para marcharse y partió de inmediato hacia Vannes, tras haber confiado el cuidado de Guinier a su hermano Cador. Temía que, si lo acompañaba, llegara a enterarse del secreto sobre la deshonra de su madre y se volviera contra él. Sucedió entonces que tardaría mucho tiempo en ver a su amor, y se enfrentarían a muchas penurias antes de reunirse de nuevo.

Tras llegar a Vannes, Caradoc se dirigió al momento a ver al rey, quien le contó todo lo ocurrido. Caradoc estaba fuera de sí, y juró vengarse de Eliavres. Viajó hasta el hogar del hechicero y fingió haberlo perdonado, y que con el tiempo perdonaría también a su madre. Todas las noches se sentaba a la mesa con el hechicero, y lo observaba para poder descubrir una forma de apresarlo. Al final, Caradoc lo descubrió en la cama con la dama Ysave, y antes de que el truhan pudiera defenderse, lo amarró deprisa con unas sogas que había remojado con agua bendita y eran por tanto inmunes a sus conjuros. A los pocos días, Caradoc entregó a Eliavres al rey, pues se abstuvo de vengarse de su propio padre. El rey Caradoc, sin

embargo, no tenía tantos remilgos, y planeó un terrible castigo. Obligó al hechicero a someterse a lo mismo que este les había obligado a hacer mediante sus trucos a él y a su esposa años atrás. Eliavres tuvo que yacer con una galga, una cerda y una yegua.

✣ ✣ ✣

OYE AHORA LO que aconteció, aunque me apene hablar de ello. De esa carnalidad, y por imposible que parezca, surgieron tres retoños: un poderoso galgo que bautizaron como Guinloc, un jabalí llamado Tortain y un semental al que pusieron el nombre de Loriagort. Los tres eran, en cierta manera, «hermanos» de Caradoc. Y en cuanto al hechicero, una vez fue culminado aquel espantoso acto, lo liberaron, aunque Caradoc anhelaba verlo muerto y lo habría despellejado vivo si Eliavres no hubiera sido su padre.

Eliavres, por su parte, sufría enormemente. A la primera oportunidad que se le presentó, regresó a escondidas a la torre a visitar a la reina, quien a aquellas alturas había depositado en él ya todos sus sentimientos y por eso lloraba y se lamentaba por el destino de aquel con la misma vehemencia que si hubieran sido amantes desde el principio. Luego su tristeza se convirtió en una fría ira, y lo urgió a vengarse de Caradoc.

—No puedo matarlo. A fin de cuentas, es mi hijo —dijo el hechicero.

—No os compadezcáis de él, pues él no ha sentido nada por vos —lloró Ysave.

—Tal vez no pueda matarlo —declaró Eliavres—, pero puedo causarle que solo viva una vida a medias, si me ayudáis.

—De buena gana —respondió la reina, quien parecía haberse olvidado de que Caradoc era su hijo.

El hechicero se marchó y regresó con una terrible serpiente venenosa, que ocultó en un armario de la habitación de la reina. Luego le indicó lo que necesitaba que hiciera y se marchó de nuevo.

Caradoc no tardó en acudir a la torre a comprobar cómo se encontraba su madre. En ella no vio más que simpatía, e incluso le pidió perdón por la traición al rey. Caradoc, aunque apesadumbrado en su interior, sintió una cierta paz al oírlo. Pasó gran parte del día con su madre hasta que, cuando comenzó a caer la noche, ella se quejó de que le dolía la cabeza y dijo que debía soltarse el pelo y cepillárselo.

—Traedme el cepillo que hay en ese armario —le pidió, y Caradoc obedeció de buen grado.

Pero ¡ay!, cuando metió la mano dentro, la serpiente hundió sus colmillos en la carne del joven y se le enroscó en el brazo.

Caradoc conoció entonces un dolor que ningún hombre podría soportar durante demasiado tiempo, y trató de liberarse de la dentellada de la serpiente. Pero cuanto más se esforzaba por liberarse, más le apretaba la bestia, hasta casi desmayarse. La reina, mientras tanto, hizo una gran demostración de horror y angustia, pidiendo ayuda a gritos para su pobre hijo. El rey y sus sirvientes acudieron a toda prisa, y encontraron a Caradoc tumbado en el suelo mientras su madre lloraba sobre él. El rey estaba tan fuera de sí que estaba dispuesto a matar allí mismo a Ysave, pues la creía responsable a pesar de sus protestas de inocencia. Sus mujeres se la llevaron a otra habitación antes de que él pudiera hacerle daño, y el rey volvió a centrar la atención en ayudar a su hijo.

Se llevaron de allí a Caradoc y lo depositaron en una gran cama de otra parte del castillo. Allí yació, apenas consciente, mientras el rey hacía llamar de todas partes a doctores y a cualquier persona con conocimientos curativos para que salvaran a su hijo. Muchos fueron los que acudieron a la llamada, pero ninguno consiguió cambios significativos en el joven, quien palidecía y adelgazaba más y más con cada día que pasaba. Apenas podía dormir del dolor, y comía poco. Los doctores le dieron dos años de vida a lo sumo, y algunos incluso menos. El rey Caradoc estaba desesperado.

La reina, mientras tanto, celebraba que el plan que había pergeñado con Eliavres hubiera sido todo un éxito. Se jactaba de la

dolencia de su hijo, de los terribles dolores que sufría, pues lo veía como un castigo adecuado por todo el sufrimiento que había experimentado ella desde que se había descubierto el hechizo lanzado sobre ella y el rey Caradoc.

Cuando el rey Arturo recibió las noticias, lo asaltó una tremenda congoja. Declaró que no descansaría hasta hallar una cura para el sufrimiento del joven, y partió a visitarlo en un barco con destino a Bretaña. Retrasado por unas tormentas y desviado de su curso por los vientos, desembarcó en cambio en Normandía, y continuó hacia Nantes a caballo.

Las noticias sobre aquellos acontecimientos no tardaron en llegar a Cornualles, donde Cador gimió en voz alta al enterarse. Y en cuanto a Guinier, a punto estuvo de desmayarse de la conmoción, y maldijo a los cielos por infligir aquel tormento sobre su amante y obligar a que a ella se le rompiera el corazón.

—¡Ay de mí! —le gritó a Cador—. Mi queridísimo hermano, os imploro que me llevéis de inmediato con él. Si puedo verlo, aunque sea una última vez antes de que muera, ¡yo también moriré feliz!

Caradoc no tardó en enterarse de que el rey Arturo iría a visitarlo, y que Cador había dejado Cornualles y estaba de camino por mar con su queridísima Guinier. Sin embargo, en lugar de consolarlo, aquello no hizo sino que se sintiera todavía peor, pues no podía soportar que lo vieran tan maltrecho por la mordedura letal de la serpiente, que aún se aferraba a su brazo, alimentándose de su sangre y arrebatándole las fuerzas.

Y por eso Caradoc urdió un plan desesperado. Había llegado un mensajero de Britania con las nuevas sobre el rey Arturo, y esa noche Caradoc le suplicó que se quedara con él, alegando que no quería que hubiera nadie presente que ya lo conociera de antes. Cuando se quedaron solos, le habló de un cierto ermitaño bendito que vivía cerca, en el bosque.

—Estoy seguro de que aquel buen hombre puede proporcionarme alivio —dijo—. Si me ayudaras a llegar hasta él, tendrías mi gratitud eterna.

El mensajero accedió de buena gana, después de que Caradoc le asegurara que era lo mejor y que su única intención era ahorrarle a su familia más pesares. Cuando cayó la noche y el castillo se sumió en el silencio, los dos hombres se escabulleron hacia el exterior, huyendo sin ser vistos por una estrecha puerta trasera. Luego partieron a pie hacia el bosque, con el mensajero sosteniendo a Caradoc, quien casi estaba demasiado debilitado para andar.

No tardaron en llegar a la celda del ermitaño, y allí Caradoc le confesó al hombre sabio todo lo que había ocurrido, y se lamentó de su propia culpa en lo que concernía a su padre y su verdadero padre.

—Ahora veo que fue injusto culpar a la reina por el calvario que nos había sobrevenido a todos; incluso Eliavres actuó por amor, aunque sus formas fueran desacertadas. Me he portado mal con ellos y ahora sufro las consecuencias. Rezo a Dios por que se apiade de ellos y de mí.

El ermitaño no sintió más que lástima por el joven cuyo cuerpo y alma habían sufrido tanto, y vio que su arrepentimiento era sincero. Por eso le dio la absolución y lo invitó a quedarse allí todo el tiempo que quisiera. Caradoc aceptó de buena gana y le pidió al ermitaño que no revelara su presencia a nadie que viniera preguntando por él, fuera quien fuera. Le hizo prometer también al mensajero que guardaría el secreto, y lo despachó.

Caradoc llevó entonces una vida sencilla en el bosque, comiendo solo una vez por semana y haciendo ayuno el resto de los días. Y de esa forma halló alivio, e incluso una cierta sanación, pues aunque la serpiente seguía fijada a su brazo con la misma firmeza, el dolor parecía habérsele calmado un poco, así que Caradoc pudo vivir en paz durante un tiempo.

Mientras tanto, el rey Arturo había arribado a Britania con todos sus seguidores, y poco después llegaron Cador y Guinier. Allí recibieron de parte del rey Caradoc la noticia de que su hijo había huido y nadie sabía adónde. Se produjo entonces un gran pesar entre aquellos que habían ido a visitar al joven. Sobre todo Guinier,

que estaba desconsolada. Sabía por qué Caradoc se había escapado, y anhelaba estar con él, ¡aunque corriera incluso peligro de muerte! Se organizó una gran búsqueda, aunque en verdad Caradoc estuviera cerca, a poca distancia de la ciudad en la celda del ermitaño. Mas cuando los batidores llegaron allí, solo hallaron al viejo monje y a un joven neófito vestido con un hábito sencillo y una capucha que le ocultaba el rostro. Tan demacrado y marcado por el sufrimiento estaba Caradoc que era difícil que alguien lo hubiera podido reconocer, salvo quizás Guinier, quien tras meses de espera también había emprendido la marcha en busca de su amado. Ella y Cador habían viajado juntos a lo largo y ancho de las tierras de Arturo, hasta que, después de fracasar en su empresa, habían regresado al fin a Cornualles, y allí permaneció Guinier, rezando todos los días por que su amado volviera sano y salvo, mientras Cador continuaba solo, siempre buscando a su amigo.

✣ ✣ ✣

PASARON DOS AÑOS, y al final de ese tiempo Cador regresó a Bretaña, agotado de tanta búsqueda infructuosa. Caradoc, mientras tanto, había abandonado la vida de eremita, movido por un deseo incontrolable de hallar un lugar nuevo donde vivir el resto de sus días. Encontró el camino a un valle resguardado donde se alzaba una solitaria capilla que ya apenas visitaba nadie. Allí estableció su residencia, en una densa floresta, viviendo de raíces y bayas, y del agua de un arroyo que discurría cerca. Todas las semanas se dirigía a la humilde capilla a rezar y oír misa, y los buenos hermanos que vivían allí lo trataban bien y le daban la poca comida que les sobraba.

Allí a la postre, y de casualidad, llegó Cador.

Buscaba refugio con los hermanos y preguntó, como en todos los lugares en los que encontraba a alguien, si habían visto a un hombre alto de pelo oscuro con una terrible serpiente enroscada en

torno a su brazo derecho.

—Pues, a decir verdad, sí —respondieron los monjes—. Viene aquí a menudo, y lo tratamos lo mejor que podemos. Lo veréis mañana si pasáis aquí la noche.

Eufórico ante aquella noticia, Cador se tumbó en la austera cama que le ofrecieron, aunque en verdad durmió poco aquella noche, y por la mañana se levantó temprano esperando la llegada de aquel al que tanto tiempo llevaba buscando. Por si Caradoc decidía huir al verlo, Cador se quedó en la parte trasera de la capilla con la capa por encima, y allí vio la macilenta silueta de su amigo entrar, arrodillarse y empezar a rezar. Iba barbudo y descuidado, envuelto en varios tipos de harapos, hasta el punto de que Cador no lo habría reconocido hasta haber oído su voz. Luego corrió hacia él y lo abrazó con delicadeza.

—¡Dios sabe cuánto hace que os busco! —gritó—. Y estabais aquí. ¿Por qué huisteis de ese modo? Sabíais que me preocuparía por vos, igual que Guinier; ¿es que no habéis pensado en ella?

Al oír el nombre de su amada, Caradoc se echó a llorar. No halló palabras para responder a Cador, así que se limitó a dejarse caer al suelo y allí se quedó inmóvil, sin despegar los labios. Cador, conmovido por el terrible sufrimiento de su amigo, trató de levantarlo, sin dejar de suplicarle que regresara a Nantes y se pusiera en manos de aquellos que mejor podían ayudarlo.

Pero por mucho que le suplicara, Caradoc solo sacudía la cabeza y se apartaba del contacto de Cador. Entonces el caballero córnico supo que había malgastado el aliento, y, tras volverse hacia los hermanos, les rogó que cuidaran de su amigo un poco más, prometiéndoles una gran recompensa. Luego cabalgó aprisa hacia Nantes y allí buscó a la madre de Caradoc, quien vivía ahora en un aislamiento casi absoluto.

—Mi señora —dijo—, vengo a deciros que vuestro hijo aún vive. Llevo pensando en esto desde que empecé a buscarlo, y creo firmemente que sois la única persona que puede ofrecerle una cura, si así lo deseáis. Muchos, incluido yo, os hemos deseado mal por

haber condenado a vuestro hijo a un destino tan temible, pero sé que si podéis ayudarlo ahora, os volveréis a ganar el favor de la gente.

La reina palidecía.

—¿De verdad mi hijo vive? —preguntó.

—Vive Dios que sí —replicó Cador—. ¿Lo ayudaréis?

—Regresad aquí mañana —dijo Ysave—. Veré qué puedo hacer.

Aquella noche, el hechicero Eliavres fue a visitar a la reina, algo que seguía haciendo con una lealtad incuestionable. Sin ser visto por ninguno de los guardias, se coló en su cama y juntos disfrutaron de un gran placer. Pero la reina Ysave estaba intranquila, y no hallaría reposo hasta que se quitara aquel peso de encima.

—Aunque fui yo la que os pidió que encontrarais la forma de hacer sufrir a nuestro hijo —dijo ella—, ahora me arrepiento de lo que hicimos. Temo por mi alma inmortal si no resarcimos nuestros pecados. Amor mío, me he enterado de que Caradoc aún vive. ¿Hay algo que pueda hacerse para liberarlo?

—Si ese es vuestro verdadero deseo —respondió el hechicero con gesto sombrío—, os diré cómo.

Entonces Ysave rompió a llorar y le suplicó que se lo dijera, y Eliavres le confesó que había en efecto una forma de curar a Caradoc.

—Si aparece una doncella que se iguale a él en la pureza del corazón y el espíritu, tal vez pueda salvarlo. Si se llevan dos barriles, uno lleno de leche y otro de vinagre, y si se colocan a no más de tres pies de distancia el uno del otro, una noche de luna llena; y si la doncella se mete en el de leche y Caradoc en el de vinagre, y si la doncella posa su pecho derecho sobre el borde del barril y llama a la serpiente, abandonará el cuerpo marchito de Caradoc en busca de algo más apetitoso. Cuando pase entre ellos, si hay un hombre listo con una espada, podría cortar a la criatura en dos. Esa es la única forma que conozco de salvar a nuestro hijo.

Ysave lloró y le dio las gracias, y por la mañana hizo llamar a Cador y le contó todo lo que le había dicho Eliavres. Y así fue como

saltó una chispa de esperanza en el corazón de Cador, y pensó largamente en todo lo que se había dicho. Supo de inmediato que solo había un ser en todo el mundo que pudiera hacer lo que se precisaba, y esa era su hermana. Por tanto, partió para Cornualles, tomando el primer barco posible, y no tardó en reunirse con Guinier. ¡Imagina su alegría al saber que habían encontrado a Caradoc! Luego Cador le contó todo lo que la reina Ysave le había dicho, y Guinier declaró que no había nada en el mundo que pudiera impedir que fuera con él y le ofreciera su cuerpo a la serpiente.

Tomaron un barco y regresaron a Bretaña, donde se dirigieron hacia la pequeña capilla. Cuando Caradoc posó la mirada sobre su amada, trató de ocultarse, pues tal era la vergüenza que sentía por su aspecto, demacrado, con la piel arrugada y la barba y el pelo enmarañados y sucios. Pero Guinier lo rodeó delicadamente con los brazos y lo besó con tanta alegría que los que lo vieron no pudieron evitar que se les saltaran las lágrimas. Luego Cador le contó a su amigo cómo podrían curarlo.

Caradoc, con el rostro surcado por las lágrimas, respondió con una contundencia a la que hacía mucho que no recurría.

—No es posible. No soportaría que mi amor corriera tales riesgos.

—No podéis negaros —dijo Guinier con la misma firmeza—. Estoy dispuesta a arriesgarme, pues no deseo vivir sin vos.

En un primer momento, Caradoc se negó a dejarse persuadir, pero ni Cador ni la doncella estaban dispuestos a que se rechazaran sus intenciones. Hicieron traer dos bañeras, y que llenaran una con leche y la otra con vinagre, tal como les había dicho la reina. Luego, Caradoc se metió en la bañera llena de vinagre y se sumergió hasta el cuello, mientras que Guinier entró desnuda en la bañera de leche y apoyó su suave pecho blanco en el borde. Entonces llamó a la serpiente, recordándole la poca sustancia que le quedaba ya a Caradoc, ¡y la abundancia que encontraría en ella! Y la serpiente, que detestaba tanto el vinagre como ansiaba una comida más

apetitosa, saltó del brazo de Caradoc y trazó un arco entre las dos bañeras. Cador, que se había ocultado tras una cortina, dio un salto al frente y le cortó la cabeza de un solo tajo, pero al hacerlo también le seccionó el pezón izquierdo a Guinier, quien lo soportó en silencio y con decencia. Luego se abalanzó sobre la vil bestia y la cortó en numerosos trozos para asegurarse de que estuviera bien muerta.

Después se produjo un gran alborozo, y Guinier y Caradoc, ya fuera de las bañeras, se abrazaron, lloraron y consolaron mutuamente por sus heridas, y entre las lágrimas también hubo risas, y los dejaron al cuidado de los hermanos. Avisaron al ermitaño con quien Caradoc había pasado tanto tiempo y asumió el cuidado del joven, quien comenzó a recuperarse a una velocidad pasmosa. A Guinier también la trataron; le vendaron el pecho y le aplicaron ungüentos a la herida que le había causado la espada de su hermano. En un tiempo sorprendentemente corto, Caradoc recuperó sus fuerzas anteriores, aunque todavía tardaría en ser capaz de embarcarse en las mismas aventuras por las que antes había vivido. El brazo que había soportado a la serpiente durante tanto tiempo, mientras recuperaba su antigua fuerza, acabó siendo incluso más grande que su hermano, y por eso desde entonces se conoció a Caradoc con el epíteto de *Briebras*, es decir, «brazo fuerte».

Poco después, llegaron a oídos del rey Caradoc noticias sobre su recuperación, y se apresuró a dirigirse a la pequeña capilla y allí saludó a su hijo con una gran alegría. Caradoc también se alegró de ver al hombre al que aún llamaba padre, y se abrazaron y lloraron y sintieron una profunda felicidad por la recuperación del joven.

Más tarde regresaron a Nantes, donde Caradoc habló al fin con su madre. Aunque la historia no nos dice lo que ocurrió entre ellos, allí a la postre enterraron el hacha de guerra e hicieron las paces. Caradoc intercedió para que el rey liberara a su madre de su largo cautiverio, y se dice que con el tiempo el rey y la reina recordaron el gran amor que habían llegado a sentir el uno por el otro y se

reconciliaron, aunque no puedo confirmar su veracidad.

Y en cuanto al joven Caradoc, viajó de vuelta hacia la corte del rey Arturo, y allí le dieron una cálida bienvenida. Recibió muchos honores, y llegado el momento adecuado, con la bendición del rey Arturo y su hermano Cador, coronado ya como rey de Cornualles, se desposó con su querida Guinier. Después de eso vivió una vida larga y llena de aventuras, demasiadas como para enumerarlas aquí. Se dice que Guinier fue la más fiel de las esposas de cualquier hombre en aquella época, y que, con el tiempo, el viejo amigo de Caradoc, Allardin du Lac —quien también gozaba de un espléndido matrimonio—, hizo para ella un milagroso pezón de oro para sustituir aquel que le había cortado Cador, y que por eso se la conoció a lo largo y ancho del mundo como la del «Pecho de Oro». No sé decir si es cierto o no, pero sí hay algo que tengo claro: Caradoc y Guinier vivieron una vida larga y dichosa juntos, y cuando el viejo rey murió, Caradoc se convirtió en rey de Vannes, y reinó bien y felizmente durante muchos años después de eso.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DE CARADOC Y LA SERPIENTE.

INCIPIT EL RELATO DE ORLANDO Y LA HIJA DEL REY ARTURO.

14: LAS AVENTURAS DE MELORA Y ORLANDO

El relato que contaré aquí puede sorprender a muchos que no lo hayan oído hasta ahora. Es inusual que nos lleguen historias sobre los hijos del rey Arturo, quizá porque no todos fueron legítimos, o tal vez porque la sombra del siniestro Mordred haya enturbiado la poderosa saga del rey y sus caballeros. No sé si el maestro Thomas conocía este cuento, o qué hizo que lo omitiera. Puede que se debiera al hecho de que proviniera de una tierra remota y tratara asuntos que no le pareciera que guardaran relación con el relato del rey que fue y será. Con todo, creo que merece tanto incluirlo como hablar de cosas de naturaleza fantástica; por tanto, no me excuso por haberlo añadido a esta colección de relatos antiguos. Por encima de todo, este es un cuento de sueños, donde puede haber tanta

sabiduría como maravillas.

✣ ✠ ✣

SE HA ESCRITO mucho sobre los hijos del rey Arturo, pero pocos hablan de sus hijas. Tras muchas investigaciones, he descubierto que eran Emaré, Archfeed y otra, resultado de una noche de amor cuando Arturo visitó la casa de uno de sus barones y se sintió atraído por la belleza y la gentileza de la hija de aquel. Aunque he buscado mucho, no he sido capaz de descubrir el nombre de esta dama, ni tampoco del padre, pero el nombre de la criatura ha quedado registrado como Melora.

La historia nos cuenta cómo una noche esta muchacha, que vivía en esa época entre los muros de la áurea Camelot, tuvo un sueño sombrío y perturbador. Tuvo la impresión de que el sol se alzaba por el sur y un gran rayo de luz la golpeaba directamente en el pecho. Aquella luz le producía una gran sensación de gozo y felicidad, hasta que un jinete en una montura negra se interponía entre ella y el sol. Después de eso, aparecía un león y le depositaba una hoja de palma en la mano, y con ella le propinaba un golpe al jinete y este caía muerto. Luego el rayo de sol brillaba de nuevo y sentía como si la mitad superior de su cuerpo estuviera hecho de luz.

Cuando se despertó, Melora fue a buscar a Merlín, que aún visitaba la áurea Camelot en aquel tiempo, y le habló de su sueño. Merlín se quedó en silencio un rato, con la mirada vuelta hacia dentro, antes de decir:

—Se acerca el hijo de un rey desde el sur del mundo, y a vos os parecerá el sol, y os enamoraréis de él. Pero otros os causarán problemas, y las cosas os irán mal antes de que mejoren.

A pesar de que ella siguió interrogándolo, Merlín no dijo nada más, y con esas pocas palabras tuvo que conformarse Melora; pero a lo largo de los días que siguieron caviló mucho sobre el hijo del rey

que estaba por llegar.

En ese tiempo, el rey Gustavo gobernaba la región de Tesalia. Tenía un hijo orgulloso y vivaz llamado Orlando, famoso por su fuerza de armas y capacidad para la caza y otras actividades masculinas. Y ocurrió que la fama de la gran hermandad de caballeros del rey Arturo había llegado a oídos del joven, y al momento lo dominó un gran deseo de visitar Britania. Recibió el permiso de su padre y se preparó para partir de inmediato. Sin embargo, la noche antes de su viaje, él también tuvo un sueño.

Tenía la impresión de encontrarse en un viñedo donde crecían los árboles más altos y hermosos que había visto jamás, cargados de todos los tipos de fruta, incluidas manzanas. Orlando adoraba las manzanas, y en el sueño alargaba el brazo para arrancar la más grande y madura que crecía allí. Pero entonces aparecía una serpiente venenosa y se le enroscaba alrededor del cuerpo y lo inmovilizaba, y él se esforzaba por respirar, hasta que la manzana que había tratado de arrancar caía y golpeaba a la criatura con tanta fuerza que la mataba.

Cuando se despertó, le consultó al consejero más sabio de su padre el significado del sueño. Tras meditarlo unos instantes, el sabio dijo:

—Le entregaréis vuestro amor a una mujer hermosa y poderosísima que no es de esta tierra. Ella os lo devolverá, pero a esa felicidad le seguirá pronto un gran peligro que amenazará vuestra vida. Con todo, la mujer que amáis os salvará al final, y gozaréis de una gran felicidad.

Al oírlo, Orlando no pudo esperar a partir, pues en su corazón creía que la mujer de quien estaba destinado a enamorarse se encontraba en el reino de Arturo. Se marchó al día siguiente, y tras un viaje largo y tempestuoso, alcanzó las costas de Britania, donde lo recibió una compañía de nobles caballeros de la corte del rey. Cuando oyeron que era el hijo del rey Gustavo, lo saludaron en nombre de Arturo y lo guiaron hasta la áurea Camelot.

Cuando al fin se presentó ante el rey, Orlando se arrodilló en

homenaje a él. Arturo le dio una cálida bienvenida y le pidió que ocupara su lugar en la Mesa Redonda con los otros hijos de reyes que había allí. Todos se sorprendieron por la belleza y nobleza que demostró el príncipe, y sintieron que los superaba a todos en todas sus virtudes.

Melora también lo vio y se quedó prendada de su excelencia. En un instante, comenzó a enamorarse de él, y sintió su presencia como la calidez del sol, igual que en el sueño. Desde ese momento, fue incapaz de dormir o descansar, pues no podía pensar en nada ni en nadie más que en Orlando.

Por su parte, el príncipe sentía el mismo amor por la hija del rey, cuya belleza y delicadeza había visto el día de su llegada a la áurea Camelot. Pero no tenía el coraje de mencionárselo todavía, pues no tenía idea de cómo recibiría su petición de mano, ni tampoco los cortesanos que estaban destinados a ser sus amigos o enemigos.

No tardó en quedar patente que el príncipe superaba a prácticamente toda la corte. Era el mejor en las justas, cazando y con las armas. El rey Arturo lo tenía en tan alta consideración que enviaba carne y bebida de su propia mesa al joven. Pronto, Orlando y Melora declararon sus sentimientos por el otro, aunque se los ocultaron al rey y a sus cortesanos.

En esa época, había en la hermandad de la Mesa Redonda un caballero llamado sir Mador, hijo del rey de las Hespérides. Él también se enamoró perdidamente de Melora, aunque lo mantuvo en secreto por miedo al rechazo. No tardó en percatarse, por las miradas sutiles que se lanzaban los dos, que Orlando y Melora tenían una relación estrecha. Aquello inflamó tanto su ira que comenzó a esparcir mentiras sobre el príncipe con la esperanza de que Arturo lo expulsara de la corte. No hubo diferencia alguna; de hecho, la fama de Orlando parecía seguir creciendo a pesar de los esfuerzos de Mador por desacreditarlo.

Y así fue como el caballero pergeñó otra conspiración. Fue a ver a Merlín y le pidió ayuda, arguyendo que si lo asistía en una tarea secreta, podría consolidar el control sobre sus tierras, que recientemente estaban sumidas en el caos, pues surgían rebeliones contra él. Le contó a Merlín que amaba a la hija del rey Arturo, y que deseaba desposarse con ella y forjar así una gran alianza.

—Pero veo que el príncipe de Tesalia se ha ganado su amor, como el de tantas otras personas aquí. Y sin embargo siento que es una mala influencia para todos, y que podría estar usando magia contra nosotros. Si fuera posible volver al rey Arturo y a su hija contra él, tendría posibilidades de formar una alianza.

Ocurría entonces que el reino estaba muy amenazado por fuerzas externas, como nos cuenta el maestro Thomas, e incluso Arturo se sentía amenazado por la mismísima Roma. Tan persuasivo y moderado fue Mador que Merlín, pensando en aquellas cuestiones, empezó a reflexionar sobre cómo podrían poner a

prueba a Orlando.

✣ ✠ ✣

COMO YA HABRÁS oído otras veces en estos relatos, el rey Arturo tenía por costumbre no sentarse jamás a cenar hasta que se hubiera visto u oído algún hecho maravilloso. Por esa razón, todos los días, uno u otro miembro de la hermandad se adentraba en el Gran Bosque en busca de aventuras. Y nunca volvían con las manos vacías, pues una de las cualidades de aquel lugar era que cualquiera que entrara allí encontraba siempre lo que buscaba.

Un día le llegó el turno a Orlando. Se puso la armadura y se marchó hacia el bosque. Apenas había pisado las sombras de los árboles cuando vio dos brazos incorpóreos, sosteniendo sendas espadas, enzarzados en un duelo. Los golpes resonaban por el bosque como truenos.

Orlando observó la escena un rato, antes de murmurar:

—Me parece a mí que el rey Arturo estará lo bastante satisfecho como para empezar a comer cuando se entere de este hecho maravilloso. En cualquier caso, buscaré algo más, por si considerara que no es lo suficientemente valioso.

Así que continuó adelante, y al cabo de un rato oyó el sonido de voces cantando por encima de él. Al alzar la vista, distinguió un maravilloso barco, aparentemente hecho de cristal, que navegaba sobre las copas de los árboles. No veía a nadie a bordo, salvo varios cisnes que cantaban con dulzura desde la cubierta.

—Esto es sin duda algo espléndido —dijo Orlando—, pero buscaré otra cosa antes de regresar con el rey Arturo.

Siguió su camino y, poco después, vio a un joven guerrero caminando frente a él. Mas no era un hombre ordinario, pues cargaba con su cabeza decapitada delante de él, y la sangre le brotaba del cuello mientras peinaba el cabello de la cabeza con un peine de marfil.

—Estas son maravillas suficientes para un día —dijo Orlando, y puso rumbo a casa.

Sin embargo, apenas había avanzado unos pocos pasos cuando se cruzó con la figura más extraña que se había encontrado hasta entonces. Era una criatura con la forma de un hombre alto y poderoso, pero solo tenía una pierna, un brazo y un único ojo en el centro de la cabeza. Con el único brazo que tenía, sostenía un arpa con la que tocaba una música que calmaba y sanaba a todo el que la oyera.

Orlando cayó hechizado al momento por el embrujo de la música, y siguió a la extraña criatura hacia las profundidades del Gran Bosque. Cuando cayó la noche, llegaron a un hermoso castillo entre los árboles. Orlando entró y se encontró en un salón adornado con la mayor elegancia.

No volvió a ver al ser con un brazo, un ojo y una pierna, pero en el centro del salón habían dispuesto una mesa con un tablero de ajedrez y unas piezas intrincadamente talladas. Una mano y un brazo, que no parecían estar unidos a nadie, jugaban ambos bandos de la partida.

Orlando lo observó maravillado hasta que un bando venció al otro. Luego, el brazo apartó el tablero y las piezas y preparó la mesa para una comida. Colocaron una silla para Orlando y sirvieron apetitosas comidas y vino sobre la mesa. Mientras comía, sonó una música que volvió a arrullarlo hasta el estupor.

Cuando terminó de comer, vio cómo se acercaba a él una bruja encorvada y contrahecha, cuya piel era negra como los carbones de la forja de un herrero.

—Hijo del rey de Tesalia, no deberíais haber venido aquí —dijo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Orlando.

—Porque jamás os marcharéis. Estaréis por siempre sin compañía, sin la luz del sol o la luna.

—¿Cómo es posible? —demandó Orlando, palideciendo.

—Os habéis enamorado de la hija del rey Arturo —respondió la bruja—. Pero hay otro que también la ama, en secreto, y que ha

obtenido la ayuda de Merlín para obrar en vuestra contra. Merlín es el que adoptó la forma del arpista con una pierna, un brazo y un ojo que os ha traído hasta aquí. Su intención es encerraros aquí el resto de vuestra vida, y que yo sea vuestra guardiana. Además, me ha exigido que os arrebate la facultad de hablar para que no podáis gritar.

—¿Quién sois? —demandó Orlando, con un temor que no había conocido hasta entonces.

—Me llaman la Destructora —respondió la bruja—. Y ahora os arrebataré la facultad de hablar.

—¡Esperad! —gritó Orlando—. Antes de que lo hagáis, ¿hay alguna forma de escapar de este lugar?

—Ninguna —respondió la bruja, pero luego vaciló—. A menos que, de algún modo, seáis capaz de obtener tres tesoros que se ocultan muy lejos de aquí. El primero es la lanza con la que el centurión Longino atravesó el costado de Jesucristo, pues solo esa lanza puede derribar los muros que nos rodean. El segundo tesoro es una valiosa gema verde que está en posesión del rey de Narsinga, lejos hacia el este. Solo mediante la luz que contiene la piedra puede disiparse la oscuridad que pronto os engullirá. Y, por último, deberíais obtener aceite del cerdo de Túis que pertenece al rey de Asia, pues solo tocando una gota de ese aceite podríais recuperar la voz. Pero dado que no hay guerrero vivo en este momento que pueda conseguirlos, es evidente que jamás huiréis de aquí.

Acto seguido, colocó ambas manos a los lados del rostro de Orlando y le arrebató la facultad de hablar. Después de eso se marchó, las luces se apagaron y la música cesó, y el príncipe se quedó solo en mitad de la oscuridad y el silencio de aquel terrible lugar.

✣ ✣ ✣

MIENTRAS TANTO, en la corte del rey Arturo añoraban a Orlando.

Al no ser testigo de ninguna maravilla, el rey se quedó sin cenar aquella noche, y por la mañana envió hombres a buscar al príncipe perdido. Y aunque se toparan con muchas maravillas en el bosque, no oyeron ni una sola palabra sobre Orlando. Cuando Melora se enteró de lo ocurrido, la aquejó una gran pena. Pensaba a menudo en su sueño, y en el jinete del caballo negro que evitaba que los rayos del sol la iluminaran. En su corazón, sabía que el rayo de sol representaba a Orlando, y comenzó a barruntar que el jinete negro no era otro que sir Mador.

Y así fue como Melora empezó a hablarle con más simpatía a Mador, e incluso a hacerle creer que se preocupaba por él. Lo hacía con la esperanza de que tal vez se le escapara algo sobre el paradero de Orlando.

Un día, Mador llamó a la puerta de su alcoba. Ella le dio la bienvenida y le pidió que se sentara a su lado. Al cabo de un rato, le dijo:

—Venís aquí muy poco, señor. Debéis saber que no hay ninguna otra persona en la corte por quien sienta más aprecio.

—Si lo hubiera sabido antes —respondió sir Mador, sonriendo—, habría venido más a menudo.

—Si no me hubiera preocupado que el príncipe Orlando, a quien mi padre encargó que me vigilara, pudiera hablarle mal de mí al rey, os habría hecho llamar más a menudo.

—Podéis tener algo claro —dijo Mador—: Orlando no volverá a molestaros jamás, ni ninguna otra persona, de hecho.

—Si creyera que decís la verdad —contestó Melora—, haría lo posible porque estuviéramos juntos siempre que quisiéramos.

—Mi querida señora —dijo Mador—, si realmente sentís eso por mí, y si prometéis guardar el secreto, os diré lo que le ha ocurrido al príncipe Orlando.

—No hay necesidad de que jure guardar el secreto —contestó Melora con una sonrisa—. Me parece a mí que con haberos confesado mis sentimientos ya debería bastar. Sois la primera persona con la que los comparto.

—Eso es cierto —dijo Mador, sonriendo con deleite—. Oíd, pues, el destino que he decretado para mi rival.

Le contó a Melora todo lo que había sucedido y le describió la pavorosa prisión en la que Merlín lo había encerrado, y cómo solo podría liberarse obteniendo los tres tesoros.

—Y Merlín me ha dicho —añadió— que no hay hombre nacido de una mujer que pueda obtener esas reliquias.

Melora se quedó en silencio un rato después de oírlo, antes de sonreír a Mador y decir:

—Tengo un plan que nos permitirá estar siempre juntos. Es indudable que mi padre no dejará que me cortejéis a menos que esté convencido de que sois el mejor de sus caballeros. Y así es como podemos demostrárselo. Esta noche me marcharé de aquí y estaré escondida un tiempo. El rey no tardará en enviar caballeros a buscarme. Pero no encontrarán nada. Luego regresaré disfrazada y a cambio de la información que proporcionaré, pediré permiso para elegir a cualquier hombre de entre los caballeros de Arturo. Y será entonces cuando os elija a vos.

Aquello, por descontado, deleitó a Mador, quien aceptó el plan de Melora y prometió quedarse en la corte hasta que ella regresara.

Melora se preparó entonces para el viaje. En primer lugar, se deshizo de sus ricos ropajes y se vistió en cambio con la armadura y las armas de un caballero, cubierto todo con una sobreveste azul sencilla. Luego seleccionó al caballo más veloz y fuerte de los establos de su padre y emprendió la marcha.

Huelga decir que no tenía intención de ocultarse en el bosque para ayudar a sir Mador, sino que había decidido buscar los tres tesoros con los que conseguiría liberar a su querido Orlando. Se dirigió primero a las tierras orientales donde había oído que guardaban la lanza de Longino.

Viajó durante semanas hasta hallarse al fin en una tierra que estaba calcinada y desolada. Allí conoció a un joven guerrero que deambulaba por aquel yermo, y le preguntó qué había convertido aquel lugar en un páramo.

—Debéis de venir de muy lejos si desconocéis la causa de esto —respondió—. ¿De qué país sois?

—Vengo de la corte de Britania, lejos hacia el oeste —contestó Melora—. Me llaman el Caballero de la Sobreveste Azul, y viajo en busca de aventuras.

—Necesitamos a personas como vos —dijo el guerrero solitario —. Esta tierra se llama Babilonia, y hace muchos años que está sumida en una guerra contra el reino de África. El rey de aquella tierra ha destruido todo nuestro país y capturado al hijo de nuestro rey. Ahora asedia la última de nuestras ciudades que aún no ha caído. Si buscáis aventuras, habéis llegado al sitio adecuado.

Y así fue como Melora partió hacia la ciudad asediada y consiguió entrar. Allí la rodearon de inmediato y la llevaron ante el rey, quien, creyendo que Melora era una espía, exigió saber quién era y de dónde venía.

Melora compartió la misma historia que había compartido con el joven guerrero, y añadió que había acudido a ofrecerle su ayuda al atribulado rey.

—Me sorprende —dijo él—, teniendo en cuenta que nuestros enemigos son mucho más poderosos que nosotros y podrían ofreceros mayores recompensas. ¿Estáis seguro de que no habéis venido a traicionarnos?

—Corresponde al buen caballero ofrecer su ayuda y socorro a aquellos que son más débiles y cuyas necesidades son más grandes —respondió Melora—. Si dudáis de mi honestidad, enviadme solo contra vuestros enemigos. Así sabréis si soy vuestro aliado o no.

—Muy bien —dijo el rey, pensativo, y ordenó que le reservaran una habitación a Melora y le proporcionaran ropa limpia y la poca comida que podían permitirse.

Al día siguiente, fue a buscar al rey y le dijo:

—Permanecer aquí detrás de las murallas es la peor forma de vencer a vuestro enemigo. Cada día sois más débiles, mientras que él se hace más fuerte. En vez de eso, deberíais enviar todos los días batallones a atacarlo. De esa forma pensará que sois más poderoso

que nunca.

—Es una sabia idea —respondió el rey—. Habláis como un verdadero campeón. Tenía la intención de observar desde las murallas cómo os desenvolvíais hoy, pero en vez de eso partiré con mis mejores caballeros y os acompañaremos.

Entonces hizo llamar a sus capitanes y les ordenó que prepararan una escaramuza. Y así fue como Melora, disfrazada como el Caballero de la Sobreveste Azul, partió a la cabeza del ejército de Babilonia. El rey de África, cuando los vio acercarse, reunió a sus propias fuerzas, que superaban con creces en número a los guerreros de su adversario. Sin embargo, cuando comenzó la batalla fueron los babilonios los que poco a poco cambiaron las tornas, pues allí donde el enemigo era más numeroso aparecía el Caballero de la Sobreveste Azul, y tan grande era su habilidad con las armas, su fuerza y su velocidad, que derrotó a una vasta cantidad de enemigos.

Ocurrió entonces que el rey de Babilonia se vio rodeado y desmontado, así que parecía que no tardarían en matarlo o capturarlo, pero el Caballero de la Sobreveste Azul acudió en su ayuda y abrió un paso entre los enemigos a ambos lados hasta alcanzar al rey. Allí, volvió a subirlo a su montura y continuó combatiendo contra sus oponentes. Entre los caídos yacía el hijo del rey de África, a quien Melora había abatido de un solo espadazo. Cuando lo vieron, las fuerzas del rey de África se sumieron en la confusión y comenzaron a retirarse. Cuando cayó la noche, los guerreros de Babilonia se habían hecho triunfalmente con el campo de batalla gracias al coraje y la fuerza del Caballero de la Sobreveste Azul.

A la mañana siguiente, llegó un mensajero del rey de África para exigirle al rey de Babilonia que diera un paso al frente y se enfrentara a él en duelo o enviara a un campeón a luchar en su nombre. Si Babilonia salía victoriosa, África ofrecía la restitución de todas las afrentas que les había causado y liberaría al hijo del rey.

Melora se ofreció de inmediato a luchar en nombre de los

babilonios, pidiendo solo que, de salir victoriosa, tuviera la oportunidad de elegir todo aquello que solicitara honradamente, pues con acierto creía que así podría conseguir la lanza de Longino, que sabía que estaba en manos del rey. Este accedió, aunque a regañadientes debido a la joven edad de ella, y a la mañana siguiente el Caballero de la Sobreveste Azul partió a enfrentarse por su cuenta al rey de África.

Aún se habla en aquellas tierras del combate que se sucedió. El rey estaba fuera de sí y lleno de odio hacia su adversario a causa de la muerte de su hijo, pero a Melora, aunque de lejos la más débil, le daban fuerzas el amor que sentía por Orlando y la determinación de recuperarlo. Y por eso luchó como nunca antes, y al final se alzó victoriosa, tras infligirle al rey de África unas heridas terribles y llevarlo atado ante el rey de Babilonia.

Así fue como los africanos cayeron derrotados, gracias a la fuerza y el coraje de Melora, y tal como había prometido, el rey de África liberó al hijo del rey de Babilonia y compensó todos los daños que le había hecho al reino.

Más tarde, Melora se presentó ante el rey de Babilonia y le preguntó si podía recibir ya su recompensa.

—Pedid lo que queráis y, si está en mi mano, os lo concederé —respondió él.

Luego Melora le preguntó si podía hablar con él en privado, y cuando estuvieron solos, le contó su historia y quién era en realidad, además de por qué necesitaba la lanza.

El rey estaba perplejo.

—Mi querida niña —dijo él—, vuestra historia es tan lamentable como espléndida, igual que las hazañas que habéis llevado a cabo. Os debemos mucho por vuestra fuerza y honor. Y en cuanto a la lanza, sobra decir que podéis disponer de ella a voluntad. Mas los otros tesoros de los que habláis serán mucho más difíciles de conseguir. Por tanto, os propongo que mi hijo, Levander, quien debe su libertad a vuestros esfuerzos, os acompañe. Dispondréis también de mi barco más rápido y un guardia de honor de entre mis

mejores guerreros para que os asista.

Melora le dio las gracias que correspondían, pero le pidió al rey que guardara su secreto hasta que regresara o la declararan muerta. Luego se preparó para partir, y el hijo del rey, cuya gratitud no conocía límites, decidió llevar una sobreveste verde, para que solo se lo conociera a partir de entonces como el Caballero de la Sobreveste Verde, compañero del Caballero de la Sobreveste Azul.

A la mañana siguiente, zarparon con las primeras mareas y el viento llenaba las velas, así que no tardaron en llegar a las costas de Asia, donde casualmente el rey de aquella tierra había organizado una asamblea cerca del lugar donde atracaron.

Melora y Levander se presentaron ante el rey de Asia, quien exigió saber quiénes eran y a qué habían venido. Pero cuando oyó que eran caballeros del rey Arturo (pues así habían decidido llamarse), perdió los estribos y ordenó que los encerraran.

—No hay rey en el mundo al que odie más que a Arturo —bramó—. Desconfío de él por la arrogancia de declararse el mayor rey vivo. Estoy convencido de que venís aquí como espías y que más tarde nos invadirá.

A pesar de sus protestas, Melora y Levander fueron apresados y arrojados de malas maneras a una oscura celda. Y allí seguirían de no ser porque el capitán de la guardia que estaba de servicio aquella noche era también britano. Su padre había llevado a cabo una gran hazaña en la batalla entre el rey de Asia y el emperador de Roma y lo habían ascendido a un alto cargo, y su hijo, que se llamaba Urano, se había ganado de igual forma la confianza del rey.

Cuando la ciudad ya dormía, se dirigió solo a la celda donde habían lanzado a los dos caballeros y habló con ellos, preguntándoles los nombres y sus historias. Melora le aseguró que ambos eran de sangre real y que estaban estrechamente relacionados con el rey Arturo, quien sin duda se vengaría de aquel maltrato.

—Solo por la sangre que nos une, haré lo posible por ayudaros a conservar la vida —dijo Urano—. Pero dado que no estáis aquí

como espías del rey Arturo, ¿cuál es vuestro propósito real para haber venido hasta aquí?

Tras hacerle prometer que guardaría el secreto, Melora le confesó que buscaban el aceite del cerdo de Túis.

—Me habláis de algo imposible —respondió Urano, consternado —. El rey lleva el aceite siempre encima.

—Con todo, debemos intentarlo —contestó Melora.

Urano se sumió en sus pensamientos.

—Tal vez haya una forma de conseguirlo —dijo al fin—. Mañana el rey saldrá a cazar y, cuando regrese, estoy seguro de que ordenará que os ejecuten. Pero esta noche os traeré ropas de estilo asiático y os ayudaré a escapar. Por la mañana, debéis hallar la forma de acompañar al rey a cazar. Luego, cuando descanse, acudid a él. Fingid que uno de vosotros es mudo, y que el otro le pida una gota del aceite. Os la dará libremente, creyendo que sois de su pueblo. Esa será la única oportunidad de haceros con lo que buscáis.

Y eso fue lo que acordaron. Urano los liberó de sus grilletes y los guio a través de pasajes secretos que salían de la prisión y hacia una zona remota de la ciudad. Allí les entregó ropas adecuadas y los animó a descansar todo lo que pudieran.

Por la mañana pudieron unirse a la gran partida de caza que acompañaba al rey. Se pasaron el día con el monarca a la vista, siguiendo todos sus pasos. Ocurrió entonces que el resto de la partida se adelantó por alguna razón, y el rey se quedó solo. No tardó en decidir tomarse un descanso a la sombra de los árboles y, en ese momento, Melora y Levander se acercaron a él y le hicieron una afectada reverencia. Melora fingió ser muda y Levander le habló al rey, declarando que su compañero era el hijo de uno de sus condes y que se había quedado mudo.

—Hemos oído que poseéis un remedio milagroso que devuelve la voz a aquellos privados de ella.

El rey los interrogó a conciencia, pero Urano los había preparado de antemano y Levander pudo responder a todas las

preguntas correctamente. Luego el rey extrajo el vial que contenía el aceite mágico e hizo ademán de acercarlo a los labios de la muchacha. En ese instante, Levander se lo arrebató. Acto seguido, tiraron al rey al suelo y lo ataron y amordazaron deprisa para que no pudiera moverse ni hablar. Se dirigieron entonces al lugar en que los esperaba Urano, y los tres regresaron sin perder un instante al barco. Y así fue como huyeron con el segundo de los tres tesoros que Merlín había declarado que ningún hombre nacido de una mujer podía conseguir.

✣ ✣ ✣

TRAS VARIOS DÍAS de travesía, alcanzaron las costas del reino de Narsinga. Allí Levander, que estaba bien versado en la naturaleza del reino, anunció que debían dejar sus armas y armadura en el barco y tomar en su lugar instrumentos musicales y vestirse como trovadores. Y eso hicieron, y cuando llegaron a la corte del rey de Narsinga los recibieron con los brazos abiertos. Cuando oyeron que eran trovadores de la corte del rey Arturo, el rey se mostró del todo deleitado, e incluso declaró su intención de enviar un cargamento de perlas con ellos como gesto de hermandad con el rey de Britania. Cuando los oyó tocar, el rey estuvo tan satisfecho con aquellos sonidos inusuales que producían y con la belleza de su canto que envió a Levander a tocar para su hija, mientras que Melora fue convocado a los aposentos del rey a tocar para él por la noche.

Allí descubrió que el rey siempre llevaba la gema sagrada con él durante el día. Solo por la noche la dejaba sobre una mesa, y desde allí iluminaba la habitación entera. El rey no permitía que nadie la tocara.

Todas las noches posteriores el rey solicitó a los dos músicos de Britania que tocaran para él y su hija. Luego, un día, comenzó a preguntarles por las costumbres de su tierra, y sobre todo por la música que le gustaba escuchar al rey Arturo. Melora describió la

riqueza y el poderío de la áurea Camelot y la fuerza de los caballeros de la Mesa Redonda. El rey respondió preguntando qué señales musicales, toques de trompeta o indicaciones similares usaba el rey Arturo para dirigir a sus guerreros en la batalla.

Melora respondió que disponía de muchas opciones, y que si el rey deseaba saber más, no tenía más que acompañarlos a su barco, donde podrían mostrarle los instrumentos de guerra y enseñarle sus usos. El rey estaba tan fascinado que accedió a acompañarlos, y al día siguiente, junto con su hija, fueron con Melora y Levander al puerto. Allí se embarcaron en su navío, y mientras Levander bajaba con la princesa, Melora comenzó a demostrar las muchas formas en que podía usarse la música para llamar a los guerreros a la batalla y dirigirlos en la refriega.

Tan fascinado estaba el rey que ni siquiera se percató del momento en que Urano levó anclas y arrió las velas. No cayó en la cuenta de lo que había ocurrido hasta que estuvieron ya lejos de la costa y una ola especialmente grande golpeó un lado del barco.

El rey estaba furioso, y exigió que lo devolvieran a tierra de inmediato. Pero Melora se negó y le pidió que se sentara, y le contó toda la historia.

—Necesitamos la gema que lleváis siempre colgada del cuello para liberar al príncipe Orlando de la oscuridad en la que lo han encerrado. Pero prometo por el sol, la luna y las estrellas que os será devuelta en cuanto la hayamos usado.

Añadió entonces que deseaba llevar al rey a Britania, para que se reuniera con Arturo y pudiera surgir una amistad entre los reinos.

—Si eso es cierto, me alegro de estar con vos —respondió el rey de Narsinga. Luego se llevó la mano bajo la camisa y extrajo la mística piedra, antes de depositarla en las manos de Melora—. Usadla bien —dijo—. Hace muchos años que no la toca ningún otro hombre, ni ninguna otra mujer.

✣ ✣ ✣

EL TRAYECTO HACIA Britania se desarrolló sin incidentes. Antes de atracar, Melora les dijo al rey y a la princesa:

—Os pido que me permitáis hablar primero en vuestro nombre mientras estéis en mi país, pues conozco mejor que vosotros las costumbres de la corte de Arturo.

Los dos aceptaron, y Melora añadió:

—Hasta que liberemos a Orlando, es mejor no revelar nuestras verdaderas identidades. Por eso continuaré disfrazada como el Caballero de la Sobreveste Azul, y os pido que vosotros también os vistáis de caballeros y finjáis ser guerreros de vuestras tierras. Ni siquiera vos, Urano, deberíais revelar que sois de origen britano. —Luego, dirigiéndose al rey de Narsinga, dijo—: Os pido que vistáis a vuestra hija con los mejores ropajes posibles. Luego procederemos.

Cuando hubieron acabado, la compañía se puso en marcha hacia la áurea Camelot.

Habían ocurrido muchas cosas en la corte durante la ausencia de Melora. Tras descubrir que no solo su hija había desaparecido, sino también el príncipe de Tesalia, el rey Arturo había enviado partidas de búsqueda a lo largo y ancho del reino para encontrar a la pareja, creyendo en efecto que habían huido juntos. Honda fue su tristeza cuando no consiguieron ni una sola indicación sobre su paradero. Envió incluso mensajes al rey de Tesalia, preguntando por su hijo, así que aquel monarca también estaba abatido por la pérdida del príncipe, como el rey Arturo por la de su hija.

Cuando Melora y su grupo llegaron, los recibió uno de los mejores caballeros del rey Arturo, sir Brandamor, quien les dio la bienvenida y los llevó ante el rey. Allí Melora fue la primera en hablar, y aunque le entristeciera ocultarle su verdadera identidad a su padre, mantuvo el disfraz como Caballero de la Sobreveste Azul y anunció a sus compañeros como caballeros de las tierras de Babilonia, India y Asia, y a la princesa como a una mujer noble que viajaba bajo su protección, declarando que todos habían ido hasta allí para visitar la corte del rey más espléndido del mundo, y a

completar la aventura en la que se habían embarcado.

Arturo les dio la bienvenida y les pidió que se sentaran con él.

—No os diré que no me alegre de veros a todos aquí, pero me gustaría preguntaros si tenéis alguna noticia del príncipe Orlando de Tesalia o de mi única hija, Melora, quien desapareció de esta corte y no se la ha vuelto a ver desde entonces. He anunciado que cualquiera que tenga alguna pista sobre ellos recibirá como recompensa todo aquello que pida y que esté en mi mano concederle.

Al rey se le saltaron las lágrimas mientras hablaba, y Melora se obligó a apartar la mirada por miedo a venirse abajo y confesarle quién era realmente.

—Noble rey —dijo ella al fin—. La aventura en la que no hemos embarcado mis compañeros y yo bien podría traeros las respuestas que buscáis. Pero primero os debo pedir que enviéis guerreros de vuestra corte a que nos acompañen a un lugar concreto que os develaré pronto. Así podremos ayudarnos mutuamente.

Al oírlo, el rostro del rey Arturo recuperó la luz, y ordenó a sus caballeros que se prepararan y siguieran al Caballero de la Sobreveste Azul allá donde los guiara.

Una gran compañía partió de la áurea Camelot y se dirigió a las lindes del Bosque de las Maravillas. Melora los guio hasta una gran roca que sobresalía de la tierra entre los árboles, y allí tomó la lanza de Longino y con ella golpeó la roca tres veces. Con el tercer impacto, la roca se partió en dos con un gran rugido, y del interior emergió una terrible bruja conocida como la Destructora. Todos retrocedieron aterrados, salvo Melora, pues en cuanto la bruja respiró el aire fresco se convirtió en una bola de fuego y salió despedida hacia el firmamento. Detrás de ella se abrió un profundo agujero negro en la tierra. Melora extrajo la piedra del rey de la India y la sostuvo en alto. Al instante, una brillante luz se encendió en su interior y la oscuridad huyó en todas direcciones.

Quedó al descubierto una escena desoladora. Orlando, príncipe de Tesalia, yacía dentro. Estaba moribundo, todo piel y huesos, y el

denso pelo le había crecido hasta cubrirle el cuerpo maltrecho.

Melora lo tomó en brazos, lo levantó y lo llevó bajo la luz del sol, donde el rey Arturo y la compañía entera se quedaron boquiabiertos y desconcertados al verlo. Acto seguido, Melora echó mano del vial que contenía el aceite del cerdo de Túis y dijo:

—Hijo del rey de Tesalia, bebed este remedio para que podamos recuperaros.

Con una mano temblorosa, el príncipe tomó el vial y le dio tres tragos. Con el primero recuperó el habla, con el segundo empezó a fortalecerse, y con el tercero la gruesa mata de pelo le cayó del cuerpo y sintió restaurados su vigor y su fortaleza.

El rey Arturo y la compañía no creían lo que veían sus ojos, y preguntaron cómo había llegado el príncipe a esa situación. Orlando les contó lo ocurrido, cómo Mador había recibido ayuda de Merlín y cómo lo había encerrado en aquel horrible lugar sin luz ni facultad del habla, y del que solo tres tesoros podían liberarlo.

—Sin embargo, me dijeron que ningún hijo de Adán podía recuperar esas joyas, y me resulta del todo inconcebible que alguien haya podido llevar a cabo esa hazaña.

—Parece que este caballero y sus compañeros han obrado un milagro en vuestro nombre —dijo el rey Arturo, señalando a Melora y sus camaradas—. ¿Los conocéis?

—Creo que es la primera vez que los veo —respondió Orlando.

—Pues estamos sin duda ante un misterio —dijo el rey.

En eso, Melora se arrodilló ante él y gritó a viva voz:

—Gran y noble rey, ¡ya no puedo esconderme más de vos! —Acto seguido, se quitó el yelmo y dejó que su larga caballera le cayera sin impedimentos—. Querido padre —dijo—, aquí tenéis a vuestra hija.

El rey Arturo no cabía en sí de gozo y la tomó en sus brazos, mientras los presentes gritaban maravillados y fascinados y Orlando los observaba con un deleite aún mayor.

—¿Cómo es esto posible? —preguntó el rey al fin.

En ese momento, Melora contó la historia completa de sus

aventuras y reveló la verdadera identidad de sus acompañantes. El rey Arturo les dio las gracias a todos y les dio la bienvenida al rey de Narsinga y a su hija y al hijo del rey de Babilonia. Luego le agradeció a Urano sus actos y le dio una doble bienvenida a su propia tierra. Pero si Arturo estaba perplejo, la fascinación de los compañeros de Melora era aún mayor, pues ahora sabían que era una muchacha quien había logrado las grandes hazañas que había acometido en su viaje y comprendían que no había sido un hijo de Adán sino una hija de Eva quien había logrado aquella aventura.

Luego el rey Arturo ordenó que llevaran ante él a sir Mador, y este, cuando vio a Melora y a Orlando, se arrodilló y suplicó por su vida, arguyendo que todo lo que había sucedido era culpa de Merlín.

(He oído decir que algunas de las personas que conocen este relato piensan que Merlín actuó con imprudencia, y que parecía desconocer la verdad, pero yo creo que, tal como nos insinúa la historia, vio lo que estaba por venir y permitió lo que sucedió sabiendo que el desenlace sería positivo).

En cualquier caso, Arturo hizo llamar a su viejo amigo y consejero y le exigió conocer la verdad. Merlín miró a Melora y Orlando y sonrió.

—¿Acaso había otra alternativa? Siento que hayáis tenido que sufrir, príncipe Orlando, pero la hija del rey ha demostrado su valía y reforzado el reino de Britania. Y en cuanto a este hombre —añadió, volviéndose hacia el lugar en que tiritaba Mador—, haced lo que os plazca con él.

Arturo ordenó entonces que llevaran a Mador a un lugar de ejecuciones, pero Melora alzó la voz:

—Señor, puesto que nos habéis dado vuestra palabra de que quienquiera que os aportara noticias sobre vuestra hija y el príncipe de Tesalia recibiría aquello que deseara, permitidme pediros ahora que, como recompensa, le conmutéis la sentencia por el exilio. Pues el hijo del rey de las Hespérides actuó por un amor equivocado hacia mí. Por tanto, expulsadlo pero perdonadle la vida, y que se

sepa que el rey de Britania mostró sabiduría y compasión.

—Muy bien —respondió Arturo—. Puesto que me lo pedís, así se hará.

—Y me gustaría pediros una segunda cosa, si no os importuna —dijo Melora.

El rey Arturo sonrió con indulgencia y le preguntó qué necesitaba.

—Que el hijo del rey de Tesalia y la hija del rey de Britania puedan desposarse.

—También os concederé ese deseo —contestó el rey Arturo con una gran alegría.

Y así se hizo, y cuando Melora y Orlando se hubieron desposado, siguieron sus pasos Levander y la princesa de Narsinga, quienes habían hallado el tiempo y la predisposición a enamorarse durante sus aventuras.

Y así fue como la historia de Orlando y Melora terminó con un final feliz. Y, tal como había prometido, la hija del rey Arturo informó a los reyes a quienes pertenecían las reliquias sagradas de que se las enviaría de vuelta. Todos ellos, sin excepción, se negaron a aceptarlas, pues tal era su admiración por Melora y el rey Arturo. Y entonces aquellos poderosos tesoros cayeron en manos de los hombres sabios de Britania, que debían custodiarlos, y allí permanecieron, y los reyes y príncipes de Asia, Babilonia y Narsinga regresaron a su hogar, cargados con muchos presentes del rey Arturo, y acompañados por algunos de los caballeros de la Mesa Redonda, quienes se quedaron en sus tierras aprendiendo el idioma y buscando nuevas aventuras. Y de la lanza de Longino volveremos a hablar en el Libro del Grial, pero, de momento, terminaré aquí este relato sobre la hija del rey Arturo.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DE LA HIJA DEL REY ARTURO.

INCIPIT LA HISTORIA DE LA DAMA DE LA CORVA GRIS.

15: LA VISITA DE LA DAMA DE LA CORVA GRIS

Muchas de las historias que se cuentan sobre el rey Arturo y la hermandad de la Mesa Redonda pueden parecernos algo casi onírico en estos tiempos; sobre todo aquellas relacionadas con el frágil acuerdo entre el reino de Arturo y la estirpe de las hadas[14]. He oído muchas, pero ninguna tan extraña como la que te contaré a continuación. Hay mucho en ella que me parece imposible, a pesar de las magias que existían por doquier en aquel tiempo. Sin embargo, la incluyo ahora aquí porque creo que nos habla de muchas cuestiones que deberíamos recordar en el futuro. Y en cuanto a la persona que escribió este cuento, la rodea el mismo misterio que a la historia, como claramente demuestran sus últimas palabras.

✣ ✠ ✣

ÉRASE UNA VEZ un noble rey que gobernaba las tierras de Gascuña. Durante un largo tiempo, pareció que nunca tendría hijos, así que, como era costumbre en aquella época, ordenó celebrar un gran banquete al que invitó a todos los nobles del país. El propósito de aquel ágape era que todos los presentes ofrecieran sus plegarias para que la reina pudiera engendrar un hijo. Y así fue, pues poco más de nueve meses más tarde la reina dio a luz a un niño grande y sano.

El chiquillo creció deprisa, y todo el mundo lo consideraba el muchacho más apuesto y maravilloso. Señores de los cuatro rincones de la Tierra pedían hospedarlo, pero el rey se negó, y les pidió en cambio a los nobles que enviaran a sus hijos para que crecieran con él. Y así el hijo del rey, a quien todos llamaban el Muchacho Gascón de las Grandes Hazañas, creció rodeado por otros vástagos nobles, y aprendió las lenguas de todos sus países y llevó a cabo hechos de armas que pocos podían igualar en esa época.

Finalmente, los jóvenes que habían estudiado las habilidades del guerrero con él formaron un grupo, que se conoció a lo largo y ancho del mundo como la Compañía del Muchacho Gascón.

Tal era la fuerza y la naturaleza heroica del hijo del rey y sus compañeros que pronto todo el mundo comenzó a preguntar dónde podría hallar una esposa adecuada. La atención recayó sobre la hija del rey Buille Bradanaighe, el rey de la Poza del Salmón. El Muchacho Gascón decidió ir a verla, y se llevó con él a cien de sus mejores compañeros. Tanto impresionaron al rey de la Poza del Salmón el Muchacho Gascón y su compañía que aquel le ofreció la mano de su hija, y el joven se alegró, pues se había enamorado de ella a primera vista.

La dote que acompañaba a la hija del rey era doble: un cuerno espléndido y de una bellísima manufactura, que siempre que se tocaba hacía que todas las bestias salvajes de la zona acudieran a

quien lo portara, y varios sabuesos a los que se no les escapaba presa alguna.

Cuando el Muchacho Gascón y su recién desposada regresaron a casa, prepararon un festín para recibirlos. Corrió mucho alcohol, y cuando todos estuvieron agradablemente ebrios, un noble visitante se puso en pie y se dirigió al salón:

—No había visto en todo el mundo una corte más hermosa o espléndida que esta —exclamó.

En eso, otro hombre se levantó de un salto y declaró que él sí había visto una corte más espléndida y maravillosa que aquella: la del rey Arturo de Britania, hijo de Uther Pendragon.

Continuó:

—Aquella es ciertamente la corte más magnífica de la Tierra, donde es posible hallar sabiduría y grandes hechos de armas. Cualquiera que se entrene allí, puede viajar por todo el mundo y será bien recibido, pues en verdad nada puede compararse con el rey y su corte. ¡Os digo que no hay día en que el rey Arturo no se siente a la mesa con menos de ciento cincuenta caballeros y varios reyes!

Al oír eso, el Muchacho Gascón se puso en pie y anunció a viva voz que partiría de inmediato hacia las tierras del rey Arturo.

—No usaré mi verdadero nombre —declaró—, pues no deseo que se me honre por mi linaje. En vez de eso, me haré llamar el «Caballero Cazador», y demostraré que merezco un lugar en esa corte.

Y así fue. Prepararon un barco y el Muchacho Gascón y su reciente esposa, quien había decidido acompañarlo, junto con varios de sus compañeros favoritos —y, por supuesto, la temible manada de sabuesos—, partieron hacia las costas de Britania. Cuando arribaron, se dirigieron hacia la corte del rey Arturo, donde descubrieron que se estaba celebrando una asamblea. El rey les dio la bienvenida y les habló con palabras amables, preguntándoles si traían alguna nueva.

El Muchacho Gascón respondió:

—Soy un caballero que acude a vos para aprender hechos de armas y ser testigo con mis propios ojos de esta corte, pues según dicen es la mejor del mundo. Me llaman el Caballero Cazador, pues todas las criaturas caían presas de mis perros y del sonido de mi cuerno. Si me alojo aquí un año, durante ese tiempo prometo poner carne de caza sobre la mesa de todos los habitantes de la corte.

—¡Menudo alarde! —exclamó el rey Arturo—. ¡Os deseo que tengáis éxito!

Luego ordenó que se prepararan habitaciones para el Caballero Cazador y su esposa, y declaró que por la mañana la corte entera saldría de caza.

Y así se hizo. Tuvieron un gran día de montería, donde el Caballero Cazador demostró ante todos su pericia y sus habilidades, así como las habilidades sin parangón de sus sabuesos. Tal era el entusiasmo que sentía por la caza, que cuando comenzó a caer la noche y el rey Arturo y sus seguidores emprendieron el camino de vuelta a casa, el Caballero Cazador optó por quedarse atrás en el bosque. Apenas había perdido de vista a la corte y su gran tintineo de jaeces y retumbar de los cascos, cuando el Caballero Cazador divisó al más hermoso de los venados, que parecía refulgir con una luz preternatural.

Palideció al ver al animal.

—¿Qué debería hacer? —se preguntó—. Si dejo libres a los perros, sin duda matarán al venado, y eso no podría soportarlo, pues es tan bello que no debería morir. Sin embargo, ansío mostrárselo a los demás en la corte, y seguro que no me creen si me limito a describírselo.

Aunque con el corazón dividido, al final decidió soltar a los sabuesos para que persiguieran al venado a través del bosque, y eso hicieron, hasta que llegaron a un montículo concreto. Allí, el ciervo se desvaneció, y al caballero se le arrugó el corazón, pues era la primera vez que se le escapaba una presa, y estaba impaciente por compartir el misterio con los demás.

A la mañana siguiente, el rey Arturo y la corte regresaron con el

Caballero Cazador al montículo donde había perdido de vista al espléndido venado. Y entonces comenzó otro día de montería, con muchas bestias abatidas por las lanzas o las flechas, pero ni rastro del extraño ciervo. Al final del día, el Caballero Cazador decidió rezagarse de nuevo en el bosque, y allí, tal como esperaba, apareció otra vez el magnífico venado, y el caballero volvió a soltar a los sabuesos. Sin embargo, igual que el día anterior, no tardaron en perderle el rastro y regresaron a él con los rabos entre las piernas.

Esa noche, el Caballero Cazador juró recorrer todos los rincones del país hasta dar con el venado y capturarlo. Al día siguiente, regresó al bosque y vio casi de inmediato al ciervo aparecer ante él. Azuzó a los perros y los siguió a todo correr a través de la floresta hasta que se encontró a las puertas de un bellísimo jardín oculto entre los árboles. Allí lo esperaban los perros, gimiendo escandalosamente.

El Caballero Cazador se acercó con cautela y vio que en mitad del jardín se alzaba una mansión espléndida, cuyas ventanas azul brillante destellaban bajo el sol. Allí vio a una encantadora muchacha de cabello rubio, ataviada con un vestido de seda verde y una capa bermellón. Le dio una cálida bienvenida al cazador y le dijo:

—Debo deciros que yo soy el venado al que habéis intentado dar caza estos tres últimos días. Admiraba tanto vuestras habilidades para la caza, cómo dirigíais a las tropas por el bosque y la técnica y el valor con que cabalgabais y arrojabais vuestras lanzas, que decidí adoptar la forma del ciervo para disfrutar más del juego al que hemos jugado. Ahora os digo que sois bienvenido a mi hogar, y que mientras estéis aquí conmigo no os faltará de nada.

El joven, muy conmovido, se quedó allí el resto del día, pasando el tiempo en conversaciones con la muchacha, y despidiéndose tristemente de ella aquella noche para regresar a casa, a sus aposentos, donde su esposa lo esperaba. Pero al día siguiente y al otro volvió allí, y permaneció el día entero en la casa entre los árboles, para solo regresar a su alcoba en la corte del rey Arturo por

la noche.

ILUSTRACIÓN 5: *«Apenas había perdido de vista a la corte […] cuando el Caballero Cazador divisó al más hermoso de los venados, que parecía refulgir con una luz sobrenatural».*

Y así pasó una semana, durante la cual el Caballero Cazador se marchaba por la mañana como de montería y regresaba de noche sin haber atrapado nada, y con el gesto pálido y apesadumbrado. Llegó a los oídos de su esposa que había estado visitando a otra mujer, y cuando el caballero partió aquella mañana, lo siguió hasta la casa de los árboles. Allí se encontró con la mujer venado.

—Sois más que bienvenida —dijo ella—. ¿Venís a preguntar por vuestro esposo?

—Dudo que deba preguntaros tal cosa, pues es imposible que lo conozcáis.

—Pues lo conozco muy bien —respondió la mujer ciervo—. Pero os doy mi palabra de que vuestro esposo no os ha traicionado conmigo de ningún modo. No pertenezco a ningún hombre de este

mundo, y ningún hombre me poseerá.

En eso, sonrió con tanta calidez a la esposa del Caballero Cazador que a esta se le enterneció el corazón al instante y las dos se hicieron amigas.

Más tarde, cuando llegó el momento de que el Caballero Cazador y su esposa regresaran a la áurea Camelot, la mujer ciervo les preguntó si podía acompañarlos.

—Será un placer —contestó el caballero, y partieron hacia la corte.

Cuando llegaron, el Caballero Cazador le contó al rey todo lo que había ocurrido, y el monarca le dio la bienvenida a la mujer ciervo y la invitó a sentarse a su derecha. Luego, como era costumbre, le preguntó qué noticias traía.

—No traigo noticia alguna —dijo ella—, sino que vengo a contemplar la corte más magnífica del mundo, a conocer a vuestras mujeres y a ser testigo de las hazañas de vuestros guerreros.

La mujer ciervo se acomodó entonces y estuvo en la corte real durante todo un año. En ese tiempo, se convirtió en una de las favoritas de los nobles guerreros, quienes no solo percibían su belleza, sino también la magia y sabiduría de la muchacha. Ella, a cambio, les entregaba muchos y muy espléndidos regalos de oro, y al Caballero Cazador le hizo un regalo aún mejor: una camisa que lo protegería contra todo tipo de males, para que ni las armas ni el fuego ni el agua ni ninguno de los elementos pudieran dañarlo mientras la llevara puesta.

Mientras tanto, la esposa del caballero y la mujer ciervo pasaban mucho tiempo juntas, y al cabo de las semanas, y a pesar de su amistad, la esposa del caballero sentía celos de ella, y no pocos. Un día, mientras charlaban, la mujer ciervo le dijo que no había ninguna otra persona en el mundo a quien le confiaría su mayor secreto.

—¿Y qué secreto es ese? —preguntó la esposa del caballero.

—Tengo un apodo, la de la «Corva Gris», y esta es la razón: me brota una mata de pelo gris del hueco que tengo detrás de la rodilla

derecha. No ha habido filo de ningún arma que haya podido cortar ni siquiera un pelo de la mata, y si alguien la ve, sin duda no querrá volver a disfrutar de mi compañía.

—Es algo terrible —respondió la esposa del caballero con lágrimas en los ojos.

—No hablemos más del tema —dijo la mujer ciervo—. Y jamás se lo mencionéis a nadie de la corte, pues de llegar a saberse, me obligarían a marcharme de inmediato y a no regresar jamás.

La esposa del caballero le prometió que guardaría su secreto, pero esa misma tarde, cuando visitaba a las otras mujeres de la corte, una le dijo:

—Qué raro que nos visitéis. Desde que llegasteis hace un año apenas os hemos visto.

La hija del rey Arturo añadió:

—La mujer con la que compartís casa no nos ha traído alegría alguna. Desde que llegó, nuestros hombres solo hablan de ella y la miran sin parar como becerros enamorados.

La esposa del caballero sonrió al oírlo, y respondió:

—¿Y qué diríais si pudiera poner fin a esa situación?

—Os daríamos todo lo que tenemos —dijeron las mujeres.

—Pues escuchadme: conozco su secreto.

Y entonces la esposa del caballero les contó lo que la mujer ciervo le había confiado. Y una de ellas, la esposa de sir Gawain, exclamó:

—Llamémosla con ese vil apodo ante toda la corte. Seguro que así se marcha para siempre.

Eso fue lo que acordaron las mujeres, y aquella noche la esposa de sir Gawain se puso en pie en mitad de la corte y pidió que le prestaran atención. Cuando todo el mundo se quedó en silencio, dijo:

—Hace un año que llegó aquí una mujer, y durante ese tiempo nuestros maridos han dejado de hacernos caso. Creo que eso no es nada bueno para la hermandad de la Mesa Redonda, ni para esta corte. Pero considero que si todos conocierais su secreto, le

prestaríais menos atención, pues he oído que tiene una mata de denso pelo gris en el hueco de la rodilla, y que por eso se la conoce a lo largo y ancho del mundo como la de la «Corva Gris».

Las otras mujeres asintieron, y una añadió:

—Vil es la visita de la de la Corva Gris a esta corte.

En eso, la mujer ciervo se ruborizó de pies a cabeza y se inclinó deprisa por delante del rey y le dio un bofetón a la esposa de sir Gawain. Luego, miró al rey con una gran calma y una gran ira, y le dijo:

—Rey Arturo: esta corte me ha avergonzado como ninguna otra, y responderé ante esa vergüenza. De haber sido vuestros hombres quienes me hubieran hecho esto, les habría arrebatado a sus mujeres; pero dado que han sido las mujeres de la corte las que me han hecho daño, serán ellas quienes reciban el castigo. Pero primero quiero mostraros la mácula que se ha dicho que poseo.

Se levantó las faldas por encima de la rodilla para que los presentes pudieran ver que tenía unas piernas hermosas y rectas, y que no había ni rastro de ninguna mácula. Luego la mujer ciervo añadió:

—Ahora pido que todas las mujeres den un paso al frente y que cada una de ellas deje al descubierto sus piernas ante la corte.

Y, puesto que en su corazón el rey Arturo sabía que tenía todo el derecho del mundo a sentir aquella furia, ordenó que se cumpliera su deseo, y poco después todas las mujeres, jóvenes y viejas, se vieron obligadas a desfilar delante de la congregación y levantarse las faldas por encima de la rodilla. Fue entonces cuando vieron que todas y cada una de las mujeres poseían una densa mata de pelo gris detrás de una de las rodillas, y la mayoría se echaron a llorar por la vergüenza.

Luego la mujer ciervo dijo:

—He sufrido una gran humillación a vuestras manos, mi señor rey, pero declaro esto: mi nombre no es el que habéis oído en este lugar. Y por el dolor que siento, impongo sobre vos este deseo: que esta historia se cuente siempre que se reúna la compañía, y que

todos deseen oírla por la protección que recibirán a cambio, pues serán inmunes a cualquier daño durante todo el año siguiente a haberla escuchado. Y así mi historia se recordará para que todo el mundo pueda oírla.

Acto seguido, recitó este poema:

Famosa fue mi visita
a la Mesa Redonda,
cuando le di mi gran amor
al Caballero Cazador.

Con la forma de un venado
corría por el bosque,
buscándolo en él
a un verdadero compañero.

Luego, durante un año,
compartí alcoba con su esposa;
y confeccioné una magnífica camisa
en un lugar hermoso y misterioso.

Por su envidia, su esposa
contó una historia sobre mí:
que detrás de mi rodilla
una mata de pelo gris brotaba.

Aunque se honrara mi nombre
a lo largo y ancho del oeste,
mi nombre no era «Corva Gris»
para las gentes de los sídhe.

Quienquiera que oiga mi historia,
estará a salvo durante un año.
Siempre que cuenten la historia
de la visita de la «Corva Gris».

Cuando oyeron aquello, muchos palidecieron, pues conocían que, de todas las razas feéricas, los sídhe eran los más poderosos y fieros.

Luego la muchacha se volvió hacia las mujeres de la corte y dijo:

—Aunque me hayáis humillado gravemente, mayor aún será el

sufrimiento que os sobrevendrá por vuestros actos. Predigo que de aquí a un año no habrá ni una sola de vosotras que conserve al marido ni a ningún otro hombre que la ame, pues os declaro mujeres sin suerte, sin fortuna y sin honor.

Mientras hablaba, y al tiempo que las mujeres reculaban ante sus terribles palabras, se anunció la llegada a la corte de un carro de oro con un dosel dorado, tirado por tres poderosos caballos con bridas de oro. Sobre el carro viajaba un apuesto y recio campeón.

Cuando lo vio, la muchacha dijo:

—Si este campeón llega a enterarse de la afrenta que he sufrido en manos de esta corte, sin duda clamará venganza. Y en ese caso os prometo que esta corte y los muros de vuestro hogar acabarán en ruinas y esparcidos por doquier. Mas, por ahora, os pido, rey Arturo, que me acompañéis a hablar con el que se acerca.

Toda la corte se puso en pie y siguió al rey y a la muchacha afuera. Y entonces vieron que el campeón llevaba sobre la cabeza un yelmo de oro adornado con una reluciente piedra preciosa, y que su jubón estaba cosido con hilo de oro, y tenía un rostro radiante y regio como el de cualquier rey. La muchacha lo rodeó con los brazos y lo besó con delicadeza.

—Y bien, mi hija adoptiva —dijo el campeón—; ¿estáis satisfecha con vuestra visitar a este lugar?

—Contenta y descontenta, satisfecha e insatisfecha.

—¿Y cómo es eso?

—Estoy contenta con los hombres de la corte, pero descontenta con las mujeres —prosiguió la mujer ciervo—, me han dejado en evidencia sin una razón de peso, y por ello recibirán su castigo. Sin embargo, mi querido padre adoptivo, os pido que no hagáis daño a los hombres de la corte. No pueden evitar comportarse así, es su forma de ser.

En eso, el rey Arturo, con voz calmada pero un brillo en los ojos, dijo:

—Os damos la bienvenida, señor. ¿Entraréis en nuestra corte?

Antes de que el campeón pudiera responder, la muchacha volvió

a hablar.

—Mi padre adoptivo no está acostumbrado a entrar en ninguna corte que no esté decorada con oro. Esperad aquí mientras lo soluciono.

La mujer ciervo entró en el salón y, cuando emergió unos instantes más tarde, no había muro del que no colgaran telas de oro, ni silla sin adornos dorados, y hasta las mismísimas puertas estaban cubiertas de oro desde las bisagras hasta las cerraduras. Solo había una zona intacta en el salón, y hasta allí guio la muchacha a las mujeres de la corte y les pidió que se sentaran. Luego acompañó al rey y al resto de los presentes al interior, y sentó al campeón en el trono de Arturo y al rey en la silla de uno de los nobles. Y visto el poder que demostraba, nadie se atrevió a levantar la mano para impedírselo.

Luego habló a viva voz y con claridad para que todos pudieran oírla:

—Señores míos, visité esta corte para comprobar lo magnífica que era. Pero vuestras frágiles y pusilánimes mujeres me han humillado sobremanera. He dado mi palabra de que ninguna de ellas conseguirá marido ni amante mientras viva. Ahora prometo que a ninguno de los nobles guerreros de esta corte le faltará jamás una mujer, pues entre mis propias doncellas hay más que suficientes para todos, como veréis. Todas y cada una de ellas son de cuna noble, y de mejor carácter que cualquiera de las mujeres de esta corte.

A continuación, recitó el poema siguiente:

Vil es el carácter de las mujeres
que habitan el hogar del rey Arturo;
aunque grande vuestro coraje,
vuestras esposas son indignas.

A esas mujeres impetuosas
les conté un falso secreto.
Luego mostré que en el hueco de mi rodilla
no había ni un solo pelo gris.

Toda mujer que oiga de mi visita
y no maldiga a las mujeres de esta corte,
que la abandone la suerte
y jamás encuentre pareja.

Yo, Aileann Tez Reluciente,
hija de Dáire del Escudo Pardo,
hablo estas palabras: todavía
no he visto hogar mejor que el de mi padre.

Una de mis mujeres para cada hombre
que tenga esposa en esta casa:
es el pago en especie por mi llegada
inesperada a la Mesa Redonda.

Todos la observaron maravillados y muchos se removieron en sus asientos, incómodos por lo que acababa de ocurrir y no poco asustados por la maldición que la muchacha acababa de pronunciar. Y el guerrero del carro se sentaba inmóvil y orgulloso en el trono del rey, pero no hablaba con nadie.

Luego la mujer ciervo, cuyo verdadero nombre ya todos conocían, habló de nuevo:

—Contaré aquí mi historia, para que comprendáis mejor lo que ha sucedido. Mi nombre es Aileann, y soy la hija de Dáire del Escudo Pardo, rey de los pictos. Se lo conoce por ese nombre a causa del inusual escudo que posee, cubierto de un oro marrón rojizo de Arabia. Aquel que lo porta no puede sufrir herida alguna. Los enemigos se desploman ante él en la batalla, y no menos de mil escudos en manos de guerreros se alzan cuando aquel se alza.

»La esposa de este rey, mi madre, es Rathleann, hija del rey de Islandia. Le dio a mi padre dos hijos mellizos, mi hermano y yo. Y cuando estaba a punto de dar a luz, el gran rey de Salabearna, que ahora se sienta a vuestro lado, rey Arturo, le pidió hospedarnos. Y así se hizo. También se lo conoce como el Campeón de la Colina, y no hay nadie más fuerte que él, pues si así lo deseara podría someter al mundo entero. Tiene una hija, Bé Thuinne, la Mujer de la Ola, que es una de mis doncellas. Será una esposa adecuada para

alguien de vuestra familia. Pero os prometo que dispongo de muchas más mujeres en mi compañía, todas hermosas como el sol y la luna, y que son más que dignas de ser las esposas de cualquiera de los hombres aquí presentes. Si vos y vuestros hombres nos acompañáis a la Casa de los Muertos, encontraréis esposas mucho mejores que las que teníais. Y por tanto seréis felices. Pero en cuanto a estas mujeres… —En ese momento, se volvió hacia el lugar en que esperaban las mujeres de la corte de Arturo, apiñadas con una gran congoja—. No conoceréis ninguna otra noche de alegría en vuestras vidas, ni pasaréis otra noche en esta casa.

Tal era la fuerza del embrujo que tenía la hija de Dáire sobre el rey Arturo y su corte que nadie se atrevió a contradecirla, y por la mañana los caballeros se prepararon para marchar con la muchacha y su padre adoptivo hasta la Casa de los Muertos, y muchas mujeres lloraron aquella noche, creyendo que, en efecto, jamás volverían a ver a sus hombres. Pues sin duda era como si durmieran, aunque podían ver, oír y hablar con la misma prontitud que cualquier otra persona.

Por la mañana, la gran compañía se subió a veloces barcos y arriaron velas en dirección al océano, y no tardaron en divisar una tierra arbolada en la que todos los árboles mostraban copas escarlatas que relucían bajo la luz del sol como rubíes.

El espléndido venado

—¿Qué tierra es esta? —demandó el rey Arturo.

—Se conoce como la Llanura de los Avellanos Púrpuras —respondió la muchacha—. O también como la Llanura de las Frutas. Aquí crecen tres tipos de madera: los avellanos púrpuras en sí, en cuyas ramas crecen avellanas largas como el brazo de un guerrero. A su lado veréis viñas con frutas del tamaño de la cabeza de un hombre. Y por encima de todos ellos se alzan los grandes árboles de copa ardiente que veis, y que protegen a los demás de tormentas y tempestades.

Los barcos tomaron tierra y desembarcaron. El rey Arturo y sus hombres se deleitaron con las avellanas y las bayas púrpuras, que sabían a miel y los alimentaron bien. Las avellanas también les levantaron los ánimos y las pasiones, pues tal era el poder que poseían.

El rey Arturo dijo:

—Ha matado a nuestros sabuesos y roto nuestras lanzas. No es buen día para nosotros.

—Aunque podáis considerarlo un mal día, no es peor que la vergüenza que sentí cuando las mujeres de la Mesa Redonda revelaron mi secreto —dijo Aileann Tez Reluciente—. Dirijámonos ahora a la Casa de los Muertos.

El rey Arturo y sus caballeros la siguieron hacia la llanura, y allí ante ellos divisaron un gran árbol sobre el que se posaban cientos de pájaros. Cuando la hueste se aproximó, comenzaron a trinar, y todos se olvidaron de su vida anterior cuando los oyeron y parecían gente que soñaba. Luego el Campeón de la Colina hizo llamar a las mujeres que habitaban en la Casa de los Muertos y las entregó a cada uno de los caballeros de Arturo. Y al mismo Arturo le asignó a Dathchaoimh, cuyo nombre significa la del Color Placentero, de quien se enamoró al instante. Y a sir Gawain le entregó a su propia hija, Bé Thuinne, la Mujer de la Ola. Ningún caballero rechazó la oferta de aquellas hermosas mujeres, pues eran de los sídhe y nadie podía negarles lo que le pidieran, pues en verdad se habían olvidado ya de sus esposas y de los seres queridos que habían dejado en Britania.

Pasó el tiempo mientras los caballeros escuchaban el trino de los pájaros y disfrutaban de la compañía de las mujeres. Luego, una mañana soleada, la que habían conocido como la mujer ciervo dijo:

—Marchémonos ya.

Y, de súbito, la música de los pájaros se acalló, y los guerreros se vieron arrancados de sus sueños, a pesar de que seguían embelesados por las mujeres de la Casa de los Muertos.

La gran compañía partió de nuevo, cruzando la Llanura de los Avellanos Púrpuras, y allí vieron la boca de una enorme cueva abriéndose en una ladera. Cuando se acercaron, de allí emergieron quinientos gatos contrahechos, tan grandes como un jabalí de tres años. Una gota de sangre brillaba en las puntas de todos y cada uno de los pelos de sus cuerpos, y eran fieros y estaban hambrientos.

—¿Qué clase de criatura es esa? —preguntó el rey Arturo.

—Son gatos que os destruirán si no los matáis antes —respondió Aileann.

Y así comenzó una gran batalla entre los hombres y los gatos. Con todo, parecía que los caballeros no eran capaces de herir a los gatos, pero cuando uno de los gatos atacaba a uno de los caballeros, lo hería terriblemente. Y, en todas las ocasiones, los gatos arrastraban los cuerpos de esos hombres hacia el interior de la cueva.

—¿Os arrepentís de la muerte de vuestros hombres? —preguntó Aileann Tez Reluciente.

—Sí, evidentemente —respondió Arturo.

—Igual que yo me arrepiento de la humillación que sufrí en vuestra mesa —dijo la muchacha.

Mientras hablaba, de la boca de la cueva emergieron seiscientas magníficas yeguas. Todas tenían una espléndida crin negra, pero por lo demás eran lampiñas.

—¿Y esas qué son? —demandó Arturo, fatigado.

—Yeguas salvajes que han venido a mataros a vos y a vuestros hombres —replicó la muchacha.

De nuevo, se enzarzaron en un combate, y de nuevo los esfuerzos de los caballeros resultaron fútiles. Pues a pesar de que golpearan a las yeguas, las espadas se desviaban, y las yeguas agarraban a los hombres del cogote con sus grandes dientes y se los llevaban hacia las profundidades de la cueva.

—¿Os arrepentís también de esto, rey Arturo? —preguntó la joven.

—Sí, en efecto —respondió el rey con gravedad.

—Igual que yo siento la humillación que sufrí en vuestra corte —dijo Aileann.

Luego vieron a un hombre corpulento acercarse a ellos desde la cueva. Lo acompañaba un gran perro con las puntas de las orejas rojas, tirando de la cadena de oro que lo sujetaba. El hombre llegó al lugar en que Arturo y el resto de sus caballeros estaban apiñados, y de repente aparecieron decenas de perros por todas partes, que

comenzaron a atacarlos por todos los flancos.

Se desató de nuevo una batalla, y de nuevo los grandes esfuerzos de los hombres de Arturo resultaron infructuosos. El rey contempló desesperado cómo los sabuesos arrastraban a más de sus hombres hacia la cueva.

Luego sir Gawain, que estaba cerca, exclamó:

—Mirad cómo aquel enorme perro tira de la cadena que lo sujeta. Es evidente que esa bestia me está retando a un duelo. Dadme permiso para que me enfrente a él.

Arturo le dio permiso y sir Gawain desenvainó la espada y se precipitó hacia el sabueso, y el gigante dejó caer la cadena que lo sujetaba.

Igual que le había ocurrido al resto de los guerreros, la espada de Gawain no consiguió hacer mella en la criatura. Pero al darse cuenta de aquello, dejó a un lado el arma y le agarró el cuello al sabueso con ambas manos, antes de tirarlo al suelo y empezar a asfixiarlo.

En ese momento, Aileann Tez Reluciente le suplicó a Gawain que se detuviera.

—¡Estáis matando a vuestra propia mujer! —gritó. Y, volviéndose hacia el rey Arturo, dijo—: Retirad a vuestro campeón y se os devolverá a todos vuestros hombres, indemnes.

Mientras hablaba, el sabueso se convirtió en una hermosa mujer, y Gawain la reconoció como Bé Thuinne, la Mujer de la Ola.

Luego Arturo vio a todos sus hombres salir de la cueva, todos con una mujer a su lado, seguidos de los sabuesos que había creído muertos a manos del gran venado. Y ninguno de ellos, ni hombres ni perros, tenía herida alguna.

—Ya lo veis —dijo la muchacha—. Vuestros hombres están a salvo, así como sus sabuesos. Las que han combatido con ellos eran las mujeres de la Casa de los Muertos, para ponerlos a prueba.

Luego, bien escarmentados, Arturo y sus caballeros regresaron a la Casa de los Muertos y celebraron un gran banquete. Fue entonces cuando Aileann Tez Reluciente recitó:

Buena fue vuestra visita a este lugar,
gran Arturo, hijo de Uther.
Si mi llegada fue buena o mala,
solo el tiempo lo dirá.

Tesoros y abundancia de mujeres
tendréis a lo largo de vuestra vida.
Yo, de mi visita,
solo recibí vergüenza y rubor.

Llevaos el bello escudo pardo de Dáire
ante el cual se rinden ejércitos.
Recordaré, sin enfado,
lo que se diga sobre mi visita,

La espada del rey Salabearna
tomad también, y aumentad vuestro coraje.
Mi historia durará eternamente;
Y muchos querrán oírla.

La muchacha, cumpliendo su palabra, le entregó aquellos tesoros al rey Arturo, y añadió:

—¡Regocijaos! Mañana regresaréis a vuestra corte, oh, gran Arturo. Y que esto sirva de advertencia para todo aquel que perjudique de una forma u otra a los sídhe. Pues si vuestras mujeres no hubieran hablado mal de mí, nada de esto habría ocurrido. Ahora os liberaré de los conjuros con que os había hechizado.

Entonces fue como si el rey Arturo y sus caballeros despertaran de un largo letargo, y contemplaron desconcertados el gran salón de la Casa de los Muertos. Y el campeón de aquel lugar los observó a todos y sonrió, pues conocía demasiado bien las debilidades de la raza humana.

Arturo y sus caballeros volvieron a Britania, a su hogar, donde hallaron a sus mujeres esperando para recibirlos. Y en cuanto a las mujeres de los sídhe, nada se vio ni oyó en aquel tiempo, pero ni los caballeros ni las damas de la corte de Arturo se olvidaron jamás de la visita de Aileann, la Dama de la Corva Gris. Solo el Muchacho Gascón encontró a una nueva esposa, que se adecuaba

perfectamente a él, pero a lo largo de su vida, cuando hablaba de su viaje a la corte de Arturo y todo lo sucedido, apenas mencionaba a la mujer ciervo que había atrapado, y cómo habían viajado hacia el otro mundo, y cómo la corte de Arturo al completo había estado hechizada durante un tiempo.

Y eso lo sé porque soy quien soy, quien seré y quien fui.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA HISTORIA DE LA CORVA GRIS.

INCIPIT EL RELATO DE TYOLET.

16: EL RELATO DE TYOLET

En tiempos del rey Arturo, había menos habitantes en Britania que ahora, pero a pesar de eso el gran rey reunió a una hermandad de caballeros que no ha vuelto a repetirse desde entonces. Aunque es cierto que sigue habiendo bravos caballeros en esas tierras, no son como aquellos de tiempos pasados. Entonces, los mejores y más valerosos caballeros anhelaban errar por el reino en busca de aventuras, y a menudo no encontraban nada y se veían obligados a dormir bajo las estrellas sin más compañía que sus caballos. Cuando sí hallaban alguna aventura, se embarcaban en ella y luego regresaban a la corte a contar lo que les había ocurrido, para que los escribanos pudieran anotarlo y se recordara en épocas posteriores, siempre que hubiera alguien que quisiera escucharlas.

He buscado muchas de esas historias para este libro, y a continuación te contaré una: la de un valiente caballero llamado Tyolet, apuesto, orgulloso, habilidoso y aguerrido. Este joven poseía una habilidad concreta: podía silbar y llamar a la criatura de los bosques que deseara. Se dice que fueron las hadas quienes le enseñaron aquel truco, y él lo usaba bien, pues vivía en un tramo lejano y solitario del Gran Bosque con su madre, y siempre que necesitaban carne, Tyolet salía al exterior, llamaba a una bestia y la mataba para poder servirla. Pero jamás sacrificaba más de lo que necesitaba, y de hecho amaba a las criaturas del bosque como si fueran su propia familia.

El padre de Tyolet, quien fuera un gran guerrero, había muerto cuando él no era más que un niño, y su madre se había quedado sola. Lo crio por su cuenta en el Gran Bosque y lo mantuvo aislado del mundo exterior, aunque le permitía deambular a voluntad por los bosques. Por eso, apenas había conocido a otras personas, y llegó a la edad adulta ignorando cómo era el mundo.

Un día, su madre le pidió a Tyolet que fuera a matar un venado para comer. De inmediato, se puso en marcha y vagó por los bosques hasta el mediodía sin ver a una sola bestia. Estaba fuera de sí, y pensaba en regresar a casa cuando, a cobijo de un árbol, divisó a un gran venado blanco con una poderosa cornamenta. Tyolet sacó el cuchillo y silbó para que la orgullosa bestia se acercara a él.

Al oír el silbido, el venado le miró pero no hizo ademán alguno de aproximarse. En vez de eso, dio media vuelta y echó a andar a un paso firme pero constante entre los árboles. Tyolet, desconcertado, lo siguió hasta la orilla de un río y vio cómo lo cruzaba sin dificultades. Él no se atrevía a intentarlo, pues era un arroyo ancho y caudaloso, y al otro lado se extendían unos campos que no había pisado jamás. Entonces, mientras contemplaba al venado, que seguía inmóvil como esperándolo al otro lado del río, vio un corzo corpulento acercarse a lo largo de la orilla en la que estaba él. Sin perder un instante, lo llamó y lo despachó de un veloz

golpe. Luego, al alzar la vista, se percató de que el venado se había desvanecido, y que en su lugar se alzaba una figura armada por completo y montada en un majestuoso caballo de guerra.

Tyolet contempló la aparición boquiabierto. Jamás había visto nada parecido y se preguntaba qué clase de criatura sería. El caballero lo llamó desde el otro lado del agua, y le preguntó quién era y qué hacía allí.

—Soy el hijo de la viuda que vive en este bosque. Me llamo Tyolet. ¿Cómo os llaman a vos? Y, por favor, ¿qué sois?

—Me llaman caballero —respondió la figura.

—¿Y qué clase de bestia es un caballero? —preguntó Tyolet—. ¿Dónde vivís y a qué os dedicáis? ¿Y cómo es posible que habléis igual que yo?

—Soy una bestia muy temida —dijo el caballero lentamente—. A veces vivo en el bosque, y otras en campo abierto. A veces abato a otras bestias y me alimento de ellas.

—Sois sin duda una maravilla —dijo Tyolet—. En todo el tiempo que he pasado en estos bosques nunca había visto una criatura como vos. Me he cruzado con leones y osos, y con todo tipo de ciervos, pero nunca con algo que no respondiera a mi llamada. Decidme, caballero bestia, ¿qué es eso que lleváis en la cabeza y qué os cuelga del cuello, tan brillante y reluciente?

—Lo de la cabeza se llama yelmo, y está hecho de acero para que me proteja. Lo que me cuelga del cuello es un escudo. Brilla tanto porque está pintado y bandeado con oro.

—Y eso que lleváis puesto, y que parece lleno de agujeritos, ¿qué es?

—Se llama camisote, y está hecho de anillas de hierro, trabajadas hasta formar lo que se conoce como cota de malla.

—Y lo de vuestros pies, ¿qué son?

—A eso lo llamamos grebas. Son para cubrirme las piernas y los pies y protegerme de posibles daños.

—Y ese objeto largo que lleváis a un lado, ¿qué es? —demandó Tyolet con entusiasmo.

—Mi espada, claro —respondió el caballero con paciencia—. Es larga y afilada, y alegra la vista.

—Y ese otro objeto largo de madera que sostenéis en la mano, decidme, ¿qué es?

—Es mi lanza —fue su respuesta—. Ahora que os he contado todo lo que sé, debo ponerme en marcha.

—Gracias, caballero bestia —dijo Tyolet—. Pero, antes de que os marchéis, os suplico que me digáis una cosa más: ¿hay más como vos en el mundo? Pues daría lo que fuera por verlos.

—En efecto, hay muchos —respondió el caballero, que parecía haberse reído con disimulo por detrás de la visera del yelmo—. Si esperáis aquí unos instantes, veréis más de cien.

Mientras hablaba, se oyó un gran tintineo de jaeces y el retumbar de cascos, y una gran compañía de caballeros apareció a la vista. Formaban parte de la corte del rey Arturo, y recientemente habían atacado y destruido una fortaleza de viles intenciones y regresaban ya a casa.

Cuando Tyolet los vio, gritó a viva voz, maravillado.

—¿Cómo puedo ser cómo ellos? —demandó—. Pues jamás en mi vida he deseado nada tanto como esto.

El caballero respondió:

—¿Sois valiente y arrojado?

—Eso creo —contestó Tyolet—. Y, sin duda, me gustaría serlo.

—Pues entonces venid a la corte del rey Arturo, que se encuentra al oeste de aquí, más allá de las lindes del Gran Bosque. Si llegáis allí, decidle a quienquiera que os encontréis que deseáis ser caballero.

—Gracias —respondió Tyolet, y contempló fascinado cómo la cabalgata de caballeros, con sus jaeces y sus armaduras y armas reflejando el sol, se perdía de vista.

Luego Tyolet regresó a casa lo más rápido que pudo, le entregó el corzo que había matado a su madre y le habló de su aventura. La madre de Tyolet expresó su malestar por lo que había visto.

—Esas bestias devoran a otras, sin duda —dijo—. ¿Cómo va a

ser eso algo bueno?

—No lo sé, madre, pero me marcharé y me uniré a ellos, pues si no lo hago jamás volveré a ser feliz.

Después, la madre de Tyolet se dirigió al arcón en que guardaba la armadura y las armas de su difunto señor, y se las llevó y puso a su hijo hasta que pareció en verdad un caballero bestia. Luego dijo:

—Hijo, cuando llegues a la corte del rey Arturo, recuerda rodearte solo de hombres y mujeres de buena familia. Pues tú eres de cuna noble y deberías estar con los tuyos. Además, asegúrate de aprender las formas de la caballería y de seguir sus dictados igual que si fueran mis propias palabras.

Y aunque Tyolet no comprendía sus palabras, le dio un beso a su madre y partió, más allá de la colina y a través del valle, hasta que al fin llegó a la áurea Camelot. Contempló sin palabras las grandes murallas de la ciudad, y los muchos estandartes que ondeaban en las torres, y vio cómo los caballeros bestias entraban y salían de las puertas, acompañados por la música de trompetas y timbales. Luego, él mismo atravesó los portones abiertos y se dirigió al gran salón, donde el rey estaba sentado a una alta mesa para la cena. Tyolet se aproximó a la tribuna, ataviado con su armadura, y allí se sentó en una silla vacía sin mediar palabra.

El rey Arturo lo miró con simpatía y le dijo:

—Creo que tenéis una historia que contar. Adelante.

—Señor, mi nombre es Caballero Bestia, pero hubo una vez en que me llamaban Tyolet, y soy el hijo de la viuda que vive en el bosque. Puedo capturar a la bestia que deseéis, y tengo buena mano con la caza; pero ahora me gustaría aprender las maneras de la corte y de eso que he oído que llaman caballería.

—Sois más que bienvenido —respondió el rey, sonriendo—. Ahora, por favor, comed.

Llegaron entonces escuderos que desarmaron a Tyolet y le colocaron sobre los hombros un fino mantón, y le acercaron agua para que se lavara las manos. Luego se sentó a comer, sin perderse detalle de las maravillas de la corte.

Sentados aún a la mesa, llegó al salón una hermosa damisela, cabalgando en un palafrén blanco y portando en los brazos un perro blanco con una campanita de oro colgada del cuello. Se acercó a la tarima y saludó al rey.

—¿Qué servicio podemos ofreceros mis caballeros o yo? —preguntó Arturo.

—Mi señor, soy la hija del rey de Guittonia, quien falleció recientemente —respondió la doncella—. He venido a comprobar si alguien de vuestra compañía estaría dispuesto a dar caza y traerme la pata derecha de un venado blanco en concreto, cuyo pelaje reluce como el oro y al que protegen siete leones. Solo alguien lo bastante valeroso como para hacerlo podrá ganarse mi mano, pues no tomaré a nadie más como esposo. Y aquel que me gane se convertirá también en señor de Guittonia.

—Me habláis de una aventura a la altura de mis caballeros —dijo el rey Arturo—. ¿Dais vuestra palabra de que aquel que salga airoso de esta tarea se convertirá en vuestro esposo y señor de vuestras tierras?

—Sí, lo juro —respondió la doncella.

Y así lo acordaron. El rey Arturo miró alrededor para ver quién podría embarcarse en aquella aventura. Que no te quepa duda de que no había un solo hombre que no saltara de su asiento y rogara que le asignaran aquella misión. Pero entre ellos, sir Lodoer fue el que hizo la mayor súplica, y por eso el rey Arturo lo recompensó con aquella tarea.

—¿Cómo sabré dónde hallar a ese venado blanco? —preguntó el caballero.

La doncella le entregó al perro blanco y le dijo que lo siguiera hacia donde lo guiara. Y, así, partió y siguió al perro, que lo condujo a través de tierras agrestes hasta la orilla de un río desbordado, fiero y ancho. El perro se tiró al agua y nadó con fuerza, pero Lodoer continuó sentado en su caballo mientras observaba consternado la avenida, y no se atrevió a intentarlo, pues no había lugar por donde cruzar.

Poco después, el perro regresó y volvió a cruzar el río. El caballero lo subió a la silla y desanduvo el camino hacia la corte. Allí, el rey Arturo le preguntó cómo le había ido, y si traía la pata del venado blanco. Mas Lodoer se limitó a sacudir la cabeza y dijo que si había alguien dispuesto a arriesgar la vida, la aventura seguía en pie. Entonces el resto de los caballeros se burlaron de él, pero Lodoer les dijo que fueran y probaran ellos antes de desmerecer sus esfuerzos.

Y así fue como muchos de los caballeros del rey Arturo partieron en busca del venado blanco, pero todos regresaron a casa con las manos vacías y obligados a admitir que Lodoer estaba en lo cierto. Luego Tyolet, a quien todo el mundo se había acostumbrado a llamar el «Caballero Bestia», dio un paso al frente y suplicó que le asignaran a él aquella aventura.

—Tened por seguro que no regresaré hasta haber tenido éxito, o moriré en el intento —dijo.

Aunque en verdad pensaba que el joven no llegaría demasiado lejos, el rey le dio permiso para marcharse, y Tyolet tomó al perro y partió en cuanto pudo. Siguió al perrillo hasta el margen de la gran avenida y, cuando aquel se lanzó al agua, él lo siguió, arreando a su montura en las aguas bravas. Resultaron ser menos fieras de lo que parecían, y tanto el perro como el joven alcanzaron pronto la otra orilla. Allí el perro corrió delante de él hasta llegar a un amplio prado, donde Tyolet vio al venado blanco pacer a la sombra de unos árboles.

En ese momento, no había ni rastro de los leones que protegían el trofeo, y Tyolet decidió aprovecharse de la situación. Se acercó todo lo que pudo y silbó tal como le habían enseñado para atraer a la bestia. Cuando hubo silbado varias veces, el venado se fue hacia él y se quedó inmóvil, sumiso, y Tyolet, sin pensárselo dos veces, desenvainó la espada y le cortó la pata derecha, que se guardó en la camisa. Entonces el venado empezó a berrear de dolor, y los leones, que no andaban lejos, acudieron prestos a defenderlo.

El primero se abalanzó sobre el caballero Tyolet y lo hirió

gravemente, arrancándole la carne del hombro. Tyolet contraatacó con un golpe que acabó con la vida de la bestia, pero su montura se desplomó y él salió despedido hacia el trayecto del resto de la manada, que lo atacó por todos lados.

Se desató entonces una temible batalla, en la que Tyolet sufrió heridas en la espada, las costillas y los hombros. Con todo, al final abatió a todos los leones, antes de desmayarse por la pérdida de sangre. Por eso no consiguió ver cómo se recuperó el venado blanco, ni cómo la magia de aquel lugar le sustituyó la pata que le faltaba.

Mientras Tyolet yacía en el suelo, apareció un caballero llamado Forêt, a quien no conocía, que observó su magullado cuerpo y lo consideró ya moribundo. Tyolet reunió las fuerzas necesarias para sacar la pata del venado y lanzársela al extraño, antes de pedirle que se la llevara al rey Arturo y le contara todo lo que había sucedido.

Forêt aceptó con un placer secreto, pues había llegado a sus oídos la misión del venado blanco y anhelaba desde hacía tiempo salir vencedor. Ahora tenía la oportunidad de ser él quien se llevara la gloria. Por tanto, guardó la pata y se dispuso a marcharse, sin dedicar siquiera un pensamiento a Tyolet, que yacía herido. Luego se le ocurrió que si el joven sobrevivía, tal vez regresara para reclamar lo que era suyo por derecho, así que volvió grupas y, tras desenvainar la espada, la hundió en el cuerpo del joven. Luego echó a cabalgar y encontró el camino hacia la corte, donde le mostró al rey Arturo la pata y demandó la mano de la doncella.

El ataque de los leones

Pero no llevaba consigo al perro, pues en verdad no sabía nada al respecto, y, de hecho, el animal había vuelto solo unos días atrás. El rey Arturo, considerando que aquello era una señal de que Tyolet había perecido, había enviado al buen caballero sir Gawain a buscar su cuerpo. Así, conocedor de las costumbres de los hombres, y dudando del éxito de Forêt, el rey decidió postergar nueve días más las celebraciones, alegando que debía convocar a toda la corte para que fuera testigo del casamiento del caballero y la doncella.

Gawain, mientras tanto, siguió al perro, que lo condujo hasta el lugar en que yacía Tyolet como muerto. Gawain vio los cadáveres de los leones y del caballero muerto, así como las terribles heridas del joven, y lloró desconsoladamente. Sin embargo, al arrodillarse junto al cuerpo, Tyolet abrió los ojos y, con un finísimo hilo de voz, le contó lo que había sucedido. Entonces Gawain pensó en recurrir a sus grandes habilidades como sanador para socorrer al caballero herido, pero en ese momento apareció una damisela montada en una mula blanca, y Gawain la reconoció como una de las

mensajeras de la Dama del Lago, con quien se había cruzado en otras ocasiones. La llamó para que ayudara al hombre herido, y ella lo saludó y se abrazaron. Luego, la damisela y Gawain discutieron cómo proceder y decidieron llevar al herido al galeno de la Montaña Negra, que vivía cerca.

—Si hay alguien que pueda ayudar a este buen caballero a recuperar la salud es él —dijo la damisela.

Auparon a Tyolet hasta el caballo de Gawain y lo llevaron al sanador, quien lavó y curó sus heridas y las inspeccionó, y declaró que viviría y que en un mes habría recuperado todas sus fuerzas. Gawain, de muy buen ánimo, puso rumbo a la corte, donde el falso caballero Forêt estaba a punto de desposarse con la doncella. Pero Gawain entró atropelladamente y anunció a viva voz que el caballero era un embustero, y que le había arrebatado a Tyolet el derecho a ser considerado el vencedor de la cuestión del venado blanco.

Enfurecido, el traidor defendió su inocencia y buscó reparación por parte del acusador. Así que acordaron un día en el que él y sir Gawain se encontrarían en el campo de batalla para zanjar el asunto. Sin embargo, antes de que amaneciera aquel día, Tyolet regresó a la corte, pálido y demacrado a causa de su calvario, pero lo bastante sano como para montar la montura que le habían prestado. Cuando lo vio, Forêt se puso primero rojo y luego blanco, y comenzó a balbucir y a bramar que era su derecho desposarse con la hija del rey de Guittonia. Pero Tyolet ignoró la salutación del rey y de todos los caballeros que se habían acercado a abrazarlo y preguntó, con voz contenida, en qué se basaba para hacer tal afirmación.

—¡En que he sido yo quien ha conseguido la pata del venado! —gritó el falso caballero.

—¿Y quién abatió a los leones que lo protegían? —preguntó Tyolet.

Forêt se ruborizó y se puso hecho una furia, pero no tenía palabras con que responder.

—Entonces, ¿a quién atravesaron con la espada y quién fue el ejecutor? —preguntó Tyolet—. Pues en verdad creo que el primero fui yo y el segundo tú.

El caballero apartó la mirada, avergonzado, y Tyolet exigió saber si negaba las acusaciones.

—Pues, en ese caso, os ofrezco mi guante en nombre del rey Arturo, y prometo demostrar la verdad de esto ante todos.

El caballero comenzó a temer por su vida, y allí, delante de todos, se arrodilló, confesó sus crímenes y suplicó piedad. En eso, Tyolet, apiadándose de él, lo perdonó, y el caballero se echó al suelo y le besó los pies. Tyolet lo ayudó a levantarse y le dio un beso en la mejilla, y desde ese día no volvió a hablarse del asunto. Pero Tyolet recuperó la pata del venado y se la entregó a la doncella, quien se sonrojó con la belleza de un pimpollo. Allí y entonces los casó el rey Arturo, y luego regresaron a casa, al hogar de la doncella, donde gobernaron larga y sabiamente. Y se dice que el venado blanco, que en realidad era el mismo que Tyolet había visto y seguido y que lo había conducido hacia el inicio de aquella aventura, era una criatura feérica, y que había querido poner a prueba a Tyolet, como a tantos otros de los hombres del rey Arturo, y él había demostrado ser sabio y noble.

Y así termina la historia, y ahora pasemos a la del caballero llamado Jaufré.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA HISTORIA DE TYOLET.

IMPLICIT EL RELATO DE JAUFRÉ.

17: LA HISTORIA DE JAUFRÉ Y LA GRAN LAMENTACIÓN

✢

Ocurrió un año, durante el Pentecostés, que los mejores caballeros de la Mesa Redonda se habían reunido en la áurea Camelot. Lancelot estaba allí, así como Tristán. Gawain estaba presente, junto con Yvain, Calogrenant, Perceval y Caradoc, y muchos otros más. Como era costumbre en aquella fiesta, después de asistir a misa, se juntaron todos en la corte para contar relatos de sus aventuras, y para discutir cuestiones sobre caballería, amor y honor. Allí acudió también sir Kay, tan sardónico como siempre, quien entró en el salón agitando un bastón hecho con una rama de manzano.

✢ ✢ ✢

SIN DUDA ES hora de comer —bramó sir Kay.

El rey Arturo frunció el ceño.

—¿Cuántas veces debo repetiros —dijo— que no me sentaré a comer hasta haber visto u oído hablar de alguna aventura?

El senescal sacudió la cabeza y se dispuso a escuchar las conversaciones de los caballeros y a interrumpirlos con sus propios comentarios cáusticos. Sin embargo, a medida que avanzaba el día hasta entrada la tarde, viendo que nada ocurría, el rey Arturo llamó a sir Gawain y le ordenó que ensillara los caballos y preparara las armaduras.

—Parece que tendremos que esperar eternamente, vayamos a buscar alguna aventura por nuestra cuenta.

Gawain obedeció y pronto la compañía al completo se puso en marcha, siguiendo un viejo sendero que se adentraba en el imponente bosque de Brocelianda, donde era bien sabido que podía hallarse todo tipo de aventuras.

Al cabo de un tiempo, el rey refrenó su montura y aguzó el oído.

—Oigo gritos de ayuda —dijo—. Intentaré esta aventura por mi cuenta.

—Permitidme que os acompañe —le rogó Gawain.

Mas el rey negó con la cabeza y partió solo entre los árboles, siguiendo un estrecho camino hasta llegar a la orilla de un río. Allí vio un bonito molino, en cuya puerta divisó a una mujer que se tiraba de los cabellos y se desgañitaba pidiendo ayuda.

—¿Qué os preocupa? —demandó el rey.

—Ay, señor —lloró—. ¡Una bestia terrible ha bajado de las montañas y se está comiendo todo el grano del molino!

—Echaos a un lado —dijo el rey Arturo, antes de desmontar y mirar dentro del molino.

Allí vio a la criatura más extraña con que se había encontrado jamás. Era grande como un toro, o incluso más, y no tenía dos cuernos ¡sino cinco! Unos ojos enormes y destellantes, y unas patas del tamaño de una plancha de hierro. Estaba cubierta de un hirsuto

pelo rojo y poseía unos largos dientes amarillos, con los que se abría paso entre las montañas de grano.

El rey Arturo contempló a la criatura fascinado, pero desenvainó la espada y, con el escudo en posición, avanzó hacia la bestia, que lo ignoró por completo y siguió comiendo. Entonces el rey concluyó que parecía más fiera de lo que era, y le dio un buen golpe en la grupa con la parte llana de la espada.

La bestia siguió ignorándolo, así que el rey la rodeó y le pinchó el lomo con la espada, pero la criatura continuaba sin moverse, y ni siquiera levantó la cabeza. En eso, el rey Arturo envainó la espada, dejó el escudo en el suelo y agarró a la bestia por el más largo de sus gigantescos cuernos, y trató así de apartarla del grano.

A pesar de su considerable fuerza, el rey no fue capaz de mover a la bestia ni un dedo. Sin embargo, cuando probó de soltarla para poder darle un puñetazo entre los ojos, descubrió, para su consternación, que tenía las manos pegadas, ¡y que por mucho que tirara y forcejeara no podía moverlas lo más mínimo!

La bestia horrible

En cuanto sintió que el rey se esforzaba por liberarse, la bestia levantó la cabeza y se marchó del molino arrastrando al indefenso Arturo, que pendía de los cuernos. Cruzó a un ritmo suave el bosque, y pasó cerca de sir Gawain, que había esperado allí por si el rey llegaba a necesitarlo.

Cuando vio al monstruo arrastrando al rey Arturo de esa manera, gritó alarmado y se dispuso a perseguirlo, desenvainando la espada. Mas el rey le pidió a viva voz que se contuviera.

—Creo que moriré si matáis a esta criatura —exclamó—. Pero si le perdono la vida, ¡es posible que ella también me la perdone a mí!

En ese momento, Tristán e Yvain llegaron cabalgando a galope tendido, tras ser alertados por los gritos de Gawain y el alboroto de la bestia avanzando por el bosque. Gawain los exhortó a que no

atacaran, y a que no perdieran de vista a la bestia hasta que pudieran descubrir cuáles eran sus intenciones.

Mientras tanto, la bestia se limitaba a deambular a medio galope por los senderos del bosque, aparentemente ignorante de los caballeros o del clamor que la rodeaba. Eligió un camino que se elevaba gradualmente y entonces, tras un impulso, dejó atrás a los caballeros que la perseguían y saltó deprisa por una escarpadura empinada. Se detuvo en la cima, y después se volvió y asomó la cabeza por el borde, lo que dejó al rey Arturo colgando de sus cuernos sobre el precipicio.

Ya puedes imaginarte la desesperación que provocó aquello entre sus caballeros, viendo al monarca en una situación tan peliaguda. Y el rey, a su vez, se aferraba aún con más fuerza a los cuernos de la bestia, en lugar de tratar de liberarse.

Entonces uno de los caballeros más jóvenes sugirió que si se quitaban todos la ropa y la amontonaban al pie de la colina, ¡el rey tendría algo mullido sobre lo que aterrizar si llegaba a caerse! A Gawain le pareció una idea excelente, y urgió a los demás a que lo imitaran. Cerca de cincuenta caballeros comenzaron a desprenderse de sus vestimentas, apilándolas en un montón bajo el desafortunado rey.

La bestia, al verlo, sacudió ligeramente la cabeza a un lado y a otro, lo que le provocó una gran angustia al rey e hizo que aquellos que lo observaban se lamentaran a pleno pulmón. Luego el monstruo hizo ademán de apartarse del borde del acantilado, pero en vez de eso dio un salto repentino y bajó de la colina. Aterrizó entre los caballeros desnudos, y el rey Arturo se vio de repente liberado de los cuernos. En ese mismo instante, la bestia se transformó en un apuesto hombre que se reía a carcajadas.

—Decidles a vuestros hombres que se vistan, mi señor —dijo el hombre bestia—. Ahora que habéis hallado una maravilla, ya podéis marcharos a comer.

El rey estaba perplejo, pues reconoció en aquel hombre al individuo astuto y audaz que había acudido a la corte unas semanas

atrás y que le había rogado como promesa al rey que si era capaz de cambiar su aspecto lo bastante como para engañar a todos, recibiría a cambio una copa de oro, el mejor caballo de los establos reales y el derecho a besar a la doncella que considerara más hermosa. (Hay quien dice que aquel hombre no era otro que Merlín gastándole una broma a la hermandad, pero no puedo confirmarlo).

Entonces le llegó el turno de reír a Arturo, pues le gustaban las chanzas igual que a cualquier otra persona, y la visión de sus caballeros arracimados desnudos, buscando sus ropas, le pareció una demostración divertida de la calidad de estos.

—Volvamos a la corte y comamos —dijo—. Creo que estaremos mucho más cómodos dentro.

Entre risas y bromas, los caballeros recuperaron sus atavíos y partieron hacia la corte, y apenas tardaron en llegar y acomodarse para disfrutar de un buen festín. Tenían a su alcance todo lo que una compañía tan noble podía esperar: grullas, avutardas, pavos reales, cisnes, gansos, perdices, pan refinado y buen vino. Y allí el apuesto hechicero recibió su recompensa, aunque el libro no nos dice qué doncella eligió para el beso. La corte no llevaba demasiado rato comiendo cuando se produjo otra perturbación. Un joven muy apuesto y bien vestido entró cabalgando y, tras desmontar, se acercó a la silla del rey y se arrodilló ante él.

—Dios bendiga al señor de esta corte —dijo.

—Y a vos también —respondió el rey Arturo—. ¿Qué deseáis de nosotros?

—Señor, vengo porque he oído que sois el rey más espléndido que ha vivido jamás, y os suplico que me nombréis caballero.

—Será nuestro placer —dijo el rey—. Aunque primero nos gustaría conoceros un poco mejor, pues el título de caballero no se entrega a la ligera. Sentaos y uníos a nuestras celebraciones.

—Con vuestro permiso, no hasta que se me prometa un favor —dijo el joven.

—Recibiréis lo que pidáis, siempre que no perjudique a ninguno de los presentes —contestó el rey.

Aquello pareció satisfacer al joven, pero cuando se dispuso a lavarse las manos, se produjo otro alboroto. Un caballero totalmente armado entró al galope en el salón y, ante la mirada horrorizada de los presentes, atravesó a uno de los caballeros sentados a la mesa con su lanza. Luego dio media vuelta y exclamó:

—¡Os saludo, rey Arturo! Hago esto para traer la deshonra a vuestra casa. Si vos o cualquiera de vuestros valientes caballeros de la hermandad decide darme caza, que sepáis que mi nombre es Taulat de Rogimon. ¡Mi intención es regresar aquí todos los años hasta que alguien me detenga!

El rey Arturo, tan furioso como confundido, se puso en pie de un salto. Pero el joven desconocido fue más rápido.

—Mi señor —gritó—, que este sea el favor que he solicitado y que habéis prometido concederme. Permitidme que persiga a este vil caballero y lo lleve ante la justicia.

—Silencio, compañero —le espetó sir Kay—. Ya hablaréis así cuando estéis borracho. Por ahora, sentaos y luego os diré cómo comportaros con verdadera valentía.

El joven caballero no dijo nada, aunque su blanca piel adoptó un tono rojizo. Mas el rey reprendió a sir Kay y le pidió que se callara y se guardara sus comentarios. Al joven, le dijo:

—Joven, de buen grado os nombraré caballero, como he prometido, y os entregaré armas y un caballo que montar. Pero os conmino a no enfrentaros a este tal Taulat hasta que seáis más fuerte. Hay pocos entre mis caballeros en los que confiaría que lo derrotasen.

—Señor, ¿cómo sabré qué fuerza poseo si no me pongo a prueba? —respondió el joven—. Que esta sea mi prueba, y el favor que os he pedido.

—Muy bien —dijo Arturo—. Pero si os he de nombrar caballero, antes debo conocer vuestro nombre.

—En mi país se me conoce como Jaufré, hijo de Dozon.

—Ah —suspiró el rey Arturo—. Conocía bien a tu padre. No había caballero más valiente que montara a caballo. Murió a mi

lado en Normandía. Yo estaba allí cuando una flecha le atravesó el pecho. Ahora veo de dónde sacáis vuestro coraje y fuerza.

Y así fue como nombraron a Jaufré caballero, y casi de inmediato un escudero apareció con un caballo de guerra majestuoso y de pasos largos, y Jaufré subió a su lomo de un único salto. Luego tomó el escudo y la lanza que le ofrecían y, tras saludar al rey con un resonante grito, espoleó a su montura y salió del salón.

✣ ✠ ✣

A LOS POCOS DÍAS de marcharse de la corte, Jaufré había derrotado ya a su primer oponente, un poderoso caballero llamado Estout de Verfueil, a quien había mandado rendirse ante el rey Arturo. Después de eso, se encontró con un malhechor que usaba una hermosa lanza, que dejaba apoyada en un árbol para atraer caballeros hacia su muerte. Pero Jaufré lo derrotó y lo colgó del mismo lugar en que el villano había colgado a otros antes que él y envió de vuelta al enano del tipo para que le hablara al rey Arturo de aquel tributo menos vil que había obtenido en sus tierras. Luego, siguiendo aún el sendero en busca de Taulat, Jaufré se cruzó con un soldado que protegía un paso angosto, cuya costumbre era capturar y torturar a cualquier caballero que pasara por allí. Jaufré se encargó de él sin rodeos, cortándole los pies y dejándolo allí hasta que muriera. Después liberó a veinticinco caballeros a los que el soldado retenía como prisioneros y los envió a todos con el rey Arturo. Y continuó cabalgando, sin voluntad de detenerse y ni siquiera de comer, tan decidido estaba en derrotar al caballero que había puesto en cuestión el honor de la Mesa Redonda.

Llegó finalmente a un lugar donde el camino discurría entre campos abiertos, y allí vio a un leproso tambaleante con un bebé en brazos, mientras detrás de él corría una mujer que lloraba por su hijo. Cuando vio a Jaufré, corrió hacia él y lo agarró de los estribos,

antes de suplicarle que la ayudara, afirmando que el leproso le había robado a su hijo sin razón.

Jaufré se dispuso a perseguirlo de inmediato, y vio al leproso entrar corriendo en el lazareto, donde aquellos pobres desgraciados solían vivir. Tras desmontar, Jaufré vaciló unos instantes frente a la puerta, y luego desenvainó la espada y entró.

La habitación en que se encontró era un espacio oscuro y viciado, pero había suficiente luz como para ver el lugar donde otro leproso yacía en una cama, aferrado a una hermosa mujer que no mostraba signos de la enfermedad. Ella lloraba para sus adentros, y Jaufré se percató de que tenía la ropa desgarrada y alborotada de sus forcejeos con aquel bellaco.

Cuando el leproso vio al caballero, se puso en pie de un salto y agarró una enorme maza con una mano. Era algo horrendo de ver, con facciones contrahechas y los ojos enrojecidos, las encías azules e inflamadas y un aliento que hedía a ponzoña, además de tener el rostro rojo como las brasas. Respiraba con dificultad y su voz no era más que un áspero croar cuando demandó saber qué hacía allí Jaufré.

—Busco al leproso que le ha robado la criatura a una mujer. Lo he visto entrar aquí.

—Mal día habéis elegido para entrar aquí —croó el hombre contrahecho, y sin previo aviso agitó la maza contra Jaufré.

El caballero levantó el escudo justo a tiempo y bloqueó la fuerza del impacto. Tambaleándose por el golpe, pues, aunque estuviera enfermo, el leproso era tremendamente vigoroso, Jaufré contraatacó con la espada, que acertó en el brazo del leproso y a punto estuvo de cortárselo.

Aullando de dolor, el leproso retomó el ataque y le propinó a Jaufré un porrazo en el yelmo que casi lo derriba. El caballero, resollando, arremetió con toda su fuerza contra la cabeza del leproso. La espada le partió en dos el cráneo, pero con su último aliento el leproso le dio una patada con tanta inquina que Jaufré salió despedido por los aires y acabó empotrado contra la pared, y

allí se quedó inmóvil en el suelo, con la sangre brotándole de nariz y boca.

La doncella a quien había estado a punto de violar el leproso dio un paso al frente con cautela y le quitó el yelmo al caballero. Cuando vio la sangre, profirió un grito y se fue corriendo a buscar un poco de agua que echarle a la cara. Jaufré, todavía aturdido y cegado momentáneamente por la sangre que tenía en los ojos, se defendió, creyendo que aún sostenía la espada. Derribó a la doncella, quien cayó de rodillas, y luego trató de ponerse de pie, renqueando por la habitación hasta chocar con un muro. Allí descansó, tragando aire a grandes bocanadas, hasta que poco a poco fue recuperando los sentidos.

La doncella, tras acercarse a él con cautela, le preguntó cómo se encontraba.

—Bastante bien, mi señora —respondió el caballero—. Pero diría que he perdido mi espada.

—Se os ha caído cuando os han herido. Mirad, está ahí en el suelo, junto al hombre que habéis matado.

Jaufré se volvió hacia el lugar en que yacía el leproso y recuperó rápidamente su espada. Luego miró alrededor.

—¿Dónde está el otro al que estaba persiguiendo? ¿Lo habéis visto?

La doncella se limitó a negar con la cabeza. Temía demasiado por su vida y seguridad como para haberse percatado de nada más.

—Pues miraré fuera —dijo Jaufré, y se dirigió hacia la puerta.

Ante su sorpresa, descubrió que no era capaz de cruzar el umbral. Por mucho que lo intentara, siempre se topaba con una especie de muro invisible.

—¿Qué clase de encantamiento es este? —gritó, y corrió hacia la puerta, solo para volver a recular.

Resollando, se dejó caer con desánimo en la cama. Luego, mientras se lamentaba de su mala fortuna, oyó unos escandalosos gritos provenientes de otra de las habitaciones del lazareto. Se puso en pie y recorrió un pasillo hasta dar con una puerta que estaba

cerrada y trancada. Los gritos provenían del interior.

Fuera de sí, Jaufré golpeó la puerta con la empuñadura de la espada, y al ver que seguía firmemente cerrada, levantó un pie y la derribó de una patada.

Lo que vio dentro lo dejó sin palabras. El primer leproso, el que estaba persiguiendo, estaba allí dentro con varios niños de todas las edades. El leproso ya había matado a cuatro con un gran cuchillo y amenazaba al resto, que suplicaba piedad. Cuando Jaufré entró, el hombre dio media vuelta y lo amenazó con el cuchillo, aullando que su amo no tardaría en llegar y que Jaufré se arrepentiría si no se marchaba de inmediato.

—Si tu amo es la persona que he visto en la otra habitación, ya está muerto —respondió el joven caballero—. Y tú eres el siguiente.

El leproso soltó el cuchillo al instante y se arrodilló, suplicando piedad. Había sido su amo quien lo había obligado a secuestrar niños y luego a matarlos, creyendo que al bañarse en su sangre podría sanarse de la enfermedad.

—¿Es eso cierto? —demandó Jaufré.

—Lo juro por mi alma inmortal —gimió el leproso.

—Dime entonces por qué no puedo salir de aquí —dijo Jaufré.

—Mi amo tenía grandes conocimientos de la magia —respondió el leproso—. Se las apañó para que nadie que entrara aquí con la voluntad de perjudicarlo pudiera escapar a menos que él en persona lo sacara de aquí, normalmente para matarlo o torturarlo. Pero hay una forma de huir. En la otra habitación encontraréis la cabeza de un muchacho, metida dentro de una urna de cristal. Si la rompéis, los hechizos de mi amo se desvanecerán. Pero id con cuidado, pues hablamos de una magia muy poderosa. Es posible que la casa entera se os caiga encima.

Jaufré llevó al leproso de vuelta a la habitación principal y lo ató. Luego, le ordenó a la doncella que saliera con él y con el resto de los niños al exterior, pues la magia no los retenía allí como a él.

—Si fracaso —dijo—, aseguraos de que este malnacido reciba su merecido.

La doncella hizo lo que le había indicado, y, cuando estuvo solo, Jaufré se fue a mirar la cavidad del muro donde se encontraba la urna de cristal que contenía la extraña cabeza. La sacó con cuidado y no con poco asco, y se dio cuenta de que la cabeza era artificial, aunque extremadamente realista. La colocó en el suelo con prudencia y luego desenvainó la espada y la golpeó con todas sus fuerzas.

Al instante, la cabeza profirió un grito y se elevó en el aire. Voló por la habitación varias veces, escupiendo fuego y nubes de un denso humo oscuro. La misma Tierra tembló entonces, y enormes piedras de granizo cayeron del cielo fuera del lazareto. Se vio el destello de varios relámpagos y empezó a llover, azotando los muros del edificio, que comenzó a derrumbarse. Cada madero, viga y ladrillo parecía danzar y estremecerse ante sus ojos, y Jaufré se cubrió la cabeza con el escudo para protegerse justo cuando el tejado se vino abajo con un estruendoso rugido. Los vientos aullaban entre las ruinas, alzándolas y repartiéndolas por los alrededores. Rocas y tierra se alzaban en el aire y un gran remolino lo atrapó todo y se lo llevó de allí. Al final, lo único que quedó fue Jaufré, y cuando la nube de polvo se disipó, fue como si jamás hubiera existido la casa, pues los muros y cimientos habían desaparecido y no quedaba ni rastro de los malignos encantamientos.

Entonces Jaufré se desplomó en el suelo y allí yació un tiempo como un hombre muerto. Cuando recuperó los sentidos, vio a la doncella y a la mujer cuyo bebé había salvado inclinadas sobre él, angustiadas, atendiéndolo con agua y palabras amables. Al cabo de un rato, fue capaz de ponerse en pie de nuevo y pidió a las dos mujeres que llevaran al leproso con el rey Arturo y le contaran todo lo que había sucedido aquel día.

—Saludad al rey de parte de este caballero, Jaufré, hijo de Dozon, y decidle que aún busco a Taulat, y que continuaré hasta que lo encuentre o muera en el intento.

Luego montó en su caballo y, tras recuperar la lanza y el escudo,

se puso en marcha de nuevo.

✣ ✣ ✣

JAUFRÉ ESTABA EXHAUSTO, tanto del viaje como de las muchas aventuras y dificultades que había experimentado desde que abandonara la corte del rey Arturo. Por eso cabalgaba casi a ciegas, dejando que el caballo eligiera su propio camino, mientras él casi dormitaba en la silla, y a punto estuvo varias veces de caerse. Deambulando de esa manera, llegó a un castillo con la puerta abierta. Al entrar le pareció desierto, así que comenzó a buscar hasta dar con la entrada de un jardín rodeado de altos muros. Era el lugar más hermoso que había visto jamás, con tantísimas bellas plantas de aroma dulzón que pensó que debía de estar en el paraíso. Los pajarillos cantaban desde los árboles, y del suelo crecía una frondosa hierba.

Jaufré estaba tan agotado que, casi por inercia, desensilló el caballo y lo dejó suelto para que paciera. Acto seguido, se colocó el escudo bajo la cabeza y se tumbó a la sombra de los árboles. Unos instantes más tarde, lo venció el sueño.

Ahora debo contarte que aquel castillo y el jardín pertenecían a una dama hermosísima conocida como Brunnisend. No había otra más bella en todo el reino, ni una que albergara más tristeza en su corazón. Pues sus padres habían muerto, y al no tener hermanos reinaba sola en aquel castillo, que se llamaba Monbrun. Y permíteme hablarte de una extraña costumbre que tenían en aquellas tierras: pues tanto la dama como su pueblo debían lamentarse intensamente cuatro veces al día, y otras tres veces por la noche; y si alguien preguntaba por la razón de aquella terrible lamentación, lo ejecutaban de inmediato. Por eso la dama apenas pegaba ojo, y solía frecuentar una habitación con vistas al jardín, donde el trino de los pájaros la arrullaba hasta dormirse.

Aquella noche se retiró temprano, pero la inquietó sobremanera

percatarse de que los pájaros estuvieran en silencio.

—¿Quién ha entrado en mi jardín? —demandó—. Ninguna otra cosa podría provocar que mis pajarillos dejaran de cantar.

Hizo llamar al senescal y juntos se dirigieron al jardín. Allí hallaron a Jaufré tan profundamente dormido que tardaron varios minutos en despertarlo.

—Por amor de Dios, dejadme descansar —suplicó el joven caballero, pero el senescal respondió empujándolo con más fuerza y exigió que atendiera a su señora.

—Tendréis que obligarme —dijo Jaufré, y volvió a quedarse dormido poco después.

El senescal se fue a buscar su armadura y armas, y al regresar despertó a Jaufré a golpes.

—Luchad conmigo o seréis mi prisionero —gritó.

Jaufré se puso en pie entre tambaleos, furioso porque lo hubieran despertado otra vez. Tomó la espada y el escudo y se defendió del senescal. Le bastaron unos pocos espadazos para derrotarlo y enviarlo de vuelta al castillo con el rabo entre las piernas. Allí, la dama Brunnisend esperaba a ver cómo se había desenvuelto.

—¿Dónde está el intruso? —demandó.

—Mi señora, me ha vencido. He tenido grandes dificultades para despertarlo, y, de hecho, creo que ahora vuelve a dormir.

—¡Pues despertémoslo sin falta! —chilló la dama, airada—. Convocad a la guardia de inmediato.

En unos pocos instantes, una docena de caballeros se reunió en el salón, y uno de ellos, un hombre llamado Simon el Rojo, se ofreció a ir y volver con el intruso como prisionero.

—Veréis que no es tan fácil como creéis —le dijo el senescal.

Con todo, Simon se marchó y halló al caballero durmiendo igual que antes. Le costó varios golpes con la lanza despertar a Jaufré, quien se levantó tan fuera de sí que desarmó al caballero en un abrir y cerrar de ojos.

Simon regresó abatido y magullado, y entonces le llegó el turno

a otro caballero, quien corrió la misma suerte. En efecto, tanto sueño tenía Jaufré que creyó que se trataba de Simon que regresaba a perturbar su descanso una vez más, y teniendo eso en cuenta se enfrentó al segundo de los caballeros de una forma aún más sumaria. Aquello enfadó sobremanera a la dama Brunnisend, y ordenó al senescal que se llevara a una docena de caballeros y que trajeran ante ella al intruso para ver con sus propios ojos el tipo de monstruo que había derrotado con tanta facilidad a sus caballeros sin siquiera estar despierto del todo.

Lo siguiente que Jaufré supo fue que lo habían agarrado doce pares de manos, algunos por las piernas, otros por los brazos, y el resto de los hombres, el cuerpo y la cabeza. Lo llevaron desde el jardín hacia el interior del castillo mientras él forcejeaba con todos sus ánimos, y, esta vez totalmente despierto, exigiendo que lo soltaran y le explicaran cuál era la razón de aquel comportamiento tan poco propio de un caballero. Pero los hombres ignoraron sus quejas y lo soltaron, sin el menor cuidado, frente a la dama Brunnisend.

Observando con tanta curiosidad como ira al alto y joven caballero, Brunnisend vio de inmediato que no solo era apuesto, sino también claramente de noble cuna, y armado con la más magnífica de las armaduras.

—¿Sois el que me ha estado causando tantos problemas? —demandó sin ceremonias.

Jaufré se volvió hacia ella y vio a la mujer más hermosa que había visto jamás.

—No era consciente de que estaba importunándoos, mi señora —respondió.

—¡Por todos los santos! —bramó Brunnisend—. Se os castigará de todos modos. ¡Creo que dejaréis un precioso cadáver cuando os mezáis al viento después de que os colguemos!

—Mi señora —dijo Jaufré, contemplando aún con más ahínco su bella figura—. Podéis hacer conmigo lo que os plaza, pues me habéis derrotado solo con vuestra belleza como arma. Si os he

perjudicado de forma inconsciente, debéis castigarme, lo entiendo. Pero os suplico que me concedáis un favor antes de matarme.

—Habláis con arrojo para estar a punto de morir —dijo Brunnisend. Sin embargo, a medida que hablaba, el rostro se le demudó y su furia comenzó a apaciguarse—. ¿Y qué favor es ese?

—Pues, mi señora, una noche de buen sueño —respondió Jaufré.

Brunnisend vaciló, y en ese momento uno de sus caballeros habló y le recordó que era justo concederle al condenado un último deseo.

—Bueno, me parece que pronto tendréis todo el tiempo del mundo para dormir —dijo—, pero, si mis caballeros se ocupan de vigilaros, os concederé vuestro deseo.

—Mi señora —respondió el senescal—. No habrá nadie mejor vigilado.

Dio entonces órdenes de que prepararan un lecho en mitad del salón y desplegó a una docena de soldados para que hicieran guardia hasta el alba y se aseguraran de que Jaufré no huía.

Con eso, la dama Brunnisend se retiró a sus aposentos, arrullada de nuevo por el trino de los pájaros de su jardín. A pesar de eso, y a pesar de sus rutinas y de las tradiciones del castillo, estaba en vela pensando en el apuesto y joven caballero que dormía en el salón del piso de abajo. No dejaba de darle vueltas a quién debía de ser, qué hacía allí y si cabía la más mínima posibilidad de que llegara a considerarla digna de su amor.

Jaufré, mientras tanto, consciente de la amenaza que pesaba sobre su vida, se quedó dormido rodeado de soldados completamente armados.

Y así pasó las horas, hasta que el centinela anunció la medianoche. En ese momento, el castillo entero se despertó y comenzó a llorar a pleno pulmón, llorando, aullando y quejándose hasta tal punto que incluso Jaufré acabó despertando de su profundo sueño. Yacía inmóvil, preguntándose cuál debía de ser la causa de aquellas lamentaciones, y pensando también que debía tratar de escapar de aquel extraño castillo, aunque eso implicara

abandonar a la hermosa doncella.

De haber sabido que aquella hermosa dama estaba en aquel momento despierta y que pensaba también en él, habría permanecido sin duda donde estaba. Sin embargo, en ese momento vio que los guardias, agotados por los lamentos, que al fin habían cesado, también se habían quedado dormidos, y él se apresuró a salir del salón con el máximo sigilo posible. La buena fortuna quiso que encontrara sin problemas su caballo, armadura y armas, y en poco tiempo había abandonado el castillo y volvía a estar ya de camino, dándole vueltas al extraño castillo y sus acongojados habitantes.

Mientras tanto, Brunnisend estuvo en vela hasta el alba, momento en que se levantó y se unió de nuevo a las lamentaciones con las que sus gentes le daban la bienvenida al día. Cuando todo volvió a sumirse en el silencio, se apresuró a convocar al senescal y a demandarle nuevas sobre el prisionero.

El senescal ya había descubierto la ausencia de Jaufré y temía sobremanera admitir que había fracasado en su cometido, así que le dijo a su señora que el caballero había muerto.

—¿Cómo ha ocurrido? —gimió Brunnisend, consternada.

—Mi señora, anoche, cuando os retirasteis, el forastero se despertó durante la primera lamentación. Hizo la pregunta que no debe formularse, y pagó la pena que le correspondía. Recibió nada menos que cien espadazos, que lo cortaron en trozos como a un venado descuartizado. Ya lo hemos enterrado, pues no queríamos apenarla aún más.

—¡Ay, y aun así me habéis apenado mucho más de lo que sabéis! —lloró Brunnisend. Luego, añadió—: Debo saber todo lo posible sobre ese caballero. Os pido que vayáis y descubráis su nombre, rango e historia.

—Pero ¿dónde podría mirar? —demandó el senescal, arrepentido de sus mentiras.

—Donde se encuentra a todos los buenos caballeros: en la corte del rey Arturo. Id allí y descubrid lo que podáis. Es posible que su

familia desee saber cómo ha terminado su vida.

Con eso, el senescal se marchó, aunque a regañadientes, consciente de que en verdad Jaufré no estaba muerto, y temiendo cruzarse con él en el camino.

Y en cuanto al propio Jaufré, se había alejado del lugar lo mejor que había podido, poniendo toda la distancia posible entre él y el castillo de Monbrun. No tardó en arrepentirse de no haber comido nada ni la noche anterior ni aquella mañana, y cuando se topó con un pastor afable, que se preparaba el almuerzo a un lado del camino, apenas dudó antes de aceptar la invitación del hombre a unirse a él.

El pastor era un hombre alegre, y compartía la comida de buen grado. Los dos hombres charlaron de esto y de aquello, y entre otras cosas Jaufré descubrió el nombre de la señora de Monbrun. Pronto se preparó para proseguir su camino, pero cuando estaba a punto de montar y partir, se volvió hacia el pastor y le preguntó si podía contarle a qué se debían las extrañas lamentaciones que tenían lugar en el castillo. La respuesta del pastor fue inmediata: en un abrir y cerrar de ojos, pasó de ser aquel hombre amistoso y parlanchín a un lunático desenfrenado, y atacó a Jaufré con una maza mientras le profería insultos.

El caballero, desconcertado del todo, se defendió lo mejor que pudo con cuidado de no herir al pastor. Finalmente, el hombre desquiciado terminó inconsciente en el suelo, y Jaufré se marchó de allí lo más rápido que pudo. No volvió a encontrarse con nadie más durante el resto del día, aunque sí oyó dos veces más el terrible sonido de las lamentaciones, que parecían emerger del mismísimo suelo. Luego, a medida que caía el día, se cruzó con dos jóvenes que estaban de caza. Le ofrecieron rápidamente la hospitalidad de la casa de su padre, que estaba cerca, y Jaufré aceptó de buen grado. Su anfitrión se llamaba Augier d'Eixart, y recibió al joven caballero con los brazos abiertos. Cuando oyó el nombre y el linaje de Jaufré, se echó a llorar y abrazó al muchacho.

—Vuestro padre y yo combatimos codo con codo en más de una

escaramuza —le explicó el amable señor—. Sois más que bienvenido en mi hogar, durante el tiempo que deseéis.

—Me alegra poder aceptar vuestra hospitalidad —dijo Jaufré—, aunque me temo que no podré quedarme más de una noche.

Se sentaron a cenar, y entonces Jaufré conoció a la hija del señor, una doncella hermosísima, sin duda, que se ganó el corazón del caballero con su carácter afable y encantador rostro.

Cuando hubieron cenado, acompañaron a Jaufré a una cama limpia y cómoda, y durmió sin miedo ni interrupciones por primera vez en semanas. Durmió tan profundamente que ni siquiera oyó las lamentaciones que tuvieron lugar aquella noche, y en las que participaron tanto el señor del castillo como su familia. Por la mañana, Jaufré se preparó para partir, y su anfitrión se acercó a despedirse de él con reticencia.

—Desearía poder hacer algo en honor a la amistad que me unía con vuestro padre —dijo.

Jaufré vaciló.

—Mi señor, hay algo que tal vez podríais hacer; aclararme un asunto que me ha estado perturbando estos últimos días.

—¿Y cuál es? —preguntó Augier con simpatía.

—Por todos los lugares de estas tierras por los que he cabalgado, he oído una terrible lamentación, tres veces al día, y no sé cuántas veces por la noche. ¿Podéis decirme a qué se debe?

Casi antes de que las palabras acabaran de salirle de la boca, el anciano señor había desenvainado la espada y se precipitó hacia él como un tigre, insultándolo y amenazando con matarlo. Jaufré se defendió lo mejor que pudo, desviando los golpes con el escudo y retirándose hasta que pudo saltar sobre su caballo y echar a cabalgar confusamente hacia la puerta. Oía al anciano pidiéndoles a gritos a sus hijos que prepararan las monturas, y poco después le llegó el estruendo de los cascos en el camino a sus espaldas.

Justo cuando pensaba en volver grupas y defenderse con todas sus fuerzas, Jaufré oyó de nuevo la lamentación matutina, y espoleó aún más a su caballo, oyendo las voces de los tres caballeros

llorando junto con el resto. Luego el ruido cesó, y poco después Jaufré oyó la voz de Augier d'Eixart ordenándole que se detuviera y suplicándole perdón por su descortés comportamiento.

Jaufré, con cautela, refrenó su montura, soltando la espada en su vaina. Pero el señor y sus dos hijos ya no estaban dominados por la ira o la tristeza. Cabalgaron hasta él y el viejo lord se arrodilló en la tierra a sus pies, rogándole a Jaufré que lo perdonara en el nombre de Dios y del padre del joven caballero.

Envainando la espada, Jaufré respondió que no había nada que perdonar, pues no le habían hecho ningún daño. Augier le dio las gracias y volvió a su caballo. Tras volverse hacia Jaufré, dijo:

—Amigo mío, no puedo hablar de lo que me habéis preguntado, pero haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros en vuestro cometido. ¿Puedo serviros de alguna otra forma?

—Sí, solo una —respondió Jaufré con cautela—. Busco a un caballero que responde al nombre de Taulat de Rogimon, quien ha injuriado a mi señor, el rey Arturo. ¿Por casualidad no habréis oído hablar de él?

El anciano señor suspiró pesadamente.

—En efecto, conozco a ese caballero —dijo—. Os aconsejaría que os alejarais todo lo posible de él, pues es tan fuerte como malvado. Con todo, si realmente debéis encontrarlo, y veo en vuestro rostro que no daréis media vuelta, esto es lo que tenéis que hacer: cabalgad varias leguas hasta que veáis un gran castillo con muchos estandartes ondeando en las murallas. Delante de los muros habrá numerosas tiendas y pabellones llenos de ricos señores y valerosos caballeros. No habléis con ellos; limitaos a dirigiros hacia el castillo. Nadie os detendrá siempre que continuéis en silencio. En el salón os encontraréis con una triste escena: un noble caballero tumbado en una cama, herido y moribundo. Al pie de la cama habrá una joven doncella, y a la cabeza, una anciana. Es con ella con quien debéis hablar. Decidle que os envío yo y preguntadle por los lamentos. Cuando os haya contado todo lo que sepa, sabréis el paradero de aquel que buscáis. Ahora me despido de vos, ¡pues ya

he hablado mucho y el corazón está a punto de estallarme por la tristeza!

Con eso, el anciano lord dio media vuelta y, tras llamar a sus hijos, se marchó, dejando que Jaufré siguiera el camino indicado, aunque en verdad no sabía si sentirse aliviado ante la posibilidad de hallar al fin a Taulat o desconcertado por las misteriosas palabras en lo que concernía al caballero herido.

✣ ✠ ✣

JAUFRÉ CABALGO HASTA llegar al castillo, que era exactamente como el anciano señor lo había descrito. Avanzó con la mayor presteza posible por el campamento. A ambos lados vio caballeros salir de sus tiendas y observarlo a su paso, pero nadie trató de detenerlo, ni allí ni a las puertas del castillo, que estaban abiertas de par en par. Se apresuró a seguir adelante y atravesó varias habitaciones, cada una más espléndidamente adornada que la anterior, hasta que vio una puertecita entreabierta, y al mirar dentro distinguió a un caballero tumbado en una cama, con la mitad superior del cuerpo vendada y el rostro pálido y descompuesto. Junto a la cama se habían sentado dos mujeres, tal como Augier había descrito, y Jaufré entró con cuidado y se dirigió a la mayor de las dos para preguntarle si podría hablar con ella un momento. La dama se puso en pie y lo acompañó fuera de la alcoba. Luego ella le preguntó, con voz queda, qué hacía allí.

—Señora, vengo del castillo de Augier d'Eixart. Busco a un tal Taulat de Rogimon, quien ha perjudicado enormemente a mi señor, el rey Arturo.

Continuó describiendo los acontecimientos de la corte, y mientras hablaba la dama lo escuchaba con la cara larga. Luego, respondió:

—Mi señor, no me sorprende oír lo que decís, pues no ha existido jamás un villano más malvado y con el corazón más negro

que aquel que buscáis. Ha traído a esta casa más sufrimiento del que soy capaz de describir.

—Contádmelo, si queréis —dijo Jaufré—. Y habladme de dónde podría encontrar a Taulat.

—Os lo contaré todo —contestó la dama—. El caballero que yace en esa alcoba es una víctima de las viles artes de Taulat. A su padre lo mató ese demonio, y él mismo sufrió una herida preocupante en el pecho. Ahora, oíd lo que hace Taulat. Todos los meses, cuando las heridas de este valeroso caballero están casi curadas, el villano vuelve y lo obliga a escalar una colina a las afueras del castillo con la armadura puesta. Esto provoca que las heridas se le vuelvan a abrir y que le regrese la fiebre. Hace más de siete años que ocurre esto, y temo por el caballero, pues se debilita más y más cada vez que se ve obligado a pasar por ese calvario.

—Esta es sin duda una historia terrible —sostuvo Jaufré—. Taulat tiene mucho por lo que responder.

—En efecto. Pero temo que no hay caballero vivo, salvo quizás sir Gawain o sir Lancelot, que pueda derrotarlo.

—Sir Gawain vendrá después de mí si yo fracaso —respondió Jaufré—. Pero, decidme: ¿quiénes son todos esos caballeros acampados alrededor del castillo?

—Son los valientes señores que han intentado vencer a Taulat. Ninguno ha tenido éxito, y ahora son sus prisioneros. No esperéis ayuda por su parte, pues el pavor que sienten por el vil caballero es indescriptible.

—¿Volverá Taulat aquí pronto? —preguntó Jaufré.

—En una semana —contestó la señora—. Si me permitís que os dé un consejo, os marcharéis de aquí y regresaréis cuando haya pasado ese tiempo. Pero lo cierto es que deberíais alejaros de aquí y no regresar jamás, pues temo que solo hallaréis la muerte a manos de Taulat.

—Eso me resulta imposible —dijo Jaufré—. Pero volveré en una semana y haré lo posible por aliviar vuestro sufrimiento. —Vaciló —. Os pediré una cosa más, relacionada con la terrible lamentación

que oigo en estas tierras dondequiera que vaya. El señor Augier me contó que vos me hablaríais de eso, algo que no he conseguido de nadie más a quien le he preguntado, y de hecho han enloquecido al oír la pregunta.

La dama suspiró.

—Os lo diré, en efecto, aunque me apena enormemente hacerlo. Este caballero que yace aquí y que está tan malherido es el más noble de los hombres, y muy querido por su gente. Es por él por quien lloramos todos los días y todas las noches, a causa del sufrimiento que debe soportar. Sienten su dolor con tanta intensidad que es casi como si fuera el suyo. Se lamentan durante las peores etapas de su sufrimiento y acaban enloqueciendo por la angustia y el miedo que cualquier persona acaba sintiendo cuando se cruza con Taulat. Por eso hemos prometido no hablar de esa cuestión, y los forasteros que llegan aquí preguntan por su cuenta y riesgo. Solo yo, como mujer, puedo hablar de esto con vos, pero os advierto que aquí solo os espera la muerte o el dolor.

Jaufré le dio las gracias a la señora y se marchó del castillo, y entonces se adentró en el bosque para esperar allí que pasara la semana hasta que llegara el momento del regreso de Taulat. No sentía más que pesadumbre por el destino del hombre herido, y rabia por todas las personas que sufrían debido al vil caballero.

✣ ✠ ✣

Y ASÍ FUERON PASANDO los días, hasta que llegó el momento en que Jaufré debía regresar al castillo. Sin embargo, apenas había avanzado una milla cuando se topó con una anciana junto al camino. Al acercarse, se dio cuenta de que era la mujer más estrafalaria y repugnante que había visto jamás. Tenía unos largos dientes verdes, el pelo desaliñado, unas piernas esqueléticas y el vientre hinchado, además de unos ojos enormes y unos largos colmillos que sobresalían de sus labios babosos. Su piel estaba

ennegrecida y ajada, y babeaba sobre su delicado vestido de seda como una criatura.

Al ver a Jaufré, exclamó:

—¿Adónde os dirigís, necio? ¡Dad media vuelta de inmediato!

—No hasta que me des una buena razón para hacerlo —respondió Jaufré.

—Si seguís por aquí, os arrepentiréis —dijo la bruja.

—¿Por qué debería creerte? —preguntó Jaufré—. ¿Quién eres?

En ese momento, la vieja se enderezó de súbito, y era tan alta y recta como una lanza. Ya no parecía tan anciana, aunque su aspecto seguía siendo aterrador.

Jaufré se santiguó al instante, pero la bruja se limitó a reírse.

—Veo que no daréis media vuelta —dijo—. Que así sea. No tardaréis en encontrar cosas mucho más terribles que yo.

Se negó a decir nada más y Jaufré se apresuró a seguir adelante, contento con alejarse de la extraña criatura. Continuó hasta que vio la pequeña celda de un ermitaño. Creyendo que tal vez podría descansar allí, se aproximó a aquella humilde morada. Sin embargo, cuando apenas lo separaban unos pasos, un caballero de armadura negra apareció como de la nada y cabalgó a galope tendido hacia él. Aquello tomó por sorpresa a Jaufré, y lo derribó de su caballo. Fuera de sí, se incorporó y desenvainó la espada. Con todo, al mirar alrededor, no vio ni rastro del caballero negro. Jaufré montó de nuevo en su caballo, desconcertado, y de repente apareció otra vez el mismo caballero, o alguien que se le parecía, cabalgando furiosamente hacia él. Esta vez Jaufré estaba más preparado y consiguió poner la lanza en ristre. El caballero negro lo embistió con tanta fuerza y velocidad que la lanza le atravesó el cuerpo de lado a lado. Con todo, la fuerza del ataque hizo que Jaufré cayera otra vez al suelo, y cuando se levantó se dispuso a ejecutar al hombre herido, pero no había ni rastro de él.

De nuevo, Jaufré montó en su caballo, y allí estaba otra vez el caballero negro, aparentemente ileso. Y, de nuevo, cargaron el uno contra el otro, y Jaufré acabó otra vez en el suelo. Allí, se volvió

hacia su atacante, pero el caballero había vuelto a desvanecerse.

Y así continuaron a lo largo de la tarde. En cuanto montaba a caballo, Jaufré podía ver claramente al caballero negro. Cuando caía al suelo, desaparecía. Al final, se hartó tanto de aquel juego que decidió continuar a pie y guiar a su montura hacia la capilla.

Entonces el caballero reapareció, esta vez a pie, y atacó a Jaufré con espada y escudo. Cuando comenzó a caer la tarde, cada vez tuvo más problemas para distinguir a su atacante. Pero Jaufré se defendió lo mejor que pudo y consiguió cortarle un brazo al caballero negro. No obstante, la extremidad volvió a crecerle en un abrir y cerrar de ojos, y cuando un instante más tarde el joven caballero le propinó un espadazo que le partió en dos el cráneo hasta los dientes a su oponente, la herida le sanó tan rápido que apenas tuvo tiempo de retirar la espada.

Continuaron combatiendo a lo largo de otra hora. El caballero negro no conseguía herir a Jaufré, pero el joven comenzaba a agotarse mientras resistía golpe tras golpe, mientras él parecía incapaz de matar a su terrible oponente. Y así habrían continuado las cosas hasta que a Jaufré le hubieran fallado las fuerzas si el ermitaño no hubiera intervenido. Harto de que lo despertara el incesante alboroto de la contienda, se levantó de la cama con un chal sobre los hombros y un frasco de agua bendita. Al verlo, el caballero negro se dio a la fuga, y el ermitaño ayudó a un tambaleante Jaufré a refugiarse en su cabaña, donde se quitó la armadura y se sumió en un profundo sueño, fruto del agotamiento.

Por la mañana, se despertó y descubrió que el eremita había alimentado y estabulado a su caballo, y que había preparado ropa limpia para él. El buen hombre volvió entonces a decir misa, y después le ofreció a Jaufré pan y agua antes de preguntarle quién era y qué lo traía a aquel lugar.

—Vengo de la corte del rey Arturo, y busco a un vil caballero llamado Taulat.

—Aquí no lo encontraréis —respondió el ermitaño—. Esto es una tierra de frontera. Al otro lado se extiende una región maligna

que no puede atravesar ningún hombre.

—¿Cómo es posible? —preguntó Jaufré—. ¿Quién era el caballero contra el que luché?

—No era ningún caballero, sino un demonio del averno, invocado aquí por una vieja malvada que vive cerca. Es la madre de una criatura que lleva más de treinta años aterrorizando estas tierras.

—En efecto, si es algo repugnante de ver, ya me he cruzado con esa mujer —dijo Jaufré.

—Entonces ya sabéis de qué hablo —respondió el ermitaño—. Os contaré la historia de cómo llegaron aquí. Años atrás, la vieja tenía un marido, monstruoso como ella. Pero después de llevar una vida cruel durante muchos años, fue finalmente abatido, y su esposa, temiendo por sus dos hijos, invocó al demonio que ahora protege el camino. Sus hijos ya han crecido, y son tan malignos como su padre. A uno lo maldijeron con la lepra y su madre hizo construir una casa para él al este de aquí. He oído que hace poco llegó un caballero y terminó con su miserable existencia. Ahora su hermano ha ido a confirmarlo, y a vengarse de aquel que ha ejecutado a su hermano.

—Fui yo quien ejecutó al leproso —dijo Jaufré—. Sin duda su hermano no tardará en volver para encontrarme. —Entonces le contó al ermitaño la historia completa sobre su búsqueda, y su combate contra los leprosos. Al final, añadió—: Debo marcharme de este lugar y buscar otro sitio donde esperar, pues temo que la criatura pueda haceros daño si descubre que me habéis dado cobijo.

—No puede hacerme daño —respondió el ermitaño con tranquilidad—. Pero sí sería conveniente que os marcharais, pues no creo que podáis enfrentaros a la criatura cuando regrese.

—No dudéis de que haré todo lo que pueda —dijo Jaufré con gravedad—. Por ahora, me iré a otro lugar y esperaré el regreso de Taulat.

—En verdad debéis desear la muerte —dijo el ermitaño—. Que pretendáis enfrentaros a esos dos demonios es un claro signo de

locura.

—En ese caso, es una locura deseable —contestó Jaufré—. Lo que me ha traído hasta aquí ha sido el deber para con mi rey y con aquellos que han sufrido.

Y dicho eso se marchó, después de aceptar las bendiciones del ermitaño. Pero apenas había cabalgado más de una milla cuando vio al leproso aproximarse. Bajo un brazo llevaba a una doncella que lloraba de miedo y angustia. De inmediato, Jaufré puso la lanza en ristre y cargó. Acertó a la contrahecha criatura en mitad del pecho y se lo atravesó. Con todo, el leproso fue capaz de agarrar la lanza y derribar a Jaufré de su caballo, propinándole un golpe tan fuerte en el proceso que el joven caballero estuvo a punto de caer inconsciente.

La cabeza le daba vueltas, pero se esforzó por ponerse de pie y desenvainar la espada cuando la doncella lo alertó a gritos. Golpeó al leproso con tal fuerza que le seccionó parte del brazo izquierdo y del costado. Mientras la sangre le brotaba de la herida y la criatura gemía enloquecida, Jaufré se apresuró a cortarle la cabeza de un único espadazo. Luego se desplomó en el suelo, exhausto, hasta que la doncella se acercó y lo ayudó a incorporarse. Él la miró y la reconoció como la hija de Augier d'Eixart, aunque ella todavía necesitó unos instantes para reconocerlo a él. Entonces se arrodilló a sus pies y lloró aliviada.

Tras levantarse con dificultades, Jaufré subió a la doncella a la silla, frente a él, y cabalgaron hacia el castillo del caballero herido, donde él debía encontrarse con Taulat de Rogimon.

✣ ✠ ✣

No tardaron en divisar las murallas, y allí vio a los hombres de Taulat arrastrando al hombre herido con las manos atadas y preparándose para obligarlo a escalar la colina. Jaufré espoleó a su montura y les ordenó que se detuvieran. En ese momento, el mismo

Taulat, que había visto al joven caballero aproximarse, salió de su salón y le exigió con arrogancia que se bajara y se entregara junto con la doncella a su servicio.

—No obedeceré —respondió Jaufré—, pues he venido solo con la intención de enfrentarme a vos. Por eso, pido que liberéis a este noble caballero a quien durante tanto tiempo habéis torturado y regreséis conmigo a la corte del rey Arturo, pues le habéis provocado un gran perjuicio y merece una disculpa.

Taulat lo observaba incrédulo, y poco después soltó una sonora carcajada.

—¿Sois consciente de que he derrotado a cien hombres mejores y más fuertes que vos? Os daré un momento para que os entreguéis, o de lo contrario prometo que os mataré.

—Eso lo decidirá Dios —dijo Jaufré—. Yo esperaré aquí a que os arméis y estéis listo.

—No necesito armadura para derrotaros —se mofó Taulat—. Me basto con mi espada y mi escudo.

Entonces hizo llamar a su escudero para que le llevara solo esas dos cosas. Los dos hombres se enfrentaron al fin y, tras colocar sus lanzas en ristre, cargaron contra el otro. La lanza de Taulat chocó con el centro del escudo de Jaufré y lo levantó de la silla, pero la lanza de este atravesó limpiamente el escudo de su oponente y le perforó el costado, lo que le provocó una grave herida. Taulat cayó al suelo y comenzó a gimotear. Jaufré se acercó con la espada desenvainada.

—Señor —gritó Taulat con voz acongojada e incrédula—, me habéis vencido. Maldigo la locura que me ha traído hasta aquí. Os suplico que me perdonéis la vida, y todo lo que esté en mi poder será vuestro.

—En ese caso —respondió Jaufré con frialdad— tendré misericordia de vos, pero solo si me prometéis que liberaréis a todos vuestros prisioneros, incluido el caballero herido, y marcháis lo antes posible a la corte del rey Arturo. Yo puedo perdonar los males que me habéis provocado, pero el rey debe decidir el resto por su

cuenta.

Taulat se lo prometió, y Jaufré permitió que acudiera un cirujano a examinarle las heridas y curárselas. Luego el caballero que había sido el juguete de Taulat durante tanto tiempo dio un paso al frente, caminando con dificultades y aún frágil por su largo calvario.

—Señor —dijo—, os debo mi vida y mucho más. Si hay algo que pueda hacer para compensároslo, solo tenéis que decírmelo.

—No pido nada —respondió el héroe—, más que vayáis a la corte del rey Arturo y le contéis lo que ha ocurrido aquí. Y si veis a un caballero llamado sir Kay, decidle que habría sido mejor que contuviera la lengua la última vez que se dirigió a mí.

Luego Jaufré solicitó una montura para la hija de Augier y partió de inmediato a llevarla a casa con su padre. Y el caballero herido también se marchó tan pronto como pudo, acompañado por Taulat, que se recuperaba lentamente, y al llegar a la corte de Arturo le contó al rey todo lo que había sucedido y elogió a Jaufré por su coraje y valentía ante tantos peligros. El rey centró su atención en Taulat, quien se arrodilló y suplicó piedad.

En un primer momento, Arturo era reticente a perdonar al caballero, pero tanto le suplicó y con una angustia tan evidente, que finalmente el rey decidió perdonarlo. Mas el caballero a quien Taulat había retenido como prisionero y tratado con tanta vileza durante siete años no podía perdonarlo con tanta facilidad. Así que se decretó un juicio y el caballero dio testimonio de la crueldad de Taulat. La sentencia de la corte fue la siguiente: que Taulat estuviera bajo custodia de su antiguo prisionero, a quien indicaron que lo azotara durante el ascenso a la colina todas las semanas, igual que él había azotado al caballero, hasta que se considerara que el castigo ya era suficiente. Y eso fue lo que acordaron.

Jaufré, mientras tanto, regresó al castillo de Augier d'Eixart, donde puedes imaginar que fue recibido con los brazos abiertos, tanto por haber derrotado a Taulat como, sobre todo, por haber vuelto con la hija del viejo señor. Pero Jaufré cada vez pensaba más

y más en la hermosa Brunnisend. Y mientras le daba vueltas a eso, llegó el senescal de aquella, que había estado buscando a Jaufré desde que escapara del castillo donde estaba encerrado. Cuando vio a Jaufré, sintió tanta alegría como miedo; alegría por haber dado con el caballero, y miedo por lo que su señora pudiera llegar a hacer al descubrir que la había engañado. Con todo, le suplicó a Jaufré que regresara a casa con él, y el joven caballero accedió, aunque le pidió al senescal que lo protegiera de la ira de su señora, pues el joven no tenía conocimiento de lo que sentía Brunnisend por él y temía que solo albergara ira. El senescal le aseguró que era improbable que reaccionara así, pues Jaufré había vencido a Taulat y liberado a su señor.

Y así fue como Jaufré regresó a Monbrun con el senescal, y la dama Brunnisend salió a recibirlo y se alegró y sorprendió de verlo vivo. Cuando se enteró de todo lo que había ocurrido, y de que el señor de aquellas tierras era libre gracias a Jaufré, sintió un profundo gozo, igual que el resto de su pueblo, pues ya no debían lamentarse más. Y que no te quepa duda de que pronto perdonó al senescal por su mentira, pues en verdad amaba a Jaufré, y poco después fue capaz de confesarle lo que sentía por él. Entonces el joven caballero declaró también su amor, y acordaron partir hacia la corte de Arturo para anunciar que deseaban desposarse. Ya puedes imaginar el regocijo que se produjo cuando Jaufré al fin regresó a casa, llevando consigo a la dama más hermosa que se había visto jamás.

A su debido tiempo, Jaufré se desposó con Brunnisend, y los dos vivieron felices el resto de sus días. Y Jaufré vivió muchas más aventuras, que tal vez pueda contarte en otra ocasión, si se me permite.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DE JAUFRÉ.

IMPLICIT LA HISTORIA DE SIR MARROK Y EL LOBO.

18: EL RELATO DE SIR MARROK Y EL LOBO

De todos los cuentos que incluye el maestro Thomas en su obra, hay uno sobre el que he reflexionado mucho durante años. Pues es un relato que menciona y no explica[15], y le estuve dando vueltas hasta hace poco, cuando lo hallé en un viejo libro. Y por eso lo contaré a continuación, para que llegue a más personas y se recuerde.

✣ ✣ ✣

Poco después de que el rey Arturo fundara la hermandad de la Mesa Redonda, vivía en Bretaña un caballero fuerte y apuesto llamado sir Marrok. Nadie en las tierras que gobernaba tenía una mala palabra sobre él, y era conocido a lo largo y ancho del país como un ejemplo de justicia y honor como pocos otros poseían.

Sir Marrok estaba casado con una dama tan hermosa como un día de verano, cuya bondad era legendaria. Su nombre era Alys, y

ella y sir Marrok eran felices juntos, y raramente le dedicaban palabras duras al otro. Solo había una cuestión que se interponía entre ellos. Tres noches por semana, sir Marrok se perdía por el Gran Bosque. Se marchaba solo y nadie sabía adónde iba ni por qué.

Durante un largo tiempo, la esposa de Marrok pensaba en aquellas misteriosas ausencias. En su corazón sabía que su marido era un hombre fiel, así que tenía claro que no se escapaba a verse con otra amante. Pero aun así el asunto la incomodaba, hasta que al final ya no pudo permanecer más en silencio.

Un día, cuando Marrok regresó de uno de sus viajes al bosque, su esposa le llevó vino y se sentó a su lado junto al fuego hasta que las mejillas le adoptaron un leve tono sonrosado. Luego le posó una mano en el brazo y le suplicó que le dijera adónde iba tres días por semana.

Sir Marrok palideció al instante.

—No me preguntéis eso, mi señora. Si os lo contara, una gran desgracia caería sobre los dos.

Así que durante un tiempo la dama Alys no dijo nada más, pero la cuestión de las ausencias de sir Marrok la carcomía por dentro, hasta que al final ya no pudo guardar silencio y volvió a rogarle a su señor que le dijera adónde iba y por qué.

Y, de nuevo, Marrok, con una preocupación aún mayor, se negó a responder a sus preguntas, y le repitió que saberlo no le traería nada bueno. Pero la dama no podía permanecer en silencio, y después de aquello le estuvo formulando a Marrok la misma pregunta día tras día.

A la postre, él ya no pudo soportarlo más, pues en verdad amaba profundamente a la dama Alys, y deseaba poder tranquilizarla. Y así fue como un día se sentó con ella frente al gran hogar del salón de su castillo y le confesó la verdad.

—Mi querida dama, debo deciros que hace muchos años me encontré con un ser feérico en el Gran Bosque, y aunque no le hiciera ningún daño, me castigó con una terrible maldición. Esos tres días de cada semana debo adoptar la forma de un lobo. De esa

guisa, me adentro en el bosque y vivo de lo que puedo capturar hasta que regreso a casa.

Al oírlo, la dama Alys se puso pálida y abrazó a sir Marrok con fuerza.

—Seguro que hay alguna solución —dijo—. Hay algunos que habitan estas tierras y conocen ese tipo de asuntos. Ningún hechizo ha durado para siempre.

Marrok sacudió la cabeza.

—Al principio, cuando sentí el poder de la maldición, hice todo lo posible por romperla. Viajé por todas partes en busca de una respuesta, preguntando a cada hombre o mujer sabios con los que me cruzaba. Pero todos me respondieron que las maldiciones feéricas son las más difíciles de eliminar, y que lo más probable era que solo aquel que había pronunciado la maldición, o alguien de su raza, pudiera deshacerla. Sin embargo, no he vuelto a encontrarme con ningún otro habitante del reino de las hadas en el Gran Bosque. Fue entonces cuando nos conocimos, amor mío, y desde entonces me he marchado del castillo y dirigido al bosque para que nunca tuvierais que presenciar mi transformación.

La dama Alys permaneció en silencio un largo rato. Luego, le preguntó:

—¿Qué ocurre con vuestra ropa cuando adoptáis la forma del lobo?

Marrok sonrió, pues le parecía una pregunta muy pragmática, algo habitual en su esposa.

—La escondo en el bosque, pues si alguien la encontrara mientras yo estuviera con forma de lobo, debería quedarme por siempre así, o hasta que me convirtiera en polvo.

La dama Alys no respondió a eso, pero en ese momento le nació en el corazón una idea terrible. Pues mientras escuchaba la historia de la transformación de Marrok, el amor que había conocido por él comenzó a convertirse en odio. Antes, siempre que miraba a su señor sonreía y sentía cómo el corazón le daba un vuelco de alegría; ahora solo pensaba en la transformación, en el pelaje y las garras y

los colmillos que le surgían de la piel, hasta que ya no se parecía en nada al hombre que llamaba esposo, sino a otra cosa, algo aterrador.

Tal era su miedo que comenzó a temer el momento en que Marrok regresara del Gran Bosque, y hacía todo lo posible por evitarlo, hasta que al final el lecho marital se enfrió, y la alegría que antaño habían compartido se desvaneció por completo.

Con aquella angustia royéndole por dentro, la dama Alys comenzó a valorar cómo podría deshacerse del hombre que ya no amaba. De nuevo, le suplicó hasta que él le contó dónde ocultaba su ropa en el bosque: bajo una piedra con un corazón vaciado, debajo de un viejo árbol cerca de un sendero concreto que atravesaba la floresta. Para conseguir que se lo confesara, le prometió que si ocurría algo, o si robaban la ropa, ella podría volver a colocarla. Así, con palabras dulces fue tejiendo sus mentiras en torno a sir Marrok, pero al mismo tiempo buscaba al caballero cuyas tierras lindaban con las de Marrok. Hacía mucho que conocía a aquel hombre como amigo, y él a su vez la amaba desde antes de que se convirtiera en la esposa de Marrok. La dama Alys convocó a aquel hombre, cuyo nombre era Jocelyn, y después de hacerle prometer uno de los juramentos más fuertes de discreción, le contó la historia de la maldición de Marrok.

—Me habláis sin duda de algo maligno —dijo sir Jocelyn—. Pero creo que veo una posible solución… Si es que mi señora desea deshacerse de ese medio hombre para siempre.

La dama Alys confesó que ya no amaba a Marrok y que quería deshacerse de él, pues no era más que un monstruo. De ahí que una noche, cuando Marrok se había convertido en lobo y deambulaba por el bosque, sir Jocelyn se adentrara sigilosamente y, siguiendo las indicaciones de la dama Alys, encontrara el lugar donde el caballero había ocultado su ropa. Jocelyn la llevó de vuelta al castillo, donde la dama Alys la guardó en una caja cerrada con argollas de hierro y sellada con numerosas llaves.

Y así fue como Marrok acabó condenado a un terrible destino,

pues sin la ropa que llevaba puesta al entrar en el bosque no podía recuperar su forma humana. Durante largos días, meses y, por último, años, vivió solo en el Gran Bosque, cazando para comer, bebiendo de los arroyos y llevando la vida de un lobo. Sin embargo, su mente y su corazón seguían siendo humanos, y todos los días se lamentaba por su antigua vida, y lloraba lágrimas saladas por la dama que había amado, aunque supiera que debía de haberlo traicionado.

Marrok, el lobo

Ella, mientras tanto, y después de que pasara un año durante el que no había habido ni rastro del lobo, consideró que Marrok debía de haber perecido, así que se casó con sir Jocelyn y vivieron juntos en el castillo que una vez había pertenecido a Marrok, y unieron sus tierras para formar un amplio país.

Sucedió entonces que el rey que gobernaba aquellas tierras, y hermano del rey Ban de Benoic y tío de sir Lancelot, solía cazar en la parte del bosque donde vivía el hombre lobo. En un día concreto, buscó presas allí y se dispuso a dar caza a un poderoso jabalí. Ocurrió que aquella bestia se vio acorralada, y después de matar a varios de los sabuesos del rey, atacó al monarca. Mientras el caballo del rey se encabritaba por el miedo, de repente apareció de entre los árboles un gran lobo gris que atacó al jabalí y provocó que huyera. Luego, al tiempo que el rey y sus cazadores observaban la escena atónitos, el lobo se acercó y apoyó la cabeza en el pie del rey.

Todos se sorprendieron, y muchos se percataron de que el caballo del rey no mostraba el mismo miedo que había demostrado cuando el jabalí los había atacado. Tan desconcertado estaba el rey que ordenó que se llevaran a los sabuesos.

—Ved esto, señores míos —declaró—. Este comportamiento no es normal, sino un milagro. No permitiré que se haga daño a esta bestia. Dejémosla ir en paz.

Sin embargo, cuando la partida de caza se encaminaba hacia el castillo del rey, vieron que el lobo los seguía. Ni los gritos ni los movimientos de las lanzas, ni tampoco los ladridos de los perros, disuadieron a la bestia, que siguió a la compañía hasta el castillo real y entró detrás de ellos, e incluso se atrevió a ir con ellos hasta el gran salón. Cuando el rey lo vio, se acercó a la salvaje criatura y, ante su sorpresa, esta se inclinó ante él y le lamió la mano con su gran lengua roja. El rey ordenó entonces a sus seguidores que no le hicieran ningún daño al lobo, y que dejaran que se moviera libremente por el castillo siempre que no le ocasionara problemas a nadie. Y así fue como el lobo se quedó en el castillo, acompañando al rey dondequiera que fuera e incluso durmiendo al otro lado de la puerta de su alcoba por la noche. Pronto entró a formar parte de la corte hasta tal punto que todos dejaron de temerlo y de pensar en hacerle daño.

Pasó el tiempo, hasta que por casualidad el rey decidió organizar una corte solemne, y convocó a asistir a todos sus nobles. Se encontraba entre ellos sir Jocelyn, el caballero que había traicionado a sir Marrok y se había desposado con la dama Alys. Cuando vio a aquel hombre, al lobo, tan cortés habitualmente, lo dominó la misma bestialidad que a todos los de su especie e hizo ademán de atacar al caballero. Tres veces saltó hacia él, mostrando los dientes y aullando con lástima. El rey lo reprendió las tres veces y el lobo obedeció, aunque continuó gruñendo y demostrándole al caballero el odio que sentía hacia él. Muchos comenzaron a preguntarse si el hombre no habría cometido algún acto vil, teniendo en cuenta lo cordial que era siempre el lobo, y todos se alegraron al verlo partir de la corte antes que el resto de los nobles.

Después de aquello, el lobo volvió a comportarse con la misma bondad y simpatía de antes, y el rey y sus caballeros no tardaron en olvidar el incidente, hasta que el rey decidió visitar sus tierras, y llegó de nuevo a la zona del Gran Bosque donde había encontrado por primera vez al lobo.

Al enterarse de la visita del rey, la dama Alys pensó que aquello podía ser una buena oportunidad de ganarse su favor tanto para ella como para su esposo, así que le solicitó al monarca que visitara su hogar y prepararon un opíparo ágape en su honor.

El rey no tardó en llegar, y con él fue también el lobo, como ya era costumbre. En el momento en que la bestia posó su mirada sobre la dama Alys, se abalanzó sobre ella y le arrancó gran parte de la nariz antes de que pudieran impedírselo. Mientras la dama gritaba y la sangre manaba de su rostro arruinado, los caballeros desenvainaron las espadas, y habrían matado a la bestia si el rey no los hubiera detenido, e hizo llamar a sanadores para que asistieran a la dama y convocó también a su esposo para que se presentara ante él.

El lobo no hizo ademán de atacar a sir Jocelyn esta vez, pero sí emitió un grave gruñido gutural cuando el caballero apareció.

—Recuerdo bien la última vez que nos vimos —dijo el rey—, y

de cómo esta bestia, tan juguetona de costumbre, quiso haceros daño. Debe de haber alguna razón.

Cuando ni el caballero ni la dama ofrecieron motivo alguno, el rey los llevó a habitaciones separadas y allí los interrogó. La dama Alys confesó de inmediato, y llorando amargamente le contó la historia de la maldición de sir Marrok y cómo había llegado a odiarlo y robado sus ropas para que permaneciera por siempre con forma de lobo.

Cuando oyó esto, el rey le exigió a la dama que sacara las ropas del lugar donde las había escondido. Luego hizo que el lobo fuera al mismo lugar, y observó cómo aullaba y gimoteaba.

—¿Por qué no se transforma? —preguntó uno de los cortesanos, quien como el rey estaba desconcertado ante lo que estaba viendo.

Un caballero mayor respondió:

—Mi señor, creo que es posible que el cambio sea largo y doloroso, teniendo en cuenta el tiempo que lleva este hombre convertido en lobo. ¿No sería mejor que lo dejáramos a solas con su ropa?

El rey coincidió, y cerraron la puerta de la alcoba donde estaba el lobo y se marcharon.

Al cabo de un cierto tiempo, el rey regresó a la alcoba con dos de sus hombres y abrió la puerta. Allí vieron el cuerpo de sir Marrok, de vuelta a su forma humana, durmiendo en la cama. Lo dejaron descansar, y por la mañana se produjo un gran regocijo cuando Marrok salió y fue recibido de nuevo en el mundo de los hombres.

Después de eso, el rey le devolvió todas sus tierras, así como las de sir Jocelyn, y a él y a la dama Alys los expulsaron del reino. Se dice, en la historia que encontré, que tuvieron varias criaturas, todas niñas, y que todas nacieron sin nariz.

En total, sir Marrok pasó siete años con forma de lobo, y he oído que con el tiempo se deshizo de la maldición que lo afligía. Poco después conoció y se desposó con una dama dulce que lo cuidó durante el resto de sus días. Y en ese tiempo se unió a la hermandad

de la Mesa Redonda, y se cuenta entre los caballeros del libro del maestro Thomas.

Y así es como su historia queda registrada al fin.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DE MARROK.

IMPLICIT LA HISTORIA DE LA DIADEMA DE ORO.

19: EL RELATO DE SIR TOREC Y LA DIADEMA DE ORO

De todos los grandes caballeros de la Mesa Redonda, el maestro Thomas escribió de muchos cuyos nombres aún se recuerdan. Hay uno, sin embargo, cuyo nombre resonó antaño como el epítome de las habilidades caballerescas. No obstante, en tiempos recientes el nombre de sir Torec se ha desvanecido del conocimiento de muchas de las personas que adoran estos cuentos. No sabría decir por qué, pues era sin duda un intrépido caballero. Por tanto, contaré aquí su historia, entre aquellas que he recuperado de la oscuridad de la ignorancia.

ÉRASE UNA VEZ, antes de la llegada del rey Arturo, una tierra que no aparecía en los mapas. Solo aquellos lo bastante valientes como para atravesar el sombrío bosque de Brocelianda, que ocultaba una gran parte de aquellas tierras, podían descubrir las aventuras que aguardaban en sus profundidades. Uno de esos hombres fue un rey llamado Briant des Iles. Un día, sintió la atracción del bosque, inquieto como estaba, montó en su caballo y cabalgó solo entre los árboles. Desconozco durante cuánto tiempo estuvo viajando, pues el relato no nos lo dice, pero mientras cabalgaba oyó una voz que cantaba con dulzura, y al llegar a un pequeño claro se maravilló ante una hermosa mujer que estaba sentada en las ramas más altas de un árbol cargado de fruta, cepillándose sus cabellos dorados y deleitando a los pájaros y bestias del bosque con su canción.

Briant la llamó a viva voz.

—¿Os encontráis bien, mi señora?

La mujer del árbol dejó de cantar y sonrió al rey, cuyo corazón se derritió en ese mismo instante.

—Estoy bien, mi señor rey. Os espero desde el alba.

Perplejo, Briant le preguntó cómo era posible que supiera que pasaría por allí.

—Porque se predijo —respondió la dama— que en este día aparecería aquí el hombre con el que me desposaría.

El rey no cupo en sí de asombro al oírlo, pues se había enamorado de la mujer en cuanto la había visto en el árbol.

—Dado que conocéis mi nombre y posición, ¿me diréis vos quién sois? —preguntó.

La doncella lo miró alegremente desde las alturas.

—Me llamo Mariole. Mi madre es la reina de estas tierras. Si os desposáis conmigo, prometo que os entregaré un regalo que os aportará tanto honor como riquezas.

Dicho esto, bajó del árbol y el rey la ayudó a subir a su montura. Sin mediar palabra, volvió grupas y cabalgaron de vuelta hacia el castillo del rey.

Desoyendo los consejos de sus cortesanos, quienes pensaban que la dama era de los *longaevi*, los longevos, el rey se casó con Mariole, pues a pesar de haberle prometido un presente de riquezas y honor, él no necesitaba aquellas incitaciones, tan grande era la pasión que sentía por la misteriosa mujer.

De ella aprendió que era la guardiana de una diadema de oro única. Esta, al haber sido forjada en el reino de las hadas, traía la buena fortuna a quien la poseyera. He oído decir que Merlín conocía aquel artefacto mágico, aunque ni él ni los caballeros de la Mesa Redonda fueron capaces de descubrirlo en los tiempos que vendrían. Mas la dama Mariole, al ser de sangre feérica, creo, sin duda de los *longaevi*, pudo ofrecérsela a Briant. Solo había una condición en aquel acuerdo.

—Hay un caballero conocido como el del León Rojo —dijo Mariole—, de quien se profetiza que intentará robarla. Debéis aseguraros de que eso no ocurra jamás, o de lo contrario todo estará perdido.

El rey le dio su palabra de que aquello no sucedería jamás mientras viviera, y durante un tiempo fueron felices juntos, y acumularon todo tipo de riquezas gracias al poder de la diadema. Pero en otro lugar en aquella época, lejos del reino del rey Briant, vivían tres hermanas, primas de Mariole por parte de padre, quienes anhelaban poseer la reliquia de oro.

Dio la casualidad de que las hermanas recibieron una gran herencia al mismo tiempo que el rey Briant se casaba con Mariole. Poseían cincuenta castillos entre las tres, y se reunieron para decidir cómo dividirlos. La mayor de las hermanas, que se llamaba Miraude, sorprendió a sus hermanas al decirles que podían quedarse con las propiedades que le correspondían, pero que ella deseaba otra cosa: la diadema de oro, que reclamaba como parte de su ascendencia familiar. A cambio de entregarles su parte de las tierras y castillos de la herencia, exigió que el esposo de su hermana mediana, el nombre del cual era Bruant, la consiguiera para ella.

Este Bruant era un hombre astuto. No debería sorprenderte

saber que su título era Bruant el del León Rojo, el mismo que la madre de Mariole había profetizado que robaría la diadema de oro. Esperó y observó durante muchos meses hasta que llegó el día en que el rey Briant se marchó lejos y la dama Mariole estaba sentada a solas en el salón. Entonces entró a la fuerza en el castillo y, por la fuerza de las armas, le arrebató la diadema y se la llevó a su cuñada. Cuando Briant regresó, encontró a su esposa llorando por la pérdida de la magnífica reliquia. Por mucho que la reconfortara y le recordara que ya tenían todo lo que pudieran desear, Mariole era inconsolable. Y pronto su profecía se hizo realidad, pues las riquezas que poseían comenzaron a menguar, y poco después el rey Briant enfermó y murió.

En ese tiempo, la reina Mariole esperaba el nacimiento de una criatura, y poco después dio a luz a una niña. Tal era la pesadumbre de la dama que, en lugar de regocijarse, colocó a la infanta en un pequeño bote, con dinero, lujosas prendas y una carta en que explicaba las circunstancias de su nacimiento. Luego, a medianoche, dejó el bote en el mar y a su hija a merced de las olas, contemplando cómo menguaba hasta no ser más que una sombra en el horizonte y clamando a los hados que le mostraran el futuro de su hija. Luego regresó a casa, llorando por su deplorable estado.

La pequeña embarcación se vio empujada por las olas y arrastrada primero mar adentro, y luego de vuelta hacia la costa, hasta tocar tierra en el reino vecino del Río Bajo, gobernado por un joven rey llamado Yder. Cuando los hombres del rey hallaron el barco y dentro a la diminuta criatura, junto con sus lujosos bienes, lo llevaron todo a la corte real, y allí el rey Yder leyó la carta.

Conocía bien poco sobre la vida de sus vecinos, y sintió una profunda tristeza ante aquella historia y decidió adoptar a la niña. La entregaron a una nodriza y el rey ordenó que la bautizaran con el nombre de Tristoise, que significa «nacida de la tristeza». Y ese no fue el final de su historia, pues cuando llegó a la edad adulta, y siendo considerada de una gran belleza, el rey Yder le pidió que se casara con él. Aunque fuera mucho mayor que ella, Tristoise había

llegado a amarlo, así que se alegró de poder aceptar su proposición.

Con el tiempo, dio a luz a un niño al que llamaron Torec. Y se dice que en toda su vida la dama solo rio tres veces: aquella fue la primera vez, cuando se enteró de que había engendrado a un varón. El niño se convirtió pronto en un joven fuerte y muy querido. Su padre procuró que aprendiera a montar, a luchar y a leer, y en todas las categorías demostró ser un pupilo capaz, y para cuando llegó a la edad adulta no había ni un solo hombre en la corte de su padre al que no pudiera derrotar con las armas.

Un día, Tristoise se lo llevó aparte en la intimidad de su alcoba y le contó la historia de su nacimiento, mostrándole la carta que había escrito su abuela, Mariole. Cuando la hubo leído, Torec se puso en pie de súbito.

—No descansaré hasta haber recuperado esa diadema —exclamó —. Y si está en mis manos, me vengaré del Caballero del León Rojo, si es que aún vive.

Fue a hablar con su padre y le suplicó que le diera permiso para embarcarse en aquella misión. En un primer momento, el rey Yder se negó, pero Torec declaró que nada impediría que buscara la diadema dorada, y por mucho que preocupara al rey, cedió ante la demanda de Torec y bendijo el empeño de su hijo y lo nombró caballero allí mismo.

Y así fue como Torec se embarcó en su primera aventura, sin apenas conocer la historia de la familia ni la ubicación de la diadema de oro. La fuerza y el conocimiento lo guiaban; su coraje lo convertía en un joven formidable.

✣ ✠ ✣

A LOMOS DE SU espléndido caballo, Moreel, sir Torec se adentró en las profundidades del Gran Bosque. Mirara donde mirara, los árboles hacían guardia y las sombras crecían. Finalmente, llegó a un claro resguardado, donde un caballero dormía con la cabeza

apoyada en el regazo de una hermosa doncella. Cuando oyeron a Torec acercarse, el caballero se despertó y se puso en pie de un salto, echando mano a su espada.

—¡Cómo os atrevéis a perturbar mi descanso! —aulló—. ¡Preparaos para perder la vida!

Torec esperó con tranquilidad a que el caballero se pusiera el yelmo, sujetara el escudo y la lanza y montara en su caballo. Luego, los dos cargaron contra el otro y se encontraron con un estrépito que hizo que los pájaros salieran volando de los árboles.

No puedo decir cuánto duró la batalla, solo que se vertió sangre en ambos bandos, y que a la postre Torec derrotó a su oponente y lo dejó tirado en el suelo. En eso, la dama del caballero suplicó piedad y sir Torec se la concedió. Los dos hombres se sentaron bajo los árboles mientras la damisela atendía sus heridas. El caballero derrotado le dijo a Torec que se llamaba sir Melions el Orgulloso. Torec le dijo su propio nombre y los dos hombres se pusieron a charlar. Torec le habló a sir Melions sobre su misión y, ante su sorpresa, el caballero no solo le dijo que conocía parte de la historia de Torec, sino también la ubicación de la diadema de oro.

—Sir Bruant, el Caballero del León Rojo, el hombre que robó la diadema a vuestra abuela, vive cerca. Tiene reputación de ser un hombre de una gran maldad, y su nombre produce terror allá donde se menciona. Ha vivido más de lo que es normal para un hombre y ha hecho que su castillo sea inexpugnable. Se cuenta que está protegido por dos leones, que Bruant siempre mantiene al borde de la inanición para que sean lo más agresivos posible.

—¿Podríais decirme dónde está ese lugar? —preguntó Torec, sintiendo cómo le ardía la sangre en las venas al oír mencionar al caballero del que había jurado vengarse.

Sir Melions negó con la cabeza, consternado.

—Aunque llegarais al castillo, todavía deberíais enfrentaros al mismísimo Bruant. No conozco hombre que lo haya superado en combate. Si aceptáis mi consejo, ni siquiera trataréis de ir hasta allí. He oído de muchos bravos caballeros que se han aventurado a

acercarse a la fortaleza, y ninguno ha regresado.

—Con todo, mi misión es recuperar la diadema —dijo Torec—. Y le he prometido a mi madre que me vengaría del Caballero del León Rojo.

Cuando vio que no podría disuadir al joven caballero, sir Melions le ofreció su hospitalidad aquella noche, para que pudiera descansar y prepararse para la batalla que estaba por llegar. Los dos hombres no tardaron en hacerse amigos, y regresaron juntos, acompañados de la doncella, al castillo de Melions. Aquella noche, Torec cenó bien en la mesa de su anfitrión y durmió en una cama cómoda.

Por la mañana, se despertó temprano y partió para el castillo de Bruant. Estaba en efecto a pocas millas de allí, en una parte profunda del Gran Bosque. La temperatura descendía a medida que se aproximaba al hogar de Bruant, y las sombras se extendían bajo los árboles. Al final, a sir Melions le fallaron los nervios, y decidió dar media vuelta, no sin antes desearle a Torec buena fortuna y con la esperanza de que viviera para ver el final del día.

No tardó en distinguir los sombríos muros del castillo. Parecían más oscuros de lo normal, a pesar de que en el cielo despejado brillara el sol, y Torec sintió una fuerte reticencia a seguir adelante. Sin embargo, recordó su propósito y prosiguió su camino.

Gracias a la advertencia de sir Melions, Torec estaba alerta ante cualquier ataque, y al acercarse a las puertas del castillo, vio a los dos leones corriendo hacia él, profiriendo terribles rugidos por sus bocas abiertas. El caballo de Torec se encabritó ante la imagen y el olor de las bestias, pero Torec lo calmó y puso la lanza en ristre. Acertó al primer león con el arma y se la hundió en el corazón, y cuando el segundo saltó sobre él, desenvainó la espada y la clavó en el cerebro de la bestia.

El combate terminó en pocos instantes, y ambos leones yacían muertos. Resollando, Torec continuó hasta detener su caballo bajo la torre de la entrada. El aire era aún más frío allí, y Torec sintió la maldad del lugar. Pero las puertas estaban abiertas de par en par y

el joven caballero siguió cabalgando hacia el interior, con la espada preparada.

Dentro, la oscuridad parecía cubrirlo todo. El patio que se extendía frente a él estaba vacío, y desmontó y ató a su montura, que parecía compartir con él el mismo miedo. Frente a él se alzaban los muros de un salón de piedra y, de nuevo, las puertas estaban abiertas. Torec entró y vio que habían dispuesto una mesa con un tablero de ajedrez, y sentado a la mesa había un hombre sombrío que examinaba con detenimiento el juego que tenía delante. Al oír a Torec acercarse, alzó la vista y un gesto de ira le ensombreció el rostro.

—¿Quién sois vos y cómo osáis interrumpir mi partida? —demandó—. Quienquiera que seáis, deberíais marcharos ahora mismo, antes de que os mate.

—Tal vez sois vos quien debería huir —respondió Torec—. O quizás prefiráis poner a prueba vuestros alardes contra mí.

El hombre tenebroso lo miró con detenimiento, aunque no hizo ademán de desenvainar la espada ni atacar.

—¿Quién sois? —repitió.

—Me llamo sir Torec, hijo del rey Yder y la reina Tristoise, hija del rey Briant y la reina Mariole, mi abuela, a quien robasteis algo de un gran valor.

El hombre, que en efecto era Bruant, no mostró sorpresa, y sopesó a Torec con una mirada. Con todo, seguía sin hacer ningún movimiento de ataque, y le mostró las manos para que viera que no llevaba armas. Luego se levantó y se inclinó ante Torec.

—Que no os quepa duda de que tendréis la oportunidad de luchar contra mí. Pero se hace tarde y se nos acaba la luz. Os ofrezco mi hospitalidad esta noche. Quedaos aquí y combatiremos por la mañana.

Sorprendido por el cortés comportamiento del caballero tenebroso, Torec vaciló un instante antes de aceptar el ofrecimiento. Tras envainar la espada, le estrechó la mano a Bruant, que la tenía fría y seca al tacto.

Los sirvientes de Bruant, que se movían en silencio, prepararon las mesas y llevaron la cena; un espléndido ágape, según cuenta la historia. Otros se ocuparon de la orgullosa montura, Moreel. Mas Bruant no medió palabra con su invitado más allá de lo que correspondía a la buena educación, aunque Torec sintió su mirada clavada sobre él más de una vez. Los dos hombres se retiraron pronto y, a pesar del aspecto frío del lugar, Torec durmió bien.

Amaneció una mañana brillante y Torec y Bruant se enfrentaron el uno al otro. Estaban bien igualados, y los dos se derribaron de sus caballos y comenzaron de inmediato a combatir con las espadas. Ninguno podía sacarle ventaja al otro. Entonces, Torec le dio un espadazo a Bruant que lo obligó a soltar la espada. Torec recuperó rápidamente el arma y se la ofreció de vuelta a Bruant, quien pareció sorprendido por aquel honorable gesto.

Combatieron a lo largo de toda la mañana, hasta que al final Bruant le propinó un golpe a Torec que lo dejó herido. Airado por esto, Torec agitó la espada con tanta velocidad y fuerza que le seccionó a Bruant la mano con que sostenía el arma. El caballero se desplomó en el suelo, gritando de dolor, mientras Torec se quitaba el yelmo y se preparaba para darle el golpe de gracia.

—Esperad, os lo ruego —gimió Bruant—. No me matéis. Será de vuestro interés, pues la herida que os he infligido ha sido con una hoja envenenada y solo yo conozco el antídoto.

Torec reculó, sintiendo ya los efectos del veneno.

Bruant, tapándose el sanguinolento muñón, habló con gravedad:

—Se me ha castigado ya por el robo de la diadema de oro, pues me habéis cortado la mano con que lo hice. Si me dejáis vivir, sanaré vuestras heridas. Además, os juraré lealtad como vasallo.

Torec accedió y los dos hombres se abrazaron, y así fue como Torec pudo vengarse de la afrenta que habían sufrido su madre y su abuela. A continuación, ayudó a su enemigo a llegar al castillo, donde los dos podrían recibir tratamiento. Bruant le dio a Torec una pócima que le diluyó el veneno en la sangre.

—Con todo —dijo—, sed consciente de que volverá a activarse,

y que solo la esposa de mi hermano Druant puede curaros del todo.

Torec estaba consternado, pues creía que la diadema estaba aún en posesión de Bruant, pero el caballero le explicó que él había robado la reliquia en nombre de la dama Miraude, la hermana mayor de su esposa y que a su vez era también esposa de su hermano Druant, y que seguía en sus manos y de él extraía sus poderes.

—Debo ir con ella de inmediato —dijo Torec—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Miraude vive algo lejos de aquí —contestó Bruant—. Pero debo advertiros de que esa dama es la más hermosa que conoceréis jamás, y que sin duda os enamoraréis de ella.

Torec le estuvo dando vueltas, pero al final dijo:

—Será lo que el destino, o Dios, decida. Mi búsqueda de la diadema de oro es lo único que me importa.

—En ese caso, os recomiendo que viajéis primero al castillo de Druant, pues solo su esposa puede sanaros del veneno que corre por vuestras venas.

Torec se hospedó con Bruant hasta que sus heridas sanaron, y aunque seguía siendo un lugar sombrío, con cada día que pasaba el lugar parecía perder parte de la penumbra, y su anfitrión también perdió algo de su gravedad.

Llegó finalmente el día en que Torec se encontraba lo bastante bien como para echarse de nuevo a los caminos, así que partió, decidido a alcanzar el castillo de Druant y los remedios que lo esperaban allí.

No muy lejos se encontró con un caballero vestido de rojo. Combatieron y Torec, no sin dificultades, derrotó a su oponente, solo para que después se desvaneciera como si jamás hubiera estado allí. Torec lo consideró de la raza de los elfos, pero no sabía nada más de él.

Sin embargo, esta parte del relato no termina aquí, pues poco después Torec arribó al Vado de la Aventura, del cual oímos hablar tanto en muchos cuentos de aquellos tiempos, y aunque anhelaba

continuar hacia el castillo de Druant, no pudo resistirse a poner a prueba su fuerza contra cualesquiera caballeros que pudiera encontrar allí.

En efecto, cuando llegó al vado, halló a un caballero de armadura negra esperándolo, y se enfrentaron. De nuevo, ante la perplejidad de Torec, en cuanto derrotó a su oponente el hombre se desvaneció, igual que el caballero rojo previamente. No le quedaba otra que continuar su camino, y tras pasar una noche bajo el manto de estrellas, Torec llegó al castillo de Druant.

A pesar de que sus intenciones eran desafiar a todos los habitantes del lugar, lo desconcertó la bienvenida que recibió. La señora del castillo, quien a juzgar por lo que sabía Torec debía de ser la mediana de las tres hermanas, y la única que podía sanar el daño de la hoja envenenada de Bruant, salió a recibirlo y lo invitó a cenar con ellos. Desarmado por sus encantos y generosas palabras, Torec aceptó la propuesta y, en lugar de batallar contra su anfitrión, se sentó entre el señor y su esposa mientras les servían un generoso y espléndido festín.

Aunque hubiera una cierta semejanza entre los hermanos, Druant parecía un hombre muy distinto, más tranquilo y menos sombrío que Bruant, pero no por eso menos poderoso. El castillo tampoco compartía la penumbra del hogar de Bruant.

Al final, Druant le preguntó el nombre a su huésped, y Torec se lo dijo. De súbito, el señor se levantó de la silla y exclamó:

—De haberlo sabido antes, Torec, hijo de Yder, no estaríais sentado aquí ahora, ¡sino muerto en el suelo frente a las murallas de mi castillo!

Torec también se puso en pie.

—Si ese es vuestro deseo, lucharé con vos ahora.

El señor vaciló, y luego su expresión se relajó. Volvió a sentarse y le hizo un gesto a Torec para que hiciera lo mismo.

—Sois mi huésped, y por las leyes de la hospitalidad no puedo pediros que combatáis conmigo ahora. Quedaos esta noche con nosotros y nos enfrentaremos por la mañana.

Torec accedió y el banquete continuó. Druant miró a Torec y dijo:

—¿Por qué me buscabais y por qué queréis enfrentaros a mí?

Torec se lo contó todo: que buscaba la diadema de oro y que había encontrado y luchado contra Bruant. Cuando oyó la parte en que al joven caballero lo habían herido con la hoja envenenada, la esposa de Druant miró duramente a Torec y le espetó:

—No pienso sanaros, pues sois el enemigo de mi hermana y, por tanto, sois también el mío.

Torec tuvo que conformarse con aquello, aunque ten por seguro que aquella noche no paró de dar vueltas en la cama. Sin embargo, la mañana llegó como todas las mañanas, y se levantó, y él y Druant salieron al prado que se extendía bajo las murallas del castillo y allí presentaron batalla.

De forma similar a lo que había ocurrido con el hermano del señor, los dos caballeros estaban muy igualados, pero Torec seguía debilitado por el veneno que le corría por las venas. Druant le infligió una herida en la cabeza de la que comenzó a brotar sangre, y se burló de Torec afirmando que ahora tenía otro tipo de diadema, roja en lugar de dorada; mas Torec lo ignoró y atacó aún con más fuerzas.

Aprovechando esa ventaja, le propinó tres terribles espadazos a Druant en el cuerpo, y el señor cayó al suelo y se quedó inmóvil, como muerto. Torec se acercó y le quitó el yelmo al hombre caído, y esperó a que recuperara los sentidos.

Druant, sabiéndose derrotado, suplicó piedad. Torec vaciló y dijo:

—Si vuestra esposa me salva del veneno de vuestro hermano, os perdonaré la vida.

Convocaron a la dama de inmediato y le contaron lo sucedido. A pesar de contemplar con tristeza a su esposo caído, sacudió la cabeza.

—He prometido que no os sanaría. No he cambiado de idea.

Druant la miró y gruñó.

—Mi señora, por el amor que nos ha unido durante tantos años, os pido que hagáis esto por mí. De lo contrario, demostraréis que amáis más a vuestra hermana que a mí.

En ese momento, la dama demostró su nobleza. Accedió a curar a Torec, y este le perdonó la vida a Druant. Los dos hombres se abrazaron hasta donde les permitían sus heridas, y la dama, que en efecto tenía grandes conocimientos de botánica y de otras artes curativas, se dispuso a ayudarlos a recuperarse. En menos de una semana volvían a estar tan lozanos como antes, y Druant juró lealtad a Torec, igual que su hermano.

Entonces Torec pidió de nuevo indicaciones hacia el castillo de la dama Miraude, y se las dieron. Partió una mañana plácida, pero no había avanzado demasiado cuando se encontró con un caballero de armadura blanca. Lucharon, pues tal era la costumbre en aquellos tiempos, y Torec, reforzado por los tratamientos que había recibido por parte de la esposa de Druant, derrotó con facilidad al caballero blanco. Sin embargo, cuando desenvainó la espada para continuar la pelea, descubrió que el hombre se había desvanecido.

—Dios mío —renegó Torec—. Ya es la tercera vez que me ocurre. Sin duda me persiguen los demonios.

Dado que no tenía nada más que hacer, Torec prosiguió su camino, hasta que se cruzó con una dama que cabalgaba llorando por el bosque.

—Mi señora, ¿qué os produce tanto dolor? —preguntó Torec.

En un primer momento, la dama, que se llamaba Edein, no pudo responder entre tanto sollozo, pero al final, y después de que Torec siguiera hablándole con delicadeza, le contó su historia. Hacía poco que había heredado las tierras y castillos que habían pertenecido a su abuelo, pero que eran un feudo del rey Arturo. Tres veces la habían convocado a asistir a la corte para reclamar su derecho a la herencia, pero siempre se le habían presentado otros asuntos que escapaban a su control. La última vez, había llegado dos días tarde solo para descubrir que el rey le había dado las tierras a otra persona.

—No me parece justo —dijo Torec—. Me sorprende que un rey tan noble tome una decisión así. —Entonces se quedó en silencio unos instantes, hasta que finalmente añadió—: Si es vuestro deseo, os ayudaré a recuperarlas.

La dama casi se desmayó de la alegría al oírlo.

—Señor, si me ayudáis, seré vuestra amiga por siempre. El rey Arturo reúne este mes a la corte en Tintagel. No está lejos de aquí.

Y así fue como Torec se unió a la dama Edein, y juntos tomaron el camino que conducía a la poderosa fortaleza de Tintagel. Allí, Torec buscó al rey Arturo y le presentó el caso de la dama.

—Lo siento mucho —respondió el rey—, pero el veredicto lo acordaron todos los presentes, y debo respetar su sentencia.

Sir Gawain, que estaba cerca, se levantó y dijo cortésmente que él no había estado presente y que por tanto no apoyaba el veredicto. De repente se produjeron gritos y discusiones, y varios caballeros se ofrecieron a luchar con Torec para dirimir el asunto en combate.

Torec aceptó, pero el rey Arturo alzó la voz y declaró que solo un caballero lo representaría en aquella cuestión: Yvain, hijo del rey Uriens, quien se contaba entre los más espléndidos caballeros de la hermandad.

Gawain volvió a hablar e invitó a Torec y a la dama a que aceptaran su hospitalidad aquella noche, y más tarde le ofreció a Torec todo lo que pudiera necesitar en cuestión de armas, armadura y cuidados para su montura. Los dos hombres se hicieron amigos en ese mismo instante.

A la mañana siguiente, los dos caballeros se encontraron en el campo y se enzarzaron en una magnífica batalla. Estaban igualados, y descargaron golpes sobre el otro con tanta fuerza que las murallas del castillo resonaban con el clamor. Al final, los dos acabaron agotados y Torec exclamó que se detuvieran para poder descansar. Yvain accedió y su escudero y la dama a la que defendía Torec curaron sus heridas. Torec, mientras tanto, comenzó a sentir de nuevo los efectos del veneno en la sangre, y sabía que debía vencer

pronto si no quería fracasar estrepitosamente.

Cuando retomaron la batalla, Torec se abalanzó con fuerzas renovadas sobre su oponente, y pronto Yvain se vio magullado y sangrando en el suelo, y en ese momento tanto el rey Arturo como sir Gawain se aproximaron y le pidieron a Torec que detuviera el combate. Él obedeció de buena voluntad y el rey declaró la batalla a su favor, y por tanto la dama pudo recuperar los derechos sobre sus tierras.

No existió jamás una dama tan agradecida a un hombre como Edein con Torec. Se encargó de limpiar y tratar sus heridas, y junto con sir Gawain lo cuidaron día y noche hasta que pudo cabalgar de nuevo.

En ese tiempo, la dama Edein confesó su amor por Torec. Él, tan bondadoso y gentil como siempre, le dijo que debía anteponer su misión a todo lo demás, y que no estaba preparado para entregar su corazón a nadie. Aunque muy apenada, la gratitud que la dama sentía por sir Torec no disminuyó, y le deseó buena fortuna en su búsqueda.

Torec se preparó para partir, y tanto la dama como sir Gawain fueron a despedirlo. El camino de Torec lo condujo a lo largo de la costa del mar durante un tiempo, y descansó todas las noches durante varios días bajo las estrellas, con la mente siempre puesta en la búsqueda de la diadema de oro.

✣ ✠ ✣

UNA MAÑANA, TOREC se despertó y vio algo maravilloso. Cerca de la costa había un barco blanco como el hueso. Habían blanqueado todo, del casco a la cubierta, mástiles y velas. Torec no percibió movimiento a bordo.

En ese momento, se acercó un hombre de aspecto sabio y Torec le preguntó si sabía algo sobre aquel barco, de dónde provenía y hacia dónde se dirigía. El hombre miró a Torec como si hubiera

perdido la cabeza.

—¿Cómo es posible que no hayáis oído hablar de ese navío? Es el barco de las aventuras. Aparece solo una vez al año, nadie sabe de dónde. Muchos bravos caballeros se han aventurado a subirse a bordo, pero ninguno ha regresado.

Torec clavó la mirada en la embarcación y decidió al instante que subiría a bordo. Quizás creyera que lo conduciría a la diadema de oro, pero la historia no nos lo dice. Mientras Torec lo observaba, un bote atravesó el agua. No había marineros que lo operaran, y no obstante flotó hacia la costa y allí esperó. Torec entregó su caballo al hombre sabio para que lo cuidara, y le dijo que si no regresaba, podía quedárselo como pago. Luego se adentró en el agua y se montó en la pequeña embarcación, que comenzó de inmediato a cruzar el agua que separaba la costa y el navío.

Torec se subió a bordo del barco silencioso y lo descubrió vacío de vida. De repente, igual que el pequeño bote, el barco comenzó a moverse. Las velas se llenaron, aunque Torec no percibía más que una ligerísima brisa, y se dispuso a surcar los mares a toda velocidad.

La historia no nos dice el tiempo que el barco avanzó por las olas, pero finalmente llegó a las costas de una isla y atracó en un muelle pequeño y resguardado. Torec desembarcó y vio ante él el castillo más magnífico con que se había encontrado jamás. Igual que el barco, era todo blanco y relucía como el hielo bajo un cielo azul. Cuando se acercó, Torec se dio cuenta de que estaba hecho de mármol, y que numerosos grabados decoraban sus muros. La puerta estaba abierta de par en par y Torec entró en un salón que no se parecía a nada que hubiera visto antes.

Los muros estaban todos pintados con escenas que representaban a hombres y mujeres ociosos: festejando, jugando al ajedrez, a las tablas reales y a otros juegos, o cazando con perros y aves, mientras que otros danzaban juntos, algunos solos y otros en círculos. Todos y cada uno de ellos iban vestidos lujosamente y eran más bellos que cualquier otra persona que se hubiera cruzado Torec

jamás.

Allí, en medio de aquel espléndido salón, se sentaba un caballero alto. Observó a Torec un tiempo y se percató de su asombro. Luego se levantó y dijo:

—Nadie entra en este lugar sin enfrentarse a mí, y hasta hoy nadie ha sido capaz de derrotarme en combate.

Torec le hizo una reverencia.

—Estoy preparado para enfrentarme a vos cuando deseéis.

Al oír el entusiasmo en la voz de Torec, el caballero lo observó con más detenimiento y contestó:

—Ya habrá momento de discutirlo. Sin duda, hoy no lucharemos. Pues por ahora os recibo como a un invitado.

Los dos hombres estrecharon las manos y, de súbito, aparecieron escuderos que acompañaron a Torec a una alcoba donde la luz entraba a través de una ventana de cristal y todo brillaba. Ayudaron a Torec a quitarse la armadura y le dieron ropa limpia. Luego lo guiaron hasta el salón a cenar, donde su anfitrión, que estaba sentado solo a una gran mesa, le dio la bienvenida.

Torec pensó en preguntarle varias veces por aquel extraño castillo y por el barco de las aventuras, pero decidió contener la lengua. No tardaron en acompañarlo a una espléndida alcoba en la que había un gran lecho, tallado a partir de madera blanca y cubierto de magníficas cortinas. Habían pintado historias de aventuras caballerescas en las paredes, semejantes a las del gran salón.

El barco de las aventuras

A Torec lo venció el sueño mientras contemplaba la historia tejida de sir Tristán y la dama Isolda, y se despertó a la mañana siguiente bien descansado. El anfitrión de Torec lo esperaba en el gran salón, pero en lugar de armadura y armas, llevaba puesta una lujosa túnica.

—Hay algo que debéis ver —dijo—. En función de lo que aprendáis en este lugar, decidiremos si combatimos o no.

—Que el destino y Dios decidan —respondió Torec, y siguió a su anfitrión hasta la entrada de una habitación oculta en las profundidades del castillo.

—Esta es la Cámara de la Sabiduría. Permitidme que os diga que pocos han entrado en esta estancia salvo yo —le explicó el anfitrión. Abrió la puerta y los dos hombres entraron.

Torec no había visto jamás un lugar así. Las paredes estaban totalmente revestidas de mármol, con grandes ventanales de vidrio azul y marcos de cobre. Costosas especias quemaban en vasijas de plata y llenaban el ambiente con aromas curativos. Pero lo más asombroso de todo era una magnífica mesa larga, hecha de marfil, a la que se sentaban varios ancianos, cuyas barbas blancas les caían

sobre las rodillas, y mujeres, aún jóvenes, que se sentaban como flores en mitad de los ancianos de pelo cano. Tan enfrascados parecían en sus conversaciones que no prestaron atención a los caballeros. El anfitrión de Torec se llevó un dedo a los labios y lo acompañó a dos sillas que habían colocado a un lado. Se sentaron juntos y escucharon lo que decían las personas de la mesa.

Torec tenía la sensación de que aquella conversación se había prolongado durante mucho tiempo, tal vez años. Uno de los ancianos decía:

—No conozco mayor alegría que escuchar palabras acertadas. Así es como se comparte la mayor sabiduría con los demás, y aquellos que las escuchan son cada día más ilustrados.

—En efecto —decía otro—. Pero muchos no escuchan, pues tienen los sentidos embotados y solo piensan en la riqueza, en la guerra y en las posesiones.

—Así se comportan los hombres y mujeres de mala reputación —añadió un tercero.

Luego se dispusieron a hablar de las maldades del hombre, y de los numerosos lores y damas que solo pensaban en su poder y no se preocupaban lo más mínimo por las necesidades de los demás. Algunos hablaron del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda, quienes a pesar de ser de lo más granado de aquellas tierras, pecaban en ocasiones de crueldad y avaricia.

Y así Torec y su anfitrión permanecieron en silencio, atendiendo a la sabiduría de los hombres y mujeres que hablaban de muchas cosas, y parecía que llevaban mucho tiempo haciéndolo. A menudo se lamentaban del destino de los hombres y las mujeres, y de los peligros de la lujuria y las falsas creencias, y de aquellos que pretendían destruir todo lo que era bueno y sustituirlo por oscuridad y maldad.

—Hubo una vez en que lo más poderoso era la sabiduría; ahora el dinero lo gobierna todo.

(No parece que las cosas hayan cambiado demasiado desde la época de la que hablamos).

También hablaron de valentía y caballerosidad dentro de los reinos y a lo largo y ancho del mundo, y de la prudencia, la templanza y el honor. Por último, hablaron del amor, que algunos declararon algo peligroso por esa forma que tenía de inflamar el corazón y la mente, y de provocar que hombres y mujeres actuaran sin raciocinio. Uno de los ancianos respondió que toda virtud nacía del amor, y que los actos de bondad y sabiduría eran una parte pura de él, pero creía que el mundo se cimentaba en falsas acciones.

Una mujer alzó la voz entonces, y les recordó a todos la infidelidad de los amantes y cómo eso perjudicaba la reputación del amor. Aquello generó más discusiones, a veces encendidas, que se alargaron hasta altas horas de la noche. Con todo, Torec no sentía fatiga alguna, pues tal era la sabiduría y el poder que irradiaba de los oradores.

El tiempo se distorsionaba en aquel lugar, y no tardó en volver a amanecer un nuevo día.

Torec permaneció en la estancia durante tres días, escuchando los debates de los ancianos y las jóvenes hermosas, que hablaban y discutían de muchos asuntos. Conoció muchas verdades, y también sabiduría, aunque no puedo anotarlas aquí porque la historia no nos las cuenta, pero que no te quepa duda de que a Torec lo cambió sobremanera lo que oyó.

La tercera noche, Torec cayó dormido al fin, y por la mañana descubrió que ya no estaba en el castillo blanco, sino en la costa donde se había embarcado por primera vez en el barco de las aventuras.

Tan sorprendido estaba que apenas podía pensar. Luego recordó su misión de la diadema de oro y se fue en busca del hombre a quien había confiado el cuidado de su montura. Este se asombró al ver a Torec vivo y le pidió que le hablara de sus aventuras. Pero Torec no dijo nada entonces, pues las maravillas del castillo blanco seguían aún frescas en su memoria, y necesitaría muchos días para sopesar todo lo que había aprendido.

Torec continuó con su misión aquel mismo día, cabalgando a

galope tendido en la dirección que le habían indicado, pues tenía la sensación de haber perdido ya mucho tiempo.

Y así fue como, a la postre, Torec divisó el castillo donde vivía la dama Miraude, un lugar llamado Blancemont, el Monte Blanco. A poca distancia de allí, apareció una damisela que se dirigió a él por el nombre.

—Señor —dijo—, mi señora me envía para ofreceros comodidades. No lejos de aquí ha ordenado que preparen para vos un pabellón, además de comida y bebida. Allí podéis descansar y reponeros antes de las pruebas a las que deberéis enfrentaros cuando desafiéis a los caballeros que la guardan y la protegen.

Torec no creía lo que oía. No solo esperaban su llegada, sino que además estaban preparados. Siguió a la damisela y, en efecto, encontró una tienda magnífica levantada en un prado a los pies de las murallas de Blancemont, y varios escuderos le llevaron comida y bebida y se encargaron de Moreel.

Cuando hubo comido y bebido a voluntad, Torec volvió a pie al castillo y allí, en las murallas, vio a una mujer que lo observaba. Y con los últimos rayos de sol, se percató del reflejo de la diadema de oro en su cabeza. Por eso supo que aquella debía ser Miraude, la hermana mayor de las esposas de Bruant y Druant. Al verla, se enamoró al instante de ella, tal como Bruant había predicho. Lo que no sabía era que ella ya lo amaba, después de haberlo observado durante muchos días gracias a un espejo mágico que poseía. Al verlo en el prado que había bajo el castillo, había estado a punto de desvanecerse y casi le había pedido a gritos que entrara. Mas el orgullo que le henchía el corazón, provocado, creo, por la diadema de oro que llevaba, no se lo permitió. En vez de eso, envió a cuatro de sus caballeros más poderosos con un mensaje: que solo le entregaría la diadema, y su mano en matrimonio, si era capaz de derrotar a todos los caballeros de la Mesa Redonda en combate singular.

Cuando oyó la propuesta, Torec agachó la cabeza y accedió a llevar a cabo esa tarea. Los cuatro caballeros regresaron con la

respuesta a la dama Miraude, quien ordenó entonces que enviaran un mensaje a la áurea Camelot, consciente de que ni el rey Arturo ni sus caballeros rechazarían un desafío tan presuntuoso.

Y así comenzaron muchos días de espera. Torec practicaba a diario en el prado donde habían levantado su tienda, y de vez en cuando divisaba a Miraude en las murallas. Y cada vez el corazón le daba un vuelco, y lo que más anhelaba era estar con ella. La búsqueda de la diadema de oro le resultaba ya menos importante a medida que el amor florecía en su interior.

Un día, mientras cabalgaba con Moreel a través de los bosques del norte del castillo, se cruzó con un caballero en el camino. Torec lo llamó de inmediato para ver si estaría dispuesto a combatir contra él. Ante su sorpresa, el caballero lo rechazó y, al llegar a su altura, se levantó la visera y le mostró a Torec un rostro que reconoció como el de su anfitrión del Castillo Blanco.

—No os asombréis —dijo el caballero—. He seguido vuestras aventuras durante muchos días. Yo era el caballero negro contra el que combatisteis y que se desvaneció, y también el rojo y el blanco, a quienes también derrotasteis. Por último, os llevé al Castillo Blanco y allí os mostré la Cámara de la Sabiduría, donde los sabios se reúnen para discutir el funcionamiento del mundo, y así seguirán hasta el fin de los días.

Al ver el gesto de perplejidad de Torec, el caballero añadió:

—Mi nombre es Ydras, y soy el hermano de vuestra abuela, la dama Mariole, quien una vez poseyó la diadema de oro. Tres veces me he enfrentado a vos con la intención de poner a prueba vuestra fuerza. En verdad sois el hombre más poderoso con el que me he encontrado en muchas eras.

Cuando oyó esto, Torec desmontó, igual que Ydras, y los dos hombres se abrazaron. Juntos regresaron hacia el pabellón y allí disfrutaron de una espléndida cena. Allí Ydras le contó la historia de la diadema de oro, y Torec descubrió que tanto su abuela como su hermano, que no parecía ser más que un hombre adulto, a pesar de los años que habían pasado desde el robo de la diadema,

formaban parte del pueblo oculto, y que por tanto él también tenía sangre feérica.

Con todo, aquello le resultó insignificante comparado con el amor que sentía por la dama Miraude, y al percatarse de ello, Ydras se despidió de él y se marchó, no sin antes decirle a Torec que volverían a verse cuando hubiera recuperado la diadema de oro.

✣ ✠ ✣

UNA SEMANA MÁS tarde, comenzaron a llegar al castillo de Blancemont los primeros caballeros de la Mesa Redonda, seguidos poco después por el rey Arturo en persona y su círculo de cortesanos. Solo había cincuenta caballeros presentes, pues nadie creía que Torec pudiera vencer a ninguno, y ciertamente no a la hermandad al completo. Sin embargo, también había muchos que recordaban su batalla contra sir Yvain, y eso les dio que pensar.

Mientras tanto, Torec escribía una carta para la dama Miraude, en la que volcó todo el amor que sentía en el corazón, su pasión por ella y su determinación de derrotar a todos los recién llegados hasta que pudiera reclamar su mano por derecho propio.

Cuando la recibió, Miraude creía que el corazón le estallaría. Se arrepintió de haber declarado que solo se desposaría con aquel que pudiera derrotar a los caballeros de la Mesa Redonda. Decidió, por tanto, enviar a Torec una muestra de su amor: un anillo con una piedra que lo haría invencible. Después de eso, él lo llevó siempre encima, y, como verás, su pericia era en efecto algo digno de admirar.

Pese a todo, cabe mencionar que Torec no era consciente del poder del anillo, pues lo consideraba una muestra de amor que hacía que luchara aún con más vigor por su dama. Por tanto, no queda claro si fue el anillo o el poder del amor lo que lo sostuvo. De igual forma que sir Gawain llevó el fajín verde que le entregó la dama Bercilak, y que le prometió que lo protegería del hacha del

Caballero Verde, nadie sabe qué había de verdad en aquella historia, o si lo que salvó a Gawain fue solo su coraje [16].

Entre los caballeros que Arturo había enviado como respuesta a la convocatoria de la dama Miraude, se encontraban el mismísimo Gawain y el sombrío sir Kay. Gawain, cuya amistad no había disminuido desde que se encontraran en Tintagel, ya se inclinaba por ayudar a su futuro adversario. Cuando arribaron al hogar de la dama Miraude, que los recibió de forma espléndida, y oyeron la historia de su impulsiva proposición, Gawain se dirigió a los caballeros que había allí reunidos en privado y les dijo:

—Considero esto una injusticia y algo impropio de un caballero. Muchos aquí sabemos que sir Torec es un hombre bueno y honesto. Pienso que deberíamos cortar la mitad de nuestras cinchas para que le cueste menos desmontarnos. ¿Qué me decís?

Sir Kay respondió de inmediato:

—¿Por qué deberíamos tomar en consideración a ese fanfarrón que cree que puede derrotarnos a todos? ¡Yo por mi parte haré todo lo posible por castigarlo por su orgullo!

La mitad de los caballeros coincidieron con Kay y se prepararon para batallar contra Torec. El resto se puso de lado de Gawain y cortaron en secreto sus cinchas. Pero sir Kay seguía insatisfecho.

—Me enfrentaré hoy mismo contra ese grosero —insistió.

—Muy bien —dijo sir Gawain, sonriendo para sus adentros, sabiendo muy bien lo jactancioso que era Kay.

Junto con los caballeros que se habían puesto de su lado, Kay cabalgó hasta el prado donde habían levantado la espléndida tienda de Torec.

—¡Eh, oídme! —gritó Kay—. ¿¡Creéis que podéis vencernos a todos!? Será un placer haceros morder el polvo.

Mientras hablaba, puso la lanza en ristre y echó a galopar hacia Torec, sin apenas darle tiempo para prepararse. Un instante más tarde, sir Kay yacía en el suelo, gimiendo y bramando que se había roto la espalda.

Aquello enfureció sobremanera a Grevoen, hijo de Kay, que

estaba entre los visitantes de la áurea Camelot.

—¡Pagaréis por haber desmontado a mi padre! —rugió.

—Ya podríais tiraros al suelo vos mismo, así me ahorraría el esfuerzo —respondió Torec con tranquilidad.

Y, dicho y hecho, cuando Grevoen cargó con furia contra él, salió volando por encima de la cola de su caballo y aterrizó pesadamente en el suelo, gruñendo junto a su padre.

En eso, el resto de los caballeros, con semblante grave, se pusieron en fila para atacar a sir Torec.

Ninguno fue capaz de vencerlo, y no tardaron en yacer todos en el suelo, fracturados y ensangrentados. Torec, a pesar de las varias heridas, seguía a lomos de su caballo, aunque con el escudo partido en dos y la armadura dentada.

Así terminó el primer día de justas. Kay y sus compañeros fueron llevados al castillo y allí curaron sus heridas, y todos cenaron juntos, con Torec sentado junto a la dama Miraude, algo que los satisfacía a ambos. A la mañana siguiente, Gawain fue el primero en enfrentarse a Torec, quien lo desmontó con facilidad. Lo mismo ocurrió con los caballeros que lo siguieron. No los nombraré aquí por respeto a su honor, pero todos habían cortado noblemente la mitad de sus cinchas, y de ahí que se rompieran en el fragor de la batalla y acabaran todos en el suelo. No sabría decir si Torec sospechaba algo, pero cuando cayó el día, sir Gawain dio un paso al frente y lo declaró vencedor.

—Vayamos con vuestra dama a informar de que habéis cumplido con vuestra promesa —dijo.

Miraude, que había estado observando los combates a lo largo de todo aquel día, igual que el día anterior, desde las murallas del castillo, fue a recibirlos.

Solo tenía ojos para Torec.

Gawain se dirigió a ella.

—Mi señora, este caballero ha llevado a cabo todo lo que le pedisteis. Deberíais alegraros de tomarlo como esposo, pues no solo es un poderoso luchador, sino también un hombre bueno y noble.

—Si sir Torec me acepta, me complacerá enormemente ser su esposa —respondió Miraude con la cabeza gacha.

En ese momento, sir Kay alzó la voz.

—¿No pedisteis que el hombre que se desposara con vos debía vencer a todos los caballeros de la Mesa Redonda? Aquí no hay más que cincuenta. ¡Lo esperan otros cien!

—Ha hecho más que suficiente —replicó Miraude.

—Me parece a mí que esto es ya una cuestión de honor —añadió Kay—. Si a este patán se le permite derrotarnos solo a nosotros, la hermandad quedará manchada por siempre.

—Señores —dijo Torec—, estoy más que dispuesto a aceptar este desafío.

En ese momento, Miraude se echó a llorar, creyendo que incluso con el anillo que lo protegía, Torec no sería capaz de luchar contra tantos y vencer. Este la consoló, y Gawain, que se preparaba para adelantarse hacia la áurea Camelot a informar al rey Arturo de lo sucedido, también habló con ella y le prometió que todo saldría bien.

Luego Gawain partió con aquellos que favorecían a Torec. Al llegar a la corte, le contó al rey todo lo ocurrido. Arturo estaba atónito ante la valentía y la pericia de Torec.

—Considero que deberíamos aceptarlo como miembro de nuestra hermandad —anunció.

Gawain coincidía, y entonces él y el rey Arturo, así como otros cortesanos, se marcharon a reunirse con Torec, un honor que se concedía a muy pocos en aquella época.

Aquella noche, la corte al completo cenó tan bien como era posible. Torec estaba sentado cerca del rey Arturo, quien elogió tanto su coraje como el honor que se había granjeado al emprender la tarea que lo aguardaba cuando bien podría haberlo rechazado. Sir Kay estaba fuera de sí, y se lamía las heridas y confabulaba con sus amigos para dejar en ridículo a Torec al día siguiente. Gawain, mientras tanto, habló de nuevo con el resto de los miembros de la hermandad, incluidos el gran sir Lancelot, sir Tristán y sir

Palomides, urgiéndolos a cortar sus cinchas igual que él había hecho para dejar ganar a Torec. Aunque en un primer momento se mostraron vacilantes, Gawain se los ganó al contarles lo que sabía sobre la vida de Torec y sus hazañas hasta la fecha.

—Sin duda —dijo Gawain— este hombre será una gran adición a nuestra mesa. Démosle la oportunidad de demostrarlo. Permitamos que gane la mano de la dama por la que tanto se ha esforzado.

Y así fue como amaneció el día, y Torec se subió solo a Moreel, y se enfrentó a cien caballeros, y más de dos tercios de ellos habían obedecido la petición de Gawain de que cortaran la mayor parte de sus cinchas.

Se pusieron lanzas en ristre y los caballos se espolearon. Las lanzas se astillaron, los escudos se partieron en dos y las armaduras se abollaron. Los gritos de triunfo se convirtieron rápidamente en lamentos que resonaban por las lizas, cuando caballero tras caballero caía bajo la fuerza de Torec. Y, de nuevo, no sabría decir si fue el amor, el destino o la ayuda de Gawain, o bien el poder del anillo mágico, pero al final del día no hubo caballero de la Mesa Redonda que pudiera vencer a sir Torec. Y quién sabe si esa es la razón por la que este relato se ha contado tan poco, aunque yo opino que los caballeros, a excepción de sir Kay y sus compañeros, se mostraron tan generosos y nobles como siempre.

El rey Arturo observó cómo, uno a uno, sus caballeros caían bajo la lanza de Torec. Y cuando todos hubieron fracasado, él se puso en pie y se dirigió a las lizas antes de pedir que lo llevaran a su montura gris, Llamrai, y que le colocaran la armadura. Luego, él también se enfrentó a sir Torec.

—Mi señor, no tengo disputa alguna con vos ni con vuestros caballeros —declaró Torec—. Y la prueba de mi señora tampoco exige que luche contra vos.

—Que sea entonces por el honor de la Mesa Redonda —respondió el rey Arturo.

Los dos hombres prepararon las lanzas y cargaron, y esta vez

ambos cayeron al suelo. Un silencio sepulcral se posó sobre las lizas cuando el rey Arturo, primero, y sir Torec, después, se levantaron y desenvainaron las espadas. Sin embargo, antes de que alguien pudiera dar el primer golpe, Arturo lanzó a un lado la espada y el escudo y echó a correr hacia el frente, antes de agarrar a Torec con fuerza. Este era incapaz de liberarse, y un instante más tarde el rey lo derribó y le plantó un pie sobre el pecho.

—¿Os rendís, mi señor caballero? —preguntó el rey.

—De buen grado, mi señor —respondió Torec.

Entonces Arturo ayudó al joven caballero a ponerse en pie y le sonrió.

—En ese caso, declaro este asunto zanjado —dijo—. Que no haya hombre que no camine con la cabeza bien alta, pues hoy habéis combatido contra un magnífico caballero.

Todos los presentes prorrumpieron en vítores y las damas que se apiñaban en las gradas miraron con envidia a Miraude, pues todas y cada una de ellas deseaban en lo más profundo de sus corazones que Torec hubiera luchado por ellas aquel día.

✣ ✣ ✣

POCO MÁS QUEDA por contar. Torec regresó al pabellón donde Miraude lo esperaba y los dos se abrazaron y pronunciaron sus votos. Se enviaron mensajeros desde la áurea Camelot al rey Yder y la reina Tristoise para anunciarles la boda de su hijo con la dama Miraude. Cuando Tristoise se enteró de eso y de que Torec se había vengado del Caballero del León Rojo, se rio a pleno pulmón por segunda vez.

Tan espléndido fue el acontecimiento que parecía no faltar nadie de las tierras de Britania. Druant y Bruant también acudieron, junto con las hermanas de Miraude, quienes, aunque no se alegraban de verla con la diadema, no le dirigieron ninguna palabra fuera de lugar. Luego ocurrió que la madre de Torec rio por tercera vez, tal

como se había predicho, al ser testigo de la felicidad de su hijo, desposado al fin con quien poseía la diadema.

También estuvieron presentes muchas de las personas con quienes Torec se había cruzado en sus viajes, y los señores de las tierras de Miraude, quienes prestaron juramento al joven. El último en llegar fue Ydras, el misterioso tío de Torec. Ante todos, dijo:

—Ahora la diadema de oro regresa a uno de nuestra sangre, y aquí termina la búsqueda de Torec.

En la ceremonia, Miraude llevó la diadema de oro, que relucía como el sol sobre sus cejas, y muchos acudieron a oír la historia sobre la búsqueda de Torec.

El rey Arturo le rogó que se quedara en la corte y entrara a formar parte de la hermandad de la Mesa Redonda, pero aunque se declaró muy honrado, Torec rechazó la propuesta. Sus nuevas tierras, adquiridas por medio del matrimonio, esperaban su llegada, y en efecto en los tiempos venideros lo llamarían rey. Y cuando Yder murió, su hijo heredó el reino y unió los dos países, y se dice que los descendientes de Torec poseen aún hoy sangre de los *longaevi*. Tampoco quiero terminar sin decir que en los tiempos que vendrían, cuando la oscuridad amenazara el reino de Arturo, Torec fue de los primeros que se puso del lado del rey en la última y terrible batalla de Camlann. Que no se olvide jamás el nombre de este gran caballero, y por eso lo he registrado aquí, donde estoy seguro de que el maestro Thomas habría deseado que estuviera.

——— ✠ ———

EXPLICIT LIBER SECUNDUS.

INCIPIT LIBER TERTIUS.

LIBRO TERCERO
EL LIBRO DE SIR GAWAIN

20: EL ASCENSO DE SIR GAWAIN

Se han contado muchos relatos sobre el magnífico caballero sir Gawain, sobrino del rey Arturo, de quien se dice que siempre regresó victorioso de las búsquedas o aventuras que emprendiera. El maestro Thomas nos habla de cómo la reina Morgause de las Orcadas llegó a la áurea Camelot con sus tres hijos: Agravain, Gawain y Gaheris, y cómo más tarde un cuarto hermano, Gareth, se reunió con ellos. También nos cuenta la llegada de otro hijo, Mordred, y del odio que este sentía hacia su padre, el rey Arturo, y todo lo que sucedió en aquellos tiempos sombríos. Pero hay otro cuento que narra una historia muy distinta sobre el ascenso de Gawain, y que añade mucho a la historia. Considero que es un gran relato, y uno que explica mucho de lo que no recopiló el maestro Thomas. Continuaré con otros que hablan de las grandes hazañas de sir Gawain y que he encontrado durante mis investigaciones de estos antiguos relatos, y

que demuestran cómo antes de la llegada de Lancelot, y a veces incluso después, sir Gawain estaba entre los primeros de la hermandad de la Mesa Redonda. Podría decirse que existe una única historia sobre sir Gawain, y que en sus múltiples variaciones es el caballero más noble de todos.

✣ ✣ ✣

En la época del padre del rey Arturo, Uther Pendragon, vivían numerosos hijos de la realeza en la corte britana. Uther los hospedaba por el buen comportamiento de los reyes vecinos que le rendían vasallaje. Uno de ellos, Lot de las Orcadas, sobrino del rey Sichelm de Noruega, era un joven de tales cualidades extraordinarias que forjó una relación estrecha con Uther y su familia y se lo veía a menudo en sus aposentos privados.

Uther también tenía una hija llamada Morgause, quien aún era muy joven y vivía con su madre. Ella y Lot solían pasar el tiempo juntos, riendo y bromeando, y nadie le daba más vueltas al asunto. Pero lo cierto es que se habían enamorado el uno del otro, y que, tras un período de timidez, los dos se habían entregado a sus impulsos y Morgause se había quedado embarazada.

Por temor a la ira de su padre, ocultó su condición por medios que solo ella conocía a todo el mundo salvo a su dama de compañía, y cuando llegó el momento de dar a luz, fingió estar enferma y se retiró a su alcoba solo con esa doncella. Allí, a su debido tiempo, alumbró a un niño de una belleza sin igual.

Con la ayuda de su dama de compañía, se había puesto en contacto de antemano con ciertos mercaderes pudientes, a quienes había sobornado con oro para que se llevaran a su hijo y lo criaran en secreto en una tierra lejana. Cuando les confió a la criatura, también les entregó, a fin de que lo guardaran para su hijo, una lujosa prenda de oro, un anillo de esmeralda que había pertenecido a su padre y un pergamino cerrado con el sello real en el que se

ofrecían pruebas de que el niño, a quien había bautizado como Gawain, era el hijo del príncipe Lot y de ella misma.

Los mercaderes se hicieron cargo del infante y se embarcaron hacia la Galia, donde tenían sus negocios. Tras atracar cerca de la ciudad de Narbona, se dirigieron hacia el interior, dejando el barco anclado con solo un muchacho que vigilara las mercancías y a la criatura que habían dejado a su cuidado. Y allí, de casualidad, llegó un mercader llamado Viamundo, un hombre de cuna noble que estaba pasando por una mala época. Al ver el barco aparentemente desierto anclado cerca de la costa, subió a bordo y solo encontró al sirviente dormido y al niño, junto con muchas riquezas. Asombrado por aquella buena fortuna, Viamundo decidió que los hados le sonreían, y se llevó todo el oro y riquezas con que pudo cargar, además de la criatura y el cofre que contenía todos los objetos relacionados con su nacimiento y condición. Luego regresó cargado a casa con su mujer y le entregó al infante para que lo cuidara.

Al cabo de un tiempo, los mercaderes volvieron al barco y se horrorizaron al saber que habían perdido a la criatura y sus bienes. Enviaron mensajeros a todas las tierras alrededor de Narbona, en busca de alguna noticia sobre el robo. Con todo, aquellos regresaron a los pocos días sin resultados, y tristemente los mercaderes se vieron obligados a continuar su camino, sin atravesarse a contarle a nadie la verdadera naturaleza de lo que habían perdido.

Viamundo, mientras tanto, ocultó su riqueza robada con el mismo cuidado con que ocultó al niño. No se atrevía a reaccionar cuando la gente preguntaba por el crimen, algo por lo que, siendo honestos, se sentía bastante culpable. En efecto, hacía como si nada hubiera ocurrido, sin apenas gastar el dinero que había sustraído, y con una gran circunspección. Y así pasaron siete años, durante los cuales tanto Viamundo como su esposa le tomaron un profundo cariño a su hijo ilícito, llegando a considerarlo incluso como su propio retoño, algo que creían también todos los que los conocían.

Al final de ese período, Viamundo decidió empaquetar todo lo que tenían y partir hacia Roma. Se debía en parte a su deseo de

expiar la culpa del robo del niño y el oro, aunque una parte más astuta de él era consciente de que allí podría mejorar el destino tanto de su familia como suyo con el dinero que había ocultado durante tanto tiempo.

Y así fue como, acompañado de su mujer y del niño que todos creían suyo, se marchó y no tardó en llegar a Roma, una ciudad que en aquel tiempo se había visto repetidamente saqueada por los pueblos bárbaros y mostraba el aspecto más mísero de los últimos siglos. Sin embargo, hacía poco que habían coronado a un nuevo emperador, y este se estaba esforzando por devolver a la ciudad sus días de gloria. Al enterarse de aquello, Viamundo dio con un plan con que podría ganarse el favor del emperador. Con ese fin, se retiró a las afueras y compró varios esclavos y ropas lujosas. Entonces, vestido como un príncipe, regresó a la ciudad y pidió una audiencia con el emperador. Tras afirmar que era un antiguo gobernador militar de la Galia, ofreció toda la ayuda posible en forma de dinero y hombres. Deleitado e impresionado por la dignidad de Viamundo, el emperador le dio la bienvenida y le ofreció grandes fincas tanto dentro como en los alrededores de la ciudad.

Desde ese momento, Viamundo desarrolló una carrera como hombre noble y popular. No tardó en ganarse un ascenso como senador, y se comportaba con tanta bondad y nobleza que no tardaron en considerarlo uno de los hombres más importantes de Roma. El emperador solía consultarle cuestiones de estado, y financiaba personalmente muchos de los nuevos edificios de aquella ciudad que se iba restaurando poco a poco.

En ese mismo momento, el joven que todo el mundo creía que era el hijo de Viamundo llegó a la edad adulta, y era tan querido y popular como su padre adoptivo. Pasaba la mayor parte del tiempo en el palacio del emperador, y no tardó en hacerse amigo de varios de los jóvenes nobles que vivían allí.

Entonces, cuando el muchacho cumplió doce veranos, Viamundo sufrió una terrible enfermedad. Consciente de que su final estaba

cerca, le suplicó al emperador y al papa (Sulpicio era el pontífice en aquella época) que lo asistieran en su lecho de muerte y oyeran lo que tenía que decirles. Por el profundo amor y respeto que sentían hacia él, aquellos importantes hombres accedieron a visitarlo.

Cuando estuvieron presentes, Viamundo les contó todo sobre su pasado: cómo había conseguido su fortuna y, sobre todo, que al joven a quien todo el mundo se refería como hijo suyo lo había robado él cuando no era más que una criatura.

—Señores míos —dijo el hombre moribundo—, he tardado demasiado en confesaros estas cosas, aunque era algo que he anhelado a menudo. Ahora que mi tiempo en este mundo se termina, solo os pido esto. Que vos, mi emperador, os preocupéis por el futuro del joven, y que os aseguréis de que recibe formación como caballero. Pues ahora os diré, y os pido a vos, el papa de toda la cristiandad, que seáis testigo de esto, que el muchacho es en verdad el sobrino del afamado rey Arturo, a quien tanto se alaba en estos tiempos. Estoy seguro de que sus verdaderos padres lo reconocerán y reclamarán, aunque no sé de qué forma. Mientras tanto, os pido que no habléis con nadie de su verdadera identidad, y especialmente con el muchacho; guardaos todo lo que os he contado hasta que sea el momento adecuado. Cuando llegue plenamente a la edad adulta, enviad al muchacho a casa, con las pruebas que os mostraré, y una carta que explique todo lo ocurrido.

Tras escucharlo con un cierto asombro, el emperador le dio su palabra, con el pontífice como testigo. Luego hicieron llamar al muchacho y oyó a su padre dejarlo en manos del monarca de Roma. Lloró al ver a su padre tan cerca de la muerte, hasta que el anciano le aseguró que moría feliz de saber que su hijo pasaría a formar parte de la familia del emperador. Luego, tras haber recibido la extremaunción y con el emperador junto al lecho, Viamundo finó.

Desde ese momento, el joven entró a formar parte de la corte del emperador y recibió un trato similar al de sus propios hijos. Y cuando, tres años después, alcanzó la edad de quince, el emperador lo invistió con sus armas. En ese tiempo, había muchos jóvenes

nobles esperando a ser nombrados caballeros. Todos se pusieron a prueba en el circo, donde antaño se celebraron carreras de cuadrigas, pero que ahora solo servía como liza para los caballeros de Roma. En las pruebas que se sucedieron, el joven superó a todos sus congéneres y deslumbró tanto en el campo que todos los presentes coincidieron en que era el caballero joven más espléndido que habían visto jamás.

Al final de las pruebas, el emperador le concedió el primer puesto al joven y le entregó como trofeo una diadema de hojas de roble de oro y una sobreveste de seda carmesí, que el arrojado joven declaró que llevaría con orgullo durante el resto de sus días. Luego pidió, como favor, que se le permitiera afrontar el primer combate singular que exigiera el emperador con cualquier enemigo que diera un paso al frente. El emperador accedió, y el joven recibió muchos elogios. En los días que se siguieron, se lo conoció por un nuevo título: el «Caballero de la Sobreveste», a causa de la espléndida prenda que el emperador le había confiado. Y aquel nombre sustituyó al suyo durante un tiempo, y de ahí que Gawain raramente se oyera en los salones del palacio imperial.

✣ ✠ ✣

En esta época, estalló una guerra entre los persas y los cristianos que quedaban en Jerusalén. Los bandos no veían el momento de entrar en batalla, pero los líderes fueron más sabios y trataron de poner fin al conflicto mediante un combate singular. Se acordó una tregua mientras los cristianos enviaban un mensajero a Roma para solicitar un campeón. Al enterarse, el emperador convocó un concilio para discutir el asunto, y allí entró atropelladamente el Caballero de la Sobreveste, rogándole al emperador que lo perdonara por la interrupción, y recordándole su promesa de concederle a él el primer combate singular.

En un primer momento, el emperador se mostró reticente de

asignar una tarea así a un caballero tan joven e inexperto, pero no podía abjurar de su promesa, y sus consejeros le recordaron la pericia que había demostrado el joven en las lizas. Así que el emperador dio su consentimiento y el Caballero de la Sobreveste partió acompañado por una escolta de cien caballeros.

Se embarcaron lo antes posible y pusieron rumbo a Tierra Santa. Durante veinticinco días se vieron azotados por los embates de las grandes olas, y luego arreció una tormenta y los desvió de su rumbo, lo que los llevó a atracar al fin al borde de una isla gobernada por un cruel y poderoso señor llamado Milócrates. Aquel había sido el mismo hombre que poco atrás había secuestrado a la sobrina del emperador, que se había prometido con el rey de Ilírico. Había resultado imposible rescatarla, debido a las sólidas fortificaciones que protegían la isla y la abrumadora fiereza de los seguidores de Milócrates.

Los romanos desembarcaron en un extremo de la isla, lejos de los resistentes fuertes, en una zona densamente poblada de árboles. Allí encontraron animales salvajes que protegían con celo debido a su escasez. De hecho, estaban destinados únicamente a la mesa de Milócrates, y se castigaba con terribles torturas a quien cazara allí sin permiso. Los romanos, como es obvio, desconocían todo eso, y dado que necesitaban comida, desembarcaron y comenzaron a cazar. Bajo el liderazgo del Caballero de la Sobreveste, no tardaron en abatir a seis venados. Iban persiguiendo al séptimo cuando se toparon con el guardián del bosque, así como con catorce caballeros, que les exigieron saber con qué derecho cazaban aquellos forasteros en el coto real.

—Hemos tomado solo aquello que necesitábamos para sobrevivir —respondió el Caballero de la Sobreveste.

—¡No es suficiente! —bramó el guardabosques, y exigió que soltaran las armas y se entregaran.

—Jamás nos doblegaremos —replicó el joven caballero.

Acto seguido, le arrojó la lanza al guardabosques, quien la recibió en el hombro. Aullando de dolor, se arrancó el arma y se la

devolvió al joven. Estuvo a punto de alcanzarlo, pero pasó de largo y se hundió en un árbol. Aquello fue la señal para que comenzara la batalla, y aunque los romanos no llevaran armadura y sus adversarios estuvieran totalmente armados, bajo el liderazgo del Caballero de la Sobreveste no tardaron en matar o espantar a los isleños.

De aquellos que huyeron, uno se dirigió directamente a Milócrates, quien se alojaba en una ciudad cercana, y le habló de los forasteros. La noticia de la llegada del campeón romano y sus seguidores ya se había extendido por las tierras que rodeaban el Egeo, y todos los que estaban de parte del rey de Persia habían sido advertidos de que estuvieran atentos a su llegada e hicieran todo lo posible por que no alcanzara Tierra Santa. Por tanto, cuando se enteró de los forasteros que habían saqueado su coto de caza y derrotado a sus hombres, Milócrates dedujo al instante quiénes eran y convocó de inmediato a sus caballeros y soldados.

Los romanos, mientras tanto, regresaron a sus barcos, donde el Caballero de la Sobreveste recibió grandes elogios por su coraje al frente de la partida de búsqueda. Ya estaban preparados para levar anclas y partir, pero los vientos contrarios dejaron patente que el destino no quería que se marcharan todavía. El centurión al cargo de los caballeros romanos se lamentó de que, a aquellas alturas, sus enemigos ya estarían al tanto de su presencia y probablemente estuvieran reuniendo a un ejército para atacarlos.

—Debemos enviar espías tierra adentro de inmediato para hacernos una idea de sus números y predisposición.

Eligieron a dos hombres para ese cometido: el Caballero de la Sobreveste y un oficial llamado Odabel, familiar del centurión. Mientras se preparaban para partir, un revuelo anunció el descubrimiento de los exploradores que había enviado Milócrates. No tardaron en llevarlos ante el centurión, y mediante una mezcla de amenazas y sobornos, los romanos recibieron mucha información, como aquellos contra los que pronto se enfrentarían en batalla.

Más tarde, los dos espías partieron juntos y se aventuraron tierra adentro, hacia la ciudad donde Milócrates estaba reuniendo un gran ejército para atacar a los romanos. Debido en gran parte a la cantidad de soldados y caballeros que se concentraban allí desde todos los rincones de la isla, los dos romanos fueron capaces de mezclarse con sus enemigos y entrar en la ciudad. Allí descubrieron que los informes sobre las fuerzas romanas eran tan exagerados que Milócrates creía que un ejército mucho mayor se preparaba para enfrentarse a él. Por eso decidió posponer el ataque hasta que su hermano, Buzafarnan, pudiera llegar desde un país cercano, trayendo consigo una fuerza aún mayor. Todo eso fue lo que oyó el Caballero de la Sobreveste y se esforzó por memorizarlo.

Sin embargo, espiar a las fuerzas del enemigo no era lo único que ocupaba la mente del joven. Se había propuesto el arriesgado plan de rescatar a la sobrina del emperador, después de haber obtenido noticias por parte de los espías capturados. Así, el Caballero de la Sobreveste se coló en palacio, mezclándose sin dificultad con el enemigo, y buscó la forma de alcanzar los aposentos del rey, donde retenían a la princesa cautiva.

Mientras avanzaba por los pasillos, el Caballero de la Sobreveste se cruzó con un hombre al que reconoció, un caballero llamado Naboar, a quien había visto en el palacio del emperador de Roma. Aquel hombre, recordaba, había sido capturado junto con la princesa, y estaba en ese momento retenido también contra su voluntad. Con un gran arrojo, el Caballero de la Sobreveste atrajo la atención de Naboar, y cuando los dos hombres se hubieron abrazado e intercambiado noticias, hablaron de la princesa.

—Se encuentra en efecto en este palacio —dijo Naboar—. Y es más: ha oído hablar de vos.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó el joven.

—Vuestra fama os precede más de lo que creéis.

—¿Pensáis que estaría dispuesta a dejarse ayudar por mí?

—Sin duda, creo que la encontraréis más que dispuesta. Pues si bien es cierto que Milócrates la ha honrado enormemente, no puede

olvidar que se la llevaron a la fuerza.

Con la ayuda de Naboar, que conocía el palacio, el Caballero de la Sobreveste se dirigió a la alcoba que ocupaba la sobrina del emperador. Tal como Naboar había sugerido, cuando el joven reveló su identidad, descubrió que estaba emocionada por poder escapar de allí, pero también dispuesta a ayudar a los romanos como pudiera. Los tres se propusieron diseñar un plan, pues era más que evidente que el ejército que Milócrates estaba reuniendo era muy superior al suyo, y apenas tenían oportunidad de vencer sin un considerable golpe de suerte. Con la ciudad sumida en las preparaciones para la batalla, consideraron que sería seguro que un pequeño grupo de romanos se ocultara justo a las afueras de las murallas de la ciudad. Luego, cuando el ejército de Milócrates partiera para derrotar a sus enemigos, la princesa abriría las puertas y dejaría entrar al contingente oculto, quienes capturarían la ciudad y le prenderían fuego, lo que distraería a Milócrates y lo convencería de que había otra fuerza mayor a sus espaldas.

La princesa accedió a ello de buen grado, y para ayudar todavía más al Caballero de la Sobreveste le entregó una espada y una armadura que pertenecían a Milócrates, y de las cuales se decía que si otra persona las utilizaba, su propietario original no tardaría en morir. Con esos regalos, y reforzado por la ayuda tanto de la princesa como de Naboar, el joven caballero salió de palacio y, tras reunirse con Odabel, quien había estado espiando las fuerzas del enemigo, los dos se marcharon de la ciudad y volvieron a su campamento.

El centurión escuchó las noticias eufórico. Poco después despachó a Odabel con una pequeña fuerza, que debía esperar la señal para entrar y tomar la ciudad. Luego reunió al resto del ejército romano y partió a encontrarse con Milócrates.

Aquel había dividido a su ejército en dos partes. Una, comandada por su hermano, atacaría desde el mar; el resto, comandado por él, marcharía hacia el campamento romano.

Milócrates, por su parte, estaba lleno de temor y apenas tenía

expectativas de victoria, a pesar de superar en número a su enemigo. Pues aquella mañana había ido a buscar la armadura que le otorgaba una fuerza superior y había descubierto que había desaparecido. Tal era su desesperación que, aunque no supiera que había sido el enemigo quien la había robado, temía que la profecía se cumpliera. Cuando llegó al campo de batalla y vio al Caballero de la Sobreveste —cuya pericia habían exagerado ya los rumores— y se percató de que llevaba su armadura y espada, Milócrates deseó dar media vuelta y huir. Sin embargo, ya era demasiado tarde para detener lo que había comenzado, y entonces empezó la batalla.

En un primer momento, no parecía haber movimiento en ninguno de los dos bandos. Los romanos, aunque superados en número por casi veinte a uno, combatían con un heroísmo tal que fueron capaces de contener al enemigo. Luego, cuando el plan que había pergeñado el Caballero de la Sobreveste se puso en marcha, divisaron una columna de humo alzarse desde la ciudad. De súbito, los hombres de Milócrates se sumieron en el pánico. Tal era su sensación de perdición, que el ejército al completo dio media vuelta y huyó. Encontraron las puertas de la ciudad cerradas y allí, atrapados entre sus propias murallas y los atacantes romanos, acabaron masacrados.

Milócrates, al ser testigo de la matanza, reunió a sus fuerzas y, en un valiente intento por volver las tornas, atacó el lugar en que combatía el Caballero de la Sobreveste. Como era inevitable, los dos se encontraron cara a cara, y en el primer encuentro el caballero derribó al rey, quien acabó aturdido en el suelo. La batalla seguía rugiendo a su alrededor cuando Milócrates se puso en pie y le lanzó un golpe al joven caballero. Aquel espadazo afortunado le hizo una herida al joven en la frente, y cuando notó la sangre cayéndole sobre los ojos, se abalanzó furiosamente sobre él y le separó al rey la cabeza de los hombros.

Al verlo, la última resistencia entre los hombres de Milócrates se vino abajo, depusieron las armas y se rindieron en todos los frentes. Se había cumplido la profecía de que el rey moriría a manos del

hombre que llevara su armadura. Los romanos tomaron la ciudad y los recibió allí la sobrina del emperador, quien ordenó que enterraran a los muertos y atendieran a los heridos.

Parecía que la batalla había terminado. El centurión aseguró la isla y nombró a un gobernador leal a Roma que vigilara a sus gentes. Luego envió a una compañía a escoltar a la sobrina del emperador hacia su esposo legítimo, el rey de Ilírico. Con varios reclutas adicionales de la guardia personal de Milócrates, la flota se preparó para arriar las velas y dirigirse a su destino original.

Sin embargo, no habían contado con el hermano del rey muerto, que había estado navegando a lo largo de la costa todo ese tiempo, empujado a un lado y a otro por los vientos que habían impedido zarpar a los romanos. Cuando vio la flota romana aproximándose, atacó sin previo aviso.

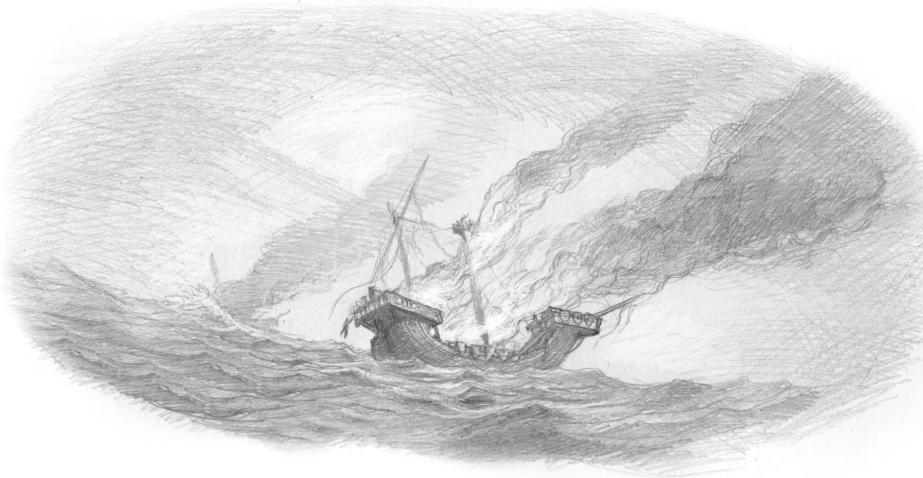
Se produjo entonces una batalla encarnizada, con navíos cargando con sus espolones de hierro, abriendo grandes agujeros en los costados de sus adversarios y provocando que se perdieran muchas vidas. El Caballero de la Sobreveste estaba al mando de uno de los barcos más poderosos, y desataba el caos allá donde iba. Se lanzaron garfios hacia los lados de los barcos enemigos, y el caballero en persona lideró el asalto a bordo de más de una docena de ellos. En un momento dado, el enemigo lo rodeó y arrojó fuego griego sobre la cubierta de su embarcación. Aquella arma maligna, que se adhería a todo lo que tocaba y lo consumía al entrar en contacto, parecía capaz de superar a los romanos. Pero gracias al Caballero de la Sobreveste, se volvieron las tornas. Sin la ayuda de nadie más, asaltó el navío enemigo, liderando a sus hombres a bordo, donde rápidamente derrotaron a sus adversarios y tomaron posesión de la embarcación. Mientras su propio barco ardía y se hundía bajo las olas, el caballero volvió las armas del enemigo contra él. En un abrir y cerrar de ojos, el enemigo cayó derrotado, con más de veinte barcos capturados y decenas hundidos. También apresaron al hermano de Milócrates, y el centurión lo envió encadenado a Roma antes de dirigirse de nuevo hacia Tierra Santa

con el objetivo de culminar su misión original.

✣ ✠ ✣

Con vientos favorables, alcanzaron Jerusalén en cuestión de días, y allí fueron recibidos con regocijo y mucha expectación. Las fuerzas cristianas habían depositado todas sus esperanzas por una conclusión pacífica en la persona del campeón, y aunque algunos tenían sus reservas acerca de aquel joven, todos estaban impresionados por su porte y por las noticias sobre la batalla contra Milócrates.

El día acordado, los dos ejércitos se reunieron en la llanura a las afueras de las murallas de la ciudad. El Caballero de la Sobreveste descubrió en ese momento algo más sobre el adversario al que pronto se enfrentaría. El campeón persa se llamaba Gormundo, un hombre enorme, casi un gigante, con extremidades como árboles y una fuerza inmensa. Era tan grande que no habían encontrado caballo que pudiera aguantar su peso; por tanto, el combate se llevaría a cabo a pie, un hecho que muchos consideraron una desventaja para el Caballero de la Sobreveste.



El barco en llamas

Una vez se hubieron preparado, los dos campeones avanzaron a la vez y se toparon con un terrible estruendo en mitad del campo de batalla. Intercambiaron espadazos, vertieron sangre y se lanzaron amenazas, pero ninguno de los dos tenía ventaja sobre el otro. Se abalanzaban sobre el otro como dos descomunales jabalíes, aporreando la cota de malla que cubría sus cuerpos con la fuerza de un herrero en la forja. El Caballero de la Sobreveste, el más ligero de los dos por mucho, bailaba en torno a su oponente y le dificultaba su tarea. Gormundo, por su parte, le propinaba golpes lentos y pesados que ralentizaban al campeón cristiano de forma considerable. Así, los dos combatieron esforzadamente a lo largo del día, y cuando cayó el crepúsculo ninguno de los dos había conseguido infligirle heridas graves al otro. El día terminó con los dos bandos sumidos en la incertidumbre, pues nadie sabía qué ocurriría con el combate por la mañana.

Al día siguiente, retomaron el enfrentamiento y los dos campeones se afanaron aún más por sacarle ventaja al otro.

Saltaron chispas de sus espadas, y fue un milagro que las armaduras no se quebraran bajo los golpes que se descargaban mutuamente. Con todo, el día avanzaba y no podía decirse que uno tuviera ventaja sobre el otro. Luego el Caballero de la Sobreveste, tras superar la guardia de su enemigo, le golpeó la boca, le hizo saltar dos dientes y le partió en dos la mandíbula. No era una herida seria, pero Gormundo perdió los estribos. Continuó sus ataques con una fuerza aún mayor y soltó un golpe que partió la espada del joven caballero a la altura de la empuñadura. El caballero sí se encontraba ahora en desventaja, y se alejó de su oponente sin perder un instante. Los persas dejaron escapar un gran rugido. Gormundo aprovechó la ventaja, pero cuando las cosas se le comenzaban a presentar mal al Caballero de la Sobreveste, el sol se hundió por el horizonte y el combate llegó a su fin por ese día.

A la mañana siguiente, se discutió si se debía permitir que el joven caballero utilizara una espada nueva, pero al cabo de un rato se alcanzó un acuerdo y el combate comenzó de nuevo. A esas alturas, los dos hombres conocían bien las capacidades del otro, y al retomar sus ataques golpeaban con más astucia, infligiendo incontables heridas menores. Pero poco a poco el campeón persa empezó a debilitarse, abrumado por la fuerza bruta de los ataques del joven caballero. Su gente gritaba alarmada, animándolo y provocándolo al mismo tiempo, hasta que, medio loco por el dolor y la vergüenza, descargó sobre el caballero un espadazo que lo hizo arrodillarse.

Acto seguido, el joven campeón se puso en pie de un salto y con gran furia y pasión retomó sus ataques. Alzó la espada en alto y gritó:

—¡Este es el golpe que lo termina todo!

El espadazo penetró el yelmo y la sesera de Gormundo, y cuando tocó el suelo ya estaba muerto. Se produjo entre los persas un gran lamento, ahogado pronto por los vítores de los cristianos.

Y así fue como se evitó la guerra, pues ambos bandos se comprometieron a respetar el acuerdo y procedieron a intercambiar

prisioneros, pagar sus deudas y aceptar la reparación de los bienes. Huelga decir que el Caballero de la Sobreveste recibió elogios y presentes de ambos bandos, y regresó triunfalmente a Roma. Allí, el emperador en persona le dio la bienvenida y lo recompensó con los más altos rangos y títulos.

El Caballero de la Sobreveste no tardó en sentir la necesidad de más aventuras y comenzó a buscar activamente noticias sobre conflictos en los que pudiera participar. Le llegaron historias de un rey famoso, un tal Arturo (su tío, aunque él no lo supiera), cuyos caballeros se decía que eran los mejores del mundo, y cuya corte ofrecía más aventuras que ninguna otra. Se comentaba que en ese tiempo el reino de Britania recibía ataques de muchas fuerzas hostiles y que su rey necesitaba caballeros. De inmediato, el joven héroe deseó ir hasta allí, y creyendo que, con el tiempo, aquello podría restaurar las relaciones de la vieja provincia de Britania, separada hacía mucho tiempo del imperio, con Roma, el emperador accedió.

Antes de que el caballero se marchara, el emperador lo convocó y le entregó ciertos regalos. También le dio el cofre que Viamundo le había confiado, pero le indicó que no mirara dentro y que se limitara a presentárselo al rey Arturo y a nadie más. Luego, el Caballero de la Sobreveste se despidió del emperador y emprendió el largo viaje allende los Alpes, a través de la Galia y del Mar Estrecho que separaba el continente de Britania. Allí, preguntó por la ubicación del rey Arturo, y le dijeron que se encontraba en la ciudad de Caerleon.

El héroe partió de inmediato en la dirección del río Usk, pero cuando aún lo separaban varias millas de su destino, arreció una tormenta violenta y repentina que lo alejó del camino y lo obligó a buscar refugio en una floresta cercana.

Ocurrió entonces que el rey Arturo y la reina Ginebra estaban en la cama en ese momento, discutiendo de asuntos importantes sobre el reino. La reina no solo era una de las mujeres más hermosas del lugar, sino que también poseía una gran sabiduría, y por eso el rey

le consultaba asuntos de muy distinta índole. En ocasiones concretas, había incluso llegado a predecir acontecimientos futuros, lo que reforzaba la creencia, como ya he comentado antes, de que poseía sangre feérica. El rey Arturo siempre atendía a esas visiones, pues se cumplían muy a menudo. Ese día, después de hablar largo y tendido hasta altas horas de la noche, la reina dijo de súbito:

—Arturo, se dice que sois uno de los mejores caballeros de Britania, tan fuerte como vuestros seguidores. ¿Creéis que es verdad?

—Por supuesto —respondió el rey—. ¿Vos no lo creéis de corazón?

—Sí, sin duda —dijo Ginebra—. Pero mis sueños me dicen que en este mismo instante se acerca al pueblo de Usk un caballero cuya fuerza no conoce límites. Mañana, poco después del alba, me enviará un anillo de oro y dos caballos. No digo que sea más fuerte que vos, pero es ciertamente un campeón poderosísimo.

El rey no respondió, pero en cuanto la reina se quedó dormida, él se levantó de la cama y salió en silencio de la alcoba, antes de convocar a sus escuderos y sirvientes y ordenarles que le trajeran su armadura y sus armas y ensillaran su caballo. Luego hizo llamar a su senescal y hermano adoptivo, sir Kay, para que lo acompañara, y poco después los dos partieron en secreto, sin informar a nadie más del castillo.

No tardaron en llegar a un afluente del río Usk que estaba crecido por la tormenta, y allí hallaron al Caballero de la Sobreveste, que trataba de encontrar la forma de cruzarlo.

—¿Quién sois vos, que deambuláis por el país en mitad de la noche? —gritó el rey—. ¿Sois un espía o un fugitivo?

—Ninguna de las dos cosas —respondió a viva voz el caballero —. Deambulo porque no conozco el camino.

—Os defendéis rápido con la lengua —replicó Arturo—. Veamos si sois tan bueno con lanza y espada.

—Como deseéis —dijo el joven caballero, y allí, bajo los rayos de la luna, puso la lanza en ristre y cargó contra el rey.

Se toparon en mitad del arroyo y el rey Arturo salió despedido de la espalda de su caballo y aterrizó en el agua. El caballero tomó de inmediato la montura del rey y regresó con ella a su lado del arroyo.

Al verlo, sir Kay presentó su propio desafío y cabalgó para encontrarse con el forastero. El Caballero de la Sobreveste lo despachó con la misma facilidad que al rey, y Kay no tardó en reunirse con su señor en el río. Como antes, el caballero tomó las riendas del caballo sin jinete y lo llevó a su lado. Luego, tomó el sendero que se alejaba de allí y dejó que el rey y el senescal volvieran a casa a pie, mojados y avergonzados por su humillación a manos del joven caballero.

Cuando estuvo de vuelta en el castillo, el rey Arturo se apresuró a meterse en la cama para entrar en calor. La reina, que se había despertado con su llegada, le preguntó por qué estaba mojado y frío.

—He oído un ruido en el patio —respondió Arturo rápidamente —. Creía que podía tratarse de una pelea entre mis hombres y he salido a la lluvia a comprobarlo.

—Bueno —dijo la reina, adormecida—, ya veremos qué noticias trae mi mensajero por la mañana.

El Caballero de la Sobreveste, mientras tanto, continuó su camino con los dos caballos capturados, y encontró un refugio cerca donde pasar la noche. Cuando rayó el alba, cabalgó hacia Caerleon, y de camino se cruzó con un muchacho que portaba el escudo real.

—¿Cuál es vuestro deber? —preguntó el caballero.

—Señor, soy el mensajero de la reina.

—En ese caso, si es posible, os pido que le llevéis un mensaje a la reina de mi parte.

Le entregó los dos caballos, junto con su anillo y una moneda de oro por las molestias.

La reina Ginebra, mientras tanto, consciente de lo que estaba a punto de ocurrir, contemplaba el camino que conducía al castillo cuando vio al mensajero acercarse, acompañado por dos caballos, y

bajó a recibirlo. El muchacho le contó que se había encontrado con un caballero en el camino, y le entregó a la reina el anillo. Cuando oyó el nombre del caballero, sonrió y se dirigió de inmediato al lugar en que el rey Arturo aún yacía en la cama y lo despertó.

—Mi señor dijo—, por si dudabais de mis palabras de anoche, aquí está el anillo que se me prometió, y fuera veréis a los dos caballos que predije. Nos lo envía todo el caballero a quien describí. Parece ser que ayer derrotó a dos caballeros en el vado.

El rey, ruborizado, se alzó y miró por la ventana. Allí se encontraban, como cabía esperar, su caballo y el de sir Kay, a la vista de todos. Entonces el rey Arturo se rio y se lo confesó todo a la reina con gesto arrepentido.

Esa misma mañana, más tarde, el rey convocó una asamblea de nobles que, debido al buen tiempo, tuvo lugar bajo un fresno concreto de los jardines del castillo. Allí llegó el Caballero de la Sobreveste y se detuvo justo donde los señores de Britania estaban reunidos.

Arturo no lo reconoció y se dirigió a él con severidad por haberlos interrumpido. Con todo, el joven se mantuvo firme y declaró que era un caballero de Roma que se había enterado de los problemas a los que se enfrentaba el rey de Britania, y que había acudido allí a ofrecer su ayuda. Anunció que traía mandatos del emperador en persona y le entregó el cofre sellado.

Luego el rey hizo que el Caballero de la Sobreveste se presentara ante él y le comunicó que, a pesar de que apreciaba su llegada y las cartas del emperador, en ese momento no necesitaba más hombres.

—Estoy rodeado por una magnífica hermandad de caballeros, la mayoría de los cuales me sirven sin estipendio alguno, y debo vigilar a quién admito entre sus filas. Como joven inexperto que sois, no me veo capaz de invitaros a formar parte de la hermandad.

Al oír aquello, el Caballero de la Sobreveste se ruborizó intensamente.

—He venido de buena fe a servir a aquel de quien solo he oído cosas buenas. Ahora veo que me equivocaba. Con todo, no me

marcharé de Britania hasta haber podido ayudar a alguien, pues hacerlo sería un acto de cobardía por mi parte. Permitidme que me quede en estas tierras, y si hay alguna tarea que vos o vuestros caballeros no deseéis emprender, os ruego que me la asignéis a mí.

El rey Arturo apreció la respuesta y accedió. Menos de doce días más tarde recibió la noticia de que una cierta dama, ligada a él por unos profundos lazos de lealtad, estaba sufriendo el asedio de los salvajes pictos en el Castillo de las Doncellas, en Escocia. Le suplicaba al rey que acudiera a socorrerla.

Arturo ya se había encontrado antes con el líder de los pictos, un hombre llamado Coil, y en todas las ocasiones había conocido la derrota. Sin embargo, se apresuró a reunir un ejército y marchar hacia el norte. Estaba todavía a una buena distancia del Castillo de las Doncellas cuando se encontró con un segundo mensajero, quien le informó de que el castillo había caído y se habían llevado a su señora. De inmediato, el rey Arturo se dispuso a dar caza a los pictos, pero su astuto líder se había enterado de su llegada y esperaba con sus guerreros más formidables para interceptarlos.

En el primer encuentro, las fuerzas del rey Arturo quedaron dispersadas y confundidas por la inesperada furia del asalto. No tardaron en reagruparse, y el rey los lideró en un ataque vehemente. No obstante, los britanos se vieron muy superados en número, y a pesar de sus heroicos esfuerzos, acabaron retrocediendo poco a poco. El rey Arturo, juzgando la situación con la habilidad del guerrero experimentado, decidió retirarse y reagruparse. Mientras lo hacían, se toparon de repente con el Caballero de la Sobreveste, que había seguido al ejército a una cierta distancia.

—Mi señor, ¿es venado o conejos lo que estáis cazando? —preguntó.

Arturo, airado por aquella provocación, exclamó que no veía prueba de la supuesta pericia del caballero, puesto que había decidido evitar la batalla. En eso, el joven caballero también se enfadó y, tras espolear a su caballo, dejó atrás a los britanos en

retirada y se abalanzó sobre los pictos.

Tan desconcertados estaban ante aquel ataque inesperado y airado, que cedieron y se separaron como el mar ante él. El Caballero de la Sobreveste, por su parte, cabalgó directamente hacia el lugar donde ondeaban los estandartes enemigos, con el rey Coil como objetivo. Antes de que nadie pudiera hacer más que contemplar la escena, ya le había dado al señor enemigo un golpe letal, agarrado las riendas de la dama cautiva y regresado hacia las líneas britanas.

Los pictos, tras recuperarse de su sorpresa y aullar ahora con furia, lo rodearon y atacaron por todas direcciones. Fue un milagro que el caballero sobreviviera a la muerte. Descargaba golpes a su alrededor con furia, ejecutando a todo aquel que se le acercaba. Mas la presencia de la dama le dificultaba los movimientos, y miró en derredor desesperadamente hasta dar con una vía de escape. Fue entonces cuando vio un terraplén y una zanja cruzada por un estrecho puente, todo lo que quedaba de un otrora orgulloso vado. Tras espolear a su montura hacia aquel lugar, consiguió separarse lo suficiente de los pictos como para permitir que la dama cruzara antes que él. Luego, con el rostro ensombrecido, volvió grupas y durante la media hora siguiente defendió el puente de sus enemigos. Tal era la ferocidad y fuerza de su defensa que, al final de ese tiempo, los pictos comenzaron a retirarse, consternados por la montaña de cadáveres que rodeaba al héroe.

En ese momento, el rey Arturo, que había estado reagrupando a sus fuerzas, regresó y atacó con fuerzas renovadas, obligando a los pictos a retroceder ante él. La batalla terminó pronto, y los britanos se reunieron en torno al Caballero de la Sobreveste y a la dama que había rescatado, quien no tenía más que elogios y gratitud por su heroico esfuerzo. El rey Arturo le dio las gracias en público y admitió que alguien como él debía pertenecer sin duda a la hermandad de la Mesa Redonda.

—Me equivoqué al dudar de vos, mi señor caballero. Me alegraría daros la bienvenida a nuestras filas. Pero, primero, debo

conocer mejor vuestro linaje y cuna.

—Os lo diré sin rodeos —respondió el joven—. Nací en la Galia, y soy el hijo de un senador llamado Viamundo. Mi verdadero nombre es Gawain, pero hace mucho que se me conoce como el Caballero de la Sobreveste.

—Es mi deber deciros que estáis equivocado en muchas de esas cosas —dijo el rey, sonriendo.

—¿Cómo es posible que sepáis más sobre mis orígenes que yo? —demandó el caballero, algo desconcertado.

—Lo sabréis todo cuando regresemos a Caerleon —contestó el rey.

Sucedió entonces que, después de que el exhausto ejército estuviera de nuevo a salvo en la corte, el rey Arturo convocó ante él al rey Lot de las Orcadas y a su reina, Morgause, y anunció ante toda la corte que el Caballero de la Sobreveste era en realidad su hijo.

—Y por tanto —añadió, abrazando al perplejo joven— sois mi sobrino. Y me alegra reconoceros ante toda esta compañía.

Se produjo un gran regocijo, como podrás imaginar, cuando el hijo se reunió con sus padres y el joven héroe descubrió que era el sobrino del mismísimo rey. Y aunque esta historia difiere de la que nos cuenta el maestro Thomas, creo que nos explica con más fidelidad los orígenes de sir Gawain. Y, como verás, vivió muchas más aventuras después de eso, y algunas ni siquiera aparecían en el gran libro del rey Arturo.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA HISTORIA DEL ASCENSO DE GAWAIN.

INCIPIT EL PERRO DE LAS OREJAS RECORTADAS.

21: SIR GAWAIN Y EL PERRO DE LAS OREJAS RECORTADAS

El rey Arturo, hijo de Uther, hijo de Ambrosio, hijo de Constantino, convocó una gran batida de caza en el Gran Bosque, al otro lado de la Llanura de las Maravillas. Jamás, en ningún lugar del mundo, se había visto una reunión como aquella. Había más guerreros y mujeres, cantantes y poetas, músicos y sirvientes que articulaciones en el cuerpo humano, o días en el año, o plantas en la tierra. Según mis cuentas, había doce caballeros veteranos de la Mesa Redonda, doce caballeros del consejo, doce caballeros de actividades, otros doscientos veinte caballeros de la Mesa y setecientos caballeros de la casa real.

Como era costumbre en aquella época, se convocó una batida de caza y la gran compañía se repartió por el Gran Bosque, más allá de la Llanura de las Maravillas, siguiendo a sus presas por cañada, valle y matorral. Sin embargo, ese primer día el rey estaba sentado en su tienda y escuchaba sin mediar palabra las voces y silbidos de los cazadores, los ladridos de los perros, los gritos de los nobles y las canciones de los bardos. Al final del día, la partida regresó con la nueva de que apenas habían visto más que una liebre, y por tanto, cuando estaban todos reunidos para el banquete vespertino, le demandaron al gran rey qué debían hacer a continuación. El rey Arturo respondió con voz alta y clara:

—Mi gente, cargo con muchas *gaesa* (es decir, que tenía ciertas obligaciones que no podía ignorar) y una de ellas es que debo convocar esta gran caza cada diecisiete años, y si el primer día no es fructífero, debo quedarme aquí durante el segundo, el tercero y todos los días consecutivos hasta que las batidas hayan proporcionado suficientes ganancias.

Cuando terminó de hablar, el rey miró en todas direcciones y vio dirigirse hacia él a un joven caballero vestido con una túnica de lujosa seda y una armadura de la más espléndida manufactura, y con un mantón de oro encima. Del lado le colgaba una hermosa espada con empuñadura de oro, y en la mano derecha portaba lanzas de fresno blanco, mientras que en la otra llevaba un farol que brillaba con fuerza. Era tan hermoso como el amanecer, con una tez tersa y clara y unos ojos grises transparentes, además de unos labios torneados. No había nada en él a lo que pudiera haberle encontrado mácula alguna.

El forastero se presentó ante el rey Arturo, que le preguntó quién era y cuál era su propósito.

—Vengo a enfrentarme a tres de vuestros mejores caballeros, pues he oído que no hay rey en el mundo con un conjunto mejor ni más glorioso de héroes, y me gustaría comprobar por mí mismo si eso es cierto.

Cuando oyó aquello, la corte entera pasó de mostrarse hospitalaria a hostil, y se levantaron contra el caballero del farol como si fuera su más acérrimo enemigo. Él, al verlo, hundió el escudo en la tierra junto con sus dos lanzas, y luego desenvainó la espada con la empuñadura de oro y se preparó para entrar en combate. El rey Arturo observó a su alrededor y preguntó quién de la corte aceptaría el desafío.

El Caballero Blanco, hijo del rey de Francia, dio un paso al frente, y los dos combatieron con todas sus fuerzas. Mas el Caballero Blanco no era rival para el forastero, y al poco se vio derrotado y hecho prisionero por el que la gente ya comenzaba a llamar el Caballero del Farol.

Luego le llegó el turno al Caballero Negro, hijo del rey de Caolachs, quien se enzarzó en una espléndida batalla contra el forastero. Pero el Caballero del Farol lo derrotó con la misma facilidad que al primer contrincante, y también lo ató. Luego se enfrentó a otros varios caballeros del rey Arturo, y ninguno pudo superarlo salvo sir Gawain, quien había llegado recientemente a la corte y quien, a pesar de su juventud, resistió hasta que el Caballero del Farol profirió un descarnado grito y se marchó de repente, oculto por una oscura bruma druídica que impidió que nadie viera adónde se dirigía. Cuando hubo desaparecido, todos los hombres de Arturo, y este incluido, fueron incapaces de marcharse de aquel lugar, pues estaban inmóviles, y solo podían hablar y mover los ojos, todos excepto sir Gawain, quien al haber estado tan cerca de vencer al Caballero del Farol aún podía moverse con libertad.

Luego Arturo miró alrededor a sus caballeros y dijo:

—¡Maldito sea este día! Si corre la voz, ¡seremos el hazmerreír hasta llegar a la tumba! Debemos encontrar a alguien que nos ayude a derrotar al Caballero del Farol.

—Señor, ¿no podría ir yo a buscar la forma? —preguntó sir Gawain, pero el rey Arturo respondió que su sobrino era demasiado inexperto, a pesar de haber resistido frente al caballero.

Y así fue como la corte entera esperó, paralizados por el conjuro

del caballero, algunos dentro de la tienda del rey y otros fuera, hasta que el sol se alzó en el cielo y todos comenzaron a notar una gran sed. Luego el rey Arturo se dirigió a sir Gawain:

—Desearía que nos trajerais un poco de agua.

—Señor —respondió el joven caballero—, si me prestáis vuestras armas y me decís dónde puedo encontrar un pozo, iré de buen grado.

—Ay de ti, el único manantial cercano, que es la Fuente de las Virtudes, brota en un valle lleno de monstruos y criaturas malignas. No ordenaría a nadie ir hasta allí, ni siquiera si estuviera al borde de la muerte.

—¡No digáis eso! —gritó Gawain—. Partiré de inmediato, pues sería impropio que alguien que no fuera caballero emprendiera la búsqueda en vuestro nombre.

—Os doy las gracias, sir Gawain —dijo el rey—. Aseguraos de llevaros la Copa Cuarteada, que tiene capacidad para cincuenta hombres, y dirigíos al oeste de aquí, más allá de la Llanura de las Maravillas, hasta que halléis la fuente.

Sir Gawain partió al momento, con la armadura del mismísimo rey, y tomó la mejor ruta que conocía hacia la Fuente de las Virtudes, que era un lugar muy hermoso y maravilloso, y a cuyo lado crecía un poderoso árbol. Gawain llenó la magnífica copa hasta el borde, y mientras lo hacía, oyó un ruido proveniente de las raíces del árbol. Al volverse hacia allí, vio a un extraño perro gris caminando hacia él. No tenía orejas ni cola, y llevaba el pelaje tan denso y enmarañado que se le podrían haber clavado manzanas en las púas, y del cuello le sobresalía un pesado collar de hierro.

El perro de las orejas recortadas se acercó a Gawain dando saltos, y, para su sorpresa, le habló con una voz grave y áspera, y le preguntó qué hacía allí.

—No he venido a contar historias —respondió el caballero—. Estoy más acostumbrado a dar oro y plata para escuchar ese tipo de relatos que a contárselos a otros.

—Os pregunto con la esperanza de que me habléis de vos

voluntariamente —dijo el perro—. Si lo hacéis, seremos amigos. Si no, os destruiré.

—Tal vez podrías, sin duda —contestó Gawain—. Pero te digo que vengo en busca de agua para el rey Arturo, a quien sirvo. Mi nombre es Gawain de las Orcadas. Ya te he hablado de mí.

La Fuente de las Virtudes

Al oír aquello, el perro le dio una calurosa bienvenida al caballero y le preguntó por qué el rey Arturo enviaba a alguien tan joven a cruzar la Llanura de las Maravillas.

Gawain le contó todo lo relativo al Caballero del Farol y cómo había derrotado a los caballeros del rey Arturo antes de desvanecerse por completo.

—Ahora comprendo —dijo el perro de las orejas recortadas— que el Caballero del Farol ha lanzado un hechizo a vuestro rey y a sus hombres. Creedme que no hay nadie más en esta tierra que pueda liberarlos salvo yo. Por tanto, llevadme de vuelta con vos y os ayudaré, pues temo que el Caballero del Farol regresará esta

noche para cortarles la cabeza a todos aquellos que ha maldecido. Y os aseguro que no hay hombre en todo el reino que pueda vencerlo en combate sin ayuda.

Gawain, acompañado del perro de las orejas recortadas, regresó al Gran Bosque. Allí les dio al rey y a sus caballeros de beber con la magnífica Copa Cuarteada, pero apenas habían empezado a saciar su sed cuando vieron al Caballero del Farol acercarse con la espada desenvainada en una mano y el farol en alto en la otra.

Cuando el perro de las orejas recortadas vio al caballero aproximarse, echó a correr a toda velocidad hacia él. Y cuando el Caballero del Farol lo vio, dio media vuelta y se marchó con la misma rapidez con que había llegado, dejando tras de sí una bruma negra druídica tal que nadie habría podido seguirlo ni aunque lo hubiera intentado. Luego Gawain y el perro volvieron con el rey Arturo, y el chucho dijo que sir Gawain y él debían dirigirse a la cima de una colina concreta por la mañana y que allí sin duda podrían encontrar el rastro del caballero. Luego deshizo el hechizo que retenía al rey y a sus hombres, y hubo un gran regocijo por ello, así como muchas miradas de asombro ante el perro de las orejas recortadas.

A primera hora de la mañana, Gawain y el perro se levantaron y se prepararon para partir; el rey Arturo y sus caballeros y las mujeres de la corte les desearon buena fortuna, pues aunque algunos habían tratado de impedir que el joven se marchara, él no había cedido. Fueron a la colina que el perro había indicado, y allí la bestia rebuscó hasta dar con el aroma del Caballero del Farol. El perro anunció que había cruzado el mar, y que debían seguirlo si deseaban capturarlo.

Gawain volvió con el rey Arturo y le solicitó un barco, y el rey se lo concedió de buen grado y envió un mensaje al puerto para informarlos de que debían preparar una embarcación y que debía estar bien avituallada. Luego sir Gawain y el perro de las orejas recortadas se marcharon y subieron a bordo del barco, y el caballero arrió las espléndidas velas y zarparon del puerto en

dirección al tumultuoso mar.

✣ ✠ ✣

PASARON CINCO DÍAS con sus cinco noches en el océano, y al final de ese tiempo divisaron una isla.

—Poned rumbo a ese lugar —dijo el perro de las orejas recortadas.

Sir Gawain acercó el barco sin percances a la costa y allí fondearon. Luego bajaron a tierra y deambularon por la isla, y descubrieron que era un lugar bellísimo, lleno de una exuberante vegetación, de altos árboles y arroyos de agua limpia que alimentaban la tierra verde. Y llegaron al fin a una casa hermosa, y entraron. Había allí un gran fuego ardiendo en el hogar, y mesas preparadas con manteles de lino puro, y platos de oro encima, cargados de buena comida. Pero no había ni un alma a la vista, salvo un anciano a quien Gawain preguntó si sabía quién era el amo de la casa y cómo se llamaba la isla.

El anciano se lo quedó mirando con descaro y replicó:

—¿No habéis oído hablar de este lugar? ¿Es que acaso habéis crecido en una cueva?

Aquello enfureció tanto a Gawain que desenvainó la espada, y habría golpeado al anciano si aquel no hubiera clamado paz y elogiado la fuerza del joven caballero. Luego les contó que el nombre de aquel lugar era Isla Sombría, y que allí vivía un gran campeón. Gawain le preguntó por el Caballero del Farol, y el anciano respondió que había estado allí hacía poco tiempo, pero que ya se había marchado.

—Decidme adónde, si lo sabéis —demandó Gawain.

—No es difícil responderos —dijo el anciano—. Ha vuelto a un lugar propio en una tierra no lejos de aquí. En la costa de aquella tierra hay una gran cueva, y a su lado se alza una torre conocida como la Torre de la Cueva Oscura. El Caballero del Farol siempre se

aloja allí cuando llega a esa tierra. Tiene dos puertas, una que da al interior y otra al mar, y en la puerta del mar siempre tienen una embarcación lista. Pero dejadme que os diga ahora que lo más probable es que huya antes de que lo alcancéis a la Isla de las Mujeres Guerreras. Pues allí tiene a su mayor amiga y aliada: la druida Abhlach. No encontraréis nunca a nadie tan poderoso como ella en las artes mágicas, y protege ciertos tesoros que pertenecen al Caballero del Farol, pues mientras los custodie, nadie podrá herirlo, y mucho menos matarlo.

—Habladme más sobre esos tesoros —pidió Gawain.

—Os contaré todo lo que sé, pues no guardo aprecio alguno por el Caballero del Farol —respondió el anciano—. En lo que respecta a los tesoros, os puedo decir que son tres. El primero es el cáliz del rey de Iorruaidh, que la hija del rey, Deilbhghrein, que significa «forma del sol», le entregó como obsequio de cortejo. Mientras lo posea, la fuerza del caballero no menguará ni siquiera aunque combata durante un día y una noche. El segundo tesoro es el caldero del rey de Francia, que el Caballero del Farol le arrebató después de matarlo. Mientras lo posea, si se baña allí una vez al año, no envejecerá ni un solo día. El tercer tesoro es el anillo que perteneció al rey de la India, quien es en realidad el padre del caballero. Su virtud es que a quienquiera que mire la joya que hay engastada se le sanarán todas las heridas de inmediato. Ahora ya os he dicho todo lo que sé.

El perro había comenzado a gruñir mientras tanto, y cuando el anciano terminó de hablar, dejó escapar un largo aullido. Luego se quedó en silencio, se tumbó en el suelo y no despegó los labios. Gawain le dio las gracias al anciano, quien les dio la bienvenida y los invitó a compartir la mesa de su amo. Y eso hicieron con placer, y después durmieron aquella noche en la casa. Pero por la mañana se levantaron temprano, y sir Gawain le preguntó cómo podía encontrar el camino hacia la cueva y la torre que le servía al Caballero del Farol como fortaleza. El anciano se lo indicó de buena voluntad, y subieron al barco y partieron hacia donde les había

señalado. Cuando se acercaron a la tierra donde habitaba el caballero, el perro de las orejas recortadas dijo:

—Pensemos un plan para derrotar a nuestro enemigo. Tomad el collar y la cadena que llevo al cuello y bajad a tierra. Luego, cuando estéis cerca de la torre, agitad la cadena para que el caballero piense que soy yo quien llega. Luego huirá por la puerta marítima hacia su barco; mas yo estaré escondido allí y me enfrentaré a él. Si por ventura sale por la otra puerta, vos estaréis allí para detenerlo.

—Bien dicho —respondió Gawain.

Sin embargo, mientras los dos camaradas preparaban la trampa, Abhlach la druida tomó conciencia de su presencia y de lo que planeaban hacer. Y entonces se puso una capa verde mágica y dio un gran salto que la llevó desde la Isla de las Mujeres Guerreras a la Torre de la Cueva Oscura. Allí encontró al Caballero del Farol y le contó lo que se avecinaba. En ese momento sintió miedo, hasta que Abhlach le dijo que había traído consigo un *curragh* mágico, y que podrían usarlo para escapar sin que los vieran, ni siquiera el perro de las orejas recortadas.

Y así fue. La druida y el caballero se montaron en la embarcación mágica y recorrieron a toda velocidad la superficie del agua sin ser vistos. Solo cuando estaban a punto de perderse de vista supo el perro, oculto todavía en el barco, dónde estaban, pero ya era demasiado tarde como para capturarlos. El chucho nadó hasta la costa, se reunió con sir Gawain y le contó lo que había ocurrido.

—No os desaniméis —le dijo el perro—. Os prometo que descubriremos al caballero aunque tengamos que buscar por todo el mundo.

✣ ✠ ✣

SIR GAWAIN Y el perro de las orejas recortadas embarcaron de nuevo y no se detuvieron hasta alcanzar la Isla de las Mujeres

Guerreras, y allí atracaron. Abhlach y el Caballero del Farol ya se habían ido, pero la reina de la isla y sus mujeres esperaban allí para recibirlos, armadas hasta los dientes y listas para defenderse de los visitantes.

Y así se desató una larga y furiosa batalla en la costa de la isla, y el resultado fue que sir Gawain, con la ayuda del perro de las orejas recortadas, obtuvo una gran victoria, y cuando abandonaron la isla llevaban consigo los tres tesoros que pertenecían al Caballero del Farol, que con las prisas había dejado atrás. Y cuando arriaron de nuevo velas para perseguir a sus enemigos, prendieron fuego al salón de Abhlach.

✣ ✠ ✣

PASARON TRES DÍAS y tres noches en el mar, hasta que sir Gawain vio una tierra hacia el oeste y se lo comunicó al perro.

—Vayamos allí —respondió el chucho—. Es el hogar del rey de la Isla Mínima, suegro del Caballero del Farol. Estoy seguro de que nuestra presa está cerca.

Navegaron cerca de la costa y arrojaron el ancla al agua, y el perro le dio a Gawain un flautín de plata y le dijo que se adelantara hacia el salón del rey y fingiera ser un trovador.

—Si sopláis el flautín, será como si fuerais el mejor músico del mundo. Y si veis al Caballero del Farol, sopladlo una sola vez, con fuerza, y yo lo oiré y acudiré presto. Entretanto, esperaré fuera y me rodearé de una bruma druídica para que nadie me vea.

Gawain hizo lo que le había indicado y se dirigió directamente a la casa y llamó a la puerta. Anunció que traía un poema para el rey, y le permitieron la entrada. Allí vio al Caballero del Farol, y, sin perder un instante, lo sopló con fuerza. El perro de las orejas recortadas entró atropelladamente en el salón y comenzó a enfrentarse a los guerreros allí reunidos. Pero el Caballero del Farol reconoció el flautín, y de nuevo volvió a huir rápido del lugar.

Entonces Gawain y el perro de las orejas recortadas lucharon codo con codo hasta haber derrotado a todos los guerreros del lugar y matado al rey de la Isla Mínima. Luego el perro dijo que debían esperar nueve días y nueve noches, pues al final de ese período el caballero sin duda regresaría, creyendo que hacía tiempo que se habrían marchado y deseoso de conocer el destino de su suegro.

Y eso hicieron. Y en efecto, al final de ese tiempo, el Caballero del Farol regresó. Cuando vio los cadáveres que yacían en el salón donde habían caído, y tomó conciencia de la presencia de Gawain y su compañero, profirió un gran grito y pegó un salto aún mayor que lo llevó hacia las nubes que sobrevolaban el salón, y nadie supo adónde se había marchado. El caballero y el perro abandonaron el lugar con una profunda decepción, no sin antes prender fuego al salón. Poco después, volvieron a echarse a la mar.

✣ ✣ ✣

La historia no nos dice cuánto tiempo navegaron ni adónde fueron, ni tampoco qué aventuras les sobrevinieron. Pero lo siguiente que sabemos de ellos es que estaban lejos, en las costas de Egipto, y que cuando Gawain le preguntó al perro de las orejas recortadas sobre aquella tierra, este le contó que la gobernaba un rey que también era suegro del Caballero del Farol, pues se había casado con la hija de ese rey antes de desposarse con la del rey de la Isla Mínima.

—Además —añadió el perro—, el campeón de esta tierra, cuyo nombre es Inneireadh, es el hermano adoptivo y amigo del Caballero del Farol, pues a ambos los crio la hija del rey de las Tierras de los Vivos, y es por tanto su madre adoptiva.

Entonces Gawain observó al perro en silencio un buen rato. Después le preguntó:

—No sé cómo es posible que sepas tanto del caballero y su familia. Y tampoco sé nada de ti. Por tanto, y dado que llevamos

tanto tiempo viajando juntos por tierras lejanas, tanto que el cuerpo ya no me aguanta, te pido que me digas quién eres en realidad y quién te ha convertido en esto, pues con la misma seguridad con que conozco mi nombre no me puedo creer que siempre hayas tenido esta forma.

—No me gustan estas preguntas —gruñó el perro—. Pero dado que somos sin duda camaradas, te responderé. Me llamo Alastrann, y soy el hijo del rey de la India y Niamh, hija del rey de los Caolachs. Ella y mi padre engendraron cuatro hijos, además de a mí, pero luego ella murió y el rey, mi padre, tomó otra esposa, que se llamaba Libearn Lanfolar, hija del rey de Grecia. Así que, como veis, el Caballero del Farol es su hijo, y por tanto mi hermanastro.

Gawain se asombró al oír aquello, pero el perro no había acabado de hablar.

—Llegó un día en que la reina Libearn estaba elogiando a su hijo y diciéndole que era el heredero de vastas tierras y riquezas, cuando pasó por allí un joven que replicó que el rey tenía, de hecho, otros herederos, cinco en total. Aquello enfureció a la reina, pues no sabía nada ni de mí ni de mis hermanos. Cuando el rey regresó aquella noche de cazar, ella le exigió saber la verdad, y cómo era posible que no hubiera visto jamás a esos hijos. El rey le contó que, en efecto, era verdad, y que la razón por la que no había visto a sus otros hijos era que todos dirigían ejércitos en distintas tierras y que no regresarían a menos que los convocara.

»La reina fingió que le satisfacía la respuesta, pero en secreto anhelaba destruir a los otros hijos del rey para que el suyo pudiera gobernar la India después de él. Así que envió un mensajero a su padre, el rey de Grecia, para pedirle que fuera a visitarla y llevara consigo a un ejército. Y tal como había esperado, cuando mi padre tuvo conocimiento de que se acercaban soldados, convocó a sus hijos, y a sus ejércitos, para que regresaran a casa de inmediato.

»Y así fue como todos nos reunimos para encontrarnos con el rey de Grecia, y cuando todos estuvimos presentes, no había nadie que hablara mejor de mí y de mis hermanos que la reina. Pero habló

con su padre en secreto y le dijo que a menos que nos mataran, su propio hijo no heredaría jamás el reino. El rey, su padre, lo caviló y concluyó que tenía razón. Por tanto, mintió con que había estallado en su país una gran guerra entre él y el rey de Francia, y pidió a nuestro padre que lo acompañara con su ejército y luchara a su lado. Y aconsejó que nosotros nos quedáramos en casa con la reina para proteger aquellas tierras.

»Nuestro padre accedió, y partió con el rey de Grecia a lo que creía que sería la guerra. En cuanto se hubo marchado, la reina Libearn ordenó organizar un gran banquete en nuestro honor, pero en verdad nos drogó a todos y nos emborrachó. Luego, mientras dormíamos, utilizó su magia para convertirnos en perros.

»Cuando nos despertamos, ¡estábamos desesperados! Salimos corriendo de palacio y comenzamos a desatar un gran caos en las tierras colindantes. Pero al cabo de un tiempo, caímos en la cuenta de que nuestros enemigos eran el rey de Grecia y la reina Libearn, así que nos fuimos hacia allí y comenzamos a arrasar el país hasta que corrió la voz de nuestra presencia a lo largo y ancho del lugar y los consejeros del rey le sugirieron que reuniera a todos los perros posibles y que los azuzara contra nosotros, que nos dieran caza y nos mataran antes de que pudiéramos destruir todas las riquezas de Grecia.

»En esa época, vivíamos en el valle que llegó a conocerse como el Valle de los Perros Salvajes debido a nuestra presencia. Allí llegaron las huestes de nuestros enemigos y nos encontraron, y se produjo una gran batalla entre ellos y nosotros, y todos mis hermanos perecieron. Yo estuve a punto de perder la vida, pues, tras haberme retirado a una cierta cueva, me rodearon y la hueste trató de quemarme. Pero me enfadé y desesperé, y reuniendo todas mis fuerzas eché a correr y ataqué a mis enemigos. Puedo deciros que les hice un gran daño en aquel lugar, y que al final escapé y corrí directamente hacia el rey de Grecia y me postré ante él. Él, en su sabiduría, decidió perdonarme la vida al oírme hablar, pues no sabía nada de la oscura magia druídica de la reina, y me llevó a

casa con él, a la ciudad de Atenas, y me colocó una gruesa cadena al cuello.

Sir Gawain se maravilló sobremanera ante aquel extraño y terrible relato. Y cuando el perro se quedó en silencio, le preguntó cómo había llegado a perder las orejas y el rabo.

—Os lo diré —contestó el perro—, aunque sea la historia más triste de mi vida. —Y continuó—: El rey de Grecia no tardó en percatarse de que yo poseía sentidos humanos, y creo que adivinó que estaba bajo un hechizo, aunque una parte de la magia de la reina me impedía hablar del conjuro que me había lanzado. Pero un día, como yo ya sabía que ocurriría, llegó a la corte el Caballero del Farol y, cuando descubrió mi existencia, no tardó en darse cuenta de que yo era uno de sus hermanastros, y por eso intentó matarme. Pero el rey se había asegurado de que yo estuviera bien protegido, así que mi vil enemigo ideó un plan. Habló con la hija del rey, que era también la hija de su propia madre, y la persuadió, con mucha astucia, para que me matara. Un día, cuando yo dormitaba en el jardín, se me acercó y me lanzó un conjuro de sueño. Luego sacó un cuchillo con la intención de herirme, pero descubrió que, debido al encantamiento que me afligía, solo podía cortarme las orejas y la cola. Me desperté entonces con un gran aullido y la maté allí mismo.

»Podéis imaginaros el revuelo que se montó, y los soldados y guerreros que vinieron hacia mí desde todas direcciones, pero los derroté a todos, y al final me enfrenté a mi antiguo protector, el rey, quien estaba fuera de sí por el dolor que le causaba la muerte de su hija. Pues bien, a él también lo maté, y a incontables miembros de su guardia, y espanté al Caballero del Farol de aquel lugar. Lo he estado persiguiendo desde entonces, hasta que nos conocimos. Y ahora ya conocéis toda mi historia —concluyó el perro de las orejas recortadas.

—Jamás había oído una historia más extraña ni triste —dijo sir Gawain.

Poco después, los dos compañeros desembarcaron en Egipto, y el

rey de aquella tierra, cuando se enteró de que sir Gawain y el perro de las orejas recortadas habían llegado a sus costas, envió mensajeros para recibirlos y llevarlos ante él. Los saludó con afecto, pues, como he dicho, no le tenía demasiada estima al Caballero del Farol desde que se había divorciado de su hija y casado con otra, es decir, la hija del rey de la Isla Mínima, al que Gawain y el perro habían matado. Pero cuando le pidieron nuevas sobre su presa, el rey no supo decirles nada.

—Con todo —añadió—, es posible que mi hija, la que antaño fuera su esposa, sepa algo más. Ahora vive recluida en un rincón lejano de estas tierras, en un lugar llamado la Fortaleza de la Oscuridad. Id con ella y, con un poco de suerte, podrá ayudaros.

✣ ✣ ✣

Al día siguiente, temprano, sir Gawain y el perro de las orejas recortadas se pusieron en marcha de nuevo y no tardaron en llegar a la Fortaleza de la Oscuridad, donde los recibieron de buen grado, pues la hija del rey de Egipto no sentía amor alguno por el Caballero del Farol después de que la hubiera tratado tan mal, y no le deseaba más que infortunios. Al enterarse de que lo estaban persiguiendo, dijo:

—Creo que el desgraciado se encuentra en el lugar llamado la Torre de los Tres Gabletes, lejos, al oeste. Solo hay una forma de llegar, a través de una caverna oscura con una reputación de lo más siniestro. Estoy segura de que se encuentra allí ahora con mi hermano, el campeón Inneireadh.

Partieron de inmediato, y cuando llegaron a la torre, el perro de las orejas recortadas vio al Caballero del Farol jugando al ajedrez con Inneireadh; y cuando el caballero vio a quien los observaba, se convirtió a sí mismo, como también hizo con su compañero, en mosquito, y ambos salieron volando por la ventana. Pero con la premura se había dejado allí el farol, y el perro de las orejas

recortadas lo tomó y volvió con Gawain.

—Ahora poseemos gran parte del poder del caballero —dijo el perro.

Gawain observó el farol y preguntó cómo lo había encontrado y, por tanto, cómo se había ganado el nombre.

—Os lo diré —respondió el perro de las orejas recortadas—, pero hacéis demasiadas preguntas. El rey de Escitia tenía dos hijas, Beibheann y Beadhchrotha eran sus nombres, y las dos eran muy hermosas, tanto que muchos reyes y príncipes luchaban por ellas. Pero Beibheann declaró que solo se desposaría con el hombre que pudiera llevarle el farol de Bobh de Benburb, de las tierras de Cruithneach. Y la propiedad de aquel farol era que quienquiera que lo poseyera podía mirarlo para sanarse al instante de cualquier herida.

»Bueno, pues que no os quepa duda de que el caballero partió de inmediato a hacerse con el farol. Fue directamente a la tierra de Bobh y se lo pidió prestado.

»—Pues si no me lo entregáis, me lo llevaré por la fuerza de las armas.

»El portero de Bobh se rio al oírlo, pero fue a buscar a su señor. Bobh apareció con su armadura y se desató una gran batalla. Tras sufrir muchas heridas a manos de su oponente, Bobh dio media vuelta para regresar a su casa y mirar él, y en ese momento el caballero saltó tras él y le cortó la cabeza. Luego entró y se llevó el farol, pues nadie se lo impidió. Volvió a Escitia con el farol, pero cuando llegó, oyó una historia terrible: las dos hermanas lo habían deseado con tanta pasión que la mayor había agarrado un cuchillo y había matado a la pequeña. Por ese crimen, a la mayor la habían quemado en la hoguera. Y dado que ambas estaban muertas, el Caballero del Farol se marchó de allí y regresó a casa con su trofeo. Así que ya lo veis —concluyó el perro—, cuando pone la vista en algo, nunca pasa nada bueno.

—Es una historia terrible, sin duda —respondió sir Gawain.

Tras haberlo discutido, volvieron a su barco y abandonaron

Egipto, y estuvieron navegando hasta llegar a una isla llamada la Isla de la Luz.

—Aquí no descubriremos nada sobre nuestra presa —dijo el perro.

Continuaron navegando hasta alcanzar otra isla, conocida como la Isla Negra. El perro le explicó que, antaño, su nombre había sido Isla del Sol, porque el sol se alzaba por encima de ella todas las mañanas. Ahora se la conocía como la Isla Negra porque el Caballero del Farol llegó allí, combatió contra el campeón del lugar y lo mató. Después de eso el sol no volvió a alzarse y la isla se ganó un nuevo hombre. Luego el perro le dijo a Gawain:

—Sé que hay un lugar a lo largo de la costa llamado la Cueva Roja, y que allí es donde vive el Caballero del Farol. Creo que se encuentra allí ahora mismo, con el campeón Inneireadh. Si vais solo mientras yo me oculto cerca, es posible que podamos atraerlos para que salgan. Entonces me abalanzaré sobre ellos y juntos podremos vencerlos.

Eso fue lo que acordaron los dos compañeros. Pero lo que no sabían era que el Caballero del Farol había oído a escondidas su plan mediante magia druídica, y que él también había pergeñado una forma de derrotarlos. Tenía cuatro varas mágicas que le había arrebatado al campeón de la isla. Si se colocaban alrededor de una persona, poseían el poder de hacerla dormir durante un día y una noche. Esto fue lo que hizo el Caballero del Farol: esperó hasta que el perro se hubo escondido cerca de la boca de la cueva y luego se acercó sigilosamente a él y colocó a su alrededor las cuatro varas, y el perro se sumió al instante en un profundo sueño. Después el caballero se reunió con el campeón Inneireadh y juntos salieron y se enfrentaron a sir Gawain. Así comenzó una terrible batalla de dos contra uno, mientras el perro de las orejas recortadas seguía durmiendo. Pero no hablemos más sobre estos acontecimientos de momento, y pasemos en cambio al rey Arturo y su gente.

✣ ✣ ✣

HABÍA PASADO UN año entero desde la partida de sir Gawain, y en ese tiempo el rey Arturo y su corte habían lamentado su ausencia. No tenían noticias del caballero, y se preguntaban a menudo dónde estaba o si seguiría vivo. Así, a finales de aquel año, el rey envió diez barcos a buscar a su sobrino. La expedición contaba con muchos de los mejores caballeros de la Mesa Redonda, incluidos sir Lancelot, sir Galfas, sir Lionel, sir Bors, el Caballero Blanco, el Caballero Negro y muchos más.

La historia no nos habla de sus aventuras, pero siguieron la ruta de Gawain y el perro de las orejas recortadas a lo largo de todas las tierras a las que los habían llevado sus aventuras. Y el destino dictó que llegaran a la Isla Negra el mismo día y en el mismo instante en que el perro de las orejas recortadas dormía por el hechizo y sir Gawain resistía ante el Caballero del Farol y su aliado.

Cuando vio a los caballeros del rey Arturo aproximarse, el Caballero del Farol saltó alto hacia el cielo y se desvaneció entre las nubes, dejando al campeón Inneireadh luchando solo. Gawain recobró los ánimos y repelió sus ataques, y poco después abatió al campeón sin dificultades. Luego saludó a los caballeros del rey Arturo con gran alegría, y juntos fueron a buscar al perro y a liberarlo de su sueño encantado.

—El caballero ha perdido ya el último de sus poderes druídicos —dijo el chucho cuando vio las varas de plata—. Si lo atrapamos ahora, podremos superarlo sin problemas.

Y a pesar de que los guerreros del rey Arturo no veían el momento de regresar a casa juntos, ni Gawain ni el perro de las orejas recortadas estaban dispuestos a aceptarlo, pues deseaban perseguir a su presa una vez más. Al final, y tras muchas discusiones, se despidieron de sus camaradas y se echaron de nuevo a la mar.

✣ ✣ ✣

NAVEGARON DURANTE OTROS nueve días y nueve noches, hasta divisar una tierra hermosa y fecunda conocida como Sorcha.

—El rey de esa tierra es amigo mío —dijo el perro—. Desembarquemos y preguntémosle por el Caballero del Farol.

El rey de Sorcha los recibió con los brazos abiertos y una gran hospitalidad, pues las noticias sobre su misión habían llegado a muchos lugares y conocía su fuerza y pericia. De hecho, los temía en cierto modo, y esa noche se aseguró de que bebieran todo lo que quisieran, hasta que los dos se sumieron en un estupor. Luego ordenó que se llevaran al perro de las orejas recortadas durante la noche para que, cuando sir Gawain se despertara con dolor de cabeza por la mañana, nadie pudiera decirle nada sobre su paradero. Aquello enfureció tanto a Gawain que se apresuró a entrar en la corte y, tras dar un salto repentino hacia el rey, lo retuvo indefenso y temiendo por su vida.

El rey suplicó piedad a gritos y le ofreció a Gawain todo el oro con que pudiera cargar. Entonces Gawain supo que debía ser astuto, así que fingió que lo aceptaba y que se olvidaba por completo del perro de las orejas recortadas. Pero en realidad quería descubrir con medios secretos cuál había sido el destino de su camarada.

Y ocurrió poco después que, mientras sir Gawain caminaba por el jardín del palacio del rey, vio al perro de las orejas recortadas corriendo hacia él, acompañado del Caballero del Farol, atado y engrilletado como un prisionero. Gawain, perplejo, demandó saber qué había ocurrido.

—Es una larga historia —respondió el perro de las orejas recortadas—. Pero aunque mantengo que hacéis demasiadas preguntas, os la contaré brevemente. Fue la druida Abhlach la que se me llevó cuando estábamos demasiado borrachos como para darnos cuenta. Me lanzó un hechizo de sueño y, cuando me desperté, ya estábamos en el mar. Me levanté fuera de mí y le propiné a la druida un único golpe que la mató en el acto allí mismo, en la cubierta. Luego salté por la borda y nadé hasta llegar a

la Isla de la Montaña Moteada, pues creía que allí podría encontrar al Caballero del Farol, ya que el campeón de esa isla era un gran amigo suyo. Pero solo hallé al campeón, así que luché contra él, lo maté y volví a saltar al mar.

»Esta vez nadé durante siete días hasta llegar a la Isla del Valle Negro. Pero el caballero tampoco estaba allí, así que maté también a aquel campeón y seguí nadando. No me detuve hasta alcanzar la Isla de los Monjes Desnudos, pues fue allí donde el Caballero del Farol aprendió las primeras artes druídicas. Pero tampoco estaba allí, y los monjes se me echaron encima, así que me vi obligado a defenderme y matarlos a todos. Luego, después de descansar un rato, me puse a nadar de nuevo.

»Y, otra vez, no paré hasta arribar a la Isla de los Muertos, llamada así porque cualquier hombre o mujer que llega a sus costas y se duerme aparece muerto a la mañana siguiente. Pero aquellas que ya viven allí, que, por cierto, son todas mujeres, no se ven afectadas por esa maldición.

»Y bien, por ir al grano, llegué y me dirigí a la cueva donde las mujeres de la isla suelen dormir, y allí encontré al fin al Caballero del Farol, y adoptó la forma de un león y huyó de mí. Pero lo perseguí, lo atrapé y lo até. El caballero recuperó entonces su forma real, y suplicó piedad, y me habló de los lazos que nos unen, y me rogó que le perdonara la vida. Me dijo que, si lo perdonaba, me devolvería mi forma real y haría todo lo que yo quisiera hasta el final de mis días o los suyos. Y entonces lo obligué a jurarlo, por el sol, la luna y las estrellas, y por todas las criaturas del mundo como testigos. Y ahora estoy aquí, y aquí traigo al Caballero del Farol, que ya no hará más daño, y pronto recuperaré mi forma original.

Con mucha alegría y regocijo, Gawain y el perro de las orejas recortadas se presentaron ante el rey de Sorcha para contarle todo lo ocurrido y mostrarle al Caballero del Farol, que estaba muy amedrentado. Esa noche cenaron como reyes, y por la mañana se despidieron del rey. Arriaron velas de inmediato y partieron hacia la isla conocida como Isla de las Formas, pues ahí todo el mundo

recibe la forma que le corresponde. Allí, el Caballero del Farol le devolvió al perro de las orejas recortadas su forma original, y era en efecto una de las más hermosas que pueden verse en un hombre desde que raya el alba hasta que pone el sol. Y así Alastrann, que ya no era el perro de las orejas recortadas, perdonó al Caballero del Farol, quien juró servirlo a partir de entonces.

Luego los dos héroes regresaron a la áurea Camelot, donde el rey Arturo y su hermandad se adelantaron a recibirlos. Sir Gawain les contó su larga historia, dado que el perro (que ya no era un perro) seguía aborreciendo narrarlas, y se organizó una gran celebración en la que participó el Caballero del Farol, sirviendo a su recién recuperado hermano con la lealtad de un escudero. Y se dice que después de eso se resarció, y que se convirtió en el primer lugarteniente de Alastrann cuando heredó la corona de la India. Y en cuanto a sir Gawain, echaba muchísimo de menos a su viejo amigo y lo visitaba a menudo. Y, con el tiempo, Alastrann, quien había sido el perro de las orejas recortadas, heredó las tierras de su padre y se convirtió en su afamado campeón. Pero la historia ya no nos cuenta nada más.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DEL PERRO DE LAS OREJAS RECORTADAS.

IMPLICIT LAS AVENTURAS EN TARN WATHELYN.

22: LAS AVENTURAS EN TARN WATHELYN

I

Un día, al borde del invierno, el rey Arturo y la reina Ginebra cazaban a caballo por el sombrío bosque de Inglewood, no lejos de la ciudad de Carlisle, donde el rey había convocado a la corte en aquel tiempo. Acompañaban a la pareja real sir Gawain, sir Cador de Cornualles y sir Kay, el senescal. Todos iban vestidos con los ropajes más espléndidos imaginables. Sir Gawain, como de costumbre, vestía de verde, adornado con cintas y gemas; la reina Ginebra llevaba una capa azul adornada con pieles y salpicada de piedras preciosas; el rey Arturo, el más espléndido de todos, iba todo vestido de escarlata con detalles de armiño.

EL AULLIDO DE los sabuesos y los gritos de los cazadores cortaban el aire y resonaban por aquellas frías tierras. Llevaban toda la mañana persiguiendo a una manada de ciervos por los bosques y las ciénagas abiertas, abatiendo a muchos, hasta que finalmente el rey sopló el cuerno para convocar de vuelta a hombres y sabuesos y que descansaran. Solo Gawain, quien cabalgaba con la reina, ignoró la llamada. Se habían alejado a través de valles y cuencas, y por bosques y cañadas desconocidos, y no habían oído el cuerno. Se cansaron y buscaron un lugar resguardado en una arboleda verde, a la sombra de laureles y limitada a un lado por un oscuro y solitario lago.

Allí fueron testigos de una visión inusual y terrible. El cielo, que había estado despejado hasta ese momento, se tornó de repente negro como la medianoche. Comenzó a llover a cántaros, una lluvia que apenas tardó un instante en volverse aguanieve y, poco después, nieve. La reina y sir Gawain se apresuraron a refugiarse como pudieron bajo los árboles, y desde allí vieron algo aterrador alzarse de entre las aguas del lago.

Tenía forma humana, aunque huesuda y malograda, y le colgaban jirones de ropa, terrones de tierra y lo que debía de ser carne podrida. Flotaba sobre la superficie del agua, y atravesó el lago chirriando y aullando como un alma atormentada, sin dejar de frotarse las manos.

—¡Una maldición! ¡Una maldición! —gritaba el ser maligno—. ¡Una maldición sobre el cuerpo que habitaba! ¡Por la vida que llevé, el sufrimiento me consume!

Se dirigió en línea recta hacia Gawain y la reina, quienes retrocedieron presas del terror. Ginebra dejó escapar un grito y levantó las manos horrorizada.

—Esto debe de ser por un eclipse de sol —dijo sir Gawain, con la esperanza de calmar los miedos de la reina—. He oído que ocurren cosas extrañas en esos casos. Hablaré con la criatura y trataré de descubrir qué quiere. Tal vez pueda calmarla.

Gawain, temblando para sus adentros, se acercó al borde del lago, donde la criatura ahora flotaba inmóvil. Parecía confundida, observando con desesperación lo que tenía delante. Sus ojos eran como dos abismos, rojos y fulgurantes, y Gawain distinguió con repulsión al aproximarse que había un sapo encajado en el hueco de su garganta, y que tenía el maltrecho cuerpo lleno de serpientes que reptaban.

Gawain desenvainó la espada, aunque dudaba que pudiera serle de utilidad ante una criatura así, y exigió saber qué asuntos tenía el espectro con ellos. La mandíbula y el cuerpo entero del fantasma comenzaron a sacudirse como si estuvieran a punto de desmoronarse. Gawain se encomendó a Dios para que lo protegiera y volvió a exigirle al vil ser que le dijera qué quería o quién o qué era.

Poco a poco, los temblores cesaron, y los ojos rojos se giraron hacia el rostro de Gawain.

—Otrora fui la más hermosa de las mujeres —dijo, con una voz grave y áspera—. Contaba con reyes entre mis ancestros. Y ahora he llegado a esto. Así que vengo a hablar con vuestra reina, pues yo también fui reina una vez, más bella que Isolda o incluso Mariole, la esposa de Torec. Disponía de tesoros y belleza, y gobernaba sobre vastas tierras. Pero ahora estoy perdida, exiliada en un frío eterno. El dolor me atenaza, y yazco por las noches en un lecho de la más fría de las arcillas. Ved pues, mi señor caballero, lo que me ha hecho la muerte, y traed aquí a vuestra señora para que pueda hablar con ella.

Conmovido por aquella triste historia, Gawain regresó con la reina, temblando de frío y pavor.

—Mi señora —dijo—. El espíritu quiere hablar con vos. Aunque sea una criatura espantosa, creo que no nos desea ningún mal.

Cubriéndose aún más con la capa, Ginebra caminó junto a Gawain hasta el borde del lago y miró con horror al espíritu.

—Bienvenida, reina Ginebra —croó la aparición con una voz grave y terrosa—. Mirad lo que me ha hecho la muerte. Hubo una

vez que tenía rosas en las mejillas, y una piel delicada como el lirio. ¡Con qué facilidad reía! Ahora me veo reducida a esto, atada a este lugar por cadenas invisibles. Y a pesar de la juventud, la belleza y el poder que ahora poseéis, con el tiempo os convertiréis también en esto, igual que todo rey y reina que ahora vive. Esto es lo que os traerá la muerte, que no os quepa duda.

Entonces el espíritu, temblando y chasqueando, se acercó todavía más, y atravesó a la reina con aquellos ojos rojos.

ILUSTRACIÓN 6: *«Tenía forma humana, aunque huesuda y malograda, y le colgaban jirones de ropa, terrones de tierra y lo que debía de ser carne podrida».*

—¿No me conocéis? —siseó.

Ginebra se forzó a observar con detenimiento a la aparición.

—En verdad, no lo creo —respondió.

Por un momento, el espíritu se quedó inmóvil, antes de alzarse en el aire, cruzar el lago y volver sin dejar de chillar. Tras detenerse

cerca de sir Gawain y la reina, tan cerca que les llegaba el hedor a tumba, volvió a hablar.

—Ginebra, una vez fui tu madre.

La reina palideció y se llevó las manos a las mejillas. Las lágrimas le surcaron el rostro y la respiración se le entrecortó casi tanto como a la aparición. Apenas era capaz de sostenerse en pie, así que Gawain se acercó para sujetarla si llegaba a caerse.

—¿Sois de verdad mi madre? —preguntó la reina.

—Sí, soy la que os engendró —respondió el espíritu con amargura—. Y por esto lo sabréis: una vez rompí un juramento que solo vos y yo conocíamos.

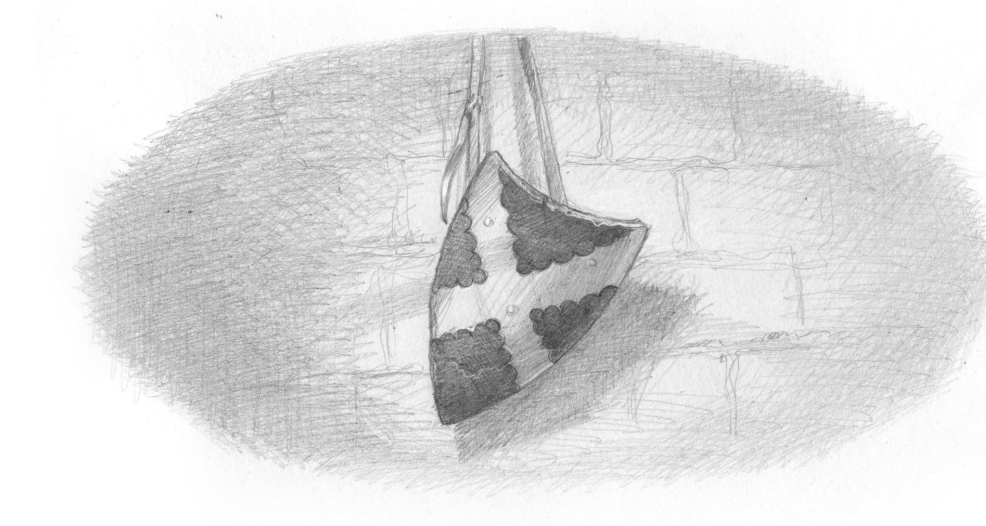
—Se me hiela la sangre —dijo la reina al fin—. ¿Qué puedo hacer para aliviar vuestro dolor? ¿Pueden decirse misas, u ofrecerse plegarias que os ayuden a encontrar reposo?

—Las plegarias se funden en el aire como el rocío, y toda la riqueza del mundo se pierde al final —entonó el espíritu con pesadumbre—. Tal vez si se dicen suficientes misas halle en efecto reposo. Pero lo que es todavía más importante son los actos que podáis llevar a cabo mientras aún viváis. Ofreced piedad a quien lo necesite, dad de comer a los necesitados. Solo con esto ya podréis ayudarme, como os ayudarán también en tiempos venideros. Recordad: la vida es breve.

Gawain, que había permanecido en silencio durante la conversación, intervino.

—¿Puedo preguntaros qué destino aguarda a aquellos que, como yo, debemos combatir en batallas y guerras, que invadimos tierras que no son nuestras por derecho y que podemos llegar a masacrar a aquellos que merecen vivir?

La aparición volvió los ojos rojos hacia el caballero.



El escudo de Morded

—Vuestro rey es codicioso, como todos los reyes. Todas las tierras hacia las que extiende el brazo caen bajo su mano. El rey Ban y el rey Arawn están muertos, y con ellos muchos otros. En el futuro, incluso Roma se arrodillará ante Arturo. Con todo, su final llegará antes de lo que él desearía. En el punto álgido de su poder, él también yacerá a la orilla del mar. La diosa Fortuna girará su rueda contra él.

La criatura hizo una pausa y pareció estar buscando las fuerzas necesarias para continuar. Gawain se había quedado lívido al oír sus palabras. La aparición continuó hablándole.

—Os digo esto, sir Gawain: deberíais marcharos de aquí ahora mismo. Pronto llegará a Carlisle uno que os presentará un desafío. Quién sabe si sobreviviréis a su llegada.

En eso, Gawain retrocedió y, a pesar de todo su coraje, el miedo le atenazó las entrañas. El espíritu se alzó de nuevo en el aire y anunció:

—Pronto llegarán otros que traerán la tristeza y el conflicto a Britania. Vos, sir Gawain, moriréis en un valle angosto a manos de

uno al que ahora llamáis amigo. El mismo Arturo caerá en Cornualles, asesinado por aquel que porta un escudo de sable con una cruz de San Andrés angrelada en plata. Ahora no es más que un crío que juega a la pelota, pero no tardará en llegar a la edad adulta y conquistarlo todo. Ese día, la hermandad de la Mesa Redonda perecerá, y tocará a su fin el sueño de la áurea Camelot. Eso es todo lo que tengo que decir. Recordadme y guardaos esto en vuestros corazones.

La voz del espíritu se desvaneció con un lamento, y el lago se sumió en el más terrible de los silencios.

Mientras Ginebra y Gawain lo observaban, el espíritu comenzó a retirarse, flotando sobre la superficie del lago y disipándose entre los árboles como el humo. El cielo se despejó al instante, la lluvia y el viento amainaron y el sol volvió a brillar. El toque del cuerno de caza del rey llegó a sus oídos, y cayeron en la cuenta de que no estaban lejos del resto de la partida de caza.

Regresaron sin perder un instante y contaron a todos lo ocurrido, y muchos fueron los gestos de aflicción compartidos aquel día por la compañía. Ginebra miraba sobre todo a su esposo con nuevos ojos, y pensaba en lo que podría surgir del amor que sentía por sir Lancelot, mientras que Arturo se preguntaba por su muerte a manos de un caballero con un escudo de sable, recordando tal vez a los inocentes que habían muerto a sus órdenes por miedo a que uno de ellos pudiera llegar a hacerle daño[17]. Gawain, por su parte, contemplaba su muerte en un angosto valle por uno al que llamaba amigo. Pero nadie expresó aquellas cosas en voz alta.

Yo no puedo más que maravillarme ante este relato. Pues parece que el espíritu que otrora había sido la madre de la reina predijo mucho de lo que ocurriría, y de lo que el maestro Thomas escribiría en su gran obra.

II

SIN EMBARGO, ESE no es el final de esta historia, pues aquella noche, mientras la compañía cenaba en el salón de Randalholme, hogar de uno de los mejores caballeros del rey y donde se había retirado a descansar de los esfuerzos del día, se produjo un alboroto en la entrada del salón, y ante la presencia del rey, la reina y los caballeros desfiló una extraña procesión. Primero entraron dos músicos, tocando un cistro y un címbalo; a continuación llegó una dama montada en un palafrén que guiaba un caballero completamente armado con la visera bajada.

Todas las miradas se posaron sobre la dama, pues les pareció la criatura más bella que jamás habían visto. Su vestido era de una seda verde como la hierba, su capa blanca mostraba bordados de coloridos pájaros, y llevaba el pelo sujeto en una red de piedras preciosas, sobre la que descansaba una corona del más brillante de los oros. El caballero también vestía unos ropajes espléndidos, y una malla tan pulida que reflejaba la luz de las antorchas que iluminaban el salón. El escudo era de plata, con los blasones de tres cabezas de jabalíes negros, fieros y desafiantes, pintados encima.

Cabalgaron hasta la tribuna donde estaba sentada la familia real, mientras los músicos seguían tocando. Poco después sus notas cesaron, y la dama se dirigió al rey:

—Mi señor, os presento a un caballero andante que busca reparación. ¿Lo recibiréis tal y como corresponde a vuestra reputación?

—Mi señora —respondió el rey con su habitual cortesía—, os doy una cálida bienvenida. Decidme de dónde venís y qué propósito os ha traído hasta aquí.

En eso, el caballero se levantó la visera y habló con arrogancia:

—Soy sir Galeron de Galloway, ¡y busco recompensa por los agravios que me habéis hecho, rey Arturo!

—¿Y qué agravios son esos? —preguntó Arturo—. ¿Os conozco?

—Eso ni lo sé ni me importa —respondió sir Galeron—. Una vez tuve tierras en Cumnock, en Cunninghame y Kyle, en Lomond y

Lennox y en las colinas bruñidas de Lothian. Todas esas tierras han acabado en manos de sir Gawain… por orden vuestra, majestad. Por eso vengo a desafiar a cualquier caballero aquí que se enfrente a mí por razón de esta cuestión. ¡Pues sir Gawain jamás tomará mis tierras mientras yo viva, o hasta que él o su campeón se enfrenten a mí en combate singular!

—Este asunto me preocupa profundamente —dijo el rey—. No sé cómo es posible que sir Gawain haya recibido vuestras tierras mientras aún vivíais. ¿Me habéis ofendido de alguna forma como para que esto ocurra?

Sir Galeron explicó que había estado fuera muchos meses viviendo una aventura, y que en ese tiempo se había decidido que debía de haber muerto. Por tanto, se recompensó a Gawain con sus tierras.

—Por eso vengo a reclamarlas —anunció Galeron—. Que sir Gawain u otro de vuestros caballeros se enfrente a mí en combate, y si venzo, recuperaré mis tierras.

El rey estaba pensativo.

—Así no es como desearía impartir justicia en mis tierras, pero veo que se os ha injuriado, así que os concederé el derecho a un combate singular. Descansad aquí esta noche, y por la mañana nos complacerá encontrar a alguien que luche contra vos.

Sir Gawain, que había oído todo lo ocurrido y solo había evitado intervenir por pura cortesía, dio un paso al frente y condujo a sir Galeron, a la dama y a su comitiva a descansar en un espléndido pabellón que se había levantado fuera del salón. Se colocaron mesas y se sirvieron espléndidos alimentos y bebidas en magníficas copas delante de la pareja. Luego Gawain se retiró. Los caballeros jamás cruzaron palabra alguna, salvo los cumplidos necesarios, siempre educados, y si intercambiaron miradas de ira, la historia no nos lo dice.

Tras haber atendido las necesidades de sus huéspedes, Gawain regresó al salón, donde Arturo se dirigía a todos los caballeros presentes.

—Habéis oído la historia de sir Galeron y le hemos concedido el derecho a combatir. ¿Quién aceptaría su desafío?

—No debería hacerlo nadie más que yo —respondió sir Gawain antes de que alguien pudiera hablar—. Es un asunto que nos concierne a los dos.

—Que así sea —dijo Arturo—. Pero no os lo toméis con ligereza. Recordad que no solo está en juego vuestro honor, sino también el mío.

—No lo olvidaré, majestad —contestó sir Gawain—. Dios será mi guía y mi guardián. Si ese caballero arrogante sale ileso, no será culpa mía.

Mas en su corazón recordaba las palabras del espíritu, que un día aparecería uno que lo desafiaría, y que la victoria no estaba ni mucho menos asegurada.

A la mañana siguiente, los dos campeones se prepararon para la batalla. Asistieron a misa, almorzaron y se dirigieron a las lizas que habían levantado durante la noche.

Ambos iban ataviados con relucientes cotas de malla decoradas con oro. Saludaron al rey Arturo y, tras espolear a sus excitadas monturas, cargaron y rompieron las lanzas contra el escudo del otro. Entonces desenvainaron las espadas largas y se dispusieron a golpearse y acometerse con todas sus fuerzas.

En una pasada, Gawain falló un golpe, y sir Galeron, veloz como la luz, le dio una estocada que le atravesó el escudo y la cota de malla y se le hundió en la clavícula. Gawain gruñó a viva voz y se tambaleó. La dama de sir Galeron lo aclamó, mientras Arturo y Ginebra observaban la escena con recelo.

Furioso, herido y aturdido, Gawain reunió las fuerzas que le quedaban y contraatacó. Tal fue la fuerza de su golpe que le partió en dos la espada a su oponente y hundió la punta de la suya en el costado de sir Galeron. Este, enloquecido por el dolor, agitó el arma con descontrol. El espadazo erró su objetivo y le cortó por la mitad la cabeza a la montura de Gawain. La bestia cayó muerta y Gawain se precipitó desde su lomo.

Gawain lloraba.

—¡Valiente Grisselle! Has sido la mejor y la más fuerte montura que me ha llevado jamás. ¡Pongo a Dios por testigo que me vengaré por esto!

Los dos caballeros volvieron a atacarse como bestias salvajes. Sus escudos se astillaron y las armaduras brillaban por la sangre. Gawain esquivó la guardia de su oponente y la hoja atravesó la cota de malla y le abrió a Galeron una herida en el vientre.

La sorpresa de la herida hizo que el caballero se tambaleara, y durante un instante se quedó inmóvil, como petrificado; luego, reuniendo las fuerzas que le quedaban, apuntó a la cabeza de Gawain y le cortó parte del yelmo.

Los dos caballeros continuaron atacándose durante un largo rato, fallando cada vez más a medida que perdían las fuerzas. Finalmente, forcejearon, incapaces de levantar sus pesadas espadas.

Entonces la dama de sir Galeron le gritó a la reina:

—Mi señora, os suplico que tengáis piedad de este bravo caballero que ha sufrido tanto.

Ginebra se volvió hacia el rey y le pidió que pusiera paz entre los dos hombres. Mientras tanto, sir Galeron le habló a su oponente:

—Señor, no creía que pudiera existir un caballero tan fuerte ni valiente como vos. Os entrego voluntariamente todos los derechos sobre mis tierras y rindo libremente homenaje a vuestro rey.

El rey Arturo se levantó y les ordenó que dejaran de luchar. Otros se acercaron a sujetarlos y ayudarlos a ponerse en pie ante él.

A Gawain, Arturo le dijo:

—Como recompensa por vuestra valentía, os doy tierras en Irlanda y Borgoña. A cambio, os pido que renunciéis a toda reclamación sobre las tierras de este caballero, pues os las entregué desconociendo su existencia.

Gawain aceptó de buen grado, y a su oponente le dijo:

—Un caballero tan valeroso como vos debería sentarse a la Mesa Redonda. Si mi señor está de acuerdo, quedaos aquí un tiempo y conocednos mejor.

Sir Galeron les dio las gracias al rey y a sir Gawain y prometió recompensar a su oponente con su espléndida montura frisona por la muerte de su propio caballo. El rey Arturo invitó al caballero a unirse a la hermandad, a lo que él accedió de buena gana. Y eso fue lo que acordaron, y los caballeros fueron llevados a los cirujanos para que les limpiaran y cosieran las heridas.

La compañía al completo regresó entonces a Carlisle, donde sir Gawain y sir Galeron descansaron de su batalla. Allí, al cabo de un tiempo, el último se desposó con su dama, y la reina Ginebra, consciente de su encuentro en Tarn Wathelyn, ordenó que se celebraran misas por el descanso del alma de su madre.

Y así termina la aventura en Tarn Wathelyn y el bosque de Inglewood, que más tarde se conocerían como lugares donde las aventuras estaban aseguradas. Y con el tiempo, como sabrán todos aquellos que hayan leído la gran obra del maestro Thomas, las profecías del fantasma sucedieron tal como las contó.

——— ✠ ———

EXPLICIT LAS AVENTURAS EN EL LAGO.

IMPLICIT EL RELATO DE GORLAGROS.

23: EL RELATO DE GORLAGROS Y GAWAIN

Llegó un tiempo, como es el deber de todo rey cristiano, en que el rey Arturo y algunos de sus nobles y caballeros decidieron peregrinar a Jerusalén para presentar una ofrenda en el lugar de nacimiento del Salvador. De camino atravesaron una tierra de una riqueza indescriptible; pero en aquel país jamás se había visto algo tan magnífico como la valerosa compañía que cabalgaba enarbolando estandartes, con las armaduras reluciendo bajo el sol, las lanzas inclinadas, las espadas en la cadera… Un río de acero que fluía por las campiñas verdes.

SIN EMBARGO, CUANDO ya llevaban viajando un tiempo, el día se metió en agua; la lluvia caía con fuerza desde los cielos grises, la

tierra se tornó líquida y las destellantes cotas de malla comenzaron a oxidarse. La comida también escaseaba, pues una compañía de aquel tamaño requería grandes cantidades a diario, y pronto los carromatos de provisiones comenzaron a quedarse atrás a medida que se vaciaban.

Por eso todos se alegraron al coronar una colina y ver la ciudad que se extendía a sus pies. La rodeaban altos muros, y una espléndida fortaleza protegía las puertas. Solo los pájaros que volaban por encima de las murallas podían entrar sin permiso.

—Enviemos un mensajero a esa ciudad —dijo Arturo—, y que pida comida y permiso para acampar fuera de las murallas.

Pues sabía que llevar una compañía tan numerosa a aquel lugar sin previo aviso podía percibirse como una amenaza.

—Dejadme que vaya yo, majestad —gritó con entusiasmo sir Kay, el senescal.

—Muy bien —respondió el rey—. Pero aseguraos de ofrecer pago por todo lo que necesitamos. Y Kay: dirigíos a esta gente con respeto, pues no nos conocen, ni nosotros a ellos.

El rey sabía que el mal pronto de Kay solía dejar problemas a su paso. El caballero descendió sin perder un instante en dirección a la ciudad. Encontró las puertas abiertas de par en par y las calles extrañamente desiertas. Tras atar a su caballo, entró en el primer salón que vio.

Era, sin duda, un lugar magnífico. Los muros estaban cubiertos de tapices que mostraban las hazañas de los grandes héroes de aquella tierra, y letras de oro cosidas hasta formar un patrón indicaban sus nombres y aventuras.

Pero Kay no vio ni a una sola alma. Fue de estancia en estancia, gritando a viva voz, buscando indicios de alguien que pudiera responder a su petición. Al final, en una cámara amplia en la que ardía una brillante lumbre, vio a un enano corriendo de un lado a otro, girando un espeto en el que se estaban asando varios pajarillos, y acondicionando la habitación para un banquete privado. Kay tenía tanta hambre a esas alturas que se abalanzó

hacia el fuego y agarró uno de los pajarillos, que comenzó a consumir con ávidos mordiscos.

El enano prorrumpió en gritos al instante, y su voz resonó por la amplia estancia. En respuesta a sus alaridos, un caballero robusto y fiero entró en la habitación. Cuando vio a Kay con el jugo de la carne cayéndole por la barbilla, le espetó:

—Señor, ¿dónde están vuestros modales? No os conozco, y sin embargo parece que os habéis acomodado como si vivierais aquí. ¿Con qué derecho robáis nuestra comida? Puede que vuestra armadura sea brillante, ¡pero vuestros modales están tan apagados como los de un campesino!

A Kay se le encendió el mal temperamento en el acto.

—¡No tengo nada de que disculparme! —bramó—. ¡Vuestro juicio no significa nada para mí!

Sin mediar palabra, el caballero le propinó a Kay un fuerte puñetazo que lo derribó, y allí en el suelo se quedó inmóvil como una roca, con los pensamientos esparcidos como las hojas. Cuando recuperó la conciencia, el enorme caballero había desaparecido, y sin detenerse a pensar, sir Kay se apresuró por regresar a su caballo y regresar a galope tendido con el rey.

—¡Majestad! —gritó—. No sacaremos nada bueno de este lugar. ¡Su señor no siente más que desprecio por vos!

Sir Gawain, al oírlo, intervino:

—Mi señor, ya sabéis que sir Kay suele tener la lengua más afilada de lo que cree. ¿Puedo pediros que enviéis a otra persona en su lugar que hable con ellos con un tono menos hosco? Nuestra gente está debilitada por el hambre, y necesitamos todas las provisiones que puedan proporcionarnos.

El rey Arturo lo caviló unos instantes, contemplando la triste y maltrecha tropa de caballeros y nobles.

—Muy bien —dijo al fin—. Sir Gawain, preparaos para partir, pues nadie es más cortés hablando que vos.

Gawain tomó el camino que había seguido Kay. Las puertas de la ciudad estaban tan abiertas como antes, y las calles, vacías. El salón

estaba tan profusamente decorado como siempre, pero ahora estaba también lleno de gentes solariegas; el señor del lugar se sentaba en una alta tribuna, rodeado por nobles y damas ricamente ataviados. Gawain se dirigió hacia allí y se presentó ante él con la cabeza gacha, y le habló con la delicadeza que correspondía a un caballero.

—Mi señor, os saludo en nombre de su majestad, el rey Arturo de Britania. Os pide que le permitáis alojar a sus seguidores fuera de vuestras murallas, y comprar comida y bebida para sus caballeros y monturas. Os pagará el precio que le pidáis.

El señor del castillo miró a Gawain desde las alturas, sin sonreír.

—No le venderé nada a vuestro señor —sentenció.

—Como deseéis, milord —respondió Gawain, e hizo ademán de marcharse.

No obstante, en ese momento el señor alzó una mano y le pidió que se acercara de nuevo.

—No podría considerarme noble si le vendiera bienes a vuestro señor. Todo lo que tengo está a su disposición libremente, durante el tiempo que desee alojarse aquí. —Entonces, esbozó una sonrisa —. Hace poco que ha venido un hombre rudo y grosero. Iba vestido como un caballero, pero tenía los modales de un necio. No sé quién era, pero si tiene alguna relación con vuestro señor o sus hombres, le recomiendo que no se me acerque.

Gawain volvió a agachar la cabeza y se marchó con presteza, y regresó entonces con el rey Arturo para comunicarle las buenas noticias. Luego los guio de vuelta hacia el castillo, donde su señor recibió al rey Arturo con los brazos abiertos.

—Mi señor —dijo él—, me complace enormemente daros la bienvenida a mi castillo, pues hace mucho que oigo hablar de vuestras bondades y de la valentía de vuestros caballeros. Permitidme que os diga que todo lo que hay en mis tierras está bajo vuestro mando. Si lo requerís, tengo treinta mil hombres que responderán ante vos, todos y cada uno de ellos armado y montado.

—Os doy las gracias, sin duda —respondió el rey Arturo—. Aprecio de corazón estas amistades, y os recompensaré como

pueda.

Luego él y el noble, junto con todos los caballeros, duques y damas, entraron en el salón y disfrutaron de una espléndida cena, comiendo de platos de oro y bebiendo de copas del mismo material. Sir Kay, desanimado, se mantuvo en las sombras, temeroso de sus acciones anteriores. Jamás se había visto un ágape igual en la historia de aquellas tierras, y jamás volvieron a sentarse juntas tan espléndidas y nobles personas, salvo en el gran salón del rey Arturo de la áurea Camelot.

✣ ✠ ✣

ASÍ PASARON CUATRO días y cuatro noches. Entonces el rey Arturo y sus seguidores se despidieron del noble que los había recibido con tanta generosidad y prosiguieron su camino.

No tardaron en alejarse de aquel lugar de hospitalidad, cruzando montañas y colinas, valles y bosques, ríos y vastas marismas, hasta llegar finalmente al mar. Allí divisaron un acantilado rocoso que sobresalía de la tierra junto a un río que lo rodeaba y discurría hacia el mar. Sobre aquel afloramiento se alzaba un espléndido castillo. Bajo sus muros protectores se extendía un magnífico puerto lleno de barcos que faenaban sin interrupción, pues tal era el poder de aquel lugar.

—Por mi fe —exclamó el rey Arturo—, daría lo que fuera por saber quién gobierna esta tierra, tan fecunda y agradable como es, y tan llena de cosas buenas.

—He oído —contestó uno de los caballeros de la Mesa Redonda, cuyo nombre era sir Spinagros—, que el señor que manda en estas tierras no le debe lealtad a ningún hombre.

—¿Cómo es eso posible? —demandó Arturo—. Todos los hombres, salvo que sean reyes por derecho propio, le deben lealtad a alguien superior a ellos. Pensad en el lord cuya hospitalidad acabamos de compartir. ¿Puede ser que el hombre del que habláis

haya roto los vínculos con su soberano?

—Y la historia no acaba ahí, majestad —respondió Spinagros—. Os contaré el relato tal como yo lo oí.

»En primer lugar, debéis saber que este hombre, cuyo nombre es Gorlagros, es muy tozudo, posee una voluntad de hierro y el mayor sentido del poder del que he oído hablar en todas las tierras del oeste. En verdad, se comporta como un rey, aunque a lo largo de su vida jamás haya recibido ni rendido homenaje por parte de ningún hombre. Es inmensamente rico y mantiene un gran ejército que despliega en lugares insospechados cuando le viene en gana. He oído que tiene también un temperamento caprichoso, y que responde con violencia a cualquier acto que considere amenazante. En resumidas cuentas, milord, deberíais pasar de largo de este lugar sin deteneros, pues no conseguiréis nada bueno si os cruzáis con este hombre orgulloso.

El rey Arturo frunció el ceño.

—Lo que me habéis dicho me ha convencido aún más de someter a este poderoso señor. ¡Estoy decidido, y nadie podrá negármelo! Cuando hayamos cumplido con nuestro cometido y alcanzado la Ciudad Santa, regresaremos por aquí y seguiremos hablando de este asunto.

Cuando el rey hablaba así, nadie se atrevía a contrariarlo. Y así fue como a finales de año el rey y su comitiva llegaron a Jerusalén, y allí presentaron las ofrendas correspondientes en el altar de Nuestro Señor. Luego, sin más dilación, dieron media vuelta y se apresuraron a regresar a la fortaleza de Gorlagros. En ese momento, el rey Arturo acampó cerca de un valle del Ródano, y después de alzar el pabellón real convocó un consejo de guerra para discutir cuál era la mejor forma de derrotar al orgulloso señor Gorlagros.

Spinagros volvió a tomar la palabra.

—Majestad, creo que primero deberíamos enviar mensajeros que hablaran con este señor. Aunque no haya oído nada que me haga pensar que escuchará e hincará la rodilla ante vos, es posible que si sabe con quién debe enfrentarse agache su orgullosa cabeza.

—Habláis con sabiduría —respondió el rey Arturo—. ¡Sir Gawain! ¡Sir Bors! ¡Sir Uwain! Os encomiendo esta tarea. Aseguraos de que le comunicáis mis órdenes a este tal Gorlagros: que se someta a mi soberanía y presente los respetos que corresponden.

—Mi señor —intervino Spinagros—. Si me permitís aconsejaros algo más…

El rey asintió.

—Señores míos —continuó Spinagros, dirigiéndose a los tres magníficos caballeros—, conozco a este noble, y os aconsejaría que cuidarais vuestra lengua cuando habléis con él. Sus maneras son dóciles, y es apuesto y bondadoso en apariencia como un novio. Sin embargo, bajo esa apariencia esconde la actitud de un guerrero y no hinca la rodilla ante nadie. Os aconsejo que le habléis con delicadeza, y que no lo amenacéis de ningún modo. Pues aunque sé que sois hombres poderosos por derecho propio, creo que él es más fuerte que todos vosotros, quizás incluso que los tres juntos.

—Os damos las gracias —contestaron los tres caballeros—. Vuestras palabras son sabias, y las tendremos presentes al tratar con Gorlagros.

A pesar de sus palabras, ninguno de los tres creía que Gorlagros pudiera derrotarlos. Partieron de inmediato y cabalgaron hasta las puertas de la ciudad, donde fueron recibidos y, una vez anunciaron que eran emisarios del rey Arturo, saludados con la mayor de las cortesías. Los guiaron a través de las alas exteriores del castillo, hasta que llegaron al gran salón, donde Gorlagros se sentaba en una alta tribuna rodeado por damas hermosas y nobles caballeros. Era en efecto un hombre apuesto, tal como Spinagros lo había descrito. Agachó la cabeza como saludo y les indicó que se acercaran.

Gawain, como siempre el más noble y elocuente de todos los caballeros de Arturo, intervino primero.

—Os saludamos en nombre de nuestro señor, el rey Arturo. Es el rey más noble y poderoso vivo de esta era. Posee cientos de castillos, y muchas casas, pueblos y ciudades. No menos de doce reyes le deben lealtad y sus hazañas se conocen a lo largo y ancho

del mundo. En su salón de la áurea Camelot se encuentra la Mesa Redonda, a la que se sientan ciento cincuenta caballeros a la vez. A nosotros tres nos honra formar parte de esa hermandad.

Sir Gawain hizo una pausa para juzgar el efecto de sus palabras. Gorlagros asintió con educación.

—Hemos oído hablar de vuestro señor, y os devolvemos el saludo. ¿Qué mensaje traéis de su parte?

—Simplemente que las noticias sobre vuestras hazañas y gran nobleza han llegado a sus oídos, y que desea extender a vos su amistad. Pide que os consideréis amigo suyo a partir de este día.

Gorlagros volvió a asentir, y a la postre habló con una gran cortesía:

—Os doy las gracias por vuestras palabras, buenos señores, y me alegro de que vuestro señor me ofrezca su amistad. Nada me complacería más que aliarme con el noble rey Arturo. Mas siento deciros que no es posible, pues ni yo ni mi familia hemos jurado jamás lealtad a nadie, ni nos hemos vinculado a ninguna otra persona de ningún modo, ni de palabra ni de acción. Un gesto de amistad así podría verse como un acto de sumisión. De buen grado haré por vuestro rey todo lo que esté en mi mano en cuestión de presentes y honor, siempre que no se considere un signo de sumisión. Agacharé la cabeza ante la soberanía de cualquier hombre noble, pero jamás a amenazas de ningún tipo. Sé que el rey Arturo lidera un gran ejército, y le doy la bienvenida, como a cualquier otro hombre que venga en son de paz, igual que vos. Sin embargo, no agacharé la cabeza ante ninguna demostración de fuerza, a la que sin duda respondería con una demostración de armas idéntica. Llevad estas palabras a vuestro rey, y el saludo de un señor a otro.

Los emisarios tuvieron que conformarse con eso, y tras despedirse de Gorlagros, regresaron con el rey Arturo. Este, al oír lo que tenían que comunicarle, se enfureció y ordenó sitiar de inmediato la ciudad.

—Pues ningún hombre puede hablarle así a un rey ungido a menos que esté dispuesto a respaldar sus palabras con hechos de

armas y una demostración de fuerza.

✣ ✠ ✣

Y ASÍ COMO el rey Arturo y sus hombres se prepararon para sitiar el castillo de Gorlagros y la ciudad que lo rodeaba. El sitio comenzó con ahínco. Se prepararon espléndidos arcos, poderosas máquinas de asedio y enormes catapultas; se talaron árboles para levantar empalizadas y arietes. Se soplaban trompetas a todas horas; las del rey Arturo para indicar su desafío, las de Gorlagros para expresar su desacato. Todas las mañanas había nuevos escudos preparados en las murallas, reluciendo bajo la luz del sol; muchos eran conocidos entre los héroes de la Mesa Redonda, pues su fama había atravesado los confines de las tierras de Gorlagros. El rey Arturo, al verlos, dijo:

—Jamás había visto una ciudad tan poderosa, ni tan bien defendida. Con todo, les daré suficiente en lo que pensar antes de que pase demasiado tiempo. —Con gesto sombrío, continuó—. Si es necesario, permaneceré aquí nueve años, ¡hasta que haya sometido a este orgulloso príncipe!

—Mi señor —dijo sir Spinagros—, me temo que pasaréis aquí mucho más tiempo antes de ver cualquier señal de rendición por parte de este noble o de sus hombres. Creo que es un digno adversario para cualquiera de nosotros, incluso para sir Lancelot o sir Gawain.

Mientras hablaba, oyeron un fuerte toque de trompeta proveniente de una de las torres de la ciudad, y una figura armada salió a caballo de las puertas.

—¿Qué significa esto? —murmuró el rey Arturo.

—Parece un desafío —dijo Gawain.

—Tenéis razón —añadió sir Spinagros—. Conozco a este joven por su blasón. Se llama Galiot, un caballero de gran pericia. Tengo la impresión de que desea poner a prueba su fuerza a la vez que defiende el honor de su señor.

—En ese caso, le daré la oportunidad de demostrarlo —dijo el rey Arturo. Hizo llamar entonces a sir Gaudifer, un poderoso caballero con muchas fincas en Britania que se había unido hacía poco a la hermandad de la Mesa Redonda—. Encargaos de esta tarea por mí, mi señor caballero, y seréis bien recompensado.

Sir Gaudifer accedió de buen grado. Ordenó a su escudero que preparara el caballo de guerra y la armadura, y antes de que el sol se alzara hacia la mitad del cielo, los dos caballeros ya estaban preparados, y cabalgaron hacia la llanura que se extendía bajo las murallas del castillo. Los muros estaban abarrotados de defensores que ansiaban ver al hombre del rey Arturo derrotado, mientras que los britanos observaban la escena desde detrás de las empalizadas.

El enfrentamiento de los caballeros

Los dos caballeros parecían dos espadas calentadas en el fuego de una forja cuando cargaron contra el otro con las lanzas en ristre y las espadas preparadas. Después del primer y estrepitoso golpe, en que ninguno de los dos le sacó ventaja al otro, combatieron a lo largo de la tarde sin que hubiera una victoria clara. Sus caballos se agotaron rápido y continuaron combatiendo a pie con estocadas y

embestidas hasta que la sangre corrió por sus brillantes armaduras y empapó la tierra. Parecían dos lunáticos, como si un demonio los hubiera poseído y no los dejara descansar.

Pero a la postre sir Gaudifer salió victorioso por el simple rechazo a someterse, y a sir Galiot se lo llevaron de vuelta al castillo en una camilla. Mientras los hombres del rey Arturo lo vitoreaban, Gorlagros estaba fuera de sí. Llamó a uno de sus caballeros más poderosos, un hombre llamado sir Rigel del Ródano, y lo conminó a que se adelantara y defendiera el honor de su señor.

—¡No descansaré hasta que esta derrota sea vengada! —gritó el orgulloso lord—. Por mi honor, haced que nuestros adversarios se lamenten siempre de este día.

Con el usual toque de corneta a la batalla, sir Rigel se preparó para salir del castillo. El rey Arturo, al oír la llamada, supo bien lo que estaba a punto de ocurrir, y ya se había girado hacia uno de sus caballeros más jóvenes, sir Rannald, y le había pedido que se preparara para el enfrentamiento. Y eso hizo el buen caballero, y pronto los dos nuevos combatientes se midieron en el campo de guerra.

Esta vez, los contrincantes estaban aún más igualados. Avanzaban y retrocedían, pero cuando el sol comenzó a descender por el oeste ninguno le sacaba ventaja al otro, y los dos estaban gravemente heridos y habían perdido tanta sangre que poco a poco iban perdiendo las fuerzas. Al final, sir Rannald reunió las fuerzas que le quedaban y atacó a sir Rigel con una furia renovada. Este, a su vez, respondió como mejor pudo. Pero, de nuevo, ninguno pudo superar al otro, y aquel esfuerzo final supuso demasiado para ambos. Los dos se desplomaron en el suelo y se quedaron inmóviles, mientras la vida abandonaba sus cuerpos.

Los escuderos se apresuraron de inmediato a asistirlos, pero ya era demasiado tarde. Los dos hombres yacían muertos en el campo de batalla, sin que ninguno hubiera defendido el honor de sus señores. Entre grandes lamentos y pesadumbre, llevaron sus cuerpos de vuelta al castillo y al campamento, respectivamente, y poco

después los enterraron con pompa y ceremonia. Se registraron entonces las hazañas de ambos hombres, para que pudieran recordarse en los días venideros.

Y así llegó aquel día a su fin, y por la mañana se retomó el combate. Esta vez Gorlagros envió a cuatro caballeros, a saber: sir Louys, un hombre de cuna noble y un verdadero luchador; lo acompañaban sir Edmond, conocido por ser un mujeriego, y sir Bantelles, un capitán conocido por ser un líder sabio de los hombres. El último era sir Sanguel, del que se destacaba tanto su belleza como su crueldad. A aquellos se les asignaron cuatro de los mejores caballeros de Arturo: sir Lional, primo de Lancelot, contra sir Louys; sir Yvian contra sir Edmond; sir Bedivere contra sir Bantelles, y sir Grimolance contra sir Sanguel.

Aquellos ocho hombres se dispusieron a combatir con la fiereza de los guerreros de antaño; sus monturas, refrenadas hasta el último momento antes de cargar al unísono, se abalanzaron como las chispas de un pedernal. Pesados y veloces fueron los espadazos que se descargaron sobre los escudos. Las armaduras se abollaron y la carne se cortó. Los yelmos se partieron y los cráneos que protegían recibieron daños terribles. Las espadas se rompieron en las manos de sus propietarios y los caballos cayeron muertos al suelo. Tal era la velocidad y furia de la carnicería que nadie sabía hacia dónde se dirigía el tumulto.

El rey Arturo temía por sus hombres, tan resistentes eran sus adversarios, pero al final la batalla se resolvió y el resultado saltaba a la vista para todos los presentes. Sir Louys capturó a sir Lional, y sir Bantelles a sir Bedivere; sir Sanguel fue apresado por sir Grimolance; y sir Edmond cayó muerto ante la veloz espada de sir Yvain, quien a su vez recibió unas heridas terribles. Cuando terminó el día, Bedivere y Lional fueron llevados de vuelta al castillo, junto con el cuerpo de sir Edmond, mientras que a sir Yvain lo ayudaron a regresar al campamento del rey Arturo y el victorioso Grimolance llevó a su prisionero ante Arturo.

✣ ✣ ✣

Que más puede contarse de esta batalla. Baste decir que cinco caballeros más cabalgaron desde cada bando al día siguiente, y que al final cada bando había capturado a dos de sus oponentes mientras que los demás habían demostrado ser dignos campeones. Gorlagros, al tomar conciencia de la situación y de lo igualados que estaban tanto él como el rey Arturo en lo que a poder y habilidad de sus guerreros se refería, decidió combatir a la mañana siguiente, y con ese fin hizo tañer dos campanas desde una de las torres del castillo.

Al oírlo, sir Spinagros se dirigió al rey Arturo:

—Majestad, esto significa que Gorlagros en persona combatirá aquí mañana. Lo he visto luchar, y creedme cuando os digo que pocos hombres mejores he visto montando a caballo o utilizando lanzas y espadas. Será necesario un poderoso guerrero para derrotarlo.

Cuando sir Gawain oyó aquellas palabras, le suplicó al rey que le permitiera enfrentarse a Gorlagros. Arturo accedió, y rezó a Dios por que su sobrino saliera victorioso. Sir Spinagros, sin embargo, no dijo nada, pues en su corazón ya creía que Gawain estaba condenado a muerte. Por tanto, mientras el buen caballero se preparaba para el enfrentamiento, Spinagros fue a buscarlo e hizo todo lo posible por disuadirlo de aceptar aquel combate. Pero Gawain respondió con algo que repetiría hasta el fin de sus días:

—Si muero, solo pido que sea con valor, pues prefiero perder la vida que el honor.

Sir Spinagros suspiró y agachó la cabeza.

—Si debéis combatir, atended bien a este consejo. Cuando carguéis contra Gorlagros, aseguraos de que apuntáis al centro de su escudo, pues ese es su punto débil. Y si combatís a pie contra él, tened en cuenta que cuando se ve sorprendido tiende a gritar a pleno pulmón y se vuelve tan fiero como un jabalí. Pero no

permitáis que eso os distraiga u os enfurezca, pues en ese caso seguro que perderéis la vida y el honor del rey. Recordad que si podéis agotarlo tendréis más oportunidades de vencerlo. Dejad que rabie todo lo que le plazca; si os mantenéis frío, tendréis la oportunidad de derrotarlo.

Sir Gawain asintió.

—Gracias por vuestras palabras, sir Spinagros. Si venzo este día, alzaremos una copa juntos como celebración.

Mientras sir Gawain continuaba preparándose para el enfrentamiento, comprobando las armas y todas y cada una de las correas de su armadura, debemos centrarnos en sir Kay, quien sentía celos por Gawain y pensaba que deberían haberlo elegido a él para combatir contra Gorlagros. Por eso, se apresuró a ponerse la armadura y partir hacia la ciudad. Mientras cabalgaba, vio a un caballo armado acercándose a él. Cuando el caballero vio a sir Kay, profirió un grito de guerra y cabalgó a galope tendido hacia él. Y aunque por el escudo de su oponente supiera que no se trataba de Gorlagros, Kay respondió poniendo la lanza en ristre y espoleando a su caballo al galope.

Los dos chocaron y astillaron las lanzas, antes de lanzarse a combatir con las espadas, primero a caballo y luego, a pie. Finalmente, el extraño aceptó la derrota y Kay regresó con él al campamento del rey Arturo, contento de haber conseguido aquella victoria, pero demasiado magullado y agotado como para pensar siquiera en enfrentarse a Gorlagros, tal como pretendía.

Mientras tanto, Gorlagros, acompañado por una magnífica comitiva, había entrado en el campo de batalla. Habían levantado un pabellón de seda, y no menos de sesenta caballeros, ataviados con las más espléndidas armaduras, atendían a su señor. Gorlagros cabalgaba en un caballo blanco e iba vestido con una armadura que relucía como el sol y destellaba con las gemas que la cubrían generosamente. Incluso los caballeros del rey Arturo se maravillaron ante tanto esplendor, tanto como se asombraron por el porte del señor. Gorlagros medía más de seis pies y era tan apuesto

como corpulento. Su orgullosa presencia y altivo comportamiento se pusieron de manifiesto cuando pasó brincando por delante de las filas de sus hombres y saludó a la compañía que había acompañado a sir Gawain al campo de batalla.

Con los dos ejércitos mirando al frente, los dos combatientes se prepararon para enfrentarse al otro e hicieron dos pases exploratorios con las lanzas antes de comenzar seriamente el combate. Cuando se toparon, fue como si un trueno resonara en el campo de batalla. Los escudos se astillaron, igual que las lanzas, y ambos hombres se sacudieron en las sillas por el poder del impacto. Los caballos se quedaron sin aliento y necesitaron un tiempo para recuperarse. Cuando volvieron a chocar, esta vez con las espadas en alto, procedieron a atacarse y embestirse con todas sus fuerzas. Sin embargo, ninguno de los dos conseguía sacarle ventaja al otro, pues estaban tan igualados en fuerza y habilidad que cada treta y parada parecía salida de la misma mente.

A medida que continuaba el combate, la furia de Gorlagros aumentaba, y atacaba con más y más fuerza a su oponente. Gawain, recordando el consejo de sir Spinagros, se mantuvo frío, y le dio una estocada tan poderosa que atravesó el escudo de Gorlagros y le hizo un agujero en la armadura por el que rezumaba sangre. Encolerizado, Gorlagros contraatacó aún con más fiereza, obligando a Gawain a retroceder ante una serie de furiosos golpes que le rompieron el escudo e hicieron saltar partes de su armadura por los aires. Los dos hombres resollaban sonoramente, y una bruma roja bailaba ante sus ojos.

Mientras continuaba aquel sombrío combate, los presentes gritaban a viva voz, cada bando por el campeón correspondiente, y el rey Arturo pronunció una plegaria por la seguridad de su sobrino.

El final no tardó en llegar. Ambos hombres estaban heridos de gravedad en una decena de lugares, y sus armaduras, que antes habían brillado, estaban enrojecidas por la sangre. Luego, tras descargar un golpe especialmente poderoso, a Gorlagros le flaquearon las piernas y se desplomó en el lugar en que sus fuertes

pisadas habían convertido la tierra en barro. Gawain desenvainó su daga y saltó sobre su oponente, lo retuvo y le exigió que se rindiera.

—Antes muerto que deshonrado —gruñó Gorlagros—. Jamás me han derrotado, y nunca un hombre ha podido considerarse mi señor, ni en el campo de batalla ni en ningún otro sitio. Vivo igual que gobierno mi reino: sin deberle lealtad a nadie. Haced lo que consideréis, pues no recibiréis nada más por mi parte este día.

Al oírlo, Gawain no sintió más que tristeza.

—Mi señor —dijo—, sabéis que os he derrotado. Esa obstinación no cambiará nada. Si os rendís ahora y juráis lealtad a mi rey, no recibiréis más que honores. Dispondréis de todo lo que tenéis ahora y más, pues estaréis bajo la protección de Su Majestad, el rey Arturo.

—Gozar de algo así a cambio de mi honor sería una necedad —replicó Gorlagros—. No recibiría más que vergüenza, y eso me acompañaría hasta la muerte. Me niego a hacer nada que me obligue a ocultarme de mi pueblo. Creedme, pues nadie menosprecia el destino de un hombre que entrega su vida honradamente. No le tengo miedo a la muerte.

Al oír esas palabras, sir Gawain no sintió más que lástima por aquel valeroso hombre.

—Señor —dijo—, ¿hay algo que pueda hacer para ayudaros?

Gorlagros se quedó en silencio unos instantes.

—Solo se me ocurre una forma de resolver esto sin que nadie pierda el honor. Dejemos que parezca que os he vencido este día, y venid luego a mi castillo y recibiréis una buena recompensa.

—Me pedís algo harto complicado —respondió Gawain—. No sé nada de vos salvo que sois un hombre orgulloso y poderoso, y que vuestro coraje está fuera de toda cuestión. Sin embargo, si hago lo que me pedís, estaré poniendo en peligro a muchos nobles caballeros y tal vez permitiendo que esta guerra continúe durante más tiempo del necesario. Con un solo golpe podría poner fin a todo eso, y, no obstante, esperáis que os devuelva la vida y la libertad por la promesa de una recompensa.

—Es eso o que acabéis conmigo —contestó Gorlagros—. Os doy mi palabra.

—En ese caso, confío en vuestro honor por todo lo que depende de ello, pues no puedo ejecutar a sangre fría a un hombre tan noble.

Luego, ante la sorpresa de todos los testigos del encuentro, Gawain dio un paso atrás y se apoyó en su espada, como si estuviera agotado. Entonces, Gorlagros se puso en pie y, tras desenvainar la espada, retomó el combate. Solo ellos sabían que ya no luchaban de forma seria, sino que lo fingían, así que ninguno de los dos volvió a derramar sangre. Al cabo de un tiempo, Gawain hizo como si le fallaran las fuerzas y entregó su espada. Después, ambos regresaron al castillo de Gorlagros, ante el silencio perplejo de los caballeros de la Mesa Redonda y los estruendosos vítores de los seguidores de Gorlagros.

—Qué desgracia —suspiró el rey Arturo—. Han tomado como prisionero a la flor de mi hermandad, y nuestro honor ha quedado hecho añicos.

Entonces lloró larga y amargamente por la pérdida y la derrota.

✣ ✠ ✣

MIENTRAS TANTO, dentro del castillo de Gorlagros celebraban con regocijo. Se preparó un gran banquete y Gawain, junto con los caballeros que habían sido derrotados y hechos prisioneros, se sentó a una alta mesa en la que normalmente solo se sentaban Gorlagros, su esposa y su hija. Pero Gorlagros parecía inquieto y angustiado, no como se esperaría de quien había vencido en combate. Finalmente, golpeó la mesa con una vara de marfil y pidió silencio.

—Mis señores —comenzó—, tengo ante mí una tarea ardua, y necesito vuestro consentimiento y consejo antes de emprenderla. Sois los mayores nobles de mi reino, y debéis decidir si queréis que siga siendo vuestro rey o si debiera entregar mi vida y dejar que os gobierne otro.

Se produjo una gran consternación entre los reunidos en el salón, e incluso algunos empezaron a sospechar que su señor no había vencido aquel día después de todo.

—Dejémonos de falsas preferencias —exclamó al fin un anciano lord—. Habéis sido nuestro noble señor durante demasiado tiempo como para rendiros tan fácilmente. Queremos que sigáis siendo nuestro gobernante en la guerra y en la paz, siempre que podamos hacerlo con honor.

Entonces Gorlagros les confesó lo que había ocurrido realmente aquel día, y cómo sir Gawain había accedido con nobleza al engaño en lugar de arrebatarle la vida.

—No hay hombre que pueda hacer más por otro —añadió—. Este caballero se ha ganado más elogios de los que puedo ofrecerle. No ocultaré que mi vida está en sus manos, y que puede hacer con ella lo que le plazca, pues le otorgo todos los derechos en ese sentido.

Luego se volvió hacia donde estaba sentado sir Gawain y dijo:

—Señor, mi vida y mis propiedades son vuestras para que las gestionéis a voluntad. Cuando la Fortuna nos da la espalda, no hay nada que podamos hacer para contradecirla. Teníais mi vida en vuestras manos, y habéis decidido perdonarme por pura nobleza. Por ello estaré por siempre en deuda con vos, y a vos, y a todos estos bravos caballeros, os devuelvo la libertad y pongo mi vida en vuestras manos.

—En ese caso, os pido que vayáis de inmediato con mi señor, el rey Arturo —respondió Gawain—. Pues su justicia es mucho mayor de lo que yo podría describir con palabras.

✣ ✣ ✣

POCO DESPUÉS, los vigilantes del campamento de Arturo divisaron una procesión iluminada por las antorchas que se aproximaba desde la ciudad. A la cabeza cabalgaba Gorlagros, con sir Gawain a su

lado, y detrás de ellos desfilaba una gran compañía de nobles, entre los cuales se encontraban los caballeros de la Mesa Redonda que habían sido hechos prisioneros.

—Creo que esto debemos agradecérselo a sir Gawain —dijo el rey Arturo, y sir Spinagros, que estaba cerca, coincidió—. Veo muchas miradas cómplices entre lord Gorlagros y sir Gawain, y sin duda eso augura la paz entre nosotros.

Cuando la cabalgata se aproximó, Gorlagros levantó una mano para que todos se detuvieran. Luego se adelantó solo y saludó al rey Arturo, y los dos monarcas se abrazaron. Gorlagros le contó todo lo que había sucedido en el campo de batalla aquel día, y cómo sir Gawain había accedido con gentileza a todo lo que él le había solicitado y había puesto su propio honor en manos de su verdadero enemigo vencido.

—Jamás había conocido tanta valentía, ni un honor tan profundo. Me inclino ante eso, pues sin duda solo un rey con los más espléndidos y nobles ideales podría liderar a un hombre así.

En ese momento, Gorlagros juró lealtad formalmente al rey Arturo y le prometió servir como vasallo a partir de ese día.

—Todas mis tierras y propiedades, desde el mar hasta las montañas, son vuestras, y todos los que me juren lealtad a partir de este momento os llamarán Majestad tal como han hecho conmigo desde que comencé a gobernar este país.

El rey Arturo atendió a las palabras del noble lord y luego, junto con sus señores y caballeros más destacados, regresaron a la ciudad, donde se preparó un ágape aún más espléndido que el anterior, y los guerreros se sentaron juntos a comer como amigos. Los banquetes y las celebraciones continuaron durante muchos días más, hasta que finalmente, el día que el rey Arturo se preparaba para emprender el camino de vuelta a casa, hizo llamar a Gorlagros y le dijo:

—Mi señor, por el honor que habéis demostrado hacia mí y mis seguidores, os libero del juramento de lealtad que me hicisteis. Os devuelvo también todas vuestras tierras y títulos, tal como eran

antes. A cambio, solo os pido que conservéis la amistad que ya me habéis demostrado, y que pueda recurrir a vos en tiempos de necesidad.

Con lágrimas en los ojos, Gorlagros le dio las gracias al rey Arturo y prometió ofrecerle toda la ayuda que deseara en el futuro. Luego los britanos se despidieron, y especialmente cálido fue el adiós de Gawain y Gorlagros, quienes se habían hecho buenos amigos durante el tiempo que habían pasado juntos. Después de eso, siguieron siendo verdaderos compañeros a lo largo de sus vidas, y Gorlagros siempre alabó el honor del rey Arturo y de sus valerosos y nobles caballeros. Y tampoco llegaría a olvidarse jamás el acto de sir Gawain, pues tengo la convicción de que ni siquiera el más espléndido de los caballeros, Lancelot, Gareth o incluso sir Galahad, se habría distinguido tanto como el sobrino del rey como aquel día en el campo de batalla frente a la ciudad de Gorlagros.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DE GAWAIN Y GORLAGROS.

INCIPIT GAWAIN Y EL CARLE DE CARLISLE.

24: SIR GAWAIN Y EL CARLE DE CARLISLE

He oído muchas veces la historia del Caballero Verde que acudió a la áurea Camelot para jugar al juego del decapitado, cuando se desafió a los caballeros del rey Arturo a que intercambiaran estocadas con aquel temible enemigo. Algunos cuentan que fue sir Gawain quien aceptó aquella terrible tarea, y ese, como verás, es el caso en el relato que narraré. Hay otros que afirman que fue sir Caradoc quien se enfrentó a aquel desafío[18], pero esa historia ya la he contado. También hay relatos que nos hablan del casamiento de Gawain con las damas más hermosas de aquella tierra antigua, pero dudo de su veracidad, pues he oído que a lo largo de su vida el único amor de Gawain fue la dama Ragnall, cuya historia también contaré a su debido tiempo[19]. ¿Quizás se crea que aquellas bellas damas eran todas una y la misma, y que provenían del otro mundo? No puedo asegurarlo a ciencia cierta.

✣ ✣ ✣

QUE SE SEPA, pues, que un día el rey Arturo había convocado a la corte en la ciudad de Carlisle, y que se preparaba para una partida de caza que lo llevaría al corazón del Gran Bosque que acariciaba sus murallas. La historia nos cuenta que entre los presentes se encontraban sir Gawain, y con él sir Lancelot del Lago, sir Lanval, sir Owein el de las Manos Blancas, sir Perceval, sir Gaudifer y sir Galeron, sir Constantine y sir Raynabrown del Escudo Verde, sir Petypase de Winchelsea, sir Grandoynes y sir Ironside.

Este último era sin duda un hombre noble. Jamás dejaba de buscar aventuras, ya fuera verano o invierno. Poseía la mejor de las armaduras; su caballo, Alazán, era el más robusto y rápido de todos; llevaba un escudo azur, con el blasón de un grifo y una flor de lis; su escudo era un león de oro. Había combatido contra gigantes y dragones, y adoraba la caza tanto como el rey Arturo.

Aquel día le correspondía a sir Gawain reunir a los cazadores y dirigir a la manada. Cuando terminó la misa, partieron, y aquellos que he mencionado fueron a la cabeza. El rey Arturo los seguía de cerca con casi cien cortesanos más, pero eran Gawain, junto con sir Kay y el gran obispo, Baldwin de Britania, quienes lideraban la marcha. Desde la mañana hasta el mediodía, persiguieron a un enorme venado, y cuando comenzó a formarse la bruma, se encontraron solos en las lindes del bosque.

—Hoy no encontraremos más presas —sostuvo sir Gawain—. Desmontemos y descansemos un rato. Podemos cobijarnos bajo esos árboles.

—Yo digo que continuemos —replicó sir Kay, pues siempre acostumbraba a llevarle la contraria a cualquiera—. Seguro que encontramos algún alojamiento cerca.

—Sin duda —añadió el obispo Baldwin—. Conozco un castillo cercano. Su guardián es un hombre fiero y salvaje, conocido como el Carle de Carlisle creo, que tal vez nos dé una bienvenida algo

más hosca de lo que nos gustaría. No he oído hablar de nadie que no haya entrado allí y se haya marchado sin una buena paliza. Y eso los que han sido lo bastante afortunados como para sobrevivir.

—Llevadnos allí, entonces —dijo sir Kay de inmediato—. Yo no temo a ese hombre, quienquiera que sea. De hecho, le daré una buena paliza si intenta impedirme que entre. ¡Deseará no haberse cruzado jamás con nosotros!

—Ya basta de jactarse —le espetó Gawain—. Yo no seré el huésped de nadie contra su voluntad. Vayamos allí, por supuesto, pero pediremos alojamiento educadamente.

Los tres compañeros cabalgaron hasta divisar un espléndido y gigantesco castillo. Llamaron a la puerta, y un huraño guarda respondió y les preguntó qué querían. Sir Gawain contestó con cortesía, y pidió comida y alojamiento para la noche.

—Le haré llegar vuestro mensaje a mi maestro —dijo el guarda —. Pero es posible que no os guste la respuesta. Mi señor no sabe lo que es la cortesía y no tardará en espetaros que sigáis vuestro camino.

—¡Muévete, patán! —gritó sir Kay—. ¡O te arrancaré las llaves y abriré la puerta yo mismo!

Sin mediar palabra, el guarda se perdió de vista y se fue a buscar a su maestro. Cuando el Carle oyó que había dos caballeros y un obispo en su puerta, se alegró.

—Deja que entren —dijo—. Me alegrará darles la bienvenida.

Los caballeros siguieron al guarda hasta un enorme salón en cuyo centro ardía un furioso fuego. Allí los esperaba el Carle de Carlisle, y jamás habían visto a un hombre más fiero. Tenía el doble de la altura de un hombre normal, con brazos y piernas como troncos de árbol y manos y pies enormes, además de un rostro rudo, amplio y pesado, con una nariz aguileña y una boca gigantesca. Una barba gris tan ancha como un estandarte de guerra le cubría el pecho, e iba pobremente vestido. Pero no fue el Carle lo primero que les llamó la atención, sino las cuatro bestias que descansaban libres alrededor del fuego: un enorme toro salvaje que resoplaba y

golpeaba el suelo; un león fiero como un carbón al rojo vivo; un jabalí que los fulminaba con la mirada y se afilaba los colmillos, y un oso que se levantó sobre sus patas traseras y les rugió.

De inmediato, los caballeros se prepararon para desenvainar las espadas, pero el Carle ordenó a sus bestias que se retiraran con una única palabra, y ellas lo obedecieron al instante, acobardándose ante el sonido de su voz.

Luego, sir Gawain hincó la rodilla ante el Carle, como huésped a su anfitrión, pero el Carle le ordenó que se incorporara inmediatamente.

—No voy a nombraros caballero, amigo —aulló—. Ningún hombre se arrodilla ante mí. No soy ningún lord, sino un hombre sencillo que ofrece la hospitalidad que le corresponde. Sed todos bienvenidos.

Acto seguido, hizo traer copas de vino, y llevaron recipientes de oro que brillaban como el sol y cada uno contenía como poco cinco litros de vino. Pero aquello no satisfacía al Carle, quien pidió su propia copa, un recipiente gigantesco en el que debían de caber diez litros.

—Ahora sí, ¡bebamos! —rugió.

Los caballeros comenzaron a animarse y se unieron a su anfitrión bebiendo el dulce vino que les había ofrecido. Luego, a medida que se acercaba la hora de cenar, salieron a comprobar que sus caballos estaban recibiendo los cuidados adecuados.

El obispo fue el primero, y vio que les habían proporcionado el forraje necesario, pero se percató de que un potrillo estaba comiendo del mismo comedero que las monturas. Sin perder un instante, espantó a la pequeña bestia, exclamando que «no debería comer del mismo comedero de su caballo mientras fuera el obispo allí».

En ese momento, el Carle en persona salió, y al ver que habían apartado al potro, se le ensombreció el rostro y exigió saber quién era el culpable de aquello.

—He sido yo —dijo el obispo.

—Entonces merecéis el golpe que estoy a punto de daros —respondió el Carle.

—Permitidme que os recuerde que soy de las órdenes sagradas —se jactó el obispo.

—Puede ser, pero a mí eso no me importa lo más mínimo —replicó el Carle—. Lo único que sé es que no tenéis modales.

A continuación, y de un solo golpe, tumbó al obispo y lo dejó inconsciente. En ese momento salió sir Kay a echar un vistazo a su montura. No llegó a ver al obispo, que yacía donde había caído, ni tampoco al Carle, que esperaba a un lado, oculto en las sombras; pero sí se percató de la presencia del potro, que había vuelto a alimentarse del comedero. Con su brusquedad habitual, Kay le dio una palmada a la bestia en las ancas y la espantó. Al verlo, el Carle dio un paso al frente y antes de que sir Kay tuviera siquiera la oportunidad de levantar la mano para defenderse, le soltó un porrazo que lo dejó inconsciente.

—Perros de corazón negro —masculló el Carle—. Ya os enseñaré yo modales.

✣ ✣ ✣

Al cabo de un rato, Kay y el obispo recobraron el sentido y volvieron tambaleándose al salón, donde encontraron a sir Gawain calentándose los pies al fuego y bebiendo el vino del Carle. No perdía de vista a las cuatro bestias, que habían reptado debajo de la mesa y lo observaban con unas miradas poco amigables.

—¿Dónde habéis estado, amigos? —preguntó Gawain mirando a sus compañeros, y percatándose entonces de su aspecto desaliñado.

—Revisando a los caballos —respondió Kay—. Pero nos hemos llevado un buen dolor de cabeza.

—Bueno —dijo sir Gawain, pensativo—, entonces será mejor que revise yo también el mío.

Fuera, había arreciado una terrible tormenta y llovía a cántaros.

Cuando se acercó al establo, Gawain vio al potrillo fuera, aterido de frío. De inmediato, condujo a la bestia al interior y la tapó con su propio manto verde.

—Come, pequeño —dijo, antes de volverse hacia su montura.

El Carle, que estaba escondido cerca, lo vio y sonrió para sus adentros.

✣ ✠ ✣

CUANDO YA FALTABA poco para la cena, llenaron las mesas de comida y los sirvientes del Carle acompañaron al obispo a la cabeza de la mesa y a sir Kay al lugar opuesto al de la esposa del Carle, que poco antes se había unido a ellos. Era la dama más hermosa que los caballeros habían visto desde que abandonaran la corte; era en efecto tan bella como el Carle parecía repugnante, llevaba elegantes atuendos mientras que él vestía con ropa harapienta, era tan delicada y alegre como una mariposa, donde él era rudo y fuerte como un árbol. Kay, mirándola por encima de la mesa, no pudo evitar pensar que era una lástima que aquella adorable criatura malgastara su vida con un hombre como el Carle.

Su anfitrión, que entró en ese momento, seguido de cerca por sir Gawain, se detuvo junto a la silla de sir Kay y se inclinó hacia él.

—Cuidado con lo que pensáis, amigo mío —gruñó—. ¡O preparaos para decir en voz alta lo que se os pasa por la cabeza!

El Carle de Carlisle

Luego se volvió hacia sir Gawain, que estaba de pie en mitad del salón sin saber dónde sentarse.

—Mi señor caballero, haced lo que os pido —dijo con urgencia —. ¿Veis esa hacha que descansa junto a la puerta de la despensa? Bien, pues quiero que la toméis y me cortéis la cabeza. Haced lo que os digo y todo irá bien. ¡No temáis, pues no podéis herirme!

Gawain, desconcertado, agachó la cabeza de todos modos y agarró el hacha, un arma magnífica afilada como el viento. El Carle se arrodilló y, con un único golpe, Gawain le cortó la cabeza. Pero el Carle no cayó muerto como habría sido de esperar. En vez de eso, su cuerpo se desvaneció como el humo y en el lugar del poderoso y malencarado ser apareció un hombre apuesto vestido con elegantes ropas. Y desde ese momento no hubo ni rastro de las cuatro bestias salvajes que habían compartido el hogar con el Carle. Sonriendo, el

anfitrión abrazó a sir Gawain y le dio las gracias.

—Me habéis liberado de un hechizo que ya duraba más de veinte años. En todo ese tiempo solo le hice mal a todo aquel que acudía aquí, pues se decía que hasta que no encontrara a un hombre dispuesto a hacer todo lo que le pidiera, y que se comportara con la más exquisita de las cortesías, no sería libre. Por vuestra gentileza con mi potro, y por vuestra obediencia al ejecutarme, me he liberado. ¡Os doy las gracias y mi bendición!

Mientras los otros caballeros observaban la escena atónitos, el Carle acompañó a Gawain a la mesa y lo sentó junto a su esposa. Cuando sir Gawain la vio, se enamoró tanto de ella que sus pensamientos lo traicionaron. Sin embargo, el Carle, quien a pesar de haberse liberado del hechizo que lo ataba aún parecía capaz de leer la mente de sus huéspedes, se limitó a decir con suavidad:

—No sufráis, amigo mío. Sé lo hermosa que es la dama, pero recordad que es mía. ¡Bebed y comed a placer y dedicad vuestros pensamientos a otras cosas!

Gawain se ruborizó por lo que le había pasado por la cabeza y se concentró en la comida y el vino. Entró entonces al salón una dama que parecía aún más hermosa que la esposa del Carle. Se sentó cerca del fuego y procedió a tocar una música dulcísima con un arpa del más espléndido de los arces, cuyas clavijas eran, me atrevería a decir, de oro puro. Ahora los tres caballeros la miraban a ella con el mismo anhelo… ¡incluso el obispo! El Carle sonrió y dijo:

—Señores, esta es mi hija. No existe una muchacha más hermosa o gentil en todo el mundo, como a buen seguro ya habréis visto.

✣ ✠ ✣

CUANDO TERMINARON DE cenar, los sirvientes del Carle acompañaron a los caballeros a sus camas. El Carle en persona, junto con su esposa, fueron con Gawain, y le mostraron al caballero su alcoba, en la que había una magnífica cama cubierta con una

tela dorada. Allí, un escudero acudió en silencio y ayudó a Gawain a desvestirse. Luego el Carle se volvió hacia su mujer y le ordenó que se metiera en la cama. A sir Gawain, le dijo:

—¡Ahora os ordeno que beséis a mi esposa en mi presencia!

Gawain palideció ligeramente.

—Señor, por cortesía haré lo que me pedís, aunque luego me matéis —respondió con voz firme.

Acto seguido, tomó a la dama en sus brazos y la besó en los labios largamente y con persistencia.

El Carle esperaba con un gesto indescifrable en el rostro. Poco después, dijo:

—Ya es suficiente, sir Gawain. No debéis hacer nada más que eso. Pero puesto que habéis obedecido a lo que os he pedido sin cuestionármelo, os recompensaré.

Entonces le hizo un gesto a su hija, que había entrado en la habitación sin ser vista, y le pidió que se metiera en el lecho con Gawain.

—Os doy mi bendición —anunció el Carle—. ¡Estoy seguro de que disfrutaréis juntos!

A continuación, abandonó la habitación y los dejó solos. Se miraron entonces mutuamente, y a los dos les gustó lo que vieron y estuvieron satisfechos. Mas no hablaré sobre lo que ocurrió después, ¡pues no es difícil imaginárselo!

✣ ✠ ✣

POR LA MAÑANA, sir Kay y el obispo se levantaron temprano. Sir Kay no veía el momento de ir a buscar su caballo y partir de inmediato, pero el obispo le dijo que debían esperar a sir Gawain.

No tardó en sonar la campana de misa, y Gawain se reunió con ellos, estirándose y bostezando, pues aquella noche apenas había pegado ojo. Cuando terminó el servicio, los tres caballeros se prepararon para marcharse, no sin antes darle las gracias al Carle

por su hospitalidad.

Él, sin embargo, no estaba todavía preparado para dejarlos marchar.

—Primero debéis comer, y luego os iréis con mis bendiciones —dijo.

Entonces, se llevó a Gawain aparte y le pidió que lo siguiera. Se dirigieron a una cabaña en el bosque y allí el Carle le mostró a Gawain un gran foso lleno de huesos.

—Esto es lo que queda de los hombres que vinieron aquí buscando refugio. Mientras estaba hechizado por el conjuro del que me liberasteis, no podía evitar comportarme como me comportaba. Las cuatro bestias que visteis, que no eran de este mundo, se divertían con mis invitados y, a su debido tiempo, los mataban. Ahora soy libre, y pongo a Dios y a vos, sir Gawain, como testigos de que enmendaré mis errores en la medida de lo posible por estos viles actos. A partir de ahora recibiré a cualquiera que pase por aquí y lo entretendré con simpatía como mejor sé, y aquí erigiré una capilla por las almas de aquellos que asesiné, y haré venir a un sacerdote y le ordenaré que diga misa por ellos mientras yo viva.

Gawain y el Carle regresaron al castillo y se sentaron a disfrutar de un opíparo desayuno, durante el cual Kay y el obispo Baldwin miraban a menudo a Gawain y a su anfitrión e intercambiaban gestos profundos. El Carle le pidió al obispo que los bendijera, y eso hizo el buen hombre. A cambio, el Carle lo obsequió con un anillo de oro, una espléndida mitra y una tela de oro. Y a sir Kay le entregó una magnífica montura rojo sangre, más veloz que todas las que había poseído el caballero. Pero a Gawain le dio a su hija, así como un palafrén blanco y un burro cargado de oro, pues ella había expresado su amor por Gawain y el miedo de que jamás volviera a verlo una vez se marchara de aquel lugar. Gawain se alegró, sin duda, pues a él también le habían asombrado la belleza y la gentileza de ella, y deseaba no dejarla atrás.

—Ahora partid con mi bendición —dijo el Carle—. Y saludad al rey Arturo de mi parte y ofrecedle que venga aquí a festejar si le

place.

Los caballeros montaron sus caballos, guardaron sus magníficos regalos y cabalgaron canturreando por el Gran Bosque hasta llegar al lugar en que había acampado el rey Arturo. Allí le transmitieron la invitación del Carle a festejar con él.

—Me alegro de que hayáis podido escapar ilesos —le dijo el rey a Gawain.

Al oírlo, sir Kay exclamó con ironía:

—¡Yo también me alegro de estar a salvo! De hecho, jamás me había alegrado tanto de algo.

El rey Arturo le dio entonces también la bienvenida a él, y al obispo, y les prestó atención mientras le contaban la historia sobre sus aventuras.

✣ ✣ ✣

AL DÍA SIGUIENTE, cabalgaron de vuelta hacia el castillo del Carle, donde los recibió música de trompetas de plata, arpas, violines, laúdes, guiternas y salterios. El Carle se arrodilló ante Arturo y le dio la bienvenida. Luego la compañía al completo entró en el gran salón, donde ya habían preparado un espléndido banquete. ¡Que no te quepa duda de que no faltaba de nada! La vajilla era de oro, se sirvieron los mejores vinos y una comida de ensueño. Había cisnes, y faisanes, perdices, chorlitos y sarapicos para todos. El vino fluía en ríos hacia los cuencos de oro y las copas del mejor de los cristales. No había ni una sola persona allí que no estuviera comiendo y bebiendo a placer.

Tan satisfecho estaba el rey Arturo que al final del banquete convocó al Carle ante él y lo nombró caballero y le entregó las tierras que rodeaban Carlisle para que las protegiera hasta el fin de sus días. Luego festejaron y regocijaron durante el resto del día, y se prepararon para acostarse aquella noche. Por la mañana, Gawain se desposó con la hija del Carle, y fue el obispo Baldwin en persona

quien ofició la ceremonia.

Aquello alegró sin duda al Carle, quien anunció una semana más de festejos y juegos. Con el tiempo, levantó un espléndido palacio y una rica abadía en la agradable ciudad de Carlisle, donde los monjes franciscanos oficiaron misas por las almas de aquellos que habían muerto a manos del Carle y las bestias salvajes mientras estaba bajo el hechizo. Y en cuanto a sir Gawain, se dice que disfrutó del amor de la hija del Carle hasta que los dolores del parto se la llevaron de este mundo. Él la lloró largamente después de eso, según cuentan, y, si se me permite, más adelante hablaré de su hijo, a quien llamaron Guinglain.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DE GAWAIN Y EL CARLE.

INCIPIT EL RELATO DE LA ESPADA ENCANTADA.

25: EL CABALLERO DE LA ESPADA ENCANTADA

Apesar de su grandeza y poder, a sir Gawain no se le recuerda tan bien en la gran obra del maestro Thomas. Y, con todo, siempre que se cuentan historias sobre la hermandad de la Mesa Redonda, siempre se menciona el nombre del primogénito de las Orcadas y se elogian sus hazañas. Pues de todos los caballeros del rey Arturo, hay quien dice que fue el mejor, una fama merecida por la cortesía con que trataba a quienes lo rodeaban, y por su gentileza con las mujeres. No he oído jamás otra historia donde se pusiera más a prueba a un hombre que esta, pero depende de ti considerar si las consecuencias son positivas o negativas.

ESTA HISTORIA NOS habla de un verano en que el rey Arturo se encontraba en Cardueil. La mayoría de sus caballeros se habían embarcado en aventuras propias, pero Gawain, Kay e Yvain estaban presentes, así como la reina Ginebra. Sir Gawain, como de costumbre, se aburrió de la vida en la corte y comenzó a ansiar nuevas aventuras. Con ese fin, se vistió con sus mejores galas, ensilló su magnífica montura, Gringolet, y cabalgó solo, siguiendo el camino que lo llevó hasta el gran bosque de Inglewood, donde nacían tantísimas aventuras en aquella época. Mientras cabalgaba, se echó a recordar otra aventura que le había ocurrido poco tiempo atrás y que aún lo desconcertaba. Tan ensimismado estaba, que dejó que su montura eligiera el rumbo, y no fue hasta mucho más tarde cuando cayó en la cuenta de que había comenzado a caer la tarde y que no tenía ni idea de dónde se encontraba. Tras decidir que daría media vuelta, Gawain tomó un angosto sendero que esperaba que condujera hacia Cardueil.

Apenas había avanzado unos pasos cuando vio el destello de un fuego a un lado del camino y se dirigió hacia allí con la esperanza de encontrar a un leñador o un carbonero que le diera algunas indicaciones. Cuando llegó a divisar el fuego, vio un caballo de guerra atado a un árbol y a un caballero sentado disfrutando de la cena. Sir Gawain lo saludó con cortesía, y el caballero hizo lo propio, antes de preguntarle adónde iba a esa hora del día. Gawain le respondió que se había perdido, y le preguntó cuál era la mejor forma de regresar a Cardueil.

—Estáis muy lejos de la ciudad —respondió el caballero con alegría—. Pero mañana puedo indicaros el camino, con la condición de que os quedéis aquí y me hagáis compañía esta noche.

—Me quedaré de buen grado —contestó sir Gawain, y los dos hombres se sentaron junto al fuego a compartir comida y conversaciones.

El caballero, cuyo nombre era sir Galidor, le pidió a Gawain que le hablara de sus aventuras, algo que el gran héroe hizo sin

pensárselo dos veces. Pero te diré que el otro no fue del todo sincero, y que se inventó mucho de lo que le contó a su nuevo compañero. Y en cuanto a la razón de eso… Bueno, ¡lo descubrirás si sigues leyendo!

A la mañana siguiente, Gawain fue el primero en despertarse, seguido poco después de sir Galidor, quien le dijo con una sonrisa que dado que su casa estaba más cerca que Cardueil, Gawain podía acompañarlo hasta allí, donde recibiría la mejor de las hospitalidades. Gawain aceptó, y los dos hombres cabalgaron de buen ánimo hasta que dejaron el bosque atrás y llegaron a campos abiertos. Allí, Galidor se excusó y declaró que debía adelantarse para comprobar que todo estuviera listo según correspondía a un invitado de honor. Echó a galopar y dejó que Gawain lo siguiera a menor velocidad y disfrutara del brillante esplendor del día.

Poco más adelante, Gawain pasó junto a un grupo de pastores. Los saludó con cortesía y continuó cabalgando, pero en eso oyó a uno de ellos decirle a los demás:

—Qué lástima que un caballero tan elegante y gentil vaya a morir pronto.

Al oír eso, Gawain se quedó perplejo. Volvió grupas y se dirigió a los pastores para preguntarles a qué se referían con aquella afirmación.

—Es muy sencillo, mi señor —respondió el que había hablado antes—. Hemos visto a muchos hombres seguir al caballero del caballo gris que ha pasado por aquí poco antes, pero jamás los hemos visto regresar.

—¿Y cuál creéis que es la razón? —preguntó Gawain—. ¿Habéis oído qué les ocurre a esos hombres?

—Según dicen —contestó el pastor—, el caballero mata sin remilgos a quien lo contradice. Esa es la historia que hemos oído. Pero como nunca hemos visto a nadie que hubiera vuelto de allí, no podemos asegurarlo a ciencia cierta.

—Bien, gracias por vuestras palabras —dijo Gawain—. Aunque me temo que no puedo dar media vuelta por un simple cuento de

niños.

—Pues os deseo buena suerte, señor caballero —exclamó el pastor—. Confiamos en que no os ocurra nada malo.

Gawain siguió cabalgando hasta divisar un castillo. Se alzaba en un valle resguardado y le pareció el más espléndido que había visto jamás, salvo aquellos de reyes o príncipes. El foso era ancho y profundo, y lo cruzaba un puente de piedra, y dentro de las murallas distinguió muchas y muy magníficas edificaciones anejas. La fortaleza en sí misma estaba ricamente decorada con tallas y el tejado relucía como si estuviera hecho de oro. Gawain cabalgó hasta las puertas, que estaban abiertas de par en par como gesto de bienvenida, y entró sin miedo. Tras cruzar el patio, se encontró con sir Galidor y tres escuderos que llevaron su caballo al establo y su armadura y sus armas a la alcoba donde dormiría. Acto seguido, su anfitrión lo acompañó hacia el interior.

El salón era el más espléndido que Gawain había visto nunca. Un enorme fuego ardía en el hogar, y frente a él habían repartido divanes cubiertos de seda púrpura.

—Que seáis muy bienvenido, mi gentil señor —dijo sir Galidor —. Ya están preparando vuestra cena. Mientras tanto, os pido que os relajéis y os sintáis como en casa. Si hay algo que os cause incomodidad, os ruego que me lo digáis de inmediato. —Esbozó una sonrisa—. Ahora debo ir a buscar a mi hija, pues deseo que la conozcáis, y estoy seguro de que para ella será un placer conversar con un caballero tan magnífico y cortés.

El señor regresó poco después, trayendo consigo de la mano a la muchacha de la que acababa de hablar. Cuando Gawain la vio, se puso en pie de un salto y le hizo una afectada reverencia. Ni siquiera era capaz de recordar una criatura más hermosa que aquella: los ojos, los labios, los cabellos y, sobre todo, su delicada figura eran más gráciles y hermosos que los de ninguna mujer viva. Ella, a su vez, vio en Gawain al caballero más espléndido y apuesto con que se había cruzado jamás, y se ruborizó ante la mera idea de estar en su presencia.

Su padre, sonriendo, la condujo al diván en que Gawain estaba sentado y le pidió que se pusiera a su lado.

—Señor —dijo—, os presento a mi hija, Eliade. Confío en que será una compañía agradable mientras estéis en mi hogar. Aseguraos de avisarme si os molesta de algún modo.

—Estoy convencido de que una doncella tan hermosa jamás podría causarme molestia alguna —respondió sir Gawain.

Su anfitrión esbozó una sonrisa aún más amplia y se marchó a preguntar por la cena. Gawain se sentó junto a la muchacha e inició una conversación educada. A pesar de haberle restado importancia a la advertencia del pastor, no podía silenciar del todo un cierto desasosiego, pues había algo en el comportamiento de su anfitrión que no le parecía natural. Por tanto, se cuidó de no decir nada que pudiera considerarse demasiado directo o descortés, aunque al mismo tiempo dejó clara, solo mediante miradas y gestos, la profunda atracción que sentía por la doncella. Aquí le fue útil su naturaleza cortés, pues no pasó mucho tiempo antes de que la doncella interpretara sus intenciones y le respondiera directamente.

—Mi señor —dijo ella—, me honráis plenamente con vuestras atenciones, y vuestra cortesía es tal que cualquier mujer desearía responder a ella de inmediato. Sin embargo, debo advertiros que mi padre es un hombre peligroso que os mataría por menos de lo que me habéis dicho hoy. Tened cuidado, por lo que más queráis, de lo que decís en su presencia, y aseguraos de no contradecirlo con nada de lo que os pueda preguntar, pues eso solo os traería desastres.

Antes de que sir Gawain pudiera responder, su anfitrión regresó y anunció que la cena ya estaba lista. Se trajeron y colocaron mesas ante ellos, con cuchillos, platos y copas de oro y plata, y agua con toallas del más espléndido de los linos para lavarse las manos. Sirvieron entonces una espléndida variedad de platos, que colocaron frente a ellos. Durante ese tiempo, el anfitrión urgió a Gawain a seguir charlando con su hija, e insinuando con sutilidad que si llegaba a enamorarse de ella, él no objetaría nada.

Cuando hubieron cenado, el señor declaró sus intenciones de

marchar a inspeccionar los bosques que rodeaban el castillo. Le indicó a Gawain que se quedara donde estaba, y a su hija que hiciera todo lo posible por que su huésped estuviera cómodo.

Cuando el caballero se marchó, Gawain y la doncella Eliade comenzaron a discutir la cuestión sobre el extraño comportamiento de su padre.

—De haber sabido lo que estaba planeando, hubiera tratado de advertiros —dijo—. Así las cosas, no sé cuál es la mejor forma de ayudaros a huir ileso. Estoy convencida de que mi padre les habrá ordenado a sus sirvientes que os vigilen y se aseguren de que no os marcháis de aquí antes de que regrese.

—No temáis, mi señora —dijo sir Gawain—. En verdad, vuestro padre no me ha demostrado más que amabilidad y cortesía, y apenas puedo culparlo por ello. Sería una grosería por mi parte pensar mal de él a partir de lo que he visto. ¿Quién puede culparlo por querer proteger a su hija de atenciones indeseadas?

—Espero que tengáis razón —suspiró Eliade—. He oído un refrán que dice así: «No celebréis el día hasta que termine, y no deis las gracias a vuestro anfitrión hasta la mañana siguiente». Que Dios permita que os marchéis mañana sin más que buenas palabras para vuestro anfitrión por lo que ocurra esta noche.

Sir Galidor regresó poco después. Parecía alegrarse de ver a Gawain, y de que aparentemente se llevara tan bien con su hija. Le preguntó si tenía hambre de nuevo, y si necesitaba algo más de comer antes de irse a dormir, pero el héroe lo rechazó con educación, y solo pidió un poco de fruta y vino antes de meterse en la cama. Su anfitrión parecía satisfecho con aquello y avisó a sus sirvientes para que prepararan una cama.

—Esta noche, sir Gawain, deseo que durmáis en mi lecho —declaró—. Es el más confortable de esta casa, y solo quiero lo mejor para vos. —Sonrió—. Sin duda, no hay nada que me plazca más que el hecho de que mis invitados disfruten de todo lo que necesiten. Lo único que me produce malestar es ofrecerle mi hospitalidad a alguien que no me pide aquello que aporta alegría.

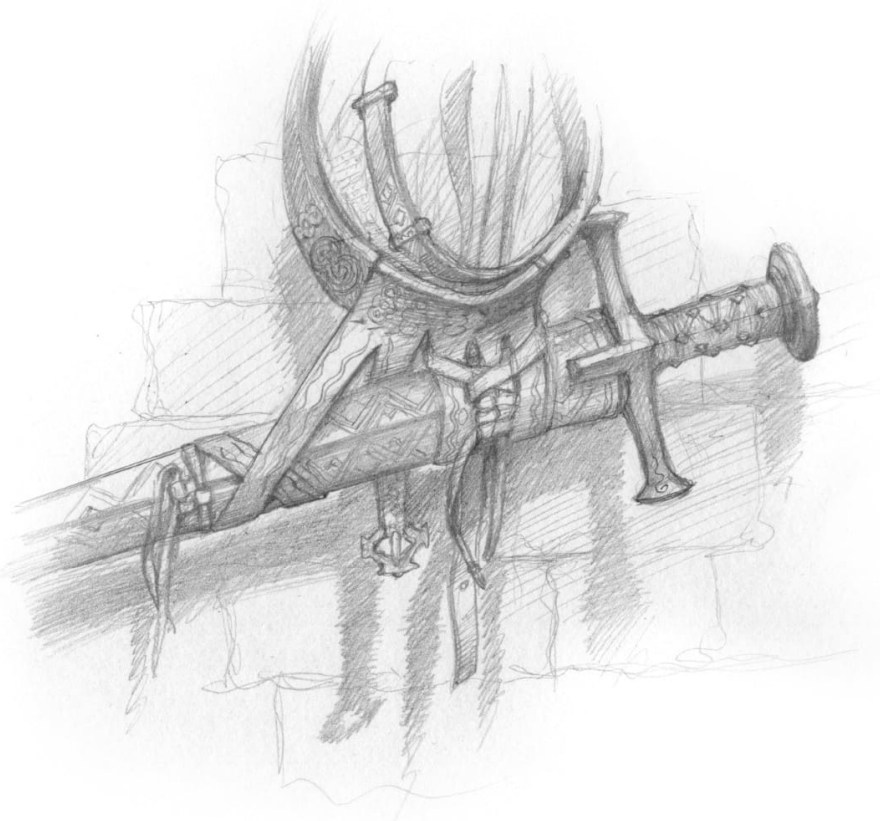
Sir Gawain le aseguró que estaba más que satisfecho, y que no necesitaba nada más. El anfitrión asintió sabiamente y dio una palmada. De inmediato, aparecieron sirvientes con candelas para iluminarles el camino hasta la cama. El caballero en persona acompañó a Gawain a su habitación. Y muy espléndida que era, decorada con ricos tapices e iluminada con altos cirios en candeleros de oro. La cama en sí misma era grande y estaba adornada con seda, brocados y los almohadones más suaves imaginables.

—Que descanséis, señor caballero —dijo el anfitrión—, y aseguraos de no apagar las velas. Eso me complacería gratamente.

Con esas palabras, se retiró. Sin embargo, cuando la puerta de la estancia se cerró, Gawain se percató de que la hija del caballero también había entrado y que esperaba en silencio junto a la cama. Antes de que pudiera decir nada, se quitó el vestido y se metió desnuda entre las sábanas. Luego, se llevó un dedo a los labios y susurró:

—Señor, este es el deseo de mi padre.

Gawain, que no cabía en sí de asombro, se desvistió y se metió en la cama. Yació junto a la doncella durante un tiempo, antes de abrazarla. Estuvieron así tumbados un buen rato, hasta que el ardor de Gawain comenzó a superarlo y se acercó aún más a ella y comenzó a besarle el rostro y los pechos. Cuando él quiso ir más allá, ella dijo:



—Conteneos, mi señor. No estoy desprotegida.

Gawain miró alrededor. A la luz de las velas, no veía nada fuera de lugar en la habitación.

—Decidme la verdad —respondió él—. ¿Hay alguien más que yo no pueda ver?

La doncella negó con la cabeza.

—¿Veis la espada que cuelga de la pared? —preguntó.

Sir Gawain se giró y vio, colgada del muro frente a la cama, una magnífica arma dentro de una vaina ricamente bordada…

—Es una espada encantada —le contó la doncella—. Si alguien hace algo en esta habitación que no sea honesto y fiel a los más altos códigos morales, se desenvaina por sí sola y lo atraviesa. Si hacéis lo que deseáis conmigo, moriréis. Muchos lo han intentado en el pasado —añadió con pesadumbre—. He visto a muchos hombres muertos a mi lado por la mañana, con su sangre en lugar de la mía manchando las sábanas.

Sir Gawain estaba horrorizado. Jamás había oído algo así. Comenzó a preguntarse si la muchacha no se lo estaría inventando para salvarse, y pensó que si llegaba a saberse que había pasado toda la noche junto a una mujer, los dos desnudos, y no había hecho nada, no podría volver a andar con la cabeza alta.

—¡No temo ese encantamiento —exclamó con arrojo— ni la mitad de lo que deseo abrazaros y amaros!

Gawain agarró a la doncella con tanta fuerza que ella profirió un grito. De súbito, la espada saltó de la vaina y salió disparada hacia el lecho. Le sajó a Gawain un trozo de piel del costado y se hundió a través de las sábanas y cobertores hasta la estructura de la cama en sí misma. Luego, con la misma velocidad, se retiró y volvió a su funda.

Gawain estaba paralizado, perdida ya toda pasión. Eliade le restañó con delicadeza la sangre que le goteaba del costado.

—Ahora quedaos quieto, mi señor —dijo—. ¡Creo que pensabais que mis palabras no eran más que excusas! Aun así, os prometo que jamás había advertido a otro hombre como a vos. Mi padre es muy estricto al respecto y, creedme, ¡tenéis suerte de que solo os haya hecho un rasguño! Quedaos quieto y evitad tocarme de esa forma otra vez y tal vez sobreviváis a la noche.

Sir Gawain sentía una mezcla de ira y vergüenza. Ira porque lo hubieran llevado hasta aquel lugar, y vergüenza porque sus habilidades como amante se hubieran visto frustradas. Miró la espada y luego a la doncella, y deseó que las velas no brillaran con tanta fuerza, pues le habían mostrado toda la belleza de la doncella, y había despertado en él el mismo deseo de antes. Contra su

voluntad, no pudo evitar alargar una mano y acariciarla.

De inmediato, la espada volvió a salir disparada de la vaina, y esta vez le infligió una pequeña herida en el cuello. Atravesó las sábanas junto a su oreja y regresó a la funda. Gawain comprendió entonces que no había solución alguna, y se quedó inmóvil y en silencio. Tras unos instantes, la doncella le preguntó si seguía vivo.

—Sí —respondió—. Pero esta noche no os causaré más problemas.

Así permanecieron los dos hasta la mañana, sin hablar ni dormir. Con el alba llegó el anfitrión y llamó a la puerta de la alcoba. Cuando entró y vio a Gawain, y a su hija junto a él, no pudo ocultar su asombro.

—¡Cómo! ¿Aún vivís?

—Sí, mi señor —contestó Gawain—. Aunque no gracias a vos.

Al acercarse, el caballero vio la sangre en las sábanas.

—¡Veo que habéis intentado deshonrar a mi hija! ¿Cómo es posible que no hayáis muerto?

Sir Gawain comprendió que no tenía sentido ocultar los acontecimientos de la noche anterior.

—La espada sí me hirió, como podéis ver. Aunque son heridas superficiales. Os aseguro que vuestra hija está igual a como estaba anoche.

El anfitrión observaba a Gawain perplejo.

—Entonces ha ocurrido al fin —dijo—. He esperado mucho este momento, señor caballero. Esa espada está hechizada con unos conjuros muy potentes, y debería matar a cualquier hombre indigno que yazca junto a mi hija. Solo cuando llegara alguien que pudiera resistirse a ello le perdonaría la vida. Veo que os ha elegido a vos. Me alegro de que el encantamiento haya desaparecido finalmente. Señor, podéis tomar a mi hija si lo deseáis. Además, todo lo que hay en mi castillo es vuestro para disponer de ello como os plazca.

—Mi señor —dijo Gawain—, esta doncella es una recompensa suficiente para cualquier hombre. No necesito nada más.

Llegó entonces un tiempo de regocijo. Pues pronto corrió la

noticia de que un caballero había yacido junto a la doncella y la espada maligna no lo había matado. Los habitantes del lugar comenzaron a llegar desde todos los rincones del país, y se preparó un banquete en el que todo el mundo pudo comer lo que quiso y más. Los músicos cantaron y tocaron, y los presentes disfrutaron de alegres juegos. Al final del día, el caballero en persona desposó a su hija con sir Gawain y luego los acompañó a la habitación donde colgaba la espada encantada. Allí los dejó a solas, y esta vez no hubo barrera entre ellos. ¡Que no te quepa duda de que lo que se desenvainó esa noche no fue una espada! Pues Gawain y la doncella se deseaban profundamente y pasaron la noche con alegres entretenimientos.

Gawain permaneció en el castillo del caballero varias semanas, hasta que recordó que había partido de Cardueil en busca de una aventura de un solo día y había estado fuera mucho más tiempo. Además, tomó conciencia de que se había desposado y de que esa nunca había sido su intención cuando abandonó la corte. Tenía la sensación de vivir en un sueño que, por muy agradable que fuera, era demasiado real. Pensó en la corte, sus amigos y el rey. Habló con su anfitrión y le pidió permiso para regresar a casa y llevarse consigo a la doncella. El anfitrión accedió de buen grado, pues sabía que su hija recibiría muchos honores en la corte de Arturo. Al día siguiente, sir Gawain y Eliade partieron, y no habían avanzado demasiado cuando la doncella quiso volver, pues echaba mucho de menos a sus galgos, a los que había criado desde que eran cachorros y había entrenado durante largos meses. Gawain regresó al castillo de buena voluntad y se los llevó, y luego continuaron cabalgando juntos hasta que divisaron a un caballero armado galopando hacia ellos. Sin mediar palabra, ni de saludo ni de desafío, apretó el paso, agarró las riendas del caballo de la doncella e hizo ademán de marcharse con ella.

Gawain no tenía armadura ni armas, salvo su espada, pues su intención era simplemente regresar a la corte con su doncella. Espoleó con fiereza a su montura y se puso al nivel del desconocido.

—¡Señor! —gritó—. Como veis, no voy armado. Y aun así os habéis comportado con indignidad al intentar arrebatarme a mi dama de esa forma. Os pido que os desarméis y combatamos en igualdad de condiciones. O, de lo contrario, esperad aquí mientras yo regreso al castillo cerca y traigo mi armadura. Luego celebraremos una competición en condiciones, y tal vez podáis ganar justamente a esta dama.

El caballero fulminó a sir Gawain con la mirada.

—No estáis en posición de exigirme nada —replicó—. Pero dado que estáis desarmado, os propongo una competición distinta. Decís que esta es la dama a la que amáis y esperáis que me lo crea solo porque cabalga con vos. Yo propongo que dejemos a la doncella en el camino y vos y yo nos retiremos cada uno a un margen. Y que elija entre los dos. Si desea ir con vos, no insistiré; si me elige a mí, lo permitiréis.

—Muy bien —respondió Gawain, pues en su corazón estaba convencido de que la doncella lo amaba tanto que lo elegiría sin pensárselo dos veces.

Entonces los caballeros retrocedieron unos pasos y los dos le pidieron a la doncella que eligiera a uno o al otro.

Oíd ahora lo que hizo la doncella. Sentada en su caballo, los miró, primero al uno y luego al otro, pensando que Gawain sin duda la protegería si se iba con él, pero también se preguntaba si sería lo bastante fuerte como para vencer al desconocido. Gawain solo se preguntaba cómo era posible que tardara tanto en elegirlo. Luego observó con asombro que ella giraba su caballo y cabalgaba hacia el desconocido. Que no os quepa duda de que Gawain no sintió más que congoja ante aquella imagen, y que esa congoja se convirtió pronto en ira. Pero no dijo nada, pues su formación cortés no le permitía hablarle mal a ninguna mujer.

—Y bien, señor, ¿estáis de acuerdo con que esta dama haya decidido cabalgar conmigo? —preguntó el caballero.

—No os volveré a importunar —respondió sir Gawain con gravedad—. ¡No lucharé por una persona a la que le importo tan

poco!

Y así fue como el caballero desconocido y la dama partieron juntos. Pero apenas habían avanzado unos pasos cuando la doncella comenzó a pedir con gritos lastimeros a sus galgos, que se habían quedado con Gawain.

—No lloréis, mi señora —dijo el caballero—. Os devolveré a vuestros perros.

Volvió sobre sus pasos hasta superar a sir Gawain y le pidió a gritos que se detuviera.

—¡Esos perros pertenecen a mi señora! —bramó—. Devolvédselos de inmediato.

Gawain lo miró con desprecio.

—¿Os parece que compitamos igual que antes? —dijo—. Que decidan los perros.

Desató a los galgos y se separó unos pasos. Luego, ambos caballeros los llamaron y silbaron. Los galgos se fueron con Gawain, a quien conocían por el tiempo que había pasado en el hogar de la doncella.

—Parece que ya han elegido —dijo.

Luego Eliade, que había cabalgado hasta allí, gritó que no daría ni un paso más hasta que le devolvieran a los perros. Gawain sacudió la cabeza.

—No os los devolveré —exclamó—. Han decidido quedarse conmigo, igual que vos habéis elegido a este caballero. Ellos al menos son fieles —añadió, con un tono ligeramente amargo.

—Señor, devolved los perros de inmediato —bramó el caballero.

Gawain negó con la cabeza.

—En ese caso, parece que tendremos que luchar después de todo.

—Como deseéis —dijo sir Gawain, y desenvainó la espada.

Comenzaron entonces a descargar espadazos y estocadas contra el otro, y a pesar de que Gawain no llevaba armadura, no tardó en derrotar al desconocido y despacharlo de un solo golpe.

En ese momento, Eliade, hecha un mar de lágrimas, se postró

ante él.

—¡Ay, mi señor! —gritó—. Me alegro de que hayáis salido victorioso, y si he sido una necia con vos, os suplico vuestro perdón. Temía que pudiera haceros daño al no llevar armadura. Solo quería evitaros que salierais mal parado.

—A mí me parece que os habéis preocupado menos por mí que por vuestros perros —le espetó sir Gawain—. De hecho, estoy convencido de ello, y de que nunca me habéis amado. Ya dicen que las mujeres son infieles, y esto me lo ha demostrado.

Entonces Gawain recuperó a su caballo y se marchó, ignorando los lamentos de la doncella. No volvió a verla después de aquella, y no puedo decir qué le ocurrió. Gawain regresó a Cardueil como un hombre más triste y más sabio, y contó sus aventuras al rey Arturo y sus caballeros, y cómo todo comenzó con lujos y peligros, aunque después terminara mal por culpa de una mujer infiel.

No puedo decir nada más, ni si la doncella regresó a su hogar ni qué le dijo o hizo su padre como respuesta a los acontecimientos. Con todo, sí sabemos que Gawain tuvo más de una esposa, y muchas amantes, según cuentan las historias.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DE LA ESPADA ENCANTADA.

INCIPIT LA HISTORIA DE LA MULA SIN BRIDA.

26: LA MULA SIN BRIDA

Un día de Pentecostés, el rey Arturo reunió a la corte en Carlisle. Allí acudieron caballeros y damas de todos los rincones del reino, y la reina también estuvo presente con su corte, formada mayormente por hermosas doncellas. Después de la cena, los caballeros se retiraron a las habitaciones que había sobre el gran salón, donde se sentaron y rieron. Más tarde, uno de ellos, que daba la casualidad de que estaba mirando por una de las ventanas, llamó a los demás para que se acercaran. Vieron a una muchacha joven y encantadora montada en una mula blanca que avanzaba a gran velocidad por el prado bajo el castillo. Cuando se acercó, se percataron de que la mula no tenía bridas, solo un ronzal, y a la muchacha le costaba mucho dirigirla en condiciones y parecía estar provocándole una gran angustia.

✣ ✠ ✣

Los caballeros sintieron una gran curiosidad por aquello, y sir Gawain, a quien la muchacha le parecía especialmente atractiva, le dijo a sir Kay:

—Id a recibirla, y pedidle al rey que descubra qué quiere.

Kay se apresuró a dirigirse al lugar en que Arturo y Ginebra estaban sentados y les contó lo que habían visto y lo que sir Gawain le había dicho.

—Traed aquí a la muchacha —respondió Arturo.

Varios caballeros, incluido Gawain, ya habían salido al exterior y la habían ayudado a detener a la mula, hablándole a la muchacha con palabras amables y dándole la bienvenida. Ella, sin embargo, había dejado claro que no tenía tiempo para intercambiar cumplidos, y les pidió que la llevaran inmediatamente ante el rey.

Cuando se presentó ante Arturo y Ginebra, dijo:

—Majestad, ¿veis lo consternada que estoy? Y seguiré así hasta que recupere la brida de mi mula. Me la han arrebatado injustamente, y hasta que la tenga de nuevo en mis manos, no podré recuperar las tierras que me corresponden por derecho. Si hay algún caballero aquí dispuesto a hacer todo lo que sea necesario para recuperarla, prometo que lo recompensaré con todo lo que pueda desear. Podrá disponer de mí para amarme y celebrarme una vez haya concluido con éxito la misión.

Arturo sonrió y respondió:

—Estoy convencido de que aquí habrá más de uno dispuesto a hacer lo que pedís. Decidnos cómo perdisteis la brida, y dónde podríamos encontrarla.

—Señor, lo único que puedo deciros ahora es que me la arrebataron, y que es mucho más importante de lo que podríais creer. Y sobre su posible ubicación: mi mula conoce el camino. Solo hay que saltar sobre su lomo y volverá directamente a mi castillo. Pero os advierto: conseguir el trofeo no será tarea fácil.

Al oír aquello, muchos miraron con un nuevo interés a la muchacha y la mula, pues supieron de inmediato que aquella aventura ocultaba algo más que la búsqueda de una simple brida, incluso aunque estuviera hecha con el más puro de los oros.

—Es posible que cueste encontrar a un caballero lo bastante arrojado como para montar en una bestia tan humilde como una mula —respondió Arturo, mirando alrededor a los caballeros—. ¿Quién aceptará esta misión?

Entretanto, Kay no había dejado de mirar a la muchacha con ojos hambrientos. Entonces dijo:

—Yo aceptaré esta tarea. Pero, primero, me gustaría recibir un beso.

—No puedo dároslo hasta que encontréis mi brida —contestó rápidamente la muchacha—. Después recibiréis todos los besos que queráis, además de mi castillo.

—Muy bien, pues —dijo sir Kay—. Partiré de inmediato.

—Aseguraos de dejar que la mula os guie, pues conoce el camino —le recordó la muchacha.

Kay se marchó y montó en la bestia. Ni siquiera se detuvo a pedir armadura ni armas, sino que se llevó únicamente la espada que ya le colgaba del cinturón. Cuando la muchacha vio aquello, se echó a llorar:

—¡No saldrá airoso! —gritó—. ¡No recuperaré jamás mi brida!

✣ ✠ ✣

SIR KAY CABALGÓ toda la jornada a lomos de la mula, dejando que la bestia llevara la iniciativa. Poco después del mediodía, entraron en una parte del Gran Bosque y, al adentrarse en él, el senescal oyó a su alrededor los sonidos de las bestias salvajes. Comenzó a inquietarse, y cuando vio a varios leones, tigres e incluso un leopardo que se acercaban, su inquietud se convirtió en pavor, y se dirigió a ellos como si pudieran entender su idioma para decirles

que pasaba por allí por culpa de la mula. Pero cuando los animales vieron a la mula, dejaron de gruñir y mostrar los dientes y se inclinaron ante ella, por deferencia a la dama que recientemente la había montado, y que había permitido que todas aquellas bestias vivieran en paz en aquel bosque.

Sir Kay, que había empezado a sudar un poco, siguió cabalgando, y poco después llegaron a un sendero estrecho y poco hollado que salía del bosque y se adentraba en un profundo valle con acantilados escarpados a ambos lados que sumían la zona en la penumbra. Las ráfagas de viento frío que lo azotaban desde todas direcciones hacían que allí pareciera invierno. Entonces la mula tomó su propio rumbo hacia delante, y a Kay le llegó un espantoso hedor, el peor que había conocido o que llegaría a conocer jamás. Cuando vio de dónde provenía, su pavor fue incontenible, pues a ambos lados del valle había serpientes, escorpiones y sierpes, los más grandes que había visto nunca. Todos escupían fuego y humo por las bocas, y era eso lo que generaba aquel terrible olor.

Tapándose la boca con la mano, Kay consiguió mantenerse en la espalda de la mula hasta que cruzaron aquel horroroso valle y salieron hacia una extensa llanura. En la distancia vio el lugar en que un manantial de agua pura brotaba de la tierra. Estaba rodeado de flores, y de matorrales que proporcionaban refugio y sombra. Kay desmontó, le quitó la silla a la mula y la dejó beber, y él se mojó la cara con el agua fría y también bebió lo que necesitaba. Ya refrescado, ensilló de nuevo a la mula y se puso en marcha, preguntándose cuánto más tendría que viajar para obtener la brida.

No tardaron en alcanzar un ancho tramo de aguas bravas que discurrían entre dos pendientes. Kay lo observaba consternado, pues no veía barcaza ni vado ni puente en ninguna dirección. Tras girar a la mula hacia la izquierda, comenzó a buscar algún lugar por el que cruzar, y finalmente halló un sitio donde habían colocado una estrecha plancha de hierro que se extendía hacia el otro margen. Parecía lo bastante resistente como para soportar su peso, pero no el de la mula. Era un lugar peligroso, sin duda, y mientras lo miraba

empezó a perder los nervios.

—¡He tenido que atravesar el bosque y ese espantoso valle para luego encontrarme con esto! Dios me libre de continuar por aquí. ¡Y todo por una estúpida brida!

Dicho esto, volvió grupas y partió en dirección a Carlisle. En un primer momento, el animal se resistió, y trató de retomar el rumbo anterior, pero Kay la mantuvo con firmeza en el camino de vuelta a través del valle venenoso y el Gran Bosque, a la mayor velocidad que podía alcanzar la mula. Se alegró mucho cuando divisó las murallas de Carlisle en la distancia.

Viéndolo llegar por el prado, sir Gawain, sir Gareth y sir Griflet salieron a recibirlo, mientras los demás iban a buscar a la muchacha.

—¡Venid! —gritaron—. Sir Kay ya ha regresado. Pronto recuperaréis vuestra brida.

—No lo creo —se lamentó ella—. Si ha regresado tan pronto, ¡es imposible que la haya recuperado!

Dicho eso, comenzó a llorar desconsoladamente. No tardaron en descubrir que estaba en lo cierto, pues sir Kay admitió que la mula lo había llevado por senderos malignos y peligrosos, y que parecían interminables.

Al oírlo, sir Gawain exclamó de buen ánimo:

—Mi señora, ¿me concederíais un favor?

—¿Qué deseáis? —preguntó la muchacha con cautela.

—Que dejéis de llorar y entréis a cenar. Yo me encargaré de recuperar vuestra brida.

—¿Cómo puedo estar segura de que se os dará mejor que a vuestro compañero?

—Os prometo que no descansaré hasta recuperarla o moriré en el intento —respondió Gawain solemnemente.

En eso, la muchacha se secó las lágrimas y parecía más feliz que antes, pues conocía la fama y la pericia de sir Gawain, y tenía mucha más fe en él que en sir Kay.

Entonces, mientras sir Kay se retiraba a sus aposentos,

avergonzado por su fracaso y reticente a hablar de ello, Gawain le solicitó al rey que le permitiera partir a buscar la brida de la dama. Arturo y Ginebra accedieron de buen grado, y le dieron a Gawain sus bendiciones.

Sin perder más tiempo, Gawain se preparó para marcharse de inmediato. Antes de que se fuera, la muchacha se le acercó, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso. Alentado, Gawain abandonó Carlisle. No tardó en llegar al bosque, donde los animales salvajes acudieron corriendo a él. Luego, cuando vieron a la mula, se detuvieron y se agacharon. Gawain continuó su camino, hasta alcanzar al final el oscuro y temible valle, que cruzó, no sin escalofríos, y emergió sano y salvo hacia los prados que se extendían al otro lado.

Allí, igual que Kay antes que él, dejó descansar a la mula y bebió el agua pura que brotaba del manantial. Después continuó cabalgando hasta que, como Kay, se vio obligado a detenerse junto al escarpado y bravo río. Siguiendo el margen, llegó a la plataforma de hierro, y tras vacilar y analizar la situación unos instantes, desmontó y condujo a la mula hacia allí. La plancha temblaba y se sacudía, y los cascos de la mula se salían por uno y otro lado durante la mayor parte del tiempo, pero Gawain perseveró y, a la postre, llegó al margen contrario. Allí, echó la vista hacia un amplio prado donde se alzaba un hermoso y bien equipado castillo que relucía bajo el sol.

Alrededor de los muros discurría un ancho foso, y en torno a este, formando otro anillo de defensa, había una empalizada de estacas afiladas. A medida que se acercaba, Gawain vio que todas y cada una de ellas estaba coronada por una cabeza humana, un indicador macabro del destino de aquellos que se habían aventurado allí antes. Para complicar más las cosas, los muros exteriores del castillo giraban sin descanso, como una peonza gigante, de forma que la puerta no dejaba de desaparecer una y otra vez mientras la observaba.

Impertérrito, sir Gawain prosiguió su camino hasta encontrar un

punto nivelado fuera de las murallas. Allí esperó hasta que vio el portón acercarse a él. Entonces, en el momento adecuado, espoleó a la mula. La pobre bestia saltaba como una liebre cuando atravesaron la puerta como un rayo, ¡aunque la mula perdió varios pelos de la cola! Gawain alabó a su montura mientras miraba a su alrededor, viendo consternado que el lugar parecía desierto.

Avanzó despacio por las calles hasta aproximarse a la fortaleza del castillo. Allí, de repente, vio a un enano corriendo hacia él para recibirlo. Cuando el hombrecillo llegó a su altura, Gawain se dispuso a saludarlo, y el enano respondió, pero no se detuvo y continuó corriendo como si tuviera algo urgente entre manos.

Gawain, desconcertado, se bajó de la mula y caminó hacia la fortaleza. Vio una amplia arcada a un lado, que se abría hacia una bodega vasta y profunda que descendía hacia la oscuridad. Gawain vaciló, pensando que podría valer la pena explorar aquel lugar. En ese momento, una figura emergió de las sombras: un descomunal granjero, muy peludo y ancho como una montaña de maíz, que portaba una gran hacha afilada descansando sobre un hombro.

—Os doy la bienvenida y espero que tengáis buena suerte —le dijo el granjero.

—Vaya, gracias —respondió Gawain—. ¿Acaso la necesito?

—Sin duda —dijo el granjero—. Como todos los que llegan aquí. De todos modos, perdéis el tiempo. La brida que buscáis se encuentra en un lugar seguro, bien guardada. Tendríais que ser un héroe para superar los desafíos que se os presentarán.

—Por eso estoy aquí —contestó Gawain—. Y os aseguro que lo intentaré.

El granjero levantó los hombros y le hizo un gesto para que lo siguiera. Lo guio lejos de la fortaleza, hacia una casa donde ya habían preparado alojamiento. Tras dejar a un lado el hacha, le ofreció toallas limpias y un cuenco de agua para que se lavara. Luego sirvió al caballero a partir de las generosas viandas que ya había sobre la mesa. Poco después, cuando hubo comido, el granjero lo acompañó a una estancia con un espléndido lecho y un

fuego vivo encendido en la chimenea.

ILUSTRACIÓN 7: «A ambos lados del valle había serpientes, escorpiones y sierpes, los más grandes que había visto nunca».

Gawain se preparó para tumbarse, pero antes de que pudiera hacerlo, el granjero volvió a hablar.

—Sir Gawain, sé que sois un hombre de coraje y honor. Antes de que descanséis, y os prometo que dormiréis cómodo y sin correr riesgos esta noche, os pido que realicéis una prueba que os he preparado.

—Lo haré de buen grado —dijo Gawain con firmeza. No sentía miedo alguno por el hombre, a pesar de su aspecto amenazante y su forma ruda de hablar—. ¿En qué consiste la prueba? ¿Puedo saberlo?

—Sí, en efecto —respondió el granjero—. Es esta: cortadme la cabeza esta noche con mi hacha, y por la mañana permitidme que os corte yo la vuestra.

Sir Gawain recordó entonces las dos veces anteriores en que le

habían ofrecido aquella prueba, y que en ambas ocasiones había salido airoso[20]. No vaciló.

—Muy bien. Aunque sería un necio si no supiera que hay algo más de lo que me estáis diciendo.

El granjero no respondió, sino que se limitó a entregarle el hacha y estirar el cuello en un bloque cercano. Acto seguido, el caballero tomó la temible arma y, tras alzarla en lo alto por encima de su cabeza, le dio un golpe que la envió por los aires. Sin embargo, no salió sangre alguna, y poco después el cuerpo se levantó y recuperó la cabeza. Con aquel macabro objeto en las manos, el granjero se marchó de la habitación. Gawain se metió en la cama y durmió plácidamente.

Gawain se despertó al día siguiente con la primera luz del alba. Vio al granjero acercarse a él con la cabeza de nuevo sobre los hombros, como si nunca la hubiera perdido.

—Sir Gawain —exclamó—. Espero que no hayáis olvidado nuestro trato.

—En absoluto —respondió el sobrino del rey—. Estoy listo.

En ese momento, se agachó hasta estirar el cuello sobre el mismo bloque en el que el granjero había hecho lo propio la noche anterior.

—Ojalá estuviera tan seguro como vos de que el golpe no me hará ningún daño —dijo—. Pero hacedlo de todos modos.

El granjero levantó el hacha en alto y la dejó caer, pero la hoja se hundió en la madera junto a la oreja de Gawain, sin hacerle ni un rasguño, y el granjero lo elogió por su valor.

Gawain se levantó, algo tembloroso, y preguntó si podía recuperar ya la brida. El granjero se rio y dijo:

—Ya habrá tiempo para eso pronto, y suficientes combates para vos, sir Gawain. Pues debéis enfrentaros a los dos fieros y terribles leones que protegen la brida. Por ahora, deberíais comer, pues necesitaréis todas vuestras fuerzas para vencerlos.

—No necesito nada —respondió Gawain—. Pero me resultaría útil disponer de algunas piezas de armadura y armas, pues como

veréis solo dispongo de mi espada.

—Venid, entonces —dijo el granjero—. En este castillo hay equipo más que de sobra, y un buen caballo que hace meses que no monta nadie. Pero primero permitidme que os muestre a los leones, y así os hagáis una idea de lo que os aguarda.

El granjero

—No es necesario —insistió Gawain—. Pero os agradecería que me ayudarais a armarme lo antes posible.

El granjero lo acompañó hasta una sala del castillo donde había montañas de armaduras, que sin duda habían pertenecido a aquellos cuyas cabezas ahora decoraban las estacas a las afueras del castillo, y allí armó bien a Gawain, y luego lo llevó al establo donde esperaba un espléndido caballo. Gawain montó y salió al exterior.

Sin perder un instante, el granjero dejó escapar al primer león, una criatura enorme y temible con una melena enmarañada y una piel dura. Saltaba a la vista que habían dejado que pasara hambre, pues saltó de inmediato hacia el caballero con un rugido y le

derribó el escudo. Sir Gawain contraatacó y solo consiguió mellar la espada, pues la pelambre del león era gruesa y dura. El granjero le lanzó un segundo escudo, pero no tardó en perderlo también, y dos más iguales que el anterior, en la descarga de golpes que intercambió con el león.

—Sois lento —comentó el granjero.

Gawain apretó los dientes y, con un gran esfuerzo, hundió la espada entre las mandíbulas de la bestia y le perforó el corazón. Se quedó quieto y resollando unos instantes, antes de exclamar:

—Soltad a la segunda bestia.

El granjero obedeció y el segundo león se abalanzó hacia él. Ya estaba enfurecido, pero perdió por completo el control cuando vio que su compañero yacía muerto. Se precipitó sobre Gawain y le arrancó la cota de malla hasta el visor con un único zarpazo de sus patas. El caballero contraatacó con todas sus fuerzas y partió en dos la cabeza de la bestia. Se quedó inmóvil, respirando con dificultad, y con la sangre rezumándole de la docena de zarpazos que tenía en la piel.

—Ahora traedme la brida —le ordenó entre dientes.

—Aún no —respondió el granjero—. Necesitáis comer y descansar. Esto todavía no ha terminado.

Acompañó a Gawain hacia la fortaleza y a través de un laberinto de pasillos y corredores hasta llegar a una habitación donde había una cama. Allí yacía un caballero cuyo sangriento estado indicaba la presencia de numerosas heridas. Con todo, cuando vio a Gawain exclamó:

—Sed bienvenido, señor caballero. Vuestra valentía me ha sanado. ¡Ahora, luchemos! Pues ese es el deber de todo aquel que viene aquí en busca de la brida, y si perdéis, vuestra cabeza se unirá a todas las que adornan ya mi hogar.

Fatigado, Gawain desenvainó la espada y se preparó para el combate. Pero el granjero lo arrastró hacia fuera y le enseñó el lugar donde se enfrentarían. Le explicó que debía andarse con cuidado, pues incluso aunque ganara, la única recompensa que

recibiría sería que clavaran su cabeza en una de las estacas, a menos que pudiera matar del todo al caballero del castillo.

Los dos hombres montaron en sus caballos y se prepararon para luchar. En la primera carga, a ambos se les rompió la lanza y estuvieron a punto de caer de la silla. Bajaron al suelo y, tras desenvainar las espadas, se dispusieron a combatir con ahínco, sin ceder ni un solo paso. Hacían que saltaran chispas de la espada del otro como si de herreros se tratase, hasta que al final sir Gawain le propinó un espadazo que atravesó el yelmo de su adversario y lo aturdió. Gawain alzó la espada para sentenciar el combate de una vez por todas, pero antes de que pudiera golpearlo, el caballero suplicó piedad.

—Me he equivocado al combatir contra vos, sir Gawain. Hasta ahora creía que no había ningún otro hombre en el mundo que pudiera superarme. Ahora veo lo necio que he sido, ¡y os ruego que no me matéis!

Gawain, disgustado, dio media vuelta y se marchó. El granjero lo siguió, y Gawain le dijo con amargura:

—¿Podéis entregarme ya la brida?

El granjero sacudió la cabeza.

—¿Queréis que os diga lo que aún os queda por hacer?

Gawain asintió con cansancio.

—Hay dos dragones, muy fieros y terribles, que rezuman sangre caliente y escupen fuego. Debéis derrotarlos a los dos para ganar la brida. Nadie ha salido victorioso antes. Si lo hacéis, no habrá más pruebas.

—Pues id y traédmelos —respondió Gawain con gesto sombrío.

—Primero dejadme que os traiga agua y un arnés nuevo —dijo el granjero—. El que lleváis ahora no os servirá contra las criaturas.

Fiel a su palabra, encontró una armadura flamante y una brillante cota de malla para poner encima. También le llevó un escudo nuevo que era especialmente grande. Luego, Gawain dijo:

—Id, pues. Traedme a esas criaturas.

✣ ✣ ✣

Los dragones eran, en efecto, terribles. Escamas negras y rojas cubrían sus cuerpos, y de sus bocas salían llamas y un humo fétido. De la nariz les rezumaba una sangre negra y ardiente, que humeaba allí donde tocaba el suelo. Sir Gawain se alegró del escudo ancho, que lo protegía hasta cierto punto de su aliento ardiente, pero no tardó en prender y se vio obligado a lanzarlo. Tras reunir todas sus fuerzas, esquivó las mandíbulas de una de las bestias y con un golpe poderoso le cortó la cabeza. El otro dragón rugió y atacó aún con mayor ferocidad, e hizo retroceder al caballero casi hasta las murallas del castillo. Allí se vio acorralado y, tras saltar en el aire, le propinó un corte a la bestia en el cuello. Mientras esta rugía agónica, saltó entonces sobre su cabeza y le perforó el cerebro con la espada. La bestia cayó muerta y Gawain se desplomó en el suelo, lleno de sangre y barro.

Con una gentileza sorprendente, el granjero acudió y ayudó a Gawain a desarmarse y le lavó las heridas. Cuando terminó, el enano que había visto Gawain nada más entrar en el castillo apareció y lo saludó con educación.

—Señor, en nombre de mi señora os doy la bienvenida y os pido que vengáis conmigo y comáis en su mesa. Después, y sin más obstáculos, recibiréis aquello que buscáis.

Gawain agachó la vista hacia el hombrecillo.

—Solo iré con vos si me acompaña el granjero —respondió—. Confío en él más que en ningún otro hombre aquí.

El granjero lo guio de nuevo a través del laberinto de pasillos hasta una habitación en la que la señora del castillo estaba tumbada en una cama. Cuando Gawain entró, se incorporó y le indicó que se acercara con una sonrisa.

—Os doy la bienvenida, sir Gawain. Aunque me apena que hayáis matado a mis mascotas, reconozco que sois el mejor caballero que ha puesto jamás un pie en este castillo. Comamos

juntos y charlemos un rato, y luego os entregaré la brida.

Dicho eso, le hizo un gesto a Gawain para que se sentara en la cama a su lado, y el granjero les sirvió comida y un buen vino. Cuando hubieron cenado, la dama se volvió hacia sir Gawain.

—Habéis hecho bien, y ahora seréis recompensado. Os diré que aquella a quien habéis ayudado es mi hermana, y que al venir aquí nos habéis hecho a las dos un gran servicio. Si estáis dispuesto, os tomaré como esposo y os entregaré no solo este castillo, sino otros cinco más.

Gawain agachó la cabeza con educación.

—Mi señora —dijo—, os doy las gracias, pero debo rechazar vuestra propuesta. Hace tiempo que debería haber vuelto con el rey Arturo, y, además, vuestra hermana debe de estar preocupada por si he fracasado en mi cometido. —Miró a los ojos a la dama y repitió —: Ahora, ¿podéis entregarme la brida?

La dama suspiró sonoramente.

—Muy bien. Lleváosla, sir Gawain. Es evidente que os la merecéis.

En ese momento, señaló el lugar en que la brida, un magnífico objeto con muchas joyas incrustadas, colgaba de un clavo de plata en la pared, aunque Gawain no se había percatado hasta entonces de que estuviera ahí. La tomó con las manos y, tras darle las gracias a la dama, salió y vio que el granjero le había traído a la mula. Le colocó la brida a la bestia y la ensilló, antes de prepararse para partir.

La dama había dado instrucciones para que no se obstaculizara su partida y ordenado al granjero que detuviera las murallas del castillo para que dejaran de girar. En las puertas, Gawain se detuvo para despedirse del granjero y, al echar la vista atrás, vio que las calles del castillo se habían llenado de gente, sumida en un gran alboroto, y que bailaban y celebraban como si se hubieran liberado de una terrible prisión.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó al granjero.

—Son los habitantes del castillo —respondió—. Se habían visto

obligados a refugiarse en las bodegas mientras las criaturas a las que derrotasteis camparan a sus anchas. Ahora son libres, y os dan las gracias en su propio idioma por lo que habéis hecho por ellos.

Gawain se marchó del castillo, echando la vista atrás solo una vez hacia las cabezas podridas de las estacas, y al poco rato cruzó el estrecho puente, atravesó el valle y se adentró en los bosques de más allá. Allí, las bestias acudieron igual que la otra vez, pero ahora lo acompañaban a muy poca distancia, frotándose contra sus piernas y pies, y contra los costados de la mula. Y así continuaron hasta las lindes del Gran Bosque, y entonces Gawain puso rumbo hacia Carlisle.

Allí, el rey Arturo y la reina Ginebra y todos los caballeros acudieron a recibirlo, además, por supuesto, de la muchacha que había acudido a pedir ayuda. Se acercó a Gawain y, al ver la brida sobre la mula, abrazó al caballero y lo besó cien veces.

—Mi señor —dijo—, habéis hecho mucho más de lo que jamás sabréis por mí y por mi pueblo. Ningún otro caballero de los más de cien que aparecieron en el castillo salió victorioso, pero vos habéis triunfado. Os doy las gracias y la promesa de que haré por vos todo lo que esté en mi mano.

Luego entraron todos y sir Gawain les contó la historia completa de sus aventuras. Al final de su narración, la reina Ginebra se volvió hacia la muchacha y le preguntó si no querría quedarse en la corte. Pero ella negó con la cabeza.

—Lo haría si pudiera, pero no tengo la libertad necesaria. Ahora que dispongo de la brida, debo regresar del lugar de donde provengo.

No hubo persuasión que la hiciera cambiar de idea, y a la mañana siguiente partió tan sola como había llegado, montada en la mula con su brida destellando bajo el sol. La corte la observó hasta que se perdió de vista, y no volvieron a verla. Tampoco es necesaria una gran sabiduría para entender que aquello no fue una prueba mundana, sino otra que demostraba la animadversión que el rey de las hadas sentía hacia el rey Arturo. Y oirás más historias que

demostrarán la verdad de estas palabras.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA MULA SIN BRIDA.

INCIPIT LA HISTORIA DE GAWAIN Y RAGNALL, QUIEN FUE SU ESPOSA DURANTE MUCHOS AÑOS.

27: EL CASAMIENTO DE SIR GAWAIN Y LA DAMA RAGNALL

Se dice que sir Gawain fue el mejor amante de mujeres de toda la hermandad de la Mesa Redonda, y es indiscutible que conoció a muchas damas hermosas y se desposó más de una vez. Pero hubo una a la que amó más que al resto, y aquí se cuenta la historia de su encuentro.

OCURRIÓ UN DÍA que el rey Arturo salió a cazar al bosque de Inglewood, una parte del Gran Bosque que muchos describían como un lugar sombrío y peligroso. Su presa era un poderoso venado y, tras llegar a la parte del bosque donde se había visto a la bestia por

última vez, el rey y su compañía se quedaron muy quietos en el sotobosque, con los arcos preparados, esperando a que apareciera. Pero el venado era consciente de su presencia y se mantuvo oculto.

—Me aseguraré de acabar con él por mi cuenta —declaró el rey —. Los demás, ¡quedaos aquí y no os mováis!

Se puso en movimiento, persiguiendo al venado como un hombre de los bosques, avanzando de matorral en matorral a lo largo de casi una milla. Al final, tuvo un tiro limpio y soltó una flecha, que atravesó al venado y lo derribó. El rey sacó su cuchillo de caza y comenzó a descuartizarlo, como era su costumbre. Estaba tan concentrado en su trabajo que no oyó a la presencia que le se le acercó por detrás hasta que habló.

—Bienhallado, rey Arturo.

El rey se volvió rápidamente y se encontró con un hombre extraordinario, muy alto y poderoso, con un aspecto extraño y ominoso. Llevaba un yelmo del que sobresalían cuernos curvados, idénticos a unas astas, y su rostro estaba oculto detrás de una placa de acero. Había desenvainado la espada y su actitud era de todo menos amistosa.

—Habéis cometido una grave injusticia, señor rey. Os lo devolveré arrebatándoos la vida.

—Al menos decidme cuál ha sido esa injusticia que os he hecho —respondió Arturo con voz calmada—. Podéis empezar diciéndome vuestro nombre.

—Me llamo Gromer Somer Jour —contestó el desconocido—. Y en cuanto a la injusticia: le entregasteis mis tierras a sir Gawain. ¿Qué tenéis que decir al respecto, majestad, dado que aquí estamos solos?

—En primer lugar, si planeáis matarme, os diría que os lo pensarais dos veces —dijo Arturo—. Mis amigos están cerca, y si me matáis sin honor, no conseguiréis nada bueno a cambio. Creo que sois un caballero, y sin duda debéis de recordar vuestros votos. Renunciad a esta necedad y hablemos. Si realmente os he injuriado, trataré de resarcirme.

—Sabias palabras —respondió Gromer Somer Jour—. Pero no se me engaña tan fácilmente. Ahora estáis a mi merced. Si os dejo ir, escaparéis de mi castigo.

Alzó la espada.

—Escuchadme —insistió el rey Arturo—. Matarme no os servirá de nada. Os he dado mi palabra de que repararé todos los daños que pueda haber causado. No conseguiréis más que difamaros si me matáis estando completamente armado y yo solo con ropa de caza.

—Esas palabras no valen nada —replicó Gromer, y vaciló—. ¿Me dais vuestra palabra de que os encontraréis de nuevo conmigo en este lugar de aquí a un año?

—De buen grado —respondió el rey Arturo—, si eso es lo que deseáis. Os doy mi palabra.

—Esperad. No habéis oído mis condiciones. Durante este año, deberéis encontrar la respuesta a una pregunta. Jurad sobre mi reluciente espada que descubriréis qué es lo que más aman las mujeres. Y me refiero tanto a las muchachas de campo como a las damas más refinadas. Todas las mujeres. De aquí a un año, deberéis estar aquí, en este mismo lugar, desarmado y solo. ¿Lo juráis?

—Muy bien —dijo el rey Arturo—. Por detestable que me parezca, os doy mi palabra como rey de que regresaré aquí con una respuesta en un año.

—¡Espléndido! —exclamó Gromer—. Ya podéis iros. Pero, rey o no, aseguraos de no engañarme. Recordad: está en juego vuestra vida.

Dio media vuelta y se esfumó entre los árboles. En ese momento, el rey Arturo convocó a sus amigos. Lo encontraron junto al venado abatido, pero estaba callado y habló poco durante el viaje a casa, a pesar de los elogios que recibió por haber cazado a su presa.

En esa época, la corte se encontraba en la hermosa Carlisle. El rey pasó varias semanas sumido en sus pensamientos, hasta que a la postre Gawain fue a su tío y le preguntó por qué estaba tan retraído. En un primer momento, Arturo se negó a hablar sobre el asunto, pero Gawain lo presionó y terminó contándole toda la historia sobre su encuentro con Gromer Somer Jour, y de la promesa que había hecho.

Cuando hubo acabado, Gawain dijo:

—Majestad, no os desaniméis. Que preparen a los caballos y partamos juntos hacia tierras remotas. Allí preguntaremos a todas las personas con que nos crucemos, sean hombres o mujeres, la respuesta a esa pregunta. Llevaremos un libro con nosotros, y anotaremos todas las respuestas. Alguna deberá ser la correcta.

A Arturo se le iluminó el rostro.

—Es un buen consejo, sobrino —dijo—. Partamos de inmediato.

Tras concluir con los preparativos para la ausencia del rey en la corte, los dos hombres se pusieron en marcha, cabalgando cada uno en una dirección distinta, con el rey disfrazado para que no pudieran reconocerlo. Allá donde iban paraban a todas las personas con las que se cruzaban y les formulaban la pregunta de Gromer. Recibieron algunas respuestas curiosas, que no te quepa duda. Hay quien dijo que a las mujeres les encantaba que les hicieran cumplidos, otros que su mayor diversión era tener a un hombre fogoso entre los brazos. Otros respondieron que un vestido nuevo, o un gavilán, o un perro. En resumidas cuentas, recopilaron tantas respuestas distintas como a personas preguntaron, y apenas se repetían. Lo anotaron todo en sus libros y, al poco tiempo, ya tenían cientos de respuestas. Ambos regresaron a Carlisle con pocos días de diferencia el uno del otro, y se sentaron a comparar lo que habían descubierto.

—Es imposible que fracasemos con todas estas palabras —dijo Gawain.

—No estéis tan seguro —respondió Arturo—. Iré de nuevo al bosque de Inglewood. Aún tengo tiempo antes de la fecha acordada con Gromer. Tal vez halle más respuestas.

—Como deseéis, majestad —dijo Gawain, y añadió—: No temáis, milord, pues saldréis airoso.

El rey Arturo partió de nuevo, esta vez sin disfraz, y cabalgó por el bosque allá donde los caminos lo llevaban. Allí se cruzó con más personas y añadió más respuestas al libro, aunque la mayoría miraba con recelo al rey cabalgando solo a través de aquella sombría floresta. Pero no fue hasta que no puso rumbo a Carlisle

cuando Arturo se encontró con una extraña mujer en el camino. Estaba sentada junto al camino, en un pequeño montículo del que crecía un árbol con espinas. Al acercarse a ella, el rey vio que era la criatura más endiabladamente fea que había visto jamás. Tenía la espalda corcovada, la boca ancha, los dientes amarillos, la nariz le moqueaba y los ojos le lloraban. Poseía un cuello grueso como un árbol, y el pelo largo y apelmazado. Mientras lo miraba de soslayo, Arturo se dio cuenta de que tenía las manos y los pies palmeados, y que las uñas le crecían hasta formar garras.

—Bienhallado, Majestad —dijo. Hablaba con una voz grave y melosa—. Me alegro de que nos hayamos encontrado, pues dispongo de los medios para salvaros.

—¿En qué sentido? —demandó Arturo, desconcertado.

—Estáis buscando la respuesta a una pregunta. Y permitidme que os diga que las respuestas que tanto vos como sir Gawain habéis recopilado no os servirán de nada. Gromer os cortará la cabeza.

—¿Cómo sabéis todo eso? —preguntó el rey Arturo.

—No importa —replicó la bruja—. ¡Pero os aseguro que soy solo un montón de estiércol! Ahora, prometedme algo y os daré la respuesta que os salvará la vida.

—¡Tengo la impresión de que cuando hago alguna promesa siempre acabo metido en problemas! ¿Cómo puedo ayudaros, señora?

La bruja volvió a mirarlo de reojo.

—Quiero desposarme con un apuesto caballero. Y no uno cualquiera. Sir Gawain es el nombre del hombre que deseo. Prometedme que se casará conmigo y os daré la respuesta que buscáis.

—No puedo hablar en nombre de sir Gawain sobre este tipo de cuestiones —respondió Arturo, consternado.

—En ese caso, perderéis la vida —dijo la bruja.

—Si lo que decís es cierto, y conocéis una respuesta que baste, lo único que puedo prometeros es que haré todo lo posible por

persuadir a mi sobrino para que acceda a vuestra petición.

—Bien, pues, haced eso —respondió ella—. Volved a casa y persuadid a sir Gawain. Puede que sea fea, pero tengo mucha vida en mí. Hasta una lechuza puede emparejarse. Recordad, además, que puedo salvaros la vida.

—Mi señora, ¿puedo preguntaros cómo os llamáis?

—Es un detalle que me llaméis «señora» —dijo la bruja, mostrándole los largos dientes amarillos—, porque sé que no lo pensáis… Mi nombre es Ragnall.

—Con Dios, dama Ragnall —dijo Arturo.

—Con Dios, rey Arturo —contestó Ragnall—. Os esperaré aquí.

El rey regresó a Carlisle con el corazón en un puño. La primera persona con quien se cruzó fue sir Gawain, que le preguntó cómo le había ido.

—No demasiado bien —respondió el rey—. Hoy en Inglewood me he encontrado con la mujer más repulsiva que he visto jamás. Me ha dicho que conocía la respuesta a mi pregunta, pero que solo me la daría si podía tomaros a vos como esposo. Teniendo en cuenta que eso es claramente imposible, temo por mi vida.

—No hay necesidad de que temáis por nada, mi señor —respondió Gawain, alegre—. Me casaré con esa bruja, aunque sea más fea que Belcebú. ¿Cómo podéis pensar lo contrario? Soy vuestro hombre y me habéis honrado en cientos de batallas y justas. No tenéis más que decírmelo y yo obedeceré.

—Sir Gawain, os doy las gracias —respondió Arturo con humildad—. Me atrevería a decir que sois el mejor caballero de todo el reino. Podéis contar por siempre con mi honor y mi vida.

Y eso fue lo que acordaron, y cinco días después el rey Arturo partió a su encuentro con Gromer Somer Jour. Sir Gawain lo acompañó un trecho, hasta que al final Arturo le dijo que debía cabalgar solo tal como había prometido. No había avanzado demasiado sin la compañía de Gawain cuando vio a Ragnall sentada junto al camino, como si no se hubiera movido.

—Bienvenido, Majestad. ¿Traéis con vos la promesa de sir

Gawain?

Arturo asintió bruscamente.

—Vuestro deseo se hará realidad. ¡Ahora decidme la respuesta que me salvará la vida!

—Muy bien —respondió Ragnall—. Os diré qué es lo que las mujeres ansían por encima de todo lo demás, independientemente de su edad, posición o aspecto. Nuestro deseo es tener soberanía sobre los hombres, pues es la única forma de que se nos acepte y reconozca en todas las cosas. Ahora marchaos, majestad, y respondedle a Gromer lo que os he dicho. Se enfadará cuando lo hagáis, pues sabrá de dónde habéis sacado esa información. Pero eso no importa. Vuestra vida está a salvo ahora, que no os quepa duda. Marchaos; esperaré vuestro retorno.

El rey cabalgó mientras en la cabeza le bullían todo tipo de pensamientos hasta el punto de encuentro que había acordado con Gromer. Allí lo esperaba el temible caballero con un gesto sombrío en el rostro.

—Y bien… Veamos qué respuestas habéis encontrado.

El rey extrajo los dos libros de respuestas que él y Gawain habían recopilado y se los entregó a Gromer. El caballero alto apenas les echó un vistazo antes de lanzarlos a un lado.

—Ninguna de estas es la respuesta correcta —gruñó—. ¡Preparaos para morir, Majestad! —exclamó, y desenvainó la espada.

—¡Esperad! —gritó Arturo—. Tengo una respuesta más que no he escrito ahí.

—¿Y cuál es? —demandó Gromer con impaciencia.

—Es esta: por encima de todo lo demás, independientemente de su edad, posición o aspecto, las mujeres desean soberanía sobre el hombre, el poder de ser libres, ¡igual que esta respuesta me da a mí la libertad!

—¡Sé quién os ha proporcionado esa respuesta! —bramó Gromer Somer Jour—. Y espero que arda por lo que ha hecho. Pues esa era mi hermana, la dama Ragnall, la que os habéis cruzado en el

camino, que me ha perjudicado por sus rencores. Esperaba no ver jamás este día, pues mi plan ha quedado en agua de borrajas, ¡y eso es una canción triste para mí! —Miraba con pesadumbre al rey—. Supongo que seremos enemigos por siempre.

—No lo dudéis jamás —respondió Arturo—. Pues espero no volver a veros nunca.

—En ese caso, os deseo un buen día —dijo Gromer.

—Sin duda es un buen día —contestó el rey Arturo y, tras volver grupas, regresó donde lo esperaba Ragnall.

—Bien, majestad —lo saludó la bruja—. ¡Veo que conserváis la cabeza! Me alegro de que salierais airoso, aunque es justo lo que os prometí. Confío en que mantendréis vuestra palabra ahora que todo ha salido bien.

—Mi señora —dijo Arturo con frialdad—, no dudéis de que mantendré mi palabra.

—En ese caso, os acompañaré de vuelta a Carlisle —dijo Ragnall —. Pues ansío conocer a mi futuro esposo.

Y así fue como el rey Arturo volvió a casa con Ragnall cabalgando a su lado. Grande era la incomodidad de verse acompañado de aquella repugnante criatura, pero no había otra opción.

En cuanto entraron en el gran salón, Ragnall hizo llamar a sir Gawain para que pudieran anunciar su compromiso delante de la corte. Gawain acudió y tomó de la mano a la bruja, antes de prometer que la honraría hasta que la muerte los separara. Ragnall estaba feliz y aplaudió alegremente con sus huesudas manos, y pidió que el casamiento se celebrara lo antes posible. La reina Ginebra, quien no sentía más que lástima por sir Gawain, así como el resto de las damas de la corte hicieron todo lo posible por persuadir a la bruja para que se conformara con una boda íntima, a primera hora de la mañana y con el mayor secretismo posible. Pero Ragnall se negó en rotundo.

Sir Gawain y la dama Ragnall

—De eso nada, mi gentil señora —dijo—. El acuerdo que pactamos vuestro esposo y yo era que me desposaría con sir Gawain públicamente, ante todos. Y así se hará. Quiero que se anuncie por todos los rincones del país y se entretenga aquí a todos los huéspedes que podáis hospedar. Huelga decir —añadió, agachando la mirada— que siento no ser más hermosa para el gran caballero con el que estoy a punto de desposarme, pero soy como soy, y quiero que mi casamiento sea un espléndido festín.

La reina Ginebra accedió con escalofríos, e hizo correr las amonestaciones aquel día. A lo largo y ancho del país, las mujeres lloraron al enterarse del casamiento de sir Gawain, pues siempre fue el caballero más apreciado por las damas.

No tardó en amanecer el día de la boda, y muchos acudieron para ser testigos del casamiento entre el magnífico caballero y la monstruosa bruja. Todos coincidieron en que su vestido de novia era el más espléndido que habían visto jamás, y que las joyas eran las más preciadas, pero a la mujer, y por no andarme con rodeos, la consideraban tan fea como una puerca.

Después de la boda se celebró un magnífico banquete al que invitaron a todos los huéspedes. Fue uno de los más espléndidos que se recordaban, aunque Gawain apenas habló con su flamante esposa, más allá de las formalidades que le exigía el honor. Todos observaban consternados los modales de Ragnall en la mesa. Desgarraba la comida con sus largas uñas y se llenaba la boca con la velocidad a la que se le servía. Comía más que ningún otro invitado: al menos tres capones, tres sarapicos, varios patos al horno enormes y quién sabe qué más como acompañamiento. Se terminó todos los restos de comida de la mesa y siguió engullendo hasta que los sirvientes se llevaron el mantel y trajeron agua para que los presentes se lavaran las manos. Luego, cuando finalizó el ágape, Gawain y Ragnall se retiraron a su alcoba.

—Mi señor y esposo —dijo Ragnall—, ahora que nos hemos desposado, me atrevería a decir que no me demostraréis más que

bondad, tanto en el lecho conyugal como fuera.

Al ver que Gawain no respondía de inmediato, añadió:

—Al menos dadme un beso.

Gawain, que tenía la mirada clavada en el fuego, se giró hacia ella.

—Haré algo más que besaros —dijo.

En ese momento se quedó inmóvil, fascinado, pues ante él se encontró con la mujer más hermosa que había visto en su vida.

—¿Qué os ocurre? —le preguntó ella con dulzura.

—¿Quién sois y dónde está mi esposa? —demandó Gawain.

—Soy yo —respondió la dama.

—Perdonadme —dijo Gawain con lágrimas en los ojos—. Hace un instante parecíais la criatura más repugnante que había visto jamás, y ahora… ¿Cómo es posible?

—Primero debéis besarme —se rio Ragnall, y Gawain obedeció de buen grado.

Después volvió a preguntarle el significado de aquel misterio. Ragnall lo observaba con gravedad.

—Mi belleza no es constante —explicó—. Tenéis la opción de verme así de hermosa durante el día, para que todos puedan admirar a vuestra esposa, pero repugnante de noche para vuestra desgracia. O podéis verme hermosa de noche para colmar vuestros placeres, pero repulsiva de día y que todos se apiaden de vos. Debéis elegir.

Gawain se frotó las manos.

—Ay, mi amor —dijo al fin—. Es una elección difícil. Que solo fuerais hermosa de noche me apenaría profundamente, dado que mi honor se resentiría durante el día. Sin embargo, teneros horrenda de noche no me aportaría ningún placer. Confieso que no puedo decidirme. Pero, en cualquier caso, podéis hacer lo que consideréis, mi señora y mi amor. Dejo la elección en vuestras manos. Aceptaré lo que decidáis, sea lo que sea. Todo lo que tengo, mi cuerpo y mis bienes, son vuestros para disponer de ellos a placer.

En ese momento, Ragnall dio palmadas y gritó:

—¡Ay, mi buen y gentil caballero! Por lo que acabáis de decir, me tendréis hermosa tanto de día como de noche. Esa forma horrenda se debía a un conjuro que me lanzó la que conocen como Morgana el Hada, y que algunos llaman Morgana la Diosa, hasta que el mejor hombre de toda Britania se desposara conmigo y me diera soberanía sobre él. Y vos, apuesto y cortés Gawain, es lo que acabáis de hacer. Ahora, venid y besadme y disfrutemos de todo el placer que queramos, pues ese es nuestro derecho.

Entonces yacieron y disfrutaron de muchas horas juntos hasta la mañana. Luego el rey Arturo, temiendo por la vida de su sobrino a manos de la repugnante novia, se presentó en persona para avisarlos de la comida. Gawain se levantó, abrió la puerta de su alcoba e invitó al rey a entrar. Y allí Arturo vio a una mujer hermosísima de pie junto al fuego con el camisón y los cabellos rojos y dorados cayéndole por debajo de las rodillas y la luz de la mañana reflejándose en sus ojos.

—Bienvenido, Majestad —dijo Gawain—. Aquí tenéis a la dama que os ha salvado la vida y que a mí me ha hecho más feliz de lo que creía posible.

Le contaron entonces todo lo ocurrido, y Ragnall habló del conjuro que la afligía y cómo Gawain la había liberado con su amor y del don de la soberanía.

El rey Arturo frunció el ceño al oír el nombre de su hermanastra como causante de aquellos acontecimientos, pero no dijo nada más al respecto en ese momento.

Luego Gawain le recordó al rey la promesa que le había hecho a sir Gromer Somer Jour, y le pidió que le devolviera las tierras cuyo derecho a reclamarlas había perdido tras pasar varios años fuera. El rey accedió, y tiempo después recibiría a Gromer en la corte sin rencores.

Gawain y Ragnall fueron felices juntos desde ese momento, y a su debido tiempo la dama engendró a un hijo a quien llamaron Guinglain, que fue también un gran caballero por derecho propio y trajo mucho honor a su padre y a la hermandad de la Mesa

Redonda. Sin embargo, Ragnall falleció solo cinco años después, y Gawain la lloró amargamente. En efecto, se dice que aunque amara a menudo, y se desposara varias veces, nunca amó tanto a nadie como a la dama Ragnall.

Aquí termina la aventura del rey Arturo en el bosque de Inglewood y el matrimonio de sir Gawain y la dama Ragnall, según se cuenta en los antiguos libros de estas tierras.

——— ✠ ———

EXPLICIT LIBER TERTIUS.

INCIPIT LIBER QUARTUOR.

LIBRO CUARTO: EL LIBRO DEL GRIAL

El santo Grial

28: LA ELUCIDACIÓN DEL GRIAL Y LA HISTORIA DE SIR PERCEVAL

He extraído esta historia de una obra a la que su autor llamó *L'Elucidation*, con el convencimiento, por lo visto, de que podía explicarles el misterio del Grial a todos. Considero que esa tarea está lejos de las habilidades de cualquier hombre, y de las mías sobre todo, pero la narraré aquí con mis propias palabras, para que tal vez les resulte de interés a aquellos más sabios que yo. Aunque siempre he tratado de incluir las historias que el maestro Thomas omitió en su gran obra, jamás había incluido una que ofreciera una versión tan distinta de la de los relatos que él contó. Aquí, he recuperado un relato que nos habla de una época antiquísima, antes de la llegada de sir Galahad, en la que sir Perceval es el buscador del Grial.

MUCHO ANTES DE la llegada del rey Arturo, cuando la magia antigua florecía por doquier, oculto en las profundidades del Gran Bosque había un manantial sagrado, uno de los muchos que existía en aquellas tierras. Eran pocos los que acudían allí, pero aquellos que sí lo hacían eran bien recibidos, pues el manantial estaba vigilado por mujeres del reino de las hadas, que ofrecían sustento a quienquiera que pasara por allí. No rechazaban a nadie, y se dice que aquellos que bebían de las aguas del manantial, ofrecidas en cálices de oro, no volvían a sufrir ninguna enfermedad a partir de aquel día, y gozaban siempre de un gran vigor. Además, también se dice que si alguien visitaba el manantial con ansias de conocimiento, o buscaba la respuesta a alguna prueba de su vida, las sabias mujeres también les ofrecían su ayuda. Por esa razón, se las conocía como las «Voces del Manantial».

Con el tiempo, la existencia de aquel lugar milagroso y misterioso llegó a oídos de un rey cruel y codicioso llamado Amangons. Al oír hablar del manantial secreto, y sobre todo de los cálices y platos de oro con que las mujeres servían a sus huéspedes, Amangons reunió a varios de sus hombres y se adentraron en el bosque a buscar aquel lugar.

Cuando tras muchos días de búsqueda llegaron al fin a la ubicación del manantial, fueron recibidos por las hadas, quienes les ofrecieron su hospitalidad. Pero Amangons, en su codicia, ordenó a los hombres que atacaran a las mujeres, las violaran y les robaran los cálices de oro. Él mismo se encargó de buscar a la líder de las guardianas, y tras haberla forzado, se llevó su cáliz para usarlo como recipiente propio.

Y después de que las hadas sufrieran las violaciones y ataques de aquellos hombres, se retiraron hacia las profundidades del Gran Bosque, mientras que el lugar del que manaba el manantial se convirtió en un lugar silencioso y desolado. Aquellos que lo conocían decían que habían perdido las voces del manantial, y que una luz se había extinguido de aquellas tierras. En efecto, no volvió

a crecer nada más en el lugar, y la oscuridad se extendió en todas direcciones, hasta que la tierra se tornó un yermo y los árboles de aquella zona del bosque perdieron las hojas. Después de eso, en todos los rincones del país se lo conoció como el Páramo, un lugar donde nadie se aventuraba a menos que buscara la desesperación y la muerte.

Debes saber que no sacaron nada bueno de sus actos, pues apenas había pasado un año cuando Amangons fue asesinado junto con la mayoría de sus hombres. Los recuerdos sobre el manantial acabaron perdiéndose, y la tierra que durante tanto tiempo fue un vergel continuaba yerma y muerta. También se dice que durante mucho tiempo antes de ese momento existió un acuerdo entre las razas de los hombres y las hadas, pero debido a que las mujeres que Amangons atacó eran hadas, a partir de entonces existió una enemistad entre las dos razas, incluso en los años del rey Arturo, cuando él y sus caballeros se vieron tan a menudo desafiados por las criaturas mágicas, y todo por el recuerdo del ataque de Amangons. No puedo decir si eso es cierto o no, pero aún hoy día se habla de la ruptura del Pacto Feérico entre aquellos que conocen los caminos ocultos entre mundos.

✣ ✠ ✣

PASARON MUCHOS AÑOS, hasta la era del rey Arturo, cuando ocurrió que uno de sus caballeros se adentró en el Páramo. Conoció entonces a los habitantes que moraban allí con un gran pesar en el corazón, y de ellos descubrió los viles actos del rey Amangons y sus hombres. El caballero, profundamente apesadumbrado, le comunicó lo que había descubierto al rey Arturo, y cuando la hermandad de la Mesa Redonda se enteró, juraron buscar a los culpables de aquella atrocidad y castigarlos con espada y fuego.

Pero aunque buscaron y buscaron durante mucho tiempo, aventurándose hasta el corazón del Gran Bosque, no hallaron ni a

uno solo de los hombres de Amangons. Sí se encontraron con una compañía de mujeres hermosas, que deambulaban entre los bosques y a quienes protegía un grupo de caballeros, todos apuestos y altos, que se vengaban con presteza de todo aquel que se acercara a las doncellas con malas intenciones. Ni siquiera los caballeros del rey Arturo podían derrotar a aquellos guardianes, aunque a la postre sir Gawain fue lo bastante fuerte como para capturar a uno de aquellos caballeros del bosque y regresar con él a la áurea Camelot. Aquel hombre, cuyo nombre era Bleheris, acabó siendo conocido como un buen hombre y un gran narrador, y una vez descubrió que la hermandad buscaba a Amangons y a sus hombres, les dijo a los caballeros que cejaran en su empeño:

—Pues tanto las doncellas del bosque como nosotros, sus protectores, somos los descendientes vivos de aquellas que protegían el manantial y de los malvados hombres que las forzaron. Desde aquel momento, se nos ha condenado a vagar por la Tierra y nos hemos ocultado del mundo en el Gran Bosque. Por tanto, si deseáis matarnos, estaríais acabando con la vida de hombres inocentes, pues nosotros no decidimos venir a este mundo, y tampoco se nos debería castigar por los actos del vil rey y sus hombres.

—¿Tanto tiempo habéis vivido? —preguntó Arturo con asombro, pues cuando oyeron eso, los caballeros de la Mesa Redonda supieron que su cometido era fútil.

Gawain, sin embargo, pensó en preguntarle a Bleheris por la causa del Páramo y qué podía hacerse para sanarlo.

—Me habláis de una ardua tarea, sin duda —respondió Bleheris.

Entonces les contó un secreto que hacía mucho que se había olvidado en las tierras que gobernaba el rey Arturo: que los manantiales y las mujeres que los protegían formaban parte del reino de aquel al que llamaban el Rico Pescador, que había acabado desolado por las acciones de Amangons y sus hombres y que no podría sanar hasta que un caballero investigara la causa de aquella aflicción. Hubo muchos que buscaron la corte del Rico Pescador,

pero fueron muy pocos los que la hallaron, y raramente se los volvió a ver entre el mundo de los vivos, o bien seguían aún deambulando en busca de respuestas sobre las causas del Páramo. A continuación escribiré sobre uno de ellos, sir Perceval, cuyo nombre es bien conocido, y sobre su llegada a la áurea Camelot y lo que sucedió después.

✣ ✠ ✣

Poco después de que el rey Arturo superara la prueba de la espada en la piedra y fuera coronado, Merlín el Sabio acudió a él y le dijo:

—Majestad, no puedo permanecer aquí más tiempo, pues debo partir hacia otro lugar desde el que podré observar lo que sucede en el mundo. Pero antes de marcharme hay ciertas cosas que debéis saber.

Luego, mientras el rey Arturo escuchaba, Merlín le habló del Santo Grial, que había usado Nuestro Señor para celebrar la última cena y que había sido confiado a José de Arimatea, el tío de Cristo, y, más tarde, entregado a la corte del Rico Pescador, que tantos buscaban.

—El buen rey que responde a ese nombre no podrá morir hasta que un caballero de esta corte acuda a aquel lugar secreto en busca del Grial. Si sale airoso, el Rico Pescador podrá morir al fin, y desaparecerá el encantamiento que maldijo el Páramo desde mucho antes de la época de vuestro padre, debido a las acciones del vil rey Amangons. Os cuento todo esto para que estéis preparado para lo que ocurrirá cuando yo ya no esté aquí para aconsejaros.

»Y os diré algo más. Cuando le confiaron el Santo Grial, José de Arimatea hizo una mesa a semejanza de aquella en que se celebró la última cena. Doce asientos había en esa mesa, y uno que siempre debía estar vacío como símbolo de la traición de Judas. En nuestra era, mandé construir una mesa en recuerdo de aquella que hizo

José. Es la Mesa Redonda, a la que vos y vuestros caballeros os sentáis. Allí también habrá un lugar vacío hasta que llegue el que está destinado a ocuparlo. Cuando ese caballero aparezca, sabréis que habrán comenzado los misterios del Grial.

Cuando terminó de decir aquellas cosas, que desconcertaron profundamente al joven rey, Merlín partió y nadie fue capaz de detenerlo. Se marchó a Northumberland, con su viejo maestro, Blaise, a quien le contó todo lo que había sucedido desde el principio de los tiempos, y todo lo que ocurriría en la vida del rey Arturo. Y aunque otros relatos cuentan que fue encarcelado por las artimañas de la dama Nimue, diré que no todo lo que se ha escrito sobre Merlín es cierto.

✣ ✣ ✣

La historia nos cuenta que el rey Arturo gobernó bien y con justicia durante muchos años, y que acudieron caballeros de todos los rincones a ocupar los asientos de la gran Mesa Redonda. Se decía, y con razón, que ningún caballero merecía elogio hasta que hubiera servido al menos un año en la corte de Arturo.

La noticia sobre la Mesa Redonda llegó a oídos de un magnífico caballero de Gales llamado Alain le Gros, quien declaró que cuando su hijo Perceval alcanzara la mayoría de edad debía marchar a la corte del rey Arturo. Muchas veces habló abiertamente de aquella cuestión con el joven, y todas las veces se encontró con el rechazo rotundo de la madre del muchacho. Perceval, sin embargo, solo atendía a las palabras de su padre, y cuando llegó el día en que Alain murió, su hijo solo esperó a que lo sepultaran antes de partir hacia la áurea Camelot. Se fue con tanta cautela que nadie supo de su partida hasta el final del día. Luego su madre lloró y rezó para que no lo devoraran los animales salvajes, o lo asesinaran hombres malvados, y al no recibir noticia de su hijo durante las semanas siguientes, enfermó de pena y, poco después, murió.

Perceval no sabía nada de eso, así que se limitó a continuar su camino hasta que alcanzó la corte del rey Arturo, donde lo recibieron con los brazos abiertos y poco después demostró ser un joven gentil y habilidoso en el uso de las armas. Pues aunque no supiera prácticamente nada sobre esas cuestiones cuando llegó a la corte, aprendía rápido, y no tardaron en aceptarlo entre el resto de los caballeros hasta que al fin se sentó a la Mesa Redonda, junto con Lancelot del Lago, sir Gawain de las Orcadas y sus hermanos, y muchos más.

Todo marchaba bien en las tierras de Britania, hasta que el rey Arturo decidió convocar una corte que sería la más magnífica del mundo, y a la que debían acudir todos los buenos caballeros con sus damas. Y en el gran salón de la áurea Camelot estarían sus camaradas de la Mesa Redonda a su lado, pues deseaba alabar la orden que él mismo había fundado, y la obra de Merlín, quien había fabricado la Mesa en tiempos de su padre.

Cuando llegó el momento de que se celebrara aquel encuentro, fue sin duda el más espléndido que se había visto jamás en aquellas tierras. Los hombres decían que el rey Arturo era el señor más magnífico y regio que había llevado una corona, y que nunca en la historia del mundo se había visto una reunión tan noble. Más de cien caballeros con sus damas se sentaron juntos en el gran salón para celebrar la fiesta de Pentecostés y fue el acontecimiento más alegre y maravilloso de los que los vivos eran capaces de recordar. Más tarde se retiraron a las lizas y allí se organizó un gran torneo en el que el mismísimo rey Arturo pisó el campo de batalla para asegurarse de que había paz y concordia entre los combatientes.

Con él cabalgaba el joven caballero Perceval, que había adoptado el título «Le Galles», es decir, «el Galés», y quien deseaba enormemente ponerse a prueba. Lo turbaba sobremanera no poder luchar en el torneo a causa de una herida en la mano que le impedía sostener una lanza o una espada. Pero aunque no participara en valerosos hechos de armas, llamó la atención de Elaine de las Orcadas, hermana de sir Gawain e hija del rey Lot, y

que en aquel momento se consideraba la doncella más hermosa del reino.

Cuando vio a sir Perceval cabalgando pálido y orgulloso junto al rey, se enamoró perdidamente de él, y aquella noche, cuando todo el mundo se dirigía ya a sus alcobas, le envió un mensaje para informarlo de que deseaba que justara en su nombre al día siguiente. Con ese fin, mandó a un mensajero con una armadura roja y le pidió que la aceptara como presente de parte de aquella que tanto lo admiraba.

Perceval se sentía muy halagado de que una dama tan hermosa y noble le mostrara sus favores y respondió que, en efecto, combatiría en su nombre por la mañana. Sobra decir que aquella noche apenas pudo pegar ojo, y se dedicó a ejercitar la mano para que pudiera servirle mejor en las justas.

Al día siguiente, el rey y la corte asistieron a misa en la catedral, y luego los compañeros de la Mesa Redonda se reunieron y comieron juntos. El rey los honró espléndidamente y elogió su coraje y valentía, y también su bondad. Después partieron de nuevo hacia las justas.

Sir Perceval, vestido con la malla escarlata que le había enviado Elaine y portando un escudo sencillo para que nadie pudiera reconocerlo, llevó a cabo tales hechos de armas que aquel día nadie pudo derrotarlo, ni siquiera sir Lancelot o sir Gawain. Y muchas de las personas que fueron testigos de aquellos hechos comenzaron a clamar que a aquel caballero de rojo debían ofrecerle un lugar en la Mesa Redonda. Y por eso al final del día el rey Arturo convocó al caballero y le preguntó su nombre.

Entonces Perceval se quitó el yelmo y todos se quedaron perplejos. Perceval explicó que la armadura era el regalo de alguien que lo amaba, y todos sonrieron, y Lancelot apuntó que las hazañas que había llevado a cabo ese día, cuando se realizaban en nombre del amor, eran menos sorprendentes, aunque debían alabarse de todos modos. El rey Arturo coincidió, y le dijo a sir Perceval que, si así lo deseaba, podría ocupar un lugar en la Mesa Redonda en

cuanto alguno quedara vacante. Pero Perceval miró y vio que ya había un espacio libre, y preguntó quién se sentaba allí.

—Ese sitio es un gran misterio —respondió el rey, y le contó lo que Merlín le había dicho: que aquel lugar vacío simbolizaba al traidor—. Y también me dijo —continuó Arturo— que una vez uno de los discípulos de José de Arimatea trató de sentarse en ese lugar y fue engullido. Solo el mejor caballero del mundo puede sentarse ahí.

Perceval volvió a mirar la silla y, en su corazón, anheló ocupar aquel lugar. Pero cuando se lo confesó a Arturo, el rey negó con la cabeza.

—De ningún modo —dijo—. Sois sin duda un buen caballero, demasiado bueno como para que os perdamos, pero dudo que seáis el mejor del mundo.

Al oírlo, muchos de los caballeros, incluidos sir Gawain y sir Lancelot, alzaron la voz y le suplicaron al rey que al menos permitiera que Perceval participara en la prueba del asiento peligroso. En un primer momento, el rey Arturo se negó, pero al cabo de un rato, y con un suspiro, dijo que si Perceval se veía capaz de intentarlo, tenía su permiso. Y Perceval respondió que lo haría con humildad, y porque el corazón se lo dictaba, no porque se considerase el mejor caballero del mundo. Luego se santiguó, musitó una plegaria y se sentó en la silla.

De repente se oyó un terrible grito, como si la tierra misma bramara a viva voz, y la silla se partió en dos y emitió una nube de humo negro que impedía que los presentes vieran más allá de unos pocos pasos alrededor. Luego una voz habló a través del humo, y dijo:

—Rey Arturo, sabed que habéis permitido que ocurra algo que les ocasionará sufrimiento a muchos. Y sabed también que este caballero, sir Perceval, soportará terribles dolores por su osadía, y que solo se le perdonará la vida por la bondad de su padre, Alain le Gros, y de su abuelo, el Rico Pescador. Y sabed que el Grial se encuentra en estas tierras, y que solo cuando uno de los caballeros

de esta hermandad haya llevado a cabo grandes hazañas y triunfado en muchas aventuras peligrosas llegará al final al lugar en que se guarda. Y si es capaz de desentrañar sus misterios, la tierra sanará y la piedra que se ha quebrado hoy volverá a unirse. Entonces y solo entonces se levantarán los encantamientos del Páramo.

La voz se acalló y todos se maravillaron enormemente. Luego, como un solo hombre, todos los caballeros juraron que partirían en busca del Grial; y Perceval, que sentía una profunda vergüenza por sus osadas acciones y el dolor que comportarían, prometió que no permanecería en ningún lugar durante más de una noche hasta que hallara la corte del Rico Pescador y deshiciera los encantamientos.

Al rey Arturo lo apenó oír eso, pues, tal como nos cuenta el maestro Thomas, estaba convencido de que jamás volvería a ver a su magnífica hermandad reunida de nuevo. Y aunque no podía negarles el permiso para marchar, lo hizo con una gran desazón.

Al día siguiente, la hermandad se puso en marcha y cabalgaron un tiempo juntos hasta llegar a un lugar en que varios caminos confluían en una cruz de piedra. Allí, Perceval dijo:

—No hallaremos aventura alguna mientras cabalguemos juntos. Dividámonos y recemos a Dios para que vuelva a juntarnos algún día.

Todos asintieron y cada uno eligió un camino a seguir y hacia allí se dirigió. Vivieron muchas aventuras, según narra sir Thomas, pero no hablaré aquí de eso, sino que me centraré en las hazañas de sir Perceval, que son distintas a las que se describen en «El libro del Sankgreal [21]».

✣ ✣ ✣

En los días que siguieron, el joven caballero se encontró con muchas aventuras, y en todas se desenvolvió con gracia y nobleza, enfrentándose siempre a sus adversarios como correspondía a un caballero, y provocando que más de una hermosa dama llorara de anhelo cuando él emprendía de nuevo su camino. Pues Perceval no se detuvo en ningún lugar más de una noche, tal como había prometido, sino que cabalgó hacia la búsqueda del Grial con decisión.

Y así fue como un día llegó a un castillo en las profundidades del Gran Bosque, y se percató de que el puente levadizo estaba bajado y las puertas abiertas, y entró con cautela y no vio a nadie. Tras desmontar en el bloque de monta, ató a su montura y se dirigió hacia el interior. El castillo parecía completamente desierto, a pesar de que hubiera juncos verdes esparcidos por los suelos. Perceval sintió una gran curiosidad, y se preguntó dónde estarían las gentes del castillo.

Después de mirar alrededor, se dirigió al gran salón y allí vio un tablero de ajedrez preparado frente a una ventana, como si alguien lo hubiera dispuesto para jugar una partida. Y el tablero era de plata y las piezas de marfil blanco y negro. Perceval lo contempló un rato, observando aquel espléndido juego de ajedrez. Luego movió una de las piezas y, ante su sorpresa, una pieza del bando contrario se movió por voluntad propia hacia él. Maravillado,

Perceval movió una segunda pieza y ¡ay!, otra pieza se movió en su contra. Entonces el caballero se sentó a la mesa y comenzó a jugar. Terminó tres partidas, y todas las perdió. En ese momento, perdió los estribos y gritó:

—No soy ningún principiante en este juego, y sin embargo pierdo todas las partidas. Creo que detrás de esto hay magia negra, y nadie más debería sufrirla.

Entonces agarró todas las piezas y se acercó a la ventana. No obstante, cuando estaba a punto de lanzarlas al foso, oyó una voz:

—Si lanzáis esas piezas de ajedrez, ¡caerá un gran mal sobre vos!

Perceval alzó la vista y vio a una damisela asomada a una ventana muy por encima de la suya.

—Me contendré si bajáis y habláis conmigo.

—No pienso hacer nada de eso —respondió.

—Pues entonces las lanzaré lejos —dijo Perceval.

—¡No lo hagáis! —exclamó la dama—. Prefiero bajar.

Perceval devolvió las piezas al tablero plateado y las dejó encima, donde se recolocaron solas tal como estaban antes de que comenzara a jugar.

En ese momento entró en la estancia la damisela, con otras cinco damas y sirvientas, que dieron la bienvenida al caballero y se apresuraron a desarmarlo y atender a su caballo. A pesar de su reticencia inicial a hablar con él, la damisela recibió al caballero con delicadeza y le pidió que se sentara con ella. Perceval sintió un profundo amor por ella de inmediato, y entonces le preguntó si ella le profesaba la misma pasión. La doncella, cuyo nombre era Honorée y era sin duda muy hermosa, sonrió y le respondió:

—Mi señor, creo que podría amaros, aunque no os conozca de nada. Pero necesito asegurarme de que sois tan arrojado en vuestras hazañas como ardiente en vuestro cortejo.

—Mi señora —dijo sir Perceval—, podéis pedirme lo que sea, siempre que no contradiga mis votos de caballero.

—Muy bien —respondió la damisela Honorée—. Os diré qué es lo que más deseo. En el bosque cercano hay un venado blanco. Os

pido que lo capturéis y me traigáis su cabeza. Para ayudaros, os entregaré una perra muy habilidosa en la caza.

Perceval aceptó. Más tarde, cuando comenzaba a caer el día, disfrutaron de una espléndida cena y se retiraron a dormir. Pero Perceval se pasó la mayor parte de la noche en vela, pensando en Honorée y en lo mucho que la amaba. Por la mañana, se preparó para partir en busca del venado. La doncella le llevó a la perra y le ordenó que la protegiera con su vida. Él le dio su palabra, y con la perra sentada en la silla frente a él, partió hacia el bosque.

La perra no tardó en comenzar a ladrar y Perceval la dejó en el camino, donde se apresuró a conducirlo al lugar en que el venado se ocultaba entre los matorrales. Perceval se dispuso a dar caza a la bestia, que era blanca como la nieve y cargaba con unas pesadas astas. Después de un tiempo, la alcanzó, la abatió y le cortó la cabeza. Sin embargo, mientras la colgaba de su silla, se acercó una anciana que montaba un palafrén, le robó a la perra y se marchó al galope.

Perceval montó furioso en su montura y se dispuso a perseguirla. Cuando alcanzó a la mujer, agarró la brida de su montura y le pidió a gritos que se detuviera y le devolviera a la perra. Pero ella se limitó a lanzarle una mirada malévola y espetarle:

—¡Maldito seáis si afirmáis que esta perra es vuestra! Sé que la habéis robado, y se la devolveré a su propietaria legítima.

—Eso no es cierto —dijo Perceval—. La perra pertenece a mi dama, y no os la llevaréis.

—Podéis usar la fuerza contra mí si queréis, aunque sabéis que sería un error —respondió la anciana—. Pero si me hacéis un único servicio, os entregaré a la perra voluntariamente.

—¿Y qué servicio es ese? —preguntó Perceval.

—Poco más adelante en este mismo camino veréis una tumba de piedra donde han pintado el retrato de un caballero. Si os dirigís allí y decís en voz alta que aquel que pintó la imagen es falso, os prometo que os devolveré a la perra sin más dilación.

Perceval dijo que cumpliría con lo que le había encomendado y

cabalgó hasta ver la tumba con la pintura encima. Luego miró a su alrededor y a viva voz, tal como le habían indicado, exclamó:

—¡Falso es aquel que pintó esta imagen!

Luego se volvió para regresar por donde había venido, pero de repente oyó un gran estruendo a sus espaldas. Cuando echó un vistazo por encima del hombro, vio a un enorme caballero galopando hacia él. Iba vestido de pies a cabeza con una armadura negra, y su caballo era del mismo tono, y Perceval se aterrorizó al verlo, pues había algo inquietante en aquel caballero. Luego recordó que formaba parte de la Mesa Redonda, se persignó y, tras poner la lanza en ristre, cargó contra el caballero negro.

Se toparon con un espantoso estrépito y ambos cayeron de sus caballos y permanecieron inmóviles en el suelo durante un tiempo. Luego se recuperaron y se dispusieron a combatir de nuevo con una tremenda fuerza, hasta que Perceval golpeó a su oponente en el yelmo con tanto vigor que lo derribó. Pero, de súbito, el caballero se puso en pie de un salto y continuó con el asalto. Y eso fue lo ocurrió desde ese momento, pues tan rápido como Perceval derrotaba a su adversario, el otro se levantaba con fuerzas renovadas.

Mientras combatían, apareció otro caballero que cabalgó hasta el lugar en que estaban luchando los dos hombres, tomó la cabeza del venado de donde colgaba en la silla de Perceval, le arrebató la perra a la anciana y se marchó. Al verlo, Perceval se enfureció tanto que redobló sus esfuerzos y le propinó al caballero negro un espadazo que lo derribó. Perceval continuó con una lluvia de golpes tal que su oponente retrocedió y luego, ante la sorpresa de Perceval, corrió hacia la tumba, la abrió y saltó hacia el interior, antes de cubrirse con la losa.

Perceval, desconcertado, lo conminó tres veces a salir, pero la tumba permanecía firmemente cerrada. Entonces el caballero supo que no recibiría respuesta alguna y regresó al lugar en que la anciana esperaba montada en su palafrén.

—¿Quién era ese caballero que me ha arrebatado la cabeza del

venado y a la perra de mi señora? —demandó.

La anciana se limitó a levantar los hombros y dijo:

—Maldito sea aquel que me pregunta por eso, pues no sé nada al respecto. Dado que habéis perdido a la perra, deberíais empezar a buscarla.

Al oír aquello, Perceval supo que estaba perdiendo el tiempo; se volvió, montó en su caballo y cabalgó en la dirección que había tomado el caballero lo más rápido que pudo. No obstante, no encontró ni rastro de él, aunque lo estuvo buscando un largo tiempo, y no dejó de preguntar por el caballero de la perra y la cabeza de venado.

Perceval cabalgó durante muchos días hasta que a la postre llegó a una zona del bosque que parecía muerta. Grandes marañas de sotobosque entorpecían el camino, pero el caballero siguió adelante hasta que al fin divisó un magnífico castillo. Al acercarse a las murallas, una damisela con cabellos del color de la noche se adelantó y lo saludó, y le dijo que era bienvenido a alojarse allí. Perceval aceptó de buena gana, pues estaba agotado de los obstáculos del bosque. La damisela de cabello oscuro lo condujo al interior y lo ayudó a desarmarse, y aparecieron también otras mujeres que se llevaron al caballo para alimentarlo. Luego entraron todos juntos y la damisela le indicó a Perceval una silla y se sentó frente a él. Pasó un buen rato observándolo, hasta que de repente se echó a llorar, y Perceval le preguntó qué era lo que la afligía.

—Mi señor —respondió la damisela—, tengo un hermano, y los dos somos hijos de un valeroso caballero y su esposa. Nuestro padre murió cuando aún éramos pequeños, y poco después mi hermano partió hacia la corte del rey Arturo, pues hacía mucho que anhelaba visitarla. Tras su marcha, nuestra madre enfermó y murió, y desde entonces no he vuelto a tener noticias de mi hermano. Por un momento me habíais recordado a él.

Perceval miró a la damisela de cabello oscuro como la noche y echó un vistazo alrededor del salón. Fue como si un velo le cayera de los ojos, y se levantó y rodeó a la doncella con los brazos y dijo:

—Hermana, soy Perceval, vuestro hermano.

Y los dos se echaron a llorar y a colmarse de besos.

Poco después, entraron los sirvientes de la doncella y se asombraron, hasta que ella se separó de su hermano el tiempo necesario para anunciarles quién era. Entonces se produjo un gran regocijo, y trajeron comida y vino, y hermano y hermana estuvieron sentados largas horas charlando de todo lo que había ocurrido. Y la damisela le preguntó si ya había encontrado la corte del Rico Pescador.

—Aún no —respondió Perceval—. Pero no descansaré hasta que lo consiga.

—A fe que deberíais abandonar esta búsqueda —dijo su hermana—. Pues os habéis esforzado durante mucho tiempo y no habéis hallado nada. Os ruego que os quedéis aquí, pues aún sois joven, y temo por vuestra vida si continuáis viajando por estas peligrosas tierras.

—Nada me haría más feliz, si hubiera completado mi misión —dijo Perceval—. No puedo quedarme aquí hasta que lo logre.

Entonces la hermana de Perceval rompió a llorar, y cuando pudo hablar de nuevo, le suplicó que hiciera una cosa por ella antes de partir de nuevo: que visitara a un eremita muy sabio que vivía cerca, en el bosque.

—Es nuestro tío y hermano de nuestro padre, Alain le Gros. Me ha hablado mucho sobre nuestro abuelo, quien posee el Grial, y de que os lo debería legar, siempre que lo encontréis y lo liberéis.

Perceval dijo que iría a visitar al ermitaño de buen grado, y al día siguiente ambos se dirigieron al lugar. Cuando llegaron, el eremita se adelantó a recibirlos, apoyado en una muleta, pues era muy viejo. Y cuando vio que la que lo visitaba era su sobrina, se preguntó en voz alta quién debía de ser el caballero que la acompañaba.

—Querido tío, este es mi hermano, Perceval, vuestro sobrino, que se marchó a la corte del rey Arturo. Ahora es un gran caballero y se ha embarcado en la búsqueda del Grial.

El viejo ermitaño saludó a Perceval con afecto y lo abrazó. Luego le preguntó si había visitado ya la corte del Rico Pescador, que era su propio hermano y el abuelo del joven caballero. Perceval sacudió la cabeza y respondió que aún la buscaba, pero en vano. El ermitaño respondió:

—Dejadme que os diga que mi hermano y yo estábamos presentes cuando el Espíritu Santo le ordenó a vuestro abuelo que trajera el Grial a estas tierras. Y, además, se dice que Alain le Gros concebiría a un heredero que un día se convertiría en el portador del Grial, y que el Rico Pescador no podría morir hasta que dicho heredero acudiera a su castillo y descubriera el misterio del Grial. Creo que ese heredero sois vos, Perceval. Debéis cuidaros de seguir el camino del Grial con fidelidad, pues formáis parte de un linaje en el que Dios depositó grandes honores, y si seguís ese honorable camino, descubriréis que os espera un gran destino.

—Señor —dijo Perceval, muy conmovido—, haré todo lo que esté en mis manos para honrar la gran confianza que depositáis en mí.

Con eso, el ermitaño lo bendijo y lloró por su llegada, y esa noche los tres estuvieron un largo tiempo rezando antes de irse a dormir. Más tarde, cuando rayó el alba, Perceval se despidió del eremita y de su hermana para ir tras el Grial, y el hombre sabio volvió a bendecirlo y le dijo que continuaría rezando por él. Luego Perceval y su hermana partieron juntos hacia el castillo.

Apenas habían avanzado unos pasos cuando un caballero completamente armado se aproximó a ellos al galope, gritándole a Perceval que se defendiera o entregara a la doncella que cabalgaba con él. Perceval estaba tan enfrascado en sus pensamientos y, en honor a la verdad, en la dama de la perra a quien no había podido entregar la cabeza del venado, que ni siquiera se percató de la presencia del caballero hasta que su hermana profirió un grito. Luego vio al caballero aproximándose a ellos y, como por inercia, colocó la lanza en ristre y cargó contra su contrincante. La lanza del desconocido se astilló, pero la de Perceval le atravesó el escudo y la

cota de malla y se le hundió en el pecho, matándolo en el acto.

Entonces Perceval se lamentó por la muerte de su oponente.

—Ojalá os hubiera derrotado en lugar de mataros. Ni siquiera conocía vuestro nombre.

Perceval arrastró el cadáver del caballero hasta subirlo a la silla de su caballo, y siguieron cabalgando hacia el castillo, donde fueron recibidos por los sirvientes de su hermana y se pusieron cómodos. A la mañana siguiente, Perceval pidió que le trajeran su caballo y su armadura. Al verlo, su hermana se entristeció.

—¿Ya os marcháis? ¿Tan pronto?

—Debo seguir el camino del Grial, tal como nuestro tío me dijo —respondió el caballero—. Pero que no os quepa duda de que regresaré lo antes posible, siempre que conserve la vida.

Después, y a pesar de las súplicas de su hermana, Perceval se echó de nuevo hacia el camino, para seguirlo allá donde el destino lo guiara. El sendero era largo y condujo al caballero por tierras ricas y yermas, durmió a veces en el suelo y otras en castillos donde no tuvo que insistir para que le ofrecieran su hospitalidad. Luego, un día, llegó a un lugar donde se extendía un prado hermosísimo, con un arroyo que discurría a su lado y un vado que lo cruzaba. Junto al vado había una tienda, y un caballero esperaba allí a todos los que quisieran atravesarlo y les impedía el paso a menos que justaran con él. Y eso fue lo que hizo Perceval, y apenas tardó en derribar a su contrincante. Entonces le preguntó por qué impedía que los viajeros cruzaran por allí o tomaran agua.

—Señor, os lo diré —respondió el caballero, cuyo nombre era Urbano del Pino Negro—. Soy un caballero de la corte del rey Arturo, y tras recibir el título de caballero partí en busca de aventuras. Y, dicho sea de paso, encontré a muy pocos que pudieran hacerme frente. Una noche, estaba viajando cuando me sorprendió una tormenta. Los relámpagos destellaban en el cielo, y bajo su luz vi a una doncella que cabalgaba a gran velocidad por delante de mí. La seguí y no tardé en llegar al castillo más espléndido del mundo. Las puertas estaban abiertas de par en par, y seguí a la doncella

hacia el interior. Ella me saludó con calidez y me dio la bienvenida. A los pocos días, me enamoré de ella y fui lo bastante osado como para cortejarla. Ella me dijo que me entregaría su amor siempre que no me alejara demasiado del castillo. Respondí que lo haría de buen grado, pero que me entristecía renunciar a la vida del caballero andante. Entonces la doncella dijo que debía esperar junto a esta tienda y ofrecer batalla a todo aquel que pasara por aquí. De esa forma, podría estar con ella y seguir disfrutando de la vida del caballero. Desde entonces, llevo aquí casi un año, y no me habían derrotado hasta ahora. Y de ahí que este lugar se conozca como el Vado Peligroso.

Perceval miró en torno.

—¿Dónde se encuentra el castillo del que habláis?

—Cerca, pero solo yo puedo verlo —respondió Urbano. Acto seguido se volvió hacia Perceval y añadió—: Ahora que me habéis derrotado, debéis quedaros aquí un año y defender el Vado Peligroso.

—No me quedaría aquí por nada en el mundo —respondió Perceval—. Estoy en mitad de una misión que no puede esperar. Os pido que dejéis de esperar a quien pase por aquí y regreséis con el rey Arturo.

El caballero accedió, pero apenas habían terminado de hablar cuando se oyó un gran estruendo en todas direcciones, de una fuente incierta, que sonaba como un derrumbamiento de rocas, y una nube negra los envolvió a los dos. Poco después, habló una profunda voz y anunció:

—Perceval de Gales, hoy habéis cometido un acto terrible, ¡y por ello quedáis maldito!

Al caballero, le dijo:

—Urbano, vos también me habéis fallado. Apresuraos ahora si no queréis perderme.

Cuando el caballero del vado lo oyó, se arrodilló ante Perceval.

—Señor, me habéis derrotado justamente y os debo mi vida. ¡Pero os suplico que no me expulséis de este lugar! Permitidme que

regrese con mi amada.

—¡De ningún modo! —gritó Perceval—. ¡Debéis volver con el rey Arturo!

En eso, Urbano hizo ademán de salir corriendo, pero Perceval lo agarró y lo retuvo. Mientras forcejeaban, se oyó de nuevo la voz, que urgía a Urbano a que se diera prisa. Al oírlo, el caballero desenvainó la espada y atacó a Perceval de nuevo, a pesar de que había dado su palabra cuando lo derrotó.

Perceval, fuera de sí, contraatacó, pero mientras forcejeaban, una nube de grandes pájaros negros apareció y comenzaron a atacar furiosamente a Perceval. Aquello lo enfureció tanto que derribó al caballero con un solo golpe y luego, tras volverse hacia los pájaros, atravesó a uno de ellos con la espada. Cuando cayó al suelo, su silueta se estremeció y se convirtió en el cuerpo de una doncella de una belleza sin igual. Perceval observó asombrado cómo el resto de las aves rompían la posición de ataque y, tras agarrar el cuerpo caído, lo alzaban en el aire y se perdían de vista.

Urbano, mientras tanto, gruñía donde había caído. Cuando Perceval se acercó, el caballero abrió los ojos y suplicó piedad.

—Os perdonaré la vida —dijo Perceval—. Pero primero debéis explicarme lo que acaba de ocurrir.

—Por descontado, de buen grado —respondió Urbano—. El estruendo que habéis oído era el derrumbamiento de los muros del castillo de mi dama. Pues cuando me derrotasteis y prometí regresar con el rey Arturo, su magia le falló. Luego fue su voz lo que oísteis, maldiciéndonos a ambos. Por último, fueron mi dama en persona y sus mujeres las que se convirtieron en pájaros y os atacaron. Aquella a la que heristeis era la hermana de mi dama. Pero no ha sufrido daño alguno, pues incluso ahora se encuentra ya en la sagrada isla de Ávalon, a la que mi señora y sus mujeres pueden trasladarse en un instante por medios que solo ellas conocen.

Perceval se maravilló entonces enormemente, y Urbano volvió a suplicarle que lo liberara para que pudiera regresar con su amor. Perceval agachó la cabeza y le dio su permiso, y Urbano se alegró

tanto que echó a correr hacia el camino, olvidando su caballo y todo su equipo. Perceval lo observó marcharse y vio a una damisela aparecer en un caballo negro y subirlo delante de ella. En unos instantes, se habían perdido de vista, a mayor velocidad de la que podía alcanzar un jinete mortal. Perceval sacudió la cabeza y reemprendió la marcha, pues sabía que ir tras ellos era una majadería.

ILUSTRACIÓN 8: «Perceval se adentró entonces en una zona de aquellas tierras que parecía desierta».

✣ ✠ ✣

PERCEVAL SE ADENTRÓ entonces en una zona de aquellas tierras que parecía desierta. Noche tras noche se vio obligado a dormir en el suelo, y cada día le costaba más encontrar algo para comer. Y no dejaba de darle vueltas a la naturaleza de su misión y en si merecía la pena alcanzar el Grial. Poco después, llegó a un cruce de cuatro

caminos, y allí, a un lado, crecía el árbol más hermoso que había visto jamás. Mientras Perceval refrenaba la montura, oyó un sonido en el árbol y, al alzar la vista, vio a un niño y a una niña, de unos seis años de edad, saltando de rama en rama. Perceval los llamó y les pidió que hablaran con él.

—Perceval de Gales —dijo uno de los niños—. Hemos venido a ayudaros, si nos lo permitís. Allí os espera vuestro camino. Seguidlo y os encontraréis con cosas que os ayudarán a completar vuestra misión; si es que ese es vuestro destino.

Dicho esto, los dos niños señalaron hacia el camino de la derecha. Perceval no cabía en sí de asombro, y miró hacia donde apuntaban con el dedo. Sin embargo, cuando se volvió hacia el árbol, había desaparecido, y los niños también parecían haberse desvanecido. Concluyó entonces que debía de tratarse de una verdadera visión, siempre que los niños no fueran demonios. Pero mientras se preguntaba si debía tomar o no el camino indicado, una sombra pasó ante él que hizo que su caballo resoplara y se encabritara. Luego, oyó una voz que le dijo:

—Perceval, habéis oído hablar de Merlín. Desea que sepáis que los dos niños eran en efecto mensajeros, y que si seguís este camino, y si sois digno de él, alcanzaréis vuestro objetivo.

Entonces la voz se quedó en silencio, y aunque Perceval la llamó tres veces, no le respondió.

El caballero enfiló el camino que le habían indicado, y le desagradó porque eran campos abiertos, y porque no podía quitarse de encima la sensación de que lo estaban vigilando. Cabalgó hasta llegar a una fecunda tierra por la que discurría un ancho río. Allí, en mitad del agua, vio un pequeño bote, y en el bote a un anciano, ricamente vestido, que pescaba desde un lado. Lo acompañaban dos sirvientes, que llamaron a Perceval y lo invitaron a pasar la noche en su castillo, que no se encontraba lejos, río arriba. Perceval agradeció la propuesta, pues tenía la sensación de que hacía una eternidad que no dormía en una cama. Así que se dirigió hacia donde le habían señalado, pero a medida que cabalgaba no vio ni

rastro de ningún castillo, y comenzó a dudar de las palabras del viejo de la barca.

Deambuló durante un tiempo hasta que empezó a caer la tarde. En ese momento, tomó conciencia de un castillo que se alzaba en un valle resguardado. No había visto jamás un lugar tan regio y espléndido, y se animó al instante. Cabalgó hasta la puerta y allí lo recibió el guarda, que aceptó su montura y la dejó al cuidado de varios escuderos, quienes lo acompañaron hacia el salón y lo acomodaron. Cuando apenas llevaba allí un rato, llegaron cuatro sirvientes que cargaban con un anciano en una camilla. Perceval se percató de que era el mismo hombre que había visto pescando poco antes, y que estaba tan frágil que no podía mantenerse en pie sin ayuda y necesitaba que sus sirvientes lo sujetaran.

Cuando vio al anciano, que tenía el porte de un rey, Perceval se puso en pie y dijo:

—Mi señor, no deberíais haberos molestado en recibirme.

El anciano sonrió y dijo:

—Es mi deseo honraros, señor caballero.

A continuación, hizo llamar a sus sirvientes y les ordenó que trajeran comida y bebida para su huésped. Se afanaron en llevar mesas, colocarlas y prepararlas con manteles blancos y platos de oro y plata. Después, cuando Perceval y el anciano estaban a punto de comenzar a comer, entró en el salón la más curiosa de las procesiones que el joven caballero hubiera visto jamás.

A la cabeza iba una damisela, ricamente vestida, que portaba en las manos una bandeja de plata. La seguía un joven con una lanza, de cuya punta cayeron tres gotas de sangre al suelo. Y, por último, llegó otro joven que llevaba entre las manos el recipiente que llamamos Grial. Y cuando los vieron, el rey y su gente agacharon las cabezas en gesto de plegaria, mientras Perceval los observaba y se maravillaba sobremanera con su belleza y riqueza. Pero aunque estaba impaciente por preguntar acerca de aquella procesión, recordó que su madre le había recomendado que no hiciera demasiadas preguntas, de modo que guardó silencio mientras la

procesión desfilaba ante él y salía del salón por otra puerta.

Perceval estaba tan agotado por las noches que había pasado al raso, y en las que apenas había pegado ojo, que a punto estuvo de caer dormido sobre la mesa. Poco después, al rey lo dominó una gran tristeza, pues era en efecto el Rico Pescador a quien Perceval buscaba, su propio abuelo, quien había llevado el Grial a la tierra de Britania. Se había profetizado que cuando llegara un caballero al castillo en el que vivía y preguntara por los misterios del lugar, entonces y solo entonces el viejo rey podría morir al fin. Hacía cientos de años que caminaba sobre la tierra y ansiaba partir con todo su ser. Pero no podía, pues Perceval no había hecho las preguntas que debía.

Entonces el viejo rey rogó que lo excusaran y se fue a la cama, y Perceval hizo lo propio poco después; le habían asignado un lecho en una espléndida habitación con un suave colchón y almohadones. Aún se preguntaba por la procesión, y pensó que hablaría con los jóvenes que portaban la lanza y la copa por la mañana.

Al día siguiente, Perceval se levantó y fue a buscar a su anfitrión, pero a pesar de que visitó todas las estancias del castillo, no encontró a nadie, y fuera la situación no era diferente. Entonces vio que habían limpiado su arnés y se lo habían dejado preparado, y en el establo halló a su caballo ensillado, embridado y bien alimentado. Montó y se puso en marcha, esperando ver a alguien del castillo de un momento a otro, quienes debían de haberse marchado a cortar juncos o hierbas frescas para el viejo pescador.

Perceval cabalgó durante toda la mañana por el bosque sin cruzarse con nadie. Luego divisó a una doncella deambulando por el bosque y llorando amargamente. Al acercarse a ella, le dijo:

—Ah, Perceval, ¡sois un malnacido! Anoche dormisteis en la corte del Rico Pescador y fuisteis testigo de la procesión del Grial, y aun así no dijisteis nada. Sabed que si hubierais preguntado por las maravillas que visteis, vuestro abuelo habría sanado y las maldiciones que afligen al Páramo habrían desaparecido. Pero sois demasiado necio, y no habéis logrado las hazañas necesarias como

para merecer tal recompensa. De hacerlo, ¡bien os podríais haber convertido en el nuevo guardián del Santo Grial!

Al oír aquellas palabras, Perceval se echó a llorar. Gritó en voz alta que no descansaría hasta que hubiera reparado el daño que había hecho aquel día y prometió regresar al hogar de su abuelo y formular la pregunta que debería haber hecho. Y aunque la damisela negó con la cabeza, Perceval la encomendó a Dios y desanduvo el camino que había hecho.

✣ ✠ ✣

PERCEVAL DESCUBRIÓ ENTONCES que, a pesar de haber intentado volver sobre sus pasos, el camino era distinto, y aunque cabalgó durante los dos días siguientes sin detenerse a dormir y apenas a descansar, era incapaz de encontrar la corte del Rico Pescador. Al final de esos dos días, vio frente a él a una damisela de cabello dorado sentada junto al camino, y de un árbol cercano colgaba la cabeza del venado blanco que Perceval había cortado con sus propias manos unos días antes. Al verla, se alegró sobremanera, cabalgó hasta el árbol y se la llevó sin mediar palabra con la damisela. Ella, enfurecida por aquel impulsivo acto, lo conminó a dejar la cabeza donde estaba, pero Perceval se echó a reír y se negó en rotundo, pues pertenecía a otra persona y sería a ella a quien se la devolvería.

Mientras hablaban, Perceval oyó ladridos, y allí apareció en primer lugar un gamo, corriendo, y detrás de él la misma perra que había perdido un tiempo antes. Cuando vio a Perceval, saltó sobre sus brazos y se puso muy contenta. Pero, de nuevo, la doncella de cabello dorado profirió un grito de furia, y en ese momento se presentó allí también el caballero que se había llevado a la perra. Él también le bramó a Perceval que devolviera el animal, pero Perceval replicó:

—De ningún modo, señor. Debéis de haber perdido el juicio para

pedirme algo así, dado que vos me robasteis esta perra a mí no hace ni un mes.

—¡Defendeos, pues! —gritó el caballero, y los dos cargaron contra el otro con una gran furia.

Perceval no tardó en hacerse con la victoria, y el caballero se arrastró por el suelo ante él.

—Os perdonaré la vida con una condición: que me digáis por qué me robasteis a la perra, y si conocéis la identidad del caballero de la tumba y de la vieja que me maldijo con tanta dureza.

—Los conozco, y os lo diré de buen grado —respondió el caballero—. Aunque me avergüenza contestar a vuestra pregunta. Pues debéis saber que el caballero de la tumba era mi hermano, y en su día fue el más espléndido caballero del mundo, hasta que conoció a una hada que reclamó su amor y lo hechizó. Cabalgó con él hasta un hermoso prado, donde se detuvieron a comer y mi hermano se quedó dormido. Cuando se despertó, se encontró en el castillo más magnífico que había visto jamás, y el hada lo informó de que podría ponerse a prueba contra cualquiera que pasara por allí. Le mostró una tumba cercana al castillo, aunque solo podían verla aquellos a los que ella se lo permitiera, y le pidió que permaneciera allí y retara a los visitantes. Y en cuanto a la anciana que visteis allí, es en verdad la misma hada, que puede aparecerse como la más bella de las doncellas a voluntad.

Perceval se asombró mucho al oír aquello, y luego preguntó al hombre vencido si sabía algo sobre la doncella del castillo del ajedrez que le había entregado a la perra y le había solicitado la cabeza del venado.

—Ella también es una mujer del otro mundo, la hermana de la que hechizó a mi hermano. Estoy convencido de que os envió en busca del venado blanco porque sabía que os conduciría a la tumba y, por tanto, a enfrentaros con mi hermano. Confiaba en que lo liberarais, creo, pues mantiene una rivalidad mortal con su hermana por el amor de él, y pienso que ella busca su muerte para que su hermana no pueda estar con él.

En ese momento, Perceval comenzó a enfurecerse al tomar conciencia del engaño en que había caído. Preguntó si se encontraban lejos del castillo del ajedrez, pues a esas alturas ya se había perdido del todo. El caballero respondió que solo debía seguir el camino en el que estaba y que debería llegar allí antes de que cayera la noche. Entonces Perceval le hizo prometer al caballero que se rendiría ante el rey Arturo y partió lo más rápido que pudo hacia el castillo del ajedrez.

No tardó en llegar a su destino, y allí lo recibió la damisela Honorée, quien, cuando lo vio llegar, abrió las puertas y se adelantó a darle la bienvenida personalmente. Le confesó que se había preocupado mucho por su larga ausencia, y que por ese motivo estaba descontenta con él.

Perceval le contó todo lo que había ocurrido desde el momento en que había partido en busca del venado blanco, y cómo había descubierto la identidad del caballero de la tumba y la razón del robo de la perra y la cabeza de venado. Cuando oyó todo eso, la damisela permaneció en silencio un rato. Luego lo elogió generosamente y le dijo que confiaba en que se quedara con ella y fuera su amante. Pero Perceval no pudo más que sacudir la cabeza.

—Pues aunque en verdad os amaba, he descubierto que me habéis engañado más de una vez, y no solo a mí.

En eso, la doncella desvió la mirada y Perceval sintió un acceso de ira. Pero, al final, se volvió hacia él con la cabeza gacha y le dijo que su única intención era ponerlo a prueba, pues se había enterado de su misión, y deseaba comprobar si era digno. Luego también le confesó que estaba relacionada con las mujeres del manantial y que anhelaba ver desaparecer las maldiciones del Páramo.

—Solo así veréis el artefacto sagrado que buscáis —dijo—. Pues se encuentra en efecto en la casa del Rico Pescador.

Después la doncella le dijo que cumpliera con su deber y le deseó buena fortuna en su viaje. Perceval partió de inmediato, pues no quería pasar allí ni una sola noche más, habiendo dormido antes bajo aquel techo.

✣ ✣ ✣

PERCEVAL PROSIGUIÓ SU camino, y vivió muchas aventuras; pero no volvió a hallar el camino de vuelta a la corte del Rico Pescador. Y, siete años más tarde seguía deambulando por el mundo. Llevaba tanto tiempo viajando, y en unas condiciones tan malas, que al final perdió la cordura y se olvidó de quién era e incluso del objetivo de su misión.

Ocurrió que la mañana de Pascua se encontró con un grupo de peregrinos que iban camino de la iglesia para oír misa. Se preguntaron qué haría cabalgando completamente armado y con las armas preparadas en un día tan sagrado. En un primer instante, Perceval se limitó a observarlos sin juicio, pero luego se le despejó la mente y recordó su misión y todo lo que había sucedido desde que abandonara la corte del rey Arturo. Cayó del caballo y se arrodilló junto al camino y rezó en voz alta en busca de perdón. Los peregrinos lo ayudaron a levantarse y lo llevaron con ellos a la capilla donde debían asistir a misa. Y ¡albricias!, era la misma capilla en la que el tío de Perceval, el ermitaño, vivía su santa vocación. Cuando vio al viejo eremita, Perceval no cupo en sí de alegría, y se arrodilló a los pies de su tío y le pidió la absolución, y le confesó todo lo que había ocurrido desde que se marchó de allí.

El ermitaño lo bendijo y lo perdonó, y su alma halló al fin la paz, y después de eso Perceval se quedó con él en el eremitorio durante tres meses, descargado entonces de su juramento mientras recuperaba las fuerzas. Pero cuando quiso ir a visitar a su hermana, descubrió que había muerto el año anterior, y que estaba enterrada cerca. Entonces lloró amargamente, y pidió ir a ver su tumba, y cuando la vio lloró de nuevo y ofreció plegarias por su alma.

Nada impidió entonces que partiera de nuevo en busca de la casa de su abuelo.

—Pues ya ha esperado demasiado, y nada podrá evitar que me muestre digno de mi verdadero destino.

El ermitaño lo bendijo y se despidió de él, pues veía que ya no podía hacer nada más por su sobrino. Perceval partió de nuevo y cabalgó día y noche en busca de la casa del Rico Pescador. Y vivió muchas más aventuras durante su travesía, y con cada una de ellas se granjeaba su reputación, pero seguía sin hallar lo que buscaba.

Sucedió que un día caminaba hacia él un anciano que portaba una guadaña, como si fuera un segador. Y cuando vio a Perceval, se acercó a él y le agarró las bridas.

—¿Qué hacéis aquí perdiendo el tiempo cuando deberíais estar en el lugar en que descansa el Grial? —le demandó.

Perceval se quedó desconcertado, y le preguntó al anciano cómo sabía tanto sobre él.

—Conocía vuestro nombre incluso antes de que nacierais —respondió el segador.

—¿Y cómo es posible? —preguntó Perceval, asombrado.

—Soy Merlín —contestó el anciano—. He pasado muchos días en Northumberland, y ahora se me ha convocado para que os ayude.

—Señor —dijo Perceval, perplejo—. He oído mucho sobre vos y vuestra sabiduría gracias al rey Arturo. Si podéis decirme cómo llegar a la casa de mi abuelo, estaré siempre en deuda con vos.

—Sé que buscáis la casa del Rico Pescador —contestó Merlín—. Si seguís el camino que os indico, llegaréis allí en un año.

—¿No hay una ruta más rápida? —preguntó Perceval.

—No pequéis de impaciencia. Id donde os envío y confiad en que todo saldrá bien. Una vez alcancéis vuestro objetivo, no olvidéis preguntar por lo que veis.

—Eso haré —dijo Perceval.

Y con eso, Merlín le mostró el camino que debía seguir, y se desvaneció como si nunca hubiera estado allí.

Perceval tomó la senda que le había indicado, y ese mismo día divisó la corte de su abuelo, lo que le hizo pensar que Merlín solo estaba poniendo a prueba su paciencia. Sintió cómo se le levantaban los ánimos, y cabalgó hacia las puertas y fue recibido

con los brazos abiertos. Los sirvientes se llevaron su caballo y sus armas y lo vistieron con lujosos ropajes, y luego lo condujeron al salón en que se sentaba su abuelo. El viejo rey se alegró mucho de verlo de nuevo y se levantó como pudo a recibirlo. Parecía poco cambiado, salvo quizás más frágil y apagado que la otra vez. Él y Perceval se sentaron y hablaron de muchas cosas, hasta que llegó la hora de la cena. Entonces llevaron mesas y las prepararon ante el viejo rey y el caballero.

Luego, tal como ocurriera la vez anterior, ocurrió de nuevo. Atravesó el salón la procesión de la bandeja, la lanza sangrante y el Grial… Y tras observarla, Perceval preguntó por ella. En ese instante, se oyó un gran estruendo y apareció una luz brillante, tanto que Perceval no era capaz de ver nada, pero cuando recuperó la vista, se percató de que el Rico Pescador había recuperado sus fuerzas de antaño, y saltó como un muchacho y se arrodilló ante Perceval, quien lo levantó y le dijo:

—Señor, sabed que soy el hijo de Alain le Gros, y vuestro nieto.

El Rico Pescador se alegró mucho y abrazó a Perceval, antes de acompañarlo hasta el Grial. Entonces el anciano rey se arrodilló ante la reliquia sagrada y suplicó que lo liberara de su largo servicio. Y el Grial emitió una música que algunos dicen que eran como las voces del manantial, y un aroma propio del Paraíso, y una voz habló y le dijo al Rico Pescador que debía mostrarle el misterio del Grial a su nieto, pues sería el nuevo guardián del recipiente.

—Haced esto y en tres días seréis libre de este servicio —concluyó la voz.

Y así fue como el Rico Pescador le enseñó los secretos del Grial a Perceval, y muchas otras cosas. Y el tercer día el rey murió, tal como la voz había predicho. Y ese mismo día, en el lugar que ocupaba el rey Arturo en la corte, se oyó un ruido de los cielos de tal magnitud que todos los presentes sintieron un gran pavor, y la piedra que se había partido en dos cuando Perceval se había sentado encima volvió a unirse, y todos se asombraron.

Poco después, hasta allí acudió Merlín, a quien hacía muchos

años que no veían en la corte, y le contó al rey Arturo lo que había ocurrido.

—Sabed esto empezó—, ha ocurrido el mayor milagro que podía suceder en esta era, pues el Rico Pescador se ha curado y Perceval, vuestro caballero, es ahora el señor del Grial. Por tanto, se han disipado también los encantamientos del Páramo, y todo saldrá bien.

Entonces Merlín se desvaneció y regresó con su maestro, Blaise, a quien le contó todo lo que había sucedido para que pudiera anotarlo en su gran libro. Y he oído decir que después Blaise fue al castillo del Grial a acompañar a Perceval, mientras que Merlín se retiró a su *esplumoir*[22], donde ninguna alma mortal volvió a verlo.

Y así fue como sir Perceval concluyó la búsqueda del Grial, y los encantamientos que otrora asolaron el Páramo se disiparon. La tierra brotó y reverdeció, y los árboles recuperaron las hojas, y las damiselas y los caballeros del bosque se regocijaron, pues así se deshicieron también las malas obras de Amangons y se desentrañaron los misterios del Grial, y ya no se vieron obligados a vagar. Y se dice que ese día una nueva luz brilló por el oeste, y que no era ni el sol, ni la luna, ni las estrellas.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA ELUCIDACIÓN DEL GRIAL Y LA BÚSQUEDA DE SIR PERCEVAL.

IMPLICIT EL RELATO DE MORIEN.

29: EL RELATO DE MORIEN

Recientemente, muchos de los que han oído sobre mis esfuerzos al compilar esta obra se han acercado a mí y me han dicho: ¿incluiréis la historia de Morien, el gran caballero de la Mesa Redonda? A esas personas les he respondido que debo investigar esas cuestiones, pues de ese caballero he leído que era el hijo de sir Perceval, pero dado que es ampliamente sabido que Perceval murió virgen, igual que su hermano caballero sir Galahad, eso parece improbable. Ahora, tras mucho buscar en los libros antiguos que hablan del rey Arturo, he hallado escrito que Morien era, en efecto, el hijo del hermano de Perceval, sir Aglovale de Gales, quien en los tiempos en que sir Lancelot había perdido la cabeza de amor por la reina (tal como nos cuenta el maestro Thomas) [23] **se unió a muchos de los miembros de la hermandad de la Mesa Redonda mientras viajaban en busca de su camarada.**

Durante sus viajes, sir Aglovale alcanzó las tierras de los moriscos, y allí conoció y se enamoró de una dama de alta cuna. De aquella aventura nació un niño, cuya madre bautizó Morien. Tenía la piel tan oscura que muchos lo consideraron de sangre mora pura, y cuando más tarde viajó a Britania, como verás, tuvo problemas con aquellos que lo consideraban un demonio. Pero la mayoría lo consideraba un caballero noble, cuyo color de piel no les importaba lo más mínimo ni afectaba a su naturaleza ni a su generoso corazón. Así que ahora contaré esa historia, y situaré a sir Morien en el lugar que le corresponde de la hermandad de Arturo.

✣ ✠ ✣

DURANTE LA ÉPOCA en que la mayor parte de los caballeros de la Mesa Redonda buscaban el Grial, el rey Arturo convocó una gran corte en la áurea Camelot a la que invitó a todos los que no se hubieran perdido por los caminos en busca de la reliquia sagrada. Era bien sabido que ningún suplicante podía faltar a aquel encuentro, y el día en que la corte se reunió para festejar, un alto caballo entró por el portón de la ciudadela y se dirigió a las puertas del gran salón. Lo montaba un caballero gravemente herido, con la armadura y los arreos manchados de sangre, hasta el punto de que casi parecía un caballero rojo. Tan débil estaba que ni siquiera fue capaz de desmontar. Cuando sir Gawain, que por casualidad estaba presente, lo vio, se apresuró a ayudar al hombre, pero sus heridas eran tan profundas que al bajar del caballo se desplomó en el suelo. Gawain sintió un profundo pesar y, tras levantar al hombre herido, lo llevó adentro y lo dejó en un diván cerca de la tribuna donde el rey Arturo estaba sentado con la reina Ginebra. A pesar de que el hombre trató de hablar, su voz era apenas un hilo, y en ese momento Gawain pidió a los sirvientes que lo ayudaran a quitarse el arnés sanguinolento y le lavaran las heridas. A continuación, él

mismo se encargó de examinar las heridas y vendarlas, pues poseía unas grandes habilidades en las artes curativas, que había aprendido de las mujeres feéricas con las que solía pasar el tiempo. Por último, pidió un cordial que fortaleciera al caballero.

Finalmente, el hombre herido tuvo la fuerza necesaria para hablar, aunque seguía sin poder mantenerse en pie.

—Rey Arturo, señores míos, perdonadme que me dirija a vos de esta forma, pero es muy probable que acabe muriendo, a pesar de la generosidad de este valeroso caballero, y desearía contaros mi historia mientras aún pueda.

—Hablad, señor caballero —dijo el rey—. Sentimos veros herido de tanta gravedad. ¿Cuál es la causa de estas terribles heridas?

—Mi señor, una vez fui un orgulloso caballero que combatió en torneos y cabalgó en busca de aventuras. Siempre estaba dispuesto a compartir mis recompensas con desconocidos, ya fueran sirvientes, pajes o escuderos. A quienquiera que lo necesitara, yo lo obsequiaba con dádivas de buena voluntad. Pero llegó un momento en que pasé una mala época, y había perdido o dado todo lo que había heredado de mi padre. Y entonces, aunque me avergüence admitirlo, me dediqué a robar a todo aquel que me cruzara por los caminos. Por tanto, he roto con mis votos de caballero, y no pido más de vos que el perdón, majestad.

El hombre herido se quedó callado, y toda la corte, desde el rey hasta el más humilde de los sirvientes, no sintió más que lástima por su caída en desgracia. Sin embargo, les parecía que el caballero estaba verdaderamente arrepentido, y por tanto creyeron que ya había sufrido suficiente por sus crímenes.

—Decidnos cómo habéis acabado tan gravemente herido —dijo el rey Arturo.

—Hoy mismo me he cruzado con dos caballeros en el camino, uno de los cuales montaba en un poderoso caballo. Al verlo, he deseado con todas mis fuerzas sustituir el que había cabalgado durante semanas, así que he desafiado al caballero a un combate. De primeras se ha negado, pues se ha percatado de que mi

armadura y mis armas estaban muy maltrechas y rotas. Pero he insistido, así que al final hemos cargado. Por desgracia, no he sido capaz de acertar ni un solo golpe, mientras que él no ha dejado de golpearme una y otra vez, infligiéndome las heridas que veis ahora. Luego me ha dado un espadazo tal en el yelmo que, durante un tiempo, lo he olvidado todo.

»Cuando me he despertado, he descubierto que los caballeros me habían dejado en un lugar resguardado bajo la sombra de los árboles y habían atado a mi caballo a una rama. Pero no había ni rastro de ellos y yo estaba solo. Me las he apañado para subir a lomos de mi montura y he puesto rumbo a esta espléndida ciudadela, de la que todos dicen que es la corte más noble de Britania.

—¿Qué podéis decirnos de los dos caballeros? —preguntó sir Gawain—. ¿Qué aspecto tenían, y qué blasón aparecía en sus escudos?

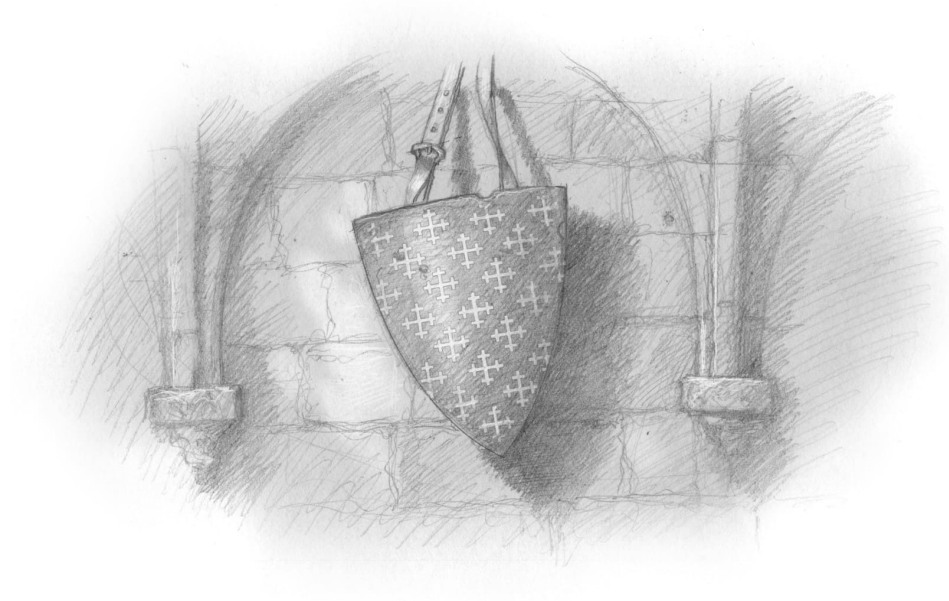
—Del segundo caballero no puedo deciros nada, pero el hombre al que me enfrenté era muy poderoso, con una gran fuerza en el brazo. Diría que su acento era galés, y en su escudo aparecían muchas cruces doradas [24].

Al oírlo, el rey Arturo dio un respingo.

—¡Válgame Dios! —gritó—. No puede ser otro que sir Perceval. Desde que marchó en busca del Grial, apenas hemos sabido nada de él, aunque ha enviado más de un caballero derrotado a nuestra corte.

Varios hombres exclamaron que si Perceval andaba cerca, debían mandarlo buscar. El primero en hablar fue, como siempre, sir Kay el senescal, quien juró que traería de vuelta a sir Perceval a toda costa. Pero el rey Arturo se rio y le recordó una vez en que había ido a buscar a sir Perceval, poco después de que llegara a la corte.

—Tal vez os habéis olvidado de la aplastante derrota que sufristeis. ¿Realmente deseáis sufrir de nuevo una derrota así [25]?



El escudo de sir Perceval

En eso, sir Kay dejó caer la cabeza, y tanto sir Gawain como sir Lancelot declararon que, con la aprobación del rey, partirían de inmediato a buscar a su hermano caballero. El rey accedió, aunque muchos nobles y damas se lamentaron de perder a los dos mejores caballeros de aquel momento.

Antes de que se marcharan, sir Gawain se encargó personalmente de sanar al caballero herido, cuyo nombre, según descubrieron, era sir Gladoains. Tales eran las habilidades del sobrino del rey que pronto recuperó la salud y, perdonado ya por sus errores pasados, se unió a la hermandad.

Y así fue como los dos mayores caballeros de la Mesa Redonda partieron juntos de la áurea Camelot en busca de sir Perceval. Ninguno había tenido noticias de él desde que se marchó en busca del Grial, sin duda la mayor misión que había emprendido la hermandad. La búsqueda del mismo Lancelot había terminado

tristemente cuando se había visto expulsado de la capilla del Grial, tal como nos cuenta el maestro Thomas; la búsqueda personal de sir Gawain aún lo conduciría hacia aguas oscuras, como tal vez cuente en otro momento.

✣ ✣ ✣

POCO DESPUÉS DE abandonar la corte, los dos hombres se cruzaron con un caballero que cabalgaba solo. Iba vestido de pies a cabeza con una armadura negra como la noche y se sentaba como un nubarrón sobre una montura del mismo color. En su escudo aparecía representado un cuervo negro sobre un campo rojo sangre. Cuando sir Gawain y sir Lancelot pasaron a su lado y lo saludaron, el desconocido se limitó a mirarlos fijamente entre los espacios de la visera y luego, con una voz que parecía tan oscura como su armadura y sus armas, bramó:

—He hecho un juramento y debo formularle una pregunta a todo aquel con el que me encuentre. Si no responde, me enfrentaré a él. Si se niega, me enfrentaré a él. ¿Qué decís?

Lancelot miró de soslayo al caballero negro.

—Lo pedís con demasiada brusquedad —dijo—. No es ni sabio ni honorable exigir las cosas con tan pocos modales.

En eso, el caballero negro, sin mediar palabra alguna, retrocedió y colocó la lanza en ristre. Lancelot hizo lo propio y los dos echaron a cabalgar a galope tendido. Los dos destrozaron sus lanzas, pero a pesar de que se mecieron en sus sillas, ninguno cayó al suelo. Sir Gawain, que se había echado a un lado, observaba con gesto sombrío cómo los dos hombres desenvainaban las espadas y se abalanzaban sobre el otro. Siempre había visto a Lancelot derrotar a todos sus oponentes salvo a uno —su propio hijo, Galahad—, pero en aquel momento los contrincantes parecían bien igualados.

Los dos caballeros combatieron hasta que comenzaron a fallarles las fuerzas. Cuando sus caballos ya no pudieron sostenerlos,

desmontaron y continuaron luchando a pie. Tan poderosos eran los golpes que daban que, si hubiera sido negra noche, habría sido posible verlos con las chispas que saltaban con el entrechocar de las hojas.

A la postre, sir Gawain no pudo seguir mirando de brazos cruzados. Cuando los dos hombres se detuvieron brevemente a recuperar el aliento, se interpuso entre ellos y les suplicó, por el amor de Dios y del rey Arturo, que pararan.

—Señores, combatís sin motivo alguno. Es evidente que ninguno de los dos se detendrá hasta que el otro muera. Y eso es algo que no debería desear ningún hombre. Por tanto, os ruego que dejéis a un lado vuestro orgullo y valor y habléis como hombres sencillos.

En ese momento, el caballero negro apoyó la punta de la espada en el suelo y por primera vez se levantó la visera. Tenía un rostro osado y apuesto a la par que sombrío, y la piel tan oscura como la armadura que llevaba. Solo los ojos y los dientes destellaban en aquel tenebroso semblante. A pesar de su fuerza, se percataron de que no era más que un muchacho.

—Ruego en nombre de los dos hombres más espléndidos de los que he oído hablar, es decir, sir Gawain y sir Lancelot, que respondáis a mi pregunta.

Desconcertado, Gawain permaneció en silencio, y Lancelot, controlando la sangre de guerrero que le corría por las venas, bajó la espada y se levantó la visera.

—En nombre de aquellos a los que invocas, decidnos, ¿qué buscáis? —preguntó Gawain.

—He buscado mucho tiempo y con mucho esfuerzo durante este último año —comenzó el caballero negro—. He afrontado muchas aventuras, y combatido contra muchos hombres poderosos, pero todavía no he hallado noticias sobre aquel al que busco. Decidme, si podéis, ¿qué sabéis de sir Aglovale de Gales?

Gawain dejó escapar una sonora carcajada.

—Señor, decidme vos por qué buscáis a sir Aglovale, y os diremos todo lo que sabemos sobre él.

Un atisbo de esperanza brilló fugazmente en los ojos del caballero negro.

—Lo busco porque es mi padre, aunque no lo he visto nunca. Mi madre me contó que sir Aglovale llegó a la corte de Moraine, donde ella era princesa por derecho propio. Acudió allí buscando al gran sir Lancelot, quien por lo visto había perdido la cabeza, de modo que tanto él como sus compañeros, todos buenos caballeros de la corte del rey Arturo, habían jurado que no pararían hasta haber dado con él. Tal era la nobleza y gentileza de sir Aglovale que mi madre declaró su amor por él y consintió todo lo que él deseara de ella.

El caballero negro se quedó en silencio unos instantes, con la cabeza agachada, y no se percató del gesto de asombro que mostraban tanto Gawain como Lancelot, y este último de una forma todavía más evidente, pues recordaba los oscuros días de su locura.

Luego, el caballero continuó:

—Yo soy el resultado de su amor. Debido a aquel gran juramento, mi padre no pudo quedarse y retomó la búsqueda, pero antes de marcharse él le prometió, so pena de muerte, que regresaría cuando hubiera hallado a sir Lancelot.

»Pero nada bueno surgió de eso, pues tanto mi madre como yo somos parias y hemos perdido todos nuestros bienes. La familia de mi madre la ha marginado y ahora vive como una pordiosera cuando antes era rica. Por eso me convertí en caballero, para poder buscar a mi padre. Juré que no dejaría pasar a ningún caballero con el que me cruzara hasta que me contara lo que supiera, a riesgo de caer bajo mi mano. Ahora decidme, señores, si habéis oído hablar de sir Aglovale.

Gawain respondió de inmediato.

—Esto es algo ciertamente maravilloso. Pues nosotros también buscamos a sir Aglovale y a su hermano, sir Perceval, quienes, por lo que hemos oído, viajan juntos en una búsqueda personal. Vuestro padre nos es bien conocido, pues él, como nosotros, es un caballero de la Mesa Redonda.

En ese momento, el caballero negro rompió a llorar abiertamente y dejó caer la espada al suelo.

—Jamás creí que llegaría a encontrar a alguien que conociera a mi padre. Y ahora tengo ante mí a dos caballeros. Señores, os lo ruego, decidme vuestros nombres.

Gawain le sonrió:

—Yo soy sir Gawain de las Orcadas, y este es mi amigo y hermano caballero sir Lancelot del Lago.

El caballero negro estaban tan perplejo que se quedó sin palabras, y los tres hombres se acercaron y se abrazaron cuando apenas un tiempo atrás habían combatido. Sir Lancelot elogió la fuerza y resistencia de su oponente, y le propuso que fuera a la corte del rey Arturo y le contara su historia.

—Pero, antes de nada, decidnos vuestro nombre.

—Me llamo Morien y, como veis, soy morisco, igual que mi madre. Pero la sangre de sir Aglovale corre por mis venas, y me enorgullece que en mi interior se unan las dos sangres. —Poco después, añadió—: Estaré más que contento de dirigirme desde aquí a la corte del magnífico rey Arturo, aunque parece que primero deberíamos cabalgar juntos, pues si conseguís encontrar a sir Perceval también hallaremos a mi padre. ¿Me permitiréis que os acompañe?

—Siempre que prometáis no buscar riña con todos los caballeros con que nos crucemos —dijo sir Lancelot con una sonrisa—. A menos que sea como respuesta a un desafío. Si a vos os satisface, continuemos nuestro viaje juntos.

Y eso fue lo que acordaron y juntos siguieron el camino, hablando mucho sobre la vida y las hazañas de los otros, como es habitual entre los hombres.

✣ ✣ ✣

No tardaron en llegar a un lugar en que el camino se dividía en

tres y donde había una señal con palabras escritas en sangre. Gawain, que había aprendido el arte de las letras, les dijo a sus compañeros que la señal rezaba que aquella era la frontera de las tierras del rey Arturo, y que cualquier caballero que continuara por allí no hallaría más que peligros y probablemente la muerte.

Los tres discutieron durante un tiempo la mejor forma de proceder. Luego Gawain señaló el lugar cercano en que se alzaba un pequeño edificio.

—Parece que es una ermita —dijo—. Vayamos allí y preguntemos al buen hombre si conoce qué peligros nos esperan, si al final decidimos seguir adelante.

—Yo, personalmente —respondió Morien con entusiasmo—, solo deseo ver qué aventuras nos aguardan. Seguro que mi padre y mi tío decidieron dirigirse hacia un lugar así, ¿no os parece?

—Pronto lo descubriremos —dijo sir Gawain.

Los tres caballeros pusieron rumbo hacia el edificio, que era, en efecto, una ermita. El hombre bueno y santo que habitaba allí se adelantó a recibirlos, y los invitó a disfrutar con él de la sencilla comida que podía ofrecerles. Cuando hubieron comido y bebido, sir Gawain preguntó si el ermitaño había visto a dos caballeros, uno de los cuales portaba una armadura roja, pasar por allí. El eremita asintió.

—Vi a los dos a los que describís —respondió—. Pensé que debían de ser hermanos, por lo mucho que se parecían. Pasaron por aquí hará una semana, y se detuvieron a rezar en la cruz que hay cerca. Creo que los dos estaban inmersos en alguna especie de misión sagrada, pues hablaban poco y tenían el aspecto de los hombres que han visto el rostro de Dios.

En eso, Morien sintió cómo se encendía su entusiasmo, pues era evidente que aquellos caballeros debían de ser su padre y su tío, sir Perceval. Pero cuando preguntó qué camino habían tomado, el ermitaño negó con la cabeza.

—Ay, no vi qué sendero tomaron, aunque creo que fue uno de los tres caminos que salen de la señal que hay cerca.

Los tres caballeros hablaron entre ellos y coincidieron en que cada uno debía tomar un camino y confiar en que pudieran encontrar a aquellos que buscaban. Sir Gawain se volvió hacia el ermitaño y le preguntó qué podía esperarlos en función de la senda que eligieran.

—He oído decir que el camino que va en línea recta conduce a un yermo donde solo esperan la enfermedad y la tristeza, y que crueles caballeros aguardan a todo aquel que se aventure allí. Y en cuanto a los otros dos: el sendero de la derecha conduce a una tierra aterrorizada por una temible criatura que los hombres dicen que proviene del mismísimo infierno. Nadie que se haya acercado ha sobrevivido para contarlo, pues sus escupitajos de veneno matan a todo aquel que toca en tres días. El de la izquierda lleva al mar, según dicen, aunque no puedo decir qué aguarda allí ni al otro lado.

Al oírlo, Lancelot decidió tomar el camino que conducía a la terrible bestia.

—Pues no es la primera vez que oigo hablar de ella, y hace mucho que deseo ponerme a prueba contra una criatura así.

—Entonces yo me dirigiré al yermo —dijo sir Gawain—. Pues es el que creo que me pondrá más a prueba.

Morien oyó sus palabras y frunció el ceño.

—¿Tanto me subestimáis que me asignáis el camino que ofrece menos desafíos, mientras vosotros os ponéis a prueba contra los mayores peligros?

—Nada más lejos de la realidad —respondió Gawain—. Lo único que determina nuestros caminos es encontrar a vuestro padre y a su hermano. Desconocemos lo que os aguarda de aquí al mar, y sin duda ofrecerá desafíos a quienquiera que siga ese camino. ¿Rechazaréis esta tarea?

—No, no la rechazaré —respondió Morien, reticente.

—Entonces os pido que recordéis lo que hemos hablado antes: que trataréis cortésmente a toda persona con las que os encontréis y que le formularéis con honor la pregunta que nos habéis hecho a nosotros.

Morien agachó la cabeza.

—Hare lo que me pedís —dijo.

El ermitaño, que había oído toda la conversación, miró a los tres caballeros con gesto pesaroso.

—Temo que no volveré a veros —dijo—. El lugar al que os dirigís solo alberga oscuridad y muerte.

—No temáis por nosotros —respondió sir Gawain, y a los otros les dijo—: Encontrémonos de nuevo aquí cuando podamos, y si alguno de los tres llega antes que los demás, que deje aquí noticias sobre si ha conseguido encontrar a nuestros hermanos o no. Con el tiempo, volveremos a vernos en la áurea Camelot.

El ermitaño los bendijo y los tres cabalgaron juntos hasta el lugar en que el camino se bifurcaba. Allí, se despidieron de los otros y tomaron los caminos que les correspondían.

✣ ✠ ✣

Morien siguió el sendero que conducía al mar. El lugar estaba desierto, y no se cruzó con nadie a quien pudiera preguntarle si había visto a los dos caballeros, uno vestido de rojo y el otro con la insignia de los hombres de Arturo. Cabalgó durante más de una semana, durmiendo por la noche bajo el manto de estrellas, con su montura como única compañía. Al final, llegó a la orilla del mar, donde encontró una bahía resguardada entre acantilados. En un primer momento, no vio ni a una sola alma, hasta que luego divisó varios botes anclados a una cierta distancia de la costa. Tras quitarse el yelmo los llamó a voces, y les preguntó si acaso habían llevado a dos caballeros a las tierras que aguardaban al otro lado del mar. Pero cuando vieron su rostro oscuro y su arnés negro, se asustaron al considerarlo un demonio del averno, de modo que le dieron la espalda y no atendieron a sus gritos.

Morien se enfureció y amenazó con castigar a los marineros si no le prestaban ayuda, pero ninguno respondió y hubo alguno que

incluso levó anclas y se alejó todavía más de la costa. Por eso, finalmente Morien dio media vuelta y se marchó por donde había venido con un gran pesar en el corazón. De nuevo, y a pesar de que viajó durante más de una semana, no vio a nadie. Las tierras parecían deshabitadas, así que se vio obligado a dormir una vez más bajo las estrellas.

Luego, al aproximarse al lugar en que el sendero se dividía, el punto en que se habían despedido él sir Lancelot y sir Gawain, fue testigo de una extraña visión. Junto al camino y en los campos a ambos lados yacían muchos caballeros caídos, algunos con terribles heridas y otros magullados pero aún capaces de mantenerse en pie. Un grupo se esforzaba por construir una gran rueda sobre la que torturar a un prisionero. El hombre cuyo destino culminaría con aquella espantosa muerte estaba sentado en el suelo, desnudo y cubierto de sangre. Con todo, mantenía la cabeza bien alta, y cuando vio a Morien lo saludó de lejos.

Morien lo reconoció al instante. No era otro que sir Gawain. En ese momento, Morien desenvainó la espada y se abalanzó sobre la compañía que había capturado a su amigo. Mató a muchos en el acto, y a otros les provocó heridas tan graves que difícilmente llegarían a recuperarse jamás. Al final, no quedó nadie más contra quien luchar, y Morien se volvió hacia el lugar en que sir Gawain estaba sentado y lo liberó. Los dos se abrazaron y Morien llevó agua y una capa para cubrir la desnudez de su hermano caballero. Y se percató de todas las heridas que había sufrido Gawain, aunque ninguna parecía fatal.

Ocurrió entonces que hallaron a la montura de Gawain, el valeroso Gringolet, allí cerca, después de que uno de los caballeros muertos se lo hubiera llevado y luego abandonado en el campo de batalla. Con qué poderío había combatido el caballo junto a su maestro, destrozando muchas cabezas y extremidades con sus cascos. Ileso, aunque salpicado de sangre, saludó a su amo con delicadeza y tal fue la reunión de los dos que Morien lloró de alegría. Luego le preguntó a Gawain cómo le había ido y cómo

había llegado a sufrir aquel maltrato.

Sir Gawain le contó que se había aventurado en el yermo y allí había visto a un brutal caballero azotando a una mujer con espada y puño. Gawain había desafiado al hombre y luego de una larga batalla lo había matado. Después había llegado una compañía en busca de la dama, pero había huido de inmediato en cuanto los seguidores del vil caballero habían aparecido buscándolo. Gawain se había defendido bien contra aquella banda, y luego había continuado hasta alcanzar un castillo, donde su anfitrión lo recibió de buen grado. Poco después, había acudido allí un grupo de hombres que cargaban con el cadáver del violento caballero, que era el hijo del señor del castillo. Cuando depositaron el cuerpo en el salón, sus heridas volvieron a abrirse, por lo que todos supieron que el asesino de aquel hombre debía de estar presente. No tardaron en identificar a Gawain, y la compañía trató de matarlo. Sin embargo, el señor del castillo, a pesar de la tristeza que sentía por la muerte de su hijo, respetó las leyes de la hospitalidad y demostró ser un adalid de la caballerosidad. Pues hizo todo lo posible por perdonarle la vida a Gawain, y de ahí que le permitiera marcharse. Pero los compañeros del caballero muerto solo pensaban en vengarse de él, y aunque Gawain combatió valerosamente y mató a muchos de los que lo perseguían, a la postre había caído, y si Morien no hubiera llegado en aquel momento, su vida habría terminado sin duda en aquel cruce de caminos.

✣ ✠ ✣

CUANDO GAWAIN SE hubo recuperado lo suficiente como para poder montar, Morien y él regresaron a la ermita desde la que ellos y sir Lancelot habían partido apenas unas semanas antes. De nuevo, el ermitaño les dio una cálida bienvenida y le ofreció a sir Gawain un lugar donde reposar y recuperarse de las heridas.

Permanecieron en la ermita varios días, hasta que llegó un

caballero al galope. Cuando sir Gawain lo vio, se alegró sobremanera, pues era su propio hermano, sir Gaheris, enviado allí por el rey Arturo en busca de los dos caballeros. Y también traía noticias sobre sir Perceval y sir Aglovale. Al oír aquello, Morien se llevó una gran alegría, aunque Gaheris les contó que Aglovale había acabado herido después de un torneo. Sir Perceval lo había salvado, y los dos habían buscado refugio en una isla a poca distancia de la costa. Hasta allí habían viajado pocos días antes que Morien. Sir Perceval sentía una profunda desesperación por no haber hallado el camino hacia el Grial, y quería pasar un tiempo rezando y buscando la forma de completar su búsqueda. Él y Aglovale hallaron reposo en la isla, donde los hombres santos cuidan del cuerpo y el espíritu, que era lo que cada uno necesitaba.

Al oír aquello, Morien deseó partir de inmediato hacia allí y reprender a los marineros que se habían negado a llevarlo a la isla o a hablarle de los caballeros que poco antes habían cruzado el mar. Gawain y Gaheris trataron de calmarlo, y el último le prometió que lo acompañaría hasta que dieran con su padre y su tío. Sir Gawain, mientras tanto, declaró que iría en busca de Lancelot, de quien no tenían noticia desde que tomaron caminos separados. Gawain temía por su hermano caballero, que había pedido enfrentarse a la bestia infernal.

Permanecieron unos días más con el ermitaño, mientras sir Gawain recuperaba sus fuerzas y Gaheris y Morien buscaban comida y bebida donde pudieran encontrarlas.

Finalmente, Morien no pudo contenerse más, así que él y sir Gaheris se despidieron de sir Gawain, quien partió para seguir el camino que había tomado Lancelot, mientras que Gaheris y Morien se aseguraron sendas plazas a bordo de un barco que accedió a llevarlos a la isla. En un primer momento, cuando vieron al caballero morisco, los marineros trataron de huir, ya que seguían considerándolo un demonio, pero Gaheris los tranquilizó y les aseguró que era un hombre igual que ellos y un noble caballero.

Y así fue como subieron juntos al barco y no tardaron en cruzar

las aguas que separaban la costa del islote. Gaheris preguntó a uno de los marineros si había oído hablar de los dos caballeros o los había visto, y diciendo que uno de ellos portaba una armadura roja.

—Hará unas semanas llevé a los dos que me describís —respondió el hombre—. Uno iba vestido en efecto con una malla del color de la sangre, y el otro con una armadura sencilla. El de rojo parecía muy abatido, y el otro tenía una herida que lo afligía sobremanera. Pidieron indicaciones para llegar al monasterio de la isla, y allí los guie.

Los dos caballeros desembarcaron y el barquero, contento por deshacerse del morisco de tez oscura, se marchó para regresar a la costa. Los caballeros siguieron el camino indicado hasta que llegaron al monasterio. Allí, Gaheris aporreó la puerta y pidió a voces que le abrieran.

Poco después respondió un muchacho y, mirando de reojo a Morien, preguntó qué deseaban.

—Buscamos a dos caballeros, sir Perceval y sir Aglovale. Deseamos hablar con cualquiera de los dos o con los hombres santos que habitan aquí.

Tras pedirles que esperaran, el muchacho se marchó, y no tardó en aparecer en la puerta otra persona. Era alta y poderosa, pero tenía el rostro macilento y se movía con gran dificultad debido a unas heridas que aún no habían sanado. Pero cuando vio a sir Gaheris profirió un grito a pleno pulmón, pues aquel era en efecto sir Aglovale. Los dos se saludaron con afecto, y luego el hombre herido se volvió hacia Morien, quien había permanecido en silencio todo el rato, contemplando asombrado al hombre que sabía que era su padre. Aglovale se maravilló ante su aspecto y le preguntó quién era y qué buscaba en aquel lugar.

Morien respondió:

—Señor, ¿recordáis cuando, mientras buscabais a sir Lancelot después de que perdiera el juicio, hace quince años, llegasteis a una tierra llamada Moraine y allí conocisteis a una dama de sangre morisca? La amabais, según dicen, y cuando os visteis obligado a

partir, prometisteis que regresaríais y la tomaríais por esposa.

Desconcertado, sir Aglovale observaba con sorpresa al muchacho.

—A fe que me acuerdo —dijo—. Me entristeció enormemente no cumplir con lo que había prometido. Cabalgué mucho tiempo en busca de Lancelot, pero él ya había regresado a la corte mientras yo estaba fuera. Después de eso, mi hermano Perceval me necesitó como me necesita ahora, atribulado como está al no poder encontrar lo que busca. Me he preguntado muchas veces por el destino de la dama que tanto amé. Ni siquiera sé si aún vive. ¿Tenéis noticias sobre ella, señor caballero? Veo que vos también sois de sangre morisca.

—En efecto, sí —respondió Morien—. La dama aún vive, o al menos vivía la última vez que la vi, no hace mucho tiempo. —Hizo una pausa y tomó aire—. Es mi madre, y vos, sir Aglovale de Gales, ¡sois mi padre! Vengo a llevaros de vuelta para que cumpláis con vuestra promesa.

Luego los dos se saludaron como solo pueden hacerlo los ignorantes y los perdidos. Cualquiera se habría reconfortado al ver cómo se abrazaban y la alegría que compartían.

Entonces Aglovale los invitó a entrar al monasterio y reunirse con sir Perceval.

—Aunque debo advertiros que siente una gran pesadumbre por su fracaso a la hora de encontrar la reliquia sagrada que busca.

Cuando entraron en la estancia donde esperaba sir Perceval, comprobaron que Aglovale no se equivocaba. Tenía el rostro demacrado y sus ojos miraban el mundo como si no vieran más que penas. Sin embargo, al oír que Morien era el hijo de su hermano y, por tanto, su sobrino, se alegró un poco, y aquella noche disfrutaron de la compañía del otro y compartieron las historias de sus aventuras.

✣ ✠ ✣

POR LA MAÑANA, Morien volvió a preguntarle a sir Aglovale cuándo regresaría con él a Moraine, donde al fin podría desposarse con su amor y ayudarla a recuperar las tierras que le habían arrebatado.

Sir Aglovale respondió al instante que estaba impaciente por hacer lo que su hijo le pedía, pero que debía esperar a estar completamente recuperado de las heridas que había sufrido.

—Cuando esté bien —dijo—, que no os quepa duda de que volveré con vuestra madre y cumpliré con la promesa que le hice tantos años atrás.

Y aunque Morien no veía el momento de partir, guardó silencio y asintió ante el deseo de su padre. Los cuatro caballeros permanecieron en el monasterio otra semana, hasta que sir Aglovale declaró que ya había sanado. Y en ese tiempo sir Perceval había tenido un gran sueño, en el que había visto el Grial y descubierto que su hermano caballero, sir Galahad, estaba destinado a lograr su objetivo, pero que también él, Perceval, participaría en aquella aventura y recibiría su propia recompensa, tal como he contado en la historia que precede a esta.

Poco después partieron y encontraron un barco dispuesto a llevarlos de vuelta a tierra, y luego continuaron hasta alcanzar la ermita donde habían iniciado su viaje, cada uno hacia sus aventuras individuales, con la sensación de que había pasado una eternidad.

Allí se llevaron una gran alegría, y también se asombraron, pues encontraron a sir Lancelot y sir Gawain recuperándose de las heridas que aquel había recibido combatiendo contra la terrible bestia. Aquella noche, mientras comían y bebían juntos, les contó cómo le había ido en su travesía. Pues en efecto había hallado a la repugnante criatura, cabalgando a través de campos surcados por los huesos de los que había asesinado. Allí, sir Lancelot combatió contra ella hasta matarla, no sin recibir muchas heridas y sufrir los efectos del veneno que impregnaban las mandíbulas de la bestia. Solo un anillo, un antiguo presente de una doncella del reino de las

hadas, lo había salvado de la muerte, aunque la batalla lo había debilitado enormemente. Allí lo había encontrado sir Gawain, y había recurrido a sus propias habilidades sanadoras para revivir al espléndido caballero. Y desde entonces habían permanecido en la ermita, mientras Lancelot se recuperaba.

Los tres caballeros acordaron viajar con Morien hacia la tierra de Moraine para recuperar los derechos de la madre del joven caballero. Y así fue. Sir Perceval, con los ánimos renovados por su visión sobre el Grial, y tras haber compartido con su padre, sir Lancelot, las noticias sobre sir Galahad, se despidió de ellos. Luego sir Aglovale, sir Gawain, sir Lancelot y sir Morien partieron y se dirigieron a las tierras moriscas. Allí apoyaron al joven cuando reclamó las tierras que correspondían a su madre por derecho. En un primer momento, aquellos que habían expulsado a su madre y a su hijo se mantuvieron firmes, pero cuando vieron la fuerza de los caballeros del rey Arturo, cedieron y accedieron a devolverle todas las tierras y bienes siempre que Aglovale y la dama se desposaran.

Los relatos nos hablan poco de la reunión entre sir Aglovale y la dama, o de la alegría de esta ante el regreso de su hijo. Que no te quepa duda de que fueron sumamente felices, y después de eso Aglovale, su esposa y su hijo viajaron a la áurea Camelot y fueron recibidos por el rey. Morien se convertiría más tarde en caballero de la Mesa Redonda y demostró muchas veces su valía en la batalla y en los torneos. Por lo demás, sir Gawain y los demás se embarcaron de nuevo en la búsqueda del Grial, igual que sir Perceval. De esa historia nos ha hablado largo y tendido el maestro Thomas, aunque no de todo, como verás, pues hay historias que él desconocía en aquel momento, y que yo he descubierto y te contaré más adelante en este libro.

——— ✠ ———

EXPLICIT EL RELATO DE MORIEN.

INCIPIT LAS AVENTURAS DE SONE DE NANSAY.

30: LAS AVENTURAS DE SONE DE NANSAY

El maestro Thomas escribió mucho sobre la búsqueda del Grial, o «Sankgreal», como lo llama él. Nos cuenta que todos los caballeros de la Mesa Redonda partieron en busca del recipiente sagrado, pero que solo tres, sir Galahad, sir Perceval y sir Bors, tuvieron éxito, y que después el Grial desapareció de este mundo y acabó en otro lugar. Tal vez porque disponía de poco tiempo, o decidió escribir solo sobre esos tres caballeros, además de sir Lancelot y sir Gawain, que fallaron en el intento, apenas menciona a los otros muchos caballeros que partieron de la áurea Camelot. Muchos perecieron o se vieron obligados a renunciar a su cometido, mientras que otros vinieron de más lejos y sus historias se han olvidado. Una de esas es el relato que nos habla de los acontecimientos que tuvieron lugar después de la búsqueda, y que concierne a Sone de Nansay, un gran caballero cuya historia es larga y

cuya vida lo llevó, hacia el final de sus días, a contarse entre las más altas filas de los hombres de este mundo.

✣ ✣ ✣

HABLARÉ, PUES, DE la parte de la historia que concierne a la gran búsqueda, y que primero contó aquel que afirmaba haber vivido ciento cinco años. No sé decir si es cierto o no, pero la historia que nos relata es destacable.

Sone era hijo de Henri de Nansay e Ydoine, hija del duque Mélone. Aprendió pronto a leer y a escribir, y dedicó todos sus esfuerzos a adquirir conocimientos. Creció mucho y progresó bien hasta convertirse en un joven sabio, cortés y apuesto, y sin duda uno de los muchachos más espléndidos del mundo, con muchas virtudes. Aprendió con tanto interés durante su infancia que dejó atrás a cuatro de sus tutores, a quienes sorprendió mucho su inteligencia. A los quince años participó en su primer torneo y dejó boquiabiertos a todos los presentes. Allí conoció y se enamoró de Yde, la hija del barón Eudes. Ella, una dama orgullosa y de una gran belleza, desdeñó a Sone por su juventud e inexperiencia, y tal fue la desesperación de él que se marchó de casa y vivió como un caballero andante a partir de ese momento.

A medida que entraba en la edad adulta, la fama sobre su pericia con la lanza y la espada fue creciendo, y más de un señor noble, e incluso algunos caballeros, trataron de que se uniera a ellos. Fuera donde fuera, siempre que hubiera un torneo, entraba en las lizas y demostraba sus capacidades. Aquello llegó a oídos del rey Arturo, quien deseaba que se uniera a la hermandad de la Mesa Redonda. Mas Sone se negó, bien porque ya servía en otro lugar como campeón o porque ya se había alejado mucho del reino de Arturo.

Un día, se encontró en Escocia, donde había oído que había estallado una guerra entre el rey de aquellas tierras y el rey de Noruega. Ocurrió entonces que la noticia sobre la aparición de Sone

llegó a oídos de la reina escocesa, quien no veía el momento de conocerlo. De ahí que Sone se dirigiera a la corte y, cuando llegó, una doncella le comentó a la reina:

—No habéis visto jamás un muchacho igual. Si os complace, bajad y comprobad lo bien que se sienta en su montura. Es como si estuviera encantado. Apenas parece un miembro de la raza humana, sino más bien un ángel que ha bajado de los cielos para vigilarnos.

Cuando la reina lo vio, declaró que su doncella no mentía. Sone desmontó al ver a la reina y su séquito, dejó a su caballo en manos de un sirviente y se aproximó a ella, antes de arrodillarse a sus pies. La reina lo consideró tan apuesto que lo invitó a levantarse y lo observó de cerca con deleite. Luego, le preguntó:

—Decidnos vuestro nombre y dónde nacisteis, y qué os trae aquí.

—Mi señora, me llamo Sone, y mi país se llama Alsacia. Soy hijo del señor de Nansay, pero mis padres están muertos y mi hermano es el señor de aquellos dominios.

Sucedió entonces que había un caballero presente que había sido testigo de las proezas de Sone en un torneo. Al recordarlo, se lo contó a la reina, afirmando que, en su opinión, no había nadie en el mundo que se desenvolviera con la misma habilidad que aquel muchacho.

En eso, la reina le suplicó a Sone que se quedara en la corte hasta que su esposo regresara de una expedición de caza, y, si le placía, los ayudara en la guerra contra Noruega. Sone le hizo una reverencia y prometió que consideraría su propuesta, pero en su corazón sabía que acabaría diciendo que no, pues sobre el rey Alain de Noruega solo había oído cosas buenas, y del rey de Escocia no tenía más que malas referencias. En cuanto pudo, se escabulló en mitad de la noche y tomó un barco hacia Noruega.

Cuando la embarcación atracó, la presencia de Sone no pasó desapercibida y avisaron rápidamente al rey, quien, tras haber oído hablar de las proezas del joven, cabalgó en persona a recibirlo. Cuando vio al muchacho, vio en él al mejor y más valeroso de los

caballeros. Le dio una cálida bienvenida y lo invitó a acompañarle y a almorzar.

Cuando Sone entró, su belleza iluminó el gran salón. Era como la luna apareciendo entre las estrellas, pues así brillaba Sone. Los hijos del rey, Houdiant y Thomas, lo vieron sobre todo como a un amigo, y le dieron la bienvenida con un profundo respeto.

El rey también se mostró muy cortés y sentó a los tres jóvenes junto con sus barones en una mesa de honor. Los hijos del rey estaban fascinados con Sone y lo retuvieron en la mesa un largo rato, bebiendo tanto que comenzaron a contar historias que nadie más habría escuchado. En efecto, estaban tan entusiasmados con hablar que nadie podía oír otra cosa. La hija del rey, cuyo nombre era Odée, también miraba a Sone fijamente, pues lo consideraba el hombre más valiente y apuesto que había visto jamás.

Sone, que no estaba acostumbrado a tales cantidades de bebida, guardó silencio durante la mayor parte del banquete, hasta que Houdiant le dijo con simpatía:

—Así pasamos aquí el tiempo. Bebiendo, comiendo, charlando y amenazando al ausente; es la costumbre de nuestro país. Si nos levantamos demasiado pronto, ofendemos a los demás.

Luego el rey se puso en pie y se llevó a Sone y a sus hijos aparte.

—Bienvenido a nuestra corte, mi señor. Si os complace quedaros con nosotros, nos seríais de ayuda en la peligrosa situación en la que nos encontramos. El rey de Escocia desea la guerra y nos atacará pronto. Ha jurado que secuestrará a mis dos hijos y desposará a mi hija con un campesino.

Luego apareció la reina, con Odée de la mano. Saludó cortésmente a Sone y le entregó un magnífico anillo de oro.

—Os entrego esta joya como muestra de mi afecto —dijo la reina—, pero con este presente os ruego, de corazón, que no os separéis de mis dos hijos. En momentos de peligro, permaneced con ellos como un amigo fiel. Y mi hija también os lo ruega.

Sone se agachó.

—De buen grado, mi señora —respondió—. Ayudaré en todo lo

que pueda.

Odée se ruborizó al oírlo, y a partir de ese momento apenas pensaba en otra cosa que no fuera el caballero, mientras que a Sone también lo conmovió sobremanera la belleza de ella.

✣ ✣ ✣

POCAS SEMANAS MÁS tarde, avisaron de la presencia de un gran ejército escocés que había desembarcado en las costas de Noruega y se preparaba para avanzar tierra adentro. Cuando lo oyó, Sone suplicó que le permitieran liderar al ejército del rey. El rey Alain accedió, y envió a sus hijos para que acompañaran a su nuevo campeón.

Y así fue como se desató una gran batalla cerca del mar y, con Sone a la cabeza, los noruegos rompieron las filas del ejército escocés tras matar, según cuentan, a diez mil hombres y capturar a otros tantos. Sin embargo, y para tristeza de todos, los hijos del rey cayeron en la batalla. Cuando se enteró de aquello, el rey de los escoceses envió un mensaje en el que pedía que la guerra se sentenciara con un combate singular. Alain, que lloraba la muerte de sus hijos, accedió. También descubrieron que los escoceses habían elegido a un hombre llamado Aligos, que medía once pies de alto y era considerado uno de los campeones vivos más poderosos. Al oír aquello, Sone, consciente de la promesa que le había hecho a la reina y de su fracaso al proteger a los hermanos, rogó de nuevo que se le permitiera representar a Noruega. Y eso acordaron, además de que el combate se celebraría en doce días.

Debido a la peligrosidad de aquella tarea, y dado que quería mitigar el dolor que sentía por sus hijos caídos, el rey Alain le pidió a Sone que lo acompañara en un viaje a un lugar muy sagrado. Partieron en una compañía de solo veinte hombres y el rey mantuvo a Sone siempre cerca de él.

La travesía los condujo a una zona del país que pocos hollaban,

a través de valles y montañas y lugares que resultaron difíciles de sortear, hasta llegar a una pradería al pie de una montaña. En ella el rey ordenó levantar el campamento y el grupo descansó hasta la noche. A medianoche se pusieron de nuevo en marcha, y viajaron hasta el mediodía, en dirección al mar, donde, en algún momento del pasado, habían construido una calzada elevada que se adentraba en el agua. Era difícil encontrarla, y muchos valientes caballeros habían conocido allí su muerte. Pero el rey Alain, que conocía bien aquellas tierras, se dirigió directamente al lugar en que dos rocas formaban una entrada hacia el mar.

Allí, el rey extrajo un cuerno y lo hizo sonar. Poco después, apareció un bote en el que se sentaban dos monjes. No parecían demasiado alegres de ver a la pequeña compañía, pero cuando divisaron al rey su estado de ánimo cambió al instante.

—Sed bienvenido, Majestad, esperábamos vuestra llegada, pues hemos oído que habéis sufrido una gran tragedia e infortunio. ¿Necesitáis algo? ¿Venís a hospedaros con nosotros?

—No desearía nada mejor —respondió el rey.

—Entonces subid —dijo uno de los monjes—. La barcaza vendrá a buscar a vuestros hombres y caballos.

El rey y Sone se montaron en la barca y los monjes remaron a través del agua en dirección al islote. En él vieron un castillo que se alzaba de la roca viva como si hubiera crecido allí mismo. Resistía en mar abierto donde ninguna máquina podía arrojar proyectiles a sus murallas almenadas. Cuatro torres emergían de sus cuatro esquinas, y en el centro, en medio de las cuatro, una sobresalía por encima de las demás. En ella se encontraba el gran salón, que a Sone le pareció el más suntuoso que había visto a lo largo de sus viajes.

Cuando le preguntaron, en el nombre de Dios, qué hacían allí, el rey Alain les habló de Sone.

El castillo en el mar

—Es un magnífico guerrero que ha acudido a ayudarnos. Pronto nos representará en combate singular. Es por eso por lo que lo he traído hasta aquí, para que conozca los secretos que guardáis y oiga la verdadera historia sobre ellos. Y para que reciba vuestra bendición y la del Señor, y así salga airoso del combate contra nuestro terrible y gran enemigo.

Entonces el abad en persona se adelantó y le dijo al rey:

—Ya ha pasado el mediodía, y la comida está lista. Si os place, pediré que la traigan.

Se colocaron mesas en una zona resguardada con vistas a la muralla exterior que daba al mar. Estaba delimitada por una balaustrada de mármol blanco en la que habían tallado aves, animales y peces, incluidos diez leopardos, cada uno con la boca abierta y las cabezas giradas en dirección al viento para producir armonías agradables. Quien quisiera contemplar el mar, no podría haber encontrado un lugar mejor.

Tres arroyos de agua confluían cerca del castillo; brotaban de la roca y discurrían hasta el mar, donde el agua dulce se mezclaba con el agua salada. Allí nadaban tantos peces que ningún pescador podría llegar a capturarlos todos. Podrías haber buscado por todo el mundo y jamás habrías hallado un castillo tan firme y con tantas riquezas a tu disposición.

El abad, el rey y sus caballeros estaban sentados a las mesas de honor, mientras que Sone ocupó su lugar a un lado, donde le habían reservado un asiento. Los invitados disfrutaron de una gran profusión de platos, lo suficiente como para agotar a las personas que se los servían.

Después de cenar, el rey se dirigió al abad y le solicitó que a la mañana siguiente abrieran los relicarios que custodiaban para que todos pudieran rezar y confesarse. Más tarde, tendrían que despedirse y regresar al lugar en que Sone combatiría contra el gigante Aligos.

—Atenderemos a vuestras confesiones de buen grado, Majestad, y pretendemos rezar por vos esta noche. La peligrosa situación que nos habéis descrito lo pide, y nos encontraréis preparados para solicitar protecciones tanto para vuestro campeón como para todos los habitantes de Noruega. —Entonces se volvió hacia Sone—: Hermano, combatiréis en nombre de Dios, como ya descubriréis, y mañana seréis testigo de los grandes secretos que hemos guardado aquí durante todos estos años.

Huelga decir que Sone apenas pegó ojo aquella noche, pues en ese momento, además de pensar en la sombra de su próxima batalla, no dejaba de preguntarse por los secretos que los monjes custodiaban y que requerían un castillo tan poderoso para protegerlos.

✣ ✣ ✣

A LA MAÑANA SIGUIENTE, tañeron la primera campana y el rey

Alain y Sone asistieron a misa en la iglesia, oficiada por el abad en persona. Luego, aún con sus atavíos de sacerdote, se presentó ante ellos y les contó la historia que repito aquí. De ella aprenderemos algo más sobre la historia del Rico Pescador, al que vimos en el relato de Perceval[26]. Estoy convencido de que si el maestro Thomas hubiera conocido esta historia, la habría incluido en su libro.

Esto fue lo que dijo el abad:

—Oídme todos los presentes. Como sabréis, este castillo lo fundó nada menos que José de Arimatea, quien descansa en uno de los sepulcros cercanos. En su lecho de muerte, pidió que se pusiera sobre papel la historia de su vida, y es justo que la cuente desde el principio, pues todos podemos fortalecernos gracias a ella.

»José trabajo como alguacil durante siete años en la casa del gobernador romano de Galilea, Poncio Pilato, mas veneraba en secreto a Jesucristo, quien había predicado la nueva religión. Siete años más tarde, al término de su servicio, José pidió si podía quedarse con el cuerpo de Jesús como recompensa.

»Pilato apreciaba a José, pero lo creyó loco por no haber pedido algo mejor, aunque no se negó. Por su parte, José se sintió bien pagado, pues consideraba a Jesús un verdadero rey. Por tanto, colocó el cuerpo en su propio sepulcro, por lo que lo acusaron de ir contra la religión del país.

»Cuando aquellas acusaciones llegaron a oídos de Pilato, y aunque respetaba a su antiguo alguacil, no dudó en impartirle justicia. Por admitir su fe cristiana, José fue encerrado en una profunda mazmorra, llena de serpientes, sapos y arañas. Luego colocaron unas rocas gigantescas sobre la entrada, y así la sellaron.

»Estar encerrado en aquel terrible lugar turbaba sobremanera a José, hasta que Jesús se le apareció en una visión y le ofreció un espléndido recipiente, lo que conocemos como Grial. La mera presencia de aquella reliquia sagrada eliminó a las alimañas y suavizó el suelo de piedra, sobre el que ahora era más fácil yacer que en un colchón de delicada lana. Una agradable fragancia llenó

el espacio, así como una luz tan brillante como la del sol.

»Pasaron cuarenta años, y en todo ese tiempo José no sufrió ni hambre ni sed. Ni tampoco mostró signo alguno de envejecimiento, aunque el cabello y la barba le siguieron creciendo. Luego, durante el reinado de Vespasiano, el emperador se enteró de que hacía cuarenta años habían encerrado allí a José.

—Llevadme con él —dijo.

»El emperador ordenó que retiraran los pedruscos y la entrada quedó al descubierto. Del interior emergió una luz tan brillante como la del sol naciente; y una fragancia que abrumó a todos los presentes.

»Vespasiano miró dentro y vio a José, y ordenó que lo sacaran al exterior de inmediato. En sus brazos, José cargaba con el recipiente que le había entregado Cristo. A su alrededor, las personas se arrodillaban y deseaban besarlo, y los enfermos sanaron.

»Con aquel magnífico recipiente en su posesión, José derribó un muro y tomó la lanza sagrada con que Longino había perforado el costado de Cristo. José había ocultado previamente la lanza en el muro, y por eso sabía que se encontraba allí. En ese momento, decidió honrarla y llevarla consigo.

»Entonces sintió la necesidad de viajar al oeste y difundir la palabra de Dios. Paró primero en Siria, donde halló un barco desatendido cerca de Ascalón. Al aproximarse a la embarcación, una voz le ordenó que subiera a bordo y no temiera por nada.

»Era una nave buena y sólida, pero aunque abandonó el puerto con la misma velocidad que cualquier otra embarcación, no contaba con mástil ni con velas; algo que los habitantes de Ascalón consideraron milagroso. Navegó durante varios días, hasta llegar al fin a Gaeta, donde José desembarcó. Allí encontró un caballo con una armadura que satisfaría al más valiente de los guerreros.

»Tras aceptar aquel presente, que consideró que era obra de Dios, cruzó muchos países como un valeroso caballero hasta llegar a Noruega, donde fue bien recibido y no tardó en ser muy querido por sus gentes. Tanto lo respetaban que lideró a un ejército contra

los sarracenos que ocupaban el país en aquel momento y los expulsó. Mató al rey sarraceno pero le perdonó la vida a su hija más hermosa, de la que José se enamoró a primera vista. Tan grande era su pasión, aunque no fuera correspondida, que hizo que bautizaran a la muchacha y se casó con ella. Lo cierto es que ella detestaba a José más que nadie por haber matado a su padre, pero se lo ocultaba, esperando el día en que pudiera vengarse.

»Ahora, dado que Noruega era un reino, José creía que debía llevar una corona. Los señores del país aceptaron, y poco después fue coronado, así como su esposa, que a aquellas alturas ya le había dado un hijo.

»Poco después, quiso la desgracia que sufriera una terrible herida en el muslo, que llegó a considerar un castigo de Dios por haber tomado como esposa a una princesa pagana. Ni siquiera el toque del Grial pudo curarlo, así que hizo que levantaran el castillo en el que nos encontramos para preservar estas reliquias sagradas.

»José tenía un bote en el que solía ir a pescar, con la ayuda de un marinero que guiaba la embarcación donde quisiera ir. La pesca y la compañía del marinero lo complacían. Aquí podía olvidarse de su sufrimiento, y debido a su afición por la pesca lo apodaron el «Rey Pescador», un nombre que aún es conocido hoy día.

»Disfrutó de esa vida durante muchos años, hasta que llegó un caballero que podía curarlo, aunque no vivió mucho más después de eso. Ya en su lecho de muerte, convocó a trece monjes para que sirvieran y siguieran la tradición de los apóstoles, y trece somos los que quedamos en este castillo.

Luego el abad se volvió hacia el rey Alain y le contó que el reino de Noruega le había sido entregado por Dios, y que, por tanto, lo defendería de sus atacantes.

—Los escoceses que han llegado a nuestras costas morirán aquí o abandonarán estas tierras. Y tened claro que quienquiera que luche contra Sone caerá en batalla.

Tras terminar aquel magnífico relato, mucho del cual no he hallado en ninguna otra obra, el abad se giró hacia el joven

caballero, lo bendijo y dijo:

—¡Sone! Dios os ayudará en vuestra batalla. Que no os quepa la menor duda.

Entonces el abad abrió un relicario de marfil, adornado con escenas esculpidas, y sacó el Grial. De inmediato, el castillo se llenó con una luz tan brillante como la del sol a mediodía. El abad depositó el Grial sobre el altar, y luego descubrió la lanza sagrada de la que has oído hablar. En su punta se formaron gotas de sangre roja y cayeron al suelo, ante el asombro de los presentes. El abad les mostró entonces dos sepulcros, en uno de los cuales reposaba el cuerpo de José y en el otro, su hijo, Adán.

Después de maravillarse con las reliquias, y de rezar ante ellas, el rey Alain declaró que debían marcharse, pues se acercaba el momento en que Sone debía enfrentarse al gigante Aligos. Embarcaron en un pequeño bote y los monjes los llevaron de vuelta a su propio barco, que a su vez los devolvió a Noruega. Desde allí viajaron aprisa hacia el lugar en que se celebraría el combate.

✣ ✠ ✣

La batalla que siguió fue algo terrible de presenciar. El gigante Aligos medía, en efecto, once pies, y por tanto era demasiado robusto como para montar a caballo, así que Sone se vio obligado a combatir contra él a pie. Parecía inmune a los golpes que Sone le propinaba. Incluso cuando el caballero consiguió herirlo, el gigante se limitó a sacudir la cabeza y rugir de dolor, pero continuó con la misma fiereza de antes. Golpeó a Sone varias veces, y a punto estuvo de romperle el brazo cuando su enorme espada acertó en el escudo del caballero. Más de una vez, Sone se vio arrodillado y obligado a ponerse de nuevo en pie antes de que su oponente pudiera darle el golpe de gracia. Su armadura se abolló rápido con los repetidos espadazos de Aligos.

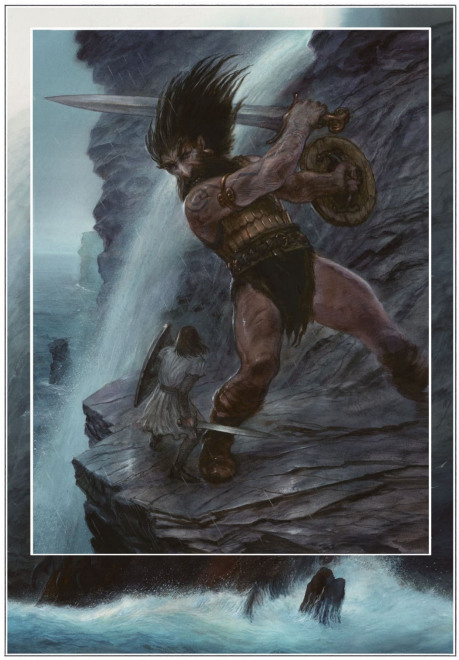


ILUSTRACIÓN 9: «La batalla que siguió fue algo terrible de presenciar. El gigante Aligos medía, en efecto, once pies».

Pero, a la postre, y tras varias horas en las que Sone solo habría sobrevivido gracias a su velocidad y agilidad, el gigante comenzó a bajar el ritmo. Su gigantesca figura, protegida por una pesada pechera y la poderosa espada, lo abrumaba y comenzaba a cansarse. Al final, tras ver una oportunidad y reunir todas sus fuerzas, Sone saltó a un lado y antes de que Aligos pudiera girarse hacia él, le cortó al gigante el brazo de la espada. Luego, mientras su oponente bramaba agónico y la sangre le manaba del muñón, Sone descargó un poderoso golpe que le separó al gigante la cabeza del cuerpo. Cuando Aligos cayó muerto, los que habían estado vitoreando a los campeones se quedaron callados, perplejos ante la fuerza y habilidad del caballero.

Exhausto, Sone tomó la cabeza del gigante y la llevó al lugar donde el rey escocés estaba sentado al frente de su ejército. Sone

dejó la cabeza a sus pies y saludó al rey, quien en ese momento supo que había perdido la guerra. Juntos, él y Sone acudieron al lugar en que esperaba el rey Alain, y el monarca escocés le juró lealtad y prometió no regresar jamás a las costas de Noruega.

Después el ejército noruego colmó a Sone de grandes elogios, y lo vitorearon hasta que en los mismísimos cielos resonó el sonido de su nombre, y el rey Alain y él cabalgaron de vuelta hacia la ciudad. Allí, la hija del rey esperaba para recibirlos. Solo tenía ojos para Sone, y aguardó a poder estar a solas con él. Luego le confesó todo el amor que sentía hacia él, y le dijo que la poseía, en cuerpo y alma, desde ese mismo momento y que jamás amaría a otro.

Cuando lo oyeron, tanto el rey Alain como la reina se alegraron y le prometieron a Sone que, si se desposaba con Odée, heredaría el reino, dado que sus hijos estaban muertos. A Sone lo turbó profundamente la idea, pues seguía pensando en su primer gran amor, Yde, pero no dijo nada.

Aquella noche se organizó un gran ágape en honor de Sone y para celebrar el fin de la guerra con Escocia. Más tarde, cuando todos se hubieron retirado a dormir, Odée visitó la alcoba de Sone. Llevó con ella un cofre lleno de oro y le habló de nuevo del amor que sentía por él. Sone, ocultando su inquietud, pues la muchacha también le resultaba agradable, dijo que debía partir hacia su hogar para comprobar cómo estaba su familia y para hablar con ellos de muchos asuntos. Aunque aquello entristeció a Odée, antes de marcharse Sone le dio un abrazo y le prometió que volvería.

✣ ✣ ✣

SONE REGRESÓ A Nansay, donde su familia lo recibió con alegría después de sus largos viajes. Las nuevas sobre su espléndida batalla en Noruega, así como del resto de sus hazañas, habían llegado ya a Alsacia, y todo el mundo deseaba darle la bienvenida y oír sobre sus aventuras. Pero Yde también había oído hablar de Odée. Sone

cabalgó hacia su hogar en Donchery para verla, pero ella lo recibió con frialdad, y le espetó que lo mejor sería que volviera con su nuevo amor. Sone sintió un gran dolor, y se fue a casa lleno de ira y sufrimiento. Allí descubrió que su hermano, el rey Henri, había decretado un gran torneo para celebrar el retorno de Sone a Nansay.

Se llevaron a cabo las preparaciones del torneo, y Sone hizo todo lo posible por no pensar en Yde ni en Odée. La última, mientras tanto, había pergeñado un plan para asegurarse de que Sone no la olvidaba. Envió a un pequeño grupo formado por los compañeros en los que más confiaba, quienes portaban un halcón de lo más inusual, bien entrenado en el arte de la caza y de un aspecto espléndido. Lo ofrecerían como trofeo en el gran torneo, y lo entregarían a quien se desenvolviera mejor en las justas. En su corazón, Odée estaba convencida de que sería Sone quien ganaría el ave, pero ordenó que dos de sus mujeres acompañaran al grupo y les indicó cómo comportarse y qué decir.

A medida que se acercaba la fecha del torneo, el rey organizó un banquete al que invitó a todos sus nobles y barones. Sone se sentaba a su derecha, pero Yde no asistió. Su amor por Sone se había enfriado, y aunque él no lo verbalizara, su propia pasión también había comenzado a decaer.

Fue en ese momento cuando los emisarios de Odée, junto con el halcón, se presentaron en las puertas. En un primer instante, los guardias se mostraron reticentes a dejarlos pasar, pero una de las mujeres de Odée, una doncella razonable y hermosa llamada Papagai, pidió que les permitieran entrar, y anunció que traían un inusual presente para el rey.

Solo permitieron pasar a aquellos que llevaban el halcón. Con ellos iba un fornido bretón llamado Celot, que se había colado sin ser visto en la compañía, mezclándose entre los barones pero siguiendo de cerca a la que portaba el halcón. Papagai avanzó hasta el lugar en que se sentaba el rey.

Tras distinguir a Sone cerca del rey, se ruborizó, y cuando Sone

la vio, a él también le cambió el color del gesto. Aquello se debía únicamente a su gran belleza natural, a la que ambos reaccionaron, pero muchos de los presentes dieron por supuesto que era una prueba de vínculo amoroso. Otros, que apenas podían despegar la mirada de Papagai, se percataron de la presencia de otra mujer con ella.

Era tan fea como su compañera era hermosa, pero Sone la reconoció de la corte de Noruega. Su nombre era Orvale, y a pesar de que se preguntaba qué estaría haciendo allí, le habló con educación y le pidió al rey que la honrara, pues era la hija de un conde. El rey recibió a las dos mujeres y ordenó a un caballero que las sentara en una mesa cercana a él.

—Comamos, amigos míos —exclamó—. Ya oiremos vuestras nuevas más tarde.

En todas partes los caballeros estaban sentados con sus damas. Todos miraban a Papagai, fascinados por su belleza, pero Orvale era tan espantosa que apenas si soportaban mirarla. No había ningún caballero presente, por alto que fuera, que no hubiera podido refugiarse bajo el brazo de ella. Tenía las mismas proporciones salvo por la joroba que tenía en la espalda y en la parte delantera, donde apoyaba la barbilla. Del bulto de la espalda se había hecho una oreja para la cabeza. Tenía la piel más oscura que la tinta y una barba y unos dientes tan largos que la distancia entre el labio superior y el inferior era de dos dedos. Mostraba también unos ojos más grandes que los de un caballo de guerra, y encima de ellos unas cejas de tres dedos de ancho.

Pidió que la llevaran al lugar en que Sone se sentaba a la mesa. Él la saludó con cortesía e hizo sitio para que se sentara a su lado. Luego le preguntó por el rey y la reina de Noruega y, por descontado, por su hija.

—Llora a menudo —respondió Orvale—. Por vuestra culpa, por lo mal que la tratasteis. Le robasteis el corazón que ella os entregó de buena fe y habéis actuado insensatamente al abandonarla.

—Mi quería amida —contestó Sone—, comed y no os enfadéis.

Prometo que enmendaré todos los errores que he cometido.

—En ese caso —concluyó Orvale—, creo que os beneficiaréis enormemente de ello.

Orvale le entregó entonces a Papagai el halcón, que descansaba sobre su puño con gracia y elegancia. En aquella época, no existía ave mejor en todo el país. Se presentó ante el rey y declaró:

—Oídme, majestad, vos que sois un gran soberano. Venimos de una tierra lejana y os hemos traído este halcón, el mejor que ha volado jamás. La hija del rey de Noruega os lo ofrece y a cambio solo pide vuestro juicio, tras haber oído su caso, en una cuestión de una extrema urgencia para ella.

—Acepto el halcón —respondió el rey Henri—. Y escucharé el caso de vuestra señora.

—Entonces prestad atención —continuó Papagai—, y que los presentes guarden silencio.

Acto seguido tomó su harpa, la más hermosa que jamás se había tocado, y, tras volverse hacia el rey, dijo:

—Señor, ahora oiréis una trova compuesta desde la verdad, que narra las aventuras de mi señora. Luego atenderemos a vuestra sentencia.

Comenzó entonces a tocar las cuerdas del harpa y a entonar las canciones de la trova. Y lo cierto es que aquella canción la había compuesto Odée, y en ella describía su amor por Sone y la promesa de que regresaría con ella.

Todos escucharon con gran atención, tan magnífica era la habilidad y hermosa la voz de Papagai. Muchos lloraron sin esconderse, entre ellos el mismo Sone, y todos oyeron su nombre en la letra de la canción.

Cuando terminó, Papagai declaró:

—Querido rey, esta es la causa justa de mi señora. Podría haber cantado mucho más, pero tampoco es cortés decirlo todo. Ahora debéis juzgar si vuestro hermano debe desposarse con una reina tan leal y delicada, quien perdería la vida si lo perdiera. Puesto que si regresara con ella tendría la corona de Noruega a su disposición, el

reino y todo el país no desea más que ver juntos a su señora y a su campeón.

Cuando oyó aquello, a Sone le cambió el color del semblante. Todos vieron lo que había sucedido y, como una sola persona, la corte entera junto con el rey Henri declararon que Sone debía casarse con Odée.

✣ ✠ ✣

Y ASÍ FUE COMO Sone partió de nuevo hacia Noruega. Odée, mientras tanto, apenas pensaba en otra cosa que en su llegada, y la deseaba ardientemente. Enferma de amor, solía subir a lo más alto de la torre, vestida con sus ropas más suntuosas, a otear el lejano horizonte hasta divisar la galera de Sone surcando las olas hacia allí.

Un tiempo después, divisó al fin el barco, y la noticia corrió rápido por el puerto y la ciudad. Odée ordenó que los marineros de toda la ciudad no se alejaran de allí y permanecieran en sus barcazas, *nefs*, galeras, veleros, barcos de transporte y barcas de pescadores, grandes y pequeñas. Trescientas embarcaciones salieron del puerto, llenas de instrumentos musicales. Trompetas, tambores, címbalos, panderetas, flageolets, cuernos sarracenos y aquellos que se hacían sonar solo para invitados de honor. Grandes gaitas, harpas, salterios, fídulas, rotas y otros instrumentos animaban a los bailarines mientras los hechiceros hacían trucos de magia.

En cuanto llegó la galera que transportaba a Sone, todos la saludaron. Los instrumentos comenzaron a tocar, sonando alegremente a medida que se unían nuevos músicos y los habitantes de la ciudad se regocijaban. Habían decorado las calles con estandartes, adornado las puertas y cubierto las calzadas con flores. Todas las campanas tañían a lo largo y ancho de la ciudad. Ni siquiera los ancianos y ancianas de cabello cano escaparon a sentir alegría en sus corazones, al tiempo que todos, grandes y pequeños,

corrían al puerto llenos de júbilo.

Cuando la galera de Sone atracó, el caballero saltó del barco y se montó en un caballo que le habían llevado hasta allí. Sin capa ni capucha, de modo que todos podían verlo, entró en la ciudad en actitud triunfal. Las gentes le hacían reverencias y rezaban, unían las manos en súplica y rogaban que se convirtiera en su verdadero señor y protegiera el reino.

Sone procedió a ascender hacia el castillo. La reina madre en persona acudió a recibirlo, lo rodeó con los brazos y lo besó en la boca, algo que lo conmovió profundamente. Odée llegó después de su madre y se comportó con calma, sin revelar cómo se sentía en realidad. Le dio la bienvenida a su amigo con los ojos y lo saludó con sencillez.

—Señor, os damos la bienvenida como soberano, y si os place aceptar el título, nos lideraréis a todos como nuestro señor. No deseo ocultar que os he llamado mi amor con el corazón en la mano, y a partir de ahora actuaré según cual sea vuestra voluntad.

Cuando Sone oyó aquello, comprendió que estaba a punto de descubrir algo luctuoso. Y así fue. El rey Alain había muerto repentinamente de un resfriado que había agarrado mientras cazaba, poco después de que Sone regresara a Francia. Lloró la pérdida de su amigo y dirigió palabras amables a la reina y a su hija. Las dos le dieron las gracias por su bondad y le insistieron en su inminente aceptación de la corona.

Y esto fue lo que ocurrió después. Los sirvientes le entregaron a Sone ropajes escarlata con bordes de armiño; fue acompañado a presentarse ante su pueblo, quienes aclamaron su llegada con el mismo entusiasmo con que lo habían recibido en el puerto. Poco después, llegó el obispo de la ciudad y se dirigió a todos los que se habían reunido a las puertas del palacio real, donde les recordó que el rey Alain había muerto y que la reina había accedido a entregar la mano de su hija en matrimonio a Sone, lo que le permitiría gobernar aquellas tierras.

Luego preguntó si estaban de acuerdo, y como una única

persona, el pueblo gritó:

—¡Sí!

El obispo le repitió la pregunta a Sone, quien dio también su consentimiento.

—En ese caso, proclamo a Sone nuestro señor —concluyó el obispo—. Se desposará con la princesa y será coronado. Comprometeos con ella ante todos nosotros y ella hará lo propio con vos.

Y con gran deleite la pareja hizo lo que el obispo les había sugerido, y anunciaron su enlace solemne ante el pueblo, y hubo un gran regocijo.

✣ ✠ ✣

CORONARON A SONE al mes siguiente, y su primera orden fue que deseaba que lo desposara el abad de la isla a la que habían viajado él y el rey Alain, y que, si el hombre santo accedía, el enlace debía tener lugar en la misma isla. Cuando oyó aquello, el abad se alegró y ordenó que tañeran una campana como celebración, y envió un mensajero para confirmarles a Sone y Odée que aceptaba sus deseos.

Y así fue como el nuevo rey y su prometida navegaron hacia la misteriosa isla, donde los recibió el abad y les dio la bienvenida. Luego, le dijo a Sone con voz queda:

—Recordad bien que, como rey, también debéis custodiar la lanza sagrada que perforó el costado de Cristo y ser el guardián del Santo Grial.

El rey Sone respondió:

—Lo juro, y si Dios quiere, lo llevaré conmigo mientras viva.

Luego prepararon el castillo para la celebración, y las campanas tañeron cada hora como símbolo del matrimonio entre Sone y Odée. Los clérigos entonaron sus cantos mientras el abad, vestido de nuevo con sus ropajes sacerdotales, iniciaba la ceremonia. Cuando

todo estuvo preparado, el sacerdote entonó cánticos y los ungió con aceites sagrados y los bendijo, y después los declaró marido y mujer.

Cuando terminó el servicio, llevaron allí el Grial y se lo mostraron a todos, así como la lanza de Longino y la cruz que contenía un fragmento de la madera sagrada en la que había sido crucificado Cristo. El abad besó el Grial y lo depositó en las manos de Sone, quien lo sostuvo hasta que finalizó la misa, momento en que el abad volvió a tomarlo y lo guardó en su relicario de marfil.

Después Sone y su flamante esposa se dirigieron a palacio y se sentaron a la mesa de honor. Ambos llevaban una corona, y ropajes blancos como correspondía a las costumbres del lugar. Para sorpresa de muchos, el abad cambió sus atavíos religiosos por uno de un bermellón escarlata, recordando a todos que era, al mismo tiempo, abad y conde.

En ese momento se vio el destello de un relámpago y comenzó a tronar con tanta virulencia que todos pensaron que el cielo les caería sobre las cabezas. Se desató entonces una tormenta que partió y arrancó muchos árboles, cuyos fragmentos golpearon los muros. El mar se agitó tanto que las olas comenzaron a azotar las murallas, cubriendo gran parte de la isla con agua en la que flotaban los bienes. Muchos se habrían ahogado si no se hubieran apresurado por buscar refugio dentro de las murallas.

La tormenta fue arreciando más y más, sin dar el menor respiro, y el mismo Sone subió a los muros con Odée a su lado. El aguacero que les cayó encima estuvo a punto de arrastrarlos hacia el mar. El huracán continuó durante un día y una noche sin descanso alguno. Duró tres días con sus tres noches, durante los cuales nadie comió ni bebió, ni tampoco durmió ni descansó.

Al amanecer del cuarto día cayó un relámpago en el cementerio que había al otro lado de las murallas del castillo, seguido de un trueno que hizo retumbar toda la isla. Luego el conflicto cesó, y el huracán se alejó hacia el mar. Los cielos se despejaron; el sol apareció y la luz los alivió a todos. El huracán se había marchado,

pero habían perdido todos los barcos, pues la tormenta había destrozado las jarcias y los había hundido.

La isla estaba inundada, pero había tantos conductos en los muros que el agua no tardó en filtrarse de nuevo hacia el mar. Cuando la isla se hubo vaciado y la tierra despejado, un hedor insoportable se extendió por la isla, provocando que todos sintieran náuseas y los atenazara el miedo. Provenía del cementerio, del lugar en que había caído el rayo. Las personas que había en lo alto de las murallas estaban exhaustas tras haber pasado tres días sin dormir ni descansar, sin nada que comer ni beber.

Nadie se atrevía a acercarse al cementerio, ni siquiera el mismísimo Sone, pero quiso la fortuna que no tardaran en recibir ayuda. Tras haber contemplado la terrible tormenta desde la costa del continente, un valeroso marinero llamado Gratien partió hacia la isla con su barco, y cuando se acercó percibió también el repugnante olor, pero no se detuvo, y desembarcó y se dispuso a encontrar la fuente del hedor.

En el cementerio, vio que un rayo había golpeado la tierra y había hecho emerger una tumba que contenía un cadáver. La lápida estaba completamente quebrada, pero el cadáver, con la piel y el cuerpo intactos, yacía con la boca abierta, desde donde parecía que procedía el hedor letal.

A punto de perder el sentido, Gratien arrastró el cuerpo hasta la cima del acantilado y lo arrojó al mar, y en ese momento el aire volvió a despejarse y el sol brilló desde el cielo azul.

El nuevo rey y la reina observaron todo lo ocurrido desde la parte superior de las murallas, y Odée, aferrada al cuello de su esposo, suplicó que se marcharan de aquel lugar de inmediato.

—Mi querida y dulce esposa —respondió Sone—, no podemos abandonar ahora nuestro deber.

Bajaron a los pies de la muralla, donde los monjes se habían reunido. Allí hallaron a la vieja reina, mortalmente enferma debido a la inundación y al hedor, y esa misma noche finó.

Tanto Sone como Odée lloraron su pérdida y prepararon una

tumba para ella dentro de los muros del castillo. Sone, junto con el abad, se dirigió al cementerio y observaron el agujero en que había descansado el cuerpo. El abad se dirigió al lugar en que aún se alzaba la lápida que había marcado la tumba y leyó la inscripción. Rezaba que aquel sepulcro había pertenecido a la esposa de José de Arimatea, cuyo corazón pagano jamás aceptó las costumbres de su esposo, y por eso había permanecido incorrupto a lo largo de los años. Su rencor había causado el hedor que tanto había abrumado a todos los presentes, hasta que Gratien se había deshecho de sus restos torturados. Por ello, el valiente marinero recibió muchos elogios, y el rey Sone le concedió muchos favores.

Y así fue como, finalmente, el rey y la reina regresaron a tierra y, poco después, acompañados por el abad, se marcharon a recorrer el reino, buscando promesas de lealtad por parte del pueblo. Y se dice que Sone gobernó bien, y con el tiempo adquirió aún más poder gracias a la fuerza y el honor que poseía. Se dice incluso, aunque no sé si es cierto, que se convirtió en el emperador de Roma durante sus últimos años, y que uno de los hijos que le dio Odée acabó siendo papa. También se nos cuenta cómo, cuando su vida tocaba a su final, Sone miró una última vez el Grial, que había custodiado durante una gran parte de su vida, y que, como sir Galahad antes que él, había expirado sin sufrimiento, y su espíritu se había elevado hacia los cielos.

Esta es la historia de Sone de Nansay, que he narrado con el conocimiento de que el maestro Thomas sin duda la habría incluido en su magna obra, de haberla conocido.

——— ✠ ———

EXPLICIT LIBER QUARTUOR.

INCIPIT LIBER QUINQUE.

LIBRO QUINTO: EL FINAL DE LA MESA REDONDA

El rey Arturo en el otro mundo

31: LA MUERTE DEL REY ARTURO

✠

Cuando el maestro Thomas llegó al final de su gran obra, a la que, con un cierto temor, me he dispuesto a añadir estas historias que él no incluyó, nos ofreció la mejor versión sobre la muerte del gran rey, cuya vida y hazañas narró de una forma espléndida. Por ese motivo el libro se llamó la *Morte* (es decir, la «muerte») de Arturo. Es cierto que no hay hombre vivo que pueda escribir un homenaje mejor que sir Thomas. Sin embargo, recientemente descubrí otras dos versiones que, a pesar de no estar ni mucho menos a la altura de la gloriosa prosa del maestro Thomas, nos cuentan acontecimientos que él no registró, por motivos que desconozco.

✠ ✠ ✠

POR TANTO, REGISTRARÉ esos relatos aquí, aunque algunos hablan de acontecimientos terribles que quizás sería mejor no recordar. Lo haré únicamente por mi deseo de completar la obra que sir Thomas dejó en cierto modo incompleta, y pido perdón si invado demasiado su memoria.

✣ ✠ ✣

ALGUNAS OBRAS QUE he leído cuentan que tras el final de la gran búsqueda se produjo un gran lamento en las tierras del rey Arturo, pues eran muchos los que afirmaban que ya no quedaban aventuras de las que disfrutar. Por eso la hermandad de la Mesa Redonda comenzó a debilitarse, dado que además de los muchos y magníficos caballeros que habían perecido en la misión, o se habían perdido por el mundo, deambulando sin fin en tierras que no son la nuestra, los que sí habían regresado estaban ociosos e inquietos.

Finalmente, varios de los más grandes señores, incluidos sir Gawain y sir Lancelot, acudieron al rey Arturo y le hablaron así:

—Majestad, sois sin duda el caballero más espléndido que ha vivido jamás, así que todos deberíamos seguiros y ponernos a vuestro servicio. El mismo Merlín, de quien se sabe que nunca ha mentido, predijo que un día gobernaríais la mitad del mundo. En efecto, derrotasteis al mismísimo emperador de Roma, y fuisteis coronado en la ciudad santa. No obstante, hay algunos que no os rinden el honor que merecéis, sobre todo los reyes de Francia y España. Venimos a pediros que reunáis un ejército y crucéis el mar para declararles la guerra a aquellos que no aceptan vuestro dominio.

Como aquellos que hayan leído la obra del maestro Thomas sabrán, estos hechos tuvieron lugar mucho antes de lo que la historia nos cuenta, cuando el rey derrotó al emperador Lucio y fue, en efecto, coronado[27]. Pero te pido que apartes de tu mente

durante este breve momento la historia que nos cuenta cómo Arturo y Gawain le declararon la guerra a sir Lancelot por la muerte de sir Gareth, el hermano de Gawain, cuando Lancelot rescató a la reina Ginebra de las llamas a las que la habían condenado.

Aquí presento una historia diferente. Pues cuando oyó la súplica que le hicieron Gawain y Lancelot, y consciente de que muchos otros señores nobles y caballeros opinaban lo mismo, el rey Arturo pidió que se enviaran mensajes por todo el reino en los que invitaba a todo aquel que quisiera unirse a él en la guerra contra los franceses y los españoles a que acudiera a la áurea Camelot. Pocas semanas más tarde, muchos señores nobles respondieron a su llamada, y pronto más de diez mil hombres estaban listos para la guerra.

Luego el rey Arturo ordenó a su hijo, Mordred, que protegiera el reino en su ausencia y se preparó para embarcar. Después de cruzar el mar, el ejército marchó tierra adentro, hacia las tierras del rey francés, cuyo nombre era Flories, y quien, al descubrir que el rey Arturo se disponía a declararle la guerra, convocó a su propio ejército. Pero incluso mientras sus señores y caballeros se reunían, envió a Arturo una carta.

Noble señor:

Juro que os arrepentiréis del día en que vinisteis a por mí. Pero por las vidas de todos los que cabalgan con nosotros, grandes caballeros y señores, y hombres comunes por igual, os pido que tengáis a bien dirimir esta guerra en combate singular, rey contra rey, mi cuerpo contra el vuestro.

Cuando el rey Arturo leyó el mensaje, se quedó en silencio un tiempo, pues en verdad los años habían comenzado a pesarle, y sabía que el rey Flories era más joven que él. Sin embargo, en su corazón saltó una chispa que no tardó en convertirse en llama, y anheló cabalgar de nuevo en batalla contra un enemigo honorable. Así, y a pesar de que tanto sir Gawain como sir Lancelot, además de otros muchos caballeros, le rogaron que no aceptara las palabras del rey francés, el rey Arturo declaró que en tres días se enfrentaría a su

oponente en el campo de batalla donde se habían reunido los dos ejércitos, y allí, ante todos, lucharía por el derecho de conquista.

Y así fue como el tercer día, el rey Arturo se vistió con su espléndida armadura, eligió la montura más magnífica que tenía y cabalgó hacia el campo de batalla. Hasta allí acudió también el rey Flories, y se oyó un gran sonido de trompetas en ambos bandos, hasta que los mismísimos cielos resonaron con los toques.

Los dos reyes pusieron sus lanzas en ristre y cargaron. Las lanzas se astillaron, pero no se hicieron ni un rasguño. Dos veces repitieron el ataque, y al final ninguno de los dos tenía ventaja sobre el otro. Así que desmontaron, desenvainaron las espadas y se abalanzaron sobre el otro. El rey Arturo contaba con su poderosa espada, Excalibur, con la que se defendió ferozmente. Sin embargo, fue el rey Flories quien acertó los primeros golpes, que atravesaron la cota de Arturo y lo hirieron en el costado. Y con otro espadazo le cortó al rey la pierna y le arrancó parte de la carne del hueso.

Todos los del bando britano vieron que el rey Arturo estaba herido, y temían por él. Pero el rey reunió todas sus fuerzas y, con Excalibur en la mano, atravesó primero el escudo del rey francés y le cortó el brazo. Y cuando Flories gritó a pleno pulmón y retrocedió, el rey Arturo le golpeó el yelmo, que cayó de su cabeza junto con algunos mechones de pelo. Ahora el rey Arturo tenía ventaja, y atacó de nuevo a Flories hasta que volvió a retroceder, cegado por la sangre que le rezumaba de la herida de la sien. Entonces, Arturo hizo un gran esfuerzo y volvió a golpearlo, hasta que su oponente cayó al suelo muerto.

En ese momento se produjo un gran regocijo entre los britanos, y mucha tristeza y lamentos en el bando francés. Pero así se evitó la guerra en aquel tiempo, y los nobles franceses acudieron a rendir homenaje al rey Arturo.

Muchos fueron los caballeros de la Mesa Redonda y otros nobles señores quienes acudieron a Arturo y le suplicaron que los liderara hacia España para derrotar a sus enemigos de allí. Pero Arturo declaró que ya había vivido suficientes guerras y que regresaría a

casa. Incluso mientras hablaba, apareció un mensajero que le informó de que Mordred se había rebelado contra su padre y había tomado a la reina Ginebra prisionera. Al oírlo, el rey deseó regresar a casa de inmediato, y todos se enfurecieron sobremanera con Mordred y quisieron su muerte. El ejército dio media vuelta y dejaron el reino francés a manos de un noble britano, mientras el resto regresaba a casa.

Los que hayan leído el libro del maestro Thomas sabrán lo que ocurrió después, así que no lo repetiré aquí, salvo para decir que, en la gran batalla de Camlann, Mordred cayó bajo la hoja de Arturo, aunque el rey también recibió una herida mortal. El maestro Thomas nos cuenta brevemente lo que sucedió después, pero no podía decir si el rey Arturo había muerto o no, o si se había marchado, mediante la voluntad de nuestro Señor, a otro lugar. Con todo, en la historia que he encontrado y que relato aquí, se dice claramente que el rey fue transportado a Ávalon para que allí sanaran sus heridas, y que desde entonces se lo había visto cazando en el Gran Bosque con una manada de sabuesos cuyos aullidos se oían por todas partes. La historia no nos dice nada más, pero recurriré al testimonio de otro, el bardo Taliesín, quien visitó a Merlín en los días en que corría desquiciado por el bosque [28]. Allí, los dos hablaron al fin sobre el destino del rey, y Taliesín le contó una historia distinta: de cómo él había estado presente en aquella última batalla y cómo había ayudado a trasladar al rey a una cala resguardada donde esperaba un bote anclado.

—Lo llevamos a la isla de Ávalon, en un bote guiado por el sabio Barinthus, quien conoce los caprichos de las mareas y los vientos. Allí una gran dama lo tumbó en su propio lecho, adornado de oro y seda, y examinó sus heridas. Concluyó que se recuperaría si permanecía allí con ella durante un largo tiempo.

Y Merlín respondió:

—¡Qué terrible ha sido la estrella de esta tierra desde aquel día!

—Tal vez deberíamos enviar un mensajero que le suplicara a Arturo que regresara —contestó Taliesín.

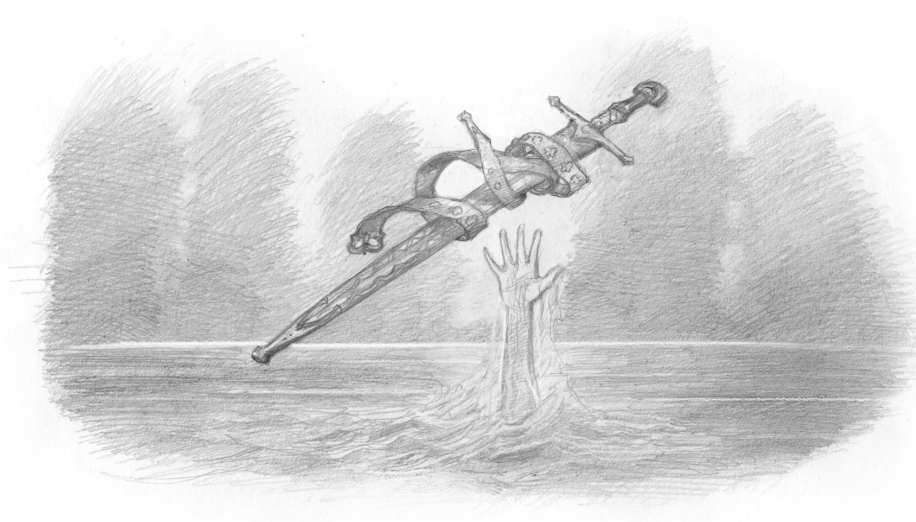
—No será posible —dijo Merlín—. No hay forma de recuperar a aquellos que viajan a Ávalon en el tiempo que dura su vida.

Y, con todo, he encontrado otra versión más, y esa es la que narraré ahora, pues es sin duda una historia maravillosa, que, hasta donde alcanza mi conocimiento, pocos han oído. Solo puede traerle alegría a aquellos que creen que el gran rey no ha muerto, y que un día regresará a proteger esta tierra en tiempos de necesidad.

——— ✠ ———

EXPLICIT LA MUERTE DEL REY ARTURO.

INCIPIT AQUÍ COMIENZA EL VIAJE A ÁVALON.



Excalibur

32: EL VIAJE A ÁVALON

El que cuenta esta historia se llama Guillem de Torroella. Lo escribe desde el punto de vista de quien ha presenciado estas cosas con sus propios ojos; ¿quién soy yo para dudar de él? El relato que nos cuenta es maravilloso y extraño, pero dentro hay mucho que considero cierto. Por tanto, lo narraré tal como él lo escribió, con sus propias palabras, que he copiado fielmente y, espero, sin errores.

EN LA MAÑANA del día de San Juan, iba yo cabalgando y disfrutando del viento en el rostro y de la pureza del aire. Tan entusiasmada estaba mi montura que apenas podía controlarla, pues estaba decidida a galopar. Le di libertad y permití que corriera

hacia donde quisiera. Finalmente, comenzó a cansarse y llegamos a la orilla de un río, donde la refrené y desmonté, y le di tiempo para que bebiera. Allí vi cómo, a una cierta distancia, el río desaguaba en el mar, y mientras miraba, fui testigo de una extraña visión. En el borde del agua yacía una gigantesca criatura, de esas que llaman, si no me equivoco, ballena.

Tan grande era mi deseo de observar mejor a la bestia que me acerqué, y al hacerlo fue como si la oyera hablándome dentro de mi cabeza, y me invitó a montar en su lomo. En un primer momento sentí miedo, pero me pareció que la criatura era bondadosa, así que me aupé por sus enormes costados hasta sentarme en su espalda. Era tan gigantesca que podía ver a una distancia de diez leguas en todas direcciones. Luego, mientras me maravillaba con las vistas, la bestia comenzó a alejarse de la costa mar adentro. Temiendo por mi vida, me agarré a su espalda, tan rugosa que no me costó encontrar lugares a los que asirme.

Y así emprendimos la travesía, la criatura y yo, a través de los indómitos mares, dejando atrás muchas tierras que habría deseado explorar, hasta que a la postre la gran bestia alcanzó otra costa donde las aguas golpeaban las rocas con gran estruendo. Allí se detuvo la ballena y, muy aliviado, bajé de su espalda y caminé de nuevo sobre tierra firme.

Para entonces ya se había puesto el sol, así que apenas veía por dónde andaba. Poco después vi una luz brillar en la oscuridad, y me dirigí hacia ella. Allí fui testigo de algo extraordinario: un magnífico árbol emergía de la tierra, en cuyas ramas se enroscaba una enorme serpiente. Sobre su cabeza, a modo de corona, descansaba un espléndido rubí, que era la fuente de la luz. A su lado vi un amplio prado, donde crecían muchas y muy hermosas flores. El perfume era tan agradable que la cabeza me daba vueltas. No habría sabido decir qué tipo de árbol era aquel que tenía frente a mí, pero sus ramas estaban cargadas de fruta con formas similares a las de las naranjas o las mandarinas, pero de un color distinto. A esas alturas estaba ya muy hambriento, pues no había comido desde la mañana,

así que arranqué algunas de las frutas del árbol y me las comí. ¡Qué extraordinario sabor! No se parecían a nada que hubiera probado antes, y no he vuelto a saborear nada igual. Luego me percaté de que al pie del árbol había un cuenco de piedra lleno de agua limpia. Bebí de allí hasta saciarme, tras darme cuenta de que, por mucho que bebiera, el nivel del agua no cambiaba.

Mientras me maravillaba ante lo extraño de aquel lugar, oí una voz que se dirigía a mí. Caí en la cuenta de que quien hablaba era la misma serpiente, y por extraño que parezca, se dirigió a mí por el nombre:

—Guillem, has llegado hasta aquí a través de una ruta extraordinaria, y no por voluntad propia. Por tanto, te diré que te encuentras en la isla encantada de Ávalon, donde habitan Morgana el Hada y mi maestro, el rey Arturo.

Aquello me sorprendió enormemente, pues, como todos saben, al gran rey Arturo lo sacaron del campo de batalla y navegó en una barcaza mágica hacia otra tierra. Por lo visto, gracias a alguna clase de milagro, yo había llegado a ese mismo lugar. Pero en aquel momento comencé a notar un gran sopor, y me tumbé en la hierba entre las flores perfumadas, y allí caí dormido.

Por la mañana, el trino de los pájaros me despertó, y escuché con deleite su música y me levanté y me lavé con el agua del cuenco de piedra, y allí sacié mi sed. A mi alrededor, la tierra estaba salpicada de plantas verdes y doradas que me dejaron sin palabras. Luego recordé lo que la serpiente me había contado sobre aquel lugar, y sobre el rey Arturo, y comencé a buscar señales de vida, una torre, un palacio o una casa. En un primer instante no vi nada, hasta que al fin llegué a un lugar en que esperaba un hermoso palafrén con el arnés más espléndido que había visto jamás. La bestia estaba adornada con prendas de oro sobre las que habían cosido escenas de amor. Allí identifiqué a Tristán e Isolda, Píramo y Tisbe, Flores y Blancaflor, Paris y Helena, y muchos más, mientras que del arnés colgaban campanas de oro y plata que tintineaban con delicadeza cuando se movía.

Me subí a lomos de la montura y la urgí a que se moviera, pero por mucho que tirara de las riendas, la bestia se negaba a ir en ninguna dirección que no fuera la que ella deseaba. Así que le di libertad y permití que fuera donde quisiera.

El lugar era el más maravilloso que yo había visto jamás, pues así de fecundo era, lleno de flores y árboles de las especies más extraordinarias, cruzado por arroyos de plata y salpicado de espléndidos campos de trigo y cebada.

Cabalgué durante un tiempo, hasta que vi a dos perros corriendo hacia mí. Para mi sorpresa, se acercaron brincando de alegría y me mostraron un afecto más propio de quien te conoce desde hace mucho tiempo. Entonces comprendí que estaba en un lugar de un gran poder, y seguí a los perros hasta que distinguí a un gavilán posado en una rama. Me miró con sus ojos dorados y sentí que me conocía, igual que los perros, aunque no los hubiera visto antes.

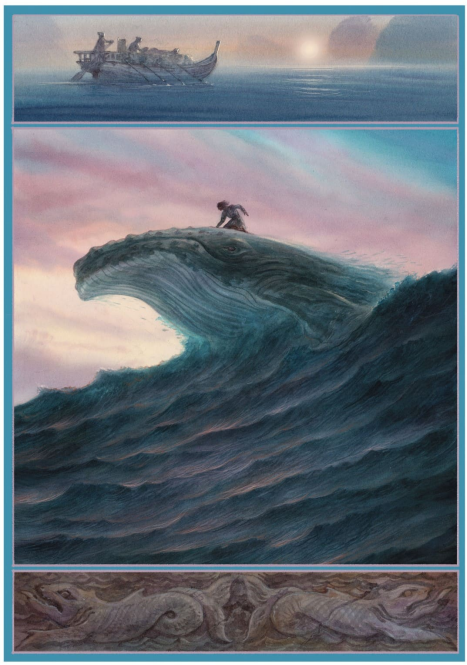


ILUSTRACIÓN 10: «Y así emprendimos la travesía, la criatura y yo, a través de los

indómitos mares, dejando atrás muchas tierras que habría deseado explorar».

Luego seguí cabalgando durante un tiempo hasta hallarme en un jardín donde crecían muchos y muy magníficos árboles, todos del mismo tamaño y altura.

Entre ellos se alzaba un palacio de una belleza que a mi entender habría rivalizado con la del templo de Salomón. Sus muros estaban adornados con jaspe, tanto amarillo como verde, unidos por franjas de plata. La entrada era alta, y se apoyaba en arcos de cristal. Las puertas eran de ébano con decoraciones doradas.

El palafrén se detuvo ante las puertas y se negó a continuar.

—¿Es aquí donde debo entrar? —pregunté en voz alta.

En ese momento, se me aproximó una doncella hermosa que no debía de tener más de dieciséis años. Llevaba un vestido de brocado negro, bastante sencillo, sin adorno alguno. Tenía la piel pálida y el cabello rojo.

—Bienvenido, Guillem —dijo—. Estáis aquí porque esa ha sido mi voluntad.

—De todas las maravillas que he visto en este lugar —respondí —, lo que más deseo es saber si tenéis noticias sobre el rey Arturo, de quien me ha hablado la serpiente del gran árbol. Y también desearía, si os place, conocer vuestro nombre.

—Cuando el rey Arturo gobernaba Britania, se me conocía como Morgana el Hada. Podéis llamarme por ese nombre.

Al percatarse de mi asombro, la doncella sonrió:

—Y en cuanto a mi señor y querido hermano Arturo, lo encontraréis en efecto aquí. Está dentro del palacio, pero debo advertiros de que recientemente le ha sobrevenido una gran melancolía. No será tan buena compañía como esperáis. Tampoco puedo hacer nada para sanarlo, pues ni siquiera la magia más poderosa que conozco le hace efecto.

—Mi señora, me conformaría con solo ver al rey, aunque lamento lo de su tristeza.

—Entrad, pues. Veréis lo que deseáis ver.

Tras haber colocado al gavilán sobre el borrén de la silla del palafrén, haber ordenado a los perros que esperaran allí y haber atado la montura a un poste, entré en el palacio.

Supe de inmediato que su diseño no era del reino de los mortales, pues ningún hombre vivo, salvo quizás Merlín, habría podido construirlo. Sobre sus muros y vidrieras de colores se mostraban las hazañas de los caballeros de la Mesa Redonda. No faltaba ninguno, desde Gawain a Palomides, Lancelot, Perceval y Bors, quienes estaban con Galahad en el momento en que hallaron el Grial. Todos esos y muchos más que no nombraré estaban representados en aquel asombroso lugar.

A pesar de aquellas maravillas, no veía ningún otro ser vivo, salvo aquella que me había conducido hasta allí.

—¿Por qué no veo al rey ni a los que le sirven? —pregunté—. Sin duda, un señor tan magnífico debe de contar con muchos sirvientes.

Morgana el Hada sonrió.

—No podéis verlo, ni a ninguna de las personas que sirven aquí, porque no os he dicho cómo. Y eso haré a continuación.

Acto seguido levantó la mano y vi que llevaba un espléndido anillo en el dedo, y que la joya engastada en él destellaba y llameaba como una estrella.

—Debéis mirar a través de esta piedra preciosa y veréis todo lo que deseáis ver —dijo la dama.

Entonces se quitó el anillo del dedo y me lo entregó. Era muy pesado, y parecía caliente al tacto. Me lo acerqué a los ojos y a través de él tuve una visión maravillosa, pues el velo que me había cubierto los ojos cayó, y pude ver todo lo que había allí. En un lecho cubierto con sábanas de seda y costuras de oro y plata se sentaba un hombre que no parecía tener más de treinta y tres años. Parecía sumido en la más profunda de las melancolías, con la mirada clavada en la poderosa espada que descansaba sobre su regazo.

—¿Es este en verdad el gran rey? —pregunté.

La dama Morgana respondió que sí, y entonces le pregunté si podía acercarme a él, y ella volvió a asentir. Y así fue como me presenté ante el gran rey, que tenía el aspecto de cualquier otro hombre. Lo oí hablarle a la espada.

—¡Excalibur! A qué triste lugar me has traído. Tantos años como rey, enviando a mis caballeros a buscar errores que corregir, damas que proteger, males que destruir. ¡Quién me ha visto y quién me ve! ¡Cuánto me arrepiento de haber subido al barco que me trajo hasta aquí! ¡Cuánto deseo regresar al mundo!

En ese momento, debí de hacer algún ruido, pues el rey levantó la mirada.

—¿Quién sois? —gritó a viva voz—, ¿de dónde venís?

—Majestad —dije, arrodillándome—. Mi nombre es Guillem de Torroella, y he llegado por casualidad y con una extraña fascinación a este lugar.

Entonces le conté todo lo que había ocurrido. Después de escuchar lo que tenía que decirle, el rey me miró con gesto de gravedad.

—Sed bienvenido aquí —dijo—. Aunque puedo deciros poco o nada sobre este lugar.

Se volvió entonces hacia Morgana.

—Mi señora, no recuerdo nada sobre mi llegada aquí, y tampoco sé por qué vuelvo a tener entre mis manos esta espada.

—Mi señor, os encontráis en Ávalon, mi reino, para recuperaros de vuestras heridas —respondió Morgana—. Y en cuanto a la espada, cuando la devolvieron al agua según vuestras órdenes, yo la recibí y os la traje aquí.

—Tengo la sensación de haber dormido durante un largo tiempo —dijo el rey—. Decidme, Guillem de Torroella, ¿qué dicen de mí los hombres del mundo?

—Mi señor —contesté—, hablan de vos como de uno de los más espléndidos reyes del mundo, y las historias de vuestros caballeros se narran en todas las tierras. Yo mismo las he oído en los salones de mi país.

Luego le conté las historias que había oído sobre la gran batalla en el campo de Camlann y todo lo que siguió, y le hablé de la tumba que se erigió en Britania, que rezaba que era la suya.

En ese momento, el rey pareció más apesadumbrado que nunca, y con una gran osadía le dije:

—¿Podría haceros una pregunta, mi señor? ¿Sois en verdad el mismo rey Arturo que aún se espera que regrese? ¿Y cómo es posible que volváis a ser tan joven? Según tengo entendido, estabais entrado en años cuando caísteis en el campo de Camlann.

—Soy en efecto aquel que fue rey de Britania y quien fundó la Mesa Redonda en la áurea Camelot, el que envió a sus caballeros a recorrer el mundo en busca de errores que corregir. Incluso los vi partir en busca del Santo Grial, la misión de la que tan pocos regresaron. Y por lo que respecta a mi aparente juventud, la respuesta es simple, aunque ni yo mismo lo comprenda. Cuando subí al barco que me trajo aquí, comencé a sanar de inmediato, de modo que cuando llegué a la isla ya estaba totalmente recuperado. Luego esta dama me llevó a una fuente y me pidió que me desarmara y entrara desnudo. Eso hice, y cuando salí estaba como me veis ahora. Los años cayeron de mí como las hojas de un árbol, y volví a estar lleno de vigor. Ahora, ante mi asombro, bebo todos los días del Santo Grial, que en estos momentos se encuentra en el castillo protegido por mi caballero sir Perceval. No siento hambre ni sed, ni tampoco envejezco. Mas en este lugar el tiempo no avanza, a diferencia de lo que ocurre en el mundo exterior, de modo que no tengo forma de saber cuántos años hace que llegué.

Entonces informé al rey del tiempo que había pasado desde la última vez que se lo vio sobre la Tierra, aunque hay algunos que afirman haberlo oído cazando en el Gran Bosque.

—Cuánto desearía que eso fuera cierto —se lamentó Arturo, y tuve la sensación de que le cayó alguna lágrima al oír esas cosas.

Luego volvió a contemplar la espada que aún sostenía y, tras ponerse en pie de repente, me la ofreció, con la empuñadura por delante, mientras él sujetaba la hoja entre las manos. En un primer

momento temí tocarla, pero el rey sonrió y asintió, y yo alargué la mano y toqué la empuñadura. Y en ese instante creí tener una visión del mundo, con todos sus horrores y enfermedades. Allí vi a hombres sin honor y a otros que solo buscaban poder. Lejos quedaban los días de Arturo, cuando la hermandad de la Mesa Redonda vigilaba las tierras y llevaba la paz y la bondad a todos los rincones. Ahora no había más que codicia y rapiña en todos los lugares.

Entonces yo lloré también, igual que el rey, pues comprendí que el mundo se había sumido en la sombra y que necesitaba urgentemente a alguien como él. Dejé caer las manos de la empuñadura de Excalibur, pues no podía soportar seguir contemplando aquellas imágenes. El rey Arturo tomó la espada y volvió a sentarse en la cama, sin mirarnos ni a mí ni a la dama Morgana, sino a aquello que solo él podía ver.

Permanecimos en silencio un rato, hasta que, por pura compasión hacia el rey, sentí la urgencia de decirle:

—Los hombres siguen esperando vuestro regreso en el mundo que hay más allá de este lugar. Decidme, majestad, ¿volveréis a liderarnos de nuevo?

El rey Arturo me miró y respondió:

—Aunque no pueda asegurarlo, es posible que llegue el día en que abandone este lugar y me reúna con mis compañeros, pues ese es mi mayor deseo.

Entonces Morgana me llevó aparte y me dijo:

—Debéis marcharos. Os acompañaré al lugar en que os espera el palafrén y después hasta la gran criatura, que es en efecto una mujer hechizada con esa forma que me hace un buen servicio. Pero sabed que tenéis mi gratitud, así como la del rey, pues le habéis abierto la mente sobre su verdadera identidad, y le habéis hecho entender que el mundo aún lo necesita. Esa es la razón por la que os he traído hasta aquí, y ahora os enviaré de vuelta.

Así que me despedí del rey Arturo, aunque lo cierto es que ya no parecía verme, y seguí a la hechicera de vuelta hacia el lugar en que

aguardaba el palafrén, con el gavilán posado en la silla y los perros acostados a sus patas. Y, en efecto, parecían contentos de verme, como si hiciera muchos años que fuera su amo.

—Buena suerte, Guillem de Torroella —dijo Morgana—. Recordad lo que habéis visto y anotadlo para que otros conozcan la verdad.

Y así fue como abandoné la isla de Ávalon y regresé a la costa, donde encontré a la gran ballena esperándome. De nuevo, salté sobre su espalda y los dos perros subieron conmigo, felices de acompañarme, y la bestia nos llevó a través de las olas hasta alcanzar mi hogar. Allí, mi montura esperaba como si hubiera estado fuera apenas unas horas, y lo cierto es que el tiempo parecía haberse detenido mientras estuve en aquel otro lugar.

Los perros que conocí en la isla llevan conmigo desde entonces, y se han convertido en unos campeones de caza.

He escrito todo lo que tuvo lugar en aquel tiempo, y sobre la conversación que mantuve con el rey Arturo, y lo que él me dijo a mí, y todo lo demás. Sigo sin tener claro si aquello no fue más que

un sueño, aunque en mi corazón tengo la certeza de que el gran rey regresará y volverá a caminar con nosotros una vez más y nos guiará hacia tiempos menos turbulentos.

✣ ✣ ✣

Y ASÍ CONCLUYO YO también este libro, que he escrito en honor al maestro Thomas Malory y que contiene historias omitidas en su magna obra. Espero que, dondequiera que esté su espíritu, mire con simpatía mis palabras y sepa que sus escritos se siguen leyendo en muchos países, y que seguirá siendo así durante muchos muchos años. Existen otros relatos, que he descubierto recientemente, y, si se me permite, los recopilaré en otro momento.

——— ✣ ———

EXPLICIT EL GRAN LIBRO DEL REY ARTURO Y LOS CABALLEROS DE LA MESA REDONDA.

SCRIBA SILVAE MAGNAE SCRIPSIT

NOTAS Y FUENTES

LIBRO PRIMERO: EL LIBRO DE MERLÍN

1: La llegada de Merlín

A Geoffrey de Monmouth, un clérigo del siglo XII, lo conocemos sobre todo por su magna obra *Historia Regum Britanniae* («La historia de los reyes de Britania»), que fue algo así como un superventas en su época. Fue el primer libro que intentó hacer una recreación completa de la vida y las hazañas de Arturo, y marcó el inicio del flujo de literatura artúrica que se produciría a lo largo de los cuatrocientos años siguientes. Pero suele olvidarse que Geoffrey escribió otro libro, el *Vita Merlíni* o *Vida de Merlín*. Ya había reunido una serie de profecías destacadas, recopiladas de la tradición oral, como las *Profecías de Merlín*, que incorporó, junto con la historia del encuentro de Merlín con el tirano Vortigern, en la *Historia*. Ahora, sin embargo, se centra en las leyendas originales que trataban sobre la figura de Merlín (o Myrddin) en Gales. Estos relatos nos cuentan una historia muy diferente del Merlín que conocemos de los romances artúricos, y sugieren que existía una figura independiente cuya vida acabó absorbida por el mundo artúrico después de que se publicaran las historias de Geoffrey. La versión que incluyo es, según me consta, la primera adaptación moderna. El texto original de Geoffrey es un poema en latín de 1529 versos. Lo he adaptado libremente y omitido muchos detalles que sostienen la historia. De ahí que haya profecías y al menos un incidente repetido en el que Merlín cura a otro hombre salvaje que

no parece más que un duplicado de sí mismo. El personaje de Ganeida, la hermana de Merlín, bien podría ser la que más tarde se conocería como Nimue. Para las mentes reprobatorias de los escribas medievales, la idea de un hermano y una hermana viviendo juntos en el bosque olía a incesto, y probablemente por eso acabó surgiendo la historia en que Merlín se ve seducido por aquella hermosa joven que aparece en Malory y otras fuentes.

En este texto hay bastantes temas fascinantes, incluida la famosa muerte triple que le predijo Merlín al joven que, en efecto, acabó muriendo de tres formas distintas. Detrás de esto hay una forma mucho más antigua de sacrificio que practicaban los celtas, en la que apuñalaban, estrangulaban y ahogaban en una ciénaga a una víctima elegida. En la obra *The Mystic Life of Merlín* y *The Prophetic Vision of Merlín* (Arkana, 1986) de R. J. Stewart pueden encontrarse un tratamiento completo sobre estas cuestiones y un desglose de los significados ocultos del texto; para más información sobre Nimue y Ganeida, recomiendo *Ladies of the Lake*, de Caitlín y John Matthews (Thorsons, 1991). El texto original ha sido traducido numerosas veces, por J. J. Parry como *Vita Merlíni* (University of Illinois Press, 1925) y por Basil Clarke como *The Life of Merlín* (University of Wales Press, 1973). Mark Walker hizo una traducción más reciente en *Geoffrey of Monmouth's Life of Merlín: A New Verse Translation* (Amberley Books, 2011). He consultado repetidamente todas estas versiones a la hora de escribir la mía.

2: La historia de Avenable

Esta historia la encontramos en varias versiones distintas. La primera, y en la que se basa esta versión, se encuentra en la obra *English Prose Merlín* que editó por primera vez Henry B. Wheatley entre 1865 y 1899 (*Merlín or the Early History of King Arthur*, 4 volúmenes, Early English Text Society [London: Kegan Paul,

Trench, Tubner, reimpreso en Nueva York: Greenwood Press, 1969]). La segunda versión, más elaborada, aparece en *Silence*, un romance artúrico del siglo XIII, descubierto recientemente y traducido por Sara Roche-Mahdi (East Lansing: Colleagues Press, 1992). Esta última es sin duda la versión más larga, pero he optado por la versión inglesa porque se lee mejor y exige menos conocimientos sobre los acontecimientos antes del inicio de la historia. Con todo, recomiendo encarecidamente leer *Silence*, porque es un romance encantador y muy poderoso que podría llegar a considerarse una de las primeras novelas feministas. Su autor, identificado con Heldris de Cornualles en el manuscrito, podría haber sido incluso una mujer, a pesar de referirse a sí mismo como «maestro». Heldris a lo largo de la obra. La obra, en la que se nos cuenta el relato de una mujer educada como hombre, incluye escenas maravillosas y una discusión extensa y fascinante entre las figuras alegóricas de la «Naturaleza» y la «Crianza», sobre si la construcción del carácter depende del género natural de la criatura o de la crianza o educación; un tema de un interés considerable todavía en nuestro tiempo. El personaje de Silence en sí misma, llamada Avenable o Grisandole en el texto inglés, es el de una persona decidida, que se abre paso en un mundo de hombres gracias a sus habilidades, fuerza e ingenio nato. Más recientemente, en 2020 se publicó *The Story of Silence* de Alex Myers, una novela basada en el texto original.

Por descontado, el aspecto más interesante de la historia es la parte que concierne a Merlín, el relato sobre su risa y su capacidad para transformarse en un venado. Todo se extrae de materiales célticos muy anteriores, incluidos algunos poemas tempranos atribuidos al mismísimo Merlín, y a la famosa *Vita Merlíni* de Geoffrey de Monmouth.

La única versión que nos ha sobrevivido del «Merlín inglés» está ahora en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge (FF III ii). Así como en la edición de Wheatley, a partir de la cual he trabajado en mi propia versión, hay un fragmento que incluye la historia de

Grisandole en *The Romance of Merlín*, editado por Peter Goodrich (Garland Publishing, 1990). He incluido el texto de Wheatley completo tanto en mi *Arthurian Reader* (Thorsons, 1991) como en *Merlín Through the Ages*, editado con R. J. Stewart (Cassell, 1994). Se incluye una versión novelada muy diferente, contada desde el punto de vista de Merlín, en la antología *Merlín and Woman*, editada por R. J. Stewart (Blandford Press, 1988) y en una versión extendida de *The Song of Arthur* (Quest Books, 2002). El extenso ensayo de Lucy Allen Paton «*The Story of Grisandole: A Study in the Legend of Merlín*» (*Publications of the Modern Language Society of America*, vol. XXII, [1907], pp. 243-282) incluye un fascinante análisis sobre las numerosas versiones de esta historia, que podemos encontrar en lugares tan lejanos como India o China.

3: Merlín y los dragones

Esta historia se basa en dos versiones distintas. Una es la que podemos encontrar en la *Historia Brittonum*, escrita por un monje galés del siglo XIX llamado Nennio. La otra aparece en la celebrada *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth. Aquí he amalgamado las dos versiones para formar una más completa. Dinas Emrys, donde tiene lugar la batalla entre las dos sierpes, no está lejos de Beddgelert en Gwynedd, al noroeste de Gales. La colina aún está coronada por unas ruinas que datan de los siglos V y VI, lo que nos indica que es muy posible que haya un atisbo de verdad detrás de la idea de la torre de Vortigern. El mismo Vortigern llegó al poder en el siglo V. Probablemente fuera un señor de la guerra britano nativo, aunque Bede, un historiador temprano, se refiera a él como «rey de los británicos». En esas fuentes tempranas se lo recuerda por haber invitado a mercenarios sajones a Britania para que lo ayudaran a defender el país de los pictos, quienes lo estaban invadiendo desde el norte. Como pago, exigieron tierras en Britania

y luego trajeron a sus familias y a más guerreros que luego se convirtieron en invasores. Se cree que el Arturo del siglo VI pudo reunir a las tribus britanas diseminadas para combatir a los sajones, recluyéndolos en la costa el tiempo suficiente para que se volvieran colonos, y no invasores. La historia de Merlín y los dragones parece haber surgido del folklore de la zona. Merlín aparece mencionado como Emrys en los registros más antiguos, y probablemente por eso se lo asoció a aquel lugar. Para obtener más información echa un vistazo a mi obra *Book of Merlín* (Amberley Books, 2019). En cuanto a los textos originales en los que se basa la historia que cuento aquí, puedes consultar: *Nennius: British History and the Welsh Annals*, editado y traducido por John Morris (Phillimore/ Rowman & Littlefield, 1980) y la *Historia de los reyes de Britania*, traducida por Luis Alberto Cuenca (Alianza Editorial, 2017).

LIBRO SEGUNDO: EL LIBRO DE LA MESA REDONDA

4: Los votos del rey Arturo y sus caballeros

El relato conocido como *The Avowing of King Arthur, sir Gawain, sir Kay and Baldwin of Britain* existe en un único manuscrito, el Liverpool Ireland MS, que ahora se encuentra en Ginebra. Está fechado en algún momento posterior a 1450, aunque el poema en sí mismo tal vez sea anterior. Igual que «Las aventuras en Tarn Wathelyn» (pp. 285-293) y el más familiar «El casamiento de sir Gawain con la dama Ragnall» (pp. 332-339), está escrito en un dialecto del inglés medio, lo que nos indica que lo compuso un poeta que vivía en las West Midlands. Contiene unos 1148 versos y está lleno de descripciones vívidas y pasajes de acción que aún se

leen bien hoy día.

La historia que nos cuenta está formada en realidad por varios relatos unidos mediante el recurso del voto múltiple. Este tema es bien conocido en la tradición medieval, incluidas otras historias artúricas como «El casamiento de sir Gawain y la dama Ragnall», «El Carle de Carlisle» y el famoso *Gawain y el Caballero Verde*. Todos estos ilustran, a su manera, la importancia del voto, que no se tomaba a la ligera y raramente llegaba a incumplirse.

El tema de la caza del jabalí por parte de Arturo se remonta a los mitos celtas, donde, en el antiguo relato galés *«Culhwch y Olwen»* del *Mabinogion*, no solo Arturo, sino su banda de héroes al completo, persiguen al poderoso Twrch Trwyth, un jabalí de una estatura legendaria que destruye medio país hasta que consiguen acorralarlo. En la historia que se ofrece aquí, hay una descripción de un realismo maravilloso de la batalla entre el rey y el jabalí, que solo pudo haber escrito alguien que hubiera participado en ese tipo de cazas. El jabalí era sin duda un oponente digno y temible en la época en que se escribió el poema, puesto que los jabalíes eran más grandes y fieros que sus descendientes actuales; pesaban alrededor de 130 kilos y solían medir más de un metro de altura. La aparente exageración de la bestia, que se nos describe como «más alta que un caballo» en el poema, no estaba, por tanto, tan lejos de la realidad.

El caballero que se encuentran Kay y Gawain, y cuyo nombre es Menealfe en esta historia, podría representar un eco persistente de una característica más mística que aparecía en la historia antes de que su piadoso autor la eliminara. Menealfe puede significar «hombre elfo», o incluso derivar, tal como sugiere Nirmal Dass, del griego clásico y significar «aquel que provoca la ira». Si atendemos a la primera opción, el caballero ha perdido sin duda cualesquiera características preternaturales que hubiéramos podido esperar a partir del nombre.

Los tres caballeros que acompañan a Arturo incluyen a los familiares Gawain y Kay y a Baldwin, algo menos conocido, quien en realidad carga con el peso de la historia. Baldwin aparece en

otro poema en inglés medio: *Sir Gawain y el Carle de Carlisle* (pp. 306-312), donde se lo menciona como «obispo Baldwin». Tal como indica Louis Hall: «En este último relato, el obispo actúa como un caballero, pero aquí el caballero habla como un obispo» (*Knightly Tales of sir Gawain*).

Los *exemplum* (literalmente, «ejemplos») que ofrece Baldwin son difíciles de procesar hoy día, sobre todo el primero, en el cual Baldwin parece insinuar que si las mujeres están ocupadas siguen siendo sumisas, pero que si se les permite demasiada libertad o indolencia, ¡pueden acabar cometiendo maldades! Son pocos los lectores que pueden llegar a aceptar este tipo de comentarios sexistas hoy día, pero debemos recordar que las costumbres de la Edad Media eran distintas, y a las mujeres se las describía, por lo general, como ciudadanas de segunda o, según la Iglesia, como herramientas del diablo.

Quizás la única forma de interpretar el relato por parte de una audiencia moderna sea ver los comentarios de Baldwin como apuntes irónicos sobre las vidas y costumbres de sus congéneres. En efecto, ninguno de los caballeros salvo el mismo Baldwin acaba demasiado bien parado en esta historia. Arturo se nos muestra como un bromista irreverente, Kay como un cobarde arrogante, y Gawain, aunque se comporte bien, es poco más que un don nadie de la excelencia caballeresca. Baldwin, en comparación, sobrepasa a todos los demás. Es un personaje más redondo, con humor, sabiduría y coraje varonil. Tal vez su representación anterior como obispo tenga algo que ver con esto, pues a pesar de los cambios que los personajes sufren con regularidad en las leyendas artúricas, suelen heredar aspectos de sus encarnaciones anteriores en textos posteriores. Las historias de Baldwin, según las cuenta él, son más universales, y cuentan con una poderosa carga de sabiduría.

Independientemente de lo que nos parezca, el relato es ágil y termina con un final redondo. Es una historia muy humana, con muy pocos detalles mágicos de los que solemos encontrar en la mayoría de los textos artúricos. Como la historia de cuatro hombres

engreídos, puede divertirnos; como fragmento de un patrón que enlaza los mitos artúricos, es emocionante y rica en detalles.

Las ediciones incluyen la obra *Middle English Metrical Romances* (Nueva York: Russell & Russell, 1930) de W. H. French y C. B. Hale y, más recientemente, *The Avowing of King Arthur* (Nueva York: Garland, 1984) de Roger Dahood. Existe también una excelente traducción inglesa en verso de Nirmal Dass (University Press of America, 1987). He recurrido sobre todo a French y Hale, complementado por la excelente interpretación en prosa de Louis B. Hall incluida en su obra *The Knightly Tales of sir Gawain* (Chicago: Nelson Hall, 1976).

5: El Caballero del Loro

Le Chevalier du Papegau («El Caballero del Loro») es una *rara avis*, una sátira artúrica. Conocemos otras, como el romance de Gawain, *Hunbaut*, del siglo XIII, pero, por lo general, los escritores de estas historias se toman el tema muy en serio. El autor anónimo de la historia que se versiona aquí aprovecha la oportunidad para mofarse del concepto de caballería. No es que estuviera en contra de la institución, como podemos ver por los primeros comentarios que le hace Arturo sobre la cuestión al León Inmisericorde. Eso se compensa con su comportamiento posterior, cuando azota a la Dama del Cabello Rubio por avergonzarlo en el torneo. La excusa (¡me habéis pedido que me comporte como un mal caballero, y eso es lo que hago!) es pobre tanto para los estándares medievales como modernos, pero refleja la actitud frente a las mujeres de aquella época. He decidido omitir esa parte del relato porque nos presenta a Arturo bajo una luz poco glamurosa, y contraria a los valores tradicionales que suele representar.

El loro en sí mismo parece haber servido como recurso mediante el cual el autor pudo añadir un punto de vista más racional e irónico, y la historia es inusual también por otros dos detalles: el

hecho de que tenga lugar al principio del reinado de Arturo y que lo represente como a un héroe. Por lo general, las historias más conocidas del género tienden a centrarse en épocas posteriores, y raramente aparecía como algo más que la cabeza visible que desencadenaba los hechos al despachar a sus caballeros como respuesta a la típica damisela en apuros. Aquí, sin embargo, Arturo toma la batuta desde el principio, y demuestra ser un caballero tan digno como cualquiera de los que forman parte de la gran hermandad de la Mesa Redonda.

A pesar de sus pasajes cómicos, casi todos protagonizados por el loro, la historia es, de hecho, muy arquetípica. Arturo se enfrenta a una gran variedad de pruebas y desafíos, desde serpientes hasta mujeres salvajes, puentes de espadas y ruedas aplastantes. También se encuentra con un fantasma amistoso, uno de los pocos en la tradición artúrica (puede verse otro en «Las aventuras en Tarn Wathelyn», pp. 285-293). Los supera todos con la habitual mezcla de sudor, valentía y alguna que otra ayuda mágica. Se le presenta una sucesión de damiselas en apuros para tenerlo ocupado y, en general, se desenvuelve bien y le ofrece lo suficiente a quien lo lee como para que no pierda el interés a lo largo de un extenso texto.

He recortado la historia en dos puntos. En el primero, he omitido el encuentro de Arturo con dos gigantes, en parte para ahorrar espacio y en parte porque demora la acción. El episodio tiene lugar entre el combate inicial de Arturo frente al Castillo del Amor y su misión por hallar el Castillo Peligroso y derrotar al mariscal. El segundo corte llega casi al final, cuando después de haber superado con éxito todo obstáculo y alcanzado el Castillo Peligroso, tienen lugar una serie de aventuras adicionales que apenas le añaden nada a la historia. También he ordenado el final en general para darle a la historia una resolución más sólida y adecuada. Las personas interesadas en leer los pasajes omitidos o el final del narrador original pueden consultar la traducción de Thomas Vesce que cito más adelante.

Una nota sobre los nombres de los personajes. Todos cuentan

con nombres muy simbólicos que sirven para identificarlos por tipo y no por carácter. Por tanto, las mujeres tienen nombres como la Dama del Cabello Rubio o el magnífico Belleza sin Villanía, y Arturo se encuentra con el Caballero Amoroso del Castillo Salvaje y el Conde de la Ciudad del Amor, por no mencionar al León Inmisericorde. Todos forman una parte integral de la creatividad del narrador medieval y están pensados para describir características y no, como ya he dicho, caracteres. He decidido sustituirlos aquí con nombres elegidos de entre la infinidad de personajes menores de otras historias, simplemente para poder diferenciarlos.

El romance aparece en un único manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París (BN, fr. 2154). Se trata de un texto copiado en los siglos XV o XVI, pero tanto su traductor reciente, Thomas E. Vesce, como su único editor, Ferdinand Heuckenkamp, coinciden en que la versión original de la historia data de finales del siglo XIII. Sin duda, se infieren conocimientos de varios de los romances de Chrétien de Troyes, incluidos *Erec y Enide*, *Lancelot* y *Perceval*, de donde parecen haberse tomado prestados varios episodios de *Le Chevalier*.

La única edición, editada por Ferdinand Heuckenkamp, la publicó M. Niemeyer en Halle en 1896, y Thomas Vesce ha traducido recientemente la obra como *The Knight of the Parrot* (Nueva York y Londres: Garland Publishing, 1986). He recurrido a ese texto incontables veces, y estoy en deuda con el profesor Vesce por sus esfuerzos para que esta historia estuviera disponible en inglés.

6: Cómo sir Lancelot se ganó el nombre

En este relato encontramos una historia algo diferente a las que normalmente asociamos con el gran caballero francés. La versión más común, que se nos cuenta en obras como el *Prose Lancelot* del

siglo XIII o el poema *Lancelot o el caballero de la carreta* de Chrétien de Troyes, del siglo XII, enfatiza en la pasión ilícita del héroe por la reina de Ginebra, así como en su fuerza y pericia personales. *Lanzelet*, escrita por un caballero suizo llamado Ulrich von Zatzikhoven cerca del año 1194, representa con toda probabilidad una fase temprana en el desarrollo de la historia de Lancelot, cuando aún era un caballero andante desconocido. Aquí, conoce y se enamora de otra dama (y, con el tiempo se casa con ella), mientras que no hay ni rastro de la historia con Ginebra, aunque el héroe sí termina convirtiéndose en el campeón de la reina. En la versión que ofrezco aquí, he modificado el cierre de la historia para que encaje mejor con el arco general del libro; y, por esa misma razón, le he puesto un título propio.

Lanzelet, la fuente de esta historia, es, en mi opinión, uno de los mejores de los numerosos relatos artúricos que han sobrevivido del período en que comenzaron a ser populares entre las audiencias de la corte. Tiene forma, estilo y ritmo, y por lo general está escrito con un estilo interesante y algunas ocurrencias, algo que contrasta con algunos de los romances más respetables que hoy día cuesta algo más leer.

Incluye algunas escenas y descripciones maravillosas que he intentado capturar de la mejor forma posible. Me gustaría destacar la narración del torneo en que Lanzelet se disfraza con armaduras de diferentes colores (un tema que adaptaron varios narradores posteriores, pero no tan bien como aquí). También cabe mencionar la descripción del castillo de Iweret, el Bosque Hermoso, quizás algunas imágenes de un Paraíso Terrenal y la maravillosa tienda con su espejo mágico. Podrían parecernos recursos típicos de la tradición del romance medieval, pero aquí se usan con buenos resultados, algo que cuesta encontrar en versiones posteriores.

El episodio completo del encuentro de Lanzelet con Iweret en la fuente de Beforet es un ejemplo clásico de este tipo de aventura, y la conversación entre los dos caballeros incluye todas las señales de un intercambio de preguntas y respuestas ritual. Además, la

psicología y la motivación de los personajes son de las mejores que he encontrado en estos relatos, ¡donde muy a menudo los personajes actúan sin otro motivo que el deseo del autor por desarrollar la historia!

He decidido versionar solo la primera mitad del poema, dado que el resto es poco más que una sarta de aventuras adicionales, y la historia real, la que termina con Lanzelet descubriendo su nombre y su amor por Yblis, parece acabar aquí. He optado por utilizar una ortografía más familiar para los nombres («Ban» para el padre de Lanzelet, en lugar de «Pant» como en el original) y Lancelot en lugar de Lanzelet, entre otros, y he sustituido también algunos topónimos, por coherencia con el resto del volumen.

Podemos encontrar el texto original en dos manuscritos incompletos y dos fragmentos, editados en el alemán original por Karl A. Hahn: *Lanzelet, eine Erzählung* (Frankfurt: Bronner, 1845). Se ha traducido una sola vez, en una excelente versión de Kenneth G. T. Webster, que incluye extensas notas de Roger Sherman Loomis, un fantástico estudioso de la materia artúrica (Nueva York: Columbia University Press, 1951). Esa es la versión que he seguido para mi versión.

A aquellas personas que deseen leer la historia completa les recomiendo que busquen esa edición, pues es una lectura excelente. Existen todavía pocas lecturas de referencia en inglés; sin embargo, uno de los mejores comentarios sigue siendo el de Ernst Soudek: «Suspense in the Early Arthurian Epic: An Introduction to Ulrich von Zatzikhoven's Lanzelet» en sus *Studies in the Lancelot Legend* (Houston: Rice University Press, 1972). Puede encontrarse una versión mucho más breve en *Ladies of the Lake*, de Caitlín y John Matthews (Harper Collins, 1992).

7: El relato de Palomides y la Bestia Aulladora

Este fue uno de los relatos más complicados de investigar.

Prácticamente no hay ninguna versión completa en un único texto, y al final tuve que recurrir a cinco fuentes diferentes para encajar todas las piezas. La mayor parte puede encontrarse en las distintas versiones de la saga de Tristán, que se omite aquí por su extremada verborrea y porque, hasta cierto punto, se solapa con la saga de Lancelot. La versión de Malory es, sinceramente, una de las partes menos emocionantes de la *Muerte*, un recital interminable de torneos y combates muy aburridos de leer hoy día. En vez de eso, recurrí a la *Tavola Rotonda* («Mesa Redonda»), un enorme poema épico italiano comparable al de Malory hasta cierto punto. Existe una brillante traducción de Anne Shaver (*Medieval Texts and Studies*, Nueva York: Binghampton, 1983). También utilicé otros dos textos de Tristán: *Tristano Riccardiano*, traducido por F. Regina Psaki (D. S. Brewer, 2006), y *Tristano Panciatichiano*, traducido por Gloria Allaire (D. S. Brewer, 2002). Asimismo, encontré una excelente versión de Brian Kennedy Cook: *The Quest of the Beast* (Edmund Ward, 1957), que no deja de ser una reformulación de Malory, pero añade también materiales de otras fuentes, de forma similar a lo que yo mismo he hecho aquí. Palomides es un personaje importante porque tanto él como sus hermanos, Safere y Segwarides, son casi los únicos caballeros sarracenos (musulmanes) que llegan a formar parte de la Mesa Redonda. Esto es algo inusual en una época en que se los consideraba los mayores enemigos de la cristiandad, sobre todo si tenemos en cuenta que Palomides no llega a ser bautizado, a diferencia de sus hermanos. Su duradero amor por Isolda, la dama de Tristán, y la amistad/animosidad entre los dos hombres son un relato fascinante en sí mismo, al que espero volver en otro volumen.

8: Las aventuras del bello desconocido

La historia del bello desconocido aparece en varias versiones y en

más de un idioma. En inglés, el texto se llama *Libeaus Desconus*; en francés, *Le Bel Inconnu*. La historia que nos cuenta, las aventuras del famoso hijo de un famoso padre que debe demostrar sus habilidades mientras trabaja bajo un sobrenombre o apodo, es una temática frecuente en las leyendas artúricas. Una de las más famosas es la del «Relato de sir Gareth» del mismo Malory, que forma un episodio extenso y bastante independiente dentro de las páginas de *La muerte de Arturo*. Es muy probable que Malory conociera una de las versiones de la historia del bello desconocido, aunque introdujo bastantes cambios y le aportó una coherencia general de la que carecían sus hermanas.

La versión que he seguido aquí es la de *Le Bel Inconnu*, que se atribuye a Renaut de Bage o Renals de Biauju, del cual apenas conocemos nada, más allá de las pocas pistas que aparecen en el mismo texto. Tal vez fuera miembro de la influyente familia Bage, y de ser eso cierto, el romance probablemente lo escribiera en algún momento entre los años 1191 y 1250. No puedo precisar más.

La historia delata la influencia de Chrétien de Troyes, así como el *Lai du Lanval* de María de Francia (consulta «El relato de sir Lanval», pp. 117-122) y las dos primeras *Continuations* del *Perceval* francés. Las referencias a caballeros famosos de la Mesa Redonda como Gawain, Lancelot, Sagramore, Kay, Yvain y otros delatan la erudición de Renaut, y el romance está salpicado con exquisitos detalles de las ropas y costumbres del siglo XII y principios del XIII. El autor siempre dedica todo el tiempo posible (sin llegar a posponer la acción) a describir edificios, ropajes, comida y canciones. La escena donde el bello desconocido alcanza su objetivo, la ciudad encantada de la Isla Dorada, y allí se encuentra con los también encantados *jongleurs* («juglares») nos presenta una lista con prácticamente todos los instrumentos musicales que existían en ese período, y hay sin duda una fuerte influencia musical en toda la obra.

Renaut era sin duda un adepto de la escuela del amor cortés,

que situaba a las mujeres en un pedestal y elogiaba las virtudes del adulterio. Sus súplicas frecuentes a la figura del Amor personificado dejan patente que él mismo se consideraba un amante al estilo cortés. El curioso final, y quizás insatisfactorio para algunos, del romance, en el que Renaut se niega a contarnos nada más sobre el héroe hasta que él mismo vuelve a tener a su amante desnuda (que ha perdido o lo ha rechazado) en sus brazos, indica que hay una historia personal que subyace a la que se nos está contando.

En concreto, es interesante el retrato de la Dama de las Manos Blancas (quizás una referencia a la desafortunada esposa de Tristán), puesto que claramente empieza su vida como una mujer feérica, y se ha adaptado hasta convertirse en una mujer misteriosa bien versada en la magia y las siete artes liberales, una educación que se le habría negado a la práctica mayoría de las mujeres en la época en que escribió Renaut. El hecho de que conozca su destino y no haga nada para evitarlo puede parecer poco satisfactorio a los lectores modernos, pero está en consonancia con las costumbres de la época, cuando las mujeres preternaturales apenas mostraban interés por los anhelos mortales.

El reino de la Isle d'or (o la «Isla Dorada») que ella gobierna es en sí mismo un lugar sobrenatural. Basta con recordar la empalizada de estacas afiladas donde han clavado las cabezas de los héroes derrotados, y la costumbre del guerrero que desafía al campeón vigente y debe sustituirlo si llega a vencerlo. Ambos son temas comunes en la materia artúrica, y siempre indican la presencia de acontecimientos o lugares sobrenaturales. De igual forma, el episodio del beso terrible (el *Fier Basir* que aparece en otros romances) lo encontramos en varios textos. Por lo general, la serpiente habría tenido la cabeza o el rostro de una mujer hermosa, pero Renaut opta por describirla como una sierpe común, sin que por ello sea menos temible.

Otros episodios notables son aquellos en los que el bello desconocido vacila a la hora de entrar en la alcoba de la Dama de las Manos Blancas y, cuando se decide a hacerlo, se le presentan

varias pruebas terribles, como un furioso torrente o el derrumbe de los muros, que al final resultan no ser más que ilusiones. Todo ayuda a reforzar la naturaleza sobrenatural de la historia.

«El bello desconocido» es una obra extensa, de 6266 versos. He resistido la tentación de omitir algunas de las aventuras porque todas demuestran haber sido predichas y ser relevantes en acontecimientos posteriores. La habilidad del narrador para mantener la atención de quien lo escucha durante una obra tan larga deja patente sus capacidades como poeta, aunque a la mayoría de los lectores les parecería aburrida e infantil según los estándares actuales. Pero su deleite en la historia y la forma que tiene de jugar con las convenciones literarias de la época (atribuyendo las mismas características a más de una de sus hermosas heroínas en un intento deliberado por ilustrar la confusión del héroe) demuestran que era un hombre leído y no precisamente lego en su oficio.

Se han publicado tres ediciones del texto, todas en francés, y prácticamente todas han acabado sustituidas por la reciente publicación de Karen Fosco, admirablemente traducida por Coleen P. Donagher (Garland Press, 1992). He recurrido a esa edición de principio a fin, con alguna que otra referencia a la introducción y las notas de Williams G. Perrie en su edición de 1939 (Oxford: Fox, Jones, 1915). Además, he tomado prestados algunos detalles del poema inglés *Libeaus Desconus* de William of Chester, cuyas espléndidas descripciones de plantas, armaduras y mujeres hermosas son insuperables. La mejor versión del poema la encontramos en *Sir Cleges. Sir Libeaus Desconus: Two Old English Metrical Romances, Rendered into Prose*, de Jessie L. Weston (David Nutt, 1902).

9: El relato de sir Lanval

«Lanval» es uno de una serie de layes («historias») escritos por una poeta del siglo XII que firmaba con el nombre de María de Francia.

Su obra se caracteriza por ser una mezcla de romanticismo y realismo, de magia y pasión humana que sobrepasan los confines de la ética del amor cortés desde la que solía escribir. Sus historias hablan todas de amor y fueron escritas para una audiencia cortesana tanto de Francia como de Inglaterra. Era una poeta enormemente culta en una época en que se disuadía a las mujeres de aprender. No se sabe nada más de ella salvo que aparentemente vivió en Inglaterra y que pudo haber dedicado su colección de historias a Enrique II. Más allá de los layes, también compuso un grupo de fábulas y una versión de la leyenda de san Patricio. El único texto completo de los layes se encuentra en un manuscrito conservado en Londres, B. L. Harley 978.

La historia de Lanval pertenece a un grupo de relatos que tratan el tema del amante feérico. Por lo general, una mujer (o un hombre) misteriosa se aparece, entra en contacto con un mortal y vuelve a desvanecerse, estipulando normalmente que nadie debe saber jamás de su existencia a riesgo de perderla. Se cuentan con frecuencia historias similares de Gawain. Como es común en la mayoría de las historias de la colección de María de Francia, los orígenes son los mitos celtas, de ahí que este relato aparezca entre las historias tempranas. Parece haber oído las historias recitadas por cuentacuentos bretones, o que bien accediera a un grupo temprano de dichos relatos y decidiera pasarlos a verso.

Lo que sí es en cierto modo inusual es la descripción de Ginebra como una esposa infiel. Huelga decir que su aventura con Lancelot es bien conocida en otras fuentes, pero en la mayoría de las versiones en las que se menciona, también se deja claro que, por lo demás, ambos eran fieles. En «Lanval», Ginebra no solo se declara al héroe, sino que cuando él la rechaza, ella se comporta de muy malas maneras, insinuando que fue él quien la cortejó, y acusándolo de ofenderla. La forma en que Lanval se libra de esa situación incuestionablemente incómoda se nos describe de una manera muy poderosa, y su rescate en el último momento supone un broche adecuado a este relato breve pero fascinante.

Los layes se han editado a menudo, pero no llegaron a traducirse hasta tiempos recientes, cuando han aparecido varias versiones nuevas. La mejor es la traducción de Glyn Burgess y Keith Busby, *The Lais of Marie de France* (Penguin Books, 1986), que he usado para mi propia versión. Entre las ediciones anteriores destacan la de Eugene Mason, *French Medieval Romances from the Lays of Marie de France* (Londres y Nueva York: Dent/Dutton, 1911), que nos ofrece una versión menos precisa, y *The Lais of Marie de France*, con traducción en verso de Robert Hanning y Joan Ferrante (Nueva York: Dutton, 1978 **[29]**).

10: Las aventuras de Meriadoc, príncipe de Cambria

La *Historia Meridaoci, Regis Cambrie* («Historia de Meriadoc, rey de Cambria») forma parte del puñado de romances artúricos en latín que han sobrevivido. Los más famosos de todos siguen siendo la *Historia Regum Britanniae* («Historia de los reyes de Britania»), de Geofrey de Monmouth, y su *Vita Merlíni* («Vida de Merlín»), que marcaron la pauta de los escritos artúricos en los siglos XI y XII. *Meridaoci* y la pieza que lo acompaña, *De Ortu Waluuanii, nepotis Arturi* («El ascenso de Gawain, sobrino de Arturo» [pp. 259-271]), son interesantes porque nos cuentan historias que no aparecen en ningún otro lugar, mientras que la estructura narrativa de la obra de Geoffrey continuó presente durante el resto de la Edad Media, lo que generó numerosas copias, versiones y traducciones que añadieron contenido de forma significativa al corpus de la literatura artúrica en general. Con todo, estas historias siguieron siendo prácticamente desconocidas hasta que no hace demasiado Mildred Leake Day las editó y tradujo a partir de los manuscritos únicos (Cotton Faustina B VI y Bodleian Rawlinson B 149) que se conservan en la Biblioteca Británica y la Biblioteca Bodleian, respectivamente.

Lo que las hace únicas como historias artúricas es la mezcla de una narración objetiva e históricamente detallada con el toque de detalles preternaturales más propios de la materia de Bretaña. Gran parte de la historia de Meriadoc y su hermana Orwen trata sobre el complot contra su padre, el rey Caradoc, y su consecuente crianza en una cueva por parte de Ivor el Cazador. Sin embargo, tras un breve episodio en el que Meriadoc recupera su título, se venga del asesino de su padre y parte en busca de aventuras, la textura de la historia pasa a ser mucho más preternatural, con castillos misteriosos que aparecen y desaparecen, hermosas hadas y extrañas aventuras atemporales. El efecto que se consigue es que dichas aventuras sobrenaturales sean aún más poderosas, pues aparecen inmediatamente después de detalladas descripciones de asedios (muy abreviadas en mi versión).

La historia avanza con un ritmo y un estilo fantásticos, a medida que Meriadoc va alcanzando cotas más y más altas, para luego caer en el punto álgido de su carrera. La historia de su retorno triunfal, su casamiento y su herencia nos ofrece un relato profundo y entretenido que mezcla algunos de los mejores elementos de los romances artúricos con un potente toque de epopeyas romanas.

También encontramos, como con tantos relatos artúricos, un fuerte componente celta que subyace en todo el texto. El episodio en que los hombres de Meriadoc entran en el extraño castillo en busca de refugio y los domina una inexplicable sensación de temor que los paraliza nos evoca poderosamente a la historia de Fionn mac Cumhail, el héroe irlandés, que entra con sus hombres en el Refugio de los Serbales y quedan también paralizados, antes de sufrir el ataque de una figura sobrenatural no tan distinta del monstruoso hombre de la cocina que después azotará a Meriadoc mientras busca comida. (Un tema que también encontramos en «El relato de Gorlagros y Gawain», pp. 294-305).

He modificado ligerísimamente el final de la historia, dado que en el original se termina en seco y deja algunos cabos sueltos. Me pareció apropiado que Meriadoc regresara a casa al final de su gran

aventura, a diferencia del texto original, en el que solo se mencionan sus ilustres descendientes. Le estoy muy agradecido a Mildred Leake Day por haber hecho que este texto fuera accesible. He trabajado solo a partir de su edición y traducción (*The Story of Meriadoc, King of Cambria*, editado y traducido por Mildred Leake Day, Garland Publishing, 1988, incluido posteriormente en *Latin Arthurian Literature*, editado por Mildred Leake Day, Boydell & Brewer, 2005).

11: El relato de Guingamor y Gaheris

La historia que cuento aquí proviene en realidad de dos textos distintos. Uno es el lay bretón *Guingamor*, que data aproximadamente del año 1185, y el segundo forma parte de la Primera Continuación de la obra en francés antiguo de *El cuento del Grial*, de Chrétien de Troyes. Se atribuye a Gautier de Danaans y data del siglo XII, entre los años 1190 y 1200, y su objetivo es ampliar y completar la historia que Chrétien de Troyes dejó inacabada tras su muerte. Al conectar las dos historias, sigo el ejemplo del profesor Dell R. Skeels, cuya traducción de ambos relatos se publicó en *The Anthropologist Looks at Myth* (Austin, TX & London: University of Texas Press, 1966).

Originalmente, las dos historias probablemente formaban parte de un relato más largo, narrado por alguno de los muchos *conteurs* bretones errantes que tanta literatura artúrica conservaban y difundían. En algún punto, en la segunda parte, que trata de Gaheris, se separó, para volver a aparecer en la Segunda Continuación, una obra episódica en sí misma sin apenas un vínculo real con el poema de Chrétien de Troyes. Sin embargo, es imprescindible conocer ambos relatos para explicar sus motivaciones y, en definitiva, comprender su complejo marco simbólico de referencia. En concreto, la historia de Gaheris apenas

tiene sentido sin la existencia de la historia de Guingamor, que sitúa la escena y establece la relación entre los personajes humanos y sobrenaturales.

En la primera mitad de la historia, Guingamor persigue a un jabalí blanco mítico, que lo conduce, al final, al otro mundo. Se ha señalado debidamente su similitud con la caza del gran jabalí Twrch Trwyth de la antigua historia artúrica galesa «Culhwch y Olwen», en la que Arturo y sus héroes asisten al joven Culhwch para ganarse la mano de la hija de un gigante y en el proceso dan caza al gran jabalí por casi todo Gales.

De hecho, este es solo uno de los varios préstamos que el presente texto toma de materiales tradicionales más antiguos relacionados con los mortales y los habitantes del reino de las hadas. La última parte del nombre de Guingamor, de forma similar al rey Brandamor de la segunda mitad de la historia, restablecido de la palabra francesa *mort* («muerte») y es evidente, tal como apunta el doctor Skeels, que el último «ha heredado, tanto en el nombre como en la práctica, la mortalidad o muerte de parte de su madre, Guingamor». Y añade: «Gaheris debe eliminar la infección de la muerte de su padre». Esto es más que evidente, aunque no llegue a decirse, en la misma obra. Al final, la misteriosa mujer feérica de la isla le dice a Arturo que «ocurrirá un milagro en esta corte» cuando el cuerpo del rey muerto regrese. Si tenemos en cuenta que Guingamor, aunque envejecido hasta lo imposible durante su estancia de trescientos años en el otro mundo, parece ser capaz de engendrar un hijo con su dama feérica y, por tanto, debe de haberse restaurado tras regresar allí, entra dentro de lo posible que el «milagro» constituya el regreso a la vida del ya fallecido rey Brangamor.

Al contar esta historia, he recurrido, más de lo habitual, a un cierto grado de «restauración». Mi objetivo ha sido simplemente reforzar los lazos entre las dos mitades de la historia, que en los textos originales no están conectadas de una forma tan satisfactoria. Por ejemplo, he sugerido que el rey al que el carbonero le relata la

historia de Guingamor era en realidad Arturo, pues parece más que probable a partir de las evidencias internas de las historias, aunque no se lo nombre en ningún momento en el texto original de «Guingamor». Más allá de eso, no obstante, he dejado que el relato hablara por sí mismo, dado que es, a pesar de todo, un texto sorprendentemente moderno, en el que los personajes, aunque no siempre con motivaciones claras, se comportan de una forma coherente con la historia.

Como muchos de los relatos que versiono en este libro, «Guingamor y Gaheris» tiene un origen claramente celta. La descripción del otro mundo, con su manantial mágico, sus extraños castillos y el caballero diminuto que tantos problemas le da a Gaheris, derivan, en última instancia, de fuentes célticas. La presencia de dos nombres con el prefijo «Bran» no hace sino reforzar esta teoría, dado que Bran comenzó a existir como una deidad céltica, cuya historia influye de forma considerable en toda la literatura y la tradición artúricas. (Para un análisis completo, consulta la obra de Helain Newstead *Bran the Blessed in Arthurian Literature*, Columbia University Press, 1939).

Hay paralelismos obvios entre esta historia y el mito del Grial, al que solo la historia de «Gaheris» está vinculado por su presencia en la Primera Continuación. En concreto, pongamos como ejemplo la punta de lanza, sin duda un talismán mágico de algún tiempo, que primero debe extraerse de la herida del pecho del caballero muerto y luego clavarla en el pecho del caballero maligno, como una imitación exacta del golpe anterior. Esto nos recuerda al Golpe Doloroso de la historia del Grial, donde el rey del Grial, Pelleam, es herido en los genitales por una lanza que forma parte de las reliquias sagradas, los cuatro objetos sacros que forman parte del misterio del Grial. Si tenemos en cuenta que el rey herido original era el mismo Bran el Santificado, junto con el hecho de que Pelleam solo puede curarse con la misma lanza que lo hirió, vemos varios paralelismos sorprendentes entre la historia de «Gaheris» y los mitos del Grial.

Al héroe de la historia de «Gaheris» se lo llama «Gaheres» en *La muerte de Arturo*, y es uno de los cuatro hermanos que conforman el clan de las Orcadas, junto con Gawain, Gareth y Agravain. Es una figura algo imprecisa tanto en Malory como en el *Ciclo de la Vulgata*, más extenso, de donde el autor extrajo la historia; en nuestra versión tiene un papel mucho más significativo. La similitud entre los nombres de Guingamor y Guinglain (consulta «La aventura del bello desconocido», pp. 100-116), que es el hijo que Gawain engendra con una mujer feérica, nos sugiere que, en algún momento, la historia pudo estar relacionada con el hermano mayor, aunque no nos ha sobrevivido ni un solo rastro.

«Guingamor» se publicó con edición de Gaston Paris en *Romania*, vol. VIII (1897) pp. 50-59, y «Gaheris» con edición de William Roach y Robert Ivy en el segundo volumen de *The Continuations of the Old French Perceval of Chrétien de Troyes* (Filadelfia, 1950). He usado la traducción del profesor Skeel para completar mi propia versión y he consultado Roach e Ivy para el contexto de los textos.

12: Las aventuras del Niño Águila

«Las aventuras del Niño Águila», o *Eachtra Mhacaoiimh an Iolair*, es otro producto del florecimiento tardío de los romances artúricos en Irlanda. Se ha datado entre finales del siglo XV y principios del XVI, y se inspira en la vida de Guillaume de Palerne, a quien también se lo lleva un animal y que regresa más tarde para vengarse de los que han injuriado a su madre. El «Niño Águila» se adscribe a un tal Brian O'Corcoran, quien afirma, al principio del manuscrito, que consiguió la historia gracias a un caballero que la había oído contar en francés. Esta historia bien podría haber sido un romance no artúrico llamado *Sir Eglamour de Artois*, que sin duda sigue la línea de la presente hasta cierto punto. El «Niño

Águila» es un relato largo y prolijo, lleno de adornos y juegos de palabras que interesan poco o nada a los lectores modernos. Por tanto, lo he tratado con más libertad que la mayoría de los textos aquí versionados, recortando varias aventuras y resumiendo las detalladas descripciones a una longitud más razonable. Con todo, el relato sigue el desarrollo del original en la mayoría de los casos, y esta es, hasta donde sé, la primera vez que se ha actualizado para una audiencia popular. Es obvio que el autor conocía algunas historias artúricas, puesto que salpica el relato con referencias a Camelot (donde el rey, sea quien sea, vive en el «Salón Rojo», un préstamo de la saga del Úlster) y la famosa costumbre de que el rey no empieza a comer hasta que no haya oído una maravilla.

Encontramos la historia en veinte manuscritos, lo que nos sugiere que era popular. Está editada en irlandés por E. W. Digby y J. H. Lloyd (Dublín: Hodges & Figgis, 1912) y traducida por R. A. S. Macalister en *Two Irish Arthurian Romances* (Londres: Irish Text Society, 1908).

13: La historia de Caradoc Brazo Fuerte

El *Livre du Caradoc* forma parte de un romance mucho mayor, o una serie de romances, agrupados bajo el título general de *The Continuations of the Old French Perceval* (editado por William Roach y Robert H. Ivy, Filadelfia, 1950). A pesar de eso, tiene la clara intención de formar un relato completo en sí mismo, que narra la historia del héroe desde su nacimiento hasta que se establece como un triunfante caballero de la Mesa Redonda. El poema forma parte de la *Primera Continuación*, que en sí misma existe en tres versiones distintas, a las que nos solemos referir como breve, larga y mixta. Estas versiones varían en longitud entre los 3300 y los 5000 versos, lo que nos indica que cada una se copió por una mano distinta de una única fuente. Cada autor trató de añadir o ampliar los detalles de la historia. Por tanto, la versión más larga contiene

una versión de la *Historia del cuerno*, así como un episodio del juego de la decapitación, más conocido por su versión más famosa del poema *Sir Gawain y el Caballero Verde*, del siglo XIV.

Caradoc es, como su nombre sugiere, de origen galés, y es sin duda el mismo personaje que aparece en la literatura celta como Caradoc *Vreichvras* («brazo fuerte»), hijo de Llyr Marini y Tegau Eufron. Es probable que el episodio del poema que incluye el momento en que al héroe se le adhiere la serpiente al cuerpo, lo que provoca que tenga un «brazo reducido» (o «Briefbras»), derive de una mala comprensión del epíteto. En la tradición galesa, Caradoc es un ancestro legendario o semilegendario de la casa de los Morganwg, mientras que la historia lo describe como el fundador del reino de Gwent alrededor del siglo V. Eso lo sitúa en un momento anterior a Arturo, y es muy posible que sea otro ejemplo de la costumbre que tenía el heroico líder guerrero de incluir a muchos de los héroes anteriores en su mítica banda guerrera. He omitido el episodio final del poema, que repite la historia del cuerno de pruebas mágico, porque me parece un añadido innecesario del relato, que en realidad termina con la curación de Caradoc. He añadido una sugerencia al final que no aparece en el texto original: que el título de Guinier era la del «Pecho de Oro». Esta idea deriva del hecho de que a la madre de Caradoc la llaman así en la tradición galesa, y la considero una suposición razonable.

La historia en sí es una de las mejores con las que me he cruzado, y es sorprendente que siga siendo tan desconocida. La motivación psicológica de los personajes está mucho más desarrollada de lo que es habitual en estos romances, y la historia completa del extraño nacimiento de Caradoc y el tratamiento posterior de su madre es una de las narraciones más espléndidas de todo el corpus artúrico. Incluso el manido tema del juego de la decapitación se explica aquí con más claridad, y el dinamismo general de la historia te tiene elucubrando a lo largo de todo el texto, con muchas menos situaciones típicas de las que solemos encontrar en estos romances. Cuando ese tipo de episodios

aparecen, se aprovechan a la perfección. En definitiva, la historia me remite a muchos temas de la tradición celta, entrelazados con maestría en un romance medieval de autor anónimo.

El poema lo tradujo recientemente Ross G. Arthur para la obra *Three Arturian Romances* (J. M. Dent: Everyman Editions, 1996), y esa es la edición que he utilizado para preparar mi versión. El episodio de la prueba de la decapitación lo tradujo Elizabeth Brewer, y podemos encontrarlo en su excelente colección de materiales sobre Gawain: *Sir Gawain and the Green Knight: Sources and Analogues* (D. S. Brewer, 1992). Las notas de la edición de las *Continuations* de Roach e Ivy son de un gran valor a la hora de comprender el contexto de la obra. El único estudio crítico que ha aparecido hasta la fecha es de Marguerite Rossi: «Sur l'episode de Cradoc de la Continuation Gauvain», en *Mélanges de langue et littérature françaises du Moyen ge et de la Renaissance offerts à Charles Foulon Charles Foulon*. Vol. 2, Rennes: Marche Romane, 1980. Nigel Bryant, en su fantástica y completa colección *The Complete Story of the Grail*, no incluye esta historia, pero su ensayo sobre los otros textos es admirable, sobre todo al situar la historia de Caradoc en relación con las otras Continuaciones.

14: Las aventuras de Melora y Orlando

«Las aventuras de Melora y Orlando» (*Eachtra Mhelora agus Orlando*) nos ha sobrevivido en tres manuscritos, todos de entre los siglos XVI y XVII. Hablamos de unas fechas comparativamente tardías, como es el caso de «La visita de la dama de la corva gris» (consulta las pp. 196-208), pero se inspira en gran medida en las historias anteriores de la tradición celta, así como en el romance medieval, sobre todo en el poema épico de Ariosto sobre Carlomagno *Orlando furioso*, y el folklore. Es un relato complejo y variado en el que pasan muchas más cosas que en la mayoría de los

romances artúricos más conocidos. Es poco habitual que se represente al rey Arturo con una hija (un acontecimiento extraño, que ocurre en contadas ocasiones en la literatura), la princesa enérgica que cualquier rey desearía tener y que se nos presenta como una heroína atractiva y con recursos. Otro detalle interesante es la inclusión de la lanza de Longino como auténtica arma mágica celta, similar a la lanza de Lugh, que, de hecho, se sabe que influyó en la imagen de la lanza tal como aparece en la literatura artúrica, y sobre todo en la del Grial. Los otros dos tesoros —la piedra verde y el aceite— puede que representen unos materiales aún más antiguos, aunque también cabe destacar que estos objetos pueden ser producto de leyendas cristianas como el aceite de la misericordia. Sea como sea, hay un potente sustrato de tradiciones paganas en la historia: la aparición de Merlín como la criatura con un ojo, un brazo y una pierna nos recuerda a varios seres similares (siendo el más conocido el pastor gigante del relato artúrico galés medieval *Owein y Luned*), pero, hasta donde sé, Merlín no se aparece de esa guisa en ninguna otra fuente, ni tampoco se lo representa en ningún sitio bajo una luz tan negativa. (Por eso, y por coherencia, he optado por añadir una breve coda final a la historia en la que se sugiere que la participación de Merlín en el relato es menos negativa de lo que parecía). Mador, el desafortunado adversario en la historia, puede que sea una variación de Mador de la Porte, quien aparece brevemente hacia el final de *La muerte de Arturo* como uno de los compinches del villano Mordred. Pero el corazón de la historia deriva indudablemente del gran poema épico italiano medieval *Orlando furioso*. Ahí, en los cantos III-IV, oímos cómo la guerrera Bradament rescata a Rogero del castillo de la Atlántida tras obtener el anillo mágico del rey de África. El autor anónimo de «Melora y Orlando» parece haber tomado ese argumento básico y haberlo mezclado con un relato irlandés mucho más antiguo, el *Aiden Clainne Tuiueann* («El destino de los hijos de Tuireann»), en el que encontramos la historia de otra búsqueda de objetos sacros o mágicos que liberarán a los protagonistas

principales de un hechizo. El otro personaje interesante de la historia es la malvada bruja que Merlín emplea para retener a Orlando en prisión y robarle la facultad de hablar. Se la conoce simplemente como «la que destruye» (o, como yo la he llamado aquí, la Destructora), y es sombría, antigua, repugnante y maligna. Guarda parecido con otras figuras similares a las brujas; una de las más prominentes es la mujer repulsiva de «El casamiento de sir Gawain y la dama Ragnall» (que después se demuestra que es una mujer hermosa víctima de una maldición) y la «madre» de la esposa de sir Bercilak en *Sir Gawain y el Caballero Verde*, quien resulta ser Morgana el Hada disfrazada. Es probable que el autor de «Melora y Orlando» pensara en una de ellas, y que tal vez pensara que encarnaba los aspectos negativos de Morgana (conocida en la tradición irlandesa como Morrigan), que aquí trabaja codo con codo con Merlín, aunque en la mayoría de las historias son enemigos acérrimos.

Hay suficientes modificaciones en la historia como para pensar que el autor tenía un conocimiento bastante amplio de la literatura artúrica, y que quiso cambiarla y reestructurarla para que encajara mejor con los gustos de su época. Estoy especialmente satisfecho de haber podido incluirla aquí, en la que es la primera versión moderna desde la traducción de Connor P. Hartnett para su tesis *Irish Arthurian Literature* (Nueva York University Thesis, 1973).

15: La visita de la dama de la corva gris

En el siglo XV se produjo una suerte de resurgimiento de la literatura artúrica en Irlanda. Hasta entonces apenas había habido interés allí por la figura de Arturo, que era, a fin de cuentas, un celta británico, y ya contaba con suficientes ciclos de aventuras épicas protagonizadas por héroes irlandeses como para satisfacer más que de sobra sus antojos de historias míticas. Sin embargo, con la toma de conciencia sobre la literatura universal que se produce

en ese momento, los bardos y cuentacuentos irlandeses respondieron a un interés general por la materia artúrica, y crearon al menos cuatro relatos situados en su propio universo artúrico, muy idiosincrático. Esta historia, *Sgél Isgaide Léthe* («La visita de la corva gris»), se encuentra en dos manuscritos, uno en el Museo Británico (MS Egerton 1781), que data aproximadamente de entre los años 1484 y 1487, y otro en Oxford (MS Rawlinson B 477), finalizado después de 1678. La historia le debe mucho a un romance inglés medieval, el *Partonopeus de Blois*, pero posee, gracias a eso, un aire imaginativo que raramente encontramos fuera de la literatura celta. Muestra todas las cualidades que esperarías de una literatura que se origina en Irlanda en ese momento, e incluso antes: color, riqueza, humor, aventura y un sorprendente uso del lenguaje y la metáfora. En esencia, nos cuenta la historia de una prueba de honestidad que provoca, ya en la segunda parte, que Arturo y sus hombres visiten el otro mundo. Así como el *Partonopeus* bebe mucho de los materiales tradicionales celtas como «La persecución de Sliabh Cuileann», donde vemos al héroe Fionn persiguiendo a un ciervo que luego resulta ser una mujer; u «Oisin en la Tierra de la Juventud», donde el héroe consigue a una amante feérica que le hace prometer que guardará su relación en secreto. Viajes al otro mundo como el que se describe aquí son comunes en toda la literatura céltica, y, en varios casos, la obtención de nuevas esposas por parte de los héroes de la historia la encontramos en historias como «La debilitante enfermedad de Cuchulainn» y los varios *Immrama* o relatos de viajes presentes en la literatura irlandesa (para más información, consulta *The Encyclopaedia of Celtic Myth & Legend*, de John y Caitlín Matthews, Rider, 2003).

En una primera lectura, la historia parece confusa. Hay veces en que parecen dos historias ligeramente relacionadas, y otras en que da la impresión de desviarse de la trama y no volver en ningún momento. La «razón» que dan la mujer venado y su padre adoptivo para haber ido a Camelot no parece tener nada que ver con la

historia, y el material inicial relativo al Muchacho Gascón se abandona en cuanto se ataca el arco principal de la historia. He decidido introducir algunos cambios en este texto, basados en mis suposiciones sobre otros relatos celtas que parecen haber influido en esta versión. Por tanto, he cambiado el nombre del lugar sobrenatural en el que Arturo y sus hombres encuentran a sus nuevas esposas de «Monasterio de los Muertos» —casi con total seguridad un intento del autor de cristianizar la historia— a «Casa de los Muertos», más en consonancia con los relatos celtas de este tipo. También he abreviado algunos de los poemas que, aunque maravillosos, empañan el argumento de la historia. Además, he omitido una subtrama relacionada con las oportunidades de matrimonio del hermano de la mujer venado, que no va a ninguna parte y parece contradecir el argumento principal. También he sugerido un final que nos lleva de nuevo al comienzo y ata algunos de los cabos sueltos. En el original, Arturo y sus hombres vuelven a casa con las mujeres feéricas que han conocido en el otro mundo y abandonan a sus esposas. Incluso Arturo, aunque no llegue a mencionarse de forma explícita, parece quedarse con su esposa hada y abandonar a Ginebra. Es una diferencia tan marcada con respecto a los romances medievales más familiares que me pareció necesario cambiarlo. Lo hice porque consideré que el lector general habría acabado más confundido que edificado, y que en el proceso podrían haberse perdido algunas de las mejores cualidades de la historia.

He tomado la traducción, como en otros casos, de la magnífica colección que Connor P. Hartnett incluye en su tesis *Irish Arthurian Literature* (Nueva York University Thesis, 1973).

16: La historia de Tyolet

«Tyolet» pertenece al género de las obras llamadas layes: poemas breves, generalmente románticos, pensados para una audiencia

cortesana, pero que suelen conservar materiales de períodos anteriores. Son estos breves relatos los que constituyen la materia prima a partir de la cual se formaron los grandes ciclos épicos del romance artúrico, y muchas de las historias que nos cuentan estos layes reaparecen, normalmente muy ampliadas y elaboradas, en romances posteriores.

Por tanto, podemos ver indicios de la infancia de Perceval, el héroe del Grial, en la historia de Tyolet, mientras que en el *Ciclo de la Vulgata* aparece una versión incoherente del todo de la historia principal, con Lancelot como héroe. Es comúnmente aceptado por la mayoría de los estudiosos que estos layes, sobre todo los que se originaron en Bretaña, así como los de la reconocida maestra de los layes, María de Francia, contienen una extensa cantidad de material celta. Es posible, sin duda, que sean descendientes de las historias originales, transportados allende los mares por los bardos celtas que huían de los invasores sajones tras la desaparición de Arturo en el siglo VI. Sembrados en el suelo fértil de Normandía, estos relatos regresaron más tarde a Gran Bretaña, bajo el disfraz de la nueva literatura cortesana, en el siglo XI, y sirvieron de base de los poemas épicos artúricos posteriores.

Tyolet no aparece como personaje en ningún otro relato artúrico, aunque, como he mencionado antes, hay elementos de su historia que sí volvemos a ver en romances tardíos, de formas distintas. En efecto, es más que probable que la historia original que inspiró al autor anónimo fuera la misma en la que Chrétien de Troyes basó su historia de *Perceval*. Tyolet, sin embargo, mantiene detalles que desaparecen en la segunda, como las enseñanzas que el joven recibe de una mujer feérica, y la transformación del venado en un caballero. La conversación entre Tyolet y este personaje es tanto cómica como arquetípica, y es posible que derive de una secuencia de pregunta y respuesta mucho más antigua. El episodio en que el héroe entrega las ganancias de sus aventuras a otro, que luego reclama para sí mismo, lo encontramos también en los romances de Tristán, entre otros.

El texto, que data del siglo XIII, se ha editado varias veces, aunque cabe destacar la versión de Gaston Paris en *Romania* 8 (1879) pp. 40-50. He usado la traducción de J. L. Weston publicada en su *Guingamore, Lanval, Tyolet, Bisclavaret: Four Lais Rendered into English Prose* (Londres: David Nutt, 1900). Podemos encontrar un interesante comentario de Herman Brae, «Tyolet/Perceval: the Father Quest», en *An Arthurian Tapestry: Essays Presented to Lewis Thorpe* (Glasgow: French Department of the University, 1981).

17: La historia de Jaufré y la Gran Lamentación

Jaufré es el único romance artúrico que nos ha sobrevivido en occitano, un dialecto medieval hablado en el sur y suroeste de Francia. Ha llegado a datarse entre los años 1180 y 1225, y parece haber influido a Chrétien de Troyes en la creación de sus obras artúricas, en las que a Jaufré se lo llama Griflet. De esta guisa, el héroe aparece en otras historias artúricas, como *El muchacho y la capa*, el ciclo *Lancelot-Grial* y, por descontado, en Malory, donde recibe el nombre de Griflet le Fils de Do (Griflet, el hijo de Dios), un intrigante título usado para indicar que Griflet desciende, de hecho, del héroe celta Gilfaethwy, el hijo de Do. Do, sin embargo, es una diosa celta, no un dios, y el cambio de género probablemente refleje las actitudes cambiantes del mundo medieval hacia las raíces paganas anteriores de las leyendas. En la versión de la muerte de Arturo que encontramos en el *Lancelot-Grial*, es a Griflet, y no al habitual Bedivere, a quien confían la tarea de devolver la espada mágica Excalibur al agua. Esto nos sugiere que quizás llegara a ser una figura mucho más importante en las leyendas, y aprovechando sus apariciones tanto en Chrétien como en Malory, es incluso posible reconstruir una biografía de su vida y aventuras.

Además de ser un relato emocionante, Jaufré es también esa

relativa *rara avis* de la épica artúrica: una comedia. Por mucho que haya episodios verdaderamente dramáticos (como el de los leprosos), la mayor parte de la historia está dominada por aventuras irónicas que parodian los aspectos más familiares de la caballería. En concreto, el episodio de Arturo y el mago disfrazado de bestia me parece una de las mejores escenas cómicas del género.

En contraposición a esto, todo el tema de las misteriosas lamentaciones del castillo de Monbrun es fascinante, y parece casi un reflejo de la historia del Grial, salvo que aquí la cuestión es una pregunta que no debe formularse, y no una que sí se debe formular. Además, la aparición de la repugnante madre del leproso no solo une a la perfección las dos partes de la historia, sino que funciona también como reminiscencia de esa dama detestable que aparece para apremiar y poner a prueba a los caballeros que buscan el Grial. En definitiva, hay pruebas que indican que el autor conocía una historia anterior en la que Chrétien de Troyes también se pudo inspirar cuando compuso su poema del Grial.

Al versionar la historia, la he simplificado considerablemente, y he omitido varios episodios. El final del poema alarga la acción mucho después de que, en el fondo, haya terminado, y lo he recortado sin miramientos. Para el resto, he procurado conservar esa curiosa mezcla de humor y entusiasmo, pasión y crueldad, características todas de este espléndido romance.

«Jaufré» aparece en dos manuscritos de unos 11 000 versos de pareados rimados. Ambos se encuentran en la Bibliothèque National (BNB Francis 2164, que data de alrededor del año 1300, y BNB Fr. 12 571, que es una copia de un escriba italiano del siglo XIV. Clovis Brunel lo editó como *Jaufré: roman arthurien du XIIIè siècle en vers provençaux* (París: Picard, 1943) y se ha traducido tres veces, una a cargo de Alfred Elwes en 1856 (*Jaufré the Knight and the Fair Brunnisend*, Londres: reimpreso por Newcastle Publishing, 1979), otra a cargo de Vernon Ives en 1935, y, más recientemente, de Ross G. Arthur como *Jaufré: An Occitan Arthurian Romance* (Nueva York y Londres: Garland Publishing, 1992). He recurrido a la

primera y a la tercera a la hora de preparar mi propia versión. Uno de los comentarios más interesantes del poema es el que publicó Suzanne Fleishman: «Jaufré, or Chivalry Askew: Social Overtones of Parody in Arthurian Romance», en *Viator 12* (1981) pp. 101-129. Anne Lister finalizó hace poco una adaptación, disponible como producción de audio, y puede escucharse en https://anchor.fm/anne-lister. La tesis de Margaret Anne Purbrick, *The Medieval Romance of Jaufré: A Storyteller's Perspective*, Cardiff University, 2019, está disponible en ORCA.cf.ac.uk.

18: El relato de sir Marrok y el lobo

Esta es una de esas historias que claramente estaban en circulación en el momento en que Malory escribía su obra. Aunque lo menciona en la *Muerte* (en el capítulo 2 del libro 19, donde escribe: «Sir Marrok, el buen caballero que fue traicionado por su esposa, pues lo tuvo siete años convertido en hombre lobo»), el relato en sí no se nos llega a contar en ningún momento. Simplemente aparece cuando Marrok se incluye entre los numerosos caballeros de la Mesa Redonda. Me pareció apropiado añadir la historia que faltaba a esta continuación de la gran obra de Malory. Esta versión proviene de un lay francés de María de Francia, donde se lo llama *Bisclavaret*. Es inusual porque la figura del hombre lobo se consideraba en general maligna y abominable, mientras que en este caso a sir Marrok se lo considera un héroe. La traducción en la que baso mi versión es obra de Jessie L. Weston, publicada en *Guingamor, Launfal* (Londres: David Nutt, 1900). Weston destaca varios paralelismos de la tradición de los cuentos de hadas celtas, como la «Morraha» que incluye Joseph Jacobs en su colección *More Celtic Fairy Tales* (Londres: David Nutt, 1895). Otra posible similitud es un relato publicado en la *Scottish Celtic Review* de 1880, conocido como «Cómo se abatió al gran Tuairisgeal», aunque aquí son los

hechizos de una bruja los que causan la transformación. En ninguna de las versiones se nombra a la esposa de Marrok ni al caballero con el que se casará más tarde, así que he decidido llamarlos Alys y Jocelyn para darle más color a la historia. Es posible que el nombre de «Morraha» haya influido el de Marrok, desconocido en otros lugares.

19: El relato de sir Torec y la diadema de oro

Esta es una del puñado de historias interpoladas en una traducción neerlandesa de una serie de textos franceses relacionados que tratan el tema de Lancelot y la muerte de Arturo. Se compilaron alrededor del año 1320 en Brabante, a manos de un escriba anónimo que tal vez añadiera materiales propios a los del autor de la obra, Jacob von Maelent. El mismo Jacob probablemente tomara ideas para su historia de un texto francés anterior llamado *Torrez, el caballero de la diadema de oro*, escrito en el siglo XIII y que no nos ha sobrevivido. De todas las historias versionadas aquí, esta fue la que requirió más modificaciones. La original es larga, prolija y da rodeos, e incluye las aventuras de otros caballeros y sus damas, a menudo con resultados confusos. Opté por omitir la historia secundaria sobre las aventuras de Melions y su batalla contra los ogros, y resumir las dilatadas disquisiciones sobre el amor y la moralidad que expone Torec en el Castillo Blanco. Si deseas consultarlas, o seguir las historias entrelazadas, puedes encontrarlas en inglés en la colección siguiente: *Dutch Romances III Five Interpolated Romances from the Lancelot Compilation*, editado por David F. Johnson y Geert H. M. Claassens (D. S. Brewer, 2003). Quise incluir este relato porque contiene elementos que no encontramos en otras fuentes, como el comportamiento (no precisamente caballeresco) del propio Arturo y la inusual visión crítica sobre la hermandad de la Mesa Redonda.

LIBRO TERCERO: EL LIBRO DE SIR GAWAIN

20: El ascenso de sir Gawain

De Ortu Waluuanii nepotis Arturi, o «El ascenso de Gawain, sobrino de Arturo», es uno de los pocos romances artúricos que conservamos (sin contar con las obras pseudohistóricas como la *Historia de los reyes de Britania* de Geoffrey de Monmouth) escritos en latín. Data de finales del siglo XII, aunque el único manuscrito, el Cotton Faustina B que se conserva en el Museo Británico, data de principios del siglo XIV. Se le atribuye, con una cierta cautela, a un escritor llamado Robert de Mont Saint-Michel, un abad benedictino de la escuela de Bec, autor también de varias obras teológicas.

La historia que nos cuenta es única en los anales de la literatura artúrica, pues nos describe la vida entera de Gawain, desde su nacimiento hasta que se establece como sobrino de Arturo, un hecho que, como sugiere el título, fue un aspecto importante de la historia, aunque no se reconozca oficialmente como tal hasta el final del romance. Por lo demás, la visita de Gawain a Roma, y su meteórico ascenso hacia la fama y la fortuna, nos ofrece un relato fascinante con muchas facetas originales e interesantes. En mi opinión, demuestra una vez más un hecho que ya se ha evidenciado en las historias que conservamos sobre Gawain, sobre todo que su posición como héroe artúrico fue, en otro tiempo, preeminente, muy por encima de Lancelot, Galahad o cualquiera de los caballeros más conocidos de la Mesa Redonda. Gawain sigue siendo, sin duda, un personaje central en el drama de los días de Arturo, pero va siendo relegado hasta que, para la época en que sir Thomas Malory escribe su libro, el personaje del sobrino del rey ha quedado reducido a poco más que una sanguijuela y un asesino. He rastreado el curso de su descenso en mi libro *Gawain, Knight of the Goddess*

(Inner Traditions, 2003), donde destaco que el oscurecimiento sistemático del personaje de Gawain deriva de su histórica asociación con el paganismo. Por tanto, su devoción a la Gran Diosa, y a través de ella a todas las mujeres, se convierte, en manos de los escribas monásticos de los romances artúricos medievales, en una tendencia libidinosa y muy humana, que deja a Gawain fuera de toda salvación. (El hecho de que Lancelot sea el amante de la reina Ginebra recibe mucha menos atención a pesar de eso).

En el *De Ortu* no encontramos ni rastro de ese estigma. Es, en mi opinión, uno de los relatos más modernos de esta colección. Apenas tuve que modificarlo para que encajara con el resto de las historias de Gawain. Gawain es, simple y llanamente, el héroe por excelencia, cuya herencia natural se deja entrever durante su modesta infancia, lo que demuestra que «la sangre tira». Hay algo también en el mensaje que alcanza a Gawain y que lo envía de vuelta a Britania cuando está a punto de llegar a una posición más alta que tiene pinta de ser una tradición histórica genuina. Si, como han sugerido otras autoridades a lo largo de los años, el pueblo romano-británico pidió ayuda a Roma para defenderse de los sajones, es posible que el imperio enviara una respuesta de ese tipo a su antigua colonia. Aunque no tenemos pruebas directas que lo demuestren, supone un clímax adecuado para una poderosa historia.

He comprimido bastante parte de la acción para poder incluir la historia al completo. En concreto he tenido que resumir mucho la batalla marítima, que es larga y fascinante. Contiene una descripción detallada e interesantísima de las artes de guerra marítimas medievales, incluidas varias páginas sobre la fabricación y los usos del «fuego griego», un dispositivo incendiario primitivo que se usaba a menudo para girar las tornas en esa clase de conflictos. En efecto, el autor muestra un considerable conocimiento de los asedios así como de las batallas en el mar, algo que parece desmentir la teoría de que el autor fuera eclesiástico.

El texto apareció editado por primera vez por J. D. Bruce en

1898 «De Ortu Waluuanii»: *The Publications of the Modern Language Association*, vol. 13, pp. 365-455. Su editora más reciente, Mildred Leake Day, también incluyó una traducción excelente, que he seguido a la hora de escribir mi interpretación de la historia (*The Rise of Gawain, Nephew of Arthur*, Nueva York y Londres: Garland Publishing, 1984).

21: Sir Gawain y el perro de las orejas recortadas

Eachtra an Mhadra Mhaoil («La historia del perro de las orejas recortadas») es una de las destacables historias artúricas escritas en irlandés medieval, y que datan de los siglos XV o XVI. Son prácticamente únicas por varias razones; la más importante, porque encapsulan un mundo entero de narrativa celta en un formato artúrico. Parece improbable que existiera en algún momento una tradición irlandesa a gran escala de historias artúricas, habida cuenta de que Arturo fue, sobre todo, un héroe británico. Sin embargo, también se lo percibía como celta, y eso significa que en una cultura gaélicohablante como la irlandesa era inevitable que se celebraran sus hazañas. Y ¡qué hazañas! En ningún otro lugar, en toda la vasta arquitectura de la mitología artúrica que nos ha sobrevivido, se describe la corte como aquí. Ya desde el principio, cuando se invoca a Arturo como «rey Arturo, hijo de Iubhar (Uther), hijo de Ambrose, hijo de Constantino», quien convoca una partida de caza en el «Bosque Peligroso, en la Llanura de las Maravillas», podemos ver cómo confluyen dos magníficos estilos narrativos: la obra mágica y adornada de los bardos celtas y el rico y original mundo de los romanceros medievales. Ni tampoco decepciona lo que viene después, un relato sensacional, salvaje y extraordinario, de magia y aventuras que pocos escritores normandos o anglonormandos estaban destinados a alcanzar. Aunque con reticencias, tuve que moderar parte de esa calidad exuberante para que fuera coherente con el resto de los relatos de la colección.

Aunque hablamos de unos textos tardíos, pues datan de los siglos XV y XVI, reflejan un sustrato muy anterior de la narrativa celta. Hasta el momento, no han aparecido analogías precisas ni para «La historia del perro de las orejas recortadas» ni para la pieza que la acompaña, «Las aventuras del Niño Águila» (pp. 159-167). Un tercer texto irlandés, *Ceilidhe Iosgaide Leithe* o «La visita de la dama de la corva gris» (pp. 196-208), le debe más a la antigua tradición feérica de Irlanda que a la literatura artúrica. También es posible, como han sugerido algunos estudiosos, que el contenido artúrico se haya injertado en un relato más antiguo. Una cuarta historia, *Eachtra an Amadán Mor* o «La historia del gran necio», es una reminiscencia directa de la historia de Perceval. Sin duda, en el relato que nos ocupa, las islas fantásticas, cada una con su propio guardián o campeón, parecen derivar de una forma de relato celta conocido como *Immrama* o «viajes». Aquí se ha superpuesto sobre la típica hazaña caballeresca donde el héroe se encuentra con una aventura diferente en cada vuelta del camino o claro del bosque. Sea cual sea la verdad, estas historias son una lectura fascinante y una puerta abierta a una dimensión totalmente nueva de relatos artúricos.

Por esta razón, estoy especialmente orgulloso de incluir aquí esta historia, y animaría al lector interesado a que buscara el texto original, en la edición y traducción de R. A. S. Macalister (Early Irish Text Society, 1910). Aunque sea una lectura interesante, no es ni mucho menos rigurosa, y debería complementarse con la obra de Connor P. Hartnett: *Irish Arthurian Literature* (New York University, 1973). Hartnett corrige algunos de los errores que comete Macalister, como la traducción errónea del nombre de Gawain por Galahad, que en mi versión ya aparece completamente corregido. Como en otros relatos de esta fuente, he introducido algunos cambios menores, usando el nombre de «la áurea Camelot», como en el resto del libro, para la corte central de Arturo. En el original se la llama, siguiendo el estilo celta, «El Fuerte del Salón Rojo», pero destaca tanto que me pareció necesario cambiarlo por

pura coherencia. Además, he eliminado la referencia del casamiento de Gawain con la hija del rey de Sorcha, ya que Gawain tiene ya demasiadas esposas en esta colección, y ese matrimonio no añadía nada esencial a la historia.

22: Las aventuras en Tarn Wathelyn

Existen en realidad dos historias, más o menos conectadas por sus resonancias temáticas y el contexto, conocidas como Wathelyn. Incluye una de las varias apariciones de un fantasma que encontramos en la literatura artúrica, como los espantosos espectros que sir Lancelot se encuentra en la Capilla Peligrosa y la aparición del fantasma del mismísimo sir Gawain a Arturo antes de la batalla de Camlann. Todos son muy diferentes al tipo de fantasma sobre el que estamos acostumbrados a leer hoy día. Los fantasmas modernos son sobre todo psicológicos, mientras que sus homólogos medievales existían como un fenómeno perfectamente natural (aunque no menos aterrador), cuya tarea era predecir el futuro e infundir una sensación de arrepentimiento en los corazones de aquellos a los que se aparecían. En este caso, el fantasma predice con mucha precisión el conflicto final entre Arturo y Mordred (el niño que se convertirá en hombre portando un escudo negro con una cruz de San Andrés plateada encima) y la muerte del propio Gawain entre los terrenos rocosos de la costa córnica.

Gawain fue uno de los más afamados caballeros de Arturo durante la mayor parte del período de popularidad de la literatura artúrica. Es también uno de los más antiguos de los que tenemos constancia. Aparece en la tradición céltica como Gwalchmai («halcón de mayo»), y es reconocido por sus habilidades y arrojo. Hasta la llegada del caballero francés, sir Lancelot, era el héroe principal de la Mesa Redonda, y, como en esta historia, el caballero al que favorece la reina Ginebra.

No se sabe nada más sobre la madre de la reina, ni tampoco de

la promesa que afirma haber roto, aunque es más que probable que el poeta anónimo que compuso este romance conociera otras historias que no hemos conservado. Es ciertamente posible que hubiera leído «El casamiento de sir Gawain y la dama Ragnall» (pp. 332-339), puesto que la premisa de que Arturo le ha entregado las tierras de otra gente a su sobrino favorito se repite en ambas obras.

El texto original data del siglo XV. Se escribió en verso aliterativo, en un dialecto septentrional del inglés medio, y se conservan cuatro copias del manuscrito, de las que cabe destacar las que podemos encontrar en la Catedral de Lincoln. Se ha editado tres veces: una a cargo de sir Frederic Madden en su *Syr Gawayne* (Londres: Richard & John Taylor, 1839), otra a cargo de F. J. Amours en *Scottish Alliterative Poems in Riming Stanzas* (Edimburgo: Scottish Text Society, 1897) y otra a cargo de R. J. Gates para la University of Pennsylvania Press en 1969. Louis B. Hall lo adaptó al inglés moderno para su *The Knightly Tales of sir Gawain* (Chicago: Nelson Hall, 1976). He consultado las cuatro versiones para preparar esta, pero he recurrido sobre todo a la del doctor Hall.

23: El relato de Gorlagros y Gawain

Nos encontramos aquí con un relato inusual pero poderoso, que trata en esencia de un tema muy medieval: el vasallaje. Según las leyes feudales de la época, un caballero no podía ser su propio señor, sino que inevitablemente le debía lealtad a un rey o a un noble menor, que era su «señor feudal». Esto implicaba, en la práctica, vincularse a un señor feudal al que ofrecías tus servicios cargando con las armas y luchando a su lado en tiempos de guerra, o representándolo como campeón. Incluso los mercenarios, que no debían lealtad a nadie en concreto, vendían sus habilidades como luchadores a los señores que los requiriesen. A cambio, el señor ofrecía la protección de su nombre y poder, así como armas y

armadura, un desembolso nada desdeñable para la época.

Por tanto, en la historia que sigue, cuando Arturo y sus caballeros se topan con un señor que no debe lealtad a nadie es lógico que les sorprenda, y Arturo está decidido, de una forma que hoy tal vez nos parecería inaceptable, a ir a la guerra para dirimir la cuestión, que es, en esencia, conseguir que Gorlagros hinque la rodilla. Esto, a su vez, provoca que Gawain tome una decisión, que pone a prueba incluso su honor, algo que suele destacarse a menudo en las historias que protagoniza.

En nuestro tiempo, el deseo de libertad individual suele defenderse a toda costa. Pero aquí la historia no se centra tanto en el rechazo de Gorlagros a hincar la rodilla ante Arturo como en la forma de resolver el problema al que se enfrentan él y Gawain. Al final, ninguno de los dos pierde el honor ni la vida, algo que habría sido muy fácil que ocurriera. En esencia, el vínculo de lealtad era mutuo, y Gorlagros, al comportarse como se comporta, rompe el vínculo que lo une a su gente. Esta, a cambio, tiene el derecho de rechazarlo.

El autor anónimo, que pudo provenir de la parte baja de Escocia, culmina la historia con maestría. El único manuscrito en que existe esta historia data aproximadamente del año 1508, y hoy se conserva en la Biblioteca Nacional de Escocia. Eso lo convierte en uno de los romances artúricos más tardíos que he incluido aquí, y como tal muestra una comprensión considerable del concepto de lealtad, que ya comenzaba a perder importancia en aquella época y a quedar reducido a poco más que un contrato pecuniario entre el señor y los caballeros que trabajaban para él.

La historia de la que disponemos deriva de un episodio presente en la Primera Continuación del poema *Perceval* de Chrétien de Troyes, que normalmente se atribuye a Wauchier de Danaans. Este episodio, en el que se trata la visita al castillo Orgellous («orgulloso») y la derrota de un personaje conocido como el Rico Soudoier, pudo derivar de una fuente anterior. El personaje aparece de nuevo en «La elucidación» (consulta las pp. 343-362). Tampoco

debemos obviar la posible influencia de los textos sobre Gawain escritos en la zona de las Midlands desde el siglo XII al XIV.

Aquí, como ocurre tan a menudo en los textos relacionados, encontramos la inevitable comparación entre el fanfarrón sir Kay y el noble Gawain. El episodio en que Kay roba comida del salón del primer castillo al que llegan es similar a situaciones de otras historias en las que actúa de modo impulsivo o autoritario, normalmente con resultados desafortunados, dado que Kay siempre se lleva la peor parte y acaba siendo rescatado por sus camaradas. En la historia que nos ocupa se redime, como no puede ser de otra manera, derrotando a otro caballero y capturándolo.

Es difícil decir qué originalidad puede atribuirse al autor de este texto, como tantas veces ocurre con los textos medievales. Parece tener un amplio conocimiento de las armas, las armaduras y los asedios, algo que vemos también en los episodios del poema de Chrétien. Los personajes hablan con las voces auténticas de su época, y no he querido actualizarlas demasiado; he optado por que hablen por sí mismos.

«Gorlagros y Gawain» se ha editado varias veces, incluidos los incomparables *Syr Gawayne* de sir Frederic Madden (Londres, 1939; reimpreso por AMS Press, Nueva York, 1971), y *Scottish Alliterative Poems in Riming Stanzas* (Edimburgo: Blackwood, 1897) de F. J. Amours. Como de costumbre, la mejor versión moderna es la de Louis B. Hall, publicada en su *Knightly Tales of sir Gawain* (Chicago: Nelson Hall, 1976). Contamos con un análisis detallado de Paul J. Ketrick sobre la historia y su relación con la continuación de Chrétien, publicado en *The Relation of Gorlagros and Gawane to the Old French Perceval* (Washington, D. C.: Catholic University of América Press, 1931).

24: Sir Gawain y el Carle de Carlisle

Los numerosos relatos que conservamos en los que Gawain se nos

presenta como el héroe dejan patente la importancia del personaje a lo largo de las primeras etapas del ciclo artúrico. Antes de que Lancelot se convirtiera en el héroe por excelencia de las épicas medievales, Gawain fue el primero de los caballeros de Arturo. Como sobrino del rey, e hijo de un rey, ocupaba un lugar privilegiado en la corte, y además era reconocido como un campeón de gran poder. También era conocido por su cortesía y por el amor que profesaba a las mujeres, algo que más tarde provocaría que se lo tachara de libertino. En efecto, a medida que Lancelot fue ascendiendo Gawain fue cayendo, aunque las razones van mucho más allá que las simples modas. Los escritores tardíos del ciclo artúrico, que trataban de cristianizar lo que en esencia eran historias paganas, reconocieron en Gawain al último de una vieja estirpe de héroes al servicio de una diosa en lugar de a un dios. Los dos relatos principales en los que aparece, «Sir Gawain y el Caballero Verde» y «El casamiento de sir Gawain y la dama Ragnall» (del que hablaré más adelante), nos cuentan historias en las que se nos muestra a Gawain como un caballero de la diosa, a pesar de la pátina de simbolismo cristiano que le añadieron los autores medievales. Esa fue la razón por la que Gawain fue relegado de héroe principal de la Mesa Redonda a poco más que un fanfarrón e incluso un asesino, y así lo vemos a veces en la versión que Malory hace del ciclo. Tal vez fue por eso por lo que las dos historias breves sobre Gawain incluidas aquí (consulta también «El relato de Gorlagros y Gawain», pp. 294-305) se omitieron de *La muerte de Arturo*, aunque es posible que Malory simplemente las desconociera.

Los dos otros héroes que aparecen en esta historia no solo son importantes por derecho propio, sino que sirven de contraste con Gawain. El primero es sir Kay, quien, igual que Gawain, antiguamente era mucho más conocido y apreciado que en sus encarnaciones posteriores. Se lo cita como a uno de los principales héroes de Arturo en las historias celtas tempranas, y en «Culhwch y Olwen» de la espléndida obra mítica galesa *Mabinogion*. Posee unas

habilidades destacables, como ser capaz de mantener la respiración bajo el agua durante nueve noches y nueve días, además de aguantar sin dormir todo ese tiempo. En la versión que hace Malory de las historias, es un charlatán y un necio, de mal carácter y mal fondo. En la historia que cuento aquí está en un punto medio entre los dos: es capaz de mostrar coraje, algo que contrasta con su fracaso con Gawain, más valeroso.

El tercer integrante del trío de héroes, el obispo Baldwin, es casi sin atisbo de duda el mismo «sir Baldwin de Britania» que aparece en «Los votos del rey Arturo y sus caballeros» (ver más arriba), donde de nuevo sirve de contrapunto de los caballeros más inclinados a la violencia. Aunque sea de las «órdenes sagradas», como le recuerda al Carle en la historia, es también un caballero y sigue todos los indicios de aventura de un caballero. En las viejas historias galesas, se lo conoce como «obispo Bidwini», lo que nos indica su duradera asociación con los ciclos artúricos.

Y en cuanto al «Carle», es en el fondo uno de los varios personajes similares que aparecen repartidos por el corpus artúrico, generalmente como tipos rudos y violentos que tan pronto pueden soltarte un manotazo como darte un regalo, y que poseen algunos atributos mágicos. La palabra inglesa *carl* proviene del nórdico antiguo y significa, simplemente, «hombre»; en inglés es sinónimo de la palabra *churl*, de donde deriva también[30]. En la historia que nos ocupa está bajo el efecto de un hechizo, de forma similar a lo que les ocurre al Caballero Verde o a sir Gromer Somer Jour en los dos grandes romances de Gawain citados anteriormente. En cada caso, el villano acaba exonerado de su comportamiento anterior cuando todo se explica al fin.

La historia que sigue es una pequeña obra maestra de la excelencia narrativa, que conserva las cualidades originales de Gawain como héroe, y como caballero cortés, lo que lo contrapone favorablemente a Kay y el obispo. La historia también contiene algunos de los elementos del relato del Caballero Verde, tanto en el episodio de la decapitación del Carle como en los sentimientos que

demuestra Gawain hacia la esposa de su anfitrión. El comportamiento de ella, y de su hija, puede parecernos extraño e incluso repugnante hoy día, pero refleja con fidelidad el poder de los hombres sobre sus esposas e hijos en la Edad Media.

La versión principal que he consultado es un texto anónimo compuesto en algún momento entre 1450 y 1470, que también existe en una versión posterior del siglo XVI. Es a partir de esta versión de la que restauro el episodio de la decapitación, que no aparece en el texto del siglo XV, y que, de hecho, conserva varios elementos que lo relacionan claramente con un texto más antiguo. He recurrido a las dos versiones para escribir la historia de este libro (consulta también «La mula sin brida», pp. 321-331).

La mejor edición de la historia del Carle es la que Donald Sands publicó en su> *Middle English Verse Romances* (Nueva York: Reinhart & Winston, 1966). El profesor Louis B. Hall la tradujo para su admirable colección *The Knightly Tales of sir Gawain*, y las dos versiones fueron editadas por Auvo Kurvinen en *Sir Gawain and the Carle of Carlisle in Two Versions* (Helsinki: Annales Academiae Scientiarum Fennicae. Series B 71.2., 1951). Existe un buen comentario sobre la historia, obra de Robert W. Ackerman, en *Arthurian Literature in the Middle Ages*, editado por R. S. Loomis (Oxford: Clarendon Press, 1959, pp. 493-5). Para obtener más información sobre Gawain y sus orígenes paganos, te recomiendo mi obra *Gawain, Knight of the Goddess* (Inner Traditions, 2002).

25: El caballero de la espada encantada

El caballero de la espada, o *Le chevalier à l'épée*, es uno de los varios romances breves incluidos aquí en los que aparece Gawain. La mayoría presentan al héroe como alguien con una devoción especial por las mujeres, o, en otras palabras, un mujeriego. El hecho de que eso oculte un tema mucho más profundo, en el que Gawain sirve como una representación más arquetípica de lo

femenino (la Diosa), queda patente en varios textos en los que Gawain aparece como el héroe. En *Le chevalier à l'épée* la historia parece inclinarse más hacia la visión masculina, pero eso no es más que una expresión de la actitud medieval hacia las mujeres, que eran vistas como poco más que objetos que pasaban de mano en mano en función de las necesidades de sus familiares masculinos. Como ha indicado Ross G. Arthur, el traductor más reciente del poema: «[…] solo tenemos que imaginarnos cómo era la vida de la heroína antes de conocer a Gawain, y qué ocurrió después de que se despidieran… y qué le habría ocurrido a Gawain si no hubiera recibido la ayuda de ella» para comprender el significado real de la historia.

Mucho de lo que ocurre aquí puede parecernos extraño hoy día, pero viene dictado en su mayor parte por las maneras y costumbres de la época. Era bastante habitual que los caballeros se disputaran a una mujer y que ella pasara de mano en mano como un mero objeto después de una batalla en la que se dirimía quién era el más fuerte. El episodio del lecho peligroso, que aparece en este romance, es un tema muy extendido que aparece en otros que nos han sobrevivido, incluido el *Perceval* de Chrétien de Troyes y el famoso ciclo de romances *Lancelot-Grial*. El mismo episodio tiene lugar también en «Cómo sir Lancelot se ganó el nombre» (basado en el *Lanzelet* de Ulrich von Zatzikhoven; pp. 65-88). Ahí la resolución es algo distinta, y he incluido ambas versiones por puro afán completista. En la mayoría de los casos el héroe involucrado es Gawain, lo que nos hace pensar que estamos ante una tradición bien establecida, que posiblemente anteceda a los textos medievales en los que aparece. Como ocurre tan a menudo con estos relatos, el señor del castillo y su hijo no tienen nombre; por tanto, los he bautizado con nombres extraídos de otras fuentes artúricas para que sea más fácil identificarlos.

El poema data de principios del siglo XIII y se atribuye a un autor que firma como Paien de Maisières y que quizás fuera también el escritor de otro romance breve sobre Gawain incluido aquí: «La

mula sin brida» (pp. 321-331). Se ha editado varias veces, aunque cabe destacar la obra de Edward C. Armstrong: *Le chevalier à l'épée* (Baltimore: Murphy, 1900) y de R. C. Johnson y D. D. R. Owen en *Two Old French Gauvain Romances* (Edimburgo y Londres: Scottish Academic Press, 1972). Han aparecido dos traducciones hasta la fecha: una en *From Cuchulainn to Gawain*, de Elizabeth Brewer (D. S. Brewer, 1973), y las más reciente de Ross G. Arthur en *Three Arthurian Romances* (J. M. Dent, 1996), a las que he recurrido para mi propia versión.

26: La mula sin brida

La historia de *La mule sans frein* («La mula sin brida») se escribió en francés antiguo y se atribuye a un tal Paien, o Pagan, de Maisières, que hay quien cree que puede tratarse de un seudónimo que parodia el nombre del gran poeta artúrico francés, Chrétien de Troyes. Existe en un único manuscrito que también contiene un romance ligeramente similar, *Le chevalier à l'épée* («El caballero de la espada encantada», consulta las pp. 313-320). Ambos son breves y tiene un punto satírico que se burla de los romances caballerescos más serios de Chrétien y sus seguidores.

Con todo, y a pesar de que la historia pueda parecer frívola, oculta en el fondo un tema más serio: la soberanía sobre las tierras, una cuestión importante en el romance artúrico, que se remonta a tiempos celtas. En esencia, este tema se centra en la relación entre el rey y la tierra, descrita en la tradición céltica como una conexión casi simbiótica entre el gobernante y el espíritu del lugar que gobierna. Solo los reyes con un cuerpo perfecto son válidos para gobernar; por eso, cuando el rey irlandés Nuadh pierde una mano y se la sustituyen por una de plata ya no puede seguir siendo rey. Gawain, que es sobrino de Arturo y a menudo su representante, aparece aquí recuperando una brida que le otorga el derecho a gobernar unas tierras propiedad de la muchacha de la mula, y que

también le proporciona poder sobre los animales. (Hablo largo y tendido al respecto en mi obra *Gawain, Knight of the Goddess*, Inner Traditions, 2002).

La ambientación de la aventura es sin duda muy propia del otro mundo. Lo dejan patente el valle de las bestias salvajes, el lugar de los escorpiones y, finalmente, el castillo en sí mismo, con las paredes que giran y sus extraños habitantes; el campesino que se ofrece a jugar con Gawain al juego de la decapitación, los leones y los dragones y, por descontado, la dama feérica. El episodio de la decapitación es de un interés particular, pues difiere mucho de las otras versiones de este antiguo tema, cuya aparición más conocida es la de *Sir Gawain y el Caballero Verde*, aunque con casi toda probabilidad deriva de un texto celta más antiguo, *El festín de Bricriu*. En él tiene lugar un acontecimiento sorprendentemente parecido, donde los protagonistas son el gran héroe irlandés Cuchulainn y el embaucador (*bachlach*). Bricriu. Puedes encontrar un análisis completo de esta historia y otras analogías en la obra de Elizabeth Brewer que versa sobre esta cuestión (referenciado más abajo).

En su forma presente, la historia termina de una manera más bien abrupta y, quizás, poco satisfactoria. Uno tiene la sensación de que Gawain debería haberse desposado con la muchacha de la mula o con su señora, pero quizás se deba a que las dos son seres del reino de las hadas y Gawain es conocido por haber tenido idilios con otras mujeres mágicas similares. En cualquier caso, Gawain aparece de su guisa más heroica, lo que contrasta, como es habitual, con el comportamiento estúpido y cobarde de Kay (consulta «Los votos del rey Arturo y sus caballeros», pp. 35-44).

El episodio final, en que los habitantes del castillo aparecen de repente regocijándose en las calles, nos recuerda a la historia del Grial, donde la tierra y sus gentes se sanan al finalizar la aventura. También podría compararse con la visita de Lancelot al hogar del rey del Grial en Malory, donde el héroe rescata a una mujer de un baño hirviente y se encuentra después con una recepción

tumultuosa. Cabe destacar también el hecho curioso de que tanto el caballero con quien Gawain lucha, y que aparentemente sana por sus esfuerzos, como la señora del castillo son descubiertos tumbados en la cama. Esto recuerda al episodio del rey herido de los romances del Grial, donde el rey también yace en un lecho y solo se cura cuando los receptores de la reliquia formulan la famosa pregunta, que levanta el hechizo que tenía sometidos al rey y a sus tierras.

Este texto se ha editado dos veces: una por B. Orlowski (*La demoiselle à la mule*, París, 1911) y de nuevo en *Two Old French Gauvain Romances*, de R. C. Johnston y D. D. R. Owen (Scottish Academic Press, 1972). Se publicó con un verso más bien curioso con traducción de M. Le Grand en *Fabliaux or Tales Abridged from French Manuscripts* (Londres, 1815), y más recientemente en prosa por Elizabeth Brewer en *Sir Gawain and the Green Knight: Sources and Analogues* (D. S. Brewer, 1992). He recurrido a varias de estas ediciones a la hora de preparar mi propia versión.

27: El casamiento de sir Gawain y la dama Ragnall

Este es uno de los relatos artúricos independientes más famosos y probablemente no merezca el apelativo de «olvidado». Es la base de «La comadre de Bath» de Chaucer, y aunque en esa versión el héroe no tenga nombre, la ambientación sigue siendo artúrica. Sin ninguna duda, es una historia extraordinaria que merece ser más conocida. También es una alternativa agradable a relatos misóginos como «Los votos del rey Arturo y sus caballeros» (pp. 35-44).

Aunque en los últimos años se ha versionado varias veces, a menudo como una parábola feminista, yo he evitado cualquier interpretación dentro de la misma historia y la he contado como es, de una forma muy similar a como fue escrita por el autor anónimo en algún momento de mediados del siglo XV, lo que la convierte en una de las pocas historias incluidas aquí que podrían ser posteriores

a *La muerte de Arturo de Malory*. (Hay algunos críticos que afirman que quizás fuera obra del mismo Malory, aunque es poco probable).

Hay mucha tela que cortar dentro del texto. Se cuestiona constantemente la actitud de la época de ver a las mujeres como bienes, vinculadas a sus maridos como símbolos de su estatus. Ragnall elige a su esposo, y selecciona a sir Gawain, el caballero más famoso y querido de la Mesa Redonda, con una reputación de ser un hombre cortés y de haber tenido numerosas relaciones con mujeres. En efecto, ese servicio a las mujeres le granjeó una fama de mujeriego, y así se lo representa en muchos de los romances posteriores en que aparece. La razón de esto parece ser que, como héroe celta, Gawain (o, como se lo conoce allí, Gwalchmai, el «halcón de mayo») era un campeón de la Diosa y, por tanto, de todas las mujeres. Para la mente reprobatoria de los cronistas y romanceros medievales, aquello no solo lo convertía en un pagano, sino también en alguien peligroso, y su reacción fue oscurecer sistemáticamente su nombre. He tratado largo y tendido sobre esta cuestión en mi obra *Gawain, Knight of the Goddess* (Inner Traditions, 2002), y se lo recomiendo a quien desee consultar una explicación más detallada.

Ragnall es en sí misma un personaje fascinante, independiente, decidido y poseedor de un pragmático sentido del humor, a pesar de su peliaguda situación. Si Arturo o Gawain hubieran rechazado su propuesta, tal vez habría acabado condenada a la fealdad perpetua, pero confía en la naturaleza caballeresca de los dos hombres, y no se equivoca. Es probable, por los indicios de otras fuentes, que fuera, en un momento dado, una mujer feérica que deseara poner a prueba al rey y a su sobrino. Como ocurre tan a menudo en esos casos, la novia se desvanece después y regresa al mundo de las hadas al cabo de unos años (consulta «El relato de sir Lanval», pp. 117-122). En esta versión de la historia, simplemente muere después de dar a luz al hijo de Gawain, Guinglain, que es por descontado el héroe de «La aventura del bello desconocido» (pp.

100-116), donde se especifica que era hijo del amor de Gawain por un hada.

La respuesta a la pregunta «¿qué es lo que más desean las mujeres?» se nos ofrece aquí como «soberanía». En el texto se desarrolla para que signifique algo más cercano a «poder sobre los hombres», pero he decidido conservar la interpretación antigua de la palabra, dado que vincula a Ragnall con una figura aún más remota, la dama Soberanía. En los mitos celtas antiguos, es la *genia loci* de la tierra, una personificación de la presencia espiritual de la tierra. Ningún rey puede llegar a gobernar un lugar hasta que se la ha encontrado, a veces tras ser retado a besar o a dormir con su forma repugnante, momento en que se convierte en una hermosa mujer, igual que Ragnall en la historia que nos ocupa.

En otras versiones del relato, sobre todo en la versión en forma de balada que encontramos en la obra *Reliques of Ancient English Poetry* (George Routledge, 1857) del obispo Percy, la causa del estado de Ragnall y la animosidad de Gromer hacia Arturo se atribuye a la archienemiga de la tradición artúrica, Morgana el Hada. Como mujer de sangre feérica y descendiente directa de la diosa de la guerra irlandesa, Morrigan, siente una firme enemistad hacia Gawain y Arturo. En la historia más famosa de Gawain, la que trata sobre su encuentro con el Caballero Verde, se dice de nuevo que es la fuerza motora del ataque. Aquí, aparece como una vieja detestable, mientras que el parecido del Caballero Verde con Gromer Somer Jour es más que significativo. En ambas obras queda patente que ambos personajes derivan de unos ancestros mucho más antiguos de lo que podría parecer por los poemas medievales. En *Gawain y el Caballero Verde* el contendiente porta una rama de acebo y viste todo de verde, lo que lo distingue con bastante claridad como alguna suerte de rey del invierno. En el caso de Gromer, aunque su comportamiento en el poema lo convierte en un contrincante más de los que suelen aparecer en la literatura artúrica, su nombre indica que hubo una vez en que fue algo mucho más profundo. Gromer Somer Jour podría traducirse como el

«hombre del día de verano», es decir, justo lo contrario del Caballero Verde, un señor del verano que se contrapone al rey del invierno.

Detrás de las dos historias subyace un antiguo relato sobre la disputa de los reyes del verano y el invierno por la mano de la doncella de la primavera, representada aquí por Ragnall, quien, al igual que su ancestro, la dama Soberanía, representa la tierra en su momento más yermo, durmiente e invernal, que podrá despertarse hacia la belleza de la primavera con el amor y la lealtad de Gawain, que en la tradición celta es un héroe solar. Parece adecuado invocar esa idea en esta historia.

El texto de «El casamiento de sir Gawain y la dama Ragnall» se ha editado varias veces, aunque cabe destacar la versión de B. J. Whiting en *Sources and Analogues of Chaucer's Canterbury Tales*, editado por W. F. Bryan y G. Dempster (Nueva York: Humanities Press, 1958, pp. 242-64), y la de Donald B. Sands en *Middle English Verse Romances* (Holt, Reinhart, and Winston, 1966). Una edición con «ortografía moderna», además de útiles notas y comentarios de John Witherington, se publicó por iniciativa del Departamento de Inglés de la Universidad de Lancaster, 1991. Encontramos variaciones de la historia en la obra *Syr Gawayne* de Frederick Madden (Nueva York: AMS Press, 1971; edición original Edimburgo, 1839). Encontrarás un ensayo detallado sobre el papel de Ragnall en la leyenda artúrica en la obra *The Ladies of the Lake*, de Caitlín y John Matthews (Thorsons, 1992).

LIBRO CUARTO: EL LIBRO DEL GRIAL

28: La elucidación del Grial y la historia de sir Perceval

Esta historia proviene de dos textos distintos: el *Didot Perceval*, que data del siglo XIII, y el anónimo *L'Elucidation*, compuesto alrededor del año 1195. Me he permitido más licencias que con la mayoría de las historias que incluyo aquí para poder aportarle algunos de los elementos ausentes en la versión de Malory. A aquellos que deseen saber más sobre el misterioso poema *L'Elucidation*, que suscita una gran cantidad de ideas sobre el origen y el significado del mito del Grial, les recomiendo que consulten la obra *The Lost Book of the Grail*, de John y Caitlín Matthews y Gareth Knight (Inner Traditions, 2018), donde también se incluye la primera traducción completa y minuciosa del texto. También puede encontrarse otra versión del poema en la colección de Nigel Bryant *The Complete Story of the Grail* (D. S. Brewer, 2018).

Los relatos sobre la búsqueda del Grial son numerosos y varían considerablemente en calidad y finalidad. Malory nos ofrece una de las versiones más completas y elaboradas en su libro, mientras que *El cuento del Grial* del poeta francés del siglo XII Chrétien de Troyes es en esencia una adaptación de una fuente más antigua, posiblemente hebrea. Los múltiples volúmenes del ciclo *Lancelot-Grial*, escritos poco después y que alimentaron una gran parte de la versión de Malory, sitúan la historia artúrica al completo sobre el trasfondo del Grial, y la interpretan de un modo totalmente teológico. Malory elimina una gran parte de la teología y mantiene la esencia mágica y espiritual de la historia. También sigue las líneas de la épica francesa al sustituir al vencedor original del Grial, Perceval, por el santo Galahad, hijo de Lancelot. Otras versiones van desde el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach, muy recargado y con una gran cantidad de símbolos, al confuso *Diu Crône* de Heinrich von dem Türlin.

A caballo entre los dos se encuentra *The Prose Perceval*, más conocido como el *Didot Perceval* en honor de uno de los primeros poseedores del manuscrito. Estamos ante un resumen magistral del extenso relato original que da como resultado una historia breve

pero reveladora, llena de misterio y magia. Describe la llegada del Grial, el efecto que ejerció sobre el mundo artúrico, nos cuenta algunas de las aventuras de Perceval y termina con una interpretación sucinta de la *Mort Artu* o la muerte de Arturo, que he usado en la penúltima historia de este libro. He optado por extraer partes de todas estas secciones, reduciéndolas en algunos lugares para que la historia fuera más clara y concisa. Además, como he mencionado en la nota anterior, he añadido detalles a fin de ligar la historia de forma más directa con la de *L'Elucidation*, que la precede. El resultado es una versión bastante diferente a la historia que encontramos en Malory.

En esencia, la historia trata sobre los contrastes y nos cuenta cómo un simple muchacho (Perceval) descubre el funcionamiento del mundo y el espíritu. Sus muchos fracasos se compensan con su victoria final, aunque, y esto es algo único en el corpus de este material, recibe algo de ayuda por parte de Merlín, que en este relato no es más que un operador entre bambalinas. El texto también es inusual porque describe el Grial como un artefacto que emite música, y se refiere a los misteriosos «encantamientos» que asolan Britania hasta que se encuentra la reliquia. He hecho que los hechizos solo afecten al Yermo, que puede entenderse como una metáfora de todo el reino de Arturo. También he reducido algunas de las referencias cristianas más explícitas para que encaje mejor con el tono místico general del relato. La mención del retiro de Merlín a su *esplumoir* también es interesante. Esta palabra no tiene ningún significado exacto, pero parece estar relacionada con la palabra que se refiere a las jaulas de muda para las aves de presa. Sugiere que el mejor se retira a «mudar», o dejar atrás las costumbres del mundo, y observar desde dentro todo lo que tiene lugar fuera. Este concepto, aunque insinuado ya en otros textos, no es tan evidente en ninguna otra fuente. La base de la historia surge del retiro de Merlín a su observatorio, como se dice en «La llegada de Merlín» (pp. 3-14).

El texto data de algún momento entre los años 1190 y 1215, y

existe en dos versiones distintas, que, sin embargo, cuentan más o menos la misma historia. La versión que utilizo aquí es la del manuscrito E, traducido por Dell Skeels como *The Romance of Perceval in Prose* (Seattle y Londres: Washington University Press, 1966). La introducción y las notas del profesor Skeels me han resultado utilísimas para preparar esta versión, así como los comentarios de Albert Pauphilet, «Le Roman en Prose de Perceval», incluidos en *Mélanges d'histoire du Moyen ge offerts à M. Ferdinand Lot* (París: Champion, 1925). La mejor edición hasta la fecha del texto original es la de William Roach: *The Didot Perceval* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1941), que incluye ambas versiones del texto.

29: El relato de Morien

«El relato de Morien» es una de las historias más complejas de esta obra. Es también un relato inusual, que sugiere una versión con mucho menos prejuicios raciales del héroe (uno de los pocos caballeros de color que encontramos en el ciclo artúrico). El autor anónimo se desvía de lo esperable para mostrar cómo la gente común teme a Morien (que es de ascendencia morisca, y se lo describe como «negro como el tizón») y lo considera un demonio de los infiernos, mientras que los caballeros artúricos como Gawain, Lancelot y Gaheris lo tratan como a un hombre cualquiera y un caballero noble. La historia pertenece una colección única que data de principios del siglo XIV y, por tanto, precede a Malory, y que forma lo que hoy se conoce como el *Lancelot neerlandés*. Estamos ante una fiel traducción de la magnífica colección del *Lancelot-Grial* (anteriormente conocido como el *Ciclo de la Vulgata*), que cuenta la historia de la búsqueda del Grial al detalle. Esto fue en sí mismo la base de la versión de Malory, después de eliminar la ingente cantidad de comentarios teológicos que, en algunas de las historias, doblan la extensión. «Morien» no lo encontramos en

ninguna otra fuente, y no sabemos dónde se originó ni cuándo, aunque las referencias internas sugieren que puede remontarse al siglo XIII, algo que podría corroborar el hecho de que la historia esté escrita en verso, y no en prosa como la mayoría de los romances tempranos. La historia es larga (se extiende hasta casi 5000 versos en el original), y me he visto obligado, aunque a regañadientes, a recortarla para poder incluirla aquí. Al resumir las aventuras de Gawain y Lancelot (que funcionarían como unas excelentes historias independientes) he podido explorar la historia sobre la búsqueda de Morien de su padre con mayor profundidad. El poema parece ser el único responsable del cambio de Perceval a Aglovale como progenitor del héroe, dado que el autor afirma al principio del poema que Perceval murió virgen y, por tanto, no pudo concebir un hijo. Hay algo muy tierno en esta historia, y me alegro de haber podido incluirla aquí. La única traducción completa hasta la fecha es obra de Jessie L. Weston (publicada como *The Romance of Morien*, D. Nutt, Londres, 1901), en un estilo algo arcaico que cuesta disfrutar hoy día. He recurrido casi por completo a ella para mi propia versión, pero también he encontrado una buena cantidad de materiales útiles (así como excelentes traducciones del original) en *An Unlikely Hero: The Romance of Moriaen and Racial Discursivity in the Middle Ages*, una tesis depositada por Erik Hendrix en 2014. El gran experto sobre el romance artúrico neerlandés, Bart Besamusca, ofrece el mejor estudio en profundidad de esta historia (y otros romances neerlandeses) en *Walewein, Moriaen en de Ridder metter mouwen* (Uitgeverij Verloren, Hilversum, 1993).

30: Las aventuras de Sone de Nansay

El desconocido texto de «Sone de Nansay» fue escrito en algún momento entre finales del siglo XIII y principios del XIV por un autor anónimo. Se encuentra en un único manuscrito, conservado en la

Biblioteca Real de Turín, Italia (Ms. 1626), como parte de una colección de relatos artúricos y de caballerías, incluido el *Cligès* de Chrétien de Troyes. Escrito en francés medieval, la copia se llevó a cabo en algún momento a lo largo del siglo XIV, pero el poema de *Sone* en sí mismo data de una fecha anterior. Está formado por unos 21 321 versos, con una laguna de unos 2400 versos provocada por el fuego, los contenidos de la cual pueden inferirse a partir del resto de la obra. Se dice que *Sone* deriva del nombre germánico *Sueno*, mientras que *Nansay* probablemente sea *Nanbsheim*, cerca de Neuf-Brisach, en el noreste de Francia. La historia ha recibido poca atención hasta ahora, debido en parte a su extensión y a los comentarios desdeñosos de los primeros estudiosos que hablaron de ella, quienes la tacharon de prolija y poco habilidosa, además de acusarla de no entender la naturaleza del material del Grial, que consideraban que se había «insertado» en el romance con muy poca mano. De hecho, una gran parte del poema la ocupa la historia del Grial, con la comparación de la vida del héroe protagonista con la del primer guardián del Grial, José de Arimatea. También añade muchos detalles importantes al mito del Grial, sobre todo en la descripción del edificio donde custodian de la reliquia sagrada. Esta es la única parte del poema que había generado interés hasta ahora, ya que se ha reconocido que contiene muchas referencias sutiles dentro de la obra que completan nuestros conocimientos sobre el mito del Grial. El único estudio completo del poema en inglés hasta la fecha es el que realizó Kruger Normand en una tesis doctoral depositada en 1975 en la Universidad de Pensilvania. Normand categoriza el trabajo como «ancestral y biográfico», ya que describe la vida del héroe desde su nacimiento hasta su muerte, y habla tanto de sus antepasados como de sus sucesores. Le doy las gracias al doctor Normand por ofrecer el resumen más detallado de la obra, que me ha ayudado a reconstruir varios elementos de la historia. También le doy las gracias a Gareth Knight, por haber traducido extensas secciones de la obra en el libro que escribimos juntos: *Temples of the Grail* (Llewellyn, 2018). El relato es largo y da

bastantes rodeos mientras el héroe viaja por zonas de Europa, Escandinavia, Irlanda y Escocia. Aquí, me he centrado en los pasajes que tratan sobre la continuación de la historia del Grial después de lo que encontramos en Malory, el *Lancelot-Grial* y otros. Ningún otro texto, hasta donde sé, cubre este período, y me pareció una forma perfecta de ampliar los relatos habituales sobre la búsqueda. También es inusual presentar a José de Arimatea, descrito en muchas versiones de la historia como el guardián del Grial, como un guerrero. Solo han aparecido dos ediciones de la obra hasta la fecha: la primera de la mano de Moritz Goldschmidt en 1899, y una edición más reciente de Claude Lachet en 2014. Hasta que se publique una traducción completa en inglés, los fragmentos más extensos se encuentran en *Temples of the Grail*, de Gareth Knight y un servidor.

LIBRO QUINTO: EL FINAL DE LA MESA REDONDA

31/32: La muerte del rey Arturo y La travesía hacia Ávalon

La última historia del libro es, en realidad, dos historias extraídas de fuentes distintas. Me pareció importante terminar, igual que Malory, con la muerte del rey, pero quería contar una versión diferente de aquella última batalla y narrar la historia de lo que ocurrió después. Para la primera parte, recurrí de nuevo al *Didot Perceval* (consulta «La elucidación del Grial y la historia de Perceval» más arriba). Este relato, escrito entre 1190 y 1215, es una versión muy resumida de las aventuras de Perceval en busca del Grial, y ha alimentado partes de la historia que cuento aquí (pp.

343-362). De ahí he extraído el brevísimo pasaje de la muerte de Arturo, citando también, con pocas palabras, el *Vita Merlíni*, que me proporcionó la historia con que comienza este libro. Para continuar con el relato, recurrí a un romance extraordinario y prácticamente desconocido del siglo XIV llamado *La Faula* («La fábula»), el único romance artúrico que nos ha sobrevivido en catalán (aunque tanto Arturo como Morgana el Hada hablan en francés), escrito por Guillem de Torroella (1348-?). Esta obra nos habla de un viaje a la isla de Ávalon, donde el narrador se encuentra con el rey Arturo, ya recuperado, que se lamenta por su inmortalidad y desea regresar al mundo exterior. Estamos ante una historia única que hasta sus recientes traducciones en italiano y francés solo estuvo disponible para los hablantes de catalán. Gracias a la doctora Maria Mariola Glavan por permitirme acceder a su traducción en progreso, que me ha permitido escribir mi propia versión. Estoy en deuda con la doctora Glavan y con el doctor Kresimir Vukovic por la ayuda que me han prestado, aunque ninguno de los dos es responsable de la versión que aparece en este libro.

Como con todas las historias de esta colección, me he permitido la libertad de modificar la historia original, y en ocasiones añadir algunos detalles. Mi objetivo, como he comentado antes, es entrelazar las historias para que conseguir algo parecido a una narrativa coherente, igual que hizo Caxton con el texto original de Malory. Para aquellos que deseen continuar con la historia tal y como aparece en el original, hasta que aparezca una traducción completa en inglés[31], recomiendo la excelente edición y traducción en francés moderno de Michel Adroher en > *La Faula: Le roi Arthur en Méditerranée* (UGA Editions, 2020). (Hay una versión disponible en italiano publicada como *La Favola*, Carocci, 2004). La mejor traducción del *Didot Perceval* sigue siendo la de Dell Skeels, publicada como *The Romance of Perceval in Prose* (University of Washington Press, 1966).

ILUSTRACIONES

1. «Él mismo cabalgaba al frente de aquella inusual columna a lomos de un gran venado». <<

2. «…pero luego la oscuridad comenzó a moverse y a revolverse, y desde el interior se desenroscaron las dos sierpes que Merlín había predicho». <<

3. «Entonces vio a la Bestia Aulladora acudir al manantial a beber, igual que el rey Arturo tantos años atrás». < <

4. «Guingamor hizo girar al caballo y el jabalí pasó de largo, precipitándose hacia las profundidades del bosque». < <

5. «Apenas había perdido de vista a la corte […] cuando el Caballero Cazador divisó al más hermoso de los venados, que parecía refulgir con una luz sobrenatural». <<

6. «Tenía forma humana, aunque huesuda y malograda, y le colgaban jirones de ropa, terrones de tierra y lo que debía de ser carne podrida». < <

7. «A ambos lados del valle había serpientes, escorpiones y sierpes, los más grandes que había visto nunca». < <

8. «Perceval se adentró entonces en una zona de aquellas tierras que parecía desierta». < <

9. «La batalla que siguió fue algo terrible de presenciar. El gigante Aligos medía, en efecto, once pies». <<

10. «Y así emprendimos la travesía, la criatura y yo, a través de los indómitos mares, dejando atrás muchas tierras que habría deseado explorar». < <

BIBLIOGRAFÍA

Las fuentes de las historias incluidas en el apartado anterior aparecen referenciadas en las notas de cada texto. Lo que sigue es una lista breve y ecléctica de títulos adicionales, otros textos y estudios más generales, que pretenden ayudar al lector interesado a abrirse paso por el laberinto que supone la historia y la literatura artúricas.

Adams, Max, *The First Kingdom* (Londres: Head of Zeus, 2021).

Barber, Richard, *King Arthur, Hero and Legend* (Suffolk: Boydell Press, 1986).

Bromwich, Rachel, *Triodd Ynys Prydein* («Las tríadas galesas») (Cardiff: University of Wales Press, 1977).

Bromwich, Rachel, A. O. H. Jarman y B. F. Roberts (eds.), *The Arthur of the Welsh* (Cardiff: University of Wales Press, 1993).

Bryant, Nigel (trad.), *The Complete Story of the Grail: Chrétien's Perceval and its Continuations* (Cambridge: D. S. Brewer, 2011).

Chrétien de Troyes, *El libro de Perceval o el cuento del Grial*, trad. Lucía Megías, José Manuel (Barcelona: Gredos, 2000).

Darrah, John, *Paganism in Arthurian Romance* (Suffolk: Boydell Press, 1994).

Geoffrey of Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*, trad. Luis Alberto de Cuenca (Madrid: Alianza Editorial, 2004).

Goodrich, Peter (ed.), *The Romance of Merlin* (Londres y Nueva York: Garland Publishing, 1990).

Guest, Charlotte, *The Mabinogion* (Londres: Dent, Everyman's Library, 1906).

Lacey, Norris J. *et al.* (trad.), *The Lancelot-Grail* (10 vols): *The Old*

French Arthurian Vulgate and Post-Vulgate in Translation (Cambridge: D. S. Brewer, 2010).

Logorio, Valerie y Mildred Leake Day, *King Arthur Through the Ages* (2 vols) (Londres y Nueva York: Garland Publishing, 1990).

Loomis, R. S., *The Grail: From Celtic Myth to Christian Symbol* (Cardiff: University of Wales Press, 1963).

Markale, Jean, *Le Roi Arthur et la société celtique* (París: Payot, 1976).

Matthews, Caitlín, *King Arthur & the Goddess of the Land* (Rochester, VT: Inner Traditions, 2002).

—*Mabon & the Guardians of Celtic Britain* (Rochester, VT: Inner Traditions, 2002).

Matthews, Caitlín y John Matthews, *The Arthurian Book of Days* (Londres: Sidgwick & Jackson/Nueva York: St Martins, 1990).

—, *The Complete King Arthur* (Rochester, VT: Inner Traditions, 2018).

—, *Ladies of the Lake* (Wellingborough: Aquarian Press, 1992).

Matthews, John, *An Arthurian Reader* (Wellingborough: Aquarian Press, 1988).

—, *At the Table of the Grail* (Londres: Watkins Publishing, 2002).

—, *Gawain, Knight of the Goddess* (Rochester, VT: Inner Traditions, 2002).

—, *El Santo Grial* (Barcelona: Editorial Debate, 1994).

—, *King Arthur: from Dark Age Warrior to Medieval King* (Londres: Carlton Books, 2003).

Matthews, John y Gareth Knight, *Temples of the Grail* (Woodbury, MN: Llewellyn, 2018).

Morris, John, *The Age of Arthur* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1973).

Stewart, R. J., *The Prophetic Life of Merlin* (Londres: Arkana, 1986).

Tolstoy, Nikolai, *The Quest for Merlin* (Londres: Hamish Hamilton, 1985).

Venning, Timothy, *The King Arthur Mysteries* (Londres: Pen & Sword History, 2021).

Von Eschenbach, Wolfram, *Parzival*, trad. Antonio Regales Serna (Madrid: Siruela, 2017).

John Matthews (1948) se ha dedicado al estudio de los misterios de Gran Bretaña, incluyendo las Leyendas Artúricas y el Mito del Grial, durante casi cincuenta años. Ha publicado más de noventa libros sobre mitos, las Leyendas Artúricas y estudios del Grial, incluyendo *El Grial: En busca de lo Eterno* (1981), y más recientemente *El Oráculo de Camelot* (2012, con Will Worthington). También ha publicado relatos, un volumen de poesía y varios libros infantiles, entre los que destaca *Piratas* (2006), que estuvo en la lista de los más vendidos del New York Times durante veintidós semanas. *Su libro Arturo de Albión* (2009) ganó un premio Moonbeams de oro. Ha impartido docencia en toda Europa y Estados Unidos y ha asesorado diversos proyectos mediáticos, incluyendo la película de Jerry Bruckheimer, El Rey Arturo (2004). Ha participado en programas de History Channel y Discovery Channel sobre Arturo y el Santo Grial, y compartió un premio BAFTA por su trabajo en el DVD educativo realizado para acompañar a «El Rey Arturo». Ha sido editor invitado y miembro del consejo editorial de la revista internacional Arthuriana.

Notas

[1] Neidorf, L. «J.R.R. Tolkien's *The Fall of Arthur*: Creation from Literary Criticism», *Tolkien Studies*, vol. 14, 2017, pp. 91-113. < <

[2] Ver «La llegada de Merlín», pp. 3-14. < <

[3] *La muerte de Arturo*, Libro I, capítulo XIX. < <

[4] El autor de *Las crónicas de Arturo*, del siglo XII. < <

[5] Ver «Las aventuras en Tarn Wathelyn», pp. 285-293. < <

[6] El Mappa Mundi es uno de los pocos mapas europeos del mundo que nos ha sobrevivido del período medieval. Data aproximadamente del año 1300, y actualmente se expone en la catedral de Hereford. < <

[7] Ver «La historia de Avenable», p. 15. < <

[8] Libro IX. Capítulo XII. < <

[9] *La muerte de Arturo*. Libro 1. Capítulo XIX. < <

[10] Ver «Cómo sir Lancelot se ganó el nombre», pp. 65-88. < <

[11] Ver «Merlín y los dragones», pp. 22-31. < <

[12] «La elucidación del Grial y la historia de sir Perceval», p. 343. <<

[13] Palabra irlandesa que significa «promesa sagrada» o «prohibición». < <

[14] Ver «La elucidación del Grial y la historia de Perceval», pp. 343-362. < <

[15] Ver *La muerte de Arturo*, Libro XIX, capítulo XI. < <

[16] Tal como se cuenta en la historia de *Gawain y el Caballero Verde*. <<

[17] El Maestro Thomas nos cuenta que el rey Arturo ordenó en un día sombrío asesinar a todos los primogénitos para destruir a Mordred, el hijo de su incesto con su media hermana, Morgause. Sin embargo, no volveré a mencionar esta historia aquí. < <

[18] Ver «La historia de Caradoc Brazo Fuerte», pp. 168-182. < <

[19] Ver «El casamiento de sir Gawain y la dama Ragnall», pp. 332-339. < <

[20] Ver «La historia de Caradoc Brazo Fuerte», pp. 168-182, y «Sir Gawain y el Carle de Carlisle», pp. 272-284. < <

[21] El nombre que le da Malory al Grial, y que significa «Sagrado Grial». < <

[22] Una misteriosa palabra que hace referencia al lugar al que se retiraba Merlín para observar los acontecimientos de la vida del rey Arturo. La palabra *esplumoir* o «jaula de muda» para halcones se usaba como complemento del nombre francés de Merlín. < <

[23] *La muerte de Arturo*, Libro XI, capítulo IX. < <

[24] El escudo de armas de Perceval era: un campo de púrpura sembrado de cruces simples de oro. < <

[25] Este episodio aparece en *El cuento del Grial* de Chrétien de Troyes. <<

[26] Ver «La elucidación del Grial y la historia de Perceval», pp. 343-362. < <

[27] Ver *La muerte de Arturo*, Libro V, capítulo XII. < <

[28] Ver «La llegada de Merlín», pp. 3-14. < <

[29] N. del T.: En español, están publicados como *Lais* por Alianza Editorial, con traducción de Carlos Alvar (Madrid: Alianza Editorial, 2017). <<

[30] N. del T.: En español, y a través del latín, es la palabra de la que deriva el nombre propio *Carlos*. < <

[31] La editorial Barcino publicó en 2020 una versión en catalán moderno (a partir del occitano catalanizado o catalán medieval original), a cargo de Lola Badia. No existe aún traducción en español. Referencia completa: Guillem de Torroella, *La Faula*. Barcelona: Editorial Barcino, 2020. < <